EL OCTAVO DÍA



THORNTON WILDER

John Ashley ha escapado durante el trayecto en tren que lo conducía hacia su ejecución por el asesinato de su mejor amigo. Nadie conoce su paradero o la identidad de las personas que organizaron la fuga. Detrás quedan dos familias destrozadas, que deberán aprender a abrirse camino, y un sinfín de preguntas sobre las que orbita aquella referida a la autoría del propio crimen.

El octavo día, galardonada en Estados Unidos con el Premio Nacional del Libro, hunde sus raíces en la mejor tradición novelística norteamericana y supone una de las cumbres de su autor, tres veces ganador del Premio Pulitzer.

Thornton Wilder

El octavo día



Título original: *The Eighth Day*
Thornton Wilder, 1967
Traducción y notas: Enrique Maldonado Roldan, 2013

-

Revisión: 1.0

16/05/2024

Para Isabel Wilder

Prólogo

A comienzos del verano de 1902, John Barrington Ashley, residente en Coaltown[1], un pequeño núcleo minero en el sur de Illinois, fue juzgado por el asesinato de Breckenridge Lansing, vecino de la misma localidad. Fue declarado culpable y sentenciado a muerte. Cinco días más tarde, a la una de la madrugada del martes 22 de julio, escapó de sus custodios en el tren que lo conducía al patíbulo.

Este fue el conocido como «Caso Ashley», que suscitó considerable interés, indignación y burla a todo lo largo del Medio Oeste. Nadie dudaba que Ashley disparó a Lansing, de forma deliberada o por accidente, pero el juicio fue considerado un proceso torpemente gestionado por un juez senil, una defensa inepta y un jurado cargado de prejuicios: el «Caso del Agujero del Carbón», el «Caso de la Carbonera», lo apodaron. Cuando, después de todo ello, el asesino convicto escapó de sus cinco custodios y desapareció sin dejar rastro —esposado, con atuendo de reo y la cabeza afeitada—, fue el propio estado de Illinois el que quedó ridiculizado. Pasados unos cinco años, la Fiscalía del Estado, con sede en Springfield, anunció el hallazgo de nuevas pruebas que eximían de toda culpabilidad a Ashley.

Así pues, se había producido un error judicial en un caso sin importancia en una pequeña población del Medio Oeste.

Ashley disparó a Lansing en la nuca mientras ambos realizaban su habitual práctica de tiro con rifle de los domingos en el jardín trasero de la vivienda de Lansing. Ni siquiera la defensa argumentó que la tragedia fuera resultado de un fallo mecánico. El rifle fue

disparado en repetidas ocasiones ante los ojos del jurado y mostró encontrarse en excelentes condiciones. La magnífica puntería de Ashley era bien conocida. La víctima se encontraba a cinco metros de distancia de Ashley, frente a él, ligeramente hacia su izquierda. Lúe un tanto sorprendente que la bala atravesara el cráneo de Lansing sobre su oreja izquierda, se asumió que había girado la cabeza para oír el alboroto proveniente de una merienda que un grupo de jóvenes celebraba en los jardines de Memorial Park, al otro lado del cerco de seto. Ashley jamás vaciló en la defensa de su inocencia, tanto en intencionalidad como en el propio hecho, por risible que la aseveración pareciera. Los únicos testigos eran las mujeres del acusado y de la víctima. Estaban sentadas bajo los nogales del jardín preparando limonada. Ambas testificaron que solo se produjo un disparo. El juicio se prolongó en exceso debido a diversas enfermedades de los miembros del tribunal e incluso la muerte de integrantes del jurado y sus suplentes. Los periodistas destacaron los retrasos provocados por estallidos de risa, una sombra de inconsistencia sobrevolaba la sala. Se produjeron frecuentes *lapsus línguae*. Un testigo seguía a otro en una confusión de nombres. El mazo del juez Crittenden se rompió. Un periodista de San Luis lo denominó «el juicio de las hienas».

Fue la incapacidad para establecer el móvil del crimen la que generó amplia indignación. La acusación planteó demasiados motivos, pero ninguno convincente. Coaltown, no obstante, estaba convencida de saber por qué Ashley había matado a Lansing, y de allí era la mayor parte de los miembros del tribunal. Todos lo sabían y ninguno lo mencionó. Los miembros de las mejores familias de Coaltown no hablan con extraños. Ashley asesinó a Lansing porque estaba enamorado de la mujer de este, y el jurado lo envió al patíbulo con firmeza y unanimidad, con lo que un diario de Chicago definió como «descarada calma». La amonestación del viejo juez Crittenden al jurado en esta cuestión fue particularmente seria: los conminó, con algo parecido a un guiño de complicidad, a cumplir con su solemne obligación. Y así lo hicieron. Para los periodistas llegados desde otros lugares, el juicio resultó una farsa y pronto se

convirtió en un escándalo en el curso superior del valle del Misisipi. La defensa encolerizó, los periódicos adoptaron un enfoque despectivo, llovieron telegramas en la mansión del Gobernador en Springfield, pero Coaltown sabía lo que sabía. Este silencio acerca de las vergonzosas relaciones entre John Ashley y Eustacia Lansing no provenía de ningún deseo cortés de proteger el buen nombre de una dama; existían fundamentos más sólidos para el silencio que este. Ningún testigo se atrevió a pronunciar la acusación porque ninguno contaba con la menor evidencia. Los cotilleos habían cristalizado en condena como los prejuicios se petrifican en incontestable verdad.

Justo cuando la indignación popular se encontraba en su cénit, John Ashley escapó de sus guardianes. La huida tiende a ser interpretada como un reconocimiento de la culpabilidad, y las dudas sobre el móvil del crimen pasaron a ser irrelevantes.

Es posible que la condena hubiera sido menos severa si Ashley se hubiera comportado de forma diferente en el tribunal. No mostró signo alguno de temor. No proporcionó ningún fascinante espectáculo de creciente terror y arrepentimiento. Permaneció sentado a lo largo del prolongado proceso escuchando con serenidad, como si esperara que el juicio satisficiera su moderada curiosidad sobre la verdadera identidad del asesino de Breckenridge Lansing. Es cierto, sin embargo, que para Coaltown Ashley era un hombre extraño. Era prácticamente un extranjero, es decir: provenía del estado de Nueva York y se expresaba como allí lo hacen. Su mujer era alemana y tenía un ligero acento propio. Ashley parecía no tener ambición. Había trabajado durante cerca de veinte años en la oficina de las minas con un sueldo exiguo —tan limitado como el del segundo clérigo mejor pagado de la zona— con aparente satisfacción. Era extraño por la total ausencia de características llamativas. No era rubio ni moreno, alto ni bajo, gordo ni delgado, inteligente ni estúpido. Tenía un aspecto relativamente agradable, pero difícilmente atraería segundas miradas. Un periodista de Chicago, al inicio del juicio, lo denominó repetidamente «nuestro aburrido héroe». (Cambió su parecer más tarde: un hombre que se

enfrenta a una condena a muerte y no muestra ansiedad, genera interés). A las mujeres les gustaba Ashley porque a él le gustaban ellas y porque ofrecía una concienzuda escucha en cualquier conversación; los hombres —excepto los capataces de la mina— le prestaban escasa atención, si bien algo en su modesto silencio los impelía continuamente a tratar de impresionarlo.

Breckenridge Lansing era corpulento y rubio. Saludaba a todos con un fuerte apretón de manos en cordial muestra de amistad. Reía sonoramente; no se contenía ante un ataque de rabia. Era sociable; pertenecía a toda agrupación, fraternidad y asociación con que contara Coaltown. Le encantaban los rituales: los ojos se le colmaban de lágrimas —lágrimas de hombre, de las que no se avergonzaba— cuando juraba por enésima vez «mantener la amistad con los hermanos hasta la muerte» y «vivir con virtud bajo la protección de Dios y estar preparado para entregar la vida por su país». Son votos como estos, con su mención a las alturas, los que dan sentido a la vida de un hombre. Tenía sus pequeñas debilidades. Pasaba más de una noche en una de esas tabernas de la carretera del río, sin regresar a casa hasta la mañana. Este no era el comportamiento propio de un padre de familia ejemplar, la señora Lansing podría haber tenido algún motivo para la queja. Pero en público —en la merienda de los voluntarios del cuerpo de bomberos, en las ceremonias de graduación— la colmaba de atenciones, mostrando a todos su orgullo por ella. Era conocida por todos su incompetencia como director residente de las minas, así como que en raras ocasiones acudía a la oficina antes de las once. Como padre había sin duda fracasado en la educación de dos de sus tres hijos. George era considerado un «camorrista» y un «diablillo». Anne siempre se salía con la suya, a fuerza de pataletas y mala educación. Aunque estos puntos débiles eran comprensibles. Varios de ellos eran compartidos por los ciudadanos más valorados del lugar. Lansing era un hombre agradable y buena compañía. ¡Cuán espléndido habría sido el juicio si Lansing hubiera disparado a Ashley! ¡Qué actuación habría brindado! Coaltown se habría asegurado en primer lugar de que estuviera completamente

atemorizado —encogido por el miedo— para entonces absolverlo.

Este caso sin importancia en una pequeña población del sur de Illinois debiera haberse olvidado incluso antes de no haber sido por las misteriosas circunstancias que rodearon la fuga del convicto. No tuvo que levantar un dedo. Fue rescatado. Seis hombres —vestidos de porteadores ferroviarios, con los rostros ennegrecidos con corcho quemado— accedieron al vagón sellado. Hicieron añicos los faroles colgantes; sin un solo disparo ni palabra alguna doblegaron a los guardas y sacaron al prisionero del tren. Dos de los custodios dispararon una vez y no se atrevieron a continuar por miedo a matar a uno de los suyos en plena oscuridad. ¿Quiénes eran estos hombres que arriesgaron sus vidas para salvar la de John Ashley? ¿Mercenarios? La señora Ashley declaró en repetidas ocasiones a los representantes de la Fiscalía del Estado —los furiosos, humillados policías— que ella no tenía idea de quiénes podían ser. Todo lo relativo al rescate fue impresionante: su entereza, su habilidad, su precisión, pero sobre todo su silencio y el hecho de que los rescatadores estuvieran desarmados. Fue fantasmagórico; sobrenatural.

El juicio y la evasión de John Ashley pusieron en ridículo al estado de Illinois. Hasta la llegada de la Primera Guerra Mundial —que comenzó a desplazar a los estadounidenses por todo el país, cambiando su lugar de residencia de forma repentina— todo hombre, mujer y niño consideraba que vivía en la mejor población del mejor estado del mejor país del mundo. Esta convicción les aportaba una cierta fortaleza y se veía reforzada por un implacable desprecio de toda localidad, estado o país vecino. Este orgullo geográfico era inculcado a los niños, y los orgullos y humillaciones de la infancia son tenaces. Los más pequeños aplicaban este principio a las mismas calles en las que vivían. Se les oía de regreso del colegio: «Si tuviera que vivir en la Calle del Roble, ¡me moriría!». «Bueno, todo el mundo sabe que cualquiera que viva en la Calle del Olmo está loco-co-co, ¡ahí lo llevas!». El coronel Stotz, fiscal general del estado de Illinois, era un destacado ciudadano del mejor estado del mejor país del mundo. La cúpula del Capitolio Estatal

(Capitolio Abraham Lincoln), en el que ejercía sus funciones, era el símbolo visible de la justicia, la dignidad y el orden. El desprecio al que se sometió a Illinois como resultado del Caso Ashley durante su cuarto y último mandato oscureció sus días y abrió el suelo bajo sus pies. Odiaba el apellido Ashley y decidió perseguir al convicto hasta el último rincón del planeta.

Desde la mañana del primer lunes tras la muerte de Lansing, los hijos de los Ashley desaparecieron del colegio para gran frustración de sus compañeros. Unicamente Sophia pisaba la calle, realizando las compras para su madre. Ella Gates le escupió en la cara en la escalinata de la oficina de correos. Ashley prohibió a sus hijas asistir al juicio. Un día tras otro, Roger —a sus diecisiete años y medio— se sentaba en el tribunal junto a su madre, quien también negaba a sus conciudadanos cualquier espectáculo de pavor. Como el propio Roger diría más tarde: «Mamá está mejor que nunca cuando las cosas se tuercen». Ella se sentaba a unos metros del banco del acusado. La incomodaba ser consciente de que la falta de sueño robaba color a sus mejillas. Cada mañana, a las ocho y media, se las frotaba largamente y con firmeza para generar un aspecto de bienestar e inquebrantable confianza.

Otro hecho extraño sobre los Ashley se manifestó durante el juicio: ningún familiar de John o de Beata llegó a Coaltown para ayudarlos o consolarlos.

Con el paso del tiempo la historia se transformó en leyenda y fue recontada con cada vez mayor número de incorrecciones. Se dijo que matones de Nueva York asaltaron el tren: habían recibido mil dólares cada uno de la amante de Ashley, la viuda del hombre que asesinó. O que Ashley, con la ayuda de su hijo Roger, se había abierto paso a balazos ante una patrulla de once hombres. Incluso después de que la Fiscalía del Estado hubiera exonerado a John Ashley, eran muchos quienes, entrecerrando los ojos, pronunciaban con tono de quien sabe lo que dice: «Hubo mucho ahí, escondido, en ese asunto, que nunca salió a la luz». Los hijos de los Ashley y los Lansing dejaron Coaltown uno a uno. Más adelante, primero la señora Ashley y luego la señora Lansing, se mudaron a la Costa

Oeste. Parecía como si el tiempo hubiera expurgado gradualmente esta triste historia, tal y como ha hecho con tantas otras. ¡Pero no!

Pasados unos nueve años se comenzó a hablar de nuevo del Caso Ashley. Periodistas, ciudadanos comunes, incluso científicos, se dedicaron a visitar las hemerotecas para leer las amarillentas páginas de los viejos periódicos. Había un interés cada vez mayor por los «hijos de Ashley», todos tan distinguidos en sus diferentes vidas y profesiones. Todo el mundo estaba interesado en los «hijos de Ashley» excepto los propios «hijos de Ashley». Eran objeto de esa especialmente clamorosa forma de celebridad que rodea a aquellos que son tanto ridiculizados como admirados, adorados y odiados. Llamaban cada vez más la atención porque habían logrado atraer el interés de la sociedad a una edad muy temprana y porque estaban ligeramente vinculados a un pasado de tragedia y desgracia. Se les reconocían una serie de características comunes. Si bien únicamente aquellos que los habían conocido en sus años de juventud en Coaltown —el doctor Gillies, Eustacia Lansing, Olga Doubkov— eran conscientes de hasta qué punto estos elementos de su personalidad habían sido heredados de sus progenitores, especialmente de su padre. No tenían sentido alguno de la competitividad y sus consiguientes manifestaciones de odio y represalia, a pesar de que Lily y Roger pertenecían a profesiones con fuerte competencia y escasa presencia de escrúpulos. No actuaban embargados por la conciencia de sus propios hechos, no mostraban consideración ninguna hacia la opinión de terceros y no conocían el miedo, aunque Constance pasó más de dos años en prisión, en seis arrestos acaecidos en cuatro países distintos, y Roger era vilipendiado tanto en su país como en el extranjero. Lily y Constance no eran vanidosas a pesar de encontrarse entre las más bellas mujeres de su época. Ninguno tenía sentido del humor, si bien con los años sus palabras adquirieron una mordacidad que se aproximaba al ingenio y eran ampliamente citados. Carecían de engreimiento. Quienes mejor los conocían los describían como «abstractos». Era por tanto lógico que desconcertaran a sus contemporáneos y fueran acusados, según los casos, de

inflexibilidad, egotismo, insensibilidad, hipocresía y sed de publicidad. Habrían generado incluso un mayor rechazo de no haber sido por otro rasgo absurdo, demasiado cándido, enternecedor, pueblerino: todos tenían grandes y sobresalientes orejas («aladas puertas de granero») y grandes pies; bendición divina para los caricaturistas. Cuando Constance —en sus interminables cruzadas: «Voto para la mujer», «Refugios para los niños indigentes», «Derechos para la mujer casada»— ascendía las escaleras de un estrado (era especialmente apreciada en India y Japón), un estallido de risa barría la multitud; nunca pudo entender por qué.

Así pues, ya en 1910 y 1911, la gente comenzó a estudiar la documentación del Caso Ashley y a plantear preguntas —frívolas o sesudas preguntas— sobre John y Beata Ashley y sus hijos, sobre Coaltown, sobre esos viejos bromistas: herencia y entorno, habilidades y talentos, destino y azar.

Este John Ashley, ¿qué había en él (como en ciertos héroes de las viejas tragedias de los griegos) que le generó una suerte tan dispar: castigo inmerecido, rescate «milagroso», exilio e insigne progenie?

¿Qué había en los predecesores de los Ashley y posteriormente en su vida familiar que cultivó tal energía de mente y espíritu?

¿Qué había en este valle del Kangaheela de matriz geográfica, de clima espiritual, para moldear tan excepcionales hombres y mujeres?

¿Existía alguna conexión entre la catástrofe que sacudió a ambas familias y los posteriores sucesos? ¿Acaso la humillación, la injusticia, el sufrimiento, la miseria y el ostracismo, acaso son bendiciones?

Nada es más interesante que las indagaciones acerca del modo en que la creatividad opera en cualquiera, en todos: la mente, impulsada por la pasión, imponiéndose, construyendo y destruyendo; la mente —la última manifestación de la vida en hacerse presente— expresándose en el estadista y el criminal, el poeta y el banquero, el barrendero y el ama de casa, el padre y la

madre; generando orden o causando estragos; la mente, condensando su energía en grupos y naciones, elevándose hasta la incandescencia y luego retrocediendo exhausta; la mente, esclavizando y masacrando o difundiendo la justicia y la belleza:

La Atenas de Palas Atenea, como un faro sobre una colina, emitiendo haces de luz que aún iluminan a los hombres en sus asambleas.

Palestina, durante mil años, como un géiser en la arena, generando genio tras genio, hasta el punto de que pronto no habrá nadie sobre la tierra que no haya sido por ellos afectado.

¿Se produce una multiplicación cada vez mayor de estos o acaso disminuye?

¿Es el cerebro neutral ante la destrucción y la beneficencia?

¿Es posible que se produzca alguna vez una «espiritualización» del animal humano?

Es absurdo comparar a estos hijos del valle del Kangaheela con los augustos ejemplos de benefactora y funesta actividad mencionados anteriormente (apenas alcanzada la mitad de este siglo ya han sido ampliamente olvidados), pero:

Están cerca.

Son accesibles para nuestra indiscreta observación.

La sección central de Coaltown es larga y estrecha, insertada entre dos riscos. Puesto que su calle principal avanza de nortea sureste, recibe poca luz solar directa. Muchos de sus habitantes en rara ocasión ven un amanecer, un atardecer o más que un fragmento de una constelación. En el extremo norte se encuentra la estación de ferrocarril, el ayuntamiento, el juzgado, la Taberna Illinois y la vivienda de los Ashley, construida tiempo atrás por Airlee MacGregor y bautizada «Los Olmos»; en el extremo sur hallamos los jardines de Memorial Park, con su estatua al soldado del Ejército de la Unión, el cementerio y la vivienda de Breckenridge Lansing: «San Cristóbal», que toma su nombre de la isla del Caribe en la que nació Eustacia Lansing. Estas dos casas son las únicas de Coaltown

con suficiente superficie plana a su alrededor como para ser descritas «con terreno». Un triste riachuelo, el Kangaheela, fluye a lo largo del valle, en la sección este de la calle principal; se amplía creando estanques tras Los Olmos y San Cristóbal. La población es mayor de lo que aparenta. Puesto que su centro está confinado a un estrecho valle, las viviendas de muchos de sus residentes están colgadas de las colinas circundantes o se alinean en las carreteras que se dirigen al norte y al sur. Los mineros viven en sus propias comunidades en la cresta Bluebell y la colina Grimble. Tienen sus economatos, sus escuelas y sus iglesias. En rara ocasión descienden hasta el pueblo. Coaltown se expandió y se redujo en diversas ocasiones a lo largo del siglo XIX. Las minas llegaron a emplear hasta a tres mil hombres y varios cientos de niños. Oleadas de inmigrantes se asentaron por cortos periodos de tiempo en la región para continuar luego su avance: cazadores y tramperos, sectas religiosas, mineros de Silesia y comunidades enteras de agricultores a la búsqueda de suelo fértil. Había no pocas iglesias, escuelas y cementerios abandonados en las colinas cercanas y a lo largo de la carretera del río. El doctor Gillies estimaba que cien mil personas habían habitado ambos condados; tras conocer las imponentes necrópolis cercanas a Goshen y Penniwick, elevó la cifra.

Debió de haber un amplio lago de poca profundidad en la región para haber producido tanta arenisca, pero el suelo se elevó y la mayor parte del agua fluyó hacia el Ohio y el Misisipi. Debió de haber grandes bosques que produjeran todo ese carbón y siglos de terremotos para levantar las colinas y plegarlas sobre los bosques como tortitas sobre mermelada. Los gigantescos y pesados reptiles fueron incapaces de escapar a tiempo y dejaron sus huellas en la roca; pueden contemplarse en el museo de Fort Barry. Qué extensiones de tiempo son necesarias para completar la transformación de un pantanal en un bosque. Los estudiosos han dibujado la estela temporal: tanto tiempo para que la hierba facilite el humus a los arbustos, tanto para que los matorrales acomoden a los árboles, tanto para que los menores de la familia de los robles enraícen bajo la grata sombra de los cerezos silvestres y los arces, y

para suplantarlos; tanto para que el roble blanco reemplace al rojo; tanto para la majestuosa entrada de la familia de las hayas, que ha aguardado su momento propicio: la guerra de los retoños, por así decirlo. A la despiadada lucha de las plantas se sumó la de los animales. El balido del venado infundiendo terror en el bosque al hundirle el gran felino sus dientes en la vena yugular; el halcón elevando al cielo la serpiente que atrapa entre sus mandíbulas un roedor.

Entonces llegó el hombre.

Uno de los más logrados «montículos de tortuga»[2] de toda la región de Algonquín se encuentra en las inmediaciones de Coaltown, en Goshen, y existen tres magníficos «montículos de serpiente»[3] al norte. En aquel tiempo, cualquier chico con energía tenía su colección de puntas de flecha, pilones y hachas indias. Los entendidos no coinciden en los motivos de las numerosas masacres, puesto que estas tribus eran notablemente pacíficas. Un experto las atribuye a la costumbre de los matrimonios exógamos: incursiones contra las tribus de otros tótems para robar mujeres destinadas a sus valientes jóvenes. Otro, no obstante, sostiene que estas agresiones vienen derivadas de necesidades económicas; los bleu barrés habrían agotado la caza en su territorio, viéndose obligados a avanzar hacia la tierra de los kangaheelas. Sea cual sea la razón, el análisis de los restos óseos de las diversas necrópolis desvela una atroz sangría.

En 1907, mucho tiempo después de que estas tribus fueran consideradas extintas, un etnólogo se topó con una pequeña comunidad de kangaheelas que vivían y tosían en chabolas en el embarcadero de Gilchrist, en el Misisipi, cien kilómetros al oeste de Coaltown. Era difícil comprender cómo lograban sobrevivir; vendiendo junto a la carretera un puñado de mocasines, pipas, flechas y abalorios de torpe factura. Una noche, a cambio de *whisky*, un anciano contó la historia de su pueblo. Eran la envidia de otras naciones por la elegancia de sus vestidos, el esplendor de sus danzas (Kangaheela significa «escenario sagrado»), su sabiduría y sus habilidades en la adivinación. Todo hombre mayor de edad era capaz de repetir sin mácula el Libro de los Inicios y los Fines, un

recital que llenaba, interrumpido por las danzas, dos días con sus noches. Los kangaheelas eran famosos por su hospitalidad; reservaban espacios para invitados de otras naciones que pudieran entender alguna porción del texto. El fuego del consejo iluminaba los rostros de miles de hombres sentados alrededor del sagrado escenario para la danza. La primera noche era gloriosa: la historia de la creación con su agotadora descripción de las luchas entre el sol y la oscuridad. Esta era seguida por la narración del nacimiento del primer hombre a través de los orificios nasales del Padre Supremo: el primer kangaheela. Se dedicaba una mañana a enumerar el catálogo de leyes y tabúes que este había instituido; cuestión tan antigua que las palabras eran en ocasiones ininteligibles y su intención poco clara. A mediodía el trovador se adentraba en la crónica y la genealogía de héroes y traidores: ocho horas de duración. Poco antes de la segunda medianoche se transmitía el Libro de las Severas Profecías, que nos es dado por el Padre Supremo: tres horas de humillación y amargura. Los pecados del hombre han convertido la belleza de la tierra en un estercolero. Hermanos han asesinado a hermanos. La sagrada obligación de la regeneración ha sido convertida en un deporte irreflexivo. El Padre Supremo porta en su corazón a todas las naciones del bosque, pero se arrastrarán como la serpiente; sus poblaciones serán esquilmadas; la felicidad del nacimiento de un hijo será fingida.

Se producía entonces un largo silencio, roto finalmente por el retumbar de los tambores y los gritos. Era la Danza del kangaheela, el corazón del sílex, tan fundamental para el Padre Supremo como su ojo. Esta es la danza que ha sido tan ampliamente copiada. Incluso a los saysays de Michigan se les ha pedido que la realicen en su devaluada y superficial versión de las ferias itinerantes (admisión: cincuenta centavos; niños, veinticinco). Al finalizar la danza se producía otro silencio; cargado de expectación, con la respiración contenida. El líder de los kangaheelas parecía sumirse en las profundidades de su cuerpo; se serenaba; se elevaba. Era el turno del Libro de las Promesas. ¿Quién sería capaz de describir el consuelo de tan magnífica canción? Los ancianos olvidaban sus debilidades;

los chicos y chicas dejaban patente por qué habían nacido y por qué el universo fue puesto en movimiento. Existen muchos pueblos sobre la tierra —más hombres que hojas en el bosque—, pero Él ha elegido a los kangaheelas de entre todos ellos. Regresará. Permitidles iluminar el camino para preparar el día. La especie humana será salvada por unos pocos.

Hasta aquí los indios. Los expertos estiman que nunca hubo más de tres mil kangaheelas vivos de forma simultánea.

Llegó el hombre blanco. Trajo consigo su narrativa de la creación, su nombre para el Padre Supremo, sus leyes y sus tabúes, su catálogo de héroes y traidores, su carga de reproches, su esperanza de una era dorada. Trajo muy poca danza, pero bastante música, sagrada y profana. También portaba un espíritu especulativo, desconocido para el piel roja; su producto fue sin mucho rigor denominado filosofía. Todos ellos, jóvenes y viejos, atormentaban sus cerebros ocasionalmente con preguntas sobre por qué existen los seres humanos y cuál es el sentido de la vida y la muerte (lo que el doctor Gillies llamó «las preguntas de las cuatro de la mañana»). El doctor Gillies era el más elocuente y exasperante filósofo de Coaltown. En contradicción frontal con la Biblia, creía que la Tierra requirió millones de años para ser creada y que el hombre desciende de ya saben qué. Es más, dialogaba sobre cuestiones de relevancia de modo tal que quienes lo escuchaban quedaban desconcertados, incapaces de asegurar si bromeaba. Un selecto grupo de ciudadanos recordaría largo tiempo la noche en la que el doctor Gillies dio rienda suelta a todo el potencial de su espíritu especulativo.

Ocurrió una Nochevieja, no una cualquiera: el 31 de diciembre de 1899, la víspera de un nuevo siglo. Un nutrido grupo se reunió frente al tribunal esperando a que el reloj marcara el cambio de centuria. Tenían los congregados un cierto ánimo exaltado, como si esperaran que el cielo se abriera sobre sus cabezas. El XX sería el siglo más destacado que el mundo jamás hubiera conocido. El hombre podría volar; la tuberculosis, la difteria y el cáncer serían erradicados; se acabarían las guerras. El país, el estado y el propio

pueblo en el que vivían desempeñarían un importante y solemne papel en esta nueva era. Cuando el reloj marcó las doce todas las mujeres y muchos de los hombres sollozaban. De pronto, comenzaron a cantar, no «Auld Lang Syne»[4], sino «O God, Our Help in Ages Past»[5]. Poco después se arrojaban los unos a los brazos de los otros; se besaban; un comportamiento nunca antes visto. Breckenridge Lansing y Olga Sergeievna Doubkov —que se odiaban— se besaron; John Ashley y Eustacia Lansing —que se amaban— se besaron, la única vez que esto sucedió en sus vidas, de forma evasiva. (Beata Ashley evitaba cualquier concurrencia; se quedó sentada junto al reloj de péndulo en Los Olmos, rodeada por sus tres hijas: Lily, Sophia y Constance). Roger Ashley, a sus catorce años y cincuenta y una semanas, besó a Félicité Lansing, con quien contraería matrimonio nueve años más tarde. George Lansing, con quince años, el «diablillo» de Coaltown, estupefacto y sobrecogido por la solemnidad de la ocasión y el comportamiento de los adultos, se escondió detrás de su madre. (Los grandes artistas tienden a la exaltación en triste compañía y se apagan ante la euforia). Finalmente la multitud se dispersó; una veintena permaneció bajo el gran reloj, buscando profundizar la manifestación de una emoción que comenzaba a dar paso a la reflexión y la duda. Fueron a la taberna para —eso dijeron— tomar algo caliente. Las chicas jóvenes fueron enviadas a casa. El grupo entró en el bar, en el que ninguna mujer había sido hasta entonces admitida y era de suponer que no volverían a serlo en otros cien años. Se internaron en la sala trasera. Tazas de leche caliente, grog y «Sally Croker» (manzanas silvestres aderezadas flotando en sidra caliente) fueron distribuidas por el propio señor Sorbey.

Breckenridge Lansing —siempre exultante cuando estaba bien acompañado, el perfecto anfitrión y, como director residente de las minas, ciudadano más destacado del pueblo— ejerció de portavoz.

—Doctor Gillies, ¿cómo será el nuevo siglo?

Las damas murmuraron:

—¡Sí!… ¡Sí!… Díganos lo que piensa.

Los hombres aclararon sus gargantas.

El doctor Gillies no tosió para anunciar el inicio de sus palabras, sino que comenzó:

—La naturaleza nunca duerme. Los procesos de la vida nunca se detienen. La creación no ha llegado a su fin. La Biblia afirma que Dios creó al hombre en el sexto día y descansó, pero cada uno de esos días tuvo una duración de muchos millones de años. El día de descanso debió de ser bien corto. El hombre no es el fin sino el principio. Nos encontramos al inicio de la segunda semana. Somos los hijos del octavo día.

Describió la Tierra antes de la aparición de la vida: millones de años en los que el vapor se elevaba de las hirvientes aguas… El ruido, los terribles vientos, las olas… El ruido. Más tarde, diminutos organismos flotando hasta asfixiar los mares. Pasivos… Entonces, aquí y allá, unos y otros, adquirieron la habilidad de impulsarse hacia la luz, hacia el alimento. Un sistema nervioso empezó a tomar forma en la era Precámbrica; aletas y patas comenzaron a lograr suficiente fuerza para caminar sobre tierra firme en el Devónico Superior, la sangre se calentó en el Mesozoico.

Fue en algún momento del Mesozoico cuando el señor Goodhue, el banquero de Coaltown, intercambió una escandalizada mirada con su mujer. Se levantaron y abandonaron la sala, la frente alta, mirando decididos al frente. ¡Evolución! ¡Impía evolución! El doctor Gillies continuó. Una vez separadas las plantas de los animales, los envió a iniciar sus largas marchas. Los pájaros y los peces, tras alguna duda, se despidieron. Los insectos se multiplicaron. La llegada de los mamíferos y ese sobrecogedor momento en el que permanecieron sobre sus cuartos traseros liberando los delanteros para la realización de otras actividades.

—¡La vida! ¿Por qué la vida? ¿Para qué? ¿Con qué fin? Algo que surgió de la nada. ¿Adónde se dirigía?

Se detuvo. Su mirada se fijó con tal insistencia sobre los chicos, que estos se sintieron impelidos a responder. Murmuraron:

—Al hombre.

—Sí —contestó el doctor Gillies—, a todas las clases de hombres.

Una dolorosa inquietud se instaló en el grupo. Breckenridge Lansing, experimentado moderador, habló de nuevo en nombre de todos.

—No ha respondido a nuestra pregunta, doctor Gillies.

—He establecido las bases para mi respuesta a vuestra pregunta. En este nuevo siglo debemos ser capaces de ver que la humanidad inicia una nueva etapa de desarrollo: el hombre del octavo día.

El doctor Gillies estaba mintiendo con todas sus fuerzas. No tenía ninguna duda de que el siglo que se iniciaba sería demasiado funesto para ser contemplado, es decir, como el resto de siglos.

El doctor Gillies era el único miembro del grupo que no había sentido euforia. No había participado en las felicitaciones y abrazos. Quince minutos antes de las doce se había internado en la taberna para visitar a la anciana señora Billings, su paciente de tantos años. Su alma (una palabra que él únicamente utilizaría bromeando) estaba colmada de amargura. Veintitrés meses atrás su hijo había fallecido en un accidente de trineo en la Universidad Williams de Massachusetts —Hector Gillies, quien debería esa noche estar iniciando el siglo XX—: su otro yo, su prolongación, su alargada sombra. El doctor Gillies no tenía fe en el progreso, en el futuro de la humanidad. Sabía más sobre Coaltown que cualquiera de sus habitantes (como había conocido mucho sobre Terre Haute, en Indiana, durante sus primeros diez años en la profesión). Coaltown no era peor ni mejor que cualquier otra población. Toda comunidad es una porción del amplio organismo de la raza humana. Una incisión en Breckenridge Lansing o en el emperador de China desvelaría lo mismo, las mismas vísceras. Como el diablo en la vieja fábula, retirar los tejados de Coaltown o Vladivostok permite escuchar las mismas palabras[6]. Sus lecturas nocturnas de los grandes historiadores confirmaban su sensación de que Coaltown está en todas partes; aunque incluso los grandes historiadores son víctimas de la distorsión inducida por el paso del tiempo: alzan y humillan a su antojo. No hay Siglos de Oro ni Años Oscuros. Solo una oceánica monotonía de generaciones de hombres bajo la alternantemente propicia o pésima climatología.

¿Cómo serían el siglo XX y los posteriores?

Mintió descaradamente porque su mirada descansaba sobre Roger Ashley y George Lansing. Habló como lo habría hecho si Héctor hubiera estado allí. Es obligación para los ancianos mentir a los jóvenes. Permitirles que afronten sus propios desencantos. Fortalecemos nuestras almas, siendo jóvenes, con la esperanza: la resistencia adquirida nos permite posteriormente asumir la desesperación como lo haría un romano.

—El Hombre Nuevo está llegando. La naturaleza nunca duerme. Hasta ahora el esporádico hombre singular, el solitario genio, ha cargado con los hijos del miedo y la inercia en sus faldones. En adelante las masas emergerán de su condición cavernícola…

Oh, ¡era magnífico!

—… emergerán de su condición cavernícola en la que la mayor parte de los hombres permanecen aún encogidos: aterrorizados ante la usurpación, abrazando sus pertenencias, esclavos del temor al Dios del Trueno, el temor a los vengativos cadáveres, el temor a la indomable bestia que se aloja en su propio interior.

Era maravilloso.

—La mente y el espíritu serán la próxima climatología del ser humano. La raza está siendo educada. ¿Qué es la educación, Roger? ¿Qué es la educación, George? Es el puente que el hombre cruza desde la vida encerrada en uno mismo, centrada en uno mismo, hacia la conciencia de la comunidad humana al completo.

Varios de los miembros de su audiencia habían caído rendidos pronto en la beatífica atmósfera del siglo XX; no John Ashley y su hijo, no Eustacia Lansing y su hijo.

Olga Doubkov caminó de regreso a casa con Wilhelmina Thoms, secretaria de Lansing en las minas.

—El doctor Gillies no se cree una palabra de lo que dijo. Yo sí. Cada una de ellas. Al igual que sucedía con mi padre. Sería incapaz de caminar erguida si no fuera así.

Nunca se ha explicado satisfactoriamente por qué los primeros colonos de Coaltown (o Maple Bluffs[7], como fue inicialmente denominado) eligieron centrar y expandir su asentamiento en una garganta sin sol cuando pudieron haber construido sus casas, su primera iglesia y la primera escuela en los prados abiertos situados al norte y al sur. La población se ubica en una ruta comercial de moderada importancia; los vendedores itinerantes siguen formando parte de su vida. Coaltown siempre ha sido privilegiada por los viajantes —afortunadamente para Beata Ashley y sus hijas llegado el momento— incluso cuando Fort Barry, cincuenta kilómetros al norte, y Summerville, sesenta y cinco kilómetros al sur, ofrecían mayores atractivos. La Taberna Illinois de los Sorbey (constructor, hijo y nieto), les convenía. Le destinaban dos noches en sus itinerarios. Las habitaciones eran amplias, las cenas por treinta y cinco centavos, generosas. El mobiliario de la cantina, de madera tallada y latón, fue instalado ante la expectativa de una prosperidad aún mayor. El cordial olor del serrín, las salpicaduras de cerveza y la fermentación del *whisky* daba la bienvenida al cansado trotamundos. Había juegos nocturnos en la sala trasera. Se ofrecía transporte gratuito hasta distintos establecimientos situados varios kilómetros al sur, en los márgenes de la carretera del río: El Abrevadero de Hattie y Lo Tenemos Todo, de Nicky. Los agentes comerciales (herramientas agrícolas y medicamentos al por mayor) llegaban en tren; los viajantes (máquinas de coser, joyería, medicamentos patentados y menaje de cocina) a caballo y en calesa. Los vendedores ambulantes se detenían en un lateral de la carretera y dormían bajo sus carretas.

Con el descubrimiento del carbón llegaron el polvo negro, gris, amarillo y blanco; aguas turbias al Kangaheela; el primer y último residente adinerado: Airlee MacGregor; más extranjeros: de Silesia y Virginia Occidental, el padre de la señorita Doubkov (un príncipe ruso exiliado, según algunos), y John y Beata Ashley, de Nueva York, hablando el «dialecto neoyorquino». Numerosas aves, fieras, peces y plantas desaparecieron de la región. Se hizo habitual comentar que el suelo estaba «agriado». Por encima de todo ello

llegó la pobreza, el descontento y la amenaza de violencia. Muchos de los hombres que trabajaban diez horas al día bajo tierra parecían incapaces de alimentar y vestir a una familia de doce o catorce integrantes, incluso cuando, la tarde del sábado, su querida descendencia depositaba su salario semanal en la mano del padre. Los zapatos eran de especial relevancia. Se introducían en los sueños en forma de pesadilla. Incluso los caballos tenían zapatos. Un hombre podía alimentar a su familia con judías, salvado, verduras, manzanas y, ocasionalmente, tocino; pero se sobreentendía que los creyentes no podían ir a la iglesia descalzos. Los hijos habían de ir por turnos. En varias ocasiones durante la segunda mitad del siglo XIX el aire olió a sublevación. Pocas cosas existen más desalentadoras que las huelgas poco entusiastas. Todas fueron mal gestionadas y poco apoyadas. Las ventanas del almacén de suministros de los mineros volaban por los aires, las oficinas de la empresa eran destrozadas. Un grupo de aguerridos hombres fue dispersado tras hacer trizas la valla de listones de madera que rodeaba la vivienda de Airlee MacGregor y lanzar contra la puerta sus bolas de *croquet*. (Durante todo este estrépito de madera en astillas el viejo MacGregor permaneció sentado en su salón, el rifle a mano, inflexible como Moisés). La cercanía de los días festivos generaba temor. En 1897 el alcalde canceló prudentemente el desfile del Día de la Independencia y la oración en Memorial Park. Cada cuatro años, las elecciones eran particularmente temidas. Los mineros descendían en manada las colinas y daban rienda suelta a su pronunciada frustración y rabia. La administración aplicaba multas con severidad a quienes no aparecían por los pozos al día siguiente. Los hombres bebían y gritaban durante toda la noche y se tambaleaban hacia las laderas al amanecer; sus mujeres los recogían de las zanjas junto a la carretera. Muchos niños nacían el siguiente agosto, recibidos con resignación. Los residentes en Coaltown cerraban con llave las puertas de sus casas por la noche desde tiempos inmemoriales y aquellos mejor situados instalaban varios refuerzos y barricadas. Breckenridge Lansing no fue el primero en entrenar a su familia en el uso de armas de fuego, algo comprensible

siendo el director general de las minas. Sorprendió a los reporteros venidos de otras ciudades para el juicio que fuera asesinado durante su habitual práctica de tiro de la tarde de los domingos, no así a los habitantes de Coaltown.

Cinco años después del notorio juicio, las minas cercanas a Coaltown cerraron: los yacimientos Bluebell y Henrietta B. MacGregor. La calidad del carbón llevaba tiempo reduciéndose y se produjo también una caída de la producción. El pueblo vio reducido su tamaño. Las familias del convicto y el asesinado se mudaron. Sus casas cambiaron de manos varias veces. Portaban carteles en los que se leía habitaciones y SE traspasa, pero finalmente los carteles acabaron siendo ilegibles y se cayeron de las paredes. Las ventanas rotas dejaban pasar la lluvia y la nieve; los pájaros anidaban en todas las plantas; las vallas de listones de madera se combaban sobre la tierra como las olas al besar la arena. El cenador del jardín trasero de Los Olmos acabó cayendo al estanque. En otoño las madres enviaban a sus hijos a recoger nueces a San Cristóbal y castañas a Los Olmos.

Con el cese del funcionamiento de las minas mejoró la calidad del aire. Ningún ama de casa se atrevía a colgar cortinas blancas, pero las chicas que participaron en la ceremonia de graduación del instituto vistieron por primera vez trajes blancos en 1910. Con menos cazadores, los ciervos, los zorros y las codornices incrementaron su número. El pez saltarín, el ajedrez y la trucha de Mulligan encontraron su camino Kangaheela arriba en grandes grupos. El ciclamor, las varas de oro y las coletas, que habían olvidado la región mucho tiempo atrás, regresaron desde todas las direcciones.

A menudo, en primavera, tras los aguaceros, un extraño rugido llenaba el aire. Las colinas estaban plagadas de minas abandonadas; la superficie sobre estas se derrumbaba con un gran estruendo más parecido al de un terremoto que a un deslizamiento de tierras. Los locales ascendían las laderas para contemplar estos montículos. Parecían más las ruinas de grandezas pasadas que las prisiones donde tantos habían trabajado doce horas —más tarde serían diez—

al día, y donde tantos habían tosido y escupido sus propios pulmones. Incluso los niños más pequeños se quedaban mudos ante la vista de estas largas galerías y arcadas, rotondas y salones de trono. Al año siguiente los arbustos y las enredaderas cubrían las entradas al mundo subterráneo. La población de murciélagos se incrementó, emergiendo al caer la tarde en nubes arremolinadas sobre el valle.

Como tanto gustaba de decir el doctor Gillies: «La naturaleza nunca duerme».

Coaltown ya no tiene oficina de correos. La correspondencia se distribuye en un rincón de la tienda de ultramarinos del señor Bostwick. La sede de la administración del condado fue transferida a Fort Barry.

I. Los Olmos
1885-1905

Los Olmos era la segunda en belleza de entre las casas de Coaltown. Había sido construida por Airlee MacGregor en los días en los que las minas eran menos dependientes de la administración de Pittsburgh y los supervisores residentes podían retener beneficios para sí mismos. Airlee había perforado los pozos Bluebell y Henrietta B. MacGregor y se había hecho sumamente rico. John Ashley nunca se podría haber permitido comprarla en un único pago. Había sido enviado a Coaltown como mero ingeniero de mantenimiento cuando las minas habían iniciado ya su declive. Su responsabilidad era reparar y apuntalar, con un presupuesto muy limitado, una estructura desvencijada. Los propietarios no previeron, no tenían forma de hacerlo, que sus habilidades eran precisamente el ingenio y la improvisación. Le encantaba su trabajo, si bien su sueldo apenas superaba un tercio de lo que cobraba Breckenridge Lansing, el director general. Ashley era un hombre de pobres costumbres y habría reconocido esta diferencia con una sonrisa. Tenía todo cuanto quería y más. Su mujer era una consumada ama de casa y tanto él como Beata tenían ilimitados recursos para cubrir sus necesidades e ingeniar entretenimientos que requirieran poco o ningún desembolso. Gradualmente se hizo con la propiedad de la vivienda mediante pagos bianuales. La casa había permanecido vacía durante un largo tiempo. Las gentes de la baja Illinois no son dadas a la superstición; no afirmaban que la casa estuviera embrujada, pero

sí reconocían que Los Olmos había sido construida por despecho, sostenida por el odio y abandonada por la tragedia. Toda población de cierto tamaño tiene una o dos viviendas como esta. John Ashley era más supersticioso que sus vecinos: creía que ninguna desgracia podía hacer blanco en él. John y Beata vivieron felices en Los Olmos durante cerca de diecisiete años.

Cuando, en 1885, Ashley contempló por primera vez el que sería su hogar, los ojos se le abrieron de par en par. Al ascender la escalinata y acceder al vestíbulo, sus labios se separaron, se detuvo su respiración, tal y como sucede cuando tratamos de oír una música lejana. Parecía haberla visto con antelación o haberla soñado. Una larga galería rodeaba la planta baja en tres de sus laterales, otra colgaba sobre la puerta principal, en la cima se elevaba una cúpula en la que había sido instalado un telescopio. En su interior una amplia escalera ascendía desde el vestíbulo; sobre la columna primera de soporte de la baranda se posaba un globo de cristal irisado. A la derecha un largo salón se extendía hasta el final de la casa. Periódicos, impresos una década atrás, habían sido diseminados sobre las mesas y las sillas, sobre los desgastados sofás, sobre el viejo piano cuadrado. Tras la casa se extendía un jardín completamente olvidado; la lluvia y la nieve habían descolorido las bolas de *croquet* semiescondidas entre la hierba. Al fondo descansaba un estanque y junto a este un cenador. Entre los olmos situados a la derecha había un amplio cobertizo que los niños llamarían «casa de los días de lluvia» y que serviría también como taller para las «invenciones» y «experimentos» de su padre. Supo antes de verlos que había gallineros en un lateral, ya derruidos y expuestos a la lluvia, un pequeño huerto, zarzamoras y algunos castaños. Quedó sobrecogido. ¿Quién podía ser más afortunado?

Pero donde se había internado era en el sueño de Airlee MacGregor. MacGregor había construido la casa previendo una amplia familia. Habría partidas de *croquet* en el jardín hasta que la pérdida de luz dirigiera a los jóvenes al cenador, donde cantarían con el acompañamiento de un banyo. Habría luciérnagas, fiestas en la cocina alrededor de una olla de caramelo en los días de mal

tiempo y ruidosos juegos de cartas y «quién tiene el dedal»[8] en el salón. Las alfombras se enrollarían contra la pared para dar paso a los bailes: Ruedas de Virginia y «Melissa, haz una reverencia». Las noches despejadas los niños ascenderían hasta la cúpula; por turnos serían sostenidos para mirar por el telescopio. Esa lente jamás reflejaría fealdad, sino el rojo Marte, los anillos de Saturno y los solemnes cráteres de la luna.

Todo acabó sucediendo, pero no a Airlee MacGregor. Las noches de domingo, cuando la criada se había marchado a visitar a su hermana, Beata Ashley y Eustacia Lansing preparaban una cena temprana. «Venga, chicos. La cena». Hector Gillies, el hijo del médico, enseñó a Roger Ashley a tocar el banyo. Todos cantaban bien, aunque ninguno como Lily Ashley. Era tan bella su voz que con quince años fue invitada a cantar en la iglesia ante toda la congregación. A los dieciséis cantó *Home, Sweet Home*[9] en la tradicional merienda de los voluntarios del cuerpo de bomberos; fornidos hombres rompieron a llorar. La señora Lansing prohibió a sus hijos jugar a las cartas y al dominó porque los dos menores, George y Anne, se alteraban y acababan por montar un alboroto (era su sangre mestiza). Tras la cena, Ashley y Lansing se dirigían a la casa de los días de lluvia para trabajar en sus inventos de candados y armas. Para concluir la velada se realizaba una lectura en voz alta: Ulises y los cíclopes, Robinsón Crusoe y su amigo Viernes, los naufragios de Gulliver y *Las mil y una noches*. Otras tardes de domingo, los mismos niños y adultos se reunían en San Cristóbal. Se establecían dianas para la práctica con el rifle —Breckenridge Lansing era un gran cazador— y los hombres y los chicos disparaban y enloquecían a los perros del vecindario. Tras la cena Eustacia Lansing contaba alguna historia de su Caribe natal. Sus hijos y los de los Ashley hablaban francés, pero ella hábilmente insertaba una traducción para los invitados. Era una narradora elocuente y la audiencia escuchaba embelesada las aventuras de *Père-Père* Tortue y Dédenni Iguanou.

En Los Olmos todo cobró vida, si bien no para Airlee MacGregor. Si había diseñado la escalera para mostrar el garbo y la

distinción al caminar de su esposa, no había logrado su propósito. La desdichada señora MacGregor pronto desarrolló la obesidad que tan a menudo acompaña a una vida de obligado ocio e incesante ansiedad. Era incapaz de descender la escalera sin agarrar el pasamanos. Ninguna novia lanzó desde los escalones su ramo de boda a ávidas manos en el rellano. Y la escalera terminó facilitando, eso sí, admirablemente, el traslado de toda una serie de ataúdes. Pero, en cambio, Beata Ashley descendía por ella como la reina de Prusia a la que durante toda su vida admiró su madre, *geborene* Clotilde von Diehlen de Hamburgo y Hoboken (Nueva Jersey). No hubo bodas de los Ashley en Los Olmos, si bien Lily, Sophia y Constance practicaron subiendo y bajando los escalones con un atlas sobre la cabeza. El globo de cristal irisado reflejaba la consecución de un sueño ajeno.

Tanto Breckenridge Lansing como John Ashley llegaron a Coaltown porque habían fracasado en sus empleos anteriores. Ellos desconocían este hecho, aunque sus mujeres lo sospechaban. Lansing pensó que había sido ascendido a un puesto mejor; Ashley sabía que había sido transferido a uno más agradable. John Ashley se había mostrado cada vez más insatisfecho en la oficina de Toledo (Ohio) en la que había trabajado nueve horas al día diseñando máquinas herramienta, y sentía que la propuesta para trasladarse a Coaltown era un golpe de fortuna (por limitado que fuera su salario). Su condición de estudiante más destacado de su promoción en la facultad de Ingeniería le había proporcionado la libertad de elegir entre las propuestas que le fueron planteadas. Escogió la de Toledo porque tanto él como su novia estaban deseosos de dejar atrás la Costa Este y porque el puesto parecía ofrecerle la oportunidad de desarrollar sus habilidades para la invención. Grande fue su decepción cuando descubrió que de él se esperaba que permaneciera todo el día sentado en un taburete frente a una mesa de dibujo, diseñado piezas de maquinaria que describía con sorna como «moldes para galletas». Veremos posteriormente cómo el supuestamente dinámico joven Lansing fue amablemente despedido de las imponentes oficinas de Pittsburgh y enviado —en 1880, a la

edad de veintiséis años— al valle del Kangaheela. No era ingeniero de minas, su trabajo tendría carácter administrativo. Sería el director residente.

En las oficinas de dirección de Pittsburgh, los yacimientos de Coaltown eran denominados minas «del pobre John». La expresión denotaba en el Medio Oeste un espacio en el que colocar a quienes por su edad poco podían ya aportar y para los incompetentes; un agricultor próspero, propietario de varias fincas, deja a un lado una, a la que envía a los peores trabajadores, la maquinaria más destartalada y los caballos más viejos. Cada cuatro o cinco años la junta directiva analizaba la posibilidad de cerrarlas. Pero aún ofrecían un cierto beneficio, portaban nombres famosos y eran convenientes como rincones en los que recolocar «al pobre John». Se mantenían en funcionamiento con la condición de que no se requirieran mejoras ni subidas salariales y el reemplazo de operarios fuera limitado. El predecesor de Lansing, Cayley Debevoise —cuñado de un alto mando— había sido también un desterrado. Como sucedió con Lansing, había sido admitido en Pittsburgh con entusiasmo: «El mejor chaval que hemos visto en mucho tiempo», «listo como un lince», «desbordante de ideas», «esposa encantadora». La junta directiva podría haberlos despedido en cualquier momento, pero —quizá reacia a reconocer su errado criterio— prefirió enviar a Coaltown a los ya no tan prometedores jóvenes.

¿Quién dirigía las minas? La oficina de la colina estaba dotada de ingenieros supuestamente competentes, sin embargo, estos también eran «pobres John» descartados, envejecidos y sujetos a la inercia propia de tales situaciones. Los yacimientos funcionaban como un reloj agotado, pero de alguna forma lograban avanzar a trompicones por sí mismos. La señorita Thoms, asistente de los sucesivos directores residentes, se reunía con los capataces de los distintos departamentos a las siete de la mañana, antes de que descendieran a las entrañas de la tierra; juntos alcanzaban diversos acuerdos de forma improvisada. Las medidas adoptadas se le presentaban al director residente —a las nueve o las diez— de tal modo que parecieran ideas brillantes que se le acabaran de ocurrir a

él mismo. Durante años la señorita Thoms recibió dieciséis dólares a la semana. Si hubiera enfermado, las minas habrían sido devoradas por el caos y ella habría terminado por recalar, más tarde o más temprano, en el hospicio de Goshen.

Cuando Breckenridge Lansing sucedió a Cayley Debevoise, la señorita Thoms se esperanzó; parecía que la carga pudiera ser retirada de sus hombros. Breckenridge Lansing nunca dejaba de ofrecer una buena impresión al comienzo de todo aquello cuanto iniciaba. Analizó los archivos con dinamismo, con dinamismo descendió, una vez, a las entrañas de la tierra. Hervía de ideas. Fue capaz simultáneamente de quedar perplejo por lo que vio y felicitar a todo el mundo por el espléndido trabajo que realizaban. Pero finalmente la verdad salió a la luz: Lansing era incapaz de recordar ningún dato de un día para otro. La memoria está al servicio de nuestros intereses y el interés primero de Lansing era la impresión que causaba en el resto. Las cifras, los diagramas y los vagones cargados de carbón nunca aplauden. La señorita Thoms pronto volvió a tomar las riendas.

—Señor Lansing, la galería Forbush se ha topado con un depósito de guijarros.

—¡No me diga!

—¿Recuerda que le parecía muy interesante la 7-B? ¿No cree que sería buena idea pedirle a Jeremiah que dirija todos sus esfuerzos hacia allí?

—¡Magnífica idea, Wilhelmina! ¡Hagamos eso!

—Señor Lansing, Conrad ha empezado con los desmayos.

Quienes han trabajado diez horas al día durante años en los niveles inferiores son propensos a quedar dormidos repentinamente; caen al suelo aletargados. Los mineros están más aterrados por estos síntomas de lo que lo están por los accidentes o la propia tuberculosis. Cuando uno comienza a desmayarse cuatro veces al día, está en camino hacia Goshen.

—Hum —pronunció Lansing, entrecerrando los ojos cavilante.

—Acabo de recordar que mencionó que el segundo chico de los Bragg parecía un buen trabajador. Necesitaremos un nuevo

apisonador en Bluebell.

—¡Es lo mejor, Wilhelmina! Lo pondremos en el tablón de anuncios. Prepáralo y yo lo firmo.

Los anuncios del tablón eran la contribución firmada de Lansing a las minas. Pronto estampó su nombre en ellos quince veces al día. Cuando no había más anuncios que firmar se permitía una breve siesta en el sofá de crin de caballo o salía a cazar.

Ashley fue destinado a las minas, de forma temporal, para reforzar esta inmensa estructura en ruinas. Durante dos meses mantuvo la boca cerrada: observaba y escuchaba. Pasaba la mitad del tiempo bajo tierra, con una lámpara en la frente. Las jaulas descendían y se elevaban al vuelo mediante anticuadas cuerdas, tambores y poleas. Los capataces no estaban faltos de inteligencia, pero vivir tanto tiempo como topos los había privado de la facultad de elegir entre dos males. Al plantear sus problemas a Ashley esta capacidad se recuperó; controlaban qué filones desembocaban en depósitos de guijarros y los soportes de las cavidades; estaban dispuestos a arriesgar nuevas sondas. Ashley veía peligro en todas partes. Los mineros, aturdidos por las condiciones en las que vivían, habían llegado a asumir que los riesgos de la minería eran una expresión de la voluntad divina. Cuando Ashley comenzó finalmente a hablar —con un acento «del Este» completamente ininteligible para ellos— sus primeras sugerencias se dirigieron hacia la ventilación. «Desaprovechó» tiempo y esfuerzos para la apertura de «ventanas»; diseñó un rudimentario y repiqueteante sistema de ventiladores; la frecuencia de los desmayos se redujo. Hubo ciertos desplazamientos de operarios, si bien esto no era de su incumbencia; aquellos que estaban prácticamente ciegos, los tuberculosos y quienes se desmayaban una y otra vez eran enviados a un pozo de «pobres John». Reacondicionó la forja; vagonetas, jaulas, armazones, rejillas, raíles y mazos vieron mejorada su utilidad. La estructura comenzó a enderezarse. Era una mina deplorable, pero ya no moribunda. El salario de Ashley no fue nunca mejorado, aunque logró que la señorita Thoms, como compensación por sus instrucciones, recibiera cinco dólares más a la semana. Lansing

estaba encantado con todas las ideas brillantes que se le ocurrían cada día; directas al tablón de anuncios. Se sentía libre para salir a cazar más a menudo. Y puesto que con frecuencia permanecía bien entrada la noche en las tabernas de la carretera del río, las siestas en el sofá de crin de caballo se convirtieron en una costumbre. Ashley no esperaba que su trabajo pudiera ser tan variado y que requiriese de forma tan constante improvisación e inventiva. Se levantaba cada día con entusiasmo. Hasta el final de sus vidas sus hijos lo recordarían cantando ante el espejo mientras se afeitaba «'Nita, Juanita»[10] y «No gottee tickee / No gettee shirtee / At the Chinee laundryman's»[11].

Era pues John Ashley quien lideraba la mina en todos los aspectos, excepto en el cargo. Aprendió los procedimientos de la minería del carbón de admirables profesores: los capataces subterráneos y los ingenieros eméritos «pobres John», tan deseosos de compartir sus conocimientos como de evitar responsabilidades y trabajo. La situación se mantuvo de este modo durante cerca de diecisiete años, en cuyo transcurso los informes anuales comenzaron, desde el quinto año, a ofrecer pequeños aunque crecientes beneficios. Se prolongó en virtud de un acuerdo, fundamentalmente entre John Ashley y la señorita Thoms, pero que implicaba también a las esposas de los dos hombres. Solo un John Ashley podía haberse prestado durante tanto tiempo a un puesto tan dificultoso e incluso humillante. Desprovisto de ambición y envidia, indiferente a la admiración y al desprecio de los demás y plenamente feliz en su vida familiar en Los Olmos, John Ashley «salvó» a Breckenridge Lansing. No solo hizo cuanto pudo para ocultar la ineptitud de su superior a la compañía y a la comunidad, ejerció de hermano mayor para quien en realidad lo superaba en algunos años. Trató de mitigar la severidad con la que trataba a su familia en San Cristóbal, así como de evitar su sórdido libertinaje en las tabernas de la carretera del río y en la vieja presa de la cantera. Lo implicó en sus «experimentos» alabando sus imaginarias contribuciones. Los bellos diseños mecánicos eran firmados con sus dos apellidos: el «Cerrojo de espiral corrediza Lansing-Ashley», el «Detonador San Cristóbal

Ashley-Lansing». Se trataba de una elaborada y generosa ficción. Tarde o temprano tales ficciones acaban saliendo a la luz.

Breckenridge Lansing fue asesinado al caer la tarde del 4 de mayo de 1902 y John Ashley fue condenado a muerte por haberle disparado. Asesinatos se producen con cierta frecuencia, pero los hay que despiertan más interés que otros. La huida de un convicto en su traslado al patíbulo es realmente poco común. Se inició una intensa búsqueda del fugitivo. Las oficinas postales de todo el país recibieron primero una descripción y posteriormente una oscura fotografía, se ofreció una gran recompensa a quien aportara información conducente a su captura o al arresto de sus seis misteriosos rescatadores. El interés en la región por los cómplices llegó incluso a superar el prestado a Ashley. Quien libera a un asesino convicto es automáticamente condenado a muerte. Los seis hombres debieron de recibir una suculenta compensación. ¿De dónde obtuvo Ashley el dinero? Las circunstancias eran asombrosas por sí mismas. Es imaginable el asalto a punta de pistola de seis bandidos bien pagados a un vagón sellado; estos seis hombres, disfrazados de porteadores negros, ¡habían logrado rescatarlo en silencio y sin armas! El suceso tuvo lugar a la una de la madrugada en un espacio situado un kilómetro al sur de la estación de Fort Barry, donde todos los trenes se detienen diez minutos junto al tanque de agua. La escolta de Ashley estaba formada por cinco hombres: tres enviados desde la prisión de Joliet y dos, entre ellos el responsable del grupo, el capitán Mayhew, designados por la Fiscalía del Estado. Tras la investigación oficial los cinco fueron apartados del servicio y cayeron en desgracia. Cuatro de ellos nunca mencionaron tan humillante suceso, pero uno relataba la historia a los cuatro vientos. «Ampollas» Hughes había descendido la escalera social y vendía pienso para gallinas en los condados del noroeste. Obtuvo alguna celebridad e incrementó sus ventas contando una y otra vez en las tabernas los acontecimientos de esa histórica noche.

«Vino el porteador este a la puerta y dijo que el jefe de estación tenía un telegrama para el capitán Mayhew, y el capitán Mayhew dijo: “¡Tráelo aquí!”. Pero el porteador dijo: “Es confidencial” y “es

de Springfield y el capitán Mayhew tiene que recogerlo en persona". Y claro, pensamos que sería un indulto del Gobernador; ¿me explico o qué? El capitán Mayhew tenía orden de no salir del vagón y no sabía qué hacer. Tratamos todos de pensar qué debíamos hacer y fue en ese momento de duda cuando la cagamos. Antes de que nos diéramos cuenta el coche estaba lleno de porteadores. Reventaron los faroles y nos quedamos gateando sobre cristales rotos. Un hombre me agarró por los pies y se puso a atarlos. Yo me eché para adelante para darle un puñetazo, pero era tan fuerte que podía levantarme los pies y atármelos a la vez. Ahí estaba yo con las piernas apuntando al techo y con los hombros apoyados en el suelo, panza arriba como una cucaracha. Cuando me ató los pies, me dio la vuelta y me ató las manos a la espalda. Estábamos todos gritando y el capitán Mayhew decía: "¡Matad a Ashley! ¡Matad a Ashley!". Pero cómo íbamos a saber cuál era Ashley, decidme cómo. Nos amordazaron y nos arrastraron por el pasillo y nos tiraron como si fuéramos sacos de patatas. Creedme, no eran de por aquí. Eran de Chicago o de Nueva York. Habían hecho eso antes. Tenían práctica. Se veía claro. No se me olvidará nunca. Las persianas estaban bajadas, pero un poco de luz entraba por algún sitio, y los veías saltando por las espaldas de los asientos como si fueran monos».

El misterio sobre tan sorprendente actuación desconcertó a los cerebros más destacados: desde el coronel Stotz en Springfield, los reporteros venidos de otras ciudades, el *sheriff* que jugaba a las cartas con sus subalternos, las mujeres que cosían ropa para los paganos de África, y el círculo nocturno de pensadores de la Taberna Illinois, hasta los holgazanes que mascaban tabaco en las caballerizas y la herrería del señor Kinch. No menos sorprendida estaba Beata Ashley.

Hubo mucho más después, tanto como para estimular la más indolente imaginación. ¿Cómo logra salir del país un fugitivo a cuya afeitada cabeza han puesto un precio de cuatro mil dólares? ¿Cómo envía un hombre como este mensajes y finalmente dinero a su mujer y sus hijos, abandonados sin un céntimo, cuando toda carta enviada

a la casa era interceptada por la policía y todo visitante estrictamente interrogado? ¿En qué pensaba él? ¿En qué pensaba ella? ¿En qué pensaba Eustacia Lansing? La cuestión económica desempeñaba un papel fundamental en las especulaciones. Todos conocían lo reducido del sueldo de Ashley. Sabían desde años atrás cuánto gastaba en carne. La esposa del banquero había transmitido en estricta confidencia a sus mejores amigas la escasa cantidad que sumaban sus ahorros. Los prudentes y santurrones estaban exultantes: John Ashley había incumplido durante diecisiete años una de las más implacables leyes de la civilización: no había ahorrado nada. El juicio se había prolongado en exceso. Poco después de su inicio Ashley había despedido educadamente a su abogado y se había abandonado a la defensa ofrecida por el tribunal. Coaltown había presenciado la llegada de un comerciante «de segunda mano» de Summerville. En su carreta partieron muebles, vajillas, cortinas y mantelerías, el reloj de péndulo del vestíbulo, el piano cuadrado que había acompañado tantos bailes, e incluso el banyo de Roger. Seguían comiendo en Los Olmos gracias a que tenían su gallinero, su vaca y su jardín, pero ya no compraban en la carnicería. La última noche antes de que Ashley fuera introducido en el tren rumbo a Joliet, envió a su hijo su reloj de oro: el último bien canjeable de la familia.

Durante el juicio y las semanas posteriores a la desaparición de Ashley, los vecinos observaban Los Olmos con disimulado aunque impaciente interés. Pocos se acercaron hasta la casa: el doctor Gillies; la señorita Thoms, que cargaba sobre sus hombros temporalmente toda la administración de las minas; la señorita Doubkov (Olga Sergeievna), la modista; algunos agentes de la oficina del coronel Stotz que llegaban cada cierto tiempo para atormentar a la señora Ashley. El doctor Benson, pastor de la familia, no se presentó. Había visitado al prisionero en su celda, pero Ashley no había mostrado espíritu penitente. El doctor Benson se vio eximido de toda obligación de realizar posteriores visitas. Un grupo de damas de la iglesia, tras largas deliberaciones y sin estímulo alguno por parte de su pastor, se decidieron a visitar a su amiga

Beata Ashley. Se arrepintieron, no obstante, a veinte metros de la casa. Beata había cosido con ellas en la Sociedad Misionera; había decorado la iglesia con ellas en Pascua y en Navidad; había invitado a sus hijos a jugar al *croquet* y a cenar en Los Olmos. Sin embargo, en todos esos años no se había dirigido a ninguna de ellas por su nombre propio. Llamaba «Wilhelmina» a la señorita Thoms y «Eustacia» a la señora Lansing, pero a nadie más. Incluso a su criada la llamaba «señora Swenson».

Se transmitió de casa en casa que el único hijo varón, Roger, con diecisiete años y medio, había abandonado Coaltown. Se asumió que había salido al mundo para hacer fortuna y enviar dinero a su madre. Las hijas no regresaron al colegio al llegar el otoño. Su madre las educaba en casa. Lily, con casi diecinueve años, y Constance, con nueve, al igual que su madre, no salieron de Los Olmos en más de año y medio. Era Sophia, a sus catorce años y dos meses, quien hacía la compra para la familia. Podía vérsela cada día en la calle principal, saludando alegre con un asentimiento a sus antiguos conocidos, inconsciente, al parecer, de que pocos de sus saludos eran devueltos. Sus compras se transmitían de casa en casa: jabón, harina, levadura, hilo, horquillas y queso «de ratonera».

Los habitantes de Los Olmos fueron de las últimas personas de Coaltown en saber de la huida de Ashley. Fue el rollizo Porky, de veintiún años, quien les comunicó la noticia. Porky era el mejor amigo de Roger. Aunque se apellidaba O'Hara, su sangre era fundamentalmente india y pertenecía a la comunidad de la Iglesia de la Alianza, una secta religiosa que se había desplazado al sur de Illinois desde Kentucky para establecerse en la colina Herkomer, a cinco kilómetros de Coaltown. El pie y la espinilla derecha de Porky sufrían una deformación de nacimiento, si bien era un notable cazador y había acompañado a Roger en numerosas excursiones de caza. Reparaba el calzado de Coaltown sentado todo el día en la pequeña caja de cerillas que era su taller en la calle principal. Era muy apreciado por todos los Ashley, pero nunca entraba en su casa por la puerta frontal y rechazaba con firmeza compartir con ellos una comida. Era taciturno y leal; los negros ojos de su cuadrado

rostro color nuez eran perspicaces. La mañana del 22 de julio apareció en la puerta trasera y emitió su contraseña: el ulular de un búho. Roger salió y recibió la noticia.

—Tu madre tiene que saberlo. Vendrán pronto.

—Díselo tú, Porky. Querrá preguntarte cosas.

Siguió a Roger hasta el vestíbulo. La señora Ashley descendió la escalera.

—Mamá, Porky tiene algo que decirte.

—Señora, el señor Ashley se ha escapado. Algunos hombres se metieron en el vagón y lo liberaron.

Silencio.

—¿Resultó alguien herido, Porky?

—No, señora, no que yo sepa.

Beata Ashley colocó una mano sobre el globo de cristal. Estaba acostumbrada al hecho de que los indios malgastasen pocas palabras. Sus ojos le preguntaron si sabía quiénes lo habían rescatado. La mirada de Porky no ofreció respuesta.

—Lo estarán buscando —dijo la mujer.

—Sí, señora. Dicen que los hombres que lo rescataron le entregaron un caballo. Si es listo llegará hasta el río.

El río Ohio se encuentra sesenta y cinco kilómetros al sur de Coaltown, el Misisipi, cien kilómetros al oeste. Durante el largo juicio la voz de Beata había adquirido cierta ronquera y su respiración parecía estar oprimida.

—Gracias, Porky. Si te enteras de algo más, ¿me lo harás saber?

—Sí, señora. —Sus ojos decían: «Escapará».

Se oyó ruido de pasos en los escalones de entrada a la casa, acompañado de enfadadas voces.

—La van a interrogar —la advirtió Porky. Caminó hasta la cocina y dejó el jardín atravesando el seto que delimitaba el corral.

Un puño golpeó la puerta, la campana adosada a esta tintineó furiosa. Se abrió de un golpe. Cuatro hombres entraron en el vestíbulo liderados por el capitán Mayhew. El viejo amigo de los Ashley, el jefe de policía Woody Leyendecker, trató de pasar inadvertido. Se había comportado de forma pusilánime —y

despreciable— a lo largo del juicio.

—Buenos días, señor Leyendecker —saludó la señora Ashley.

—Bien, señora Ashley —pronunció el capitán Mayhew—, nos va a contar ahora mismo lo que sabe de todo esto. —Mayhew era consciente de que el telegrama que notificaba su destitución del cuerpo de policía y lo convocaba al capitolio para la apertura de un proceso estaba en camino. Sabía que sería responsabilizado del escándalo y la ridiculización del estado de Illinois. Podía prever que su familia se exiliaría en la granja de su suegro, donde su mujer pasaría el siguiente año lloriqueando, y que sus hijos serían incapaces de mantener la frente alta en cualquiera que fuera la diminuta escuela a la que asistieran. Había llegado para descargar su rabia y desesperación sobre la señora Ashley—. Si se calla una sola cosa que debamos saber, lo va a pasar muy mal. ¿Quiénes eran esos tipos que asaltaron el vagón y se llevaron a su marido?

Durante media hora la señora Ashley no pudo más que repetir con calma que no sabía nada de ningún plan para rescatar a su marido. Pocos la creyeron; quizá once personas, entre ellas un hombre en búsqueda y captura escondido en ese momento en un bosque no muy lejano. El capitán Mayhew no la creyó, el jefe de policía no la creyó, los lectores de la prensa, desde Nueva York a San Francisco, no la creyeron; y mucho menos la creyó el coronel Stotz en Springfield. Sus hijas descendieron sigilosas la escalera y contemplaron la escena sobrecogidas. Roger permaneció junto a su madre. Finalmente el interrogatorio fue interrumpido. Un ayudante llegó de la oficina del *sheriff* con un telegrama. Los hombres abandonaron la casa. Beata Ashley subió la escalera hasta su habitación. Cayó de rodillas junto a la cama y apretó la frente contra la colcha. En su mente no se formó palabra alguna. No lloró. Era la cierva que oye los disparos del cazador al otro lado del valle.

A sus hermanas Roger les dijo:

—Seguid con lo que estuvierais haciendo.

—¿Está Papá a salvo? —preguntó Constance.

—Bueno, eso espero.

—¿Qué comerá?

—Algo encontrará.

—¿Volverá cuando se haga de noche?

—Venga, Connie —dijo Sophia—. Busquemos algo verdaderamente interesante en el desván.

Avanzada la mañana el doctor Gillies se acercó hasta la casa, como por casualidad. Era amigo de la familia desde muchos años atrás, si bien los Ashley en muy rara ocasión precisaron sus servicios profesionales. En el estrado de los testigos afirmó que Ashley había sido su amigo y paciente (fue visitado por una breve laringitis), que había mantenido numerosas y prolongadas conversaciones de carácter íntimo con el acusado (no habían discutido nada más íntimo que la prevalencia de la silicosis, los desmayos y la tuberculosis entre los mineros) y que estaba convencido de que Ashley no albergaba aversión de ningún tipo contra el fallecido señor Lansing.

La señora Ashley lo recibió en el desmantelado salón. Contenía una mesa, un sofá y dos sillas. Mirándola, el doctor Gillies recordó, como había hecho en tantas ocasiones, las palabras de Milton: *«La más hermosa de sus hijas, Eva»*[12]. Rápidamente percibió la ronquera y las dificultades respiratorias. Como comentaría más tarde a su mujer, su habla era «una súplica entre jadeos». Dejó un pastillero sobre la mesa.

—Haga lo que indica la etiqueta. Debe ser fuerte, con todas estas niñas creciendo en la casa. Tómelas con algo de agua. Es solo un poco de hierro.

—Gracias.

El médico posó la mirada en el suelo. La levantó repentinamente y pronunció:

—Un hecho muy destacable, señora Ashley.

—Sí.

—¿Sabe John montar a caballo?

—Creo que galopaba de niño.

—Hum… Tomará rumbo sur, supongo. ¿Sabe hablar algo de español?

—No.

—No puede entrar en México. No este año. Espero que sea consciente de esto. Están distribuyendo un comunicado. Vinieron a preguntarme qué cicatrices tenía. Les dije que no conocía ninguna. Dirán que tiene cuarenta años. No aparenta treinta y cinco. De ahí en adelante. Esperemos que el pelo le crezca rápido. Lo conseguirá, señora Ashley. Estoy convencido de que lo conseguirá. Hágame saber si puedo ser útil de algún modo.

—Gracias, doctor.

—Habrá que adaptarse a las circunstancias. ¿Qué está pensando hacer Roger?

—Creo que le contó a Sophia que se preparaba para marcharse a Chicago.

—Sí… Sí… Dígale que venga a verme esta tarde a las seis.

—Lo haré.

—Mi esposa desea saber si hay algo que usted necesite.

—No, gracias. Agradézcaselo a la señora Gillies de mi parte.

Silencio.

—Es increíble, señora Ashley.

—Sí —respondió ella débilmente.

Un cierto sobrecogimiento, como si estuvieran en presencia de algo sobrenatural, flotaba en el aire que los rodeaba.

—Que tenga una buena mañana, señora Ashley.

—Igualmente, doctor.

Roger se presentó en la consulta del médico cuando la campana del reloj del ayuntamiento anunciaba las seis. El doctor Gillies quedó sorprendido por la estatura del muchacho. También lo impresionó lo pobremente vestido que iba. Los Ashley vivían en plena riqueza de satisfacción con muy poco dinero. Las prendas del chico estaban limpias y cuidadas y habían sido tejidas en casa. Parecía el clásico pueblerino. Las mangas apenas alcanzaban las muñecas, las perneras apenas alcanzaban los tobillos. Una gran parte de su riqueza residía en la escasa atención que prestaban a las opiniones de los vecinos. Roger era el mejor alumno del instituto; era el capitán del equipo de béisbol. Era el joven caballero de una pequeña población, tal y como su padre lo había sido antes que él.

Era serio, de mirada desapasionada y taciturno.

—Roger, tengo entendido que te vas a Chicago. Encontrarás trabajo sin problemas. Si la situación se pone difícil, llévale esta carta a un viejo amigo mío. Es médico en un hospital de Chicago. Te encontrará trabajo de camillero. Es un trabajo muy duro. Hay que tener estómago para hacer lo que un camillero hace y para ver lo que ve. El sueldo es muy bajo. No lo hagas a no ser que no tengas otra opción.

La única duda que planteó Roger fue:

—¿Les dan las comidas a estos camilleros?

—Esta otra carta es más general. Dice que eres honesto y digno de confianza. No he puesto aún tu nombre. Pensé que quizá quemas cambiártelo; no porque estés avergonzado de tu padre, sino porque te librará de responder muchas preguntas estúpidas. ¿Hay algún nombre que siempre te haya gustado?… Tengo que comentarle una cuestión a mi mujer un momento. Echale un vistazo a los lomos de esos libros. Elige algunos nombres. Combínate un nombre y un apellido.

Roger los sopesó. Huxley y Cook y Humboldt y Holmes… Robert, Louis, Charles, Frederick. Le gustaba el color rojo. Había un libro encuadernado en rojo llamado *Tumores cerebrales y raquídeos*, de Evarist Trent, y otro: *Ley y sociedad*, de Goulding Frazier. Quizá se convirtiera en médico, o quizá en abogado, así pues eligió un apellido de cada uno de ellos y el doctor Gillies incorporó el nombre «Trent Frazier» a las cartas.

La mañana del 26 de julio Roger se marchó a Chicago. No había considerado necesario discutir la cuestión con su madre. La relación entre Beata y sus hijas era un ordenado paisaje: clara y ligeramente fría. La relación entre madre e hijo era tormentosa. Él la amaba fervientemente y cargaba con un profundo resentimiento. Ella era consciente de su falta y se lo reprochaba a sí misma. Había entregado todo su amor a su marido; poco quedaba para los niños. Madre e hijo en rara ocasión se miraban a los ojos; podían oír los

pensamientos del otro; una relación que no necesariamente incluye ternura. Ambos se tenían una infinita admiración, aunque también sufrían. Entre ellos se había interpuesto John Ashley, quien nunca había conocido el sufrimiento en primera persona, quien no había adquirido capacidad alguna que le permitiera percibir el sufrimiento a su alrededor.

Sophia miraba a su hermano preparar uno de los dos pequeños bolsos de viaje que habían sobrevivido a la venta de sus pertenencias. En silencio llevó las prendas que su madre y Lily habían lavado y planchado para él, junto con un paquete de rebanadas de pan, sin mantequilla pero con crema de castañas casera y compota de manzana. Eran las siete de la mañana. Caminaron con solemnidad hasta un rincón de la cancha de *croquet* invisible desde la casa. Roger clavó una rodilla en el suelo para que su rostro quedara a la altura del de su hermana.

—Bueno, Sophie, no quiero que te entristezcas un solo minuto. Me dolería oír eso. Debes seguir siendo como tú eres. Todo depende de nosotros.

La miró un momento, su silencio estaba cargado con todas las palabras nunca pronunciadas.

—Voy a escribirle a Mamá una vez al mes y le enviaré algo de dinero. Pero no voy a decirle mi nuevo nombre ni mi dirección. ¿Sabes por qué? Porque la policía va a abrir todas las cartas que lleguen a casa. No quiero que la policía sepa dónde estoy. Eso significa que Mamá no podrá escribirme ninguna carta; en cualquier caso, durante medio año, quizá más, no quiero ninguna carta suya. Tengo que tener la mente completamente centrada en una sola cosa y tú sabes lo que es, ¿verdad?

Sophia murmuró:

—Dinero.

—Sí. Pero te voy a escribir a ti una vez al mes también. Le voy a enviar tus cartas a Porky, para que nadie lo sepa. Así que, escucha, Sophie. Los primeros días tras el quince de cada mes bajarás la calle y pasarás delante de la ventana donde trabaja Porky. Mantén la vista al frente, pero con el rabillo del ojo mira a ver si ha colgado ese

almanaque en la ventana; ya sabes, el que le regalé la pasada Navidad, el de la chica guapa. Si el calendario está en la ventana, eso quiere decir que hay una carta para ti. No entres en ese momento, regresa a casa y coge unos zapatos viejos y vuelve a su tienda como si fueras una clienta. Nadie, ¡nadie!, Sophie, debe saber que Porky es la persona a través de la que nos comunicamos. Podríamos meterlo a él también en problemas. Esto es todo idea suya. Es nuestro mejor amigo. Entonces, cada vez que te escriba, te mandaré un sobre con el sello y mi dirección, y pondré un pedazo de papel para que me escribas en él. Así que saldrás de la casa una vez que oscurezca y la enviarás por el buzón de la esquina de Gibson. Es un paseo largo, pero así es como tenemos que hacerlo. Sophie, escríbeme todo lo que pase aquí, y cuando digo todo, quiero decir todo. Sobre Mamá y cómo estáis vosotras. Y escribe toda la verdad; esto es lo más importante que te pido.

Sophia asintió rápidamente.

—Bueno, Sophie, recuerda esto: lo que ha pasado con Papá no es importante. Lo importante es lo que empieza ahora. Tú y yo. No cambies. No te conviertas en una tonta como la mayoría de las chicas. Vamos a necesitar todo nuestro ingenio. —Bajó la voz—. Tenemos que pelear y la pelea es solo por dinero. No me da miedo robar, no me da miedo robar para conseguirle algo de dinero a Mamá.

Sophia asintió de nuevo vivamente. Lo entendía. Era menos importante que lo que ella tenía en mente. Dijo con suavidad:

—Tienes que prometerme algo, Roger. Tienes que prometerme que me escribirás toda la verdad. Si estás enfermo o cualquier cosa.

Roger se levantó.

—No me puedes pedir eso, Sophie. Con un hombre las cosas son diferentes… Pero te prometo que escribiré casi todo.

—¡No! ¡No! ¡Roger! Si estás enfermo, muy enfermo, o si pasas mucha hambre y estás solo en algún sitio. O si te pasa algo como lo que le ha pasado a Papá, me lo tienes que decir. No te prometo contarte la verdad hasta que tú no me prometas que me contarás la verdad también. No puedes pedirle a alguien que sea valiente sin

darle algo por lo que pueda serlo.

Se estaba produciendo un conflicto de determinaciones.

—De acuerdo —aceptó él finalmente—. Te lo prometo. Trato hecho.

Sophia lo miró con una expresión en el rostro que él recordaría el resto de su vida. La llamaría «la mirada Domrémy[13]».

—Porque, Roger, te puedo asegurar esto: si hubiera algo en el mundo que necesitaras, dinero o algo así, yo lo podría conseguir. Haría cualquier cosa.

—Lo sé. Eso lo sé. —Introdujo una mano en el bolsillo y sacó cinco dólares—. Sophie, la noche que montaron a Papá en el tren, me envió su reloj de oro. Ayer se lo vendí al señor Carey por cuarenta dólares. Le di treinta a Mamá y me guardé cinco para mí y otros cinco para ti. No creo que Mamá tenga las ideas muy claras en lo que a dinero se refiere últimamente. Tú haces la compra, así que guarda estos cinco dólares en secreto hasta el momento en que puedas necesitarlos.

Al mismo tiempo y sin pronunciar más palabras, le entregó su mayor tesoro: tres puntas de flecha kangaheelas de cuarzo verde, de crisoprasa.

—Bueno, es mejor que me marche.

—Roger, ¿nos escribirá Papá?

—No paro de pensar en eso. No sé cómo podría hacerlo sin meternos en más problemas, y lo mismo le sucedería a él. Sabes que no tiene ya derechos. Después de algún tiempo, quizá cuando pasen años, encontrará el modo. Creo que es mejor no pensar en él durante una temporada. Lo que tenemos que hacer es vivir, nada más.

Sophia asintió, luego susurró:

—Roger, ¿qué vas a hacer? Es decir: ¿qué vas a ser?

La pregunta era qué tipo de gran hombre iba a ser y Roger la entendió.

—No lo sé todavía, Sophie.

La miró con una débil sonrisa y asintió. No la besó. La tomó por los hombros y la apretó con fuerza.

—Ahora vuelve a la casa y busca alguna forma de mantener a Mamá fuera de la cocina mientras cojo mi abrigo y salgo por el corral.

—Roger, lo siento. Roger, lo siento, pero tienes que despedirte de Mamá. Eres el único hombre que tenemos en la casa ahora.

Roger tragó saliva y enderezó los hombros.

—De acuerdo, Sophie, lo haré.

—Está cosiendo en el salón, como si fuera ya tarde.

Roger subió la escalera trasera, fingiendo haber olvidado algo. Descendió al vestíbulo y entró en el salón.

—Bueno, Mamá, mejor me voy marchando.

Su madre se levantó insegura. Era consciente de que él —y todos los Ashley— odiaba ser besado, detestaba los cumpleaños y la Navidad, y todas las ocasiones que obligan a los sentimientos íntimos a aflorar a la superficie. Sus dificultades respiratorias aparecieron de nuevo. Sus palabras eran apenas audibles. Beata Kellerman, de Hoboken (Nueva Jersey), regresó a la lengua de su infancia.

—*Gott behüte dich, mein Sohn!*

—¡Adiós, Mamá!

Salió de la casa. Por primera y única vez en su vida, Beata Ashley se desmayó.

Una cuestión impronunciable había sobrevolado la conversación entre Sophia y su hermano en la cancha de *croquet*.

Aquellos que eran incapaces de pagar sus impuestos acababan en el hospicio. El hospicio de Goshen, a veintidós kilómetros de Coaltown, se cernía como una gran nube negra sobre las vidas de muchos de los habitantes de los condados de Kangaheela y Grimble. Ir a la cárcel era mucho menos vergonzoso que acabar en Goshen. No obstante, los residentes del hospicio disfrutaban de comodidades desconocidas para muchos. Las comidas eran regulares y nutritivas. Las sábanas se cambiaban dos veces al mes. La vista desde la gran galería era inspiradora. No había polvo de carbón en el aire. Las mujeres eran destinadas a coser para los hospitales estatales, los hombres trabajaban en la granja y los huertos y en invierno

construían muebles. Es cierto que había un persistente olor a col en los pasillos, pero el olor de la col no resulta desagradable para quienes han pasado toda su vida en la indigencia. Se podría haber generado un buen ambiente en Goshen, sin embargo, no había sonrisas ni amabilidad; el peso de la vergüenza era insoportable. La institución era un limbo cinco días a la semana; los días de visita era un infierno. «¿Estás bien, Abuela?». «¿Te tienen a gusto aquí, tío Joe?». Los hombres estamos encadenados, nos encadenamos unos a los otros. Ir a Goshen significaba que tu vida, tu única vida, había sido un fracaso. La religión cristiana, tal y como se profesaba en Coaltown, establecía una estrecha relación entre el favor divino y el capital. La miseria no era solo una desgracia social; era un signo visible de la pérdida de gracia. Dios había prometido que los justos nunca sufrirían necesidad. Los indigentes tenían una penosa relación tanto con su entorno mundano como con el celestial.

Goshen generaba una peculiar fascinación y terror en los niños. Entre los compañeros de clase de Roger y Sophia había varios cuyos familiares estaban en el hospicio. Llevaban la marca de la crueldad del resto de niños. «¡Vete a Goshen, capullo!». Todos habían escuchado el relato del traslado de la señora Cavanaugh. Había vivido en la gran casa junto a la sala de reuniones de los masones, hipotecada y rehipotecada. No había pagado impuestos en años. Había sido alimentada por miembros de su iglesia baptista; por turnos dejaban paquetes en su puerta trasera. Pero llegó el día. Subió la escalera y se escondió en el desván mientras una enfermera preparaba su equipaje. Fue bajada a la calle protestando a cada paso, aferrándose al marco de cada puerta. La hicieron descender los escalones de entrada, sus pies no alcanzaban a tocar el suelo. Fue introducida en la calesa como si de una renuente vaca se tratara. Era junio y las ventanas de los vecinos estaban abiertas. Más de un rostro empalideció cuando sus alaridos llenaron la calle. «¡Ayudadme! ¿Es que nadie va a ayudarme?». La señora Cavanaugh había sido orgullosa, feliz y pudiente. Dios le había dado la espalda. Roger y Sophia sabían que su madre caminaría hasta la calesa de Goshen enhiesta como una reina. Sabían que eran su única protección.

Sophia se puso inmediatamente a trabajar. Estaban en pleno verano. Compró una decena de limones. Empujó el pequeño carrito en el que estaba acostumbrada a acarrear la comida para las gallinas hasta la tienda de hielo de la familia Bixbee y compró cinco centavos. Hizo dos carteles: LIMONADA CON MENTA 3 CENTAVOS Y LIBROS 10 CENTAVOS. Estableció su mostrador sobre una caja de naranjas en la estación de tren, quince minutos antes de la llegada y salida de los cinco trenes diurnos. Se hizo con un balde de agua en el que lavar los vasos. Junto a la jarra de limonada colocó un jarrón con flores. El propio jefe de estación le prestó una segunda mesa en la que distribuyó varios libros que había encontrado en el desván y en viejos armarios. Eran los libros de Airlee MacGregor y algunos de los antiguos textos que su padre había utilizado en la facultad de Ingeniería. Para el segundo día había encontrado otros objetos y preparó sus correspondientes carteles: CAJA DE MÚSICA 20 CENTAVOS, CASA DE MUÑECAS 20 CENTAVOS Y CUNA 40 CENTAVOS. Se dispuso a esperar con una radiante sonrisa. En cuestión de horas la noticia de esta iniciativa fue llevada de casa en casa. Las mujeres estaban electrizadas. («¿Compró alguien algo?». «¿Cuánto vendió?»). Los hombres se sentían incómodos. Era la sonrisa de Sophia la que tanto tiempo los había ofendido y desconcertado. La hija de la vergüenza y el crimen tenía el descaro de sonreír. Un espectáculo de suma desgracia, de felicidad derrocada, de desesperada lucha por la existencia, despierta sentimientos encontrados. Incluso aquellos propensos a la empatía encuentran que esta está tintada de alivio, incluso de victoria; de temor, sobrecogimiento o repulsión. A menudo estas alternancias son denominadas «opiniones».

La acumulación de holgazanes que habían convertido en hábito la espera de los trenes duplicó sus filas. La pequeña tendera permanecía sola, como una actriz sobre el escenario. El primer vaso de limonada fue solicitado por Porky. No hizo gesto alguno de reconocer a Sophia, pero se mantuvo diez minutos junto al mostrador disfrutando con calma su refresco.

Lo siguieron otros. Un viajante compró *Primer curso de Cálculo* y

el señor Gregg, el jefe de estación, compró los *Sermones* de Robertson[14]. La segunda mañana un grupo de chicos estableció su cancha para un juego de pelota a todo lo largo del andén. Los lideraba Si Leyendecker. La bola volaba de un lado a otro sobre las mesas de Sophia; era evidente que la intención de los chavales era terminar por tumbar la jarra de limonada.

—Oye, Si —lo interpeló Sophia—, podéis jugar en cualquier otro sitio.

—Vete a tomar viento, Sophie.

Los mirones asistían a la escena en silencio. De pronto un hombre alto con una poblada barba rizada irrumpió a grandes zancadas en el andén desde la calle principal. Detuvo el juego con seca e incontestable autoridad. Sophia lo miró y dijo: «Gracias, señor»; de dama a caballero. Era un desconocido, pero no era novedad para Sophia que fueran los hombres y no las mujeres quienes la ayudaran.

Sophia esperó al cuarto día para contárselo a su madre. Dejó una nota sobre la mesa de la cocina: «Querida Mamá: Llegaré un poco tarde. Estoy vendiendo limonada en la estación. Te quiere, Sophia».

Su madre contestó:

—Sophia, no quiero que vendas limonada en la estación.

—Pero, Mamá, he ganado tres dólares con diez centavos.

—Sí, pero no quiero que lo vuelvas a hacer.

—Si tú preparas algunas de tus tortas de avena, sé que podría venderlas todas.

—Creo que la gente tratará de ser amable los primeros días, Sophia, pero no durará. No quiero que vuelvas a hacerlo.

—Sí, Mamá.

Tres días más tarde Beata encontró otra nota sobre la mesa de la cocina: «Estoy cenando en casa de la señora Tracy».

—¿Qué estabas haciendo en casa de la señora Tracy, Sophia?

—Ella tenía que ir a Fort Barry. Me dio quince centavos por preparar la cena para los niños. Mamá, quiere que me quede toda la noche y me dará otros quince centavos. Está preocupada porque Peter juega con las cerillas.

—¿Espera ella que vayas esta noche?

—Sí, Mamá.

—Puedes ir esta noche, pero cuando vuelva a pedírtelo, se lo agradeces y le dices que tu madre te necesita en casa.

—Sí, Mamá.

—Y no cojas el dinero.

—Pero, Mamá, si hago el trabajo, ¿no puedo quedarme con el dinero?

—Sophia, eres demasiado joven para entender estas cosas. No necesitamos la bondad de la gente. No la queremos.

—Mamá, el invierno se acerca.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir con eso?… Sophia, recuerda que soy tu madre, ya sé que llega el invierno.

Tres semanas después de la partida de Roger, el 16 de agosto, una carta llegó a Los Olmos. El cartero se la entregó a Sophia en la puerta. Ella hizo como los musulmanes: la apretó contra la frente y el corazón. La miró con detenimiento. Había sido abierta y torpemente vuelta a sellar. Se la llevó a su madre a la cocina.

—Mamá, creo que es una carta de Roger.

—¿Sí? —Beata abrió la carta lentamente. Un billete de dos dólares cayó al suelo. Miró el texto aturdida y se lo entregó a Sophia —. Léela… léemela, Sophia —pidió con voz ronca.

—Dice: «Querida Mamá: Todo me va bien. Espero que a vosotras también. Ganaré más dinero pronto. No es difícil conseguir trabajo aquí. Chicago es muy grande. No puedo darte mi dirección todavía porque no sé dónde voy a vivir. Te reirías de todo lo que estoy creciendo. Espero parar pronto. Besos para ti y Lily y Sophie y Connie. Roger».

—Se encuentra bien.

—Sí.

—Enséñasela a tus hermanas.

—Mamá, se te ha caído el dinero.

—Sí… bueno… guárdalo en algún sitio.

Sophia siguió las instrucciones de su hermano con precisión. Descendió la calle principal. El calendario estaba en la ventana de

Porky. Cuando se iniciaba la tarde, momento en el que hay menos gente en la calle, regresó con un par de viejos zapatos de Lily. Un cliente en calcetines esperaba sus zapatos. Sophia y Porky, que nunca habían estado en el teatro, representaron una larga escena en torno a tacones, suelas y medias suelas; una carta se deslizó de las manos del muchacho a las de ella. Sophia continuó caminando hacia el sur y se sentó en un escalón del monumento a los combatientes en la Guerra de Secesión. Abrió el sobre. Contenía otro sobre con sello dirigido a «Trent Frazier, Oficina Central de Correos, Chicago (Illinois)», una hoja de papel en blanco, un dólar y su carta. Se encontraba bien. Estaba creciendo tan rápido que no lo reconocería. Había comenzado fregando platos en un restaurante, pero había sido ascendido y ahora ayudaba a los cocineros. A cada minuto gritaban: «Trent, haz esto», «Trent, haz lo otro». Pensaba que quizá cambiaría de trabajo y ocuparía la recepción de un hotel. Chicago era muy grande; no se podía explicar qué hacía toda esa gente sobre la tierra. Era mil veces más grande que Coaltown. Pensaba en todo momento en el día en que ella iría a visitarlo a Chicago. Vio un lugar días antes con el cartel: «Escuela de Enfermeras». «Pues ahí es donde irás, Sophie». Solo Roger, su padre y el doctor Gillies sabían que Sophia soñaba con ser enfermera profesional. «Supongo que sabes que le envié a Mamá dos dólares. Pronto podré enviar más. Aquí tienes un dólar para que lo pongas en tu banco secreto. Pásate por la casa del señor Bostwick y pregúntale si quiere comprar algunas de nuestras castañas. Son las únicas que encontrará en kilómetros a la redonda. Aquí en Chicago cuestan doce centavos por saco. Las del año pasado. Si te quedas sin lápices, la señorita Thoms te dará alguno. Tiene montones. Bueno, escribe con letra pequeña, Sophie, para que te quepan muchas palabras. Escribe el mismo día que leas esta carta. No creo que nadie haya sido tan feliz por recibir una carta como lo seré yo cuando me escribas. ¿Cómo tiene Mamá la voz? ¿Qué habéis estado comiendo? Cuando hacéis las lecturas en voz alta, ¿os reís alguna vez? No olvides lo que te dije sobre estar triste. Tú no serás así. Vamos a vencer. Olvidé decirte que no le cuentes a Mamá que te escribo, aunque supongo que ya lo sabías.

Roger. ES. Ahora me arrepiento de haberme cambiado el nombre. A nosotros no nos importa lo que diga nadie. A Papá no le importaba. P.S.II. Pienso en ti y en Mamá y en la casa todas las noches a las nueve en punto, toma nota en tu cabecita. P.S. III. ¿Cómo van los robles que plantó Papá? Mídelos y cuéntame».

Pasaron los días. El huerto y el gallinero las alimentaban. Bebían tila preparada con los pétalos de su propio árbol. Sophia no compró más café (una dolorosa privación para su madre, que no obstante evitó hacer cualquier comentario). El dinero se evaporaba: harina, leche, levadura, jabón… Mucho antes de la llegada del invierno Sophia comenzó a recoger restos de carbón junto a las vías del ferrocarril, tal y como hacían los más pobres. A menudo, al ponerse el sol, las mujeres y las jóvenes de Coaltown se paseaban junto a Los Olmos fingiendo una calma despreocupación. Seis noches a la semana no se encendía luz alguna en la casa. Todo Coaltown esperaba con la respiración contenida: ¿cuánto tiempo puede sobrevivir sin dinero una viuda —viuda a todos los efectos— con tres hijas en desarrollo?

Constance era una niña. No podía entender por qué había sido sacada del colegio o los motivos por los que se le prohibía acompañar a Sophia en sus desplazamientos diarios. A ciertas horas se escapaba escalera arriba hacia una ventana que se asomaba a la calle principal. Miraba a sus antiguas amigas pasar. Lily siempre había sido una soñadora. Incluso durante el juicio prestó escasa atención a lo que sucedía a su alrededor. No estaba dormida, estaba ausente. Carecía de tres elementos esenciales para ella: la música, un continuo ir y venir de nuevos rostros, y jóvenes felices por el privilegio de poder admirarla. Sin embargo, no estaba melancólica ni triste. Realizaba de buen grado y adecuadamente lo que se le pedía. Todos los hijos de los Ashley eran lentos en su madurar. Lily más que ningún otro. Su ausencia era una espera. Era como una anémona que descansa inerte y sin color hasta que la marea regresa para bañarla.

Beata Ashley mantenía sus obligaciones tan firmes como siempre. No había brazos caídos en Los Olmos. La casa estaba

impoluta. Ordenaron el desván y el sótano. Muchos objetos previamente desechados fueron recuperados y arreglados para devolverles su uso. El jardín, el huerto y el corral recibieron más atención que nunca. Se impartían clases. La cena era temprana, seguida de lecturas en voz alta hasta la caída del sol. Compartieron sus cuatro novelas de Dickens y tres de Scott, su *Jane Eyre* y *Los Miserables*. Reconocieron unánimemente que la señorita Lily Ashley destacaba con Shakespeare. Los jueves se hablaba únicamente francés y las velas permanecían encendidas hasta las diez. Los bailes «del segundo jueves» eran brillantes. Se danzaba al compás de la música que emitía la bocina del gramófono. Un elenco de apuestos caballeros rodeaba a las bellas señoritas Ashley. En cada ocasión participaba un distinguido invitado de honor: la bella esposa de Theodore Roosevelt o el embajador francés. Tras el baile era el turno de la deliciosa *souper*. El menú era presentado en un atril de alambre a los invitados: *Consommé fin aux tomates Impératrice Eugénw, Purée de navets Béchamel Lily Ashley* y *Coupe aux surprises Charbonville*. Las exquisitas viandas eran regadas con un *Vin rosé* Château des Ormes 1899. Las tres hijas habían aprendido algo de alemán durante la infancia. Los aniversarios de poetas y compositores alemanes eran conmemorados en ceremonias acordes a cada caso. Se celebraban conferencias a cargo de la eminente *Frau Doktor* Beata Kellerman-Ashley, quien podía recitar a Goethe, Schiller y Heine de memoria durante horas. Por desgracia el piano había sido vendido al negociante de objetos de segunda mano de Summerville, pero las chicas habían escuchado sonatas de Beethoven y preludios y fugas de Bach cientos de veces. Un ligero tarareo las revivía.

Cuanto había acontecido no despertó en Beata sentimiento alguno de asombro o incluso de duda. Para ella todo era apabullante y sin sentido. Sin embargo, no mostraba pena ni se lamentaba. No mostraba signo alguno de resentimiento, excepto, quizá, el rechazo a ser vista en la calle. Parecía mantener un absoluto control sobre sí misma, pero había perdido completamente una de sus facultades: era incapaz de planificar. Su mente rechazaba afrontar el futuro. Se

alejaba de cualquier contacto con el mañana, con el invierno que se aproximaba, con el siguiente año. Tampoco regresaba al pasado. Nombraba a su marido solo ocasionalmente y con visible esfuerzo. La ronquera que había ennegrecido su bella voz desapareció gradualmente. Regresaba únicamente los días en que los miembros del cuerpo de policía aparecían para un nuevo interrogatorio: no durante esas brutales entrevistas, sino tras ellas.

Acarreaba una carga que a nadie mencionaba: insomnio; el insomnio de quien ve en el futuro un pasillo sin luz ni salida, el insomnio del lecho no compartido. El insomnio era preocupante porque sabía que pronto la envejecería y haría del suyo un rostro demacrado, era aterrador porque temía que pudiera desembocar en locura. Las noches en vela eran aún más difíciles de sobrellevar porque no podía permitirse una luz para leer.

Y portaba otra carga, un profundo malestar para el que era incapaz de encontrar nombre. No existe un término preciso para este en las tres lenguas que conocía. Beata Ashley era una mujer de rigurosa moral. Presentía que se encaminaba hacia algún peligro. ¿Apatía?, ¿pereza? No. ¿Insensibilidad? No. Una de las formas en las que se manifestaba era una recurrente irritabilidad ante actitudes opuestas: la lucha por la supervivencia de Sophia, el anhelo de reencontrarse con sus compañeras de clase de Constance, la certeza no verbalizada de un futuro radiante en el caso de Lily.

Todas las madres aman a sus hijos. Lo sabemos. Pero el amor maternal es como la meteorología. Siempre está ahí y se es consciente de ella cuando se produce alguna alteración. Los meteorólogos tienen una forma peculiar de expresarlo: «Podemos esperar ciertos procesos durante la próxima semana». El amor maternal en Los Olmos era vagamente percibido. Constance había pronunciado una vez ante su mejor amiga, Anne Lansing: «Mamá nos quiere más cuando estamos enfermos y cuando me rompí el brazo». Beata Ashley posiblemente habría sufrido más por la muerte de uno de sus hijos que por la desaparición de su marido, puesto que los mayores pesares son aquellos acompañados de remordimientos. Lily era la favorita de su madre, una inclinación que Lily daba por

supuesta. El amor de Beata Ashley por su marido era de tal calibre y naturaleza que dejaba poco espacio para otros afectos. Por otra parte, la relación con sus hijas estaba permeada por un vago, difuso descrédito de las mujeres (del que ella no era consciente). Esto, como tan a menudo sucede, había sido heredado de su madre. Clotilde Kellerman, *geborene* von Diehlen, tenía en poca estima a los hombres y aún menos concedía a las mujeres, pero gozaba de un fuerte amor propio. Beata Ashley había temido a su madre, posteriormente se enfrentó a ella y resultó vencedora; pero no se había liberado de la actitud de su madre hacia las mujeres. Le disgustaba la forma en la que trabaja la mente femenina, sus palabras, la vida que les había sido asignada. (La única fuente de fricción con su marido era su certeza de que este defendía una postura diametralmente opuesta. Las conversaciones con los hombres lo aburrían rápidamente, excepto cuando se trataba de procesos colaborativos. Sus relaciones con los capataces de la mina eran excelentes). Durante los meses que siguieron al terrible vuelco en su vida, Beata Ashley se veía abrumada con frecuencia por oleadas de hastío e irritación hacia quienes la rodeaban, hacia esa insoportable sociedad de enaguas, hacia toda esa ignorante virginidad. La remordía amargamente esta exasperación. Odiaba la injusticia y sabía que estaba siendo injusta. Esta actitud era perceptible para las chicas. Sentían —incluso Lily— que en cierto modo no eran adecuadas para ella, quizá para la propia vida, y este sentimiento dificultaba la convivencia.

Sophia había asumido que, en todas las familias, las madres y las hijas eran «así»; son los padres quienes muestran su amor a las hijas. Habían pasado ya cinco meses desde que John Ashley atravesó por última vez el umbral de su casa. Sophia se había convertido en una continua prueba para su madre. Emanaba resolución. La carga que le había impuesto su hermano la llenaba de felicidad. Fueron estos los meses en los que Beata Ashley, pese a su externa serenidad, permanecía con el rostro girado hacia la pared. Se deslizaba hacia algún punto final. Hacia una compasiva muerte. Era como una mujer a la deriva en un bote salvavidas atestado de gente. El hambre

y la sed habían dado paso al adormecimiento y lamentaba el agitar de una bandera implorando un rescate, las maniobras para achicar agua y todo ese mirar al horizonte en búsqueda de las palmeras de una isla.

Sin dejarse vencer por el desánimo, Sophia dedicaba todo pensamiento a los dólares: su belleza, su escasez, su promesa. Todo en cuanto sus ojos descansaban contribuía a la facultad constructiva de la esperanza. Había leído en las novelas de Dickens acerca de costureras y sombrereras, pero ese tipo de trabajo no encontraría recepción alguna: las glaciales miradas de las mujeres de Coaltown se lo mostraban. Por otra parte, su amiga la señorita Doubkov era la costurera local. Había dos restaurantes en Coaltown: el comedor de la Taberna Illinois y una apestosa choza junto a la estación; no había necesidad de uno más. Todas las familias lavaban su propia colada; estaba la lavandería del chino para viajantes y solteros. Un proyecto se iluminó en su mente, no obstante, con creciente fuerza. Lo contempló desde todas las perspectivas. Los obstáculos parecían insuperables. Sin embargo, encontró un factor esperanzado, luego otro, luego otro. En el extremo sur —frente a la San Cristóbal de los Lansing— existía un edificio vacío y dilapidado que una vez había sido una mansión de ciertas pretensiones. La maleza se había apropiado del jardín. Se podían ver dos carteles, ennegrecidos por el hollín medio, descolgados sobre un pilar de la galería: se vende y alojamiento Y comida. Había sido utilizado, mucho tiempo después de su máximo esplendor, como pensión, como refugio para mendigos, para mineros desempleados, para «tosientes» y «desmayados», para tullidos y ancianos. Sophia recordaba haber leído un libro llamado *El arca de la señora Whittimore*. Narraba la historia de una viuda con un gran número de hijos que establecía una pensión junto al mar. Las pequeñas Ashley lo habían encontrado muy divertido. Contenía una considerable suma de pasajes cómicos acerca de la amenaza de acabar en un hospicio. Entre los huéspedes se encontraban adorables ancianos despistados y quisquillosas viejas de buen corazón. Había también un joven estudiante de medicina que se enamoró de la mayor de las hijas

Whittimore. En una ocasión esta jovencita acudió a una siniestra casa de empeños a vender el relicario nacarado de su madre. Sophia no podía comprender por qué este hecho era mostrado como un último recurso desesperado y degradante. Preferiría que Coaltown tuviera un puñado de casas de empeño. El libro tenía final feliz: un hombre rico contrataba a la señora Whittimore para que cuidara de su castillo sobre la colina. Sophia encontró el desgastado volumen en el desván y lo volvió a leer, esta vez sin una sola sonrisa. Contenía sugerencias que le serían de utilidad. Parece ser que los dueños de las pensiones tienen dificultades con los huéspedes que tratan de escapar de noche sin pagar sus deudas. La señora Whittimore afrontó esta problemática tendiendo en la escalera hilos de los que colgaba cencerros. El pillo, aterrorizado por el inexplicable escándalo que había provocado, llegaba a la carrera a la puerta principal, donde descubría que la ingeniosa señora Whittimore había cubierto el pomo con una capa de jabón. Si deseaba expulsar a algún inquilino (el señor Hazeldean, que se servía siempre la mitad de la carne de la fuente, o la señora Riemer, que nunca estaba satisfecha con nada), los niños y otros aliados eran aleccionados para mirarlo fijamente a los ojos, desde donde descendían la vista a la barbilla y los zapatos. Las víctimas de esta persecución —se denominaba «estrategia de expulsión»— buscaban rápidamente alojamientos menos perturbadores. La señora Whittimore economizaba cerillas en la cocina utilizando yesca; ofrecía pollo en el menú que en realidad era conejo estofado; fabricaba jabón con grasa de cerdo y un destilado de cenizas de madera. Sophia sintió que el redescubrimiento de este libro era una oportuna coincidencia, pero es que las vidas de quienes viven con esperanza están repletas de oportunas coincidencias. Decidió abrir una pensión en Los Olmos y no perdió tiempo en contemplaciones. Visitó a la señorita Thoms, la amiga de su padre en la oficina de las minas. La señorita Thoms había pasado toda una vida en la frontera de la miseria; su reserva de esperanza era apenas suficiente para mantenerse a sí misma. Ofreció escasos ánimos pero se comprometió a entregar dos sillas, mantelería y un aparador. Sophia organizó un encuentro clandestino

con Porky. Este reflexionó.

—Sí, Sophie —dijo finalmente—, empieza ahora mismo por encender un candil en el salón por las tardes. No da buena impresión una casa que está a oscuras. (Dejó una lata de queroseno en la puerta trasera esa misma noche). Mi madre hace alfombras. Te puedo dar dos. Y tengo una silla de sobra… Vete a ver al señor Sorbey en la Taberna y cuéntaselo. No puedes permitirte que se convierta en tu enemigo. Y no puedes cobrar más barato que él. Muchas veces tiene demasiada gente y se tienen que pasar la noche sentados en el vestíbulo.

Creo que te enviará a alguno. Tengo un tío que tiene una cama que no utiliza.

Fue a ver al señor Kenny, carpintero, pintor y dueño de la funeraria.

—Señor Kenny, ¿me haría un cartel para colgar en una casa a cambio de medio dólar y una docena de huevos?

—Pues, esto… ¿Qué tipo de cartel sería, jovencita?

Sophia sacó un pedazo de papel de pared en el que había escrito los olmos, alojamiento y comida.

—Ya veo. Ya veo. ¿Para cuándo lo querrías?

—¿Podría tenerlo listo para mañana por la tarde, señor Kenny?

—Sí, claro. (¡Qué cosas tiene la vida! Clavadita a su padre. Así que quieren tener huéspedes. ¡Vaya, vaya! Difícilmente sucederá). Y puedes pagarme a final de año, si ves que eres capaz.

—Gracias, señor Kenny. —Una dama tratando a un caballero.

Al descender la colina se encontró con Porky. Este habló a toda prisa.

—Tengo una mesa para ti. En la Taberna las habitaciones cuestan cincuenta y setenta centavos. El desayuno son quince centavos; con carne, veinticinco. La cena son treinta y cinco centavos. Aquí tienes unas tachuelas. Pon un anuncio en la oficina de correos, donde están esos avisos sobre perros y bolsos perdidos. Los viajantes entran y salen sin parar de la oficina. Los maestros odian comer en la Taberna. Los escucho hablar de eso todo el tiempo. Que tu anuncio diga: «Comida casera».

—Sí, Porky.

—Sophie, escucha. Puedes hacerlo, pero tienes que tener paciencia. Quizá no suceda nada en una larga temporada. Si tengo cualquier idea, te la contaré. No esperarás que se llene rápidamente, ¿verdad?

—Oh, no, Porky.

Sophia salvó a la familia Ashley mediante el ejercicio de la esperanza. «Salvar» fue el verbo que utilizaron su hermano y sus hermanas para definir lo logrado.

Contaba con una larga experiencia en lo que a esperanza se refiere. La esperanza (enraizada esperanza, no esos esporádicos chillidos e instigaciones arrancadas en situaciones extremas que se asemejan más a la desesperación) es un estado mental y un órgano del entendimiento. Más tarde consideraremos su relación con la fe en la vida del padre de Sophia, quien era un hombre de fe, si bien desconocía serlo.

Sophia, a sus catorce años, había vivido una larga y ocupada existencia, cargada de responsabilidades, colmada de alegría y sufrimiento. Había administrado un gran hospital. Era veterinaria. Además de criar gallinas, había entablillado malheridas patas de perros; había rescatado gatos de la tortura en esos largos atardeceres de verano en los que los chicos no saben qué hacer con el tiempo; había salvado la vida a polluelos caídos de sus nidos a las aceras, ateridos y sin plumas; había criado a jóvenes zorros, tejones y taltuzas para luego liberarlos en su entorno. Conocía la crueldad y la muerte, la huida y la vida recién nacida. Conocía el tiempo. Conocía la paciencia. Conocía el fracaso.

Es difícil de establecer si la esperanza —o cualquier otra de las manifestaciones de la creatividad— puede mantenerse por sí misma sin un impulso infundido por el amor. Así de absurda e indefensibie es la esperanza. Sophia se alimentaba del amor de su madre y sus hermanas, pero sobre todo del amor hacia esos dos desterrados distantes: su padre y su hermano.

Tan indefensa está la esperanza ante el juicio de la razón, que se sostiene en la constante necesidad de generar sus propias ratificaciones. Estira los brazos hacia las canciones e historias heroicas, se humilla ante la superstición. Se retira ante aduladores consuelos; gusta de batallas ganadas tras larga lucha, pero se rodea de ceremoniales y fetiches. Sophia dormía con las tres puntas de flecha verdes junto a su cama. No hay arcoíris en la estrecha garganta de Coaltown, pero ella había visto dos a lo largo de su vida en meriendas celebradas en la vieja carretera de la cantera. Conocía su promesa. Sobre el escondite secreto en el que guardaba sus ahorros dibujó suavemente un arco y escribió: «J.B.A.» y «R.B.A.». Porque es irracional, la esperanza se regocija ante las evidencias de lo maravilloso. Sophia obtenía fortaleza del inexplicable misterio del rescate de su padre. La esperanza —la audaz— está sometida a intermitentes contratiempos, a horas oscuras. Sophia se refugiaba en sí misma, bajaba la cabeza y esperaba, como un animal en plena ventisca. Los Ashley asistían a misa cada domingo, pero no se celebraban actividades religiosas en su hogar. Sophia sentía que sería una muestra de debilidad rezar por un giro sorprendente de la fortuna. Sus peticiones no iban más allá de solicitar algunas «buenas ideas» para el futuro; pedía que su mente fuera «luminosa».

Así pues, la noche siguiente a su visita al señor Kenny, se coló en la habitación de su hermana Lily. En una mano portaba una vela encendida, en la otra el bello cartel que rezaba los olmos, alojamiento y comida. Se sentó en el suelo reclinando el cartel contra sus rodillas.

—¡Lily! ¡Lily, despierta!

—¿Qué pasa?

—¡Mira!

—¡Sophie! ¿Qué es eso? —Sophia esperó—. Sophie, estás loca.

—Lily, tienes que ayudarme con Mamá. A ti te escucha. Tienes que hacerle ver que es importante. Lily, tenemos que hacerlo. Nos vamos a morir de hambre. Y, Lily, conoceremos a gente. No podemos seguir sin ver a nadie siempre. Habrá gente mayor y joven y será divertido. Mamá y tú podríais cocinar, y Constance y yo

haríamos las camas.

—¡Pero, Sophie, será gente espantosa!

—No todo el mundo es espantoso. Podríamos tener candiles por toda la casa. Y tú podrías cantar para ellos. Sé dónde podríamos conseguir un piano.

Lily se apoyó sobre un codo.

—Pero Mamá no dejará que hombres desconocidos entren en casa.

—Si llegara un hombre que no fuera amable, Mamá podría decir que todas las habitaciones están llenas. ¿Me ayudarás con Mamá, Lily?

Lily apoyó la cabeza sobre la almohada.

—Sí —dijo débilmente.

—Yo veo gente todos los días, pero Connie y tú no veis a nadie. Es malo para vosotras. Os convertiréis en personas aburridas. Quizá te pongas fea.

La tarde siguiente, tras la cena, Lily leía en voz alta *Julio César*. Su madre cosía. Sus hermanas permanecían sentadas en el suelo deshaciendo viejas mantas de bebé con las que obtener ovillos de hilo. Lily alcanzó el final de la escena y miró a Sophia.

—¿Tienes los ojos cansados, querida? —preguntó su madre—. ¿Prefieres que lea yo?

—No, Mamá. Sophie quiere contarte algo.

—Mamá —comenzó lentamente Sophia—, esta casa es grande. Demasiado grande para nosotras. ¿No crees que sería una buena idea convertirla en una pensión?

—¡Qué! ¿Cómo, Sophia?

Sophia tomó el cartel y lo apoyó sobre sus rodillas. Su madre lo miró fijamente y se levantó, su rostro transmitía consternación.

—Sophia, creo que no estás en tus cabales. No sé de dónde sacas esas ideas. ¿Dónde encontraste esa cosa espantosa? Tírala ahora mismo. Eres demasiado joven, Sophia, para saber de lo que estás hablando. ¡Me dejas perpleja!

Jamás se levantaba la voz en Los Olmos. Constance comenzó a llorar.

Lily intervino:

—¡Mamá! Mamá, querida, para un momento y piensa.

—¡Qué piense!

Sophia levantó la vista del suelo y, mirando a su madre a los ojos, dijo con medida franqueza:

—Papá hubiera deseado que lo hiciéramos. Papá lo querría así.

Su madre la miró boquiabierta, como si acabara de recibir un golpe.

—¿Qué quieres decir, Sophia?

—Las personas que aman a otras personas piensan en ellas todo el tiempo. Papá está pensando en nosotras. Está esperanzado en que hagamos algo como esto.

—Niñas, dejadme sola con Sophia.

—Mamá —intervino Lily—, yo quiero quedarme. Constance, sal al jardín un momento.

Constance se arrojó a las rodillas de su madre.

—No quiero salir de la habitación sola. Mamá, no me mandes fuera de la habitación.

El efecto de las palabras de Sophia era tal que su madre, tras el primer arrebato, fue incapaz de controlar la voz. Fue hasta la ventana más alejada. Temblaba. Se sentía arrinconada, arrastrada de nuevo hacia la vida.

—Mamá, Papá no querría que viviéramos sin luz por las noches y que nos paseáramos con ropa gastada. Espera que estemos bien y felices, y nosotras esperamos que él también lo esté. El invierno se acerca. Has sembrado todas esas verduras y la fruta, pero tendremos que comprar harina y cosas. Y además, a su edad Constance debe comer carne. Eso es lo que dice el libro del desván. Mamá, sería maravilloso decirle a Roger que no tiene que enviarnos dinero. Quizá él lo necesite más que nosotras. Esto sería duro para alguna gente, pero tú eres tan magnífica ama de casa que en un minuto sabrás cómo sacar adelante una pensión.

Lily cruzó la habitación hasta donde estaba su madre y la besó.

—Mamá, yo creo que deberíamos intentarlo —susurró.

—Pero, Sophia, Sophia, no lo entiendes: ¡no vendrá nadie! ¡No

vendrá nadie!

—El señor Sorbey es siempre muy amable conmigo en la Taberna. Me dejó vender limonada en el vestíbulo un día que estaba lloviendo y me dijo que podía hacerlo siempre que quisiera. A veces la Taberna está tan llena que los hombres e incluso las mujeres tienen que quedarse sentados en la planta baja toda la noche. Él solía enviárselos a la señora Blake, pero la señora Blake se rompió la cadera y no puede atenderlos ya. Alguien me contó que los profesores del instituto odian comer en la Taberna. Vendrían todos aquí a comer. Creo que querrían vivir aquí y no con la señora Bowman y la señora Haubenmacher.

Su madre giraba la cabeza de lado a lado.

—Pero, Sophia, no tenemos sillas, ni armarios, ni camas, ni sábanas.

—Lily y yo no necesitamos nuestros armarios y yo puedo dormir en la cama de Lily. La señorita Thoms me ha prometido dos sillas. Porky va a darme una cama, una silla, una mesa y dos alfombras. Él puede arreglar la cama que encontramos en el desván. Tenemos suficiente para dos habitaciones. Podemos empezar.

—Intentémoslo —dijo Lily.

Constance corrió hasta su madre y la abrazó.

—¡Podemos empezar a vivir como el resto de la gente!

—Muy bien —asintió su madre—. Encended una vela. Subamos a mirar las habitaciones.

—Mamá —la detuvo Sophia—, tengo algo de queroseno. Encendamos un candil en el salón ahora. Nadie querrá venir a una casa en la que parece que todo el mundo está triste.

La tarde siguiente, el 15 de septiembre, Lily se subió a una silla y clavó el cartel en un olmo junto a la entrada principal. Las mujeres de Coaltown incrementaron sus paseos vespertinos junto a la casa para contemplar esta muestra de risible delirio: «Deberían llamarlo “el pájaro enjaulado”». «No, “la celda”».

Al día siguiente el doctor Gillies, conduciendo su calesa por la calle principal, se detuvo junto a Sophia.

—¡Eh, Sophie!

—Buenos días, doctor Gillies.

—¡Bueno, bueno! Pareces más feliz que el gato de un carnicero.

—Lo estoy, un poco.

—¿Qué es todo eso de que vais a abrir una pensión?

—La abrimos, doctor Gillies… Por cierto, doctor Gillies, estaba pensando que quizá usted tenga alguna vez un paciente que se esté recuperando y necesite tranquilidad. Mamá es una cocinera magnífica. Lo cuidaríamos más que bien…

El doctor Gillies se llevó una mano a la frente.

—¡Eso mismo! —exclamó—. Dile a tu madre que iré a verla a las siete en punto esta tarde.

Dispuso que la convaleciente señora Guilfoyle permaneciera en Los Olmos dos semanas. «Caldo de pollo, un poco de su famosa compota de manzana, un huevo pasado por agua de cuando en cuando».

Sophia visitó al señor Sorbey en la Taberna y le contó el proyecto. «Si la Taberna se llena alguna vez, señor Sorbey, quizá podría enviarnos a alguien. La señora Guilfoyle está en nuestra casa ahora y está muy satisfecha». Tres días más tarde les envió a un predicador itinerante, el hermano Jorgenson, que comenzaba a ser un incordio al no parar de intentar salvar almas en la cantina.

Sophia detuvo por la calle a una profesora recién llegada. «Señorita Fleming, me llamo Sophia Ashley. Mi madre acaba de abrir una pensión en Los Olmos… Puede verla detrás de esos árboles de allí. El almuerzo se sirve a las doce. Son treinta y cinco centavos, pero si viene todos los días de la semana obtendrá una comida gratis. Mi madre es una magnífica cocinera». Delphine Fleming acudió al almuerzo, pidió ver las habitaciones y se quedó dos años. La noticia fue recibida con indignación por la junta directiva del instituto, pero la señorita Fleming provenía del Este —es decir, de Indiana— y se presumía que sus juicios morales no eran los más elevados. Algunos viejos comerciantes itinerantes descubrieron el lugar. El pastel de pollo estofado y el *Rostbraten* comenzaron a comentarse en los corrillos de viajantes; lo mismo sucedía con la voz de Lily. «Joe, te lo digo en serio; no he escuchado

nunca nada como esto. “¡Entre placeres y palacios!”[15] ¡Es además la hija de un asesino!». Se acondicionaron una tercera y una cuarta habitación. Sophia convenció a su madre de que horneara una bandeja tras otra de sus admiradas galletas de jengibre alemanas. Las vendía en el vestíbulo de la Taberna los días festivos. También ahorró, siguiendo el ejemplo de la señora Whittimore. En días de matanza arrastraba su pequeña carretilla cinco kilómetros camino adelante hasta la Granja Bell (Roger había ordeñado y trabajado la azada y el heno allí en sus vacaciones de verano) y regresaba con grasa de cerdo. Con ella hacía jabón que su madre perfumaba con lavanda. Mantenía su propia levadura. La estufa la encendía con yesca y eslabón. Arañar centavos de uno en uno puede ser cualquier cosa menos aburrido. Se enfrentaba a los comerciantes sin timidez. La indulgente conmiseración hacia ella comenzó a ser reemplazada por un sorprendido respeto. Los hombres la saludaban cordialmente; algunas mujeres comenzaron a devolverle el saludo con un asentimiento cortés. Sus antiguos compañeros de colegio susurraban y soltaban risitas burlonas cuando pasaba junto a ellos. Los chicos se mofaban: «Trapos, botellas y sacos[16], Sophie. ¿Quieres comprar trapos, botellas y sacos?».

Se produjeron acontecimientos extraños.

Un día, una semana después del anuncio de la apertura a huéspedes de Los Olmos, Eustacia Lansing, ataviada con el luto que terminaría por definirla, se acercó hasta el taller de zapatero de Porky. Eligió hacerlo a las dos de la tarde, cuando las calles de Coaltown están prácticamente desiertas. Había que solar uno de los zapatos de Félicité. Cuando se preparaba para salir, dijo:

—Porky, tú ves a las Ashley de cuando en cuando, ¿no es así?

—Cada cierto tiempo, sí.

—¿Es verdad que van a abrir una pensión?

—Eso dice la gente.

—Porky, sé que puedes guardar un secreto, estoy segura. Supongo que harás algo por mí y lo mantendrás en secreto.

El rostro de Porky permaneció impasible.

—Quiero que pases por mi casa a recoger un paquete grande y

quiero que lo dejes en la puerta trasera de la casa de los Ashley sin que nadie se entere. El paquete contiene una decena de juegos de sábanas y una decena de toallas. ¿Encontrarás tiempo para hacerlo, Porky?

—Sí, señora.

—¿Podrías recogerlo en cuanto se ponga el sol? Estará detrás de mi cerca.

—Sí, señora.

—Gracias, Porky. Coloca, por favor, esta tarjeta sobre el paquete.

La tarjeta rezaba: «De alguien que os desea lo mejor».

Otro día la señorita Doubkov, la costurera del pueblo, se presentó ante Porky con un conflictivo zapato.

—Porky, tú conoces a los Ashley, ¿verdad?

—Sí, señora.

—Tengo dos sillas que no necesito. ¿Podrías recogerlas en mi casa esta noche y dejarlas en su puerta trasera?

—Sí, señora.

—Y que nadie lo sepa, Porky, solo tú y yo.

Durante esas primeras semanas encontraron dentro de la valla de listones de madera una mecedora; tres mantas, no nuevas pero limpias y hábilmente remendadas; una gran caja de cartón llena de cucharas, tenedores y cuchillos de todos los tamaños, tazas y platos de postre, y una sopera (de las mujeres de la iglesia metodista, quizá).

Los viajeros más jóvenes en rara ocasión solicitaban alojarse en Los Olmos. No se lo podían permitir. Pasaban la noche en un gran dormitorio común plagado de corrientes de aire en el piso superior de la Taberna (veinticinco centavos por noche). No obstante, la señora Ashley había rechazado a varios. Tenía a sus jóvenes hijas en casa y la sociedad de Coaltown era maliciosa. Una tarde de enero relajó su normativa y admitió a un hombre de unos treinta años que portaba una bolsa de viaje y un maletín de muestras. A las nueve y media Beata Ashley apagó el horno, cerró las puertas trasera y delantera y sumió la casa en la oscuridad. Hacia las dos de la

madrugada la despertó el olor del humo. Levantó a sus hijas y a la profesora de matemáticas. Descendieron la escalera y siguieron la estela de humo hasta la cocina. La profesora se adelantó a ellas, atravesó la habitación tosiendo y abrió la puerta trasera. Un denso humo de extraño olor emanaba del horno, en el que había una masa de llameante papel rosa. Extinguieron el fuego con facilidad. Las mujeres se prepararon un cacao caliente y esperaron a que el aire se esclareciera. Cuando la señora Ashley regresó a su habitación encontró que había sido saqueada. El contenido de los cajones de su cómoda estaba esparcido por el suelo. En el armario, el forro de su abrigo había sido abierto. El colchón había sido rasgado con un cuchillo; la almohada estaba hecha trizas. El envés de los cuadros que decoraban las paredes había sido arrancado.

El coronel Stotz de Springfield odiaba a los Ashley. Estaba convencido de que en algún lugar de la habitación de la señora Ashley encontraría información sobre los rescatadores de John Ashley. Habría cartas; podría incluso encontrar misivas recientes del perseguido. Quizá tendría una fotografía que pudiera ser reproducida en carteles.

A lo largo de su vida matrimonial Ashley se había separado de su mujer más de veinticuatro horas solo en cuatro ocasiones. Las únicas cartas suyas que Beata tenía eran las que él le había enviado a diario desde la cárcel. No pudo encontrarlas. También desapareció su única fotografía: una descolorida imagen en la que miraba a la cámara riendo, con su hijo de dos años en brazos. Por la mañana sus hijas la miraron con curiosidad. Su rostro nunca había mostrado ansiedad o miedo y no lo hizo tampoco en esta ocasión. El enfrentamiento con el enemigo parecía fortalecerla.

Al pasar los meses Beata Ashley emergió gradualmente de su letargo. El trabajo era incesante. No hay día de descanso para quienes alojan huéspedes. Para Constance era un juego apasionante. Nunca estaba cansada, ni siquiera la noche de los lunes, tras un día sobre las pilas de la colada. Lily parecía haber regresado de ese país lejano al que se había desplazado como en un sueño. Había que cocinar, limpiar el polvo, hacer camas y fregar platos a diario.

Sophia era el único miembro de la familia que franqueaba la puerta principal; Lily no lo deseaba; Constance anhelaba acompañar a su hermana a la calle, pero Sophia sabía que aún no estaba preparada para afrontar la hostilidad de sus compañeros de colegio. Las remesas de Roger a su madre crecieron hasta los diez y doce dólares al mes. Decía estar bien, pero no enviaba ninguna dirección a la que se le pudiera responder. Sophia hacía la compra, cobraba a los huéspedes, compraba muebles, preparaba nuevas habitaciones y rebosaba «ideas». Escribía a su hermano largas cartas. Se sintió llena de orgullo el día en el que pudo decirle que había pagado los impuestos. Sus vecinos contemplaban su actividad con una admiración a regañadientes. Decían de ella que era «afilada como un cuchillo de desuello». Las subastas eran poco habituales en Coaltown, pero con frecuencia se comentaba entre murmullos que una familia vendía «sus cosas»; los ancianos abandonaban el pueblo o una casa se desmoronaba al acaecer el fallecimiento de uno de sus miembros. Ahí estaba Sophia. Cuando el fuego y el excesivo entusiasmo de los voluntarios del cuerpo de bomberos se combinaban para causar estragos en una vivienda o el contenido de un desván, allí estaba Sophia para comprar sábanas, cortinas, ropa vieja, colchones y orinales. Una iglesia baptista de la laguna de la vieja cantera terminó por venirse abajo; Sophia compró el piano que había sido utilizado para la catequesis de los domingos (tres dólares al mes durante cinco meses). Compró una segunda vaca. Comenzó a criar patos; perdió la batalla con los pavos. Prepararon una octava habitación a finales de mayo de 1904. Durante los meses cálidos llegaron a alojar huéspedes en la casa de los días de lluvia. Convencieron a la señora Swenson para que regresara a trabajar en la pensión. Tras el saqueo de la habitación de la señora Ashley, Lily ideó —o, a todas luces, parecía su idea— que Porky viviera en Los Olmos, para lo que habilitaron una pequeña habitación junto a la cocina. A cambio de las comidas, hacía los trabajos más físicos de la casa y ayudaba a la familia a controlar esas dificultades a las que están especialmente sometidas las pensiones. Se produjeron ataques al corazón y convulsiones. Hubo sonámbulos y borrachos y ladrones.

La señora Ashley llegó a comprender las circunstancias que rodeaban a los viajantes: el desarraigo, la tendencia a fanfarronear, la carga de tener que ofrecer cada día la imagen de un deslumbrante éxito («¡Señora Ashley, tuve tantos pedidos hoy que no sé cómo seré capaz de servirlos a todos!»), el alcohol para lograr dormir, la pesadilla en la que la existencia muestra un rostro de vacío y escarnio. Llegó a prever las negras horas en las que la navaja tiembla en la mano. Durante los primeros meses de funcionamiento era costumbre de las Ashley retirarse a la primera planta tras haber fregado los platos, y continuar las lecturas en voz alta en la habitación de la señora Ashley. Pero pronto aprendieron que era poco recomendable dejar a los huéspedes a su aire a esa hora; asumieron que la mayor parte de las habitaciones abrigaba seres humanos inquietos, preocupados o desesperados. Cierta tensión propia comenzaba a acumularse en ellos tras la puesta del sol. Por ello las primeras horas de la noche empezaron a pasarlas en el gran salón. A menudo Lily cantaba con el acompañamiento de su madre. Uno a uno los inquilinos se arrastraban escalera abajo. Muchos se quedaban a las sesiones de lectura en voz alta. Durante los meses más calurosos, la hora del ocio se trasladaba al cenador; alguien compartía sus ojos de lector con el resto y el grupo permanecía sentado en silencio bajo el encanto de la luna o las estrellas que se reflejaban en el estanque y las débiles quejas y los movimientos lentos de los patos de Sophia.

Beata Ashley cumplía admirablemente con el papel de directora de la pensión. Estableció una normativa para asegurar el orden, tal y como hacen muchos maestros en sus aulas: precisó unos principios de comportamiento muy por encima de lo habitual. Exigía puntualidad, prioridad para las mujeres, chaqueta y corbata en la mesa, decoro en la conversación, bendecir la mesa antes de las comidas y comedimiento en las expresiones de admiración hacia las camareras. Varios comerciantes fueron rechazados en su segunda visita a Los Olmos. Se dedicaron a fanfarronear en la Taberna de que habían sido expulsados de la «casa de la soga», pero sus exabruptos fueron quedando vacíos de contenido. El mito pasó de

boca en boca: una combinación de pollo frito a la perfección, el mejor café de Illinois, sábanas perfumadas con lavanda, un despertador matutino que no consistía en patadas en la puerta, sino en angelicales voces repitiendo un nombre. Durante el juicio y los meses posteriores al rescate de Ashley, las chicas eran conscientes de que su madre concedía escasa atención a las lecturas en voz alta de cada noche, incluso cuando le correspondía a ella leer. El verano de 1903 se produjo un cambio. La noche de los martes leían *Don Quijote* en francés. Beata Ashley no hallaba humor sino verdad en las aventuras del caballero para quien el mundo estaba lleno de malignos nigromantes y de esas amargas injusticias que un hombre debe enmendar. La aguja se detenía en sus manos, suspendida en plena meditación, ante el relato de su devoción por una campesina que él proclamaba la primera de entre todas las mujeres. Leyeron *La Odisea*. Hablaba de un hombre que superaba numerosas pruebas en países lejanos; en su auxilio acudía la sabia diosa de ojos grises, Palas Atenea, reprendiéndolo cuando se mostraba desanimado y prometiéndole que un día regresaría a su tierra natal y a su querida esposa. Cansada por el trabajo, la consolaba la lectura. Y dormía.

A pesar de todo el trabajo, los beneficios eran mínimos. Las Ashley apenas lograban mantener la cabeza fuera del agua.

Los huéspedes llegaban y se marchaban de Los Olmos, pero recibían muy pocas visitas. El doctor Gillies las hacía por motivos profesionales y siempre charlaba un momento con ellas, pero nunca se sentaba. La señora Gillies se dejaba caer de cuando en cuando una tarde de domingo, igual que sucedía con Wilhelmina Thoms. No obstante, se producía una visita regular: la señorita Olga Doubkov, la costurera del pueblo. Se presentaba ya entrada la tarde un miércoles de cada dos. No era recibida con excesiva cordialidad por la señora Ashley, pero las chicas le daban la bienvenida con entusiasmo. Era portadora de las noticias de Coaltown y del mundo.

Una serie de dificultades habían dejado a Olga Doubkov —de quien se decía que era una princesa rusa— varada en Coaltown. Su padre, perseguido por la policía por actividades revolucionarias, había huido a Constantinopla con su mujer enferma y dos hijas. Se

había unido a un grupo de amigos rusos en una ciudad minera del oeste de Canadá, pero la salud de su mujer no soportaba el clima y aceptó un puesto en Coaltown. Olga Doubkov quedó huérfana a los veintiún años y se dispuso a asegurar su supervivencia mediante sus habilidades con la aguja. La mayor parte de las mujeres de Coaltown cosían y remendaban sus propias prendas y las de sus hijos pequeños. Las bodas habían revestido siempre especial importancia en Coaltown; la señorita Doubkov les otorgaba aún más brillo. Era una autoridad en lo relativo a moda y ajuares; su consejo sobre todos los aspectos de la ceremonia era tan valorado como su capacidad artística. Pocas madres tenían el valor de engalanar a sus hijas y hacerlo ellas mismas para tal ocasión sin ayuda. Las bodas se convirtieron en la gran ópera de Coaltown. Los ingresos principales de la señorita Doubkov, afortunadamente, provenían de los servicios prestados en la Taberna Illinois, donde estaba al cargo de la lavandería. Era extranjera, tan extranjera que su idiosincrasia era tolerada por ser considerada fuera de la capacidad de enjuiciamiento de los locales. Fumaba largos cigarrillos rubios. Practicaba la idolatría, es decir: en una esquina de su comedor se encontraban una serie de iconos rodeados de ofrendas, ante los que se persignaba al entrar y al abandonar la habitación. Sin un solo pelo en la lengua, sus «últimas noticias» eran repetidas de casa en casa en escandalizados susurros. Era alta y delgada y caminaba perfectamente erguida. Su piel cetrina estaba fuertemente estirada sobre los prominentes pómulos. Sus largos y estrechos ojos intimidaban a los niños; se decía que eran como los de los gatos. Su rubio cabello permanecía recogido sobre la cabeza y adornado con pequeños lazos de terciopelo negro. Vestía con elegancia, con un fuerte corsé, acompañada por el continuo frufrú de la seda. En invierno se ataviaba con un alto gorro de piel y un redingote a la húsar de fuertes botones y atrevidas hombreras. Era pobre; todo el pueblo sabía cuán pobre era. Se rumoreaba que sobrevivía a base de gachas de avena, col, manzanas y té (con una chuleta los domingos). Su atuendo y la única fiesta que organizaba al año eran sus singulares extravagancias. Invitaba a veinte personas a tomar el té

por la Pascua rusa. Estas celebraciones tenían un carácter sorprendentemente foráneo: los grandes pasteles, los saludos rituales: «¡El Señor ha resucitado!». «¡En verdad, ha resucitado!», los ceremoniales besos, los huevos decorados con simbólicos diseños, las lamparillas bajo los iconos. Era por todos conocido que ahorraba con el objetivo de regresar a Rusia y que se subiría al tren para abandonar Coaltown sin una sola mirada atrás. El ahorro, cuando tan poco había de lo que ahorrar, era una carrera contra el tiempo. Olga Sergeievna no tenía intención de regresar a Rusia en la miseria. No era una princesa, sino una condesa, tampoco se apellidaba Doubkov.

La señorita Doubkov nunca fue íntima de los Ashley. Su mejor amiga era la señora Lansing. Tanto Eustacia Lansing como su hija mayor, Félicité, eran incluso mejores costureras que ella, pero le hacían consultas, le daban trabajo y disfrutaban de su compañía. Las tres juntas crearon muchas prendas de gran elaboración y belleza. La señorita Doubkov admiraba a la señora Lansing («Chicas —decía en las sesiones de costura para damas de honor— lo más importante para una mujer es el encanto, ¡observad a la señora Lansing con atención!»), pero detestaba a Breckenridge Lansing y no ocultaba su animadversión. Una vez lo reprendió en su propia casa por un comentario despreciativo sobre su hijo George. Le dictó toda una conferencia sobre la educación de los chicos, tomó su sombrero y su esclavina, se despidió con una reverencia de Eustacia y Félicité, y abandonó San Cristóbal, pensó ella, para siempre. A pesar de que no conocía bien a los Ashley, nadie desconocía su admiración por ellos: «Los niños son los más educados de todo Coaltown; en Los Olmos todo era como debía ser». La señora Ashley desconfiaba de esas visitas de la tarde de los miércoles y solo gradualmente llegó a ver que no eran fruto de la curiosidad ni de la compasión. Los motivos para las visitas nacían de la educación recibida por la señorita Doubkov. Era aristócrata. En tiempos prósperos los aristócratas no se inmiscuyen en la vida del resto; ante la desgracia cierran filas. Defienden la fortaleza ante los bárbaros. Durante el juicio, si bien la sala estaba llena hasta la asfixia, siempre había

algunos asientos vacíos junto a la señora Ashley y su hijo, quizá por respeto, quizá porque los crímenes y la desgracia son percibidos como contagiosos. De cuando en cuando la señorita Doubkov, la señorita Thoms o la señora Gillies ocupaban estos asientos, tras una ligera inclinación de cabeza hacia la señora Ashley, tal y como sucede en los funerales.

Existía otro motivo para las visitas quincenales de la señorita Doubkov a Los Olmos. Al igual que Sophia, vivía aferrada a la esperanza. Señalamos anteriormente que aquellos asidos a la esperanza encuentran alimento en los milagros. Tal era, para la costurera rusa, la liberación de Ashley. Había supuesto una repetición del acontecimiento más importante de su vida y confirmaba una promesa de esperanza para el futuro. Su padre fue condenado a muerte en Rusia. También él se escapó de entre las manos de la policía. En Coaltown ella esperaba protagonizar una fuga que únicamente un milagro podría producir. Esperaba regresar a su lugar de origen, presentarse ante sus familiares y terminar sus días sirviendo los intereses de sus queridos compatriotas. No deseaba regresar con pompa y ostentación; aspiraba únicamente a estar por encima de la condescendencia, la conmiseración y la bondad. Había ahorrado el coste del billete de tren a Chicago (tres años: los primeros y más difíciles), luego el billete hasta el puerto de Halifax, en Nueva Escocia (siete años), el pasaje a San Petersburgo (doce años). Ahorraba finalmente el dinero, rublo a rublo, para mantenerse en Rusia mientras solicitaba un puesto de maestra o institutriz. Tenía cincuenta y dos años. Se trataba de un ejercicio de esperanza. La enfermedad y la muerte podían interponerse; un incendio o los ladrones podían desposeerla de sus ahorros; una devaluación de la moneda los barrería. La esperanza, como la fe, no es nada si no es valiente; nada es si no es absurda. La derrota de la esperanza no conduce a la desesperación, sino a la resignación. La resignación de quienes se han asido a la esperanza mantiene la fuerza de la esperanza.

Mucho antes del extraordinario suceso del depósito ferroviario a las afueras de Fort Barry, Olga Sergeievna había percibido algo fuera

de lo común en Los Olmos. No era la única mujer de Coaltown que había estado ligeramente enamorada de John Ashley, a pesar de lo poco que, a todas luces, este destacaba. Había sido invitada de forma ocasional a cenar en Los Olmos; había intercambiado saludos y comentarios banales en la calle con John Ashley casi a diario durante diecisiete años. Los extraños sucesos que acontecieron en la primavera e inicio del verano de 1902 confirmaron lo que ella ya había intuido. Era un elegido. Era un símbolo. Cuando comenzó a visitar a las Ashley de forma regular, estaba renovando su fortaleza; estaba reconfortando su espíritu al calor de una llama, un lugar en el que habían sido reveladas «cosas ciertas». En cada una de estas visitas a Los Olmos la señorita Doubkovpedía a Lily que le cantara. Lily estaba educando su voz imitando la de *madame* Nellie Melba[17], producida por la bocina con forma de campanilla de un gramófono agónico. Los resultados fueron destacables. La señorita Doubkov predijo con alarmante convicción que un día Lily sería una gran cantante ante quien se arrodillaría el mundo entero. Pidió que le enviaran desde Chicago —utilizando los ahorros tan lentamente acumulados— copias del *Método de Bel Canto, Tomos I y II* de *madame* Albanese. Le mostró cómo *madame* Carvalho[18] avanzaba hacia las candilejas para agradecer los aplausos y cómo La Piccolomini[19], en sus recitales, permanecía en silencio, en *recueillement*, hasta que había logrado atraer por completo la atención de la audiencia. Las jóvenes de Los Olmos hablaban un francés de libro; ella las familiarizó con las expresiones más informales de la conversación cortés. Admiraba a Beata Ashley, pero esta dudaba de ella. No es destacable en absoluto este hecho, puesto que no sentía aprecio por ninguna mujer. La señorita Doubkov desaprobaba la negativa de la señora Ashley de salir a la calle. En circunstancias similares ella habría recorrido toda la calle principal a diario, azotando con su mirada a cuantos se negaran a saludarla. No estaba interesada en Sophia. Podía ver claramente la amplitud de los logros de la chica en la creación de la pensión, pero no le ofrecía ayuda o consejo alguno. Ella misma había superado situaciones de suma dificultad y asumía que las personas capaces no las comentan.

El acero existe para soportar la presión. La verdad era que solo estaba interesada en los hombres, por despreciables que la mayoría fueran. No había existido hombre alguno en su vida desde la muerte de su padre y la ignominiosa desaparición de un prometido, pero ella vivía únicamente para impresionar a los hombres con sus afilados pareceres, su buen juicio y su elegante porte. Las mujeres eran aburridas.

La lavandería situada en el sótano de la Taberna Illinois era alargada, de techo bajo y sin ventilación. Una tenue luz se colaba por una alta ventana enrejada que en muy raras ocasiones se limpiaba. Varias mañanas a la semana la señorita Doubkov descendía hasta esta habitación portando dos candiles de queroseno que colgaba del techo en dos garfios. Montones de ropa de cama descansaban cubiertos por trapos en anaqueles repartidos por la habitación. Bajo los candiles se encontraba una mesa alargada que ella limpiaba a conciencia cada día. Una mañana de junio de 1903 su trabajo se vio interrumpido por el repiqueteo de unos nudillos en la puerta. La abrió ligeramente; una corriente de aire podría llenar la habitación de polvo proveniente de las carboneras del otro lado del pasillo.

—¿Sí?

—¿Señorita Doubkov?

—¿Sí?

—Veo que está ocupada. ¿Puedo entrar y esperar a que tenga un momento para atenderme?

—Estoy siempre ocupada. ¿Qué quiere?

—Me llamo Frank Rudge. Me gustaría hablar con usted en la intimidad, si me deja pasar.

—¡Intimidad! ¡Intimidad!… Pase. Siéntese hasta que termine lo que estoy haciendo.

Lo situó bajo la luz y lo miró con aspereza. Era un hombre de treinta y cinco años, apuesto y consciente de ello. En un momento este percibió también que la señorita Doubkov era sensible a los hombres bien parecidos y que esta sensibilidad tomaría forma de agresividad y grosería. Ella lo puso a trabajar. Había pilas de sábanas recién lavadas sobre el suelo. Le indicó que las colocara en la mesa.

Ella se mantuvo ocupada en el otro extremo de la habitación. Finalmente encendió un cigarrillo y se dirigió a él.

—¿Qué quiere?

—Quiero ofrecerle el pago de treinta dólares mensuales por muy poco trabajo.

—¿Y eso?

—Y encaminarla hacia la posible obtención de varios miles de dólares.

—¡Bah!

—Quiero hablar con usted de John Ashley.

—No sé nada de John Ashley.

—Tiene razón. En los últimos catorce meses nadie ha sabido nada de él.

—Déjese de estupideces y dígame lo que quiere.

—La verdad, señora. Solo queremos la verdad.

—¡Usted es policía! ¡Es de la oficina del coronel Stotz!

—El coronel Stotz no dirige ya la Fiscalía del Estado. Yo estaba en la policía pero me despidieron. Represento a una persona a título privado.

—El coronel Stotz es un viejo loco.

—Su oficina no gestionó la cuestión muy bien. Eso ya lo sabemos.

—¡Fueron imbéciles! ¡Dígame lo que quiere!

—Bueno…

—Fueron estúpidos. Me está haciendo perder tiempo.

—Señorita Doubkov, ¿me permitiría hablar tres minutos sin interrupciones?

—Bueno, pero primero tendrá que permanecer callado tres minutos.

Lo hizo esperar de nuevo. Fingía contar montones de toallas. Le temblaban las manos ligeramente. Odiaba a la policía, a toda la policía, de todas partes. La policía debió de haber rodeado su casa en Rusia; tras su marcha, la policía debió de haber «husmeado» entre sus vecinos. Pero podía percibir el olor del dinero a su alrededor: rublos y más rublos. Terminó por encender otro cigarrillo

y se giró hacia él, apoyando la espalda contra los estantes, los brazos en jarras.

—Diga lo que tenga que decir.

—Gracias, señorita Doubkov. Mire, la Fiscalía del Estado tiene una sección que se encarga de la búsqueda de desaparecidos, especialmente aquellos que han sido condenados. Esa sección ha sido incapaz de encontrar rastro alguno de John Ashley o de los otros seis hombres que lo rescataron. Se han ofrecido cuatro mil dólares a cambio de información que conduzca al arresto de Ashley o de estos hombres.

—Tres mil.

—Han subido la recompensa.

—¿Por qué me cuenta todo esto?

—Porque usted es la única persona que entra y sale de esa casa… ¡La única persona perspicaz, señorita Doubkov! Las respuestas a estas preguntas están en esa casa, en esa casa. Tan pronto como la señora Ashley reúna cincuenta dólares, comenzará a pagar a los rescatadores. Pronto empezará a recibir mensajes y dinero de su marido. Es muy posible que esté recibiéndolos ya por vías indirectas.

—¡Ajá! ¡Por eso la policía ha estado abriendo mi correspondencia!

—Solo en dos ocasiones, señorita Doubkov. No lo hice yo; lo hicieron ellos. Recuerde, represento a una persona a título privado. Esa casa está siendo vigilada muy de cerca. —Se levantó y rodeó la mesa para dirigirse hacia ella. La miró a los ojos—. Esa información terminará saliendo a la luz, de alguna forma, un día de estos. Montones de personas van a reclamar la recompensa. ¿Por qué no usted? ¿Eh? Si usted proporcionara la información principal, yo podría hacer que su reclamación de la recompensa fuera reconocida.

—¿Y con vuestras sucias y débiles mentes pensáis que os ayudaré a enviar a un hombre inocente al patíbulo?

—No sea cándida, señorita Doubkov. Tenemos nuevo gobernador. No esperará que un gobernador recién llegado meta la cabeza en ese avispero. Ashley sería perdonado, pero no puede serlo hasta que sepamos la verdad. Eso es lo único que perseguimos:

datos.

—¿Por qué se alteran tanto por un hombre a quien están dispuestos a perdonar? Anuncien el indulto y él volverá solo.

—Quizá regrese, señora, pero nunca nos dirá quién lo rescató. No creo que sea consciente de cuántas cuestiones misteriosas rodean todo esto. ¿Quién organizó el rescate? Él no lo hizo desde la cárcel, de eso estamos seguros. Alguien estaba dispuesto a pagar a esos hombres una gran cantidad de dinero por arriesgar sus vidas. ¿Quiénes son los amigos ricos e influyentes de Ashley? Intente averiguar eso. ¿Quién está detrás de la pensión? Sabemos hasta el último centavo cuánto dinero tenía Ashley. Conocemos hasta el último mueble que quedaba en la casa. Incluso si la señora Ashley fuese una mujer muy inteligente, no podría haber logrado que todo funcionara ella sola. Y no es en absoluto una mujer inteligente. Usted no le prestó dinero; el doctor Gillies tampoco; la señorita Thoms no tiene dinero que prestarle. Buscamos a sus familias: la madre del señor Ashley murió, pero su padre sigue vivo: dirige un pequeño banco en una zona rural del estado de Nueva York. No quiso hablar de su hijo; nos echó de la casa. También están los padres de la señora Ashley. Hay muchos misterios, señorita Doubkov: grandes misterios. Cuando se aclaren, el señor Ashley podrá regresar con su familia.

La señorita Doubkov se alejó de él y encendió otro cigarrillo. El señor Rudge depositó su tarjeta de visita sobre la mesa.

—Escríbame una carta el último día de cada mes. Ponga todo cuanto pueda tener la mínima conexión con esta cuestión. Y yo le escribiré, porque a nuestro lado llega información constantemente. ¿Dónde vive el hijo en Chicago? ¿A través de quién mantiene la señora Ashley contacto con él? ¿Cree que la señora Ashley está recibiendo mensajes de su marido ahora?

—¡No!

—Tiene ocasión para descubrirlo. Hay otra cosa que puede hacer. Usted visita a la señora Lansing, ¿no es así? Sus cuatro mil dólares pueden estar ahí.

—¿Qué?

—¿Nunca se le ocurrió pensar que la señora Lansing pudo organizar la huida de Ashley?

—¿De qué habla?

—El señor Ashley y la señora Lansing eran, discúlpeme la franqueza, amantes.

—No, no lo eran.

—No puede estar segura de eso. Es posible que la señora Lansing adelantara el dinero para abrir la pensión. Todo es posible.

La señorita Doubkov soltó una larga y despreciativa carcajada. Miró la tarjeta de visita.

—Señor Rudge, usted sabe muy poco de los Ashley y los Lansing. Y no sabe siquiera dónde está su problema. Está llamando a la puerta equivocada. Su trabajo es, en primer lugar, descubrir quién mató a Breckenridge Lansing.

—No cabe duda de que Ashley fue quien…

—¿Usted es detective?

—Sí.

—Pues deje de hablar. Comience a observar y a escuchar. ¿Se queda en Coaltown un día o dos?

—Bueno… podría.

—Debería. Su oficina hizo del juicio una chapuza. Intente no hacer lo mismo con su investigación. Aprenda algo de lo que sucedió aquí. Cámbiese de ropa. Parece un policía. Recorra la carretera del río. Finja estar borracho en alguno de los sitios que hay por allí como El abrevadero de Hattie y La vieja jarra marrón. Breckenridge Lansing pasaba dos o tres noches a la semana allí. Seguro que se granjeó más de una enemistad. Váyase a conocer a los hombres de las minas. Breckenridge Lansing era un gestor lamentable. Seguro que se hizo más de un enemigo en su trabajo. Intente conocer a un viejo cazador de la zona que se llama Jemmy. Lansing solía salir a cazar con él en excursiones que duraban una semana. Ya me he ganado los treinta dólares. Sí, le escribiré las cartas que me pide durante cuatro meses. Soy una persona honrada. Si no aparece información útil en ese tiempo, nuestro acuerdo se considerará caducado. Me pagará a principio de mes, no cuando

reciba la carta. Me pagará ahora la primera carta.

—Esta tarde le envío un cheque.

—¡No! No lo quiero por escrito. Me tiene que dar treinta dólares en mano.

Rudge permaneció ocho días en Coaltown. Visitó la lavandería en cuatro ocasiones para comentar el Caso Ashley con la señorita Doubkov. Estaba aprendiendo bastante acerca de Breckenridge Lansing, aunque no le parecía que arrojara mucha luz sobre el asesinato. Ella le ofrecía nuevas sugerencias, guiaba las investigaciones. En cuanto a la propia señorita Doubkov, también se puso rápidamente manos a la obra, aunque no compartió con Rudge los avances que pudiera estar logrando. Una extraña amistad se estableció entre ambos. Pronto comenzaron a jugar juntos a las cartas en el aire viciado y la escasa iluminación del sótano. Perdían y ganaban inmensas fortunas en guisantes secos tomados del almacén contiguo. Se contaron las historias de sus vidas. Finalmente él confesó que era uno de los guardias armados que acompañaron a Ashley la noche del rescate. De ahí su expulsión del cuerpo de policía. Se había establecido como detective privado y trabajaba para compañías de seguros, bancos, hoteles y maridos celosos. Se había convertido en algo parecido a un experto en sabotajes e incendios de establos. Era un trabajo interesante. Había sido el predilecto del coronel Stotz durante varios de sus mandatos y trabajaba ahora para él de forma privada. El coronel Stotz era un hombre muy adinerado y había sacado de su propio bolsillo lo necesario para organizar la caza: Ashley, vivo o muerto. La señorita Doubkov obtuvo de Rudge una descripción detallada del famoso rescate. Sus preguntas lo llevaron a rebuscar en su memoria gestos e impresiones que habían escapado de su atención consciente en el momento y que no había mencionado en la investigación oficial. El relato confirmó la opinión de la señorita Doubkov acerca de la torpeza de la policía. Ella no lo condujo hacia ciertas deducciones que parecían evidentes.

¡Qué estúpidos son los hombres! En una semana llegó a la convicción de que sabía quiénes habían rescatado a Ashley. Hacía ya mucho tiempo que estaba bastante segura de la identidad del asesino

de Lansing.

La única persona que conocía la existencia de estas largas conversaciones en el sótano era el portero, Solon O'Hara.

Como su primo Porky O'Hara —primo tercero o cuarto, primos por muchas vías—, Solon pertenecía a la comunidad de la Iglesia de la Alianza de la colina Herkomer, la secta religiosa que había llegado desde Kentucky al sur de Illinois un siglo atrás. Eran fundamentalmente indios aunque portaran apellidos ingleses e irlandeses. Se creía que participaban en extraños ritos religiosos y recibían burlones nombres, pero eran conocidos por ser dignos de confianza, irreprochables en sus hábitos y especialmente reservados. Trabajaban por todo Coaltown de porteros y conserjes, en la Taberna, el banco, el juzgado, las escuelas, la prisión, Memorial Park, el cementerio y los almacenes del ferrocarril. Excepto Porky, ninguno trabajaba en tiendas o en oficinas. Solon llamaba a la puerta de la lavandería ocasionalmente, cargado con la colada limpia o para reemplazar las planchas calientes que la señorita Doubkov requería una vez terminados los zurcidos.

La señorita Doubkov se puso manos a la obra inmediatamente. Invitó a la señora Ashley y a sus dos hijas mayores a «té ruso». La señora Ashley no podía permitirse abandonar la pensión, pero las chicas aceptaron la invitación. Lily fue vista en la calle principal por primera vez en más de un año. La aparición de una jirafa no habría causado una impresión mayor. La atención de la señorita Doubkov sobre todo cuanto acontecía en Los Olmos se redobló.

Los huéspedes iban y venían. Los ahorros de Sophia se incrementaron al reducirse los grandes desembolsos necesarios para acondicionar la casa. Su madre no le pidió ver el dinero ni conocer a cuánto ascendía la suma. El segundo invierno en la vida de la pensión se acercaba. Lily cumpliría los veinte el día de Año Nuevo de 1904. Había regresado de su somnolienta «ausencia», pero no se mostraba impaciente por lograr una vida más variada. Parecía consciente de que pronto tendría que asumir tanta adulación como es capaz de soportar una mujer joven; podía permitirse esperar. Tampoco la señora Ashley, Lily ni Sophia encontraban nada que les

interesara en la procesión de inquilinos. Solo Constance analizaba cada rostro y valoraba los diferentes temperamentos. Sentía curiosidad por todos y hasta afecto hacia algunos. Estaba tratando de encontrar a su padre. Era la única de las Ashley capaz de mostrar afecto. Su sufrimiento por la desaparición tomó forma de estupefacción. Era incapaz de entender por qué su madre lo mencionaba en tan contadas ocasiones. A lo largo de su vida, incluso cuando lo hubo olvidado excepto en su fuero más interno, mantuvo un resentimiento hacia su madre por este silencio. La señora Ashley se sentaba presidiendo la mesa en aparente serenidad. Mantenía el fluir de la conversación, contribuyendo con los comentarios más convencionales, a los que su bella voz aportaba un aire de medida reflexión. Los ojos del doctor Gillies a menudo se posaban con preocupación sobre Sophia, su favorita, que cumpliría los dieciséis la siguiente primavera. Había perdido peso y sería también muy bella. En ocasiones tenían conversaciones susurradas sobre su ambición de ser enfermera. Lo que más lo preocupaba de ella era que parecía estar desarrollándose en dos direcciones distintas. Estaba la Sophia práctica, corriendo de tienda en tienda en la calle principal, regateando, vendiendo patos, comprando harina, azúcar y polenta por barriles, o, en la casa, obteniendo con firmeza el dinero adeudado por remisos huéspedes, comportándose como una joven de veinticinco años más capaz de lo habitual; y había otra Sophia que parecía rejuvenecer, que se sonrojaba y tartamudeaba ante cualquier encuentro que no estuviera vinculado a su habilidad gestora. Su aire de felicidad había adoptado una cualidad exaltada que lo preocupaba. Temía que estuviera portando una carga excesiva. En la mañana de la segunda Navidad de la nueva era, se encontró con ella en la puerta de Los Olmos y colocó un paquete en sus manos.

—¡Feliz Navidad, Sophia!

—¡Feliz Navidad, doctor Gillies!

—Mira a ver si te gusta.

Abrió el regalo, sonrojada, y leyó el título del libro: *La vida de Florence Nightingale*[20]. Como más tarde relataría el doctor Gillies a

su mujer: «Se le cayó el rostro a pedazos». Era incapaz de hablar. Lo miró como si fuera una presencia terrorífica, murmuró unas pocas palabras y huyó hacia la cocina. «Está necesitada de algo —se dijo el médico—, echa de menos a su padre y a su hermano». Había una carencia de afecto en la atmósfera de Los Olmos. Cada una de las Ashley vivía retirada del resto. «Algo terminará por estallar. Algo tiene que ceder», pensó.

A la señora Ashley nunca la vieron fuera de su casa. Una noche, dos días después de esta Navidad de 1903, tardó mucho más de lo habitual en irse a la cama. La pensión estaba cerrada desde Nochebuena hasta el 3 de enero. Habitualmente se le permitía a una anciana quedarse en la casa a condición de que realizara sus comidas en la Taberna. Porky cerró su taller y se fue a vivir a casa de su abuelo en la colina Herkomer. La señora Ashley y sus hijas comían en la cocina. Ante esta ruptura de la rutina, todas fueron conscientes de una insondable fatiga. Dormían hasta tarde y se marchaban temprano a la cama. En este descanso también recuperó la señora Ashley la ronquera y el insomnio. La embargaba la añoranza por su marido y su hijo, un anhelo de esperanza y cambio. Aquella noche, en lugar de irse a la cama, entró en la cocina y horneó seis de sus famosos pasteles. El señor Bostwick estaba siempre dispuesto a cederles un espacio destacado en su tienda de ultramarinos. A las once y media Eily descendió la escalera. Encontró a su madre sentada en una banqueta baja, meditando frente al horno vacío. Los pasteles descansaban resplandecientes sobre la mesa.

—¡Mamá, vete a la cama! ¿Qué haces cocinando ahora? Mamá, son preciosos, ¿pero por qué estás trabajando esta noche?

—Lily, ¿te gustaría salir a dar un paseo?

—¡Mamá! ¡Por supuesto que sí!

—Vístete y despierta a Constance. Dile que se vista.

—Oh, Mamá, ¡qué divertido!

Toda la ciudad permanecía a oscuras. El cielo estaba despejado y hacía frío. Fueron hacia la estación, pasaron bajo la ventana de la cárcel y junto al juzgado. Se asomaron por las ventanas de la oficina postal, tratando de ver el cartel con la fotografía de John Ashley.

Recorrieron toda la calle principal. Se detuvieron frente a San Cristóbal, posando largamente la mirada en la casa en la que habían pasado tantas horas: preparando caramelo, jugando, contando historias y haciendo prácticas de tiro. Sería demasiado decir que Beata Ashley había sentido algún afecto por Eustacia Lansing; nunca había contado con mucho para compartir. Las dos mujeres tenían poco en común —la alemana y la criolla—, pero se habían llevado bien. Ninguna era una mujer mezquina. Pero, al mirar la casa, Beata Ashley fue sacudida por un sentimiento parecido al amor por su antigua amiga. Si pudieran solo sentarse la una junto a la otra despreciando aquello tan terrible que les había sucedido. Beata Ashley anhelaba alguien con quien hablar, con quien intercambiar silencios sobre la vida de las mujeres, sobre el paso de los años, sobre el desvanecimiento de la belleza, sobre la educación de los hijos, sobre la presencia y ausencia de maridos, sobre la llegada de la vejez y la muerte.

—Venga, chicas.

Regresaron a casa por una calle lateral, pasando junto a su iglesia y la casa del doctor Gillies. Se detuvieron un momento en el puente sobre el río Kangaheela, que avanzaba con un murmullo de risa contenida bajo la delgada capa de hielo marrón.

—Oh, Mamá —gritó Constance abrazándola cuando regresaron a casa—, tenemos que hacer esto muchas veces.

Habría sido peculiar que se encontraran con Eustacia y Félicité Lansing en uno de esos paseos a medianoche en los que también ellas fijaban un momento la mirada en Los Olmos, anhelando algo sobre lo que habían leído, algo que quizá no existiera: la amistad.

La primavera es de gran belleza en Coaltown. Los tulipanes y los jacintos se elevan valientes, aunque picados de viruela, del ácido suelo. Los dientes de león son fugazmente amarillos y las lilas prometen cuanto pueden. El río Kangaheela se sacude los últimos pedazos de cristal ahumado de sus orillas. Las parejas se cortejan en Memorial Park y, cuando este está lleno, en el cementerio. Como

sucede siempre, la primavera trae más accidentes a las minas. No se ha encontrado una explicación satisfactoria para este hecho. El señor Kenny, carpintero-funerario, ha preparado esos cajones a lo largo del invierno a la espera de la demanda primaveral. Los mineros que emergen de la tierra a las seis de la tarde quedan perplejos ante la permanencia de la luz solar; respiran profundamente y reúnen nuevas energías para la alimentación y el calzado de sus familias. Todos esos hombres y mujeres con tuberculosis, en el camino de Polktown, se sienten mejor y, con los ánimos que les ofrece la señora Hauserman, toman aliento para su recuperación; deciden toser menos.

Así, en toda su belleza, la primavera de 1904 llegó a Coaltown y con ella vino Ladislas Malcolm. Muy pocos hombres jóvenes solicitaban ser admitidos en Los Olmos; aquellos que lo intentaban eran rechazados. Ni Lily ni Constance habían visto a un hombre joven, excepto Porky, en los cerca de dos años transcurridos, ni habían sido vistas por uno. Sophia los veía a diario y estaba acostumbrada a sus sonrisas burlonas y a sus insultos susurrados; no eran más que «alborotadores» y «gamberros». Sin embargo, los libros que leían las chicas estaban llenos de héroes como Lochinvar[21] y Enrique V, o inquietantes apariciones —sometidos a la acuciante necesidad de una atenta y amorosa mujer— como Heathcliff y el señor Rochester[22]. Los huéspedes que se alojaban en Los Olmos parecían a sus ojos tener «más de cien años».

Sucedió que fue Lily quien abrió la puerta.

—Buenas tardes, señorita —saludó el señor Malcolm abanicándose con su sombrero de paja—. Espero que puedan alojarme dos noches.

Azules ojos miraron ojos azules, pasmados; se endurecieron.

—Pues… claro. ¿Le importaría escribir su nombre y dirección en este libro? Estas son nuestras normas. Su habitación será la número tres: en la primera planta, la segunda puerta de la izquierda. La puerta permanece siempre abierta. La cena es a las seis. Pedimos a los caballeros que deseen fumar que, por favor, utilicen la sala de las macetas, ahí, en el extremo del salón. Si necesita cualquier cosa,

solo tiene que llamarnos.

Nos apellidamos Ashley.

—Gracias, señorita Ashley.

El señor Malcolm llevó su bolso de viaje y su maletín de muestras a la habitación número tres; después abandonó la casa durante una hora. Pasadas las cinco los oídos de las mujeres que trabajaban en la cocina percibieron sonidos nada habituales. Alguien tocaba el piano en el salón, un tipo de música no oído con antelación en esa casa. Era enérgica; el ritmo estaba fuertemente marcado y la melodía se embellecía con arpegios que recorrían el teclado en toda su longitud. La señora Ashley salió al vestíbulo y valoró al recién llegado. Sus dos hijas más jóvenes la siguieron.

De vuelta en la cocina, Constance exclamó:

—¡Anda que no es guapo! Es como los hombres de los libros.

Posteriormente su madre anunció:

—Sophia, quiero que tú sirvas la mesa esta noche.

—Yo serviré la mesa —saltó Lily—. Es mi turno.

—Pero, Lily, no es el tipo de persona que queremos en casa.

Lily miró a su madre con frialdad y repitió:

—Es mi turno.

A las seis en punto Lily llevó la sopera al comedor. Cuando regresó a la cocina dijo:

—Mamá, están esperando que sirvas la sopa.

—Querida, deja que Sophia termine de servir la mesa.

—Mamá, tiene oído para la música. Ese es mi campo. Voy a servir la mesa y tras la cena voy a cantar.

—¡Querida! ¡Lily! Solo…

—Mamá, nunca vemos a nadie. No puedes mantenernos encerradas para siempre. Te están esperando.

Lily nunca había desobedecido a su madre.

Era una de esas noches de miércoles en las que se esperaba la visita de la señorita Doubkov. Por primera vez la señora Ashley la había invitado a cenar con ellas. Las chicas comieron en la cocina; ayudaban por turnos a la señora Swenson en el comedor.

El señor Malcolm era un modelo de buenas maneras. Concedió

toda su atención a los comentarios de la señora Ashley sobre el tiempo y a la descripción de la señora Hopkinson de su reumatismo. No levantó la vista cuando Lily retiró los platos soperos. Su mirada se giraba a menudo hacia la señorita Doubkov; los ojos de ella se posaban pensativos en él. Lo había visto quitarse disimuladamente un anillo de casado e introducirlo en el bolsillo del chaleco.

—Usted es un verdadero músico, señor Malcolm —lo alabó la señora Hopkinson—, ¡Sí, sí, sí que lo es! Toca el piano como un profesional. Pero no es usted el único músico de esta casa. Señora Ashley, debe convencer a Lily de que cante para el señor Malcolm después de la cena. Canta como los ángeles, señor Malcolm; esa es la única forma de expresarlo. —En voz baja añadió—: ¿No es encantadora? ¡Encantadora!

El señor Malcolm esperó hasta que Lily hubo regresado a la habitación. Se expresó con modestia:

—Bueno, algo puedo tocar y cantar. Lo cierto es que pretendo dedicarme a ello profesionalmente. Solo viajo para conseguir dinero para empezar.

Tras la cena la concurrencia se desplazó al salón. Los dos músicos actuaron alternativamente. Ambos elogiaron la actuación del otro. Era evidente para todos que el señor Malcolm había caído rendido a los pies de Lily. Como ya dijimos, Lily no había visto ni había sido vista por un hombre joven, excepto Porky, en veinte meses. No recordaba ninguna ciudad mayor que Fort Barry. Aun así, se comportaba como una princesa a la que bárbaros revolucionarios hubieran destronado temporalmente. Y resultaba que esta princesa estaba en Coaltown (Illinois) y trabajaba como camarera en una pensión. Pasaba la tarde con un agradable joven que ninguna princesa en sus cabales tomaría en serio; excepto si quizá pudiera serle útil. Se burlaba ligeramente de las canciones que él cantaba; se reía de la forma en la que mantenía el pie derecho firme sobre el pedal. Y sin embargo, al mismo tiempo, daba la impresión de agradarla bastante, es decir: podía tomar asiento entre los veinte otros jóvenes simpáticos que de cuando en cuando llegaban para la velada musical de palacio.

La señora Ashley permaneció cosiendo tranquilamente hasta que fue llamada a acompañar a su hija. Las canciones del señor Malcolm no eran del mismo registro que las de Lily, pero no había nada grosero en ellas. Tenía una agradable voz de barítono y cantaba con fuerza. Lily había hasta entonces cantado con una medida dulzura; aquella noche descubrió que podía cantar enérgicamente también. El señor Malcolm entonó una canción de sandías que se abren en la huerta[23] y Lily de Margarita que descubre un joyero en su vestidor[24]. Él cantaba sobre los resueltos chicos de la Compañía B[25] y ella sobre Dinorah[26], que baila con su sombra bajo la luz de la luna. Las conchas marinas de la estantería temblaban; los perros del vecindario comenzaron a ladrar.

La señorita Delphine Fleming, profesora de matemáticas del instituto, pidió:

—Lily, canta esa canción de *El Mesías*.

La señora Hopkinson aplaudió.

—Sí, querida. ¡Hazlo, por favor!

Lily asintió. Se irguió y miró con seriedad a la distancia para silenciar a la audiencia, tal y como la señorita Doubkov le había enseñado. Finalmente miró a su acompañante. Cantó: «Sé que mi Redentor vive».

Una chica, recién cumplidos los veinte, que vive en una polvorienta población del sur de Illinois, que nunca escuchó a una cantante profesional excepto en el gramófono, cantaba Handel. Las manos de la señorita Doubkov temblaban al oírla. Esta era sin duda una casa donde se producían señales. Lily tenía la belleza de su madre y su ausencia de traza alguna de provincialismo o vulgaridad; pero sobre todo tenía la quietud interna de su padre, su comodidad en la existencia. Era la voz de la fe, desinteresada fe. John Ashley y sus antepasados, Beata Kellerman y sus antepasados, contribuían a su creatividad, a su conciencia de libertad; cientos de ellos desde sus tumbas.

A las nueve y media la señora Ashley se levantó y anunció que ya era tarde, demasiado tarde. La señorita Doubkov se marchó, besando antes a Lily en silencio. La vio agradecer al señor Malcolm

su actuación y darle las buenas noches. La princesa de Trapisonda le permitió besarle la mano, le ofreció una sonrisa radiante y ascendió la escalera. Él la miró boquiabierto, como si hubiera recibido una sacudida.

Lily no apareció por el comedor la noche siguiente. La temperatura era cálida. La señora Hopkinson propuso trasladarse al cenador una vez acabado el postre. Lily se sumó a la fiesta allí. La situación no facilitaba inicialmente la conversación. El grupo quedó hechizado por el reflejo de las estrellas en el agua, el batir de las olas bajo el entarimado, el aroma del follaje, los murmullos de los patos. En un momento dado Lily tarareó una de las canciones que el señor Malcolm había cantado la noche anterior, como queriendo disculparse por haberla menospreciado. La señora Ashley se interesó por su infancia. Sus padres habían llegado de Polonia un año antes de su nacimiento. Puesto que nadie era capaz de pronunciar ni escribir correctamente su apellido, había decidido cambiarlo por Malcolm. Comentó sus ambiciones artísticas.

—¡Qué interesante! ¡Qué interesante! —exclamó la señora Hopkinson.

—Sé que tendrá éxito —afirmó la señorita Mallet.

Para la señora Ashley cada una de sus palabras estaba cargada de un aburrimiento adormecedor. La velada llegó a su fin sin música. Se marcharía por la mañana. La señora Ashley hizo patente que su habitación había sido reservada para otra persona. Le serviría el desayuno, pero no volvería a ver a las chicas. Regresaron a la casa. La señora Hopkinson, la señorita Mallet y Constance lo despidieron con una expresión en el rostro cercana a las lágrimas; él mantenía los ojos fijos en Lily. La señora Ashley estaba aún afectada por la desobediencia de su hija la noche anterior. Lily se había dedicado a sus tareas con su acostumbrada eficiencia, pero no había mirado a su madre ni una sola vez y no había pronunciado más palabras que las imprescindibles. No le había siquiera dado las buenas noches. Cuatro veces a lo largo del día Beata había buscado el momento para contarle que lo había visto esconder el anillo en un bolsillo la noche anterior. Se preparaba ahora para prevenir una prolongada

despedida. Considerable fue su sorpresa cuando Lily permitió al señor Malcolm besar su mano, pronunció un educado «Buenas noches» y de nuevo subió indiferente la escalera.

Era la semana de la limpieza primaveral; los muebles se desplazaban de una habitación a otra. Sophia dormía con Lily. Cuando la casa enmudeció, Constance llamó a la puerta y entró.

—¿Lily? ¿Estás despierta?

—Sí.

—¿Te sientes mal? Quiero decir, porque se marcha mañana.

—No.

—Pero te gusta mucho, ¿o no?

—Estoy cansada, Connie.

—Pues él te quiere. Cualquiera lo puede ver. ¿Por qué Mamá no es simpática con él? ¿A ti te gusta, Sophie?

—Sí, pero no, «Ebenezer»[27].

—Ha sido divertido. Cantaste maravillosamente anoche, Lily. Tan bien como el gramófono. ¿Por qué no te da pena que se marche?

—Tengo sueño, Connie. Buenas noches.

—Bueno… Yo creo que si a una persona le gusta otra de verdad, vuelve para verla.

Llamaron a la puerta. Su madre entró en la habitación.

—Es tarde, chicas. Tenéis que dormir.

—Sí, Mamá. Solo vine a decirle a Lily que me da mucha pena que el señor Malcolm se marche mañana.

—Estamos acostumbradas a que los huéspedes vengan y se vayan, Constance. No podemos considerarlos amigos.

—Pero, Mamá, ¿cuándo podremos tener amigos? No podemos vivir siempre sin amigos.

—Ahora que estamos todas juntas, quiero deciros algo que he estado pensando. Mañana saldré a la compra con Sophia.

—¡Mamá!… ¡¿A la calle?!

—Sophia y yo vamos a ir al banco. Vamos a empezar a guardar nuestro dinero en el banco. Vamos a considerar que ese dinero se ahorra para que Lily pueda tener un muy buen profesor de canto.

También he estado pensando otras cosas. ¿Os acordáis de las cenas que solíamos organizar vuestro padre y yo? Bueno, pues nosotras vamos a organizar cenas como esas una vez al mes. Empezaremos por invitar al doctor Gillies y a su mujer y a la señora Guilfoyle y a los Dalziel, y luego, otras noches, a la señorita Thoms y a la señorita Doubkov. Y cada una de vosotras puede invitar a la amiga que quiera.

—¡Mamá!

—Y creo que quizá el próximo otoño Sophia y Constance podrán volver al colegio.

Constance se arrojó a los brazos de su madre.

—¡Oh, Mamá! ¡Eres la mejor mamá del mundo!

—Bueno, venga, Constance, vete a tu habitación. Hay algo que quiero contar a tus hermanas.

Constance salió de la habitación. Lily dijo, fingiendo un bostezo:

—Mamá, estoy cansada. No quiero hablar.

Sophia percibió hasta qué punto estas palabras habían herido a su madre.

—Mamá —intervino—, creo que Lily se ha resfriado. Voy a bajar a prepararle una taza de leche caliente con miel. Creo que deberíamos dejarla dormir.

Todos estos valientes proyectos fueron retrasados. Tres horas más tarde la señora Ashley se despertó al oír a alguien que la llamaba desde el pasillo. Encendió un candil y abrió la puerta. El señor Malcolm, con aspecto febril y desaliñado, preguntó si podría conseguir una bolsa de agua caliente y un emplasto de mostaza. Rechazó la propuesta de la señora Ashley de ir a buscar al doctor Gillies. Sabía lo que le sucedía; le había ocurrido con anterioridad. Se trataba de una «fiebre de hígado». Era bastante dolorosa pero la soportaba con hombría.

Por la mañana el doctor Gillies visitó al enfermo. La señora Ashley lo esperaba junto a la escalera.

—¿Qué cree que le sucede, doctor Gillies?

—Es solo una ligera indigestión, me parece.

—Doctor, por favor, sáquelo de la casa lo antes posible.

—Pues…

—No creo que esté enfermo. No está enfermo en absoluto, doctor Gillies.

—¿Qué?

—¡Ayúdeme! Mándelo al hospital a Fort Barry o lléveselo a la enfermería de las minas o que se mude a la Taberna. Sea como sea, ayúdeme a sacarlo de la casa.

—Tiene fiebre. Es una fiebre suave, pero no hay duda de ello.

—Dejó la cabeza colgando desde la cama. Cualquier niño sabe hacer eso. Doctor Gillies, le advertí que tenía que abandonar su habitación, pero se ha enamorado de Lily.

—Ya veo. Ya veo. ¡Pobrecillo!… Señora Ashley, lo vamos a matar de hambre.

—¡Oh, doctor Gillies, es usted un santo!

—Una taza de té y una manzana para el desayuno. Caldo de pollo y una tostada en el almuerzo y la cena.

—¡Gracias! ¡Gracias! Por favor, póngalo por escrito… y que no pueda salir de su habitación. Escriba eso también. Ponga en cuarentena a este pobre hombre.

Sophia ejerció de enfermera. A media tarde Lily visitó al enfermo. Estaba sentado en la cama con una de esas batas de seda tan de moda en la ciudad. Lily dejó la puerta abierta. Su comportamiento fue tan impersonal como el de la realeza visitando a los soldados heridos. Comenzó a leer una obra de Shakespeare.

—*No hay en la corte más nuevas que las antiguas, señor; a saber, que el viejo duque ha sido desterrado.*

—Señorita Ashley, conozco al mejor profesor, que podría enseñarle a bailar y todo lo demás. Podría ser una gran estrella.

—Debe guardar silencio, señor Malcolm. Si no se tranquiliza tendré que marcharme. … *le han seguido en destierro voluntario, sus tierras y rentas enriquecen al nuevo duque*[28]…

—¡Lily! ¡Lily! Vente conmigo. Seremos la mejor pareja del país. No me estás escuchando. En dos semanas podríamos conseguir actuaciones en reuniones y banquetes.

—¿Tengo que salir de la habitación, señor Malcolm?

Tras haberse despedido Lily con un educado «Buenas tardes», el señor Malcolm caminó de un lado para otro atormentado. De pronto sus ojos percibieron un objeto sobre la cómoda. Bajo una capa de papel descansaba un gran trozo de pastel de dos sabores. Ella había entrado con lo que él pensó que era una bolsa de libros. Se había desplazado por la habitación como si la estuviera acondicionando.

La tarde siguiente hubo más lectura, más exaltadas súplicas, más reprimendas.

—Lily, si lo que quieres es música seria, puedo conseguirte una cita con el maestro Lauri. Es el mejor profesor de Chicago. Enseña a cantantes de ópera. Me apuesto cualquier cosa a que te enseñaría gratis.

—Si se altera, señor Malcolm, tendré que marcharme.

—Lily, podrías cantar en iglesias y cobrar por ello. Inmediatamente. Yo lo he hecho, pero tú eres cien veces mejor que yo.

—¡Debe calmarse!

—No puedo calmarme. Lily, te quiero. Te quiero.

—¡Señor Malcolm!

Él se arrojó de la cama. Clavó las uñas en la alfombra.

—Dime qué puedo hacer. ¡Di algo amable, humano! Me diste ese pedazo de pastel. Sabes que estoy aquí, que existo. Ven a Chicago conmigo. En Coaltown solo te marchitarás.

Lo miró un momento en silencio y asombrada. Aún no era consciente de que era una gran actriz, de que el conocimiento de los modos de comportamiento de hombres y mujeres en dificultades estaba en el núcleo de su desempeño vital. Lentamente introdujo una mano en la bolsa de libros y extrajo una porción del mejor pastel de manzana del sur de Illinois.

—Recupérese pronto, señor Malcolm. Buenas tardes.

Diez minutos más tarde Lily fue vista de nuevo en las calles de Coaltown. Portaba un par de zapatos en una bolsa de papel. Era la hora de más tránsito del día. Con una ligera sonrisa en el rostro, se

inclinó a un lado y otro para saludar a la boquiabierta ciudadanía. En la oficina postal miró reflexiva el retrato de su padre. Continuó calle abajo y entró en el taller de Porky, quien no mostró sorpresa alguna.

—Porky, no tengo dinero, pero te lo devolveré en unos meses. ¿Podrías arreglar estos zapatos para que sean utilizables? Arréglalos lo mejor que puedas. ¿Puedes entregármelos en mi casa el viernes?

Caminó hasta el otro extremo de la calle y ascendió la escalera que conducía al apartamento de la señorita Doubkov. Esta se encontraba arrodillada frente a un maniquí, modificando el dobladillo de un vestido.

—¡Vaya, Lily!

—Señorita Doubkov, me voy a escapar a Chicago con ese señor Malcolm.

La señorita Doubkov se levantó pausadamente, sin aspecto de sentirse incomodada.

—Es hora de tomar una taza de té. Siéntate.

Lily esperó. Finalmente, cuando hubieron dado los primeros sorbos, recibió la señal que la invitaba a hablar.

—Dice que puede encontrarme trabajo cantando en clubes e iglesias. Conoce a los profesores de allí. Dice que puede llevarme a ver a un muy buen profesor que enseña ópera.

—¡Continúa!

—Nada de lo que diga me detendrá, señorita Doubkov. He venido para pedirle un favor. ¿Puedo decirle que me escriba a través de usted?

—Bébete el té.

Pausa.

—No puedo seguir en Coaltown un mes más. Tengo que cantar y tengo que aprender a cantar. Pronto seré demasiado mayor para empezar como es debido. Además, tengo que conocer qué es la vida también. No se puede aprender gran cosa de la vida en Coaltown. Quiero aprender a tocar el piano. Nadie puede practicar piano en una pensión, incluso si tuviera tiempo. Trabajo de sol a sol, señorita Doubkov.

Abrió los brazos y giró las palmas hacia el techo.

—¿Estás enamorada de este hombre?

Lily soltó una carcajada, sonrojándose ligeramente.

—No, por supuesto que no. ¡Es solo un chiquillo ignorante! Pero él puede ayudarme. Me ayudará. Eso es todo lo que necesito. No es mal hombre; eso lo ha podido observar usted misma. Me iré a Chicago y me casaré con él.

—¿Te pidió él que os casarais?

—Él… se arrodilló en el suelo y lloró y me dijo que me quiere.

—No te pidió que te casaras con él… Lily, está ya casado.

—¿Cómo lo sabe?

Le habló del anillo.

—Además, creo que es polaco y católico.

Lily esperó un momento y pronunció, serena como su mirada:

—Sea como sea, no hay muchos hombres que quisieran casarse con una Ashley.

—¡Eh! —exclamó Olga Sergeievna levantándose—. Bébete el té y cállate un momento.

Fue al dormitorio y a la cocina. El dinero estaba escondido por todas partes, como la despensa de una ardilla. Unos minutos después volvió con un raído monedero de seda.

—Aquí tienes cincuenta dólares. Vete a Chicago. Deja que ese hombre te presente a esos profesores, pero no tengas nada más que ver con él.

—Le tomaré prestados treinta dólares. Se los devolveré tan pronto como me sea posible.

Olga Sergeievna sacó veinte dólares e introdujo el monedero en el bolsillo del abrigo de Lily. Esta se levantó.

—¿Puede enviar mis cartas a través de usted el señor Malcolm?

—Sí. Siéntate y cállate un momento. —Deliberadamente, especulativamente, su labio inferior se apretó contra el superior, abrió y examinó armario tras armario—. Quítate el vestido.

El proceso de toma de medidas de una costurera favorece la meditación.

—Levanta los brazos… ¡Mira hacia la ventana!

—Sophie debería marcharse también. Y Connie. No es el trabajo lo que nos está matando en la casa. Es que Mamá no sale nunca y jamás menciona a Papá. Me habría muerto hace tiempo de no ser por sus visitas, señorita Doubkov, y su aprecio por mi voz.

—De cara a los iconos.

—Y las lecturas en voz alta por la noche: Shakespeare y *Jane Eyre* y *El molino del Floss*[29] y *Eugenia Grandet*[30]… No es propio de Mamá permanecer encerrada en casa. Al principio pensé que temía enfrentarse a la gente; o que sencillamente los odiaba. Pero Mamá nunca ha tenido miedo de nada. No le importa lo que piensen los demás. Mamá no odia a la gente; todo el mundo le es indiferente. Para ella los huéspedes que entran y salen de la casa no son más que muñecas de papel. El primer inquilino al que verdaderamente ha odiado es el señor Malcolm. Lo detesta. Por su temperamento.

—Levanta los codos, como si fueras a colocarte un moño.

—El motivo por el que no menciona a Papá es porque lo quiere solo para ella. No quiere siquiera que tengamos «nuestro propio Papá». Creo que no sale a la calle porque no quiere encontrarse con la señora Lansing. Tiene miedo de que la señora Lansing pueda tener «su propio Papá». Le diré algo que no le he contado a nadie antes. Al principio del juicio alguien dejó una carta en nuestro buzón. No estaba firmada. En el sobre decía: «Para la señora Ashley». Casi nunca llegaban cartas a casa; Papá y Mamá nunca recibían cartas de sus parientes. Le llevé la carta a Mamá, pero durante el juicio ella no estaba interesada en nada que no fuera el proceso. Me pidió que la abriera y le contara lo que decía… Era todo sobre castigos divinos y gente que va al infierno, y decía que Papá se había estado encontrando con la señora Lansing durante años en el Hotel de los Agricultores de Fort Barry. Le mentí a Mamá. Le dije que era sobre un bazar religioso. Llegaron tres o cuatro cartas más. Las quemé… Eran solo terribles estupideces. Papá no iba a Fort Barry más de una vez al año y normalmente regresaba en el tren de la tarde. Y la señora Lansing solo iba a Fort Barry los domingos, con los niños, para que pudieran asistir a su

misa católica… Pero yo creo que la señora Lansing sí que amaba a Papá. Espero que fuera así y que él lo supiera. No se podía saber si Papá quería a la señora Lansing o no, porque de algún modo parecía que le gustaban todas las mujeres de Coaltown, ¿no?

—Sí, de alguna forma. Mantente recta.

—No me extrañaría que Papá y la señora Lansing se quisieran. La señora Lansing es una persona muy distinta al resto. A ella no le resulta indiferente todo el mundo, todo el mundo… Mamá no vio ninguna de esas cartas, pero quizá sabía que la señora Lansing sentía algo por Papá. Mamá no es el tipo de persona que se enfadaría o se pondría celosa, pero quizá no sale a la calle por eso. Una noche, ya tarde, Mamá me pidió que me vistiera y saliera a pasear con ella, y, señorita Doubkov, nos detuvimos mucho tiempo frente a la casa de los Lansing. Solo mirábamos. Sentí que Mamá deseaba poder saber (aunque a la vez no quería saber) el «Papá» que quizá la señora Lansing llevaba en su corazón.

—Camina hasta la puerta y vuelve; despacio.

—Se me puede culpar a mí de muchas cosas, señorita Doubkov. Soy la mayor. Debería haber cambiado algunas cosas. Debería haber hecho, haber forzado a Mamá a hablar sobre Papá. Debería haber ayudado más a Sophie. Debería haber salido a la calle como si nada hubiera pasado. No sé qué era lo que me pasaba. ¿Qué me pasaba, señorita Doubkov? Fui una estúpida. Debería haber querido a todo el mundo más. (¿Dónde está Roger? ¿Qué está haciendo?). Es demasiado tarde ahora. ¡Oh, Papá, Papá, Papá, Papá!

—No estropees la seda, Lily.

—Por eso me voy a Chicago: para poder aprender a cantar; para poder hacer al menos una cosa bien en este mundo.

—Puedes vestirte.

Tras la cena en Los Olmos, la señora Ashley estaba más ocupada de lo habitual en la cocina. Sus hijas la miraban perplejas. Tomó todas las conservas de las estanterías y las llevó al sótano. El pan, las pastas y los pasteles los llevó al comedor y los guardó bajo llave en el

aparador.

—¿Por qué sacas todo de la cocina, Mamá? —le preguntó Sophia.

—Creo que esta noche es buena idea.

Lily lo comprendió. Sacó a Sophia de la habitación.

—Debes llevarle algo de comida al señor Malcolm, Sophie. Es tu paciente, el tuyo, y está muerto de hambre.

Cuando Sophia regresó a la cocina, su madre estaba cerrando la puerta trasera y el sótano.

—Chicas, no quiero que bajéis aquí esta noche.

Pasada la medianoche el señor Malcolm descendió a tientas la escalera hacia la cocina, donde encendió una vela. La fresquera estaba vacía; lo mismo sucedía con las estanterías. La puerta que conducía al sótano —esos barriles de manzanas— estaba cerrada. Como para humillarlo aún más, un pequeño platillo con pienso para gallinas descansaba sobre la mesa. Era todo lo que Sophia había encontrado. Buscó en todos los armarios y cajones, sollozando de rabia y frustración. Finalmente se metió un puñado de pienso en la boca. Percibió un ruido a su espalda y se giró rápidamente. La señora Ashley, candil en mano, lo miraba fijamente. Llevaba una gruesa bata hecha con alguna manta para caballos.

—Señora Ashley, me muero de hambre.

—¡Oh! Entonces, ¿se encuentra mejor?

—Sí, me encuentro mejor.

—¿Se ha recuperado de su enfermedad?

—Sí.

—Señor Malcolm, si se encuentra usted lo suficientemente bien como para salir de esta casa a las siete y media, y no más tarde, le daré algo de comer.

Preparó bocadillos. Frio huevos. Colocó una jarra de leche junto a él. Se sentó, los codos sobre la mesa, el rostro entre las manos. Lo miraba comer. Sus ojos iban una y otra vez hacia los dedos de la mano izquierda del señor Malcolm.

—Señora Ashley, estoy enamorado de su hija.

La señora Ashley no respondió.

—Señora, su hija podría llegar a la cima de la industria del entretenimiento. Podría ser lo que llaman una estrella en muy poco tiempo. Lo sé. Se me ocurrió que podíamos preparar una actuación y mostrársela a uno de esos agentes.

—¿Le ha dicho mi hija que esté interesada en esos planes?

—Señora, ni siquiera me contesta cuando hablo con ella. Se lo juro. No la entiendo. Actúa como si no me oyera. Pero, señora Ashley, la quiero. La quiero. —Dio un puñetazo sobre la mesa. Sollozó—. Me mataría antes de hacerle daño.

—No levante la voz, señor Malcolm. Siga comiendo lo que tiene en la mesa.

La miró, lleno de rabia, pero siguió comiendo. Ella lo detestaba.

—¿Le ha manifestado mi hija algo de cariño?

—No me está escuchando. Ya se lo he dicho. Se lo juro, por el alma de mi difunta madre, no me ha dicho una sola palabra así. Ni una palabra… Tengo amigos que podrían enseñarle cosas. Aprendería rápido. Es una chica muy inteligente. ¿Pero qué va a aprender en Coaltown? No puede tenerla en Coaltown para siempre. Está hecha para alcanzar grandes metas.

—Usted es un hombre casado, señor Malcolm.

Se sonrojó repentinamente. Cuando se hubo recuperado, dijo:

—Lo siento. Siento todo eso. Pero incluso si fuera un hombre libre no podría casarme con ella. No es católica. —Se apoyó sobre la mesa—, Pero no soy lo que usted piensa que soy, señora Ashley. Soy un hombre formal. Muy formal. Voy a llegar a la cima también. Ya he empezado. ¡He cantado en la convención de la Fraternidad de los Wapiti![31] Voy a ser alguien importante. ¿Ha oído hablar de Elmore Darcy?, ¿de Terry McCool? Es genial. Estuvo en El Sultán del Bate. Allí es donde voy yo. ¡Y su hija! ¿Oyó alguna vez hablar de Mitzi Karsch en *Bijou*? ¿Dónde ha estado usted este tiempo? Bueno, habrá oído hablar de Bella Myerson. ¿A quién conoce usted?

—No levante la voz, señor Malcolm.

El señor Malcolm levantó la voz y se puso en pie gritando.

—Ha oído hablar de *madame* Modjeska en *María Estuardo*[32], ¿verdad? Es polaca, como yo. Esta gente son estrellas. ¿Lo entiende?

Como estrellas en el cielo. Si no hubiera estrellas en el cielo seríamos todos como cabras con la cabeza gacha. Su hija es una estrella y yo creo que lo soy. Solo hay quince o veinte vivas a la vez en el mundo. Son las elegidas. Portan una gran carga sobre sus hombros. La gente como esta no vive como los demás. ¿Por qué deberían? No les importa quién está casado y quién no. Solo les interesa una cosa: hacer su trabajo cada vez mejor; ¡ser perfectos! Está asfixiando a su hija aquí. Debería estar agradecida de que yo haya venido.

Beata Ashley se levantó.

—Me prometió que se iría de esta casa a las siete y media de la mañana. Llamaré a su puerta a las siete menos cuarto.

Tomó el candil y le indicó que la siguiera. Cuando se despidieron en la puerta de su habitación, él susurró con brutal franqueza:

—Su hija es una gran artista, señora Ashley. ¿Oyó alguna vez hablar del arte? ¡El arte! Usted es la dueña de una pensión en Coaltown. Piénselo. Cuanto antes cambie de nombre su hija y se marche de aquí, mejor será para ella.

La señora Ashley ni se inmutó.

Ladislas Malcolm encontró una nota bajo su puerta. La señorita Lily Scolastica Ashley le deseaba un feliz viaje. Estaba considerando seriamente marcharse a Chicago. Podía escribirle, a la dirección de la señorita Olga Doubkov, de Coaltown, enviándole sus sugerencias acerca de la continuación de sus estudios. Lo saludaba atentamente.

Durante los siguientes días Lily no mostró señal alguna de pesar por su marcha. Pero había cambiado. El último vestigio de ese como andar en sueños se había desvanecido. Era más considerada con su madre de lo habitual, aunque distante. Rechazó las peticiones para actuar en las veladas. Su madre no volvió a mencionar la visita al banco, tampoco mencionó que había visto un anillo en la mano del señor Malcolm.

Tres semanas más tarde Lily abandonó Coaltown en el tren de medianoche; el mismo tren que había llevado a su padre y sus custodios. El bolso que portaba era el mismo con el que Beata

Kellerman había abandonado el hogar familiar, subrepticiamente —también en junio— veintiún años antes.

El otoño es de gran belleza en Coaltown. Los niños regresan al colegio, exhaustos de la libertad sin propósito del largo verano. Sus madres aparecen inquietas por el silencio; incluso tienen horas sin nada que hacer y se quejan de dolores de cabeza. Los árboles se visten de esplendor salvaje. Se acortan los días. Durante muchos meses los mineros vivirán fundamentalmente bajo luz artificial. Los días festivos de otoño son temidos. George Lansing se ha marchado, pero en Halloween su tropa de mohicanos arrancará el pilar de piedra que sostiene la verja de entrada a la casa del alcalde y doblará las agujas del reloj del ayuntamiento. Las resueltas integrantes de la Asociación de Mujeres Cristianas por la Abstinencia luchan con ahínco para lograr cerrar los bares el día de las elecciones. Los pensamientos filosóficos se aceleran rápidamente en la mente de hasta el más independiente cabeza de familia mientras permanece, una vez más, junto a su montonera de hojas ardiendo. La primera nevada abre de par en par los ojos de la población; el blanco hechiza más de lo habitual en Coaltown.

Sophia y Constance no regresaron al colegio. Algunos adultos saludaban ahora a Sophia por la calle, pero los más jóvenes seguían mostrando su rencor. Los chicos seguían tratando de ponerle la zancadilla. Las chicas más jóvenes aún no se habían cansado de simular que Sophia, como su malvado padre, las mataría de un tiro. Se arremolinaban a su alrededor y luego, como palomas asustadas, volaban en todas las direcciones. Los padres a menudo lamentan en voz alta que sus hijos no siguen su ejemplo.

Con la marcha de Lily el trabajo se tornó aún más difícil de sobrellevar. El peso de la rutina se cebaba especialmente con Constance aquel otoño de 1904 y la siguiente primavera, cuando celebró su duodécimo cumpleaños. Febrero y marzo son los meses más incómodos. Constance era el único miembro de la familia que se permitía lágrimas y ataques de rabia. Anhelaba ir al colegio, a la iglesia, caminar por las calles. Sophia le cedió el cuidado de los patos, su madre le ofreció una fascinante ocupación recordada de su

propia infancia en Hoboken (Nueva Jersey): el cuidado de las parras y la producción del «vino de primavera»; pero Constance no tenía interés en los animales ni en las plantas. Quería ver a gente, a cientos de personas. Fue la señorita Doubkov quien finalmente salió a su rescate en julio.

—Beata, me parece muy acertado no exponer a Constance a las groserías de los niños, pero creo que necesita ejercicio. Cuando yo tenía su edad, en Rusia, mi hermana y yo pasábamos días enteros recogiendo setas y recolectado bayas. Si Constance te prometiera no pasar por las calles céntricas, ¿le permitirías ir al bosque tres o cuatro veces a la semana?

Fue maravilloso. En días alternos Constance se levantaba una hora más temprano y comenzaba su tareas de limpieza: barrer, fregar y quitar el polvo. A las once salía de Coaltown por el camino que comenzaba detrás de la estación. Nunca le dijo a su madre que tres semanas más tarde se había convertido en una agradable visita para muchas granjas. Se sentaba en las cocinas y escuchaba, ayudaba a sus vecinas a colgar la colada y escuchaba. Se sentaba un rato con ancianos condenados a vivir en cama. Le encantaba observar los rostros de la gente, particularmente sus ojos. Nunca había conocido la timidez. Se unía a los segadores bajo los árboles durante su hora de la comida. Se encontró con un campamento de gitanos. En Los Olmos sus lágrimas y brotes de cólera desaparecieron.

Ningún Ashley había estado nunca gravemente enfermo. Una mañana de octubre Sophia se levantó de la cama, se colocó el sombrero, bajó la escalera y comenzó a caminar hacia la estación en camisón. Se desmayó en la calle principal y fue llevada de regreso a casa y metida en la cama. Porky corrió a llamar al doctor Gillies. La señora Ashley lo esperaba al pie de la escalera. Su rostro se mostraba más afligido que el día en el que fue dictada la condena de su marido. La ronquera regresó.

—¿Qué… qué parece ser, doctor?

—Bueno, señora Ashley, no me gusta. Siendo Sophie quien es, no me gusta. Creo que lo había visto venir. Está molida, señora Ashley.

—Sí.

—Esta tarde la voy a llevar a la Granja Bell. Todos los Bell quieren a Sophie. Han cuidado a otros pacientes míos con anterioridad. No creo que le cobren nada por alojar a Sophie.

La señora Ashley se apoyó en el globo de cristal para mantener el equilibrio.

—¿Esta tarde…?

—Bueno, Sophie no quiere ir. Está enfadada conmigo. No sabe quién hará la compra. Piensa que la casa se vendrá abajo si ella no está aquí. Le he dado algo para que descanse. Enviaré a la señora Hauserman.

—Yo haré la compra, doctor Gillies.

—La alegrará oír eso. Le he dicho muy serio que su padre querría que se tomara dos semanas de descanso en la Granja Bell. Durante la primera semana no quiero que tenga visita alguna; ni siquiera usted o Connie. Pero creo que sería buena idea si le escribiera todos los días. Cuéntele que Los Olmos funciona bastante bien, pero que todo el mundo la echa de menos… Creo que lo hemos cogido a tiempo, señora Ashley.

—¿Cogido?… ¿Qué hemos cogido, señor Gillies?

—Durante los diez primeros minutos no me reconocía. Los viejos caballos de tiro se vienen abajo, señora Ashley. No pueden arrastrar cargas de gravilla siempre. Me gustaría pedirle a Roger que volviera a visitarnos. Sugiéraselo cuando le escriba… Los Bell han querido a Sophie desde que se acercó a pedirles algo de grasa para hacer jabón. Están orgullosos también de Roger, que trabajó allí todos esos veranos… Bueno, volveré a las tres.

—Gracias, doctor.

Al salir de la casa el doctor Gillies se dijo: «Algunas personas avanzan y otras retroceden».

Beata Ashley se dirigió a la habitación de las macetas y se sentó. Trató de levantarse varias veces. Oleadas de remordimientos la barrieron. A la mañana siguiente se vistió para salir a hacer la compra. Descendió los escalones del porche; alcanzó la verja. No pudo seguir. No tenía valor para afrontar los saludos, las miradas…

de los ciudadanos de Coaltown que tan a menudo habían estallado en carcajadas en el tribunal… los miembros del jurado, sus mujeres. Regresó a la casa. Hizo una lista de lo que necesitaba y la señora Swenson se encargó de la compra. Tampoco fue capaz de cumplir con su propósito de escribir todos los días. Sus cartas eran patéticas. No era capaz de pensar nada que escribir.

Mientras Sophia estaba en la Granja Bell recibió una carta de su hermano en la que este le contaba que regresaría a Coaltown por Navidad. Le transmitió esta intención también a su madre y le envió, «por diversión», un manojo de artículos que había publicado en los periódicos de Chicago con el seudónimo «Trent».

Una noche de noviembre de ese mismo año Beata Ashley se despertó al oír un ruido en su ventana: un repiqueteo, un crujido y un leve golpe. Lo primero que pensó fue que la lluvia se había tornado tormenta, pero era una clara y despejada noche. Se sentó en la cama; apoyó un pie en el suelo y escuchó. Por un momento su corazón dejó de latir. Por su ventana abierta se colaban pequeñas piedritas. Se calzó las zapatillas y se envolvió en una manta. Se apoyó en la pared y miró por la ventana la cancha de *croquet* del exterior. Al asomarse, una figura de hombre se giró y salió a la carrera hacia la entrada delantera de la casa.

Bajó la escalera. Finalmente abrió la puerta principal. No había nadie. Entró en la cocina y encendió un candil. Calentó algo de leche y la bebió despacio.

De ese mismo modo, oculto en la noche, regresaría John Ashley. De ese modo anunciaría su presencia. Subió la escalera hacia su habitación. Se quitó las zapatillas. Caminó de un lado para otro.

No había piedritas en el suelo.

II. De Illinois a Chile
1902-1905

Un hombre joven con una barba como la del maíz se presentaba cada noche de once a dos en un café, el Aux Marins, de los muelles de Nueva Orleans. Los borrachos habituales no frecuentaban el Aux Marins; no se producían altercados en el local. Era un espacio para prolongadas conversaciones, mantenidas en voz baja, sobre barcos, cargas y tripulaciones. Si un extraño entraba en el local, las voces se elevaban ligeramente y las conversaciones viraban hacia la política, el tiempo, las mujeres y las apuestas. El local era vigilado por la policía, por lo que Jean Lamazou —Jean-le-Borgne— y sus clientes habituales estaban siempre alerta ante la presencia de informadores. Miraban al hombre de sedosa barba. Este concedía escasa atención a cuanto sucedía a su alrededor, no se esforzaba en entablar conversación con nadie. Hablaba poco (ese poco era en francés de Francia) pero sus saludos eran abiertos y amistosos. Leía los periódicos y estudiaba las páginas arrancadas de un manual: *Español en cincuenta lecciones* («si, seiñour, tengou dose pesus»). Pasadas tres semanas, Jean-le-Borgne abandonó su desconfianza hacia el extranjero; pronto comenzaron a jugar a las cartas con apuestas muy pequeñas. El joven hombre se presentó como James Tolland, canadiense. Esperaba la llegada de un amigo del norte que era dueño de una plantación de azúcar en Cuba.

John Ashley era un hombre de fe. No sabía que era un hombre de fe. Habría negado inmediatamente ser un hombre religioso, pero las religiones no son más que las vestiduras de la fe; y bastante mal diseñadas a menudo, especialmente en Coaltown (Illinois).

Al igual que la mayor parte de los hombres de fe, John Ashley era —por así decirlo— invisible. Tropezamos ayer por la calle con un hombre de fe entre la multitud; una mujer de fe nos vendió un par de guantes. Sus principales características no suelen hacerlos llamativos. Solo de cuando en cuando alguno de ellos es arrojado por las circunstancias a la visibilidad: una visibilidad cegadora. Cuidan del ganado en Domrémy; se dedican a la oscura abogacía en Nueva Salem (Illinois)[33]. No tienen miedo; no son egoístas; están permanentemente alimentados por el asombro ante la vida misma. No son interesantes. Carecen de esos rasgos —estos entrañables compañeros— que con tanta fuerza atraen nuestra atención: agresividad, anhelo de dominación, envidia, destructividad y autodestructividad. No se aferran al patetismo. Por mucho que se intente, es imposible verlos como sujetos de tragedia. (Se ha intentado en repetidas ocasiones; cuando la emoción disminuye, los espectadores descubren que sus lágrimas han sido derramadas, de forma inútil, por sí mismos). Tienen poco sentido del humor, lo que los hace depender en gran medida de una conciencia de superioridad y de un distanciamiento de los dilemas del resto. En general les cuesta expresarse, especialmente en lo relativo a la fe. Los requisitos intelectuales para la fe —como veremos cuando analicemos la fe de Ashley en conexión con su don para las matemáticas y su talento en las apuestas— se desarrollan y fortalecen mediante la observación de cuanto acontece y la memorización. La fe fundó las academias, no depende de ellas. Una alta autoridad afirmó que es más probable encontrar la fe en una anciana que abrillanta de rodillas el suelo de un edificio público que en el obispo sentado en su trono. Hemos descrito a estos hombres y mujeres en términos negativos: carentes de miedo, egoísmo, interés, sentido del humor, habitualmente sin formación. ¿Dónde reside su valor?

No elegimos el día de nuestro nacimiento ni debemos elegir el

de nuestra muerte, sin embargo, la capacidad de elección es la facultad suprema de la mente. No elegimos a nuestros padres, el color de nuestra piel, nuestro sexo, estado de salud o atributos. Somos arrojados a la existencia, como los dados de un cubilete. Barreras y muros de prisión nos rodean a nosotros y a nuestro entorno; en todas partes, impedimentos internos y externos. Estos hombres y mujeres, con ayuda de la observación y la memoria, abarcan desde jóvenes un amplio paisaje. Se conocen a sí mismos, pero su ser no es la única ventana a través de la cual contemplan su existencia. Están seguros de que una pequeña parte de cuanto nos es dado es gratuito. Exploran a diario el ejercicio de la libertad. Sus ojos están puestos en el futuro. Cuando llegan las horas más negras, se contienen. Salvan ciudades (o, habiendo fracasado, su ejemplo salva otras ciudades tras su muerte). Se enfrentan a la injusticia. Reúnen e inspiran a los desesperados.

Pero ¿en qué es en lo que estos hombres y mujeres tienen fe?

Son calmos a la hora de poner palabras a los objetos de su fe. Para ellos es evidente en sí misma y lo evidente no es fácilmente descrito. Pero los hombres y mujeres sin fe, ellos, ellos son los elocuentes. Están constantemente y a gritos hablando de ello: es la «fe en la vida», en el «sentido de la vida», en Dios, en el progreso, en la humanidad; todas esas manidas expresiones, esas señalizaciones torcidas, ese esplendor prestado, toda esa palabrería de los traidores.

No existe creación sin fe y esperanza.

No existe fe y esperanza que no se manifiesten en forma de creación. Estos hombres y mujeres trabajan. La experiencia que más los desanima no es el error, la ignorancia ni la crueldad, sino la pereza. Este trabajo que realizan a menudo puede parecer completamente imperceptible. Esto es propio de una actividad que jamás imagina una audiencia.

John Ashley pertenecía a esta estirpe. Ninguna exigencia histórica le fue planteada y no sabemos cómo la habría afrontado. Maduró tarde y era poco dado a la reflexión. Era prácticamente invisible. Durante un tiempo fueron muchos los que trataron de vislumbrarlo a través de sus hijos. Era un eslabón de una cadena,

una puntada de un tapiz, era quien sembraba árboles, el picapedrero de un viejo camino destinado a un lugar aún no claramente definido.

Ashley desconocía quiénes eran sus rescatadores. Quizá los milagros sean así: simples, naturales y extraordinarios. Los movimientos de sus libertadores habían sido suaves, precisos y mudos. Habían hecho estallar las lámparas colgantes. Los guardas habían arremetido contra todo en la oscuridad, a gritos,' habían disparado una o dos veces para luego detenerse. Las esposas cayeron de sus muñecas. Había sido guiado hacia el exterior —más bien llevado que guiado — y hasta una arboleda. Uno de estos amigos guio su mano hasta la montura de un caballo. Otro le entregó un mono azul gastado, un monedero con quince dólares, una pequeña brújula, un mapa y una caja de cerillas; todo ello en silencio y en la oscuridad. Le cubrieron la cabeza con un viejo sombrero ya sin forma. Finalmente uno de ellos encendió una cerilla y de nuevo vio sus rostros. Estos porteadores no parecían negros, sino grotescamente ennegrecidos actores de *minstrel*[34]. Id más alto de ellos señaló en una determinada dirección, lentamente sus dedos se giraron quince grados hacia la derecha.

Ashley dijo: «Gracias».

Desaparecieron. No oyó ruido alguno de cascos.

Simple, natural y extraordinario.

Ya solo, encendió una cerilla y consultó la brújula. El amigo había primero señalado el suroeste y luego el oeste. Ashley sabía que se encontraba junto a los almacenes ferroviarios cercanos a la estación de Fort Barry. Cien kilómetros al oeste estaba el río Misisipi. Se cambió de ropa, enrollando su atuendo de presidiario para atarlo a la perilla de su montura. Encontró una talega de manzanas y otra de avena colgadas de la silla.

Estaba absolutamente maravillado. Soltó una carcajada ahogada: «¡Repámpanos! ¡Repámpanos!».

Se había preparado para morir, pero para John Ashley la muerte nunca era ahora; siempre queda un mes, un día, una hora, incluso

un minuto que vivir. Nunca había conocido el miedo. Ni cuando la sentencia fue leída en el tribunal, ni siquiera cuando iba en el tren, en lo que los periódicos estarían sin duda denominando «su último viaje», sintió miedo. Para un John Ashley lo peor nunca está por llegar.

Cuando encendieron la cerilla en el bosque había mirado a la yegua y esta lo había mirado a él. Montó en ella y esperó. Comenzó a avanzar despacio. ¿Veía la yegua un camino bajo la densa maleza? ¿Estaba regresando a su establo? Diez minutos más tarde encendió de nuevo una cerilla y consultó su brújula. Habían estado avanzando hacia el suroeste. Partió una manzana y la compartió con ella. Siguieron avanzando.

Una hora más tarde llegaron a un amplio camino y giraron a la derecha. En dos ocasiones oyó jinetes avanzando desde el este a su espalda. Tuvo tiempo de dejar el camino y esconderse entre los árboles. Oyó las reverberaciones del agua bajo un puente de madera a sus pies; descendieron hasta el cauce y bebieron del torrente. Continuaron su camino acelerando el paso. Ashley se sentía más joven por momentos. Estaba repleto de una indefendible, impropia felicidad. Había dejado esa cárcel donde había sufrido más su cuerpo que su mente. Cada cierto tiempo desmontaba y caminaba junto al caballo. Sintió la necesidad de hablar. Parecía que a la yegua le gustaba que le hablaran; en la difusa luminosidad de la noche podía ver sus orejas elevándose y descendiendo.

«¿Bessie?… ¿Molly?… ¿Belinda?… Alguien te entregó a mí. No sucede a menudo recibir regalos como este: un regalo tan grande como toda una vida. ¿Sabré alguna vez por qué seis hombres arriesgaron sus vidas para salvar la mía? ¿Moriré sin saberlo?

¡No! Tu nombre es Evangelina, portadora de buenas nuevas… Qué extraño, ¿verdad? Nadie sabía cuando fuiste engendrada que tomarías parte en una misteriosa aventura; en un acto, como este, de generosidad y coraje. Nadie pudo saber cuando naciste (debe de ser algo oscuro y terrorífico nacer, Evangelina) que un día portarías sobre tu lomo a un hombre a quien ofrecerías la oportunidad de vivir… Eres una señal. Ambos hemos sido señalados con algún fin».

Tras estas palabras se sintió todavía más entusiasmado. Sin dejar de prestar oído a posibles jinetes, incluso cantó fragmentos de sus canciones favoritas: «Nita, Juanita» y «No gottee tickee / No gettee shirtee / At the Chinee laundryman's», y el himno de su fraternidad en la facultad de Ingeniería: «Seremos fieles hasta la muerte con los hermanos de Kappa Psi».

El oeste comenzó a iluminarse. Lis amaneceres son poca cosa en Coaltown. Se sintió entusiasmado ante tal maravilla. «¡Sí, a esto se refieren cuando dicen un "nuevo día"!». Llegó hasta un cruce de caminos y leyó las señales. Al sur: «Kenniston, 30km»; al noreste: «Fort Barry, 22km»; al oeste: «Tatum, 1km». Atravesó Tatum, vacío y pálido en la luz temprana. Tres kilómetros más adelante giró a la izquierda hacia un denso bosque, siguiendo un riachuelo. Encontró siete metros de cuerda atados a su montura y amarró a Evangelina. Puso algo de avena en el fondo de su sombrero (la sopló, la olió y se llevó un puñado a la boca) y lo situó frente a ella. En la bolsa de manzanas encontró patatas cocidas. Miraba ligeramente cada cierto tiempo a Evangelina.

Ashley había montado a caballo siendo niño, cuando pasaba sus vacaciones de verano en la granja de su abuela. Ella —la anciana independiente, excéntrica y de ojos grises, Marie-Louise Scolastique Dubois Ashley— fue la persona que más amó hasta cumplir veintiún años y la persona que con más rigor lo quiso a él. Era, entre muchas otras cosas, veterinaria autodidacta. Los agricultores le llevaban sus animales recorriendo grandes distancias para ello. Enervaba a muchos con sus denuncias de salvajismo. Se movía entre los caballos como quien conoce su lengua. El ganado, los perros y los gatos, los pájaros, los ciervos y hasta las mofetas intercambiaban inteligencia con ella. Durante el día, y con frecuencia bien entrada la noche, bajo un candil de queroseno, John la ayudaba con sus inyecciones, pastillas, cataplasmas; juntos habían asistido los partos de potros y terneros; habían logrado dormir a muchos animales. Recordaba algunos de los consejos de su abuela: «Nunca mires a un caballo, a un perro o a un niño a los ojos durante más de unos segundos; se avergüenzan. No golpees el cuello de un caballo,

palméalo; y después de palmearlo, haz lo mismo sobre tu muslo. No hagas ningún movimiento repentino con los pies. Las patas y los dientes son lo que utilizan para atacar a sus enemigos y para defenderse. Joe Dekker siempre cierra la puerta de su caballeriza de una patada; sus caballos lo odian. Si vas a utilizar la fusta, procura que el caballo te vea a distancia golpeándote tú mismo con ella. Cuando le des avena, huélela primero; sóplala por todas partes; come un poco, y luego dásela como si odiaras desprenderte de ella». Ashley había poseído un caballo y una calesa en Coaltown tras pagar una nimiedad por Bella, una bestia de malas pulgas. Había cabalgado con Bella durante diez años manteniendo una amistad a la que solo una balada haría justicia. Ahora miraba de reojo a Evangelina. No era joven, pero había sido bien cuidada y debidamente herrada.

Se quedó dormido, pese a verse atormentado por las pulgas. Había escrito a diario a Beata desde la cárcel, sin mencionar nunca las pulgas. Le había transmitido su añoranza por su cama y las sábanas perfumadas de lavanda. Se despertó cuando comenzaba la tarde. El calor era intenso, incluso en pleno bosque. «Vamos, Evangelina. Sigamos la corriente hasta encontrar una poza. Es hora de tomar un baño».

Y había una poza. Ató a Evangelina por última vez. Se tumbó en el agua y cerró los ojos. «Beata ya lo sabe. Roger se habrá enterado. Sí, Porky habrá sido el primero en saberlo. "Mamá, Papá se escapó"». Intentó imaginarse su propio futuro y planificarlo, pero tenía sus deficiencias en ese aspecto de la imaginación que tiene que ver con prestarse concienzuda atención a uno mismo. Tenía escasa o nula capacidad de planificación; no contaba con ninguna experiencia relativa a la inquietud. Quienes habitualmente están angustiados hacen planes día y noche. Formas de ser más serenas son incomprensibles para ellos; les parece que se mueven a la deriva y pierden continuamente el tiempo. Pero John Ashley estaba diseñando planes sin ser consciente de hacerlo. Pasó ocho días durmiendo en los bosques. Cada tarde despertaba con un proyecto estructurado en su mente. Los planes eran el regalo del sueño. Al

despertar esa primera tarde cerca de Tatum vio claramente que era un canadiense camino de su trabajo en las minas de Chile. No era ingeniero de minas, pero era un ingeniero con experiencia en la minería. Muy poco conocía de Chile, pero lo poco que sabía favorecía su situación. Chile estaba lejos. Parte integral del folclore de las facultades de Ingeniería era el dicho de que ningún estudiante brillante terminaba trabajando en Chile si podía evitarlo. Las condiciones de vida y de trabajo eran enormemente difíciles. Se explotaban las minas de nitrato bajo un intolerable calor en un desierto donde jamás llovía. Las mejores minas de cobre de los Andes, con una famosa excepción, estaban ubicadas por encima de los tres mil quinientos metros. No era posible llevar a una esposa hasta allí. No había diversión ninguna. No era posible siquiera beber por encima de los tres mil metros; no lo que un hombre llama beber. Su objetivo era Chile. Ashley no solo iría a Chile, se haría chileno.

La mañana siguiente supo que descendería el Misisipi en una barcaza maderera. Cinco años antes había tomado prestado un birlocho para llevar a su familia a ver el río. El viaje había sido considerado una excursión, anteponiéndolo a un viaje en tren a Chicago por ser más barato. Los Ashley habían permanecido sentados largo tiempo en los riscos sobre la corriente, plenamente satisfechos con el espectáculo. Habían mostrado gran interés en las distintas barcazas, cortas y achaparradas o largas y estrechas, que flotaban río abajo o trabajosamente traqueteaban contra corriente. Alguien que pasaba por allí los informó de que las barcazas alargadas y estrechas eran madereras provenientes del norte que se dirigían a Nueva Orleans. «Las llevan tipos suecos. No saben decir ni veinte palabras en inglés». Ashley no había nadado desde sus días de estudiante, pero pensó que sería capaz de alcanzar el centro de la corriente a nado.

La tercera noche le fue revelado que estaba avanzando a demasiada velocidad. Cuando alcanzara el río debía acercarse transmitiendo seguridad hasta alguna comunidad rural —lo más primitiva posible— para comprar víveres y vender a Evangelina. No podía asumir tal riesgo hasta que el pelo y la barba le hubieran

crecido. Cada mañana y cada tarde se inclinaba en un remanso y analizaba su aspecto. Le habían afeitado la cabeza en la cárcel la noche que dictaron su sentencia, cinco días antes de su traslado en tren. Cada mañana crecía la promesa de un cráneo cubierto de una afelpada esterilla. Una ridícula barba de color miel comenzaba también a formarse. Era necesaria para cubrir la cicatriz de su mandíbula izquierda; se había caído sobre un bieldo para aventar la mies treinta años antes, mientras trabajaba en la granja de su abuela. Debía quedarse escondido durante un tiempo en esta región escasamente poblada. Pasaba dos noches en cada lugar de acampada. Se masajeaba la cabellera.

Otros proyectos se le aparecieron sucesivamente con claridad: formas de alcanzar la costa sur del Pacífico, de obtener dinero. Existían no obstante algunos problemas para los que los consejos del sueño no ofrecían solución: cómo, con el tiempo, escribiría a su mujer, cómo le enviaría dinero, cómo podría enterarse de lo que sucediera en Los Olmos.

Mientras tanto, los alrededores se llenaban de John Ashleys. El coronel Stotz comenzó a recibir en Springfield las primeras de las cientos de cartas y telegramas —al transcurrir un año comenzarían a llegar desde Australia y África— en las que se le informaba de los lugares en los que John Ashley había sido descubierto; muchas de ellas solicitaban la recompensa (había sido elevada a cuatro mil dólares) a vuelta de correo. Viajeros con edades comprendidas entre los veinte y los sesenta años eran desmontados de sus caballos, sacados de sus calesas, seguidos a campo traviesa y sus sombreros retirados. Los *sheriff* acabaron cansándose de tanto indignado y a menudo aterrorizado calvo que les era entregado. Los chicos de los periódicos gritaban: «¡Noticias! ¡Noticias!». Ashley había sido encontrado en una reserva india de Minnesota, el rostro cubierto de aceite de nuez. Ashley había sido encontrado internado en un lujoso asilo para dementes de Kentucky. Grandes sumas de dinero e importantes conexiones con la capas más altas de la sociedad eran vinculadas con el fugitivo con una frecuencia cada vez mayor.

Ashley realizó muescas en su montura para contar los días pero,

incluso así, perdió la cuenta. La avena y la alforja de víveres se agotaron. Las bayas comenzaban a madurar; encontró berros. Se produjo una transformación en jinete y montura: rejuvenecieron. Cuando avanzaban por un camino, Evangelina levantaba las patas con astucia. Ashley fue consciente de que la manta que cubría a la yegua brillaba, si bien había comenzado con antelación a estregar al animal con manojos de ramitas y musgo. Tenía la sensación de que la yegua había acompañado a hombres perseguidos con antelación, que no le eran extraños la persecución y el secretismo. El tráfico de los caminos se incrementó. Ella percibía la proximidad del ruido de cascos antes de que lo hiciera su jinete, y se ocultaba. Cuando provocaban ladridos de perros, Evangelina se lanzaba al galope. Cuando, por tercera vez, Ashley descabalgó para caminar junto a ella, la yegua le mostró su desagrado y él comprendió repentinamente que los perros que fueran tras su pista podrían reconocer su olor. Cuando su ánimo tendía al abatimiento durante el día, Evangelina se acercaba a él y trataba de distraerlo: resoplaba contra el agua de un arroyo o pateaba el suelo. Cuando se vio afectado por una diarrea, ella miraba discretamente hacia el horizonte; trataba de infundirle fortaleza.

Avanzando tras la medianoche, Ashley percibía ocasionalmente la luz de un candil en el segundo piso de una hacienda. Para un padre de familia esta imagen sugiere una noche en vela junto a un niño enfermo. Estos pensamientos lo agitaban con un tumulto de emociones. Aprendió que debía limitar las ocasiones en las que se permitía pensar en el pasado. Los recuerdos se arremolinaban en él sin ser llamados, pero insoportables. Mantenía entre sus brazos por primera vez —maravilla de maravillas— a la recién nacida Lily. Percibía por vez primera una mirada de temor en los ojos de su hijo, Roger, a los tres años de edad. (Se había visto obligado a ser severo; había tenido que azotarlo. El chico se había soltado dos veces de la mano de su madre para correr hacia los caballos en la calle principal de Coaltown). Regresaba del trabajo y era recibido de nuevo por la clamorosa bienvenida de Constance, y escuchaba a Lily reprendiéndola: «¡No tienes por qué comportarte como una jauría de

perros cuando Papá vuelve a casa!». De vez en cuando había tenido que pasar la noche, por cuestiones de trabajo, en Fort Barry; escuchaba a Sophia decir: «Cuando Papá no está en casa, no duermo, de verdad. La casa es diferente». Y Beata, la bondadosa, la paciente, la silenciosa, la bella. «Evangelina, soy un hombre de familia. Eso es lo que soy. No tengo ningún talento, ni siquiera soy ingeniero. Todo lo que tengo para mostrar, vivir y morir, es que soy un hombre de familia. Chica, ¿por qué me sucedió a mí este sinsentido, esta locura?».

En Coaltown, incluso en su casa, Ashley no había sido una persona habladora, sin embargo, ahora conversaba sin parar con Evangelina.

«Ya sé por qué te estás poniendo tan guapa. Estás pensando lo mismo que yo. No podemos seguir así durante ochocientos kilómetros. Tengo que venderte y quieres que logre un buen precio. Las despedidas son duras. Son como la muerte; como la muerte de mi abuela. Lo único que se puede hacer con ellas es aprehenderlas, asumirlas completamente en tu interior y luego sacarlas de tu cabeza. Volverán a ti por sí solas cuando las necesites. No es bueno tratar de recuperarlas… Te he contado todo sobre mi abuela, que tanto hizo por los caballos. He estado pensando en ella cada vez más en este viaje nuestro. Ha vuelto a mí cuando la he necesitado. Me enseñó a no tener miedo. ¿Te has dado cuenta de que ningún cazador ha aparecido para molestarnos, que ningún campesino se ha internado en el bosque para marcar sus árboles, que ningún *sheriff* ha pasado la noche sentado a la espera de nuestro paso? Sería una pena, ¿verdad?, si esta aventura nuestra, que comenzó con tanta valentía y generosidad… caray, sería una pena si terminara con otro corto viaje en tren hasta Joliet. Pero mejores individuos que tú y que yo han caído en una emboscada, mayores esperanzas que la nuestra se han derrumbado como un castillo de naipes. Estoy seguro, Evangelina, de que si el espectáculo de una derrota o de cien derrotas desalentara al hombre, la civilización no habría avanzado en absoluto. No habría justicia ni hospitales ni casas ni amistades como la nuestra. Solo habría gente sollozante, arrastrándose. No cometamos ninguna

estupidez».

Ashley le había contado todo acerca del juicio.

«No hay nada terrible en la muerte; lo único terrible de la muerte es todo aquello que dejaste inacabado. ¿Puedes imaginártelo? No dejé nada dispuesto para la educación de mis hijos. ¿Cómo pude ser tan estúpido? Beata ahorraba algo de dinero cada semana para que Lily pudiera educar su voz; se agotó con el juicio, claro. Supongo que asumí que el chico sería capaz de valerse por sí mismo y que yo podría enviar a las chicas a mejores escuelas cuando llegara el momento. Si Beata me lo hubiera hecho ver con vehemencia, habría podido hacer algo al respecto. Podría haber buscado otro trabajo o haber insistido en un aumento de sueldo o haber perseverado con esas invenciones mías… Pero entiende que no estoy culpando a Beata. La culpa es mía. Era feliz y estúpido. Feliz, adormilado y estúpido».

Cuando concluyó la primera semana se encontraba bastante satisfecho con su modesta cubierta de pelo. Se restregó algo de barro en la cabeza y exprimió el jugo de algunas bayas moradas. Quedó maravillado por el efecto. Podría haber regresado a la civilización dos días antes. La barba lo hacía parecer un pálido estudiante de teología. La larga y delgada línea de su cicatriz todavía era visible. Experimentó con la savia de ramitas y con raíces en un esfuerzo por teñirla. La convirtió en una barba varonil y opaca.

Alcanzó el río a la altura del embarcadero de Gilchrist hacia las dos de la madrugada de la noche siguiente. Todo permanecía a oscuras. Siguió un camino hacia el sur a lo largo de los riscos. Tras cabalgar durante una hora encontró un conjunto de viviendas y tiendas, una iglesia y un colegio. Apenas fue capaz de descifrar el cartel que pendía de una de las fachadas: «Oficina de correos de los Estados Unidos, Giles (Illinois), pob.: 410». «No podemos tener siquiera una oficina de correos debidamente *hecha*», murmuró, y siguió avanzando. Una hora más tarde encontró lo que andaba buscando. Una tienda con un largo raíl para atar caballos al frente, una herrería junto a un espacio cubierto de barro en el que había un poste con el que jugar a lanzar herraduras, algunas chozas, unos

escalones que se dirigían a un desembarcadero. Corriente abajo vio luces en lo que parecía ser una isla. Rehízo su camino y se alejó un kilómetro al norte del pueblo, se sentó en los riscos y cayó dormido. Se despertó al amanecer. A través de la niebla vio una larga barcaza maderera avanzando río abajo. Había una luz en la timonera. Creyó oír voces. Se imaginó el olor del café y la panceta.

En lo más alto de los Andes un céfiro puede causar una avalancha. Fue el olor imaginado a café y panceta lo que amedrentó a John Ashley. Trajo consigo Los Olmos, el trabajo con el que tanto disfrutaba, el largo y fatigoso juicio con el rostro orgulloso de Beata a diez metros de él, la voz de Lily, la independencia de Roger, la vigilante seriedad de Sophia, el amor escandaloso de Constance: todo, todo, todo. Metió la cabeza entre las piernas. Cayó sobre un costado, luego rodó hacia el otro. Gimió, mugió, aulló. La angustia mental en un hombre maduro se sobrelleva en silencio y sin aspavientos, pero John Ashley no era un hombre maduro.

El sol llevaba varias horas en el cielo cuando regresó al poblado. Ató a Evangelina al poste y permaneció sobre la colina un largo tiempo contemplando el río, con la espalda vuelta a la tienda. Sabía que un número cada vez mayor de ojos se fijaban en él y valoraban el caballo. Finalmente se giró, cruzó la calle, hizo un gesto de asentimiento dirigido a varios hombres que estaban en el porche y entró en la tienda. Cinco hombres se arremolinaban junto a una estufa fría. Todos menos el dueño bajaron la vista al suelo. Ashley profirió el gruñido que supone la reducción última de un «hola, ¿qué tal?». Le respondieron. Compró una caja de galletas de jengibre, mostrando con discreción algunos billetes de dólar. Mordisqueó una galleta en pensativo silencio. La curiosidad que despertaba se intensificó. Algunos hombres más entraron en la tienda.

—¿De dónde eres, hijo? —preguntó el tendero.

Ashley señaló al norte con el pulgar, sonriendo.

—Canadá.

—¡Bien lejos!

Un murmullo se extendió por la tienda.

—Me lo he tomado con calma. Me quedé un tiempo en Iowa.

Estoy buscando a mi hermano.

—¡Vaya!

Ashley continuó masticando pensativo. Más hombres y chicos se sumaron a la reunión en la puerta. Una carreta se detuvo fuera.

—Y supongo que podrían prepararme algo de almuerzo, ¿huevos?, ¿panceta?, ¿un par de bocados?

—¡Vale!… ¡Emma! ¡Emma!… Prepárale aquí al amigo unos huevos con panceta y sémola.

Una mujer apareció en la puerta situada junto al mostrador y lo miró fijamente. Ashley tocó el ala de su sombrero.

—Muy agradecido, señora.

La mujer desapareció. Se produjo otro largo silencio.

—¿Dónde crees que encontrarás a tu hermano?

—Me dijeron que quizá ande por Nueva Orleans.

—¡Vaya!

Ashley miró al tendero y exclamó con evidente menosprecio:

—¡Por el embarcadero de Gilchrist un tipo me ofreció veinticuatro dólares por mi caballo!… ¿Cómo se llama este sitio?

—La tienda de Hodge.

Las cabezas de los hombres que se amontonaban en la puerta se habían girado para mirar a Evangelina. Varios salieron furtivamente para sumarse al círculo que comenzaba a formarse en torno al animal. Charlaban en voz baja. Ashley salió al porche, aún masticando, y miró a un lado y otro del río. Sin dirigirse a nadie en particular, planteó:

—¿Cogen alguna vez en esas barcazas de madera a alguien, solo para hacer el viaje?

—Unas sí y otras no.

—¿Paran aquí alguna vez?

Hubo una risita silenciosa.

—Se mantienen tan alejados de la orilla como pueden. No les gusta la orilla ni un pelo. ¿Ves esa isla ahí abajo? Es la Isla de Brennan. Se paran ahí de vez en cuando. Ahora hay dos. ¿Las ves?

Un hombre joven retiró el belfo de la yegua y examinó su dentadura. Evangelina lanzó las orejas hacia atrás y resopló. Ashley

no la miró.

—Te doy veinte dólares por el caballo y la silla —dijo el joven a gritos.

Ashley no dio muestra alguna de haberlo oído. Volvió a la tienda y se sentó en un barril lleno de clavos, la mirada en el suelo. Emma le trajo el almuerzo en una bandeja de peltre. Evangelina relinchó. Algunas mujeres entraron en la tienda y compraron con voces cohibidas. Evangelina relinchó de nuevo. Se produjo un cierto tumulto en la puerta; los haraganes retrocedieron. Una mujer baja y robusta de unos cincuenta años entró y se situó frente a Ashley. Vestía una chaqueta y una falda de la misma tela vaquera con la que se confeccionan los petos. Una gorra de hombre, con la visera atrás, se aferraba con firmeza sobre su áspero cabello corto. Sus marcadas mejillas estaban rojas, casi tan rojas como la bufanda escarlata que llevaba anudada al cuello. Sus maneras eran bruscas, pero una sonrisa parecía ir y venir de sus ojos grises.

—Treinta dólares —pronunció.

Ashley le echó una rápida mirada, luego se metió en la boca una cucharada de sémola.

—¿Usted es quien llegó en esa carreta?

—Sí.

—Déjeme que vea su caballo.

La mujer emitió un desdeñoso bufido. Ashley se llenó la boca de nuevo con calma y salió a la calle. Inspeccionó el caballo desde todos los ángulos. La mujer permanecía junto a Evangelina, que le cabeceaba el hombro ante el olor de la avena.

—Treinta y dos —dijo Ashley—, y consigue a alguien que me lleve hasta la Isla de Brennan.

—¡Hecho! Sígueme.

Ashley pagó en la tienda, intercambió gruñidos con los presentes y cabalgó tras la carreta de la mujer. Diez minutos más tarde atravesaron una verja con un cartel: SRA. T. HODGE, HENO Y PIENSO.

La mujer gritó:

—¡Victor! ¡Victor!

Un chico de dieciséis años llegó corriendo desde el granero. Ashley descendió del caballo.

—¿Conoce el caballo su nombre?

—Sí: Evangelina.

—¿Dónde conseguiste la silla?

—Un amigo me la dio.

—Solo he visto una como esta antes. Es trabajo de indios. Victor, pon a Evangelina en el establo de Julia y dale algo de avena. Coge tus remos. Tengo que ir a la casa a coger una cosa. Deja mi carreta como está. Y tráeme un saco de maíz.

Evangelina no miró atrás.

La señora Hodge se ausentó un rato. Regresó con una vieja bolsa de viaje que entregó a Ashley.

—Víctor, lleva a este hombre hasta lo de Dinkler. Lleva el maíz al bote y espéralo allí.

Víctor comenzó a descender los escalones que conducían al amarradero. La señora Hodge sacó un viejo monedero ya sin forma definida de su bolsillo y lo puso sobre la mano de Ashley.

—Es un caballo de cincuenta dólares, más con esa montura. Dale el maíz a Win Dinkler; es el que lleva la tienda en la punta de la isla. Dile que es de parte de la señora Hodge. Dile que le pido que te meta en una de esas barcazas de los suecos.

Lo miró en silencio un momento. Solo una vez había visto él ojos como aquellos: los de su abuela.

—Mantén la boca cerrada. No vayas a liarte a tiros con nadie, a no ser que tengas que hacerlo. Quítate el sombrero.

Lo hizo. Ella asintió, con una risita como un ahogado retumbar.

—Va creciendo. No necesitarás lavarte la cabeza en una o dos semanas.

Ashley la agarró por la muñeca. Preguntó con urgencia:

—Después de un tiempo… ¿se le ocurre alguna forma de hacer llegar unas palabras a mi mujer?

—Vete subiendo a la barca… ¿Para qué? ¿Para atormentarla aún más? Recuérdatelo: siete años. Deja la impaciencia para los chicos. Adiós. Vete.

Comenzó a descender los escalones. Ella añadió:

—Confía en las mujeres. Los hombres no te serán de gran ayuda en adelante.

Se giró y regresó a su casa.

Ashley pasó los siguientes cuatro días en la tienda de Dinkler, que era en parte ultramarinos, en parte almacén de mercancías y en parte cantina. Vendía ungüentos contra las pulgas y las garrapatas. Las barcazas llegaban y se marchaban.

Cuando la tienda estaba llena de hombres, Ashlcy permanecía en su choza junto al agua. La bolsa que la señorita Hodge le había entregado contenía calcetines, ropa interior, camisas, jabón, un tubo a medio usar de bálsamo, una cuchilla, una copia manoseada de los poemas de Robert Burns, un traje negro digno de ser utilizado en la iglesia, si bien cosido a la antigua y diseñado para un hombre más alto que él. En un bolsillo del traje encontró un viejo sobre dirigido a la Sra. Tolland Hodge, Giles (Illinois). No concluyó la carta que inició: «Querida Bet». Decidió que su nuevo nombre sería James Tolland, canadiense. Al quinto día Win Dinkler lo subió a una barcaza noruega, cuarenta centavos diarios y otros veinte centavos por todo el *akvavit* que fuera capaz de beber. La vida en una barcaza que avanza a favor de la corriente supone un aburrimiento prácticamente intolerable. Los hombres jugaban a las cartas. Ganó el equivalente a la mitad de su pasaje y del *akvavit*. Hizo amigos. En su lengua, los barqueros lo llamaban «el joven». Para explicar su devenir contó una serie de mentiras y se le permitió regresar a su habitual taciturnidad. En las noches claras dormía bajo las estrellas sobre los olorosos maderos. En las comidas dirigía la conversación una y otra vez hacia Nueva Orleans. Aprendió los nombres de varias *réunions* donde se jugaban partidas de cartas aceptablemente limpias hasta altas horas de la noche. Le advirtieron que evitara un cierto café, el Aux Marins, que era frecuentado por contrabandistas, traficantes de armas y similares: hombres «sin papeles». Escuchó hablar mucho de la importancia de los «papeles». Justo cuando comenzaba a preocuparse por las dificultades para eludir a los inspectores del puerto, la solución se presentó ante él. Treinta

kilómetros al norte de la ciudad esperaban que un bote se situara junto a la barcaza. Habría un largo regateo. Les ofrecerían ron, *whisky, sapot* y drogas afrodisíacas. Todo ello clandestino. Llegó su momento; cuando los traficantes se alejaban, Ashley tomó su bolsa de viaje, salló al bote, gritó un adiós a sus compañeros y fue llevado a nado hasta la orilla.

En Nueva Orleans Ashley apenas abandonaba su habitación durante el día. Vestía su mono y no se preocupaba por mantenerlo limpio. Se pasaba la mano por su poblada cabeza e incluso se restregaba mugre por la cara. Era un marino canadiense en busca de empleo. Cambiaba de alojamiento cada cuatro días, sin alejarse nunca excesivamente del entorno de las calles Gallatin y Gasquet. No había nada en él que pudiera levantar sospechas, pero en todas partes era objeto de curiosidad y era consciente de ello. No obstante, durante un largo tiempo no percibió una cuestión ridícula que afectaba a su aspecto. Sus rizadas patillas pajizas seguían la línea de su mandíbula, descendiendo hasta una corta barba. Otros rizos bailaban sobre su amplia frente. El aspecto normal y corriente del John Ashley de Coaltown había tomado una cierta distinción, y había acabado por parecerse a uno de los Apóstoles —Juan o Santiago—, tal y como se los representa en las pinturas, especialmente en las peores, en los santorales, en medallas o en las estatuillas de cera o yeso. La gente se detenía a mirarlo; más tarde, en el hemisferio sur, los transeúntes se santiguaban furtivamente. Ashley no era consciente de este hecho ni de que la policía —en alerta ante el sanguinario asesino de Illinois que había disparado en la nuca a su mejor amigo y se había escapado, él solo, de una partida de diez hombres armados— no se detenía a observar a este joven de aspecto piadoso.

Cada noche a las once empujaba la puerta del Aux Marins, murmuraba «*Bon soir*» alegremente y se sentaba con sus periódicos. A menudo sacaba una baraja de cartas y estudiaba las modalidades de juego que había aprendido en la barcaza.

Jean-le-Borgne sufría de insomnio. Noche tras noche posponía el momento en el que debía ascender la escalera metálica para

esperar al sueño junto a su hidrópica esposa. Miraba a su cliente canadiense con sus juegos y le proponía que jugaran juntos. Se convirtió en una costumbre. Las apuestas eran pequeñas. La suerte los favorecía por turnos. Ashley aprendió a jugar a *la manille, les trois valets y piquet*. Al principio la conversación era escasa, pero los silencios eran agradables. Finalmente la paciencia de Ashley se vio recompensada. Supo de un cierto barco que partiría —en una semana o dos, quizá un mes o dos— rumbo a Panamá desde un determinado embarcadero abandonado y ruinoso situado en una isla del delta. Su carga sería, aparentemente, arroz.

Ashley necesitaba dinero. Se hizo corregir el traje negro para adecuarlo a su tamaño. Se colocó un pañuelo blanco a modo de cuello. Se presentó en La Réunion du Tapis Vert y en La Dame de Pique, pagó su entrada y se unió a las mesas de juego. Estos lugares eran frecuentados por pequeños mercantes esclavos de las cartas y por los hijos jóvenes de los dueños de plantaciones, que no tenían intención de jugar bajo la mirada de sus padres en los locales más de moda. Durante las primeras dos horas Ashley no perdió ni ganó; en torno a las cuatro de la mañana tuvo ocasionales rachas de buena suerte. Cuando recurrió a las trampas lo hizo con limitada ambición y gran prudencia.

Ashley era un hombre de fe y no lo sabía; también era un matemático con talento —quizá con un toque de genialidad— y no lo sabía. Había nacido para ser jugador, aunque no hubiera jugado en veinte años. En la sede de la fraternidad de su facultad de Ingeniería en Hoboken (Nueva Jersey) jamás se desarrollaban menos de seis partidas simultáneas, noche y día. Ashley no tenía sentido de la competitividad ni necesidad de dinero, pero se tomó con gran interés el juego con los números. Realizó tablas para analizar los elementos de probabilidad en los diversos juegos. Tenía una gran memoria para números y símbolos. Se había comprometido consigo mismo en su etapa universitaria a no ganar demasiado y —puesto que era el presidente de la fraternidad— a prevenir que otro jugador lo lograra. En la barcaza, con Jean-le-Borgne y en los clubes de Nueva Orleans aprendió nuevos juegos; a solas en su habitación,

estudiaba su estructura.

Los hombres de fe y los hombres con algo de genialidad tienen esto en común: saben (observan y recuerdan) muchas cosas que no son conscientes de saber. Se mantienen atentos a las relaciones, recurrencias, patrones y «leyes». No existe impureza en este funcionamiento de sus mentes; ni vanagloria, orgullo o autojustificación. Las redes que tejen son mayores y más profundas de lo que son conscientes. La claridad es una cualidad noble de la mente, pero aquellos que en primer lugar se exigen claridad a sí mismos pierden una gran verdad que —con paciencia— puede terminar por clarificarse en algún momento futuro. Las mentes que piden impacientes nitidez —o incluso razonabilidad— se estrechan y se secan de forma gradual. Algunos años después de los acontecimientos que narramos, un científico relativamente oscuro, trabajando en una oficina gubernamental de medición en Suiza, buscaba —como muchos otros— una fórmula capaz de expresar la naturaleza de la energía. Contó que se le reveló en un sueño. Se despertó y la reconsideró; estalló en una carcajada, era de una evidencia risible. Un antiguo filósofo vincula el conocimiento al recuerdo: la maravillada sorpresa de aprender aquello que uno ya sabe. Ashley no tenía ni idea de por qué era tan diestro jugador. Se basaba en toda una serie de obsesiones, escrúpulos irracionales y supersticiones, y se avergonzaba de ellos.

La fe es una laguna de claridad en continuo crecimiento, alimentada por riachuelos que se encuentran más allá de los márgenes de la consciencia. Todos sabemos más de lo que sabemos que sabemos.

Su partida se demoraba. Esperó.

Varias noches a la semana, con su mugriento peto, exploró la ciudad. Recuperó una abandonada curiosidad por las vidas de los demás. Su interés se centraba en las relaciones de familia. Al caer la noche se lanzaba a dar largos paseos. Se convirtió en un impenitente fisgón. Seguía a parejas casadas; especialmente se detenía donde pudiera escuchar la conversación entre un padre y su hijo o hija mayor. En todos los casos trataba de evaluar la calidad de la

relación. Se dirigió hacia las viviendas más prósperas como si tratara de asaltarlas. Con mayor atención se sumergió en las vidas de los residentes en su mismo barrio. Llegó a sentirse como un marido, un padre o un tío que regresa sin ser reconocido tras años de ausencia: un Enoch Arden[35], un Ulises mendigo en su propio hogar. Lo impulsaba la necesidad de convencerse de la felicidad de otros. Huía de los símbolos y los sonidos de la brutalidad y la enfermedad, pero, por algún desafortunado azar, los encontraba en todas partes. En las minas de Coaltown había aprendido a distinguir la tos de los tuberculosos; en Nueva Orleans la oía por todas partes y veía la saliva sanguinolenta sobre las aceras. Se había topado con los restos de otras enfermedades: los tuertos, las narices destrozadas. Por todas partes las prostitutas patrullaban sus territorios exclusivos, como se dice que hacen las abejas. Ashley no se aventuraba en el kilómetro y medio cuadrado de Storeyville[36]; integrado en las melodías populares, parterre de juventud y belleza, seleccionado y favorecido entre miles. A su alrededor había mujeres que nunca pudieron entrar en Storeyville o que sobrevivieron a los años pasados allí. Al atardecer el mundo se alimentaba; había ruidos de carcajadas y satisfacción. A esto seguía una hora de paseos, de descanso en galerías y portales, de cortejos a media voz, de discusiones medidas en los cafés; elevadas mentes debatiendo sobre política. A las diez y media, no obstante, el ánimo cambiaba. Una ominosa corriente invadía la ciudad. A medianoche repentinos gritos colmaban el aire, golpes, persecuciones, muebles volcados, llantos y lamentos. En Coaltown las noticias sobre hombres —especialmente mineros— que pegaban a sus mujeres eran recibidas con carcajadas. Aquí Ashley pudo verlos. En un pequeño callejón se topó con un hombre que la emprendió a golpes con una mujer, sacudida tras sacudida; ella se hundió gradualmente de rodillas, recriminándole no ser padre, ser un bufón de padre. Otro hombre golpeaba de forma monótona la cabeza de una mujer contra la pared de una escalera. Vio a niños encogiéndose por los golpes. Una niña de seis años que salía corriendo de un umbral cayó en sus brazos como una ardilla desde la rama más alta de un árbol. Un hombre la siguió, con la

cabeza baja, la pata de una mesa en una mano. Los tres cayeron a una cuneta. Ashley se alejó a toda prisa. Un hombre perseguido no está en posición de defender a los desdichados. Deseaba estar en alta mar, en la cima de una montaña, en los Andes.

Esperó.

Quedó abatido.

Se aventuró en otros cafés. Pasó una tarde en el Joly, otra en el Bresson y muchas en el Quédebac. El submundo tiene sus jerarquías. Ashley era un paria y debía aceptar su casta. Un estrato por encima de él estaba el Bresson: lugar de reunión de ladrones, carteristas, confidentes de poca monta, ganchos en las carreras y en las peleas de gallos. Eran estos hombres activos, siempre alerta, colmados de planes, fuertes bebedores, ruidosos habladores, embravecidos mentirosos. Cuando la policía —con o sin uniforme — se paseaba entre las mesas del Bresson, los habituales nunca bajaban la voz ni levantaban la vista. Sus apreciaciones se tornaban sarcásticas; simulaban no ser conscientes de la llegada de los intrusos. Eran hombres sociables y únicamente admitían hombres sociables en sus grupos. Ashley no era sociable y no se atrevía a exponerse a su afilada curiosidad. Bajo él estaba el último escalón social —el Joly— el café de los proxenetas, en el que ningún otro hombre se adentraba de forma consciente. Los proxenetas se reúnen solamente entre ellos.

En su ignorancia, Ashley pasó una tarde en el Joly. Hacia el final de esta, el propio Joly se le aproximó y le preguntó en voz baja:

—¿Eres de San Luis?

—No.

—Pensé que eras Herb Benson, de San Luis. ¿Estás en el *tambour*?

Ashley no sabía por qué debería estar en ningún «tambor», pero sumisamente asintió.

—¿Dónde trabajabas?

—En Illinois.

—¿Chicago?

—Cerca.

—Muy bien Chicago, ¿eh?

—Sí.

—¡Vaya, vaya! Louis el de Baba se ha tenido que marchar río arriba. ¿Conoces a Baba? Es la que acaba de salir: la gorda. Me pidió que te dijera que a ella le parece bien, si quieres hacerte cargo de ella. Te dará treinta dólares a la semana; más, si te pones con ella.

—¿Por qué me iba a dar treinta dólares?

A Joly la respiración se le detuvo en la tráquea. Los ojos parecían a punto de salírsele de las órbitas.

—¡Levántate y lárgate de aquí! ¡Lárgate de aquí ahora mismo! ¡Vamos! ¡Vamos!

Ashley lo miró fijamente, dejó una moneda sobre la mesa y salió por la puerta. Joly le lanzó el dinero desde dentro.

El estrato al que pertenecía Ashley era el de aquellos que han fracasado tanto en la vida ordenada como en la disoluta. Su café era el Quédebac: hombres de regreso de largas penas de prisión, allanadores de moradas sin suerte, jugadores enemistados con el azar, ex proxenetas, ex corredores de apuestas, hombres apocados, muchos con manos y mejillas temblorosas. Comían en los galpones de las entradas traseras de los conventos. Algunos, de forma intermitente, lavaban platos en restaurantes; algunos, de forma intermitente, se ganaban la vida en la más sombría profesión: eran camilleros en los hospitales. Ashley los escuchó hablar de su trabajo y pensó solicitar un puesto. Estaba dispuesto a gobernar su repulsión, no tenía miedo más que de sí mismo. Los escrúpulos son una forma de la timidez. No sabía si los hospitales requerían ver los «papeles» de los camilleros. Mientras tanto buscaba hispanoparlantes; encontró a uno al que pagaba las clases con alcohol. Las mujeres iban y venían, los últimos despojos de su profesión.

—*Monsieur James*, ¿me pide una *verte* (ajenjo)?

—No me lo puedo permitir esta noche, Toinotte. Tómate una cerveza.

—Gracias, *monsieur* James.

La palabra «réprobo» se usa sin mucha precisión; este era el

mundo de los réprobos. Toda conversación era obscena, pero no por ninguna intención de sorprender ni para infundir énfasis. Los réprobos son incapaces de indignarse; han perdido el derecho a ello. Han sido juzgados y están de acuerdo con sus jueces. Mienten poco. No tienen nada que esconder y poco que ganar. Son generosos los unos con los otros, pero no por ninguna generosidad del corazón. La sumisión devalúa el dinero.

Todo era nuevo para Ashley. El Quédebac se prestaba poco a la compasión, incluso si él hubiera contado con alguna. Pero el Quédebac incrementaba el tumulto de preguntas en su interior; las constantes, urgentes e incontestables preguntas. No obstante, no consideraba que el café fuera desagradable; abría la puerta con una cierta ilusión. Era saludado con despreocupación. El murmullo continuo de las conversaciones no se detenía. Todo proceso de aprendizaje se ve acompañado por la alternancia de dolor y breves sacudidas de placer que se asemejan al dolor.

Necesitó un año y dos semanas para llegar a Chile. Avanzó a lo largo de la costa, viajando en pequeños barcos, evitando los grandes puertos cuando le era posible. Habitualmente había trabajo para un hombre capaz de hacer sumas, de talante abierto y con un aire de autoridad (siempre y cuando, eso sí, vistiera ropa de obrero. Un caballero tendría dificultades para encontrar empleo). Llevaba las cuentas en almacenes. Sumaba la producción de plantaciones. Cuando le pedían su documentación, contaba una historia sobre la pérdida de todas sus posesiones en el incendio de un hotel en Panamá. Lo creían o consentían su historia.

Sumó cargas en Buenaventura.

Supervisó la caza de tortugas en las islas bajas cercanas a San Barto.

Los Ashley lo entregan todo en cualquiera que sea el cometido que se les presente. En todas partes le pedían que se quedara, pero él seguía avanzando. Permanecía hasta tarde en los bares; jugaba a las cartas. Su conocimiento del dialecto de la costa avanzó rápidamente. Cuando no había trabajo posible, incluso llegaba a ganarse unas monedas redactando cartas para terceros.

Pasó tres meses en Islaya. Es una verdad bien conocida, aunque rara vez pronunciada, que casi cualquier extranjero es mejor capataz de un grupo de trabajadores ecuatorianos que cualquier ecuatoriano. Dormía en las apestosas cubiertas de los barcos de guano y observaba de cerca su funcionamiento. Tras varios viajes fue puesto al cargo de uno. Naufragó entre barracudas plateadas y perdió a un tercio de su tripulación. Quizá fue culpa suya, puesto que fingió conocimientos de navegación que no tenía, pero la mala conciencia no turbó su sueño. En el escalón más bajo de la sociedad todos los hombres se ven amenazados por el hambre, los arrecifes escondidos y las tormentas; todas las aguas están infestadas de tiburones. Más tarde se hizo de dominio público la idea de que todos los Ashley eran incorregiblemente inmorales.

Rápidamente se hizo un hueco en los campos de petróleo de Salinas. Podía haber permanecido y llegar lejos. En todas partes había partidas de cartas hasta bien entrada la noche; bajo la tienda de malla y los faroles. El doctor Andersen, el danés, era un tipo agradable. Había también un estadounidense, Billings, viajante de productos farmacéuticos.

—Suéltalo, Billings. Suéltalo: ¿Cómo va tu lista de ratas?

—Lenta, muy lenta.

—¿Sabes lo que es la lista de ratas, Tolland?

—No.

—Es una lista de hombres perseguidos cuyas cabezas tienen precio. ¿A quién buscas ahora, Billings?

—Al vicepresidente de un banco de Kansas City. Huyó con cien mil dólares y una chica de dieciséis años.

—¿Posiblemente aquí?

—Es muy probable. Nadie piensa en esconderse en México este año.

—¿Cuánto ofrecen?

—Tres o cuatro mil dólares.

—¿Cómo es?

—Unos cuarenta y cuatro. Cara redonda y rosada. Dos dientes de oro.

—¡Suéltalo, Billings! ¿Cogieron alguna vez al juez?

—Lo encontraron muerto en Santa Marta. Se suicidó, parece ser. Estaba cansado de correr. Parece que la gente se cansó de alimentarlo también. De setenta y cinco kilos a treinta y cinco… Me acabo de enterar de otro: cuatro mil dólares. Un tipo de Indiana, le disparó en la nuca a su mejor amigo. Un tipo terrible. No querría encontrármelo una noche oscura. Se escapó a tiros, él solo, de una partida de doce hombres.

—¿Joven o viejo?

—Tiene hijos ya mayores.

—¿Alguna marca?

—Se me ha olvidado… ¿Sabes una buena forma de atrapar una rata? —Billings bajó la voz y entrecerró los ojos—. Todas estas ratas se han cambiado de nombre. Pues, si piensas que tienes a tu hombre, aparece detrás de él y grita su apellido real «Hopkins» o «Ashley»… ¡Así mismo!

En El Callao, Ashley consiguió trabajo en una empresa china de importación. Sus empleadores apenas habían encontrado honestidad fuera de su propia raza. Fue ascendido a un puesto a un paso de hacerlo socio. Sus obligaciones, no obstante, cada vez le requerían más visitas a empresas importantes de Lima. Dimitió.

Se trasladó a un mísero alojamiento junto al mar cerca de El Callao. Había viajado miles de kilómetros. Había pisado tierras más extrañas para él que las que describían los geógrafos. Se encontraba desocupado. Hasta entonces la actividad constante lo había liberado de todo el peso de su creciente conocimiento. Mientras esperaba un vapor costero cayó gravemente enfermo. La desesperación tienta los órganos uno tras otro buscando el acceso más fácil para la muerte. Fue salvado por las monjas, jóvenes y viejas, que se turnaban junto a su lecho. Su convalecencia estuvo rodeada de estallidos de risa. «Don Diego, el canadiense»[37].

Su ascenso había comenzado, quizá.

«Ahí está Chile», anunció el capitán señalando hacia la costa.

Ashley sintió su corazón dar un vuelco. Había alcanzado Chile. Estaba vivo aún. Esta era su tierra de adopción. Pero todavía no estaba preparado para Arica o Antofagasta. Pidió que lo desembarcaran en San Gregorio. Allí supo que un mercante noruego llegaría en cualquier momento: en unos días o en unos meses.

Andaba escaso de dinero. Le habían robado la mayor parte de los ciento cincuenta dólares que había ahorrado en El Callao. Una reserva para emergencias que durante el año se había cosido en el forro de su cinturón estaba a salvo; permaneció intacta para su apuesta final: su pasaje a Antofagasta y su presentación ante las autoridades mineras una vez allí. Cuando pisó tierra firme en San Gregorio buscó trabajo. No había. Se instaló en una cama en la taberna de Pablito: la más barata posible, un jergón bajo un alero en el establo. Se ocupó limpiando los excrementos cuanto pudo. Era dueño de su mente: no se permitió ser consciente del hambre o reconocer la repugnancia que le causaban los insectos que de él habían hecho su hogar. Se sentaba en la taberna de Pablito todo el día y hasta bien entrada la noche.

Una semana más tarde estaba jugando a las cartas con el alcalde, el jefe de policía y los principales comerciantes. Perdía algo; una noche de cada tres ganaba cuanto había perdido y algo más. El sol le oscurecía la piel; su cabello era largo e ingobernable. Pese a su dominio del dialecto y su deplorable alojamiento, era conocido como «don Diego» o «don Jaime»; él prefería este último. Exploró la pequeña población y su entorno. Hizo amigos. Sin esfuerzo alguno por su parte, se convirtió de nuevo en amanuense público. Sus precios eran moderados, algunos centavos. Quienes no habían enviado una carta en años recordaban de pronto a sus ancianos padres o a sus dispersos hijos. Había mucha correspondencia relativa a herencias, dictada por aquellos que habían aprendido con amargura a evitar a los abogados. Los comerciantes querían cartas escritas en decoroso castellano. Había cartas de amor y amenazantes cartas que serían entregadas llegada la noche por el astuto jorobado del pueblo. Incluso escribió oraciones que eran colgadas sobre la

cama de un niño para ejercer de amuletos. Escuchaba largas y desesperadas historias narradas en susurros. Aconsejaba, consolaba, reprendía. Sus manos eran besadas continuamente. Don Jaimito el bueno.

De sus compañeros en las partidas de cartas comenzó a obtener información sobre la minería del cobre en los Andes, sobre los escoceses y los alemanes que trabajaban en los yacimientos y sobre el frío y el calor que se alternaban por encima de los tres mil metros. Los padres de familia regresaban a sus hogares a las once de la noche para la cena y dejaban a Ashley con el silencio, la cerveza caliente y María Icaza.

María Icaza era partera, practicante de abortos, maga, adivina, intérprete de sueños, alcahueta, exorcizadora. Era chilena e india, sin embargo había una sombra azul en su tez; decía ser «persa». El tono azulado se acentuaba en sus pesados párpados, que descendían sobre sus ojos como capotas. Decía tener más de ochenta años. Esta afirmación incrementaba su condición de autoridad; posiblemente tuviera unos setenta. Se sentaba contra la pared y reflexionaba sobre el crimen, la enfermedad, la locura y la muerte. Cada cierto tiempo sus clientes la consultaban o solicitaban alguna visita particular. Los parroquianos de Ashley acercaban de igual modo sus sillas hasta él. Ambos desarrollaban sus horas de atención al público en susurros. Ambos tenían perros que no se alejaban un metro de sus pies —Fidel en el caso de María Icaza y Calgary en el de Ashley—, buenos amigos ante la ausencia de otros mejores. Había pulgas en el suelo y mosquitos en el aire; una mínima reducción del calor podía percibirse en torno a las dos de la madrugada.

Intercambiaban saludos.

Ella dirigía a uno de sus clientes hasta la mesa de él; había que escribir una carta. El dirigía a uno de sus clientes hasta la mesa de ella; había que afrontar una crisis. Al final de la jornada jugaban a las cartas, con una montonera de guijarros entre ellos. A menudo no intercambiaban más de unas decenas de palabras en una hora. De cuando en cuando María Icaza se estremecía por un ataque de tos. La larga bufanda roja que apretaba contra su boca estaba moteada

de marrón oscuro por la sangre. Cuando sentía que se acercaba un acceso importante salía dignamente con Fidel al baño exterior, los espasmos de su agonía se oían en el largo silencio de la noche.

—¿Dónde te cogiste ese resfriado, María Icaza?

—Arriba; en las alturas de los Andes.

Su amistad crecía con sus silencios; estaba cimentada por su miseria; se alimentaba de la prevalencia de la pobreza en San Gregorio.

La segunda semana era «don Jaime», la tercera «Jaimito», la cuarta «mi hijo»[38]. Con frecuencia ella le echaba las cartas o estudiaba sombríamente las palmas de sus manos. Él le dijo que no creía en esas cosas. Ella respondió, utilizando un término vulgar, que eso no implicaba diferencia alguna para ella.

Una noche, en la tercera semana, ella puso su azulado dedo índice sobre una carta y esperó hasta que él la miró a la cara. María Icaza hizo el gesto de una soga en torno a su cuello.

Con una mirada interrogativa, Ashley se colocó la soga imaginaria en torno a su propio cuello y tiró del extremo con fuerza hacia el techo.

—No lo sé —contestó María Icaza malhumorada.

Una noche, cuando ella distribuía sus cartas, Ashley se lanzó:

—¿Cuántos hijos tengo?

—No me hagas esas preguntas. ¡Si dudas de mí, puedes salir y tirarte de cabeza en la mierda! Tienes cuatro o cinco hijos.

—¿Se encuentran bien?

—¿Por qué no iban a estar bien?

Una noche él comenzó a contarle toda su vida. Ella lo interrumpió.

—Lo que sucede no es interesante.

—¿Y qué es lo interesante, María Icaza?

—Dios —respondió ella señalándose la frente y dirigiendo luego su dedo hacia la de él.

María Icaza era cantante cuando su salud se lo permitía. El viejo Pablo casi nunca permitía a las prostitutas del pueblo frecuentar su distinguido bar antes de la medianoche. En ocasiones, cuando los

padres de familia se habían marchado a casa, otorgaba con un serio gesto permiso a una u otra de sus elegidas: Consuelo o Maridolores. Se les exigía que permanecieran sentadas formalmente con un vaso sobre la mesa.

A veces era un buen negocio. Maridolores, la más alegre, murmuraba:

—María Icaza de mi corazón, ¡una canción! ¡Una canción! Don Jaime, pídale a María Icaza que cante una canción.

Fidel parecía comprender lo que se pedía. Plantaba una de sus patas sobre el regazo de su dueña y solicitaba una canción. Ashley la miraba con afectuosa anticipación. El viejo Pablo colocaba un vaso de ron frente a ella con una inclinación.

María Icaza sacaba de pronto una voz de extraordinaria potencia y registro. Una estremecedora cadencia, «¡Ay!», llenaba la sala. Luego:

> «La encajera se sienta en su ventana.
> ¡Ciega! ¡Ciega!
> Péinate, pequeña.
> Queda por llegar mucha tristeza».

O:

> «¿Vais camino de Belén,
> hijos míos, mis hijas?».

Fidel miraba con impaciencia a un rostro y otro para asegurarse de que todos se levantaban ante tal privilegio. En el estribillo las chicas golpeaban los platillos del café con cucharillas. Maridolores taconeaba, sus pies resonaban como tambores. El farmacéutico vecino se despertaba, se vestía y se sumaba con su guitarra. La sala se abarrotaba. ¡Oh, qué espectáculo! ¡Qué pasión!… ¡Qué recuerdos! Una multitud se acumulaba en la calle. ¡Qué aplausos!

—María Icaza, bella: ¡canta!

Llegado un momento, Ashley susurraba:

—¡No cantes más, María Icaza! ¡Guarda el aliento, por el amor de Cristo!

La fiesta llegaba a su fin. Fidel se tumbaba, el hocico contra las medias de su dueña, lleno de placer. Una pasajera felicidad había descendido sobre San Gregorio.

María Icaza pidió a Ashley que le contara sus sueños. Respondió que no era capaz de recordarlos. Ella rio con desprecio.

En la cuarta semana ella dijo:

—Tienes mal aspecto. No estás durmiendo. Te contaré tus sueños. Tienes el sueño de la nada universal. Desciendes, desciendes hacia valles de nada, de tiza. Miras fijamente, miras fijamente pozos donde todo está frío. Te despiertas con frío. Piensas que nunca conocerás de nuevo el calor. Y no hay nada (nada, nada, nada), pero esta nada se ríe como dientes que entrechocan. Abres la puerta de un armario, de una habitación, y no hay nada ahí excepto esta risa. El suelo no es suelo. Las paredes no son paredes. Te despiertas y no puedes dejar de temblar. La vida no tiene sentido. La vida es la risa de un idiota… ¿Por qué me mentiste?

—No podía contárselos a nadie —contestó él con calma.

Salió del bar y permaneció un largo tiempo apoyado en el parapeto sobre las olas. Cuando regresó, María Icaza le indicó que se sentara a jugar a las cartas.

—¿No tienes nada que decir, María Icaza?

—Luego… ¡Juega!

Una hora más tarde dijo:

—Es natural que tengas estas pesadillas, mi hijo.

—¿Por qué es natural?

—Dios, en su bondad, te las envía.

Ashley esperó.

—No quiere que sigas siendo ignorante. Eres ignorante. Eres muy ignorante… Corta las cartas, quiero ver qué me cuentan.

Las extendió, aunque parecía que apenas las miraba.

—Tienes cuarenta y uno o cuarenta y dos años. —Recorrió su cara con un dedo—. No tienes arrugas aquí; de inquietud o

pensamiento. No tienes arrugas aquí; de la risa. Tu comprensión es la de un pequeño feto (un pobre y pequeño feto que da vueltas y vueltas) que trata de nacer. Cuando Dios ama a una criatura, quiere que esta conozca la mayor felicidad y la pena más honda; entonces puede morir. Quiere que conozca todo cuanto estar vivo puede ofrecer. Este es su mejor regalo.

Ashley bajó la vista y dijo en voz baja:

—He sido muy feliz.

Ella agitó las manos con desprecio sobre las cartas: el paisaje de la vida de Ashley.

—¿Eso? ¿Eso? ¿Felicidad? ¡No! ¡No! No existe felicidad si no se comprende todo. Tú eres una criatura a la que Dios ama; ama especialmente. Estás naciendo.

En ese momento tuvo un ataque de tos y se apretó la bufanda roja contra la boca. Cuando se recuperó introdujo la mano en un gran bolsillo prominente de su falda. Sacó un pequeño crucifico toscamente labrado en madera de espino.

—Antes de irte a la cama míralo despacio. Piensa en ese sufrimiento. No en los clavos. Los clavos no son importantes. Clavos hay en todas partes. Piensa en el sufrimiento ¡ahí! —Señaló el centro de la frente—. Él, que tenía en su mente cien mil San Gregorios y Antofagastas y Tiburones y… ¿de dónde vienes tú?

—Coaltown.

—Cien mil Coultones. Míralo, ponlo luego junto a tu cabeza cuando duermas. No tendrás más pesadillas. No hay felicidad para quienes no han conocido el horror y la nada.

Ashley lo tomó.

Colocó su mano sobre las de María Icaza y preguntó con suavidad:

—¿Has conocido la mayor de las felicidades, María Icaza?

Ella estiró de pronto la espalda. Elevó la barbilla. Miró hacia el exterior del bar, después lo miró a él con una débil sonrisa de desdén que quería decir: «Por supuesto que sí».

María Icaza recuperó el crucifijo de las manos de Ashley un momento. Señaló las gotas de cristal rojo que moteaban la figura

para representar la sangre. Lo miró.

—El rojo. El rojo. Mira el rojo. Los hombres, las mujeres y los niños te quieren por el azul de tus ojos. Pero hay un amor mejor que ese. El azul es el color de la fe. Pero el rojo es el amor; todo tipo de amor. Cualquiera puede ver que tienes fe. ¡También la tiene Fidel! La fe no es suficiente. Quizá, si tienes suerte, nacerás al amor.

Ashley bajó la voz y la mirada.

—María Icaza, ¡querida María Icaza! Si nazco de nuevo, si conozco lo mejor y lo peor, eso no podrá ayudar a mis hijos. Los crie cuando aún vivía en la ignorancia.

María Icaza sacudió una mano con violencia.

—¡Idiota! ¡Imbécil! Si Dios pretende entregarte sus mayores ofrendas es porque siempre las mereciste. —María Icaza nunca había visto una encina, pero citó el refrán español—: La encina está en la bellota. —Y continuó—: Si Simón Bolívar hubiera tenido un hijo con dieciséis años y hubiera muerto al día siguiente, este seguiría siendo el hijo del Libertador.

Ashley dejó de tener pesadillas. El mercante noruego llegó unos días más tarde. Ashley apenas tenía suficiente dinero para su pasaje, pero envió una petaca de ron al hospital para María Icaza. Incluyó junto a ella una tarjeta completamente roja. En los preparativos para la salida perdió el crucifijo.

En Antofagasta Ashley encontró alojamiento en el barrio obrero y se lanzó a planificar su campaña sin prisa. Desde las cinco de la tarde hasta bien pasada la medianoche permanecía, alternativamente, en el Café de la República y el Café de la Constitución, inclinado sobre uno u otro de los periódicos en alemán publicados más de mil kilómetros al sur en esa provincia de Chile que es un nuevo Wurtemberg. Estos cafés estaban en zona de cazadores de ratas; su presencia era arriesgada pero necesaria. A su alrededor, hora tras hora, los hombres hablaban de nitratos y de cobre. Pronto percibió a otro sujeto marginal que frecuentaba los dos cafés. El «Viejo Percival» era un desertor de los yacimientos, ex minero del nitrato, ex minero de la plata y ex minero del cobre. Había perdido un ojo a causa del amor o la dinamita y su mente

estaba emborronada por el vino y por el regreso una y otra vez a antiguas injusticias. Se aproximaba a las mesas de sus amigos más prósperos y esperaba que lo invitaran a un trago. A menudo se lo ofrecían; a menudo era rechazado, aunque nunca con aspereza. Se presentó a Ashley: «Roderick Percival, caballero, antiguo director general de la Fundición El Rosario. Inventor, caballero, del Sistema de Retorta Centrífuga Percival; que me robaron los hermanos Graham, lan y Robert, y no me importa quién me oiga decirlo». Era este el inicio de unas cincuenta horas de soliloquio. Ashley llevó a su invitado a bares menos metropolitanos. Escuchó una y otra vez su historia. Comenzó a sospechar que muchas de las lamentaciones estaban justificadas. De nuevo, su paciencia fue compensada.

—Señor Tolland, caballero, nunca trabaje en una mina que esté por encima de los tres mil metros de altitud sobre el nivel del mar. ¿Por qué acortar su vida, caballero? Nadie abre la boca para decir una palabra; ahorran aire. Ahí arriba los hombres se vuelven melancólicos. Un chaval se voló la tapa de los sesos en Rocas Verdes el otro día. No trabaje, caballero, en una mina que esté lejos de la línea de ferrocarril principal. No es posible irse de juerga. Porque además, hay algunas minas ahí arriba donde la conexión con la línea principal se cierra cuatro veces cada verano: las avalanchas. Los hombres terminan odiando el rostro de los demás… No trabaje en ninguna mina que no esté financiada por capital estadounidense. Esas son las buenas. Mire El Teniente. Parece que esté en un hotel de Saratoga Springs. Duchas de agua caliente, si quiere, día y noche. ¡Casas para los ingenieros casados! Por supuesto, el alcohol está prohibido, pero un hombre listo siempre sabe apañárselas. Y es que tienen un comedor cincuenta metros bajo tierra: bocadillos con carne y limonada. Mire Rocas Verdes: un montón de escoceses y suizos y alemanes. Tendrá suerte si consigue un cuenco de avena. Además muchos de los mineros son indios bolivianos: ni siquiera hablan español.

Ashley supo lo que tenía que hacer. Rocas Verdes era administrada por la Compañía Minera Kinnairdie. El representante en Antofagasta era Andrew Smith, quien, fuera cual fuera la

temperatura, vestía una chaqueta de alpaca abotonada hasta la barba de covenant[39]. Ashley necesitó toda su ecuanimidad para permanecer ante la afilada mirada de Smith… «James Tolland, de Bernis (Alberta)… ingeniero mecánico, deseoso de aprender la minería del cobre… la documentación de ciudadanía y los certificados académicos se perdieron por desgracia en el incendio de un hotel en Panamá… Carta de recomendación del doctor Knut Andersen, de los campos de petróleo de Salinas, en Ecuador…». Tolland entregó algunos diseños: equipamiento para una mina de carbón. Podía haberse ahorrado las molestias. Andrew Smith lo contrató inmediatamente, deteniéndose únicamente a preguntar por el estado de su corazón y sus pulmones. El trabajo de Ashley —para comenzar— era supervisar los dormitorios de los ingenieros y los mineros —calefacción, cocina, salubridad— y preparar la futura instalación de líneas eléctricas. Portaría una carta dirigida al doctor MacKenzie recomendándole que le ofreciera toda oportunidad posible para aprender los procesos de la minería del cobre en todas sus fases. Recibió instrucciones relativas a atuendo y equipamiento, así como el dinero para adquirirlos.

—La compañía —dijo Smith— desearía que pasara una semana en Manantiales. Está ligeramente por encima de los dos mil metros y lo preparará para altitudes superiores. Cuando venga esta tarde a firmar el contrato, le daré una carta para la señora Wickersham. Dirige un hotel en Manantiales: su Fonda[40], el mejor hotel de América del Sur. Puede ser que lo acepte y puede ser que no. Así es ella. Sale un tren el viernes a las ocho y, si no sale el viernes, sale el sábado. Cuando llegue a Rocas Verdes escríbame una vez al mes con todo lo que necesite.

Ashley planteó sus dudas a Roderick Percival. Inicialmente Percival se mostró evasivo tanto en lo concerniente al doctor MacKenzie como a la señora Wickersham. Aparentemente había sufrido a manos de ambos: lo habían despedido de las minas de Rocas Verdes y lo habían expulsado de la Fonda. MacKenzie estaba loco; había vivido «allá arriba» demasiado tiempo; tenía una mente cerrada; pensaba que lo sabía todo: era orgulloso como un babuino.

La señora Wickersham era una «tártara»; dirigía el hotel como si fuera su propia casa… Entrometida: una chismosa que metía a la gente en problemas… Le gustaba llamarse a sí misma «el periódico de los Andes»… Conocía todas las historias de los años setenta y ochenta; terriblemente aburrida, siempre repitiendo lo mismo una y otra vez. Percival la conoció cuando no era más que cocinera de un grupo de buscadores de esmeraldas. No obstante, tuvo un momento de sentido común: estableció su hotel en el único lugar agradable del norte de Chile. No solo tiene las aguas termales, sino también el único río verdadero en cientos de kilómetros… «No hay arroyos por aquí, señor Tolland. No llueve. Hay niños de ocho años en Antofagasta que nunca han visto una gota de lluvia. Ni siquiera los cactus pueden crecer por aquí… Claro, sí, claro, la nieve y el hielo de ahí arriba se funden en los extremos y forman grandes corrientes, pero no llegan lejos. Son succionadas hacia arriba por el sol y hacia abajo por el suelo. Vamos, no tendríamos agua en Antofagasta si Peter Wessel no hubiera construido esa canalización. Un danés… buen amigo mío. Quería tener los Jardines de Tivoli aquí, como tienen ellos en Copenhague. No es tanta locura como parece. Con todo ese nitrato en el suelo las rosas crecerían hasta el cielo. Lo único necesario es agua y sombra. Y la señora Wickersham tiene todo eso en Manantiales. Alimenta a sus huéspedes con verduras que ganarían el primer premio en cualquier feria rural de Estados Unidos. Alimenta sus hospitales y orfanatos con ellas también… Me apuesto cualquier cosa a que dirige sus instituciones como hace con el hotel. "¡Fuera! No me gusta tu cara. Búscate unas muletas; te quiero fuera de este hospital en veinte minutos"».

Durante las semanas que pasó en Antofagasta, Ashley se paseó a menudo por la ciudad tras la caída del sol, tal y como había hecho en Nueva Orleans y en un puerto tras otro a lo largo de su viaje. Pero en Antofagasta, como si una venda hubiera caído de sus ojos, únicamente veía pobreza, hambre, enfermedad y violencia. Las tiendas y las casas permanecían abiertas a la calle. Al inicio de la noche el aire estaba colmado de risas y palabras de cariño. Los vínculos familiares parecían portar una calidez desconocida más al

norte. Pero hacia la medianoche el humor cambiaba. Ashley ya no se escondía de estas escenas y sonidos, estos golpes e insultos. Incluso los buscaba, como si hubiera algo que aprender de ellos: alguna respuesta a ese persistente «¿por qué?». Nunca había sido un hombre reflexivo. No tenía vocabulario ni gramática con la que reflexionar sobre estas cuestiones, excepto aquellas palabras que tanto tiempo atrás había repudiado: los sermones pronunciados en la iglesia metodista de Coaltown. Comenzó a tener miedo —¡un Ashley temeroso!— de no conocer nunca nada, de alcanzar el final de su vida «tonto de remate». Un ejemplo, la omnipresente violencia contra las mujeres:

Con dificultad, trató de recordar una noche en Salinas y algunos comentarios del doctor Andersen. Habían jugado a las cartas bajo la tienda de mosquitera en esa casa elevada sobre pilotes de la costa. Era la fiesta de un santo popular y podía oírse el clamor de las festividades en el lejano barrio obrero. Uno de los jugadores hizo una broma sobre todas las mujeres que serían apaleadas esa noche. El medico, hablando secamente y con precisión, dijo:

—Los hombres no nos pueden golpear. Somos extranjeros, increíblemente ricos, semidioses. No pueden pegar a sus capataces… aunque de vez en cuando les pueden tender una emboscada y matarlos a tiros. Se golpean los unos a los otros, pero no ponen todas sus energías en ello. Saben que están atrapados en la misma ratonera de desesperación. En cambio pueden golpear a quienes tienen más cerca. Los golpes están destinados a sus circunstancias, al destino, a Dios. Me alegro de poder decir que ni siquiera el marido y el padre más desgraciado golpea a sus seres queridos en los ojos o en el estómago: esos golpes requieren dos implicados, dos; alguien tiene que mantener estirada a la encogida víctima. Pedro no permitiría que otro hombre tocara sus tesoros.

—Pero… —recordaba Ashley haber dicho, vacilante— estos hombres están borrachos.

—Esa es una explicación demasiado sencilla, caballero. Son padres y maridos consagrados. Beben para ser crueles, para liberarse y poder atacar a Dios.

—No lo entiendo.

El juego continuó. Ashley preguntó:

—¿En Europa pegan a las mujeres y los niños?

—¿Quiere decir en Dinamarca? ¿En mi casa?… ¡Oh, señor Tolland! Nosotros, los hombres civilizados, tenemos formas de tortura más refinadas.

—¿Qué?… ¿Cómo?

—Le toca repartir, Smithson… El sufrimiento es como el dinero, señor Tolland. Circula de mano en mano. Entregamos lo que tomamos… Le toca repartir, señor Smithson.

Más tarde el doctor Andersen dijo algo como «a veces la cadena se rompe».

En Antofagasta la angustia de Ashley crecía por los incesantes encuentros con personas que se parecían a los miembros de su familia. En un primer vistazo estas mujeres menudas, dobladas y vestidas de negro no guardaban parecido alguno con Beata, pero ocasionalmente un gesto o una palabra la recordaban. Como la de ella, sus vidas giraban en torno a un hombre de talante impredecible, que traía el pan a casa, que dormía junto a ellas: un hombre ocupado en sus propios intereses, lejos de su eterna cocina; criaban hijos, envejecían. Veía a una Lily particular. Roger lo miraba con aspereza y salía disparado. Compraba zumos a Sophias. Otras Sophias lo atendían en los restaurantes. Jugaba a las damas con una Constance. Con más frecuencia se encontraba con una Eustacia Lansing.

La llegada del tren a Manantiales estaba prevista para las cuatro, cinco o seis de la tarde: entre ocho y diez horas para recorrer ciento treinta kilómetros. Durante un tiempo se inclinaba alegremente sobre la llanura, luego se arrastraba montaña arriba en zigzag. Apenas era capaz de avanzar sobre puentes largos y enjutos. Realizaba largas paradas en pueblos que parecían resucitar al aproximarse: poblaciones abrasadas por el nitrato y agolpadas en torno a un depósito de agua cuyas filtraciones e intermitente sombra habían alimentado un pimentero. En cada parada todos los pasajeros bajaban de los vagones. El maquinista, los fogoneros y el revisor aceptaban tomar un trago o dos con el jefe de estación. Hora

tras hora el paisaje se hacía cada vez más impresionante. En el fondo de los barrancos el Océano Pacífico se convertía en una vasta fuente. Las cimas se acercaban y parecían inclinarse sobre el tren. Ashley había visto el Chimborazo desde Guayaquil, elevándose hasta cerca de seis mil quinientos metros sobre el nivel del mar («¡Beata tendría que ver esto! ¡Los niños tendrían que ver esto!»), pero estas eran las montañas de Chile, suyas: en adelante, suyas.

Los bancos de madera del tren comenzaron a llenarse mucho antes de la salida. Ashley encontró un espacio entre una gran familia. No intercambió palabra alguna con ellos tras el primer saludo formal. Leyó o simuló dormir. Algunos vecinos habían llegado para despedir a la familia y pronto supo los nombres de quienes lo acompañarían durante el viaje: la viuda Rosa Dávilos y María del Carmen, de dieciséis años, Pablo, Clara, Inés y Carlos. Los vecinos también vestían de negro y estaban acompañados por sus hijas. (Existe un proverbio: «Una hija es una calamidad familiar»). Cada uno trajo un pequeño regalo en forma de comida; aceptados tras escenas tan largas de sorpresa y protesta que poco aliento les quedó para los agradecimientos. Cuando el tren finalmente inició su marcha, todos se persignaron devotamente y la viuda se vio impelida a someterse a la voluntad divina por vigésima vez; una obligación que Ashley sabía que denotaba una última entumecedora demanda de fortaleza.

La familia miraba cada cierto tiempo al caballero. Pronto asumieron que tan eminente personaje no mostraría interés alguno en su conversación, si es que era capaz de comprender el dialecto en el que se comunicaban. La viuda se envolvió en un manto de desolación y apoyó la mejilla contra el marco de la ventana. El hijo mayor, sentado frente a Ashley, mantenía una sombría mirada al frente, encerrado en sí mismo y desdeñando el parloteo de mujeres que lo rodeaba. Los hijos menores comenzaron a gimotear tratando de obtener la comida que estaba apilada en el regazo de Clara. Clara, de catorce años, parecía ser la subalterna de su madre. Una hora más tarde los niños aún se quejaban de hambre. Finalmente su madre abrió los ojos y exclamó: «¡Comed!». Clara dividió la comida

en cinco porciones y entregó a Inés y a Carlos su parte. Los cuatro miembros de más edad de la familia negaron tener hambre. Los gestos de sacrificio se transformaron en una amarga lucha. Pablo urgió a su madre a comer. En tonos de exasperación histérica ella le ordenó comer. María del Carmen no tenía apetito.

—Dios Santo, ¡por qué me habrás dado estos hijos!

—Mamá —dijo Clara suavemente—, has tirado el bolso. Aquí lo tienes.

—¡Mi bolso! ¡Pesa mucho! ¡Guárdalo!

—Sí, Mamá.

A mediodía los niños tenían hambre de nuevo. Clara les contó largas historias inconexas sobre el Niño Jesús. El visita las habitaciones en las que duermen los niños pequeños. Hace hombres a los niños y a las niñas bellas, tan bellas… Entonces, en voz muy baja, les habló de la maravillosa vida que les esperaba en Manantiales.

—¿Sabéis lo que significa Manantiales? Significa que el agua sale directamente de la tierra. Sale caliente y sale fría. Y sale por todas partes; mires donde mires. Y Abuela dirá: «Sal al jardín, Inés de mis ojos, y tráeme unas rosas para ponérselas a la Madre de Dios». ¿Os acordáis de lo que dijo Abuela cuando vino a ver a Papá antes de que él subiera al cielo? Dijo que había una dama inglesa en Manantiales que tiene escuelas para las niñas y que cogería a Carmencita de lavandera y, quizá, a mí de enfermera, y que llevaríamos dinero, ¡dinero!, a Mamá cada Sábado del Señor. Esta dama inglesa, cuando una chica quiere casarse, ¡le da una cama y una plancha!

—¿Y zapatos, Clara?

—Oh, sí, zapatos… y el hombre se casa con ella.

—¿Hace algo por los chicos?

—¡No me estás escuchando! Cuando vea a Pablito, dirá: «¡No sé qué he hecho para que Dios sea tan bueno conmigo! ¡Me estaba volviendo loca buscando un chico honrado y fuerte para hacerse cargo de mis mulas y caballos!». Y cuando Carlos crezca dirá: «He estado observando a ese Carlos Dávilos durante un tiempo. Tengo

planes para él».

En ese momento la viuda Dávilos abrió los ojos, se inclinó y le dio a Clara una sonora bofetada.

—¡Mamita![41]

—¡Cierra la boquita! ¡Llenar a los niños con esas estupideces! Tú y tu dama inglesa y tus planchas y tus zapatos… ¡Diles que no tenemos de qué vivir! ¡Diles eso!

—Sí, Mamá.

Se distribuyó de nuevo la comida. María del Carmen aceptó su parte. Clara colocó una porción sobre las rodillas de Pablo. Sin apenas avanzar, el tren atravesaba un gran puente sobre pilotes. María del Carmen se cubrió los ojos con las manos, temblando. Su madre la miró con rabia y repentinamente le retiró las manos de la cara.

—¡No seas tonta, niña! ¡Mira ese barranco! ¡Míralo! Sería mejor para todos si nos cayéramos en ese foso.

Clara miró severa a su madre y se persignó. La viuda se sintió ofendida.

—¿Qué significa eso, asquerosa?

—Mamá, lo que más queremos en este mundo es que vivas.

—¿Para qué? Dímelo, ¿para qué? Tu padre no nos ha dejado nada. Nada. Nada. Tu abuela no puede hacer nada por nosotros. Tu tío Tomás es poco menos que inútil. Ya tiene tres mujeres en la casa. Ya sabéis dónde acabaron los hijos de Ana Romero. ¡Lo sabéis!

—Estoy dispuesta a mendigar, Mamá. Me llevaré a Inés y a Carlitos conmigo. Ellos pueden cantar. —Su madre volvió a abofetearla con fuerza. Clara continuó sin pestañear—. Dios no odia a los mendigos; Él solo odia a las personas que no dan nada a los mendigos. Si Papá no nos dejó nada, era la voluntad de Dios.

—¿Qué dices? ¿De qué hablas?

—Si Papá se cayó y se hirió la cabeza, era voluntad…

—Tu padre era un santo, ¡todo un santo!

Pablo lanzó una mirada de rabioso desprecio a su madre.

—¿Por qué me miras así? ¡Tú! ¡Tú! Tú nunca apreciaste a tu padre. ¡Nunca! ¡Oh! ¡Si resultaras ser una décima parte del hombre

que tu padre fue, sé de alguien que estaría muy sorprendida!

—¡Mamá! —susurró Clara.

—¡No me digas «Mamá»!

—Mamá, recuerda que le dijiste a sor Rufina lo orgullosa que estabas de Pablito. Dijiste que era el chico más hombre del barrio.

—¡Tú!

Pablo se levantó y exclamó a voces:

—¡Papá era estuuuuúpido!

—¡Oh, ángeles del cielo, escuchadlo! Estuve casada con tu padre veinte años. Traje al mundo nueve hijos suyos. Era la mujer más feliz de Antofagasta.

—¡Tú eras feliz! ¡Tú eras feliz!… ¿Nosotros, éramos nosotros felices?

Rosa Dávilos iniciaba su respuesta cuando Clara les dijo a todos, profundamente seria:

—Papá nos está viendo.

Ashley se secó la frente. El único sonido que emitió fue un ligero gemido. Le parecía estar soñando, es decir: presenciando uno de esos dramas en diez actos en los que somos de forma simultánea hechizados espectadores, protagonistas y desconocidos autores. Un cuarto de hora más tarde sus ojos se encontraron por casualidad con los de Rosa Dávilos. Al mirarlo, expresiones de sorpresa y miedo recorrieron el rostro de la viuda. Se estiró y asumió el aire de una gran dama. Cuando los pasajeros descendieron en la siguiente estación, desplazó a su familia a otro vagón. Ashley caminó por la única y asolada calle del pueblo. Se detuvo junto al depósito de agua y el pimentero. A intervalos oía los sonidos de las explosiones en la llanura: la dinamita quebrando la superficie para extraer el nitrato, que cruzaría los mares para equipar los instrumentos de la muerte y fertilizar las cosechas. «La vida no da segundas oportunidades —pensó—. ¿Es esto lo que significa envejecer… ver cada vez con más claridad aquello que fuimos incapaces de ver?». Cuando regresó al tren se encontró en medio de otra familia: un grupo tan grande que llenaba varios bancos. Todos estaban ligeramente borrachos. Celebraran el santo de una anciana que permanecía sentada frente a

él con una risita somnolienta. De vez en cuando sus hijos y nietos se inclinaban y la abrazaban, exclamando ruidosos: «¡Mamita, tesoro! ¡Abuelita, querida!». Los hombres le ofrecían bebidas. Se presentaron y él mostró sus respetos a la vieja señora. Es la diversidad de la vida la que dificulta el pensamiento. Muchos filósofos jóvenes han estado cerca de comprender la problemática del sufrimiento, pero ¿qué sabio es capaz de lidiar con la de la felicidad?

En Manantiales alquiló una habitación en el barrio obrero. Su depresión se disipó. Era joven; se encontraba bien; había huido de sus perseguidores. Por primera vez en un año estaba en un clima templado; las noches eran frías. Lo mejor era que estaba activo. Reparó el humero de la cocina de su patraña; sacó del letargo a su hijo y juntos limpiaron el depósito del agua. Cantaba. Se hizo útil en el barrio y lo invitaron a cenar. ¡Imagínense a un caballero ensuciándose en tareas como esta! Era «don Jaime» aquí y «don Jaime» allá.

Se comentó posteriormente que los hijos de los Ashley eran lentos en su maduración. Lo eran, pero ninguno tan ridículamente lento como su padre. El principal daño en tanta rapidez o lentitud parece ser que el niño en crecimiento puede saltarse, escatimar o prolongar en exceso una u otra de las fases en continua mutación a las que —por expresarlo de algún modo— tienen derecho los jóvenes. John Ashley, de Pulley's Falls (Nueva York), se había visto a sí mismo como el joven Alejandro que conquista un país tras otro, pero no había sido el chico que entrega su vida a trabajar entre leprosos; había sido el caballero cruzado de la literatura, pero no se había visto como el estadista que corregirá todas las injusticias de orden social. Había sido un rebelde solo hasta el punto de erigir una muralla entre él y unos padres que lo adoraban, y de rechazar los ídolos de estos. En la facultad de Ingeniería se había declarado con calma ateo, solo para someterse a una superstición más deplorable: sentía con certeza que alguna entidad velaba por él; las catástrofes se precipitaban sobre otras personas, pero no sobre él; las circunstancias se apresuraban a ofrecerle cualquier cosa que deseara.

Por encima de todo ello, apenas había superado esa fase de la adolescencia tardía en la que todo joven es un filósofo amigo de las discusiones. Ashley sufría tardíamente en Manantiales penas que debiera haber soportado veinte años antes. Por la noche se subía a la azotea de su posada y miraba las estrellas entre los macizos. Como otro joven de un libro situado a miles de kilómetros de distancia, pensó: «En la infinidad del tiempo, de la materia, del espacio, se forma una célula orgánica, se sostiene un momento, después estalla… Esa célula soy yo»[42].

Otro recuerdo de su vida anterior regresó para atormentarlo: la relación con sus padres. John Ashley se había fugado con Beata Kellerman el día posterior a su graduación de la facultad de Ingeniería de Hoboken (Nueva Jersey). Sus padres habían viajado desde Pulley's Falls (Nueva York) para estar presentes en la ceremonia. Lo habían visto recibir todos los honores, premio tras premio. Al día siguiente regresaron a su hogar; él debía seguirlos en una semana. En Navidad les envió una postal sin remitente. Nunca les escribió, aunque pensó hacerlo ante la felicidad que sintió con el nacimiento de Lily. Sin resentimiento y con escasos motivos para este, tanto él como Beata habían roto la relación con sus familias. Durante los años posteriores este comportamiento no había provocado pesar o remordimiento alguno a John Ashley. Solo entonces, cuando su atención estaba tan insistentemente centrada en la vida familiar que lo rodeaba, comenzó a preguntarse con ansiedad en qué se había equivocado. ¿Era un hijo antinatural? ¿Había esta «antinaturalidad» ejercido una influencia dañina en la vida de su propia familia? ¿Desparecerían sus hijos en su debido momento —independientes y sin afecto— entre la multitud? ¿Había fallado algo en la vida diaria de Los Olmos? ¡Pero habían sido diecisiete años de amorosa felicidad!

En ese caso, ¿por qué había respondido María Icaza con desdén a su afirmación de haber vivido una vida feliz?

Su padre había sido un hombre ilustre, un líder de la comunidad, el presidente del banco de Pulley's Falls. John era hijo único, aunque recordaba que sus padres habían perdido dos hijos en

la infancia, dos niñas, antes de que él naciera. Su padre había sido taciturno y poco expresivo, quizá como reacción a la efusividad de su esposa. Su madre lo idolatraba, lo adoraba. Incluso en el ámbito religioso, estas emociones a menudo ocultan un contrato nunca expresado. La adoración de un ser humano, disfrazada de humildad, implica importantes derechos y es un intento de posesión. John tenía buena disposición, el rechazo de las exigencias de su madre nunca tomó la forma de la exasperación. Simulaba no ser consciente de ellas. Tenía en su propia vida un ejemplo del amor que amplía la libertad; los veranos que pasó en la granja de su abuela Ashley fueron los días más felices que llegaría a conocer. Recordó que su padre tenía un rasgo que en su momento le había parecido embarazoso pero sin importancia. Su padre había sido avaro: un avaro clandestino. Su casa se mantenía con comodidades; hacía sus contribuciones a la iglesia; pero cualquier solicitud de tipo económico que superara su preciso presupuesto lo torturaba. Su mujer dedicaba gran parte de su tiempo e inventiva a tratar de ocultar el alcance de su idiosincrasia a los vecinos, pero circulaban historias de complejas maniobras para ahorrar ¡un mísero centavo! Por primera vez Ashley se vio sacudido por la conciencia de que su padre era rico, posiblemente muy rico. Además de su trabajo en el banco, se dedicaba constantemente a comprar y vender granjas, casas y tiendas. En ese momento, en Manantiales, Ashley fue consciente de que se había esforzado en ser lo opuesto a su padre y que su vida había sido tan equivocada como la de este. La raíz de la avaricia está en el miedo a lo que las circunstancias puedan traer. El opuesto al avaro no es el derrochador de la parábola —el hijo pródigo que malgasta su sustento en una vida desenfrenada— sino la cigarra que despreocupadamente canta durante todo el verano. Ashley había vivido sin miedo y sin criterio.

Gruñó violentamente. «¿Es esto la vida de familia? ¿Son los niños deformados en su crecimiento por esos padres que fueron en diversos modos retorcidos por la ceguera, la ignorancia y las pasiones de sus propios padres? ¿Los errores propios empobrecen y mutilan a los hijos? ¿Es esta la infinita cadena de las generaciones?».

La maravillosa abuela de Ashley había sido una excéntrica. Él conocía muy poco de su vida previa. Había nacido católica romana en Montreal. Al casarse con su abuelo, un agricultor de poca monta que cultivaba una tierra rocosa, había asistido a la iglesia metodista de este. Ella lo había convencido para desplazarse unos ochenta kilómetros al sur para encontrar suelo más fértil. Pero algo había fallado entre ellos. Ella se había sumado a una de esas peculiares sectas religiosas —de ascética rigidez, aunque dadas a emocionales encuentros al aire libre y a «hablar lenguas»— que prevalecían particularmente en el norte del estado de Nueva York. Su marido la había abandonado para buscar oro en Alaska. Ella gestionaba la granja sola con la ayuda de una sucesión de poco fiables «brazos» y desarrolló su extraordinario don para tratar animales. Era tozuda e inagotablemente activa; profusa en el trabajo, pero no en las palabras de amor. Había enviado a su hijo a una pequeña universidad, en la que se graduó para convertirse en el banquero de Pulley's Falls; para vivir en ese mundo de insignificantes triunfos y continuo pavor que es la vida de un avaro. Desde entonces no mantuvieron ningún vínculo amistoso. ¿Habían sido las propias virtudes de ella transmutadas en la avaricia de su hijo?

¿Es esta la infinita cadena de las generaciones?

Durante aquellos veranos su abuela lo había llevado a los encuentros para el rezo de la tarde de los miércoles en su iglesia. Lo sorprendió la ausencia de predicador. Algunos se sentaban, otros permanecían de pie, aun otros se arrodillaban. Se producían prolongados silencios. Tarareaban cortos himnos. Había breves peticiones de paciencia, de encontrar la muerte, de luz. En adelante todas las iglesias le parecerían triviales a John Ashley, que había conocido esta urgencia por abandonar la individualidad. Los presentes parecían estar esperando a que su abuela iniciara el rezo. Tras su discurso la reunión se daba por concluida. Se ponía en pie y se dirigía a Dios sin cerrar los ojos. Hablaba con un fuerte acento francés que, cuando se expresaba con profundo fervor, se convertía en prácticamente ininteligible. En muchas ocasiones su contribución era breve. Su mente se dirigía siempre hacia la planificación divina

del universo. Pedía que le mostrara su parte en ella. Se quejaba de la lentitud de Dios en completar su creación. Le pedía a Dios que fuera misericordioso con aquellos que por crueldad o ignorancia habían interferido con su magnífico designio. El aire de la sala se cargaba de energía eléctrica. No había duda, era su crueldad e ignorancia, la suya propia, la que la lastraba, pero cada uno de los asistentes la asumía como propia. Se producían murmullos, incorporaciones y arrodillamientos y se tapaban los ojos. John no podía entender por qué su abuela hablaba de ese modo. Era la persona más perfecta que jamás había conocido. Finalmente ella se consolaba y la congregación hacía otro tanto en la convicción de que Dios convierte incluso nuestros defectos a sus propios fines. Siempre terminaba diciendo: «Cantemos, "Ven Espíritu Santo y haz en mi tu hogar"».

Fue entonces cuando la comprendió, tumbado en la azotea de la posada mirando las constelaciones. Estaba agotado y se durmió.

El impulso a su crecimiento llegó cuando sintió la necesidad de admirar a alguien. Sus pensamientos regresaban a esa señora Wickersham. Visitó su hospital, su orfanato, su escuela de costura para ciegos. Los dos primeros eran instituciones municipales, pero la ciudad, las monjas y los pacientes no tenían duda de que eran de ella. Ashley no se había presentado con la carta de Andrew Smith en «el mejor hotel de América del Sur»; la Fonda era terreno de los cazadores de ratas. Vio a la señora Wickersham a lomos de su caballo negro por las calles de la ciudad —erguida, investida de autoridad, con el cabello gris acero reunido en un moño bajo y tocada con su sombrero español de ala ancha, una rosa en la solapa — haciendo sus compras y visitando sus instituciones. Los tenderos se precipitaban a la calle a besar su mano; los hombres quedaban con la cabeza gacha y atentos mientras ella los arengaba. Hablaba la lengua de los obreros aún mejor que él. Se reía. Todos a su alrededor reían. Ashley en rara ocasión reía; no despreciaba la risa, pero le parecía estar impulsada por digresiones sin importancia que retrasaban las sobrias ocupaciones de la vida. La señora Wickersham despertó su curiosidad y se preparó para admirarla. Indagó las horas

en las que estaba ausente de su hotel. Una mañana se presentó en la puerta de la Fonda y pidió verla. Lo informaron de que había salido. Caminó junto al joven asistente hasta la recepción y dijo que la esperaría.

Numerosos conquistadores decidían terminar sus días en el Nuevo Mundo. Es difícil creer que no desearan regresar a esa España de poderosa compulsión: a Vizcaya, madre de los marinos, incluso a Extremadura, cuyas bellezas no le son reveladas al impaciente. Se asentaban en América, se construían una vivienda y engendraban niños de grandes narices. Pero habían abandonado un entorno que les era aún más cercano que sus lugares de origen y la tierra que los adoptaba: los océanos que habían cruzado y vuelto a cruzar en tantas ocasiones. Sus nuevas viviendas eran blancas por dentro y por fuera, con una excepción: las paredes de los vestíbulos eran pintadas de azul desde el suelo hasta la altura de un hombre; la porción inferior de las cuatro paredes era azul marino, el color del mar en un día de sol y brisa ligera. La señora Wickersham había llevado consigo también el mar y el horizonte a su recepción. Colgado del techo, sobre una mesa central, descansaba un modelo de un galeón de siglo XVI. En la pared —aunque ella era una presbiteriana beligerante— había situado un enorme crucifijo lijado por el tiempo. A través de la puerta abierta y las ventanas, la exuberancia del jardín amenazaba con inundar la habitación con una marea multicolor. Para Ashley la función de una habitación era su utilidad; nunca se le había ocurrido que pudiera ser bella. Él, que carecía de tantas cualidades —sentido del humor, ambición, vanidad, reflexividad—, nunca había distinguido una categoría para lo bello. Algunas imágenes de los calendarios publicitarios lo habían agradado. En la facultad habían alabado la «belleza» de sus diseños de maquinaria. Recordamos cómo en su huida a través de Illinois se había visto sobrecogido por la belleza del amanecer y más tarde por el Chimborazo y los picos chilenos. Se sentó en una silla de respaldo alto y miró a su alrededor. Percibió una extraña sensación en la garganta: sollozó. Sus ojos se detuvieron en la exhausta y sumisa cabeza situada en la pared frente a él. El mundo tiene un espacio

para la crueldad, el sufrimiento y la confusión, pero hombres y mujeres pueden superar la desesperación creando objetos bellos, emulando la belleza de la primera creación.

Se dormía y se despertaba continuamente. Lo sobresaltó abruptamente una cortante voz. La señora Wickersham lo miraba desde la puerta. Habló con agresividad militar:

—¿Quién es usted?

John Ashley se levantó inmediatamente.

—¿Está James Tolland alojado aquí? —preguntó.

—¿James Tolland? No conozco a ese hombre.

—Esperaba que estuviera aquí, señora Wickersham. Volveré después. Gracias, señora. Que tenga un buen día.

Al día siguiente continuó su viaje. Tuvo su primera hemorragia nasal a tres mil metros de altitud. Se tumbó en el suelo del vagón. Se reía en silencio y la risa lo dañaba. En el cruce hacia Rocas Verdes salieron a su encuentro dos indios que hablaban español. La línea que conectaba con el ferrocarril estaba cortada por una avalancha; debían continuar a lomos de mula. Avanzó durante cinco horas, medio dormido, y pasó la noche en una cabaña junto al camino. Llegó a las minas el mediodía siguiente y el médico holandés le ordenó guardar cama durante veinticuatro horas.

En repetidas ocasiones se despertó con el olor de las violetas y la lavanda. La ropa de su madre mantenía la fragancia de los sobrecitos de violetas que su marido le entregaba cada Navidad. Beata había cultivado parterres de lavanda en Los Olmos; la ropa de Beata y las sábanas de la casa olían a lavanda (sin coste alguno). A veces la habitación de Ashley se llenaba de gente. Su madre y su mujer se situaban a ambos lados de la cama y remetían con firmeza los extremos de la manta bajo su cuerpo. Nunca se habían visto, pero parecían haber alcanzado una cercana comprensión mutua. La manta pesaba sobre su pecho. Sus rostros permanecían serios.

—No irás a clase mañana —decía su madre en un susurro—. Le escribiré una nota al señor Shattuck.

Tiró de la manta para liberarse.

—Mamá, no soy una momia.

—¡Sss, cariño, sss!

—Creo que vamos a disfrutar esto —dijo Beata.

—¡Siempre dices eso!

—Anda, duérmete, cariño.

—¿Dónde están los niños?

—Estaban aquí hace un minuto. No sé dónde se habrán metido.

—Quiero verlos.

—¡Sss, sss! Duérmete, venga.

Se despertó más tarde cuando Eustacia Lansing entró en la habitación. Vestía uno de esos extravagantes vestidos en ciruela y rojo que sugerían flores tropicales y frutas entre el follaje verde y profundo. Ahí estaba el fascinante lunar bajo su ojo derecho. Comprobó por enésima vez que uno de sus ojos era verde azulado y el otro era color avellana con tendencia al marrón oscuro. Como sucedía tan a menudo, parecía incapaz de controlarse; alguna carcajada, alguna broma reprensible estaba a punto de sacudirla.

John Ashley se había impuesto como norma no dejar que sus pensamientos se detuvieran en Eustacia Lansing. Todo lo que permitía a su mente era el disfrute de una mirada, un mínimo roce. Pero la altitud juega extrañas pasadas a un hombre.

—¡Stacey! —gritó, y comenzó a reír hasta que le dolieron los costados.

—Esto no está tan alto —dijo ella en español—. Los niños quieren ir aún mucho más arriba.

—¡Stacey, tú no sabes hablar español! ¿Dónde lo aprendiste?… ¿Niños? ¿Qué niños? ¿De quién?

—Nuestros niños, Juanito. Los nuestros.

—¿De quién?

—Tuyos y míos.

Él se reía tanto que a punto estuvo de caerse de la cama. Las puntas de sus dedos rozaban el suelo.

—Nosotros no tenemos hijos, Stacey.

—¡Asno! ¡Cómo puedes decir algo así! ¡Tenemos muchos, tantos, y lo sabes!

Silenciado repentinamente, preguntó dubitativo:

—¿Los tenemos? Solo te besé una vez y Breck estaba justo a tu lado.

—¿De veras? —dijo ella con una extraña sonrisa en el rostro—. ¿De veras? —Y salió cerrando la puerta.

En esta historia ha habido un cierto análisis de la esperanza y de la fe. Es demasiado pronto para hablar del amor. La última gracia en aparecer todavía está emergiendo de la materia primaria. Sus numerosos aspectos se mezclan confusamente: crueldad con compasión, creatividad con caos. Puede ser que tras muchos miles de años lo veamos «clarificarse», como se dice del vino turbio.

Sus compañeros eran hombres resentidos. Habían dejado atrás sus países y familias —habían abandonado la propia vida familiar— y recorrido miles de kilómetros para vivir en un clima apenas soportable; todo para hacer fortuna. Pero las fortunas mineras se habían logrado en los años setenta y ochenta; en el nuevo siglo las fortunas de las minas eran amasadas por hombres que comían carne cada noche junto a los blancos hombros de mujeres enjoyadas (estas eran las imágenes que obsesionaban a los estertorosos soñadores de Rocas Verdes). El principio de economización de esfuerzos prevalecía en la montaña, incluso en la comunicación. Las propias partidas de cartas se desarrollaban entre gruñidos y gestos con los dedos. Esto no se debía por completo a la escasez de oxígeno; sus propias formas de ser estaban vinculadas al mineral de cobre. La indolencia es un mineral viscoso. A ojos del doctor MacKenzie eran todos (excepto el médico de las minas) excelentes trabajadores, pero la pereza no es incompatible con una diligencia limitada. La indolencia alimenta el odio hacia uno mismo y hacia los demás; este odio pendía del aire de la cantina. Ante la necesidad de ahorrar esfuerzos, en rara ocasión se manifestaba. Una o dos veces al año un hombre estallaba de pronto en alaridos, cargado de animadversión hacia otro, o perdía la cabeza, lanzándose a pegar puñetazos y rodando por el suelo. El doctor Van Domelen les administraba entonces sedantes. El doctor MacKenzie, a quien iban a buscar a su

cabaña, salvaba el honor del desgraciado: «Lo cierto es que todos hemos estado trabajando muy duro, especialmente tú, Wilson. Has estado haciendo un espléndido trabajo, espléndido. ¿Por qué no te bajas a Manantiales una semana? Quizá la señora Wickersham te admita. Si no tiene una habitación libre, te dejará ir a cenar».

Ashley era el más joven, salvo por el doctor Van Domelen, de la cantina. Los veintidós ingenieros disfrutaban mirando por encima del hombro su juventud, arqueaban las cejas con complicidad al observar el entusiasmo y la iniciativa del novato, y despreciaban las tareas que desempeñaba. Lo consideraban el «sirviente». Estaba un nivel por encima del cocinero chino.

¿Por qué permanecían estos hombres en Rocas Verdes? Al iniciarse el nuevo siglo, las minas de todo el mundo buscaban ingenieros frenéticamente. Diecinueve meses más tarde, una vez entablada su gran amistad, Ashley planteó la cuestión a la señora Wickersham.

—Bueno, los ingenieros de minas son un grupo peculiar. Aman el mineral y nada más. Pueden pensar que desean la riqueza que este les promete, ¡pero no!, aman el metal. Aman su extracción de una montaña que gruñe y chilla. Pues bien, Rocas Verdes es una mina pequeña; está a una altitud inhumana, ¡pero…! El cobre es el de mejor calidad de todo los Andes. Sus amigos allá arriba son hombres amargos, señor Tolland, pero están orgullosos hasta la médula de estar trabajando en una mina que produce algo bello. Todo el mundo se esfuerza por estar vinculado a algo que sea lo mejor de su clase. Es una mina de mineros. El doctor MacKenzie es conocido en todo los Andes por tener un agudísimo sentido para detectar dónde se esconde el maldito cobre y cómo sacarlo. Podría ser director de El Teniente si quisiera; pero le gusta estar en Rocas Verdes. Los ingenieros de minas son una gente peculiar; les gusta lo difícil. Señor Tolland, en mi propia mesa he visto a hombres comportarse en presencia del doctor MacKenzie como si fueran escolares tímidos con sus primeros pantalones de pana… y ganaban cuatro y cinco veces lo que él gana. Trabajan en inmensas minas propiedad de millonarios. Tienen mujeres e hijos con ellos, y

mayordomos, y duchas con agua caliente…

—Nosotros tenemos duchas calientes ahora, señora Wickersham.

—Y *whisky* con soda. Pero ya no son mineros en realidad. Son meros contables. Sus minas funcionan como fábricas de zapatos. Un minero que se precie es taciturno, asocial, firme. Generalmente su mujer lo ha abandonado, como hizo la del doctor MacKenzie. Pero fíjese, ellos no son conscientes de todo esto. Piensan que son como los demás, aunque mejores. Del mismo modo se engañan sobre sus ganancias. Mire lo lista que es su empresa: sube el salario a todos cada cuatro años. Es como un puñado de paja delante de las narices de un burro. Les ofrece la ilusión del enriquecimiento. En mi opinión, el verdadero motivo por el que los hombres permanecen ahí arriba es porque es la aristócrata de entre las minas; es condenadamente insoportable, detestable e imposible; y el cobre es de primera.

Por todas partes había evidencias de la pereza de su predecesor. Al final de la segunda semana había limpiado la cocina y mejorado el sistema de suministro de agua caliente. Se hizo amigo del cocinero y se interesó por las peculiaridades de la química culinaria a grandes altitudes. Se ocupaba arreglando puertas y ventanas en las barracas de los ingenieros. Estaba improvisando de nuevo, como había hecho en Coaltown. Desechaba los trastos viejos y las sillas, las sartenes perforadas y las sábanas deshilachadas. Probablemente su predecesor se había acobardado a la hora de solicitar material a la oficina de Antofagasta. Ningún Ashley se acobardó jamás. Las cartas mensuales que John Ashley enviaba a Andrew Smith estaban repletas de solicitudes diversas y el material comenzó a subir a la montaña. Los hombres habían sido alimentados hasta entonces con carne enlatada. Ashley obtuvo permiso para adquirir carne y verduras de Manantiales (una posibilidad que a nadie se le había ocurrido a causa de la pereza). Las mesas dieron la bienvenida a manzanas y piñas. Alfombras araucanas reemplazaron la moqueta de Manchester.

Donde mayor era su felicidad era en los poblados de los

mineros, tanto chilenos como indios. Los asistentes que le asignaron eran indios bolivianos. Fue invitado al bautizo de una de sus hijas. Tras el banquete pidió ver a la madre y a la hija de nuevo. No era esta una costumbre de la comunidad, pero ambas se presentaron ante él. No había sostenido a un niño entre sus brazos en quince años, pero su paternidad era evidente.

El doctor Van Domelen en rara ocasión visitaba los poblados de los mineros, mucho menos los de los indios. Estos eran estoicos por naturaleza y poseían sus propios medios para aliviar el dolor extremo. La muerte y la enfermedad eran menos intimidatorias que las pociones, el reluciente instrumental, el aliento a *brandy* y el desprecio de la mirada del médico. Tenía este dos hijos en el poblado indio, su madre se deslizaba hasta su barraca cuando él colgaba un candil sobre la puerta.

Ashley vio síntomas de raquitismo. Si bien no era competencia suya, pidió aceite de hígado de bacalao a Andrew Smith por telégrafo. Recibió permiso —la vida de los indios está rodeada por toda la formalidad de un tribunal español— para entrar en sus viviendas. Analizó la ventilación, la dieta y la higiene. Recomendaba y reprochaba. Por los caminos:

—¡Buenos[43], Antonio!

—¡Buenos, don Jaime!

—¡Buenos, Tecla!

—¡Buenos, don Jaime!

—¡Ta-hili, Xebu!

—¡Ta-hili, Clez-u!

—¡Ta-hili, Bexa-Mi!

—¡Ta-hili, Clez-u!

El tiempo hizo lo que Ashley le pedía: se aceleró. La señora Hodge había dicho: «Siete años».

Los ingenieros lo odiaban. Jamás expresaron una palabra de agradecimiento por las mejoras que había aportado a sus condiciones de vida. Estaba limitando el tosco placer que obtenían del rigor de sus existencias. De mala gana aceptaban las ocasiones en las que Ashley descendía a las minas en su esfuerzo por aprender la

profesión. En rara ocasión se unía a sus partidas de cartas tras la cena, tampoco lo hacía el doctor MacKenzie. El director general se levantaba de la mesa, ofrecía una cortés inclinación a los presentes, les deseaba buenas noches y se marchaba a su cabaña. Aislado en la montaña, tenía una afición. Era lector y leía hasta bien entrada la noche. Pedía sus libros a Princes Street, en Edimburgo; le llegaban virando el Cabo de Hornos o por ferrocarril atravesando las marismas de Panamá. Estaba interesado en las religiones de la antigüedad. Leía la Biblia en hebreo, *El libro de los muertos* en francés, el Corán en alemán. Sabía algo de sánscrito. Sus días estaban colmados de pensamientos sobre el cobre, sus noches de las reconfortantes o aterradoras visiones de la humanidad. Era viejo y feo, aunque una mirada más cercana y el trato prolongado le restaban edad y fealdad a esta primera imagen. Tenía la nariz rota, quizá en varias ocasiones; cojeaba; sus ojos y su boca eran severos, pero a veces sorprendía al observador con alguna expresión de soterrado júbilo o ironía. Observaba a todos; observaba a Ashley.

Una tarde regresó a su cabaña y encontró a Ashley limpiando el humero de su chimenea.

—¡Ah! Buenas tardes, Tolland.

—Buenas tardes, doctor MacKenzie. Estas briquetas atascan un humero en un abrir y cerrar de ojos.

—Sí… sí… eh, Tolland, ¿qué son esas láminas de hojalata que ha colocado detrás de las letrinas?

—Bueno, señor, he estado pensando en la energía del sol. Estoy tratando de dirigir los rayos hacia esos espolones de hielo; podrían llenar los lebrillos de lavar ropa de las mujeres del pueblo. El agua se congelará por la noche, pero siempre se puede utilizar un hacha cuando salga el sol.

—Sí… hum… creo recordar un artículo sobre acumulación de energía solar en unas revistas viejas de ingeniería que tengo. Lo miraré. Pásese por aquí esta noche tras la cena. Traiga una taza y nos tomaremos un té.

Esa fue la primera de muchas tazas de té en la choza del doctor MacKenzie. Estas visitas suponían un error administrativo por su

parte y lo sabía. Los ingenieros respetaban a su director general tanto como se odiaban los unos a los otros. Esta hospitalidad hacia Ashley no tenía precedentes. Lo envidiaban.

Una noche, durante su sexto mes en las montañas, Ashley supo que un niño había muerto en el poblado chileno. La noche anterior había tenido lugar una pequeña celebración por el santo de algún minero. Las mujeres y los niños se quedaban sentados en montonera en un rincón de la cabaña mientras los hombres bebían chicha. La prohibición del alcohol conllevaba un cierto interés en las vidas de los mineros. Entre las canciones y los bailes y las payasadas, una calabaza de chicha caliente había caído sobre el hijo de una semana de edad de Martín Ramírez. El doctor Van Domelen se había esforzado en salvar al pequeño durante horas en vano. Ashley conocía a los padres y fue a su barracón, que compartían con otra familia. Llamó a la puerta y entró. Había cinco o seis mujeres en la habitación, todas tocadas con pañuelos, y varios niños. Todos los hombres del poblado estaban trabajando, excepto Martín Ramírez, que estaba en un rincón, más enfadado que triste. Todos los días mueren niños. Las mujeres son las que se tiran de los pelos. El pequeño permanecía en el suelo envuelto en el abrigo de su madre.

—¡Buenos!

Hubo murmullos de saludo de las mujeres y los niños. Ashley se detuvo con la espalda pegada a la puerta esperando a que sus ojos se acostumbraran a la penumbra. En silencio, las visitas abandonaron la habitación, dejando solos a Ashley, los padres y una anciana. Recibió el apretón de manos del padre.

—¡Buenos, Martín!

—¡Buenos, don Jaime!

—Ven y siéntate aquí, Ana. —Ana era poco más que una niña. Había perdido tiempo atrás la visión en un ojo. Con timidez se sentó en la cama junto a Ashley—. ¿Cómo se llamaba el pequeño?

—Señor… el cura no ha venido por aquí. No tiene nombre.

El sacerdote los visitaba una vez cada quince días o una vez al mes desde las grandes minas del norte.

—Sí, pero tiene nombre. Tú sabes su nombre.

—Eh… eh… —El ojo de Ana se movía dudoso hacia su marido —. Creo que… Martín. —Comenzó a temblar—. Señor, no es cristiano.

Ashley recordó que los latinoamericanos difícilmente prestan atención a lo que se les dice a no ser que uno los toque con la mano. Colocó los dedos con suavidad sobre la muñeca de la muchacha y se expresó con sorpresa y reprobación.

—¡Pero, Ana, hija mía! ¿Tú no creerás esas estupideces? —Ella levantó la cabeza hacia él rápidamente—. ¡Tu Martinito no ha pecado!

—¡No! No, señor.

—Tú… ¡Ana! ¡No irás a decirme que Dios Todopoderoso castiga a los bebés que no han pecado!

Ella no respondió.

—¿No escuchaste que el Santo Papa de Roma desde su silla de oro dijo a todo el mundo que esa era una idea muy equivocada? Afirmó que Dios se entristecía al pensar que alguien pudiera creer algo así. —Ashley continuó abundando en esta idea. El ojo de Ana estaba fijo en su rostro. Ashley sonreía—. Martinito no está aquí, Ana.

—¿Dónde está, señor?

—En la felicidad. —Ashley extendió las manos como si estuviera sosteniendo un bebé—. En la mayor de las felicidades.

Ana murmuró algo.

—¿Qué dices, mi hija?

—No podía hablar. Sus ojos estaban abiertos pero no podía hablar.

—Ana, yo tengo cuatro hijos. Lo sé todo de los niños. Tú sabes que nos pueden hablar, a nosotros, padres y madres. Lo sabes.

—Sí, señor… Preguntó: «¿Por qué?».

Ashley apretó la mano con firmeza sobre la muñeca de Ana.

—Tienes razón. Preguntó: «¿Por qué?», y dijo algo más también.

—¿Qué, señor?

—¡Recordadme!

Ana se inquietó. Rápidamente contestó:

—Oh, señor, yo nunca olvidaré a Martinito, nunca, nunca.

—No sabemos por qué sufrimos. No sabemos por qué millones y millones de personas sufren. Pero sabemos una cosa. Tú has sufrido. Solo aquellos que han sufrido llegan a tener un corazón sabio.

—¿Qué, señor?

Repitió sus palabras en voz baja. Ana dejó su mirada vagar por la habitación, perdida. Había entendido a don Jaime hasta entonces. Pero esta idea era demasiado difícil para comprenderla. Ashley continuó:

—Tendrás otros hijos; niños y niñas. Envejecerás. Y algún día tus hijos y tus nietos estarán todos a tu alrededor el día de tu santo. Dirán: «¡Mamita Ana, tesoro!». «¡Mamita Ana, tú de oro!»[44], y recordarás a Martinito. Las únicas personas del mundo que verdaderamente son queridas (queridas de verdad, Ana) son aquellas que tienen corazones sabios. Tú no olvidarás a Martinito, ¿no?

—No, señor.

—Tú nunca olvidarás a Martinito, ¿verdad?

—Nunca, nunca, señor.

Ashley se levantó para marcharse. Con una mirada y el más leve gesto de una mano hacia el cadáver, ella le pidió algo. Le pidió una ceremonia. Él provenía del mundo de las personas importantes, que son ricas, que comen en mesas, que pueden leer y escribir: que han sido favorecidas por DIOS y que portan magia consigo. Ashley no estaba seguro de ser capaz de hacer correctamente la señal de la cruz. Había odiado todo lo que tuviera que ver con la iglesia de Coaltown durante sus diecisiete años de asistencia a ella, pero sobre todo había odiado los rezos. Cuando sus hijos no podían oírlo, había susurrado una vez a Beata: «Las oraciones tendrían que ser en chino». Ante el cadáver de Martinito, Ashley pronunció dos veces el Discurso de Gettysburg[45], primero en voz baja y después con voz resonante. Ana se arrodilló en el suelo. Ashley recitó: «Bajo el frondoso castaño / yace la aldea del herrero»[46]. Comenzó un fragmento de Shakespeare que Lily recitaba maravillosamente: «No quiere fuerza el don de la clemencia»[47], pero se perdió. Se dirigió a

Roger y luego a Sophia. «Tengo que contar con vosotros para que cuidéis de vuestra madre. No podemos comprender aún lo que nos ha sucedido. Vivamos como si creyéramos que tiene algún sentido. Sophia, vivamos como si creyéramos. Olvidadme. Sacadme de vuestras mentes y vivid. Vivid. ¡Amén! ¡Amén!».

Regresó a su habitación. Una gran debilidad se apoderó de él. Apenas podía arrastrar los pies. Al cerrar la puerta a su espalda, cayó de bruces en el suelo. Su cabeza golpeó una esquina de la chimenea. Cuando se despertó cuatro horas más tarde apenas podía pasar el peine por su cabello. La sangre se había secado enmarañándolo.

Ashley tomaba té en la choza del doctor MacKenzie varias noches al mes. Esperaba que el director general comentara los problemas de la minería, pero su anfitrión dejó bien claro que sacaba el cobre de su mente al ponerse el sol. Por consentimiento tácito, evitaban hablar de sus compañeros; tampoco deseaban hablar de sí mismos. Las paredes estaban cubiertas de libros; quedaba poca conversación más allá de las materias propuestas por los títulos: las religiones de la antigüedad y de Oriente. Ashley estaba dispuesto e incluso deseoso de escuchar sobre ellas, pero pronto aprendió que no obtendría aprovechamiento ni placer allí. El doctor MacKenzie consideraba todas las actividades humanas —excepto la minería— con ironía e indiferencia. Ashley nunca utilizaba la ironía y no la comprendía; tampoco estaba preparado para contemplar con indiferencia esas creencias con las que tantos millones de hombres se han consolado o atormentado. Lo incomodaba escuchar descripciones de sacrificios humanos pronunciadas con una sonrisa distante y de superioridad: doncellas inmoladas en Cartago, recién nacidos asados ante Baal, viudas incineradas en piras. Ashley aspiraba a comprender estas prácticas; ni siquiera evitaba tratar de imaginar en qué circunstancias habría participado en ellas. Estas no eran cuestiones risibles. Otra cuestión incomodaba a Ashley durante estas conversaciones. En cada sesión el doctor MacKenzie —con la regularidad de quien sigue un sistema— le planteaba una pregunta que ambos hombres sabían inaceptable. Respetando una costumbre largamente asentada, los hombres desarraigados en lugares lejanos

pueden, ocasionalmente, ofrecer alguna información sobre sus vidas anteriores; no pueden preguntar por ellas a otros. El doctor MacKenzie rompió esta norma:

—¿Me permite preguntarle, señor Tolland: ha estado usted casado?, ¿nacieron sus padres en Canadá? —Ashley mintió descaradamente y regresó a la conversación sobre las religiones de la antigüedad.

Supo cómo todo egipcio durante más de diez mil años creyó con ciega convicción que al morir, habiendo hecho méritos, podría convertirse en el dios Osiris. Sí, que su alma —«MacKenzie-Osiris» o «Tolland-Osiris»— descendería el Nilo en su barca de la muerte hasta la sala donde se celebraría su juicio. Allí, si lograba escapar de las mandíbulas del cocodrilo y del chacal, sería pesada en una báscula. Ashley escuchaba embelesado la terrible Confesión Negativa («No he desviado el agua de su cauce», «no he…»). Supo cómo innumerables indios creían, y seguían creyendo, que renacían millones de veces y que, habiendo hecho méritos, terminarían por convertirse en Bodhisattvas, en Budas. Ashley no encontraba estas ideas e imágenes excesivamente extrañas. Pareció estar momentáneamente a punto de creerlas. Lo que encontraba extraño era la forma en la que las presentaba el doctor MacKenzie. Una pregunta tras otra aparecían en su mente, pero no las planteaba a su anfitrión. Escuchaba. Tomó prestados algunos libros y los leyó de forma esporádica; encontraba la tarea improductiva. Pero también era cierto que nunca había sido lector. Beata era la lectora. Una noche planteó una duda:

—Doctor MacKenzie, a menudo señala que los griegos fueron un gran pueblo. ¿Por qué tenían tantos dioses?

—Bueno, primero tenemos la respuesta sencilla; la que nos enseñan en la escuela. Siempre que una nueva migración llegaba al país, conquistaban una nueva ciudad-estado o firmaban una alianza, concedían un espacio a los dioses de los extranjeros entre los suyos. O los combinaban con uno propio. Hospitalidad en su máxima expresión. Trataban siempre de mantener el número de dioses principales en doce, aunque no siempre eran los mismos doce. Pero

creo que tenemos que ir más allá. Gente extraordinaria, aquellos griegos.

Esporádicamente, como en esa ocasión, el doctor MacKenzie dejaba a un lado su ironía. Era un síntoma de sinceridad que utilizara largas pausas. Ashley esperó.

—Los doce dioses representan doce tipos distintos de seres humanos. Los griegos se miraron a sí mismos. Nos miraron a usted y a mí. Miraron a sus mujeres y madres y tías. Crearon dioses con los distintos tipos de personalidad humana. Se colocaron ellos mismos en los altares. Mire a sus diosas: madre y guardiana de la tierra; amante; virgen; bruja huida del infierno; guardiana de la civilización y amiga del hombre…

—¿Qué? ¿Quién es esa última, doctor?

—Atenea. Palas Atenea. Minerva para los romanos. No le importan un bledo los guisos y pañales de Hera ni los perfumes y ungüentos de Afrodita. Ella entregó a Grecia el olivo; algunos defienden que le entregó el caballo. Quería que su ciudad fuera un faro sobre una colina para los pueblos y, ¡vaya!, así lo hizo. Es amiga de los hombres buenos. Las madres no son ayuda; las esposas no son ayuda; las amantes no son ayuda. Todas quieren poseer al hombre. Quieren que atienda a sus intereses. Atenea quiere que el hombre se supere.

Ashley contuvo la respiración asombrado.

—¿De qué color tenía los ojos, doctor?

—¿El color de los ojos?… Hum… Déjeme pensar: «Entonces Atenea, la de los ojos grises, se apareció al viajero Odiseo en forma de anciana y él no la reconoció. "Espabílate", le dijo. "¿Qué haces lloriqueando junto al mar de sal? Anímate, chico, y haz lo que te digo. ¡Debes regresar a tu amada mujer y a tu patria!"». Ojos grises… Se desalienta con frecuencia, creo.

—¿Por qué?

—Nunca consigue la manzana de la discordia. Es Afrodita la que obtiene la manzana dorada y comienza a crear problemas. Pero Afrodita también se desanima con frecuencia, pobre chica.

En ese momento el doctor MacKenzie se agitó con una de sus

risas silenciosas y tuvo que beberse una taza completa de té. El té tiene efectos embriagadores a grandes altitudes.

—¿Por qué se desanima Afrodita?

—Pues porque piensa que el amor lo es todo en la vida: el principio y el fin, la respuesta a todo. Puede hacer que sus amigos varones piensen del mismo modo también… por un corto periodo. Pasado un tiempo estos se marchan a construir ciudades, a participar en batallas o a extraer cobre. Se enfurece. Hace trizas su almohada. ¡Pobre Afrodita! Encuentra algún consuelo en su espejo. ¿Sabe por qué creo que Venus surgió del mar?

—No.

—Porque un mar en calma es un espejo. Ella emergió en una concha. ¿Ve la vinculación? Perlas. Venus está obsesionada con las joyas. Por eso se casa con Hefesto. Él podía extraer diamantes de las montañas para ella.

Más risas. Ashley comenzaba a sufrir dolor de cabeza. ¿Qué sentido tiene la conversación si no es seria?

—¿Usted, qué tipo es usted? —preguntó el doctor MacKenzie de forma abrupta.

—¿Cómo, doctor?

—¿A cuál de los dioses se parece? —Ashley no tenía opinión al respecto—. Oh, usted es uno de ellos, Tolland. No es posible escaparse.

—¿Cuál es usted, doctor?

—Bueno, eso es fácil. Yo soy Hefesto, el herrero. Todos nosotros, los mineros, somos cavadores y herreros. Siempre metiéndonos dentro de las montañas, preferiblemente volcanes… Venga, ¿y usted? No es uno de nosotros, de los mineros. Solo juega a serlo. ¿Es Apolo? ¿Eh? ¿Sanador, poeta, profeta?

—¡No!

—¿Ares, el guerrero? Supongo que no. ¡Hermes!: ¿hombre de negocios, banquero, abogado, mentiroso, tramposo, reportero, dios de la elocuencia, guía y compañero de los moribundos? No, no es suficientemente alegre.

Ashley estaba perdiendo interés, pero para no resultar

maleducado encontró alguna pregunta más.

—Doctor MacKenzie, ¿cómo puede servir de ayuda un mentiroso y un ladrón a quien va a morir?

—Griego, griego. Muy griego. Cada uno de estos dioses y diosas tiene dos caras. Incluso Palas Atenea puede montar en cólera cuando la enojan. Hermes era el dios de los caminos, los viajes y las fronteras. A pesar de su picardía, gustaba de conducir a las persona a sus destinos. Mire esta imagen. Es una gema tallada. ¿Lo ve aquí? Blande su bastón y guía a esa mujer con velo por la tierra. ¿No es preciosa?

Sí, era preciosa.

—Mi padre era un Saturno. Sabio. Todo el día aconsejando: en la calle, en casa y los domingos desde el púlpito. Malos consejos, completamente horribles. Mi madre era una Hera: hogar y hoguera, constructora de nidos. Pero con poder; sí, así es. Una mujer terrible. Tengo dos hermanos, dos Apolos. Los Saturnos tienden a engendrar Apolos, ¿no había usted reparado en ello?

—No, doctor.

—Quizá son imaginaciones mías. Uno de ellos cumple en la cárcel una larga condena. Su luz (su iluminación) tomó la forma del anarquismo. Mi hermana es una Diana. Nunca creció. ¡Sigue siendo una colegiala! Tuvo tres hijos, pero el matrimonio y la maternidad no son para ella… Pero volvamos a usted, Tolland. Quizá usted a quien se parece es a un dios de otra religión. Los griegos no lo sabían todo. Hay tipos de personalidad que los griegos no habían observado. Eran escasos en Grecia, por lo que no fueron elevados a dioses. Tome el cristianismo, por ejemplo. El cristianismo es una religión judía. Lo menos griego del mundo. Quizá de ahí es de donde sale usted. Ustedes, los hebreos, llegaron y nos expulsaron de nuestros tronos. Trajeron toda esa conciencia infeliz suya; toda esa maldita ansiedad moral. Quizá usted sea un cristiano. Siempre negándose todo placer, siempre castigándose. ¿Es eso?

Ashley no respondió.

—El resto, nosotros, hemos sido destronados. Estamos rotos. Podridos. Es terrible, señor Tolland, ser desprovisto de la divinidad;

¡terrible! No nos queda más que disfrutar de ese modo nuestro tan miserable. Saturnos sin sabiduría, como mi padre; Apolos sin júbilo, como mis hermanos. Nos hemos convertido en tiranos y agitadores. O excéntricos e imprevisibles, como la señora Wickersham.

—Doctor MacKenzie, ¿cuál es el problema con esas… esas «constructoras de nidos»?

—¿Esas Heras, esos Junos? Bueno, tratan a todos los hombres como si fueran niños: sus maridos, sus hijos y sus padres. Una vez que han engendrado algunos hijos piensan que lo saben todo. Creen que están resueltos todos los problemas de la especie humana. Su objetivo es la calma. Lo llaman: «mantener a todos contentos». Tratan de arrebatar a los hombres la vista, el oído y el pensamiento. Tenga cuidado con la palabra «felicidad» en boca de una Hera; significa «adormecimiento».

Una punzada insoportable avivó el dolor de cabeza de Ashley. Se levantó para despedirse.

—Pero, doctor MacKenzie, usted no creerá… todo esto, ¿verdad?

—No, claro que no. Pero le diré, señor Tolland, que en Edimburgo tenemos un club de filósofos. En nuestras cenas conversamos ampliamente de lo que otros creen y han creído; pero si algún miembro utiliza el verbo en primera o segunda persona del presente de indicativo, tiene que pagar una multa. Tiene que poner un chelín en una calavera que descansa sobre la chimenea. Se pierde rápidamente el hábito.

El tiempo hizo lo que Ashley le pedía: se aceleró.

La compañía tenía como norma que cada ocho meses todo ingeniero debía descender durante un mes a altitudes menores para dar descanso al corazón y los pulmones. En la víspera de su marcha Ashley se despidió de sus compañeros ingenieros. Se mostraron inesperadamente cordiales. Muchas personas son de lo más amistoso cuando dicen adiós. Evitó despedirse formalmente de los habitantes de los poblados, pero una delegación de hombres, cubiertos hasta la

nariz, lo esperaron en la puerta de la cantina. Le entregaron regalos. Besaron sus manos.

Ashley visitó al doctor MacKenzie.

—Espero que pueda alojarse en el hotel de la señora Wickersham. ¡Espere un momento! Le entregaré una carta de presentación.

—Gracias, doctor. Me dirijo a Santiago. Pararé en Manantiales la próxima ocasión.

Cuando Ashley abandonaba la habitación, el director general lo llamó.

—Tolland, ¿no cree que sería buena idea que regresara con algo de compañía?

—¿Cómo dice, doctor?

—Alguna «montañesa». Ya sabe a lo que me refiero. La empresa lo aprueba, lo facilita.

El doctor MacKenzie solía hacer comentarios inapropiados. Su amistad llevaba tiempo enfriándose; él había acabado con ella. En ese entorno ningún hombre ofrece consejo a alguien con más de veinticinco años —le sea o no solicitado—, y el doctor MacKenzie lo sabía.

Una decena de ingenieros, como el doctor Van Domelen, había trasladado mujeres «nativas» al poblado chileno o indígena. Ellos jamás se acercaban a los poblados; tampoco llevaban a sus «montañesas» a altitudes inferiores en sus vacaciones; en rara ocasión veían a sus hijos. Se producía una simulación general de la inexistencia del sistema.

El doctor MacKenzie había metido la pata más de lo que creía. Ashley era, a sus propios ojos, un hombre de familia y poco más. Sin embargo, era un hombre de familia que, por razones que escapaban a su control, había acabado siendo un fracaso absoluto. ¿Estaba Beata protegida de los insultos? ¿Tenía su familia suficiente para comer? ¿Llevaban las niñas ropa adecuada en invierno? Él estaba ahorrando; volvería a verlos en siete años. Mientras tanto había algo que podía hacer, algo absurdo y exaltado: podía ser fiel a su mujer. Esto era lo que él consideraba su aportación para «sostener las

estructuras».

Muchos hombres y mujeres pueden vivir sin recurrir a la superstición, la magia, las oraciones o los fetiches. No recuerdan ningún aniversario, no se inclinan ante bandera alguna ni se mantienen fieles a ningún juramento. Se someten completamente al ciego destino, que retira sin vacilar lo que entrega sin planificar. La fidelidad de Ashley no estaba sostenida por ninguna promesa sellada ante iglesia o estado alguno, puesto que —como veremos posteriormente— John y Beata Ashley nunca se casaron. Las virtudes más verdaderas son supererogatorias: la compasión no hacia los justos sino hacia los crueles, la generosidad con los ingratos, la fidelidad sin compromiso formal. La continencia era, para Ashley, una privación como la ceguera o la inmovilidad. La mantenía siguiendo una rigurosa estrategia. Era con este fin con el que organizaba su vida de tal modo que se marchaba a la cama «hecho polvo», «agotado». Dominaba con virulencia lo que nuestros antepasados denominaban su «conversación». Pero toda persona resoluta puede dominar las necesidades de la carne; él tenía una batalla más difícil. Solo había conocido a una mujer; no tenía experiencia alguna de la disociación del amor de otros elementos como la compañía, el valor, el consuelo, el conocimiento compartido y —en la paternidad— la creación. Una y otra vez, en sus desplazamientos hacia el sur, estas promesas justas se habían presentado ante él. Las mujeres habían sentido estas expectativas en sus ojos. Recordaba haber oído en Coaltown que el doctor Gillies solía aconsejar a sus pacientes adictos al alcohol: «No se prive de nada hasta que encuentre algo mejor con lo que sustituirlo». Ashley sentía esta privación vivamente; la sustituyó con esta absurda superstición: si fracasaba, «las paredes de Los Olmos oscilarán y se tambalearán para terminar derrumbándose». Quienes ejercen la continencia —es decir: los resolutos y comprometidos, no los melancólicos continentes— tienen una forma de reconocerse los unos a los otros. Más tarde, cuando Ashley trabajaba hasta quedar «hecho polvo» reparando, reforzando y embelleciendo el hospital y las escuelas de la señora Wickersham, ¡qué amistad trabó con las

monjas! —qué risas, qué complicidad— sí, qué leves cortejos, ¡qué coquetería!

Así pues, el doctor MacKenzie había metido la pata. Fue consciente de su error y su desprecio por Ashley se convirtió en odio: una de esas aversiones que se nutren del rencor hacia uno mismo.

—Gracias —dijo Ashley—, lo pensaré.

En Antofagasta cambió de tren sin visitar al señor Andrew Smith de la Compañía Minera Kinnairdie. Su primera ocupación en Santiago de Chile fue encontrar trabajo. Su apariencia había cambiado al transcurrir los ocho meses. Había envejecido, esto es: aparentaba su edad real, cuarenta y cuatro años. Su piel se había ennegrecido por el sol hasta ese punto tan rápidamente alcanzado en las grandes elevaciones. Su pelo se había oscurecido y había perdido los rejuvenecedores rizos. El tono de su voz era más grave. Era tomado por chileno de origen irlandés o alemán, tan numerosos en el país. Solicitó sin éxito trabajo en un vivero, en un establo, de enterrador, como manitas en el parque de atracciones Edén. Finalmente fue contratado como obrero en la nueva carretera hacia el norte, que comunicaría con Valparaíso y Antofagasta. Al concluir sus vacaciones dejó la carretera con pesar; había contribuido a la preparación y depósito de cemento para veinte drenajes. De nuevo cambió de tren en Antofagasta y pasó la noche en la posada en la que ya se había alojado. A la mañana siguiente visitó a Andrew Smith, quien no lo reconoció de inicio y se mostró enojado al ver a un ingeniero de su empresa vestido como un obrero. Tenía mucho que comentar con el señor Tolland, no obstante. Hiciera lo que hiciera la compañía, lo hacía con cautela y, hasta donde fuera posible, en secreto. El señor Smith y la misteriosa junta directiva habrían sufrido inenarrables pesares de haber sabido que los charlatanes estaban difundiendo el rumor de que en Rocas Verdes se estaban encontrando filones cada vez más valiosos y que se estaba planificando una gran expansión. Ashley fue destinado a diseñar y presupuestar barracones para muchos mineros más. De hecho, grandes cantidades de cal y madera habían comenzado ya a ascender

los macizos. La problemática de la vivienda fue debatida en profundidad. Cuando Ashley se preparaba para marcharse, la actitud del señor Smith adquirió una cierta calidez. Expresó comedidos elogios sobre el trabajo de Tolland. Insinuó que la junta directiva podría pronto dotar de expresión concreta a su agradecimiento.

Ashley se sentó de nuevo repentinamente y dijo:

—Señor Smith, hay dos cuestiones que me gustaría proponerle.

—¿Que son…?

—Creo que sería una medida de gran inteligencia anunciar un incremento de sueldo a los mineros; incluso si se tratara de uno muy pequeño. —El señor Smith, enojado, lo miró fijamente—. Usted sabe cuántas horas se pierden cada semana debido a las enfermedades.

—Lo sé. No están más que fingiendo, señor Tolland. El minero es incorregiblemente vago. El doctor Van Domelen mantiene una lucha constante con ellos.

—No, esto es diferente. Estos hombres no son holgazanes. Cuando trabajan conmigo en algún proyecto para sus propios barrios y calles, es difícil detenerlos. Lo único que necesitan es alguna muestra de que son respetados como seres humanos. El indio, señor, está sometido a hechizos en los que su mente y su voluntad «se quedan en blanco»: esta es la única forma que tengo para definirlo.

—Esta es la forma de definirlo: pereza incorregible.

—Ven toda su vida ante sus ojos, trabajando bajo tierra, sin ninguna posibilidad de cambio. La monotonía ya es suficientemente negativa; la pérdida de esperanza es aún peor. Pero —y al pronunciar estas palabras Ashley se levantó— la carencia de un trato humano es un asesinato. Los ingenieros de minas, señor Smith, no tienen sangre en las venas. Los indios caen enfermos, sí, enferman. Esta percepción de recibir siempre alaridos y desprecios toma la forma de una enfermedad.

El señor Smith abrió y cerró los labios en varias ocasiones; finalmente pronunció:

—Todo hombre tiene que ganarse el pan en esta tierra, señor

Tolland, al igual que usted y que yo. Una subida de sueldos no es de su incumbencia. Se lo gastarán todo en alcohol. De alguna forma logran introducirlo. No sé cómo.

Ashley dio unos pasos por la habitación. Se aproximó al escritorio del señor Smith y dijo, manteniendo un tono bajo de voz:

—La chicha no es lo único que logran introducir. También la información encuentra sus vías de acceso. No sé cómo. Nuestros mineros han oído hablar de los salarios de La Reina y San Tomás y Dos Cumbres; especialmente nuestros indios bolivianos, que son nuestros mejores trabajadores. La empresa está construyendo nuevos barracones; puede tener problemas para llenarlos. La mejor inversión en una mina es la que incide en el amor propio y el bienestar de los mineros. Ellos tienen un dicho: «El mineral no sale solo a la superficie».

El señor Smith tragó saliva. Cambió de posición la pluma y el tintero sobre la mesa. Tosió.

—Dijo que tenía una segunda sugerencia.

—Debería haber un sacerdote afincado en Rocas Verdes. Estas visitas irregulares no son suficientes.

—¿Qué es lo que quieren con sus desgraciados curas? Les cobran tanto por las bodas y los bautizos que la mayoría de los mineros no están siquiera casados. Odian a los curas. Una visita una vez al mes es más que suficiente para ellos. Señor Tolland, déjeme decirle algo: el catolicismo romano es, a lo sumo, una superstición infantil, en Chile es más que despreciable.

—Creo que, en lo relativo a Dios, somos todos equivocados jueces de lo que sucede en la mente de otras personas, señor Smith. Es deleznable forzar la creencia en un dios aun hombre que no lo desea. Todavía peor es cruzarse en el camino de un hombre que lo desea con toda su alma. ¡Yo los conozco! ¡Yo vivo allí!

De pronto Ashley sufrió un terrible dolor de cabeza. Cerró los ojos y a punto estuvo de caerse de la silla. De nuevo el señor Smith lo miró fijamente, como si hubiera recibido un golpe. Si de moralizar se trataba, él estaba acostumbrado a hacerlo. Era lo que mejor hacía. Escocia está densamente poblada de Saturnos. Ningún

joven mequetrefe de Canadá iba a darle lecciones en materia religiosa.

—¿Se encuentra mal, señor Tolland?

—¿Podría darme un vaso de agua, por favor?

El señor Smith lo contempló mientras bebía. Finalmente se pronunció:

—¿Cómo íbamos a subir a un cura hasta allí? Todo el mundo sabe que no hay suficientes en Chile. Los tienen que traer desde España.

Ashley no había pensado en esto. Para su propia sorpresa se oyó decir con despreocupación:

—Supongo que se le pide al obispo. Quizá le pueda ofrecer algún regalo. Se compromete a pagar el sueldo del cura durante los primeros cinco años… algo así. —El señor Smith lo miró con seriedad. Ashley continuó—: Pida uno joven. Deme permiso para construirle una choza; y deme permiso para ampliar la capilla. Parece una pocilga. Y creo que sería útil a largo plazo si me diera permiso para permanecer un día más en Antofagasta para que pueda echar un vistazo a algunas iglesias y charlar con algunos sacerdotes.

El señor Smith luchaba contra sí mismo. Cuando habló, su acento escocés, que hemos omitido reproducir, regresó con fuerza:

—Le concedo ese permiso. Pero no se haga muchas ilusiones, señor Tolland.

Ya en la puerta, Ashley —completamente recuperado, diez años más joven— se giró con una sonrisa.

—Rocas Verdes podría ser tan bella por dentro como lo es… por fuera.

Hizo oscilar su mano en el aire como si estuviera describiendo un conjunto de montañas.

Dos semanas después de su regreso a Rocas Verdes se anunció un incremento en el salario mensual de los mineros. La noticia fue recibida con dudas y desconfianza; los hombres aguardaban la calamidad de la que con toda seguridad vendría acompañada. Tras el segundo pago, solos y en parejas, se dirigieron a Ashley para agradecérselo. Lo vincularon a su visita a Antofagasta.

Ashley se dijo: «¡Esto es por Coaltown!».

Se convirtió en jefe de obra. Los mineros asistieron a la ampliación de la capilla con ojos asombrados. Numerosos voluntarios se prestaron a trabajar por la noche iluminados por un candil de acetileno. Nadie lograba convencer a mujeres y niños de que se marcharan a la cama. Soportaban el frío mientras contemplaban a sus maridos, padres e hijos dar forma a una cúpula (era una pequeña cúpula, pero, sin duda, una cúpula). En Antofagasta Ashley se había reunido con el clero y había adquirido con sus propios medios un crucifijo, decoración para el altar y seiscientas velas. Cuando el sacerdote itinerante llegó, se vio inundado de peticiones de bodas y bautizos. La luz de las velas iluminaba dichosos rostros, y tras las misas comenzaban los paseos por las calles: parejas recién unidas en sagrado matrimonio y personas de todas las edades cuyo derecho a portar sus nombres había sido finalmente registrado en el mismísimo registro celestial. Esta adopción de los sacramentos no fue por completo resultado del aumento de sueldos o la promesa de una cúpula. Un rumor recorría los barracones: pronto contarían con un cura propio; que viviría entre ellos, que los conocería por su nombre, que los recordaría de confesión a confesión, que sería muy severo con ellos (eso esperaban), que también tendría el espíritu y la autoridad para conceder el perdón; en resumidas cuentas: un *padre*[48]. Era por él por quien deseaban estar inmaculados, bautizados y casados.

Cuatro meses más tarde llegó don Felipe.

Ashley se mantuvo a un lado. Había sugerido al doctor MacKenzie que sería muy bien valorado el hecho de que el director general fuera el primero en dar la bienvenida al *padre* y que lo acompañara hasta su casa. El doctor MacKenzie encogió los hombros: cristianos, mahometanos y budistas eran todos iguales para él, todos postrados ante ídolos tratando de obtener favores inmerecidos. Ashley se sentó junto a don Felipe en la cena. Apenas era capaz de llevarse el tenedor a la boca. Era Roger —sin parecido físico alguno, con voces completamente distintas, pero Roger—, quizá seis años mayor, como él un tanto frío, serio, taciturno,

intensamente activo en sus ojos y oídos, concentrado; sobre todo, independiente. Como Roger, no quería consejos, no quería ayuda, no quería amistad. (La amistad, al parecer, era otra de esas cosas prescindibles cuando se encuentra algo mejor con lo que reemplazarla). Como Roger, mostraba unas maneras y una educación ejemplares.

El sacerdote analizó a los ingenieros sentados en las mesas en torno a él. Fue consciente de su desdén. Era el más joven de la sala con una diferencia de al menos once años.

La condescendencia del doctor MacKenzie tomó forma de interrogatorio, preguntó al «chico» por múltiples cuestiones personales, cuestiones que ningún caballero español plantearía a otro en su primer o quinto encuentro. Don Felipe respondió a todas ellas como lo habría hecho Roger, con sencillez y una sombra de repulsión perceptible únicamente para los integrantes de las familias más distinguidas. Llevaba ocho meses en Suramérica. Había ejercido su ministerio en La Paz. Había comenzado a estudiar las lenguas de los indios. Había nacido veintisiete años atrás, el más joven de seis hijos, en Sevilla.

—Verá que nuestros mineros son de lo más brusco —dijo el doctor MacKenzie, que estaba orgulloso de su español coloquial, utilizando una palabra que implicaba tanto indisciplina como zafiedad.

Ashley vio la expresión que el cura le ofreció al director general; mostraba una sonrisa apagada y parecía decir: «Oh, caballero, no tan zafio como ustedes, los protestantes».

A Ashley le dijo:

—Pedro Quiñones me ha contado, don Diego, que se ha esforzado mucho para ampliar la iglesia.

Ashley se atragantó.

—Los hombres le han dedicado su tiempo, padre.

Don Felipe lo miró con sus negros ojos y no contestó.

Unos minutos más tarde preguntó:

—¿Estos caballeros provienen de distintos países?

—Sí, padre. Nuestro director es de Escocia. El médico, de los

Países Bajos. Hay cuatro alemanes y tres suizos. Los más numerosos son los ingleses y los estadounidenses.

—¿Y usted, caballero?

—Por motivos que no le puedo aclarar ahora, afirmo ser canadiense.

Don Felipe recibió esta suerte de confesión como si estuviera acostumbrado a tan peculiares afirmaciones.

Don Felipe era joven, pero no mostraba inseguridad alguna. Dispuso para el día siguiente que comería en la cocina, donde estableció la mejor de las relaciones con el cocinero chino. Como Roger, entregó lo mejor de sí mismo a la tarea que le había sido encomendada. Esa sotana barría las calles como si hubiesen llegado seis curas. Tenía una bella voz cantarina que lograba despertar a las demás. Se organizaron procesiones al ritmo de las letanías bajo el frío tenaz: velas bajo las estrellas. La iglesia era demasiado pequeña. Sus sermones eran como viajes a un país lejano, sueños de los que la audiencia despertaba aturdida y con gran necesidad de una mano amiga. Era un implacable enemigo del pecado; ni un resquicio quedaba para ocultarlo, y sin embargo, decían los rumores, cuando ofrecía la absolución al penitente, los más fuertes hombres se desmayaban. Su mayor innovación, difícil de asumir por la parroquia, fue el profundo respeto hacia las mujeres. En pocos meses su efecto era evidenciado en la forma en que estas caminaban. Acabó siendo comentado por todos que sus feligresas se paseaban como las mujeres de Andalucía. Quizá algún lector habrá reconocido que estamos hablando del futuro arzobispo Felipe Ochoa, «Pastor de los indios», autor de *Rectas Facite in Solitudine (Semitas Dei Nostri)*[49].

Ashley mantuvo muchos encuentros breves con el sacerdote, pero ninguna conversación. Como sucedía con Roger, el rostro de don Felipe, visto de frente, parecía imperturbable, pero su perfil y la nuca mostraban vulnerabilidad, tal y como sucede con los jóvenes. Ashley percibió indicios de su añoranza de Sevilla (la amada, la bella) y de sus padres, la nostalgia por sus profesores y compañeros del seminario, por los servicios y la música en la catedral de su

infancia, por la compañía de otros que también hubieran tomado la gran decisión. Ashley acabó suponiendo que don Felipe solo contaba con nociones vagas sobre la ubicación de Escocia, Suiza y Canadá. La educación que había recibido pertrechó su cabeza con conocimientos mucho más importantes que estos. Ashley apenas lograba percibir hasta qué punto cargaba con una repulsión irracional hacia los protestantes. Hasta entonces había visto a muy pocos (turistas, libro en mano, paseándose impíamente por la catedral como si estuvieran en una estación de tren). Había asumido que los protestantes eran una minoría despreciable sobre la faz de la tierra, arrastrándose avergonzados de un lado para otro, conscientes de su vileza pero con un orgullo satánico que les impedía reconocer su error.

El tiempo volaba. Los siguientes ocho meses llegaron a su fin; Ashley debía descender otra vez las montañas para disfrutar de un nuevo descanso. Recibió una carta del presidente de la junta directiva en la que se le informaba de su ascenso. Recibiría el sueldo de un hombre que hubiera trabajado doce años en la mina. La Compañía Kinnairdie deseaba mantenerlo en plantilla. El ascenso había de ser guardado como secreto administrativo. Los proyectos en los que estaba implicado, de construcción y electrificación, avanzaban a toda marcha. Ashley temía las vacaciones. Se sometió a un examen médico realizado por el doctor Van Domelen y se le permitió continuar en Rocas Verdes otros dos meses. Pero mayo de 1905 llegó y tuvo que partir.

Estaba plenamente convencido de regresar a su puesto tras estas vacaciones… ¡Y sin embargo deseaba dejar las montañas para siempre! Disfrutaba con su trabajo, amaba a sus chilenos y sus indios, pero anhelaba compañía (sobre todo de su mujer y sus hijos, si bien esto evitaba pensarlo). Se había visto atormentado recientemente, durmiendo y despierto, por un sueño recurrente: en una noche oscura, más cerca del amanecer que de la medianoche, permanecía bajo sus olmos… la habitación situada al sureste… lanzaba piedritas a la ventana. Ella se despertaba; bajaba la escalera y abría la puerta. ¡Pero era una locura! Tal imprudencia solo podía

sumirlos aún más en la desgracia. La señora Hodge había dicho siete años; estos se cumplirían en julio de 1909. Ashley tenía intención de regresar a Rocas Verdes, pero preparó su mochila como si se tratara de la despedida final. Cosió sus ahorros a sus prendas de vestir; los cheques de su salario podía cobrarlos en cualquier ciudad de tamaño medio. Por primera vez en su vida se deleitaba en la posesión de dinero.

Su despedida fue similar al resto. Visitó de nuevo al doctor MacKenzie.

—Esta vez tiene que parar en Manantiales; al menos por una semana. Tiene que aprender a apreciar el hotel de la señora Wickersham. La he telegrafiado avisando su llegada y aquí tiene una carta para ella. ¿Ha oído a los hombres hablar de ella?

—Algo.

—No volverá a alojar a Heidrich, a Van Domelen ni a Platt. Dice que no puede soportar a los hombres pesimistas. En Manantiales hay otros dos hoteles aceptables, pero no hay lugar en la tierra comparable a la Fonda. ¡Las camas, Tolland, la comida, las bañeras cubiertas en cobre, el servicio! Y, por supuesto, ella misma. He llegado a conocerla algo en treinta años. De hecho fue ella quien me consiguió mi primer trabajo. En aquellos días ella ejercía de oficina de correos de los mineros, banquera e incluso oficina de empleo. Era mucho más que eso; era algo así como la custodia de los estándares. Había una mina alemana (es propiedad de otra empresa ahora) llamada Suevia Eterna. Las condiciones de vida eran pobres, se comportaban de forma arrogante con los ingenieros que no eran alemanes, pagaban tarde… todo eso; pero sus dueños la consideraban la mejor mina de las montañas. La señora Wickersham aconsejaba a los jóvenes alejarse del yacimiento. Se confabulaba con otras minas para robarle a los trabajadores más capaces. Bueno, pues los antiguos «suevos» enviaron un comité a visitarla. Les dio un buen rapapolvo; les explicó cómo gestionar una mina. Aunque yo odiaría trabajar en una mina dirigida por ella, si la dirigiera como lo hace con su hotel. Una noche, en la Fonda, un empresario estadounidense nos contaba que el hombre blanco es la

obra maestra de Dios y que todos esos indios y razas mestizas vinieron al mundo para ser sus siervos. Ella le hizo terminar la cena en su habitación. Tuvo que marcharse a la mañana siguiente y no le dejó pagar la cuenta.

—¿Es inglesa?

—Sí, nació a finales de los años treinta, supongo. Llegó como esposa. El marido era uno de esos buscadores de esmeraldas. Contó una vez una historia de que había estado cocinando para un montón de hombres en el oriente de Perú, donde nunca para de llover, en una choza con techo de paja, sosteniendo un paraguas sobre el estofado de tapir; y que había estado en excavaciones más altas que esta, donde tenías que volver a aprender a cocer un huevo. El marido murió, la dejó con una hija pequeña; ella abrió la Fonda. Hay tres cosas que le interesan: sus hospitales y orfanatos; buena compañía y buena conversación en la cena; y su reputación de saber todo lo que sucede en los Andes… Por cierto, ¿tiene pañuelo para el cuello?

—No, doctor.

—Bueno, llévese este. Insiste en que los hombres vistan pañuelo en la cena.

—Gracias… ¿A qué diosa de Grecia se parece ella, doctor MacKenzie?

—Oh, veo que recuerda esa pequeña conversación. Bueno, una vez le expuse toda esta teoría a ella. —En ese momento el doctor MacKenzie soltó una de sus carcajadas silentes—. Me dijo que era un viejo loco. Me dijo que todos los hombres pertenecen a un tipo: por eso son tan aburridos. Pero la mayor parte de las mujeres son cinco o seis diosas entremezcladas. Aseguraba que toda mujer quiere ser una Afrodita, pero que tiene que conformarse con lo que pueda conseguir. Ella afirmaba haber sido todas ellas: las seis. Decía que una mujer puede considerarse afortunada si logra licenciarse de Artemisa a Afrodita y a Hera para terminar como Atenea. Es triste cuando se quedan atrapadas en una imagen… Cuando regrese, venga a contarme qué le parece.

La noche anterior a su marcha Ashley caminó por las calles de

los poblados. El frío era intenso. Llegó hasta la iglesia y empujó la puerta. Estaba sumida en la oscuridad excepto por una mecha que ardía en su taza de cristal rojo. Proyectaba un tenue reflejo sobre la pequeña cúpula bajo la que se encontraba. Don Felipe estaba arrodillado frente a ella, inmóvil hasta el extremo. Ashley regresó a la plaza. Sonreía.

Se dijo: «Esto es por Roger».

Estaba profundamente impresionado —con agradecido asombro— por el hecho de que la vida permita pagar deudas antiguas, expiar viejas cegueras, remotas estupideces. Su abuela así se lo había prometido.

Ashley no tenía intención de ir a la Fonda. Sería estúpido. Cuando llegó a Manantiales el sol estaba próximo a hundirse tras el Pacífico. Paseó entre los árboles y los pájaros de vuelo bajo. El descenso desde las alturas lo dejó somnoliento. Sigilosamente se aproximó a la posada y entró en el jardín. Se derrumbó sobre un banco. Una fuente se elevaba sobre un estanque a sus pies. La casa permanecía en calma. Aparecieron las primeras luces en las ventanas. Pensó en la sala de color blanco y azul marino. Pensó en el crucifijo de la pared. La mayor parte de sus pensamientos se dirigieron a la señora Wickersham. Anhelaba alguien con quien hablar. Anhelaba la amistad.

—De acuerdo —dijo levantándose—. Arriesgaré mi vida por ello.

Irguió los hombros y caminó hasta el vestíbulo. Ella estaba sentada junto a una lámpara en su pequeña oficina, inclinada sobre sus libros de cuentas. Levantó la vista y lo vio. De nuevo le preguntó con el tono de un sargento de instrucción:

—¿Usted quién es?

—James Tolland, señora, de Rocas Verdes. Tengo una carta para usted del doctor MacKenzie.

—Pase, por favor. —Retiró la pantalla verde de la lámpara para que la luz cayera directamente sobre él. Lo miró de arriba abajo—. ¿No nos hemos visto antes?

—No, señora.

Lo miró con frialdad. Un ligero fruncimiento se apoderó de su rostro. Salió al vestíbulo, dio una palmada y gritó:

—¡Tomás! ¡Tomás!

Un chico indio llegó a la carrera hasta ella. Le transmitió las instrucciones en el dialecto de la sierra.

—Lleva al doctor Sal y Pimienta a la número diez bien bien rápido. Dile a Teresita que prepare la número cuatro perfecta como el cielo y los ángeles. Cuando la número cuatro esté preparada, lleva agua caliente al baño y avísame. —Se dirigió entonces a Ashley—. Señor Tolland, su habitación y la bañera estarán preparadas en quince minutos. Su habitación es la número cuatro, se accede por esa escalera. Aquí tiene algunos periódicos de San Francisco para que los lea mientras espera. La cena es a las nueve. Puede dormir un rato. Tomás llamará a su puerta a las nueve menos cuarto. Si quiere beber una copa antes de la cena, asegúrese de que no esté muy cargada. Las primeras veinticuatro horas tras el descenso son peligrosas.

—Gracias, señora Wickersham.

Se giró y regresó a la sala. En la puerta volvió la vista hacia la derecha. El crucifijo ya no colgaba de la pared. Estupefacto, consternado, Ashley dejó caer los periódicos de su mano. La señora Wickersham lo había seguido con la mirada. Ella sabía muy bien por qué, tres minutos antes, le había hecho un hueco en la Fonda. No había nada particularmente atractivo en John Ashley; el telegrama y la carta del doctor MacKenzie tenían poca importancia para ella. Lo aceptó porque le había mentido. Recordaba muy bien que se habían visto con anterioridad. Había olvidado las palabras que intercambiaron, pero estaba segura de haberlo visto. No era meramente la mentira lo que la atrajo, era la firmeza de la mentira, su «sinceridad». La señora Wickersham estaba, como había dicho el doctor MacKenzie, «llena a rebosar» de curiosidad. Sabía que Ashley no era un mentiroso y que le había mentido. Quería saber más de todo esto.

Nunca se sumaba a sus huéspedes en el almuerzo. Bajaba la escalera a las nueve de la noche ataviada con largos vestidos negros

de cola, de seda o encaje, con algunos años ya cumplidos y cubiertos de pedrería de azabache y lazos de terciopelo escarlata. Las primeras tres noches situó a Ashley lejos de ella, en el extremo opuesto de la mesa. Lo observó y se lamentó de haberle permitido hospedarse en la casa. Hablaba muy poco. Escuchaba a los botánicos suizos, a los arqueólogos suecos y a los misioneros baptistas, a empresarios e ingenieros (entre ellos un compatriota canadiense) y a esos eternos trotamundos profesionales que ya estaban elaborando su capítulo sobre «La tierra del cóndor». Lo sentó junto a un médico chileno de su hospital y al alcalde de Manantiales. No era un hombre de hombres. Estos solo trataban de impresionarlo con su riqueza o posición. Gustaba a las mujeres, pero a las mujeres les gusta cualquier hombre que les conceda toda su atención. Lo dejaría quedarse el resto de la semana. En la cuarta noche lo sentó a su izquierda y allí permaneció.

—Señor Tolland, ¿qué estaba haciendo usted en mi cocina hoy?

—Estaba ardiendo, señora.

—¿Y qué hizo?

—Apagué el fuego. Quiero que me de permiso para entrar en la cocina y en la lavandería cada día hasta que estén en orden. Estos terremotos han desestabilizado sus tuberías, humeros y calderas. He visto algunos lugares que pueden ser peligrosos.

—Los caballeros no se manchan las manos en Chile, señor Tolland. Ya tengo trabajadores que se encargan de las reparaciones.

La miró a los ojos.

—Sí, ya he visto su trabajo… Señora Wickersham, lo mío son las reparaciones y quedo abatido cuando no tengo nada que hacer. Quiero que me muestre sus orfanatos y hospitales; todos esos espacios que los visitantes no ven. Antes de que las calderas estallen y los desagües se desborden.

—¡Cielos!

Se puso sus prendas de obrero. Reunió un grupo de ayudantes y herramientas. Le presentaron a las monjas, los profesores, los cocineros y los médicos. Al concluir la semana ya habían comenzado a serrar y martillear, a soldar y cavar. Cuando concluyó la segunda

semana se eliminaron tabiques y se levantaron otros nuevos. Las monjas se mostraron particularmente alegres cuando les construyó estanterías, decenas de estanterías. Limpió chimeneas, pozos y letrinas.

Cantaba «Nita, Juanita» y «No gottee tickee / No gettee shirtee / at the Chinee laundryman's».

Se dijo: «Esto es por Sophia».

Parecía más joven cada día. Era saludado con sonrojos y risitas cuando llegaba por las mañanas: «Don Jaime, el canadiense». Los celadores lo conocían. Los colegiales lo conocían. A las chicas ciegas les ordenaban levantarse y cantar para él. El asombro era aún mayor al ver que un personaje tan obviamente importante dominara en tal medida su lengua y se dignara a trabajar. En las salas del hospital y en la terraza exterior se detenía y charlaba con los jóvenes amputados y los ancianos. Parecía tener un don para recordar nombres. Al inicio de la mañana, antes de que sus manos y sus prendas quedaran embarradas, tomaba a los huérfanos más pequeños como si supiera, como si hubiera tenido hijos. Pertenecía a esa categoría de seres humanos de los que se obtiene esperanza y consuelo. Lo que sorprendía particularmente a la Madre Superiora era su deferencia hacia las chicas y las mujeres, un respeto indefinible que se parecía a algo recordado de las viejas leyendas y tonadas.

La señora Wickersham defendía su corazón en la medida de lo posible. Los mayores tardan tiempo en convencerse de que los jóvenes sean capaces de garantizarles una verdadera amistad. A lo sumo, los jóvenes pueden ser corteses, pero tienen la imperiosa necesidad de reunirse con sus coetáneos. Por otra parte, ellos —los mayores— se retiran de las exigencias que una nueva amistad pueda suponer; han visto tantas evaporarse, han comenzado a olvidar las más valiosas. Quizá la amistad es poco más que una agotada y agotadora palabra. ¿Qué era entonces esa energía en la mirada que Ashley le ofrecía? ¿Era, era realmente, amistad? Por otra parte, Ashley llegó a la Fonda en el momento en el que la señora Wickersham comenzaba a perder el control del timón de su vida.

Comenzaba a estar cansada de hacer el bien. Todas esas chicas a las que había acogido, formado y casado, las ciegas a las que había enseñado a coser encaje y tejer. ¡Ay, ay, ay! Cuántas veces la habían despertado a las cuatro de la mañana por una cosa u otra: para salvar a un chico de la brutalidad de la policía o a un miembro del cuerpo de policía del resentimiento de los trabajadores. Tenía la nacionalidad chilena y había recibido condecoraciones de la agradecida república. Había apelado al propio presidente de la nación para que otorgara clemencia a un trabajador medio loco que había profanado una iglesia y a una chica angustiada que había abandonado a su hijo en un depósito de agua. Quienes ejercen el bien tienen sus temporadas de debilidad. Saben que no existe vulgaridad espiritual que iguale a la de la expectativa de gratitud y admiración, pero se permiten que las dulces fantasías de la autocompasión los seduzcan. «Nadie ha hecho nunca nada por mí de forma espontánea». La señora Wickersham había perdido contacto con la emoción que la había lanzado a estas tareas inicialmente. Lo que era incluso más triste, se había cansado de las mujeres y de sus conversaciones, de su forma de aferrarse a la esperanza o al temor —exagerados ambos—, de su impotencia a la hora de afrontar una elección entre dos males. Y, como todas las personas de mente resuelta y larga experiencia, se impacientaba ante la presencia de independencia en los demás. Se había convertido en una mala compañía para sí misma. Había dejado colarse el cinismo en sus pensamientos; su lengua se había tornado maliciosa. Había decidido dedicar los pocos años que le restaran a disfrutar (de los únicos placeres que le quedaban: tratar de dirigir la vida de los demás y convertirse en una «personalidad»). Estaba construyendo una máscara para su propio rostro: la señora Wickersham, divertida, un tanto amedrentadora y en posesión de la verdad, sabia y admirable. Algunos avanzan y otros retroceden. Una cierta insolencia en lo relativo a las opiniones de los demás se mostraba a través del uso, en las noches, de vestidos escotados que habían pasado de moda medio siglo atrás y en la libre aplicación de colorete y afeites.

Y entonces John Ashley llegó a la Fonda brindando su amistad.

—Señor Tolland, ¿juega usted a las cartas?

—Sí, señora.

—De vez en cuando jugamos a las cartas en la sala de fumadores. Se juega por dinero. No quiero que la Fonda sea conocida como un casino, así que he establecido una norma: ningún jugador puede ganar más de veinte dólares. Todo beneficio por encima de esa cifra debe ir a la jarra de donaciones para mi hospital. ¿Juega usted a los dos picaros?

—Sí.

—Jugamos hoy a medianoche.

Finalmente pudo Ashley jugar sin ocultar sus habilidades. En la partida participaban algunos hombres acaudalados: viajeros, terratenientes del valle y empresarios del nitrato y el cobre. Se hizo con su dinero. Se hizo con el dinero de la señora Wickersham. De la pared colgaba una pizarra. Al concluir la velada la señora Wickersham escribió en ella la suma destinada al hospital. Sus ojos refulgían. ¡Ciento ochenta dólares! Una máquina de rayos X costaba seiscientos.

Unos días más tarde:

—Señor Tolland, ¿usted desayuna en la azotea?

—Sí, señora.

—Súbase a la azotea después de la cena. Tengo un buen ron. Charlaremos.

Así comenzaron las conversaciones nocturnas bajo las estrellas. Se sentaban mirando las montañas, con un jarro sobre una mesa baja situada entre ellos. Las cimas —ciegas, nobles y duraderas— parecían esperar el próximo acontecimiento: ser aplanadas o desgarradas y replegadas. Estaban en primavera. Ocasionalmente se podía oír en la distancia un susurro, un trueno apagado y un golpe sordo: una avalancha de diez mil toneladas. El esplendor de la luz de luna bañaba cielo y tierra. Las cimas cobraban vida; parecían balancearse y cantar, serenos campos entre negros pináculos. («¡Beata tendría que ver esto! ¡Los niños tendrían que ver esto!»). Las conversaciones giraban en torno a Chile, a los primeros días de

la minería, a los hospitales y los colegios, a los hombres y las mujeres. Ashley, agotado tras un largo día de trabajo, disfrutaba de la agradecida amistad, pero la señora Wickersham se mostraba desdichada y enfurecida. La curiosidad devora el resto de emociones. ¿Quién era este Tolland? ¿Cuál era su historia? Cuanto más lo apreciaba, más la ofendía su negativa a hablar de sí mismo. Mientras él trabajaba se había colado en su habitación para rebuscar entre sus posesiones. Había encontrado unas fotografías de un azul desvaído, en una de ellas una mujer alta y joven posaba junto a un estanque con un bebé en sus brazos y tres niños pequeños a sus pies. Incluso en la desgastada imagen podía observar salud, belleza y armonía. La analizó durante un largo tiempo con algo cercano a la amargura. A cualquier otro, ella —la «dragona», la «tártara»— le habría arrojado preguntas directas («¿Qué está haciendo aquí sin su familia?». «¿Por qué me mintió?»), pero temía en cierto modo a Ashley. En ocasiones una enrabietada frustración se apoderaba de ella y cerca estaba de ordenarle que abandonara el hotel. Ella contaba con una larga experiencia en lo que a fugitivos se refiere; nunca se le ocurrió que Ashley pudiera pertenecer a este grupo. La decimoquinta noche que Ashley pasó en la Fonda se produjo un largo debate durante la cena acerca de las «listas de ratas»: sus celebridades pasadas y presentes, el dinero que podía obtenerse con su captura y la incansable atención necesaria para la caza.

Hacia las siete de la tarde de aquel día un inusual bullicio se había apropiado de los pasillos de la Fonda, carcajadas de los empleados más jóvenes y risitas contenidas de las chicas. Un huésped bien conocido en la casa había llegado, el famoso Wellington Bristow, empresario, dueño de una oficina de importación y exportación de Santiago de Chile. Era ciudadano estadounidense, decía, nacido en Roma de padre inglés y madre griega, aunque se le había oído describir sus orígenes de otro modo. Portaba una veintena de tarjetas de visita que lo declaraban único representante en Chile de algunas farmacéuticas estadounidenses, textiles escocesas, una perfumería francesa, una destilería de cerveza bávara y algunas empresas más. Era un cliente predilecto, mentiroso,

embaucador y tramposo. Su pequeña cabeza estaba cubierta de diminutos rizos y se posaba sobre los anchos hombros de un atleta. Sentado a la mesa durante las partidas de cartas de la medianoche parecía tener treinta años, en la cena aparentaba cuarenta, pero a mediodía podría haber sido tomado por un hombre de sesenta, su rostro entonces se mostraba ansioso y cansado, surcado por innumerables arrugas pequeñas, no todas provenientes del don de la risa. Vestía a la moda de Londres de treinta años antes, con especial gusto por los chalecos coloridos y los pantalones de cuadros. Tenía inquietas manos cargadas de joyas que parecían un imán para los ases. Sus prendas no estaban siempre inmaculadas; los puños de sus camisas estaban deshilachados. Estaba siempre ocupado en ganar dinero y a menudo hambriento. Era el mejor conversador del mundo.

Wellington Bristow era empresario por los cuatro costados, con un toque de genialidad para los negocios, pero disfrutaba más con las negociaciones que con el dinero; tenía una naturaleza generosa y alegre. Por tanto, tenía tres factores en su contra. Necesitaba complicar las transacciones, implicar a terceras partes, enterrarlas en condiciones y cláusulas. Le encantaba acelerar una negociación insinuando sobornos o amenazar al recalcitrante dejando entrever un chantaje. Alimentar promesas y ocultar riesgos eran todo un placer. Sacrificaba su propia comisión para hacer el acuerdo más apasionante. Le encantaba el negocio por el negocio mismo. El poco dinero que obtenía era incapaz de no gastarlo. Ofrecía constantemente regalos que no se podía permitir: el alma de la generosidad. En cada una de sus visitas a la Fonda obsequiaba a la señora Wickersham con algo nuevo y precioso del mundo exterior: la primera máquina de escribir que llegó a Manantiales, la primera estilográfica, el primer caviar, un mantón de gala de Worth[50]. En esta ocasión se presentó con diez botellas de champán; sus zapatos y calcetines estaban poblados de agujeros. Nadie ha visto jamás un empresario de éxito alegre, puesto que la alegría es la alabanza del conjunto y no puede sobrevivir cuando existen objetivos ulteriores. Su alegría era de la especie más pura, robaba su felicidad a la

decepción y el riesgo. Menudo conversador era, ¡menudo persuasor! Todo aspecto tomaba el color que él deseara imponerle. Los mejores persuasores son aquellos que no tienen principios; la sinceridad es tartamuda.

Lo primero que percibió Ashley de la presencia del señor Bristow en la casa fue el sonido de la voz de la señora Wickersham, elevada con indignación, desde el vestíbulo de la planta baja: «¡No, señor Bristow, no permitiré que traiga un ataúd! ¡Me da igual que sea o no sea de ébano, no va a entrar en mi casa!».

Pero se trataba únicamente de una de las habituales bromas del señor Bristow. Las diez botellas de champán habían sido desplazadas hasta la Fonda en una caja alargada y estrecha, sin embargo… sin embargo, no se trataba por completo de una broma. La mente del señor Bristow se detenía en los lechos de muerte, los ataúdes y los funerales. Con respecto a estas cuestiones no solo era serio, sino de una elevada y tranquilizante solemnidad. Rondaba las viviendas de los moribundos. Facilitaba su marcha y despertaba un cierto deseo de alcanzar la lejana orilla. Se retiraba en la administración del viático, zapateando con impaciencia, pero para muchos ojos debilitados la última imagen era la de un bello joven guiándolos por floridos vergeles. Los residentes en Santiago, de toda clase, llamaban a su puerta a cualquier hora para pedirle que escribiera unas palabras que pudieran ser publicadas en los periódicos para anunciar un fallecimiento. Algunas de estas han pasado a formar parte de la tradición popular: «Desconocidos, solo aquellos que han saboreado la mayor de las felicidades pueden comprender nuestro pesar. Familia de Casilda Romero Valdés»; «Desconocido, detente: la muerte no es amarga para aquellos que han presenciado el sufrimiento de sus hijos. Familia de Mendo Casares y Castro».

Wellington Bristow visitaba Manantiales tres o cuatro veces al año. Manantiales era la «pequeña Amsterdam» de los Andes, mercado y lugar de distribución, fundamentalmente clandestino, de esmeraldas que encontraban su camino rumbo a Occidente a través de los desfiladeros. Esa ruta subterránea hacia las capitales del

mundo atravesaba un conjunto de escuálidas chozas en los límites de la ciudad. El señor Bristow recolectaba esmeraldas en Manantiales, antes de continuar su ascenso a mayores altitudes para conseguir pieles de chinchilla. La señora Wickersham esperaba ansiosa sus visitas. Con él llegaban los cotilleos de la costa; estimulaba las partidas de cartas y se guaseaba de ella y dejaba insatisfecha su abundante curiosidad por el propio Bristow. ¿Quién era? ¿Quién era realmente? Le transmitió las novedades en la cena de la primera noche. Ella lo sentó lejos para que todos los asistentes pudieran disfrutar sus crónicas: juicios, bancarrotas, muertes y funerales («¡No quiero oír hablar de funerales, señor Bristow!»), encarcelamientos, matrimonios a la carrera («El azahar florece prematuramente, señora Wickersham, si se enciende una hoguera bajo él». «Lo sé, señor Bristow»), armas disparadas en alcobas, testamentos falsificados, leprosos que ganan la lotería, muertes y funerales («¡No quiero oír hablar de funerales, señor Bristow!»), milagrosas curas ante altares del extrarradio, una princesa inca desenmascarada que resulta ser la señorita Beatrice Campbell, de Newark (Nueva Jersey), la última moda (sombreros de rueda de carro, mangas hasta los nudillos), muertes y funerales («¡Deténgase ahora mismo!»). No hay duda de los motivos por los que le cobraba un mísero dólar al día.

—¿Ha cazado alguna rata últimamente, señor Bristow?

—No, señora, pero un amigo mío atrapó una bien grande en Lima hace unos meses.

—Señor Tolland, ¿sabe usted lo que es una «lista de ratas»?

—Sí, señora.

—Cuéntenos esa historia de Lima, señor Bristow.

—Mala fortuna la mía, señora Wickersham. Habría llegado pronto aquí al sur. Lo había estado vigilando durante dos años. Era el vicepresidente de un banco de Kansas City: ojos azules, rostro redondeado, piel rosada, de unos cuarenta años. Había escapado con varios cientos de miles de dólares y una niña de dieciséis años.

—¿De cuánto era el pastel?

—Habrá unos cuatro o cinco mil del banco y otro tanto de la familia de la chica. Fueron las cicatrices de carbunco en la parte

trasera del cuello las que lo delataron. Mi amigo puso unas pastillas en su bebida y le quitó la bufanda… Y encontraron al obispo.

—¿Qué obispo?

—Lo encontraron en Alaska, era cocinero en un hotel. Más feliz que un gusano en una tarta; eso dijeron. Siempre quiso cocinar. Su mujer no quiso pagar el pastel. No lo quería recuperar. Ya tenía cocinero, decía.

—¿Cuántos nombres tiene en su lista ahora?

—Oh, cientos, señora Wickersham. Algunos de ellos desde hace treinta años. Solo nos interesan las recompensas altas. Nos mantienen en ascuas. Como el tipo que secuestró a la señora Beecham en el noventa y nueve. Tenía treinta años entonces y decían que se parecía a Pete Dondrue, el jinete.

—¿Alguna marca?

—Solo una pequeña peculiaridad que no puedo mencionar aquí, señora Wickersham.

—Bueno, pues mantenga los ojos abiertos. Quizá todavía pueda conseguir algún pastel.

El señor Bristow era sumamente feliz jugando a las cartas y habría ganado veinte dólares cada noche de no ser porque no jugaba por dinero ni para ganar, sino para burlar las reglas del juego. Ashley dejó que fueran los demás los que denunciaran sus trampas. Una vez sorprendido, el señor Bristow se limitaba a soltar una carcajada («¡Me preguntaba si se darían cuenta de esta!»). Los rostros se giraban hacia la señora Wickersham, la «dragona», que habría arrojado por la puerta a cualquier otro huésped.

—¡Oh, es un bribón! ¡Lo conozco desde hace años. Juegue como es debido, señor Bristow, o lo tendré que expulsar!

El señor Bristow se sintió verdaderamente atraído por Ashley, quien también lo apreciaba de ese modo comedido y halagador que se muestra a menudo ante personalidades con cualidades opuestas a las propias.

Cuatro días más tarde, Wellington Bristow se marchó para realizar un breve viaje montaña arriba. Esperaba obtener pieles de chinchilla. Pensaba pasar una noche con su viejo amigo el doctor

MacKenzie en Rocas Verdes. Una despedida es un pretexto para una fiesta y, una vez que la señora Wickersham se marchó a la cama, continuaron bebiendo y contando historias en el bar. Ashley nunca había oído relatos como aquellos. Eran historias verdaderas: todas ellas le habían sucedido al señor Bristow en distintos rincones del planeta. Durante la primera hora estaban todas vinculadas con milagrosas huidas de la muerte. Luego tornaron hacia las coincidencias y los milagros. Había escapado de naufragios y casas en llamas, había sido salvado en el momento oportuno de ser asesinado a manos de bandoleros. Ashley era el único que escuchaba, el resto se habían dormido: el comerciante de nitrato, el botánico y la señora Hobbes-Jones (autora de *Asia para niños*, *África para niños* y similares).

Finalmente el señor Bristow le preguntó en voz baja:

—¿Ha estado alguna vez en la frontera de la muerte, señor Tolland?

—No —negó Ashley—, no puedo decir que haya estado.

Bristow siguió entonces con otras historias que él había presenciado de muertes acontecidas convenientemente, en el momento oportuno: muertes que coronaban con magnificencia una gesta, evitaban una desgracia o liberaban de un carga insoportable. Sus ojos brillaban, parecía más joven.

—Toda muerte es adecuada. No elegimos el día de nuestro nacimiento; no debemos elegir el día de nuestra partida. Son elegidos en nuestro nombre.

Ashley había concedido poca atención a la muerte. Escuchaba absorto —como lo habían escuchado sus hijos contar historias sobre las aventuras del pequeño Ib en el Polo Norte y el viaje de la pequeña Susanna a la luna— y, al igual que sucedía con sus hijos, se quedó dormido.

A la mañana siguiente, cuando Bristow abandonaba la Fonda, la señora Wickersham lo detuvo en la puerta.

—¿Qué estaba haciendo en la habitación del señor Tolland la tarde de ayer, señor Bristow?

—¿Yo? ¿Yo?… ¡Ni siquiera sé cuál es su cuarto!

—Le he preguntado qué estaba haciendo en la habitación.

—Oh, ahora me acuerdo. ¿Era ese el cuarto de Tolland? Solo quería tomar prestado algo de tinta.

—¿Qué se llevó de la habitación?

—Nada.

—Me dijeron que estuvo allí veinte minutos.

—¡Veinte minutos! No fue ni un segundo.

—No me gusta que incomoden a mis huéspedes… ¿Cuántos días estará de viaje?

—Cinco días, seis como mucho.

Ella se giró sin decir adiós. En cuanto Bristow se hubo marchado, llamó a Tomás.

—¿Dejó el señor Bristow equipaje en el almacén?

—Sí, patrona.

—Quiero asegurarme de que está en un lugar seguro. Súbelo a mi habitación.

No era la primera vez que la señora Wickersham había inspeccionado el equipaje del señor Bristow. Encontró una copia de la lista de ratas. En la última página había un elemento subrayado con lápiz rojo.

> ASHLEY, JOHN B. Nacido Pulley's Falls (Nueva York) en torno a 1862. Altura: 175cm. Peso: 80kg. Pelo castaño. Ojos azules. Cicatriz vertical en mandíbula derecha. Educado. Acento del este. Ingeniero minas. Coaltown (Illinois). Mujer y 4 hj. Disparó a Breckenridge Lansing su jefe, en la nuca, mayo de 1902. Condenado. Escapó de los guardias en traslado a ejecución en Joliet. 22 de julio. Peligroso, conectado con grupos criminales. Recompensa: Fiscalía del Estado. Springfield (Illinois). 3000. Recompensa adicional: 2000. J.B. Levitt. Brockhurt. Levitt y Levitt. Apdo. Correos 64. Springfield (Illinois).

La señora Wickersham se inclinó sobre la documentación.

Cerró los ojos, como sometida a un terrible cansancio. No era la primera vez que se planteaba una pregunta para la que había encontrado diversas respuestas: «¿Por qué son los hombres buenos más estúpidos que los malvados?». En ese momento borró de su memoria y de su corazón el discurso que había estado preparando. Lo desechó como una joven —informada de la muerte de su futuro marido— guardaría en el ático su vestido de novia. El discurso había cobrado forma y se había dotado de ornamentos a lo largo de numerosos ensayos. Había tenido intención de pronunciarlo esa noche, junto al jarro de ron en la azotea de su hotel.

«Señor Tolland, abandone Rocas Verdes y venga a Manantiales a trabajar conmigo. Ayúdeme con la Fonda y con mis intereses en la ciudad. Usted es ya una bendición para las escuelas y los hospitales. No sabemos cómo nos las apañaremos sin usted. Además, con usted yo sería capaz de hacer muchas cosas para las que no he encontrado el tiempo o el valor necesarios por mí misma. El agua del manantial de Santa Catalina tiene propiedades extraordinarias. Podríamos embotellarla y venderla en cisternas. A esto podríamos sumar la construcción de un gran sanatorio. Vendría gente a tomar baños aquí. Manantiales podría convertirse en una pequeña ciudad de salud y felices labores».

El discurso avanzaba, cada vez más inflado, más visionario, en cada ensayo.

«Desde mi llegada hemos educado a más de mil niños. Se casan; tienen hijos; abren tiendas y posadas y caballerizas a todo lo largo de la provincia. Se dedican a la agricultura. Pero esto no es suficiente. Lo que necesitamos es una escuela para formar profesores. La mezcla de sangre española e india genera una descendencia excelente. Abandonados a su suerte, los indios quedan doblegados, resignados y recelosos, pero tienen una fuerte inteligencia psicológica y una gran disposición para ayudarse los unos a los otros. Los colonos son activos, pero son vanidosos y no ofrecen colaboración alguna. Ambos están en su mejor entorno —cuando son mezclados— en este clima y esta altitud. Adelante, señor Tolland, construyamos una universidad, una facultad de Medicina y una ciudad de la salud. Construyamos para el futuro, cuando Manantiales será un ejemplo y un modelo para todas las provincias de Chile y los Andes».

Este era el discurso que nunca pronunció.

Se levantó de forma inmediata, volvió a introducir la lista de ratas en el equipaje del señor Bristow, ordenó que trajeran su caballo hasta la puerta, se colocó su sombrero español negro y prendió una rosa roja en su solapa. Llegó hasta la ciudad y se encerró durante una hora con el doctor Martínez en el hospital. Le ordenó que pidiera un ataúd esmeradamente diseñado para un hombre de un metro y setenta y cinco centímetros de estatura, que sería ubicado en el pabellón más alejado, el reservado para los pacientes contagiosos.

La señora Wickersham se había desprendido de ese aire de cansancio. Algo duro y resuelto se había apoderado de su voz y su comportamiento. Desde la oficina del médico se dirigió a la de la Madre Superiora. Allí pudo ver por la ventana a Ashley y su tropa trabajando en la nueva lavandería, sin embargo ella permanecía fuera de su campo de visión. No tenía nada, en ese momento, que decirle. Sor Gerónima comenzó a describirle cómo don Jaime estaba elevando la altura de las artesas «para que a las chicas no les duela la espalda. Y, patraña, ha rebajado las mesas de las costureras. ¡Tiene tanta fijación con establecer la altura adecuada!». Pero la señora Wickersham atajó los halagos y comenzó a tratar cuestiones más importantes.

En la Fonda se informó a los huéspedes de que la cena sería retrasada a las nueve y media. La señora Wickersham se vistió con más cuidado del habitual. Portaba sus pendientes de ópalo y un vestido que pocos de sus invitados habían visto con antelación. Era blanco. Fue el elegido para recibir una condecoración de manos del presidente de su país. Y sobre el traje estaba esta distinción. Sus amigos más cercanos (¿pero qué amigos cercanos tenía? Estaban muertos; su hija estaba en India) habrían detectado que este «engalanamiento» indebido era una muestra de abatimiento (la presencia de la condecoración delataba su desesperación). Le pidió a Ashley que se sentara frente a ella, en el extremo de la mesa, entre un botánico finlandés y su esposa. Sus ojos se posaban en él de cuando en cuando como si se encontraran a una gran distancia. De postre los comensales recibieron el champán del señor Bristow. De

forma intermitente la señora Wickersham concedía su atención a un eminente geógrafo alemán sentado a su derecha. La conversación en la mesa se animó. Ashley y sus amigos finlandeses estaban disfrutando.

—¿De qué hablan ustedes, los jóvenes, en ese extremo?

—Señora Wickersham —respondió Ashley—, el doctor y la señora Tihonen tienen magníficas ideas sobre los árboles que deberíamos plantar por todo el valle. Me entregarán una lista y un mapa.

La mesa quedó callada ante esta muestra de júbilo.

—Sí, sí —gritó el geógrafo alemán aplaudiendo—. Pocas satisfacciones mejores existen que la de plantar árboles.

Los Tihonen aplaudieron. Todos batían palmas excepto la señora Wickersham.

El doctor Von Strelow continuó:

—Es la siembra la que separa al hombre del animal. El animal desconoce que existe un futuro; desconoce que morirá. Morimos, pero los jardines sobreviven. Plantar árboles es la actividad menos egoísta que desarrollamos. Es un acto de fe aún más puro que la procreación. Doctor Tihonen, acompáñenos mañana y muéstrenos esas arboledas y bosques que nunca veremos.

Los comensales volvieron a aplaudir.

—Pero, señora Wickersham, usted debería hacer más que plantar árboles en este magnífico valle. Debería fundar una ciudad.

—¿Qué?

—Ocho kilómetros valle abajo: una nueva ciudad. Toda mi formación, gentil dama, está destinada a describir las condiciones favorables para el hombre; su cuerpo, su mente y sus actividades. Tienen muy poca lluvia aquí, pero tienen todos estos manantiales de agua fría y caliente. Nunca podrá existir una gran aglomeración en este lugar, su agricultura estaría limitada; pero tienen un entorno perfecto para las cuestiones de la mente. Veo una universidad y un conjunto de hospitales y facultades de Medicina y hoteles. Veo un auditorio y un teatro. La gente de las ciudades de la costa vendrá hasta aquí para renovar su espíritu. Allí: ocho kilómetros valle abajo.

Le mostraré el lugar mañana. Usted ha logrado cosas admirables en Manantiales, señora Wickersham. Ahora debe hacer algo más destacable todavía. Allí.

Los comensales elevaron sus copas y prorrumpieron en aclamaciones.

—¿Cómo podríamos llamar a esta ciudad de luz y salud? Temo que la señora Wickersham será demasiado modesta para permitirnos bautizarla con su nombre. Llamémosla Atenas. Atenas. Legaré mi biblioteca a la universidad.

—Yo ofrezco mi colección botánica de los Andes —gritó el doctor Tihonen.

—Yo aporto ahora mismo cinco mil dólares —se lanzó el ingeniero de minas sentado a la izquierda de la señora Wickersham.

Mientras duraba esta rapsodia la señora Wickersham permaneció clavando las uñas en el borde de la mesa. Se puso en pie y con el gesto serio anunció:

—Tomaremos el café en el salón, damas y caballeros.

La frialdad de su voz desinfló el ánimo de los presentes. Se miraron los unos a los otros como niños que acaban de ser reprendidos. Ella lideró el traslado a la otra habitación con la frente alta y la mirada caída. Cuando concluyó el café, dijo a Ashley:

—Debo verlo en la azotea a medianoche. Tengo que decirle algo.

Tras soportar cierta lucha interna se dirigió a sus huéspedes:

—Quiero agradecer al doctor Von Strelow y al doctor Tihonen los bellos planes que han diseñado para el valle. Y quiero agradecerles a todos ustedes los buenos deseos que en estos han depositado.

Tenía algo más que decir, pero era incapaz de completar su intervención.

En la azotea, junto al jarro de ron, se quedaron en silencio un momento. Ashley sabía que algo pesado flotaba en el aire.

—Señor Tolland, ¿lo persigue la policía?

—Sí, me persigue.

—¿Está usted en la lista de ratas del señor Bristow?

—Supongo que sí. Nunca la he visto.

—¿Está usted seguro de que jamás lo atraparán?

—No lo estoy. Asumo el riesgo. Prefiero asumirlo a pasar la vida huyendo. No estoy huyendo de mí mismo. Soy inocente del delito del que se me acusa.

—Señor Tolland, ¿ha echado usted en falta algo en su habitación recientemente?

—Bueno, lo cierto es que sí, estoy seguro de que alguien me robó unas fotografías de mucho valor para mí.

—¿Ha sucedido algo más de carácter inusual que pueda estar conectado con esto?

—Sí, dudaba si debería contárselo. Algunas noches atrás, en el salón, alguien puso algún tipo de droga en mi bebida. Tengo el sueño muy ligero, pero esa noche, horas más tarde, alguien me despertó mientras dormía en mi habitación. Apenas era capaz de mantenerme despierto. Alguien me tiraba de la barba. La luz estaba encendida; un hombre se movía a mi alrededor, quizá fueran dos. Lo único de lo que era consciente es de que estaba luchando para liberarme de la mano que apretaba mi mentón. El hombre (o los hombres) se reía. Podría decir que era una risita tonta. Lo golpeé pero mi brazo no tenía fuerza ninguna. Luego se marcharon. Primero pensé que se había tratado de una pesadilla. A duras penas podía salir de la cama para encender el quinqué. No fue una pesadilla. Los muebles habían sido desplazados.

—¿Qué explicación le encuentra?

—Oh, creo que el señor Bristow me estaba gastando una broma pesada.

—Si su nombre está en la lista de ratas, señor Tolland, quizá una cicatriz pueda identificarlo.

Ashley se llevó la mano a la mandíbula.

—La hay. —Se acarició la barba y dirigió la mirada hacia su acompañante en la oscuridad—. ¡Así que de eso se trataba!

—Quiere hacerse con la recompensa por su cabeza, señor Tolland.

—¿Y cómo lo haría?

—Lleva siempre consigo algún documento. Es asistente honorario del *sheriff* de alguna ciudad de Estados Unidos. Posiblemente no tenga ningún valor oficial, pero es suficiente para impresionar a la policía de por aquí. Está cubierto de cintas y sellos y banderas y águilas.

—¿Y ahora qué hará?

—Ha subido a Rocas Verdes para hablar de usted con el doctor MacKenzie.

—El doctor MacKenzie es mi amigo.

—Señor Tolland, el doctor MacKenzie traicionaría a cualquiera solo por darse el gusto… ¿Qué hora es?

Ashley encendió una cerilla.

—La una y cuarto.

—Por favor, encienda el candil… Encontré la lista de ratas en el equipaje del señor Bristow. Copié su descripción. ¡Léala! —Ashley lo hizo—. ¿Por qué no me dijo nada de esto antes? Usted piensa que es afortunado. Que algún tipo de providencia especial cuida de usted. No hay providencias especiales, señor Tolland, solamente nuestra inteligencia. ¿Por qué no confió en mí? La amistad es para aquellos que la merecen. Se encuentra ante un gran peligro. Puesto que ha sido descubierto, solo es posible una medida: James Tolland debe morir. John Ashley y James Tolland tienen que tener una buena y meticulosa muerte certificada. El mundo entero debe quedar convencido de ello para que se acabe esta persecución. Falsificaremos algunos documentos. Vamos a hacerlo desaparecer a través del desierto hasta un pequeño puerto llamado Tiburones, cerca de la frontera con Perú. Algunos cargueros de nitrato embarcan allí. Lo llevarán a América Central. Será un chileno de madre alemana. ¿Tiene dinero?

—Tengo más del que sé cómo utilizar.

—Va a caer enfermo esta noche. Va a sufrir una rara y terrible enfermedad. He elegido una que no es contagiosa; en caso contrario habría que poner en cuarentena a todo el mundo. ¿Ha oído hablar de la hiedra venenosa? Bueno, pues aquí tenemos algo diez veces más venenoso que la hiedra. Usted va a morir por una erupción

causada por *tachaxa espinosa*. Agonizará, señor Tolland. El doctor Martínez certificará su defunción. El alcalde, su amiga sor Laurencia y yo misma lo firmaremos. La oficina consular de la capital lo registrará. Los periódicos de todo el mundo lo publicarán. El convicto huido John Ashley, terror de los hombres y las mujeres decentes, ha muerto. Tendrá un funeral glorioso. Estará enterrado junto a mí en suelo prácticamente sagrado. Luego renacerá. Acábese el ron.

—No he terminado la lavandería.

La señora Wickersham soltó un bufido.

—No me ha ayudado a construir la nueva Atenas. La vida es una sucesión de decepciones, señor Tolland. La vida es una serie de promesas que se quedan en nada… Estoy cansada de hablar. Mi voz está cansada. Quiero que me cuente esta historia en la que usted asesina a un hombre y la otra en la que escapa de sus custodios.

Ashley habló durante media hora. Concluyó el relato y guardó silencio.

—¡Vaya! —dijo ella—, ¡Vaya!… Otra persona disparó.

—No había nadie alrededor. Y si lo hubiera habido, no podría haberle disparado exactamente en el mismo segundo. Unicamente se oyó un disparo.

—¿No tiene idea de quiénes eran esos rescatadores?

—No.

—Eran mineros que se sentían en deuda con usted…

—Oh, señora Wickersham, los mineros pasan la vida bajo tierra. Sus piernas no son rápidas. Sus cabezas no son rápidas. No podrían haber planificado algo así y haberlo llevado a cabo… como acróbatas de circo.

—Señor Tolland, es todo muy extraño. Me hace sentir veinte años más joven. Yo no creo en los milagros, pero no podría sobrevivir si no sintiera que cosas parecidas a los milagros suceden a mi alrededor. Por supuesto que existe una explicación para lo que me ha contado, pero las explicaciones son para gente de mente aburrida que vive aburridas vidas. Me siento treinta años más joven. Aunque he sido muy infeliz en la cena, escuchando todo ese

sinsentido sobre la construcción de una universidad y una facultad de Medicina aquí. ¡Incluso un auditorio y un teatro! ¡En mis sueños nunca había llegado tan lejos! ¡Qué pudiéramos fundar una ciudad! ¿Y quién va a hacer todo esto? ¿Una mujer de setenta años y usted, un hombre que no puede mostrar su rostro en público? Ese profesor viejo y loco quiere situar esta Atenas aquí, en este valle en el que tenemos doscientos terremotos al año. Los terremotos provocan incendios. Los techos se vienen abajo. Las iglesias se derrumban tan a menudo que ya nadie trata de construir cúpulas… ¡Opera! Los cantantes no son capaces de llenar sus pulmones en esta altitud. ¿Por qué son tan bobos los idealistas?

La señora Wickersham continuaba perdiendo y recuperando el hilo de la conversación.

—¿Sabe por qué tenemos tantos terremotos? Porque los Andes continúan creciendo. Pronto serán más altos que los Himalayas. Serán las montañas más altas jamás vistas. Pero el sol y el hielo las reducirán de nuevo. Dicen que los Alpes ya se están desmoronando. Serán tan planos como la palma de su mano en un santiamén. Unas cuantas Atenas, como la Atenas original, habrán perecido. Las ciudades crecen y se desmoronan, señor Tolland, como los castillos de arena que los niños construyen en la orilla. La especie humana no es mejorable. El ser humano es despiadado, perezoso, pendenciero y egocéntrico. Si yo fuera más joven y usted fuese un hombre libre, podríamos hacer algo aquí… aquí y allí. Usted y yo tenemos una cierta cualidad que es tan extraña como una gallina con dientes. Trabajamos. Y nos olvidamos de nosotros mismos en nuestro trabajo. La mayor parte de la gente piensa que trabaja; que es capaz de perder la vida con tanta laboriosidad. Piensan que están construyendo Atenas, pero solo se están lustrando los zapatos. Cuando era joven solía sorprenderme por los pocos avances que se lograban; todas esas palabras delicadas, todos esos hombres y mujeres con discursos nobles, esos planes, esos fundamentos, esas constituciones redactadas para repúblicas ideales. No afectan lo más mínimo al hombre y la mujer medios. La esposa, como Dalila, corta el cabello de su marido; el padre sofoca a sus hijos. Cada cierto

tiempo todos se vuelven locos para celebrar el glorioso avance de la civilización: el milagro de la vacunación, las maravillas del ferrocarril. Pero el alboroto acaba por apagarse y ahí estamos de nuevo: lobos y hienas, lobos y pavos reales… ¿Qué hora es?

Estaba avergonzada de sí misma. Estaba llorando. No había derramado una lágrima en treinta años, quizá cuarenta. Y sin embargo reía también: el prolongado y casi inaudible rumor que tan a menudo acompañaba sus pensamientos cuando estaba a solas.

—Sí —continuó—, todo es inútil, desesperado, pero nosotros somos los esclavos de la esperanza… Bueno, es tarde y estoy borracha. Señor Tolland, debe irse a la cama ya. Despertará siendo un hombre muy enfermo. En torno a las siete y media será transportado por las calles en una camilla para que todo el mundo pueda ver que agoniza. Aquí tiene tinta roja. Frótesela en el pecho y especialmente en la base de la garganta. Tendrá grandes bubones en las axilas y en las ingles. Pínteselas de rojo. Y aquí tiene tinta negra. El interior de su boca tiene que estar negro. Cuando esté tumbado en esa camilla, mantenga la boca bien abierta. Debemos verlo enterrado antes de que regrese el señor Bristow. Vendré a visitarlo mañana por la tarde, una vez que haya muerto, para contarle qué sucederá con usted después. Buenas noches, señor Ashley.

Este soltó su vaso, aún sonriente.

—Volveré. Erigiremos juntos Atenas.

—¡No! Ya habrá otros estúpidos: otra Ada Wickersham, otro John Ashley y, por supuesto, otro Wellington Bristow.

Pasadas las cuatro de la madrugada, un prolongado repiqueteo en su puerta despertó a la señora Wickersham. Era Tomás.

—¿Qué pasa?

—Patraña, la policía se lleva a don Jaime.

—¿Qué policía?

—El capitán Rui, Ibáñez y Pancho.

—Dile al capitán Rui que se quede ahí hasta que yo baje. ¿Quién más está ahí?

—Don Velantón («Velantón» por Wellington).

—Don Velantón se marchó esta mañana.

—Está aquí.

—Dile al capitán Rui que espere con su prisionero en la sala hasta que yo llegue. Dile que yo digo: «Recuerde a Fernán».

Fernán era el hijo del capitán. La señora Wickersham lo había liberado de un difícil apuro. Los hizo esperar. Se vistió con calma. Veinte minutos más tarde entró en la sala. Ashley, esposado, permanecía sentado entre dos guardias. Wellington Bristow se acercó a ella, prácticamente sollozando.

—Señora Wickersham, el señor Tolland es un criminal famoso. Disparó a su mejor amigo…

—Pensé que había abandonado Manantiales esta mañana.

—… en la nuca. Es una persona muy peligrosa.

—¡Abróchese la camisa!

Este exabrupto, intercambiado frecuentemente por los chicos en sus payasadas, se utiliza entre adultos para expresar el mayor de los desdenes.

—¡¡¡Señora Wickersham!!!

—¡Capitán Rui!

—Sí, patraña.

—¿Cómo está su mujer?

—Bien, patraña.

—¿Cómo están Serafina y Luz?

—Bien, patraña.

—¿Cómo está Fernán?

—Bien, patraña —respondió el capitán bajando la voz.

—Buenos días, Pancho. Buenos días, Ibáñez.

—Buenos días, patraña.

Silencio.

—Vi a tu madre ayer, Pancho. Creo que se está recuperando. Creo que está mejorando mucho.

—Sí, patraña. Gracias, patraña. Gracias, patraña.

La señora Wickersham se sentó y miró con seriedad al frente. Sus ojos evitaron los de Ashley y los de Bristow.

—Capitán Rui, he dirigido un hotel en Manantiales durante muchos años. No ha sido fácil. Soy una mujer sola, una mujer

indefensa. No podría haberlo hecho sin la ayuda de hombres fuertes y honrados; como usted, capitán Rui. —(«Oh, mi patraña»)—. Soy madre y tengo corazón de madre… ¡Discúlpeme la emoción!… Capitán Rui, ¿alguna vez ha sabido de algo escandaloso o impropio que tuviera lugar en mi hotel? —(«¡No, patrona!»)—. Una anciana indefensa… con la ayuda de Dios he mantenido una casa respetable.

Se produjo un nuevo silencio prolongado mientras ella presionaba su pañuelo contra los ojos.

—Pero ayer tuvo lugar un suceso espantoso y vergonzoso. Pensaba que este hombre, don Velantón Bristó, era mi amigo. Pensaba que era una persona honrada. ¡Es una serpiente!

—Señora Wickersham, puedo demostrarle…

—¡Entró en la habitación de uno de mis huéspedes y ROBÓ un objeto de gran valor! Apenas puedo hablar… por la vergüenza… ¿Quién es este hombre, capitán Rui?

—Patraña… don Jaime Tolán.

—Sí. Quien, sin recompensa alguna, sin que yo le haya dado ni un céntimo, ha trabajado de sol a sol por amor a la gente de Manantiales. Ha convertido el hospital en un lugar digno de un rey; el hospital en el que tu querida madre está en estos mismos momentos, Pancho.

—Lo sé, patraña.

—¿Sabe cómo llamó sor Laurencia a don Jaime Tolán? Con sus propios labios de santa, lo llamó un ángel.

Wellington Bristow cayó de rodillas.

—Señora Wickersham. Es Ashley…, el asesino. Puedo demostrarlo.

—Capitán Rui, ese hombre que está en el suelo, esa serpiente, desde las profundidades de ese corazón negro y podrido acusa a este ángel de crímenes demasiado horribles para ser mencionados… Retírele esas esposas y póngalas en las muñecas de ese mentiroso y ladrón, y que Dios se apiade de él.

La situación estaba resuelta.

—Señora Wickersham, tenga piedad de mí. Le daré la mitad del pastel.

—Capitán Rui, cuando lo lleven a la cárcel, no le hagan daño. Compórtense de forma cristiana. Pero no hablen con él. No lo dejen hablar con nadie. Visitaré al alcalde esta misma mañana y le hablaré de su traición. Ponga a don Velantón en la «cafetera». Los tres primeros días denle algo de sopa y pan en el almuerzo. No lo traten con maldad, ¡pero asegúrense de que no habla con nadie!, ni siquiera con usted y sus guardias… ¡Es demasiado tarde para lloriquear, señor Bristow!… Don Jaime, no tiene buen aspecto.

Ashley era incapaz de hablar. Señaló su garganta. Se desabrochó la camisa.

—¡Abra la boca, don Jaime!

La señora Wickersham miró el interior de su boca, soltó un gemido y retrocedió horrorizada.

—¡Que todos los santos del cielo se apiaden de nosotros! —Susurró dos palabras al capitán Rui, que empalideció y se santiguó. Gritó hacia el vestíbulo—: ¡Tomás! ¡Corre a buscar al doctor Martínez! ¡Dile que venga!… Levántese del suelo, señor Bristow. ¡Ya tendrá tiempo de arrodillarse en la «cafetera»!

Ashley fue conducido por las calles y abandonado en la sala para los casos desesperados. A mediodía todo había acabado. La campana de la capilla dobló; las chicas ciegas pidieron que las llevaran a rezar; las monjas apenas podían encontrar su camino entre las camas.

A mediodía la señora Wickersham visitó la sala de casos desesperados. Él necesitaría algunos «papeles» para su nueva vida. Trajo una colección de antiguos y nuevos certificados de nacimiento, documentos de nacionalidad y pasaportes. Provenían de oficinas funerarias, pensiones e incluso prestamistas. Describían a hombres de todas las edades y características: hombres a los que les faltaban doce dientes, con cicatrices en la espalda y lunares en el pecho, con hernias, hemorroides y labios leporinos. Trajo consigo también algunos cortaplumas y frascos de tinta y ácido. Ashley se encontraba como pez en el agua. Experimentaron con varias formas de borrado, alteración y caligrafía barroca. Finalmente fabricaron un certificado —manchado por las inclemencias del tiempo y el sudor,

apenas legible— para «Carlos Céspedes Rojas, nacido en Santiago de Chile, el 7 o 9 de marzo de 1862, de ojos azules, pelo castaño, estatura media, dentadura sana, con una cicatriz en la mandíbula derecha, soltero, agricultor».

A medianoche la señora Wickersham regresó con un anciano llamado Esteban y cinco mulas. Viajaría a Tiburones. El camino cubría más de trescientos kilómetros (unos doscientos a vuelo de pájaro, si es que un pájaro hubiera recorrido la distancia alguna vez). Eran escasas las gotas de lluvia que habían caído sobre él en un siglo. Cruzaba antiguos lechos de nitrato que habían sido abandonados desde que se construyó el ferrocarril. Decían que estaba poblado por los fantasmas de los muchos fugitivos que habían perdido la vida allí. Grandes bolsas de agua colgaban de las mulas como inmensos avisperos, el heno se apilaba sobre sus lomos. Había pan, fruta y vino para los hombres. Esteban sostenía un segundo sombrero de ala ancha como el suyo.

—Bueno, márchense —dijo ella.

Ashley permanecía mirando en silencio los ojos grises sobre el rostro rosado, imprimiendo sus facciones en la memoria. Ella sacó un pañuelo de seda de su bolso.

—Está húmedo. Ateselo en la frente.

Él le entregó un sobre.

—Póngalo en la jarra para la máquina de rayos X.

Silencio.

—Dejaré libre al señor Bristow algunas horas. Disfruta tanto con los funerales… Señor Tolland, ¿oyó hablar alguna vez del poeta inglés John Keats?

—He oído hablar de él, sí.

—Keats escribió que la vida es un «valle donde se hacen las almas»[51]. Podría haber añadido que es también un «valle donde se deshacen las almas». Subimos o bajamos; avanzamos o retrocedemos. Yo estaba resbalando cuesta abajo. Quizá me queden algunos años más. Unas cuantas piedras para una pequeña Atenas. Escríbame. Yo le escribiré y le contaré cómo va todo… ¡Adelante, Esteban!

Ashley tomó su mano derecha y besó el dorso lentamente. Las despedidas de los hijos de la fe son como un primer reconocimiento. El tiempo no se les presenta como una infinita sucesión de finales.

Doce días más tarde Esteban regresó a Manantiales por la carretera nueva. Traía una carta de Carlos Céspedes para la señora Wickersham. El heno y el agua para las mulas habían sido apenas suficientes. Pasadas varias semanas recibió otra carta a través del lento correo de la costa. Ashley abandonaba Tiburones al día siguiente rumbo al norte. No volvió a recibir más.

Se ahogó en el mar.

Nunca se publicó ningún anuncio de la captura de John Ashley de Coaltown, ni de su muerte y enterramiento. Wellington Bristow fue capaz de persuadir al responsable consular de que había algo sospechoso —«huele mucho a chamusquina»— en la afirmación de la señora Wickersham de que había enterrado al notorio fugitivo. El señor Bristow continuó buscándolo durante años.

III. Chicago
1902-1905

Cuando, hacia 1911, personas distribuidas por todo Estados Unidos comenzaron a plantear cuestiones acerca de la familia Ashley, era Roger quien más los desconcertaba. Eran incapaces de descubrir un único resorte que liberara y dirigiera su energía. No mostraba señales de ambición; trataba de pasar inadvertido, aunque sin éxito. Tras alcanzar los veintiún años jamás firmó un editorial en los numerosos periódicos que compraba constantemente para luego reorganizarlos y terminar por abandonar en otras manos. Mantenía puntos de vista radicales pero no era combativo. Los lectores reconocían su voz: razonable pero sin alimentar la discusión, serio pero sin resultar tedioso, y siempre breve. Era la voz de la persuasión ética. Finalmente, sus admiradores y enemigos encontraron alivio definiéndolo con la expresión «pasado de moda». Parecía hablar en nombre del país de sus abuelos, de esa edad anterior a la imposición de la gran ciudad. También pasada de moda fue su recuperación de la elocuencia desde la tribuna. Hasta el inicio del siglo XX los estadounidenses se habían regocijado en la pasión por la oratoria (embelesados durante horas en reuniones al aire libre, salones e iglesias). Además de la bella voz que habían heredado de su madre, Roger y Constance poseían esa minoritaria forma de elocuencia que emana de la carencia de complejos. Roger consentía hablar en público solo en grandes ocasiones y sobre cuestiones de importancia, nunca durante más de treinta minutos. La Primera Guerra Mundial

era inminente. Sus opiniones a menudo eran contrarias a las de sus lectores y su audiencia. Las fachadas de las oficinas de sus periódicos en ocasiones amanecían cargadas de pintadas, con los cristales rotos; en distintos lugares fue condenado a la simbólica hoguera de la opinión pública, pero —al contrario que su hermana Constance— en rara ocasión era insultado e injuriado por los miembros de su audiencia. Estaba pasado de moda, era rústico, un tanto ridículo y apasionante.

Roger Ashley tenía diecisiete años y medio cuando —a pie— entró en Chicago. Estaba hambriento, agotado, sucio, serio y decidido. Tenía todo el aspecto de un pueblerino y aparentaba tener dieciséis años, pero él no era consciente de esto. Su traje azul, que ya le quedaba pequeño, brillaba aquí y allá, como un espejo. Bajo el brazo portaba algunas prendas de ropa envueltas en papel de estraza. Como su padre antes que él, había sido el joven señor de una pequeña población. Había sido el estudiante más destacado de todas las asignaturas y el capitán de todos los equipos del instituto. Nunca había conocido el miedo o la timidez. Había logrado dominar caballos desbocados, separado peleas de perros y se había internado en casas en llamas como si hubiera sido elegido para ello. Había trabajado todo el verano en la granja del señor Bell desde que tenía once años, por lo que era fuerte. Chicago crecía a toda velocidad. No era difícil encontrar trabajo, si bien siempre mal pagado. Tenía la libertad de elegir y cambiar de trabajo con frecuencia.

Lo primero que necesitaba era comer. El alojamiento tenía menos importancia. En verano un hombre puede dormir en los parques y bajo un puente. Segundo en importancia era conseguir dinero que enviar a su madre. Por encima de todo ello, tenía que elegir la que sería su profesión. A veces pasaba días sin apenas comer; a veces aceptaba de forma deliberada trabajos peor pagados, aunque supusieran reducir el dinero que enviaba a Coaltown; pero nunca dejó de buscar la que sería su profesión: explorando, observando, sopesando y eliminando ocupaciones. No quería perder

años en una elección equivocada y quería comenzar a prepararse lo antes posible.

Dos tareas importantes tenía ante sí, si bien no era consciente de ellas. Tenía que lograr una educación. Tenía que reconciliarse con la comunidad de seres humanos. Pensaba que la educación, con cierta aplicación, llegaría por sí misma. Pensó que el oscuro resentimiento que llenaba su corazón y su mente era la armadura normal de un hombre que acaba de emerger de la irreflexiva infancia.

Muchos años más tarde el doctor Gillies diría: «Roger Ashley llegó a Chicago ignorante como un leño. Transcurridos quince años, sin haber puesto un pie en un aula, era el hombre mejor educado del país. Por supuesto, tenía ciertas ventajas sobre el resto. Socialmente, era un paria. Filosóficamente, acababa de sufrir la experiencia de ver a su familia devorada por una comunidad cristiana civilizada. Económicamente, no poseía nada: ni siquiera contaba con un par de zapatos de repuesto que pudiera empeñar. Académicamente, jamás había pisado una universidad».

Existían otras ventajas que el doctor Gillies no apreció.

Roger contaba con escaso sentido del humor. No había un segundo Roger alojado en su cabeza. El sentido del humor juzga las acciones propias y ajenas y, tomando referencias amplias y desde una panorámica mayor, las encuentra incongruentes. Desalienta el entusiasmo; se ríe de la esperanza; disculpa los defectos; consuela el fracaso. Recomienda moderación. Estas referencias más amplias y panorámica mayor no son los dones de una sabiduría extraordinaria; constituyen sencillamente la opinión condensada de una determinada comunidad en un determinado momento. Roger era un joven muy serio. Otras ventajas y desventajas de su personalidad se harán visibles a lo largo de su historia.

Puesto que llegó a la ciudad hambriento, buscó inmediatamente trabajo en restaurantes. Comenzó a ganarse la vida en el peldaño más bajo de la escalera laboral: fregaba platos. Hay algo cómico en la realización de actividades menores no solo adecuadamente, sino a la perfección. Roger no sabía comportarse de otro modo, puesto que no contaba con sentido del humor. Los Ashley se desvivían por

completo ante cualquier tarea que se les encomendara. Era silencioso sin ser huraño, diligente sin ser agresivo y, como su padre, tenía una gran capacidad inventiva. Estableció gradualmente procedimientos que mejoraban la velocidad, la eficiencia y la rentabilidad. Lo primero que hizo fue colocar cajas de madera bajo las pilas. Todos los lavaplatos sufrían dolores de espalda, rigidez en el cuello, punzadas en el pecho y violentos ataques de rabia al tener que pasar más de diez horas al día agachados. Se hizo notar. Le ordenaron que supervisara el modo en que los platos entraban y salían de la cocina. El restaurante, como Chicago, había crecido demasiado rápido. En muy poco tiempo estaba en todas partes. Su nombre flotaba en el aire constantemente. «¡Trent, Trent! *Wo ist der veifluchte Kerlh*». «¡Trent! ¿Cómo voy a trabajar si el maldito pescado no está aquí?». Se lo acusaba de todo cuanto funcionaba mal, pero tenía un efecto relajador en la irritabilidad de cocineros y camareros. Lo insultaban durante esas terribles horas entre las doce y las tres y de seis a nueve, pero cuando eran ellos los que se sentaban a comer, sus raciones eran más que generosas. Aparecían emergencias y su trabajo lo llevaba hasta los comedores. Reorganizó las mesas auxiliares y los aparadores. Le subieron el sueldo en una ocasión, pero estos gestos no se ofrecen fácilmente a quien guarda silencio y no exige. Abandonó el restaurante pasados tres meses. «Dimitir» es un término excesivo para quienes reciben setenta centavos al día. Alimentar a la multitud había acabado por resultarle desagradable. Sentía que había algo infantil en ello. Por otra parte, estaba buscando un trabajo nocturno que le ofreciera la oportunidad de explorar Chicago de día. Le permitiría también, tras un pequeño descanso, trabajar durante el día. Los Olmos necesitaba dinero y él necesitaba un nuevo par de pantalones. El sueño es para los vagos. Sus compañeros del restaurante quedaron entristecidos e incluso lloriquearon, pero él se marchó sin pena. Gustaba a todo el mundo y a él no le gustaba nadie.

Solicitó trabajo como recepcionista de noche en hoteles. Fue rechazado en los mejores por su apariencia infantil y su condición pueblerina. Finalmente lo contrataron para el turno de noche en el

Carr-Bingham. Ganaba menos dinero, pero le permitían dormir en la consigna, bajo el alero del tejado. Se preparaba un té al amanecer. Comía una vez al día, de pie. En cualquiera de la decena de bares alemanes del vecindario podía servirse, por el precio de una cerveza, de una montaña de pan de centeno, fiambres, queso y encurtidos. El Carr-Bingham era un hotel de cuarta categoría. En los hoteles de sexta categoría todo es sufrimiento y vicio; en los de cuarta categoría sobrevive una pizca de esfuerzo y una brizna de esperanza. Quienes son silenciosos, humildes y atentos acaban siendo receptores de confidencias. Escuchó numerosas historias vitales entre las diez de la noche y las ocho de la mañana. De todas partes le llegaban cuestiones que nunca habían despertado su atención, excepto lo relativo a Goshen: la importancia del dinero para el amor propio y, por encima de todo, para la independencia. Fue durante estos primeros días en el Carr-Bingham cuando recibió la carta de Sophia en la que le describía la pensión de Los Olmos, a la señora Guilfoyle, al hermano Jorgenson y a la profesora del instituto. Rápidamente se puso manos a la obra y encontró un trabajo durante el día. Casi cada noche uno u otro de los huéspedes le pedía dinero prestado. «Solo cincuenta centavos, Trent… Eres un buen hombre». «Te lo pagaré mañana, de verdad que lo haré». Roger no era prestamista; no conocía mayor necesidad que la suya propia. Se apropió de un par de zapatos de las pertenencias de un huésped fugado. A menudo le pedían que metiera en la cama a los borrachos. En dos ocasiones se quedó con el billete de dólar o la monedas que esos parranderos nocturnos perdían en la escalera. El dinero, pensaba, es para quienes lo necesitan. Apocado hijo y sostén de su familia es quien no establece su propia moralidad. Reflexionó con más profundidad sobre esta cuestión, no obstante, cuando le robaron dos de sus tres camisas y posteriormente algún dinero. Mucho antes de dejar el Carr-Bingham decidió que no se dedicaría a los hoteles. Sabía lo que era un hogar. Noche tras noche oía a los huéspedes: la quejumbrosa respiración, los despertares abruptos, el sueño que no aporta descanso de quienes no tienen morada.

La carta de recomendación del doctor Gillies fue útil. Vendió

ropa de hombre durante todo el día, de pie tras un estrecho mostrador. Dejó el trabajo a las tres semanas para lograr recuperar algo de sueño. Cuando anunció su marcha le ofrecieron un ascenso que no quiso aceptar. Más tarde se dedicó a ordenar cheques durante todo el día, sentado ante una mesa en un banco. Se hizo mensajero de un bufete de abogados a todo correr entre oficinas (el trabajo era denominado «de indio»). Ampliaba e incluso se inventaba sus tareas. En todas partes observaba, valoraba, exploraba y eliminaba ocupaciones. Analizó a los jefes: sus manos y ojos, sus relaciones con los subordinados, sus saludos y sus despedidas. Roger nunca había pisado un teatro, pero había actuado en el papel del Rey Herodes y de Asuero[52] en obras representadas en las parroquias, sabía que lo importante en la actuación no es resultar natural. Aparentemente, cuanta más importancia cobraba un empresario, más «actuaba». Estos hombres no saludaban a sus socios por la mañana; «actuaban» un saludo a sus socios por la mañana. Sus mismas sonrisas, gestos y aclarados de voz estaban medidos para transmitir que eran importantes, estaban muy ocupados y carecían de paciencia. Era evidente que en cierto modo tenían miedo (miedo a una palabra o un gesto fuera del guión). Asimismo, Roger fue consciente de la deformación que provoca la vida sedentaria, la sublevación del cuerpo ante los largos días en la silla giratoria: el aspecto encorvado, la panza, la creciente fatiga de las tardes, la respiración cansada, la irritación en aumento, el bicarbonato y la escupidera. En raras ocasiones pensaba Roger en su padre, pero este le estaba sirviendo como medida del hombre. Nunca había visto que él actuara un solo momento. Estos mercaderes y banqueros y abogados, se preguntó, ¿mostraban un ser distinto ante sus mujeres e hijos? ¿Acaso «actuaban» al ser maridos y padres? Por supuesto que lo hacían. Lo había visto con frecuencia en Coaltown: el padre de Joel Miller y el padre de George Lansing, el gran y difunto Breckenridge Lansing. John Ashley comenzaba sus días cantando en voz alta ante su espejo durante el afeitado. Provocaba una feliz tormenta en la casa. «¡El baño está libre, cachorrillos! El último que llegue al desayuno es un búfalo». Su hijo estaba seguro de que estos

hombres no cantaban por la mañana. John Ashley se marchaba a la oficina con satisfacción y, una vez en la colina, dividía su tiempo entre la oficina, los talleres, el economato, la enfermería y los pozos. Roger decidió que nunca se dedicaría a una profesión que implicara permanecer sentado todo el día. Además comprendió, de algún oscuro modo, que una gran parte de todas estas «actuaciones» suponían un intento por mostrar el funcionamiento empresarial como algo más complicado de lo que en realidad era.

La variedad de experiencias no supone por sí misma una educación, si bien se alardea a menudo de que así es. El contacto con el sufrimiento ajeno no amplía por sí solo el entendimiento. La suerte tiene que estar presente.

Roger se sentía abrumado por las multitudes de Chicago. Lo oprimía la multiplicidad de seres humanos. En su camino al trabajo con frecuencia se detenía a mirar la marabunta de la calle LaSalle. (En sus primeros días pensó que estaba viendo a las mismas personas caminando de un lado para otro). Todos estos hombres y mujeres tenían alma, tenían «yo». Todos eran tan importantes para sí mismos como lo era él para sí. En setenta años todos a cuantos veía —y él mismo— estarían muertos, excepto un puñado de viejos seres peculiares. Habría todo un millón de personas nuevas apresurándose y preocupándose y riendo y hablando. «Apártate. No te conozco. Estoy muy ocupado viviendo».

«El señor Joch decía que Pekín, en China, era ocho veces más grande que Chicago. Las multitudes te hacen pensar en la muerte; la muerte te hace pensar en las multitudes… Nadie me preguntó si quería nacer. Atrapados en la vida… Los cementerios deben de estar terriblemente masificados: "¿Disfrutó el viaje, chico?" "¿Disfrutó la visita, señora?"… Chicago es como una gran tienda de relojes, con todos esos pequeños martillos. En la calle la gente pone una cara que impide a los desconocidos leer su alma. La multitud es un juez aún más estricto que un familiar o un amigo. La multitud es Dios. La calle LaSalle es como el infierno: estás constantemente siendo

juzgado… Son comprensibles los suicidios.

En la vieja laguna de la cantera había millones de pececillos. El señor Marden decía que los peces se comen sus propios huevos cuando son muchos. La guerra: insuficiente comida para tantos.

Las multitudes te llevan a pensar en el dinero. Todo el mundo tiene algo de dinero en su bolsillo. De metal y de papel. Representa una cierta cantidad de trabajo y la calidad de este. La mayor mentira del mundo. El señor Joch me contaba acerca de la Huelga de Pullman[53] hace nueve años…

Las multitudes te hacen pensar en la atracción entre sexos. Los ojos de los hombres jamás se detienen en la calle, buscando a cada minuto una chica guapa. Las mujeres se esconden tras anteojeras; miran fijamente al frente. Fingen no ver a nadie. Más de lo mismo. La atracción entre sexos es como una zanahoria frente al hocico de un burro. Lo mantiene interesado. Como dice Shakespeare: "Ilumina al necio en su camino a la polvorienta fosa…[54]

Las multitudes te hacen pensar en la religión. ¿Qué pretendía Dios al crear a tantos? No empezaré a pensar en la religión hasta que pasen cinco años. No sé por dónde empezar. Quizá solo sea la zanahoria frente a tu hocico. Hace a la gente sentirse importante. Quizá Papá esté muerto. Pero no está muerto para Sophie y para mí. Vive en nosotros incluso cuando no pensamos en él.

La imaginación supone mirar a través de las paredes. Y ver a través de los cráneos. Eugene V. Debs[55] encarcelado apenas a un kilómetro de distancia. Ojalá fuera una mosca en la pared e imaginara lo que piensa él sobre la gente y los cementerios y muchas otras cosas».

A veces sentía que se convertía en un fantasma, en nadie: frío, sin sentido y solo. Para recuperarse situaba a Sophia a su lado. «¡Mira, Sophie! ¡Mira!».

Decidió valorar una carrera laboral en el entorno médico. Sin presentar la carta del doctor Gillies solicitó trabajo en un hospital como camillero y fue contratado de inmediato. El sueldo era tan bajo como el de lavaplatos, pero le ofrecían las comidas y un catre en un dormitorio común. Fregaba las salas de operaciones y cargaba

baldes de carne humana. Se desmayó una vez, al igual que la enfermera que se encontraba a su lado. Lavaba a los moribundos y cargaba a los ancianos e inválidos en sus brazos mientras las enfermeras cambiaban las sábanas. Nunca había estado enfermo y con antelación a su llegada al Carr-Bingham había visto muy poca enfermedad. Los casos en los que se había encontrado con esta eran los resultados obvios de errores y estupidez generalizada. Necesitó algún tiempo para liberarse de esta asunción. En el hospital también se mostraba silencioso, voluntarioso e inagotable. Las enfermeras acabaron dando por hecho que siempre estaba de servicio. Existe algo cómico, como recordarán, en la realización de tareas menores a la perfección. Este sirviente no tenía medida de la proporción. En los pabellones del hospital, tras el grito «luces fuera», regresaba en varias ocasiones durante la noche para atender la fístula del señor Kegan o la hernia estrangulada del desdichado Barry Hotchkiss. Su devoción por el trabajo era malinterpretada como empatía. No descuidaba nada; no olvidaba nada. En ocupaciones anteriores había logrado inspirar sentimientos de amistad; en el hospital sus idas y venidas despertaban amor. Él no amaba a nadie. Cuando avanzaba apresurado pero en silencio entre las camas a las tres de la madrugada, despertaba murmullos —como los del campo de batalla tras una peleada derrota—: «¡Trent! ¡Trent!». Estaba muy solicitado como escritor de cartas. («Solo tengo tiempo para unas veinte líneas, señor Watson». «Ya me debe tres sellos, Juez»), En ocasiones era solicitado en los pabellones de mujeres. La señora Rosenzweig se asía a su mano y decía suavemente: «Eres un buen chico. Dios te recompensará». Roger no quería recompensas divinas. Quería veinte dólares para enviárselos a su madre.

Cada mes que pasaba suponía una reducción en el número de cuestiones capaces de sorprenderlo. La relación con sus compañeros camilleros amplió sus experiencias. El doctor Gillies había evitado decirle que eran seleccionados de entre aquellos para quienes no había otro empleo: hombres recién salidos de prisión o prófugos del ejército de su país, curas secularizados, epilépticos, pirómanos bajo vigilancia, criptógrafos que trabajaban con las obras de Shakespeare,

coleccionistas de ropa para muñecas, levantadores de pesas y reformadores del mundo. El amplio dormitorio en rara ocasión permanecía en silencio, habida cuenta de que los camilleros trabajaban en turnos escalonados. Roger dormía con algodón en los oídos, aunque aparentemente lo hacía para evitar el ruido —en realidad sería capaz de dormir en medio de una batalla o de un ciclón—, lo cierto es que trataba de evitar la temática delas conversaciones. La presencia de mujeres obsesionaba al dormitorio a todas horas, haciéndolo parecer una nube de mosquitos, las féminas eran invocadas y repelidas en cacareos, carcajadas, aullidos y largas y febriles historias.

El hábito de introducir algodón en sus oídos lo adoptó de Clem, el más anciano de los camilleros. Clem pasaba la mayor parte de su tiempo libre leyendo; lo habría pasado todo de no haber sido por su debilitada vista. Por cada media hora que pasaba leyendo, necesitaba otra media con las manos sobre los ojos, en una postura que sugería una plegaria o desesperación. Era filósofo. En el limitado espacio del que disponía en un rincón del dormitorio había construido una celda de ermitaño en torno a su cama, fabricada con cajas que llevaban impresos los rótulos: «Desinfectante Jeyes» y «Formaldehído Jarvis», paredes y estanterías. Muchos de los libros estaban escritos en latín o en un inglés tan impenetrable como el latín; algunos eran en francés y alemán: spinoza… descartes… plotino. Por eso utilizaba el algodón. Los ojos de Roger se detenían a menudo de manera especulativa en la cabeza gacha e insonorizada de Clem.

La mayor parte de los pacientes salían del hospital debilitados pero curados. Roger recibía muchos regalos: puros, medallas religiosas, postales de Chicago a orillas del lago Michigan, tirantes, peines de bolsillo, calendarios. («Adiós, pequeño Trent, muchas gracias». «Adiós, Trent, has sido maravilloso con mi marido. No olvides lo que te dije: tenemos una habitación para ti en nuestra casa, si alguna vez la necesitas»). Era amado y no amaba a nadie. Roger lidiaba de continuo con la muerte. Había decidido no plantearse las preguntas que de forma inevitable emergen de un

contacto frecuente con la muerte. Pero hay resoluciones que son difíciles de mantener.

Cuando un paciente se acercaba a una muerte difícil o agónica, era subido a una camilla y enviado a la sala reservada para los moribundos. Los camilleros tenían un nombre desagradable para esta habitación que Roger nunca empleó. Los sacerdotes entraban y salían. A los familiares se les permitía permanecer un momento en la puerta. Los camilleros tenían por costumbre visitar la sala y encender una pipa. Las conversaciones no eran sencillas con tanto silbido y traqueteo desde las camas. Más de la mitad de los pacientes llamaban a sus madres; incluidos hombres que parecían acercarse al siglo de vida. (Las primeras y últimas palabras de un hombre son fáciles de pronunciar, esa *m* se repite en todas las lenguas). Un cuenco con monedas desgastadas descansaba sobre un estante. Roger llegó a reconocer con bastante precisión el momento de la muerte. Observaba admirado. Le gustaba la expresión «liberó el espíritu». (Pregunta: ¿adónde va?). Era capaz de mirar fijamente a los ojos a sus pacientes más ancianos. Evitaba la mirada de los jóvenes. Ocasionalmente el peso de estas experiencias caía con fuerza sobre sus hombros; solo tenía dieciocho años. Esperaba a que cayera la noche, deseando que el cielo estuviera despejado. En noches limpias cargaba cuantas mantas era capaz hasta el tejado del hospital, limpiaba la nieve y se tumbaba mirando el cielo. Desde la garganta de Coaltown se podía ver únicamente una estrecha porción del firmamento. Conseguía una sensación de descanso al pensar que Dios, que había creado a tantas personas, había hecho lo propio con tantas estrellas. Había posiblemente alguna conexión. Brillaban sobre Los Olmos, y quizá sobre su padre, millones de estrellas. Comenzaba a reconciliarse con el perturbador descubrimiento de la multitud humana.

En contra de su voluntad, sus pensamientos se dirigían hacia el desconcertante galimatías que le había contado uno de sus compañeros camilleros. Peter Bogardus había sido barbero, pero tuvo que dejar el trabajo a causa de sus nervios; no podía manejar la navaja. Estaba picado de viruela y completamente calvo. No bebía,

pero había tenido malos hábitos. Era mejor camillero que la mayoría; mucho mejor que Roger puesto que contaba con mucha más experiencia. («Rápido como un zorro ante una crisis», decía la enfermera jefe Bergstrom. «Salva veinte vidas al año»). Pertenecía a una asociación que estudiaba la vida tras la muerte y los espíritus. Invitó a Roger a asistir a una reunión pero este rehusó; temía que le cobraran entrada. Por otra parte, aprendía cuanto quería de Peter Bogardus, y gratis.

Una mañana, horas después del amanecer, holgazaneaban en la habitación de los moribundos. Roger a menudo se acercaba hasta allí para ver cómo marchaba todo. Había acompañado a muchos pacientes en su último viaje. El resto de camilleros percibían que tenía un cierto don para tranquilizar a los pacientes justo antes de que «estiraran la pata».

(«Trent, ¿por qué tomas siempre de la mano a los viejos?». «No lo sé. ¿Lo hago? Supongo que les gusta»), Bogardus estaba de servicio ese día en la sala. Caminaba de un lado para otro fumando largos cigarrillos negros. A intervalos depositaba la ceniza en el cuenco de las monedas.

—Trent —dijo—, todos los hombres viven tantas vidas como granos de arena hay en el río Ganges.

Roger esperó. Finalmente tuvo que preguntar:

—¿Qué quieres decir, Pete?

—Nacemos una y otra vez. Estos tres hombres de aquí, ¡míralos! —Roger no tenía que mirar lo que había visto en tantas ocasiones: los suplicantes ojos entreabiertos, los mentones y las mejillas temblorosos—. Estarán muertos en unas horas. Pero dentro de cuarenta y nueve días, ¡siete sietes!, volverán a nacer. Y nacerán de nuevo cientos de miles de veces.

Roger recordaba haber oído algo sobre esta ridícula idea con antelación. En Coaltown su padre había entregado dinero en la colecta de la iglesia para enviar a misioneros a cruzar los océanos y librar a gentes ignorantes precisamente de nociones como esta. Pero Roger estaba ahora más preparado que antes para escuchar nuevas y viejas ideas; Coaltown tenía un buen puñado de ideas ridículas

propias.

—Existe una inmensa escalera, chico. En cada nueva vida un hombre puede realizar méritos que le permitirán ascender un peldaño o dos, o puede cometer un error y retroceder. Siguiendo los méritos del propio Gautama Buda y de sus seguidores, todos los hombres tienden a subir. Finalmente, cuando han vivido tantas vidas como granos de arena tiene el Ganges, alcanzan la frontera de la suprema felicidad. Pero ¡toma nota de mis palabras ahora!, una vez en esa frontera, estos hombres no la superan. Se deniegan la suprema felicidad. Continúan renaciendo. Eligen esperar hasta que todos los hombres hayan alcanzado ese umbral, tan numerosos hombres como granos de arena tiene el Ganges, muchos de ellos malvados y crueles. Se mueven entre nosotros ahora, disfrazados, auxiliándonos para ascender esta enorme escalera. Pero incluso cuando todos los hombres de este planeta, tantos como granos de arena en el Ganges, hayan alcanzado esa frontera, ninguno cruzará hacia la felicidad suprema, puesto que existen otras estrellas habitadas, tantas como los granos de arena en el Ganges. Debemos esperar hasta que todos los hombres de todas las estrellas se hayan purificado. Nadie puede esperar ser feliz hasta que todo el resto del universo lo sea.

Roger lo miraba fijamente, incapaz de entender. Su familia había sido feliz en Los Olmos. Peter continuó:

—¿Eres capaz de ver esa gran escalera, Trent, esa gran escalera? ¿Eres capaz de contar todos los seres humanos que hay en ella? A veces puedes observar un cierto revuelo: alguien ha ascendido cuatro escalones; Sócrates o la señora Besant[56] o Tom Paine[57] o Abraham Lincoln. Se produce en ocasiones un momento de confusión: parece una avalancha en las Rocosas; un hombre, un Nerón o un millonario, ha caído y ha perdido cincuenta o mil de sus vidas. Nadie permanece quieto jamás. —Continuó caminando de un lado a otro fumando su largo cigarrillo. De pronto se giró y gritó—: ¡Libérate de ataduras! Esposa e hijos: ¡Ilusiones! Tu reputación entre los hombres, tu honor, tu dignidad: ¡vanidad! ¡Mira a estos hombres! Algunos hombres, en el momento de la muerte, recuerdan

por un instante sus anteriores existencias; vislumbran sus futuras vidas. Chico, se asoman medio segundo sobre el vasto abismo del tiempo y ven la profunda desdicha de sus existencias pasadas. Otros levantan la vista y vislumbran la frontera en la larga distancia sobre ellos. Pueden ver que algún día habrá un final de la vida en este mundo de tristeza, en este valle de lágrimas.

Roger lo miraba boquiabierto. Había visto esas recuperaciones de la consciencia como en un fogonazo: esas expresiones de inconmensurable terror, esas visiones del consuelo final. Bogardus cruzó la habitación y se inclinó hacia Roger bajando el tono de su voz.

—Trent, recuerda esto: hasta los granos de arena en el Ganges tienen un número limitado. Tenemos que ser Budas cuando el último hombre de la Tierra y el último hombre de las estrellas se hayan liberado.

La agitación de Peter se había comunicado a dos de los pacientes. Los ojos del «Juez» Bartlett oscilaban imploradores de lado a lado. Roger comprendía el mensaje de sus agitados dedos sobre la sábana; entendía los sonidos guturales de su garganta. Atravesó la habitación y limpió la boca al paciente con una toalla.

—No puedo escribir una carta ahora, Juez —gritó—. No tengo lápiz. Lo haré mañana. Duérmase. Sí, duérmase. Descanse un poco.

Se produjo algo parecido a un apretón de manos.

En otra camilla un paciente murmuraba:

—*Hab kei Gelt… Mutti… Hilf… Lu… u… ft.*

—*Alles gut, Herr Metzger!* —gritó Roger—. *Schlaf a bissl! Ja!*

Peter Bogardus continuaba:

—Vosotros, los cristianos, no podéis esperar tanto tiempo; nada de eso. Queréis vuestra suprema felicidad el próximo martes. No podéis esperar diez mil millones de millones de años. Ese es el error de Cristo: la impaciencia; siempre anunciando el fin del mundo, la próxima semana, el próximo mes. Y la cristiandad heredó su impaciencia: mata, tortura, quema, divide. ¡Bautízalos o quémalos! Cree en mí o vete al infierno. Eso es el infierno: la impaciencia. —Se secó el sudor de la frente—. Mírame: ¡alterándome! Mírame:

apegado a tratar de hacerte comprender algo. ¿Por qué debería importarme si un diminuto cacahuete como tú, en Chicago (Illinois), aprende algo? Esta es la maldita impaciencia que adquirí cuando era cristiano. Mírame: ¡estoy temblando!

Se sentó en el suelo con las piernas cruzadas.

—Tengo que hacer mis ejercicios respiratorios y relajarme. ¡No! Mejor sostenerme cabeza abajo. Eso es lo mejor.

Peter elevó los pies hacia el techo. Roger estaba acostumbrado a esto. Aún estaba pensando en la escalera de la reencarnación.

—No crees realmente esto, ¿verdad, Peter?

Peter, cabeza abajo, plantó sus pálidos ojos acuosos sobre Roger y esperó.

—Nunca le preguntes a un hombre en qué cree. Mira lo que hace. «Creer» es una palabra muerta y trae la muerte consigo.

Un nuevo paciente, con el rostro púrpura, fue arrastrado al interior de la sala.

—Hola, Trent. Hola, Pete —saludó el camillero.

—Hola, Herb.

—¿Lo conocéis?

—Sí —dijo Roger—. Se llama Nick. Es portero nocturno en el edificio Fletcher.

Había llegado a conocer bastante bien a Nick, habiéndolo atendido y aseado durante semanas. Si algo de cierto había en la idea de la Gran Escalera, Nick estaba muy arriba, muy arriba. Roger nunca había visto a un paciente que se sintiera tan cómodo —por así decirlo— en el hospital y en su dolor. A pesar de necesitar de otros una humillante ayuda, a pesar de que su cama estaba rodeada de las de los ruidosos, malhablados y furiosos dolientes, miraba con tranquilidad el techo. Así moriría un ciervo. No pedía nada. Cuando Roger se ofreció a escribirle una carta, le dictó algunas palabras para su hija, que vivía en Boston, pidiendo únicamente que la carta fuera enviada una semana después de su entierro. Le contaba a su hija que sus hermanos mormones depositarían su cuerpo bajo tierra cuando se hubiera liberado de él. Roger giró su silla y se sentó con la espalda hacia el viejo Nick. Este no desearía que un amigo asistiera a sus

animales forcejeos; no eran importantes. Y de pronto Roger sintió que su padre, también él, estaba arriba, bien arriba. A lo largo del prolongado juicio en Coaltown —«el juicio de las hienas»— su padre se había comportado del mismo modo: fuera del alcance de la curiosidad y la malicia y, a todas luces, cómodo en el juzgado y en su extrema situación.

Roger salió de la sala y del edificio. Permaneció bajo el sol en la entrada trasera del hospital, temblando en su traje blanco. No tenía preguntas que hacerle a su padre. No deseaba sentarse a una mesa y conversar con él; pero habría dado mucho de lo poco que poseía por verlo cruzar la calle. Lo habría seguido una manzana tras otra, sencillamente para posar su mirada en alguien que se encontraba tan alto en la escalera.

Quería observarlo de cerca también porque algún día él —Roger— tendría hijos propios. Los dejaría atrás. Moriría.

Estaba siendo arrastrado a la comunidad humana por pensamientos sobre los agonizantes, los desaparecidos y los que están por venir.

Era otro aspecto de la lentitud familiar para madurar el que le generaba un aplastante sufrimiento de añoranza por su hogar. La imagen de una mujer en la distancia lo hacía evocar a su madre; un objeto, una voz de niña, un olor, le recordaban a Los Olmos. Todo se oscurecía ante sus ojos. Se veía obligado a asirse a una farola o a una pared y esperar a que el dolor disminuyera. De cuando en cuando, con el objetivo de sufrir con mayor intensidad —es decir: de abrazar Los Olmos con mayor pasión— se acercaba hasta la estación de ferrocarril desde la que partían los trenes hacia Coaltown. La estación se encontraba cerca del lago. Nunca había visto una acumulación mayor de agua que la de una laguna. La vista de esas innumerables olas lo relajaba. «Cuando piensas en toda la gente del mundo y en todos los miles de años que han pasado, seguro que debe haber habido montones de jóvenes de mi edad que han tenido que irse de casa por uno u otro motivo; como ir a la guerra, por

ejemplo».

Preguntas, el tormento de las preguntas.

No existe verdadera educación excepto en las respuestas a las preguntas urgentes. La inquietud y la privación despiertan la mente joven a la interrogación. Roger no era consciente de que tanto él como sus hermanas habían adquirido este hábito de la mente en sus primeros años: habían luchado por sobrevivir. Como las plantas sobre el suelo abrasado, habían clavado profundas raíces. Desde la infancia habían avanzado a tientas acá y allá, cuestionando («¿qué?» y «¿por qué?» y «¿cómo?»). Beata Ashley era una madre admirable; dio mucho a sus hijos; les entregó todo excepto lo esencial. Como hemos visto (y como resultado de una carencia en su propia infancia) debía amar únicamente a un ser humano. John Ashley podía dar a sus hijos lo esencial —y mucho más—, pero era de maduración lenta; el florecimiento de su imaginación estaba aún por llegar. Sus hijos no se giraron hacia su propio interior. Fueron salvados de la introspección estéril por la felicidad que su padre sentía por ellos. Lily se convirtió en la princesa que duerme en la caverna; Sophia se consagró al cuidado de los animales; Constance —que no conoció madre alguna— se preparó para esa extraordinaria vida en la que se acabaría viendo como la madre de millones de personas, más de la mitad de ellas mayores que ella misma. Roger escapó por los pelos de un oscuro naufragio. Un desconcertante acontecimiento tuvo lugar en el verano de 1891. Tenía seis años y medio. Era bien conocido en Coaltown como niño modelo: tan inteligente, con tan buen comportamiento. Sus padres estaban fuera de casa. Con la silla de su hermana menor rompió cinco ventanas del salón. Huyó entonces de la casa, llorando como si sufriera un insondable desamparo. Se detuvo únicamente a coger la cría de gato de Sophia, para que lo confortara en su largo caminar hasta China. Sus padres apenas le dijeron una palabra de reproche. Roger nunca desahogó su frustración de nuevo. Un cambio se produjo en su interior. El pequeño aventurero parlanchín se hizo taciturno. Se

dedicó a escuchar («¿qué?», «¿por qué?»). La expresión de su rostro varió poco. Se convirtió en el mejor estudiante y deportista del colegio. Era adorado por toda la población y él ignoraba esta adoración. Tuvo un amigo: Porky. Aceptó el amor de una persona: Sophia. Se vio fortalecido por la confianza en su padre y aislado por el ferviente amor hacia su madre.

Preguntas. Preguntas. Sin embargo —como su padre, a miles de kilómetros de distancia— no poseía vocabulario ni gramática para la reflexión. ¿Qué unidad podía encontrar en la creciente diversidad de su existencia?: la catástrofe de Coaltown; su madre caminando junto a él imperturbable hacia el tribunal; el misterio del rescate de su padre; la multitud de mediodía en la calle LaSalle; las muertes a las que asistía a diario; la responsabilidad divina en el sufrimiento de niños, caballos, perros y gatos; Eugene V. Debs encarcelado a poco más de un kilómetro de distancia; su felicidad cuando miraba las olas y las estrellas; las opiniones de sus compañeros camilleros sobre las mujeres; su resolución de alcanzar una gran carrera profesional. ¿Y en el mundo del trabajo?: injusticias en todas partes; los jefes engañando a los trabajadores; los trabajadores engañando a los jefes y a sus compañeros. Él mismo había protagonizado algún engaño.

Un día se detuvo junto a la celda del viejo Clem.

—Clem, ¿esos libros que lees los estudian los estudiantes en la universidad?

—Sí, algunos de ellos.

—¿Tú fuiste a la universidad?

—Sí.

—¿Qué hace por ti una educación universitaria?

—Establece vínculos entre las cosas que puedes ver.

Roger se inclinó hacia atrás como si hubiera sido golpeado.

—¿Puede una persona educarse a sí misma, Clem?

—Una entre un millón, quizá.

—¿Proviene la mayor parte de la educación de los libros?

—Un hombre que tratara de comprender cualquier cosa sin conocer esos libros sería solo un canguro con plumas. Como Pete Bogardus. Me estás haciendo perder el tiempo.

—Gracias, Clem.

No tenía intención de ir a ninguna de esas universidades ni —por entonces, al menos— de leer ninguno de esos libros famosos. Había recorrido las calles de Chicago a todas horas. Había escuchado multitud de historias vitales. El hombre es cruel con el hombre e incluso aquellos que son buenos con los más cercanos, son inhumanos con el resto. Lo importante no es la bondad, sino la justicia. La bondad es la tartamudeante disculpa de los injustos. «El mundo entero es perverso», pensó. Hay algo perverso en el corazón del mundo y él daría con ello. Muchos de esos libros y universidades llevaban siglos sobre la tierra… con muy escasa efectividad.

Los pocos libros serios que conocía parecían temerosos, de lentos movimientos, rellenos de paja (como los discursos políticos y los sermones). Como todos los Ashley, no quería ayuda. Veremos más adelante cómo su padre «inventó» el matrimonio y la paternidad. Roger quería inventar la explicación de la existencia y las normas mediante las que los hombres podrían vivir racionalmente unos junto a otros: ser el primer filósofo, el primer diseñador de la comunidad justa. La independencia de la mente (la mayor parte de los hombres presumen de tenerla) no puede permitirse descanso. Roger había comenzado ya tan grandiosa tarea. Su cabeza estaba llena de ideas y se vio impulsado a ponerlas por escrito. En el Hotel Carr-Bingham había recogido papel usado. Durante las largas noches pasadas allí, y más tarde en el hospital, escribió miles y miles de palabras en los anversos de viejos libros de contabilidad, facturas, anuncios y calendarios: ideas. Nunca había tenido amigos de su edad, excepto Porky, alguien aún más taciturno que él mismo. Jamás había, como otros jóvenes, construido y deconstruido a Dios, la sociedad, la moral, a través de la conversación. Estaba en ese momento estructurando una explicación de la naturaleza de las cosas; extraía la ética del orden del cosmos; diseñaba la constitución de un estado ideal. Un día su febril recurso a la escritura llegó a su fin de forma tan abrupta como había comenzado. Llevó brazados de papel usado a la incineradora. Había llegado a un callejón sin salida, no por desaliento sino como resultado de una percepción: descubrió

que no sabía nada y que estaba mal equipado para el aprendizaje, aunque ese aprendizaje era posible. Estaba maduro para la lectura. Veremos más adelante cómo se inició en la lectura por la puerta trasera.

Tras tres meses de vida hospitalaria, Roger regresó al Hotel Carr-Bingham con un ascenso a recepcionista de día. Estaba angustiado por conseguir más dinero y había llegado a una conclusión acerca de la medicina. Había percibido la infinita alineación —desde el inicio de los tiempos hasta el final de los días— de pacientes esperando en la puerta. Ninguna cama permanecía vacía más de tres horas. A sus ojos la medicina era una industria de remiendos, apuntalamientos y refuerzos: la reparación temporal de embarcaciones insalvables. Era un ignorante chico de campo; desconocía que la medicina pudiera asumir una imagen diferente de sí misma.

De regreso en el hotel, Roger estableció un estrecho contacto con un grupo de reporteros que compartían una hilera de habitaciones, poco más que cubículos, junto a la suya en la última planta. Este pasillo había perdido tiempo atrás su uniformidad institucional. La mayoría de las puertas habían acabado hechas trizas tras ataques de rabia o violentos entretenimientos. Tras retirar las puertas, la prudente dirección había reemplazado las sillas con bancos y cajas de embalar. Para hombres sin mujeres, una cueva es suficiente.

Un olor a ginebra, piel de limón, malta remojada, cubeba y medicamentos colmaba el aire. Estos hombres en rara ocasión comían, dormían, se aseaban o guardaban silencio. Recibían sueldos míseros y apenas mantenían una intermitente ambición, pero estaban convencidos de que pertenecían a la profesión más importante del mundo. Lo sabían todo; el resto de la humanidad vivía embaucada por las apariencias. Ellos, sin embargo, conocían la corrupción de los cargos públicos, la farsa de la filantropía, la hipocresía del clero, las jaurías de lobos de las grandes empresas (especialmente los ferrocarriles y los mataderos). Poseían la riqueza

de todo el conocimiento que no se les permitía imprimir. El conocimiento, como el coraje y la virtud, aísla al hombre; se veían arrastrados a la compañía de sus compañeros de profesión. Ante la imposibilidad de publicar lo que sabían, habían de buscar otro medio de expresión: eran conversadores. La conversación se convertía en su iluminado escenario y su campo de batalla. Ahí conocían sus triunfos y sus masacres. Día a día y noche a noche competían por la palma de la broma sin parangón, la suprema acrobacia verbal. Con el disfraz de la camaradería, se despellejaban los unos a los otros. Saqueaban los diccionarios a la caza de palabras e imágenes de precisión embriagadora; requerían cada vez mayor énfasis en la blasfemia y la obscenidad. Eran reporteros sin talento porque sus ambiciones descansaban en otro lugar; eran conversadores. Roger escuchaba. Eran perspicaces; contaban con una amplia, si bien heterogénea, esfera de información. Por encima de todo ello mantenían un punto de vista: la abyecta condición del ser humano y la futilidad de sus esfuerzos para mejorar la especie. Cualquier encuentro con la fortaleza, el heroísmo, la piedad o incluso la dignidad los incomodaba. Se enorgullecían de no ser en absoluto impresionables. Cualquier impulso hacia la admiración o la compasión era convertido rápidamente en grosería y frivolidad. Varios de estos reporteros habían presenciado el juicio de Coaltown y reconocieron al recepcionista del hotel. Lo trataron con aspereza durante un tiempo, luego lo olvidaron. No podían tomarlo en serio. Era un pueblerino, un palurdo. Aún estaba muy verde.

Roger contaba con dos cualidades, no obstante, que lo hacían atractivo. Sabía escuchar, atento aunque serio, y era digno de confianza. Los virtuosos requieren siempre audiencia fresca. «Este Trent escucha con los ojos, las orejas y la nariz; carajo, escucha hasta con la barbilla». Los hombres disolutos necesitan un amigo en quien confiar. Se convirtió en su banquero y centralita de mensajes. «Guárdame este dinero hasta mañana, Trent. No sé lo que sucederá esta noche». «Dile a Herb que se borre del mapa. Gretchen lo está buscando». «Dile a Spider que la comisión se reúne a las diez en St. Stephen’s Hall».

Puesto que el periodismo era la mejor profesión del mundo, Roger decidió ponerlo a prueba. No podía entender por qué los reporteros miraban toda actividad y a todos los seres humanos, excepto a ellos mismo, con desdén. No podía entender por qué, contemplando la corrupción a todo su alrededor, no se lanzaban a informar sobre toda ella. Una tarde Spider, de regreso en el hotel, puso un gran sobre ante Roger. Contenía multitud de noticias y reportajes sobre el caso Ashley-Lansing. Durante el juicio los Ashley no leían los periódicos. Fue entonces cuando Roger leyó y releyó aquellas páginas. Lo sorprendió la precisión con la que informaban del proceso en el tribunal y, sin embargo, lo débiles y desenfocados que eran los editoriales, aun cuando cargaban contra el veredicto y el manejo del juicio. Durante un solemne paseo a medianoche junto al lago Michigan, Roger decidió hacerse periodista.

Años más tarde Roger fue consciente de la amplitud de su deuda con el grupo de reporteros de la planta superior del Carr-Bingham: su introducción al periodismo, a la ópera, el contacto con uno de esos abogados del diablo que son tan importantes en cualquier proceso educativo —es decir: las charlas con T.G. Speidel— y su iniciación a la lectura.

Los reporteros eran lectores cuando disponían de tiempo. Se podían encontrar numerosos libros en la planta superior del Hotel Carr-Bingham (bajo las camas, sobre los roperos, en los armarios del baño y de la limpieza, junto a la ratonera). La mayor parte de ellos eran de bolsillo: del tamaño del bolsillo de un niño. Las cubiertas eran de esponjoso papel azul o imitación de piel. Tenían títulos como *Inteligencia y sabiduría del coronel Robert G. Ingersoll*[58], *Ideas fundamentales de Platón*, *Las mejores páginas de Casanova*, *La superstición en Nietzsche*, *El arte en Tolstói*, *Selección de Goethe*, *Selección de Voltaire*, *El centro en Confucio*. Roger los leyó. Se incorporó a la lectura por la puerta de atrás. Visitó la biblioteca pública, pero le disgustó. Comenzó a rebuscar en librerías de viejo. La lectura se convirtió para él en una gran aventura. A nadie contó sus recompensas y sus fracasos.

Incluso antes de tomar la decisión de hacer del periodismo su profesión, Roger conoció uno de sus valiosos privilegios: los periodistas obtienen ocasionalmente entradas gratuitas para el teatro. Una noche un reportero le regaló una entrada para la ópera. Asistió a la representación de *Fidelio*[59]. Fue una experiencia abrumadora.

Había sufrido mucho. Y, aunque en ningún momento estuvo cerca de venirse abajo, necesitaba con urgencia alimento para el espíritu. Había llegado la hora de que contemplara ejemplos mayores de perseverancia y constancia. Un hombre es capaz de generar fortaleza desde sus propias entrañas, pero el verdadero alimento del valor es el ejemplo. Antes de partir hacia una batalla, los valientes kangaheelas escuchaban —ojos fijos en la distancia— los cantos que recordaban las proezas de sus antepasados. Quizá no fue fortuito que en aquella ocasión Roger presenciara la historia de una mujer que desciende a un calabozo para rescatar a su marido, condenado injustamente a muerte. Una semana más tarde otra ópera le ofreció presenciar la vida de un joven que supera pruebas de fuego y agua para obtener la mano de la mujer a la que ama. La obra concluye cuando el hombre es admitido en la comunidad de los sabios y justos[60]. Si las óperas eran como estas —si trataban de aquello que realmente importa (insoportablemente convincentes gracias a tan maravilloso *ruido*)— debía organizar su vida para asistir siempre a las representaciones.

Convenció a sus amigos de la planta superior del hotel de que le encontraran trabajo en un periódico. Se convirtió en un «demonio de la imprenta» o un «mono pastelero», que era como llamaban a quienes desempeñaban su trabajo. Sus manos, su rostro y su delantal permanecían siempre cubiertos de tinta. Sus oídos ensordecían a causa de la maquinaria de imprenta. En un laberinto de escaleras de hierro corría para entregar originales de los periodistas a los editores. De los editores a los cajistas. Pronto supo lo que necesitaban antes de que se lo pidieran; previo atascos; suavizó las crisis recurrentes. Los pasillos retumbaban con su nombre. «¡Trent! ¡Trent! ¿Dónde está ese maldito Trent?». «Trent, lleva esta mierda abajo y date

prisa». Un reportero en apuros, trabajando en dos noticias a la vez, le lanzaba sus notas: «¡Escríbela! Y recuerda: QUÉ, quién, dónde, cuándo». Esperaba su oportunidad y esta se presentó. Todos los periodistas estaban en la calle. Se supo que un hombre había estrangulado a una mujer detrás de la Caballeriza Heffernan. «¡Vete a por esa noticia ahora mismo! ¡Corre!». Apareció otra oportunidad, y otra. A finales de agosto de 1903 se convirtió en reportero. Había vivido en Chicago trece meses. Tenía dieciocho años y ocho meses.

Finalmente no estaba solo cumpliendo con su trabajo y alimentando su curiosidad, estaba logrando algo. Su juventud y su aspecto rural le permitían estar presente en situaciones en las que hombres de mayor edad y experiencia habrían sido expulsados. Se quedaba apoyado en la pared en encuentros políticos cerrados al público; se colaba entre los porteros en los barracones de entrenamiento de los boxeadores profesionales; regresó a su hospital por la entrada de servicio y obtuvo una confesión de un enfermo agonizante. Llegaba antes que la policía a interrogar a mujeres que aún no sabían que habían quedado viudas. Estaba tomando notas en una celebración nacionalista griega en el Restaurante Olympia mientras los asistentes, en plena intoxicación alimentaria, se revolcaban por el suelo como coloridas bolsas para la ropa. En diciembre de 1903 escribió a su hermana: «Estoy seguro de que conozco el nombre y el rostro de cuatrocientas personas en Chicago». Pronto comenzó a enviar artículos especiales a su editor; eran conocidos como «bocados». La única identificación del autor que aparecía era: Trent. «Chicaguenses: ¡Salvad vuestra orilla del Michigan!», «Conozca a sus vecinos polacos», «El mercado de trueque de la avenida Wisconsin», «Conozca a sus vecinos chinos». Los enviaba a Sophia. En el tablón de encargos aparecían pequeñas notas: «TF-500 palabras —viernes— aficiones de las mujeres». El editor quedaba perplejo ante las contribuciones de Roger y rechazaba la mitad por considerarlas poco interesantes para los lectores o por temor a que pudieran ofenderlos. Cuando un nuevo editor se incorporaba al periódico, Roger volvía a enviarlas. Estaba inventando un nuevo tipo de periodismo. Los lectores comenzaron a

recortar estos textos para guardarlos; las oficinas del periódico estaban desbordadas de peticiones de números atrasados. Roger recibía una bonificación de veinticinco centavos por cada uno de ellos.

Comenzaba a despertar simpatías; empezaba a ver a través de las paredes y de los cráneos. Algunos otros ejemplos de titulares:

«Un día en la Casa Hull[61]».

«Un niño visita el matadero». (Rechazada en dos ocasiones).

«Un hotel de cuarta categoría».

«Las estatuas de nuestros parques».

«¡Gracias, Bettina!». («Trent» entrevistó al último caballo de tiro de los tranvías de Chicago. El texto concluía: «Cuando estas palabras vean la luz, los cascos de Bettina habrán sido convertidos en pegamento»).

«Aventura a bordo». (El barco nocturno a Milwaukee).

«Conozca a sus vecinos húngaros». (La asociación «Ungaria Eterna» le envió inmediatamente una invitación a un banquete en su honor que educadamente rechazó).

«Perreras para niños». (Rechazada en dos ocasiones. Escandalizados lectores cancelaron sus subscripciones).

«Pat Quiggan e *Il Trovatore*». (Un tramoyista del auditorio narra su visión de lo que sucede en la famosa ópera. Roger tenía poco sentido del humor pero un oído infalible. La verdad es más divertida que la ficción. Como sucedió con otros «bocados», este fue reimpreso por todo el país, muy embellecido).

«Esperamos que disfrute de una agradable velada, caballero». (Una visita al recientemente inaugurado «Hogar de ancianos San Casimiro». Roger recibió una carta de agradecimiento del arzobispo).

«Milly y el pedal». (Una visita a un inhumano taller textil. Una veintena de lectores enviaron al autor el texto de un poema que este nunca había leído: *La canción de la camisa*[62]).

«¿Quiénes son los siete mejores predicadores de Chicago?». (Tres artículos. Roger metió de forma inconsciente la cabeza en un avispero de entusiastas y combativos sectarios. Durante semanas

recibió entre cincuenta y cien cartas al día).

«Una cofia para Florence Nightingale». (Octubre de 1905. La escribió con gran pesar para entretener a Sophia. Porky acababa de comunicarle a Roger que su hermana había sido trasladada a la Granja Bell para descansar. Le escribió a su hermana cada día, añadiendo finalmente este «bocado» y anunciando que regresaría a Coaltown por Navidad. El editor inicialmente rechazó el texto por considerarlo demasiado ingenuo para ser impreso, ante lo que Roger presentó su dimisión afirmando que se llevaría sus columnas a otro periódico. El editor cedió. En el texto Trent reproducía los pensamientos de un padre que asistía a la ceremonia de «encoñamiento» de su hija en una escuela de Enfermería de Chicago. La chica se llamaba Sophia y había vivido en una casa del sur de Illinois llamada Los Olmos. El padre recordaba el amor de su hija por los animales, los vendajes que había utilizado en ardillas y pájaros, los polluelos que había alimentado con un cuentagotas. El autor parecía conocer en profundidad las obligaciones, dificultades y recompensas del ejercicio de la enfermería. El texto fue reimpreso en numerosas ocasiones y generó muchas cartas. Un gran pastel llegó a la oficina del periódico, había sido horneado por las monjas del Hospital Misericordia, quienes, afirmaban, le habían dedicado durante un largo tiempo sus oraciones).

Roger contaba con una desvencijada mesa manchada de tinta en la redacción, pero en rara ocasión la visitaba. Corría por la ciudad el rumor de que era el hijo de un famoso criminal; se consideró fruto de envidiosas habladurías. También decían que tenía menos de veinte años, algo completamente ridículo. La idea generalizada era que provenía de una noble familia de Chicago y que su situación económica estaba resuelta. Vivía en una bella mansión en Winnetka o Evanston[63], rodeado de una gran familia y numerosos animales. Roger mantenía, no obstante, una relación cercana con la gente que «trabajaba», para los que era conocido como «ese chico que escribe esas cosas en el periódico». Se había granjeado varias enemistades también, especialmente en los entornos político y deportivo, y había tenido que defenderse de ataques violentos. Toda esta actividad

guardaba escasa similitud, desde su propio punto de vista, con el ejercicio del periodismo que comenzaba a tomar forma en su mente. Ansiaba inventar un periodismo nunca antes conocido. No se mostraba impaciente. No tomaba estos «bocados» en serio. Por otra parte, la ortografía y la gramática de los textos era deplorable. Tomaba la precaución de presentárselos al viejo señor Brant, con su visera verde, que los preparaba para la imprenta. Roger estudiaba y asimilaba las correcciones del señor Brant. «Trent» comenzaba a ser famoso en Chicago, pero aquellos que nunca desearon la fama en su temprana juventud necesitan tiempo para darse cuenta de su llegada y difícilmente saben qué hacer con ella. Hasta donde a él le concernía, escribía únicamente por dinero.

Durante la primavera de 1904 su rostro se afiló, su voz descendió media octava, su mirada se agudizó. Sus conflictos internos se relajaron. Quizá aprendió a reír de Demetria, Lauradel e Izumi (sobre las que en breve conocerán más); quizá nació del disfrute de su trabajo. Sus movimientos característicos eran veloces; cruzaba y volvía a cruzar la ciudad como si tuviera alas en los pies. En Navidad envió a su madre un fajo de «bocados» y le ofreció por primera vez una dirección a la que pudiera responder. No se disculpó por haberla mantenido en secreto tanto tiempo —aparentemente para evitar a la molesta policía— y su madre no hizo alusión alguna al hecho: cualquiera que fuera la distancia que los separaba, esta madre y este hijo eran capaces de leerse la mente. Ella manifestó su satisfacción por los artículos. Le agradeció sus envíos de dinero y le aseguró que ya no eran necesarios. Le describió el éxito de la pensión, con especial hincapié en la estresante implicación de Sophia. Le contó que Lily había abandonado Coaltown para estudiar canto en Chicago. Lily le enviaba también remesas de forma regular, pero desconocía con qué nombre se había rebautizado y dónde vivía. (Los Ashley eran gente extraña). Esperaba que Roger pudiera visitarlas en Coaltown pronto. Su habitación había sido alquilada a muchos huéspedes, pero estaría lista para su llegada. No mencionó las dificultades que habían superado juntos dos años y medio antes. Concluyó su carta en

alemán: le pidió una fotografía.

Ambos habían escrito muchos borradores para estas cartas navideñas; las emociones habían quedado sepultadas en las papeleras.

Los periodistas pasaban gran parte de sus días y noches en el Krauss, una taberna alemana de la calle Wells, a una distancia similar de las distintas redacciones. Allí escribían sus textos y desarrollaban sus juegos de cartas, que podían durar una semana o un mes. También era allí donde los conversadores luchaban por la corona de la elocuencia. Roger necesitaba las conversaciones, aunque pronto se le quedaron pequeñas. Las gratificaciones que de ellas obtenía eran tan intermitentes como la presencia de datos o la profundidad de las cuestiones tratadas, pero el vocabulario era rico. Las charlas se centraban recurrentemente en el alcohol (efectos de lo consumido la noche anterior), las mujeres (rapacidad, pasmosa vanidad, inigualable ensayo de Schopenhauer al respecto[64]), la política (maquinaciones en el Ayuntamiento, populacho dirigido como mulos), los editores (intuido desenmascaramiento y caída), la literatura (Omar Jayyam[65], mejor poeta de todos los tiempos), la filosofía (imponente intelecto del coronel Robert G. Ingersoll), las familias acomodadas de Chicago (pies y manos en el comedero), la religión (carácter absurdo, opio de las masas), las enfermedades venéreas (milagroso médico afincado en Gary, Indiana). Roger sufrió muchas intimidaciones. Durante un tiempo pudieron ignorar su rápido ascenso. Su juventud, ignorancia, incultura y aspecto rural lo hacían increíble. Se asumía que alguien misterioso, varios quizá, le escribían los textos. Llegados a junio de 1904, no obstante, no cabía espacio para la duda. Su condescendencia se tornó en violenta aversión. En dos ocasiones estrelló contra la pared a un agresor y exigió que se desdijera. Ya no era bienvenido en el Krauss. Por suerte, antes de que tal privilegio le fuera retirado, hizo un amigo del que obtuvo gran beneficio. El decano y Néstor de las mesas redondas, Thomas Garrison Speidel, «T.G.», lo había adoptado como pupilo, público y felpudo.

T. G. era un nihilista. Había pertenecido tanto a un club

anarquista como a uno nihilista, donde había pronunciado discursos (generando admiración inicialmente y suscitando posteriormente una creciente perplejidad y furia). Fue, como era de esperar, expulsado de ambas organizaciones. Por una parte, se mostraba elocuente en cuanto a la necesidad de acabar con toda institución política y social; por otra, insinuaba un profundo desprecio hacia el entusiasmo del sueño revolucionario. Su preeminencia entre los periodistas estaba basada en la pureza con la que odiaba «todo» y sobre el hecho de que en rara ocasión parlamentaba. Era considerado decano a los cuarenta y cinco años, un mastín entre cachorros. Tenía un delicado rostro, surcado de arrugas y moteado de pequeñas manchas azul claro como motas de pólvora. Era hijo de artistas de circo, quienes habían percibido, cuando tenía cinco años, su absoluta carencia de destrezas acrobáticas. Había sido enviado a instituciones de acogida, azotado, escaldado, encerrado en armarios y siempre escasamente alimentado. La suya era una historia de huidas, robos con mafias de vagabundos, reformatorios, adopciones por parte de agricultores en ocasiones bondadosos y en otras crueles, de más huidas.

Se había ganado la vida de muchos modos. Había ejercido de hipnotizador en espectáculos menores de ferias itinerantes. Había incluso iniciado una carrera profesional como curandero. En una acampada protestante en Kentucky había logrado tres curaciones tan destacables que un furor sagrado descendió sobre la congregación; escapó vivo por los pelos de su entusiasmo. Nunca se atrevió de nuevo a realizar curaciones. Finalmente acabó por asentarse como periodista: la profesión no era sedentaria; permitía beber a todas horas, la necesidad de mantener la mente ocupada era intermitente; favorecía delirios de omnisciencia. Había estado casado en tres o cuatro ocasiones. De cuando en cuando uno o dos niños lo esperaban en la puerta de la redacción o en el Krauss. Tenían buenos modales y eran inteligentes (todas las esposas de T.G. habían sido, como serían sus hijas, mujeres excepcionales). Existe un límite en el número de monedas de diez centavos que un bebedor puede regalar con un salario de doce dólares a la semana. Charlaba

con ellos con seriedad y gran simpatía. (Reservaba su desdén para personas a las que conocía bien). Los chicos se marchaban satisfechos; lo único que querían era ver a su padre.

T.G. tenía un secreto que lo atormentaba. Era el autor de ciertos dramas en verso. Había leído a lo largo de esa tormentosa infancia y juventud. Desafortunadamente, no se trataba tanto de leer libros como de encontrarse en ellos. Era incapaz de olvidarse de sí mismo por mucho tiempo. Nunca había sido capaz de concluir las *Confesiones* de Rousseau ni *Anna Karmina* (tales eran las turbulencias a las que se veía sometido en su interior). De forma parecida, era víctima de la música. Los conciertos de orquesta lo atribulaban. Ya siendo niño se había detenido a escuchar a escondidas bajo las ventanas de habitaciones donde había música o alguien cantaba. Llegó a entrar a hurtadillas en las iglesias. No distinguía entre buena y mala música, pero las obras menores tenían un efecto más rápido. Sus dramas se llamaban *Abelardo*, *Lanzante* y, por supuesto, *Lucifer*. Jamás concluyó una pieza ni leyó línea alguna a otro ser humano.

La amistad entre T.G. y Roger se asemejaba a una tregua militar. Ambos se necesitaban. T.G. requería oídos limpios para sus doctrinas y un compañero para su desencanto total. Ejercía el proselitismo. Roger necesitaba conversar con alguien mayor: hacía emerger, oxigenaba su misantropía a medio formar. En los primeros días de su vinculación, la imagen que T.G. ofrecía de la sociedad como fachada para ocultar bestias, indolentes, pavos reales, reptiles y víboras penetraba deslizándose en la mente de Roger como un bálsamo. Si Roger tenía mucho que aprender, también tenía mucho que desaprender. Ambos se eran útiles también en un sentido práctico. Trabajaban para periódicos distintos. Tras asistir solos a juicios, combates de boxeo o encuentros políticos, uno le pasaba las notas sobre lo acontecido al otro. Si T.G. había estado bebiendo, Roger escribía dos noticias distintas, una para su amigo. No era el contenido escabroso e iconoclasta de la conversación de T.G. lo que generaba una permanente tensión en su relación; era la carga de insultos y desprecio que Roger tenía que soportar. Era sencillo sacar

de sus casillas a T.G. con cualquier inocente respuesta que invocara valores morales o una sombra de idealismo. «¡Piltrafa! ¡Baboso mono! ¡Cajón sin fondo! ¡No tienes ni una mísera idea propia! ¡Lo único que tienes en la cabeza es un montón de carbón de Coaltown y los viejos bragueros de tu abuela!». Al oír esto, Roger se levantaba, lo miraba un momento, tumbaba la silla de una patada y se dirigía hacia la puerta. T.G. lo calmaba y lo hacía regresar, ofrecía una amarga disculpa y la tregua era retomada.

No era fácil insultar o humillar a los Ashley. Su atención estaba centrada no en sí mismos, sino en su intento por comprender el origen de la malicia y la enemistad de sus hostigadores. Al inicio de su carrera Lily era frecuentemente silbada o abucheada en las óperas europeas; esperaba con calma que cesara el tumulto y que la mayoría mostrara su opinión para entender, tras la representación, los motivos para el antagonismo. Fueron muchos los hoteles y viviendas que rechazaron admitir a Constance. Ella decía: «Una vez que la gente tiene el placer de escandalizarse, empieza a pensar. Mis mejores partidarios comenzaron siendo mis peores enemigos. ¿Pero por qué ha de suceder esto?». Uno de los motivos para la paciencia de Roger era entonces su búsqueda de una respuesta para esta pregunta: ¿Por qué cada cual se comporta de un modo propio?: el mezquino, el preferido, el agresivo, el sumiso. Siempre merodea a nuestro alrededor el temor de que nuestra visión de la realidad no sea más que un ventanuco en una pequeña casa. Ante una preocupación de tal calado, cualquier desdén era secundario.

Junio de 1904

—Tú sabes por qué tu padre era un idiota tan sonriente, ¿verdad? Sabes por qué el juicio fue una farsa, ¿o no? Porque Coaltown y todos los que vivían allí estaban atontados por los humos que salían de las entrañas de la tierra. ¿Sabes que los mineros de Coaltown son los peor pagados del país?

—No.

—¿Qué incluso los mineros de Kentucky y Virginia Occidental agradecen a sus dioses no trabajar en Coaltown?

—No.

—Bueno, pues tu padre lo sabía.

—No creo que lo supiera.

—¡No me cuentes historias! ¿Dónde estaba?… ¿Durmiendo? Los hechos hablan por sí solos. Había muy pocos mineros con menos de cinco hijos. Un minero con una familia pequeña se podría desplazar y encontrar un trabajo mejor. Y lo hacían. Los hombres con siete hijos están atados. Especialmente cuando están enterrados hasta la cintura en deudas con los economatos de la empresa. El Batallón de Cartografía Emma Goldman[66] ha situado esas minas como las peores del país. No hay esclavitud en el mundo que se pueda comparar con el poder que la empresa de tu padre tenía sobre esos mineros.

—Mi padre no tuvo nada que ver con las políticas de…

—¡Cierra la boca! Nadie tiene nada que ver con nada. Dieciocho millones de dólares salían de Coaltown al año, y de Dohenus y de las colinas de Black Valley. ¿Adónde iban? Iban a Pittsburgh y a Nueva York. Servían para comprar yates. Para colgar diamantes al cuello de las actrices. Para tener un palco vitalicio en la ópera. Un banco vitalicio en la iglesia. ¿Y de Coaltown qué? Joe empezaba a toser. «Lo siento, Joe, no puedes seguir trabajando con nosotros; te estás muriendo». Y en Dohenus: sesenta y tres hombres atrapados en una explosión de gas. Cincuenta y una viudas. Casi trescientos pequeños huérfanos. «¡Lo sentimos! ¡Uno de esos accidentes, chicos! ¡Lo sentimos! ¡Voluntad divina! ¡Más suerte la próxima vez!…». ¿Te diste cuenta de que pocas personas dieron un paso adelante para decir algo bueno de tu padre? Yo di vueltas por Coaltown tratando de conseguir que alguien expresara una opinión sobre el juicio. «¿Qué juicio?». «¿Dónde?». «¿Quién?»… Donde hay injusticia, hay miedo. Donde hay miedo, hay cobardía. Pero la cadena empieza mucho antes: donde hay dinero, hay injusticia.

—No había gente rica en Coaltown, T.G. Mi padre no era rico.

—¡Qué cierres la maldita boca! Tu padre estaba controlado por los ricos. Venís de la clase media, ¿no? Es decir: la clase que se arrastra. No sabéis cómo utilizar las palabras «rico» y «pobre». En tu familia erais seis. Todos teníais dos pares de zapatos, ¿verdad?

—Sí.

—Comíais carne todos los días, ¿o no? ¡Comíais carne dos veces al día! ¡Maldita sea! Cualquier cosa que dijerais sobre la pobreza sería como la descripción de un chino ciego de las Cataratas del Niágara. ¡Recuerda esto! Solo hay un requisito para hablar de la pobreza: haberla vivido.

—Mi padre logró que la empresa construyera una cantina para los mineros.

—Por supuesto que lo hizo. Habría jurado que había hecho algo así. Escúchame: la filantropía es la barricada en el camino de la justicia social. La filantropía es como una lluvia fétida que cae del cielo: envenena al que la entrega y al que la recibe.

—¿Qué quieres decir, T.G.?

—Fuiste al circo la semana pasada, ¿verdad? Pues ve otra vez. Pide a los guardas que te dejen entrar en la jaula del león a la hora de la comida. Entonces, cuando el león tenga el pedazo de carne de caballo entre los dientes, se lo quitas. Puedes hacerlo. Puedes. Pero tendrás que matarlo primero. Esa es la imagen del hombre rico y sus posesiones. Métetelo en la cabeza. Ningún hombre rico entregó jamás un centavo para el que pudiera encontrar uso. Nunca lo han hecho y nunca lo harán. Al entregar algo de dinero se sienten justificados para hacer mucho más. Las arañas sacan de sus entrañas solo la seda suficiente para atrapar esa media docena de moscas que necesitan para alimentarse y alimentar a los suyos; pero los ricos producen seda y seda y más seda. Nada los puede detener. Sus casas están llenas de seda. Sus

bancos están llenos. Y no es de sus entrañas de donde la producen, sino de las entrañas y los pulmones y los ojos de otros. Las míseras monedas que caen de sus mesas sirven para construir iglesias y bibliotecas, ¿cierto? ¡Iglesias! Ahí es donde guardan el jarabe relajante. No hay un matrimonio más estrecho que entre el banquero y el obispo. Los pobres deberían contentarse con la situación en la que Dios ha considerado oportuno situarlos. Es la voluntad divina que trabajen toda una vida sobre una máquina de coser o en una mina. ¡Trent! Entérate de esto: ¡robar es la obligación de los pobres! Sobre la ciudad de Chicago pende una nube cargada de veneno. Todo el mundo puede verla. Se nutre de la distribución desigual de la riqueza. Envenena a los niños desde la cuna. Ensucia los hogares. Es tan oscura que en los juzgados no puedes ver una verdad a medio metro de distancia. Lo más sagrado del mundo es la propiedad. Es más sagrada que la conciencia. Es más intocable que la reputación de una mujer. Y, pese a toda su importancia, nadie, nadie, ha intentado nunca dotarla de un valor que la caracterice. La propiedad puede ser inmerecida, arrancada por la fuerza, injuriada, malgastada, sin que pierda una pizca de su carácter sagrado… de su carácter religioso. Solían ahorcar a un hombre por robar una hogaza de pan. Ya no hacemos eso: destrozamos su vida y mutilamos a sus hijos. A mí me condenaron una vez a ocho meses de prisión por robar una bicicleta: el juguete de un niño. Pero logré escaparme y robar otra. Yo necesitaba una bicicleta… Escúchame: se va a producir un terremoto. No uno de esos pequeños temblores por los que la señora Cobblestone cuenta que un cuadro se cayó de la pared. No un meneo o dos, sino una verdadera hostia. La tierra va a temblar como una rata. Porque no es solo Coaltown la que está suspendida sobre una fuga de gas; es el mundo entero. La mentira sobre la propiedad ha sobrevivido demasiado tiempo. Incluso los niños comienzan a verla. Va a haber…

Le temblaban las manos. Se levantó y miró a su alrededor como loco.

—Me estoy poniendo nervioso. Tengo que ir a lo de Coralie.

Junio de 1904

—¿Has escrito tú esto?… Es de tu periódico.

—¿El qué?

—Dice que seis hombres estaban trabajando sobre un andamio en el puerto de Chicago. «Por una imperfección de la estructura, el andamio se prendió fuego». ¿Lo has escrito tú?

—Sí.

—«Tres de los hombres fallecieron a causa de las quemaduras. Los otros tres se ahogaron. La constructora Magilvaney ha aceptado generosamente pagar los gastos del funeral de las víctimas». ¡Generosamente! ¿En qué estabas pensando cuando escribiste esto? Oh, se me olvidaba: tú no piensas. Cuando escribiste este «generosamente» tendrías que haber salido a ahorcarte tú mismo. Te has unido a la gran Sociedad de Bombo y Platillo de Chicago, que dedica su tiempo a halagar a los ricos. La constructora les da una estructura podrida. Mueren seis hombres. «Lo siento, chicos. Los accidentes suceden. Voluntad divina. ¡Más suerte la próxima vez!».

Julio de 1904

T.G. era capaz a menudo de leer la mente de Roger, arrastrar a la luz eso que Roger no se atrevía a mencionar.

—Chavalote, te ha dejado pasmado la cantidad de gente que hay en Chicago, ¿a que sí? Has pensado que hay demasiadas personas en el mundo. Has pensado que la mayor parte de ellas estarían mejor muertas. Vaya, me avergüenzas: un buen chico estadounidense como tú

matando gente por ahí. ¡No me mientas!… Bueno, deja que te diga algo. Todo el mundo lo hace. ¿No te alegras cada vez que lees algo sobre un accidente de tren, una inundación, un terremoto? Por supuesto que sí. Más espacio para los demás. Más comida para los demás. Por eso lee la gente nuestros periódicos. «¡Noticias! ¡Noticias! Un barco de turistas se hunde con toda la tripulación a bordo. ¡Noticias! Tres centavos. ¡Lea todo sobre el accidente!».

Y la gente lo lee todo. Están horrorizados. Es terrible. Pero, ¡oh!, una débil voz en su interior dice: «Se estaba poniendo demasiado atestado el comedero». Les brillan los ojos. «Me alegro de no haber estado en ese barco». ¡Más muertos! ¡Más muertos! Les encantan. Y una vez que tengan esos automóviles en marcha, ¡menudos ratos pasaremos! ¡Será genial! Especialmente en las vacaciones… Por supuesto, la guerra es lo mejor de todo. Durante la guerra contra los españoles, todos los estadounidenses leían su periódico con el desayuno y esperaban que todo maldito español sobre la tierra hubiera muerto el día anterior. Todos desayunaban españoles. Lo mejor de la guerra es que legitima el asesinato. Permite al señor Cualquiera y a su mujer, la señora Cualquiera, y al pequeño Chiquitín y a la encantadora Arabella Cualquiera salir de entre los arbustos y chillar: ¡Matadlos! Se llama patriotismo. La gente se marchaba a la cama cada noche sencillamente exhausta por la noble aplicación del patriotismo. En ese tribunal de Coaltown, ¿no quisiste cargártelos a todos?

—Sí. Sí que quise.

—Gracias… ¿Y ellos querían matar a tu padre? ¿Por qué?, ¿por justicia?, ¿por venganza? ¡No! No les importaba un comino el difunto Breckenridge Lansing. Pude verlo. Lo que querían, a cubierto en la legalidad, era quitarse a tu padre de en medio. La capacidad que tiene el ser humano de desear la muerte a sus vecinos es ilimitada. Pero ¡ojo!, no digo que todos quieran a todos muertos. Todos

pertenecemos a pequeños grupos. Queremos que los miembros de otros grupos mueran; a los miembros de nuestro propio club solo los queremos atrofiados. El hombre desea ver a su mujer atrofiada y viceversa; el padre desea ver a su hijo atrofiado y viceversa.

Mira los padres. Tú tenías diecisiete años cuando tu padre se escapó. Oh, ¡no sabes la suerte que tienes! Escúchame: todos los padres odian a sus hijos. Los odian, ¡primero!: porque saben que sus hijos se pasearán silbando bajo el sol cuando ellos se estén pudriendo bajo tierra. Saben que sus hijos estarán haciendo tintinear los muelles de una cama abrazados a una chica mientras el viejo se asfixia en una silla de ruedas. Esto es amargo de tragar. ¡Segundo!: los aterroriza que los chicos puedan hacer con sus vidas un desastre menor del que ellos han logrado. Es una idea terrible que ese, ese, a quien conociste cuando era un mocoso en la cuna, un cachorro estúpido, un problemático adolescente cubierto de granos, ¡él!, sea capaz de hacerlo mejor en la vida que tú. ¡Es terrible! Y puesto que ningún hombre jamás ha logrado tener éxito o ser feliz en su interior; dentro, donde el verdadero juicio sobre sí mismo tiene lugar; esto acaba siendo cierto para todo padre. Desde el inicio de los tiempos ningún padre ha dado un consejo o una palabra de ánimo que pudiera hacer que su hijo pensara a lo grande y planificara a lo grande. No, ¡nada de eso! Papá suda y se retuerce las manos y aconseja precaución, ir despacio y mantenerse en el centro del camino. Eso es lo que denominan amor paternal. Todos sabemos que la vida familiar es un infierno, pero si quieres ver una vida familiar realmente bella, vete al zoo. Mira a los leones, a los tigres y a los osos. Quieren de veras a sus cachorros. De veras los quieren. Ver a los cachorros de león jugando bajo la barbilla de papá es la imagen más bella del mundo; y mamá fingiéndose medio dormida, con un ojo en los cachorros y otro en los repugnantes seres humanos del otro lado de los

barrotes. El único momento en el que un padre humano ama a sus vástagos es cuando estos son llevados a casa sobre un pedazo de madera. Entonces algún atávico vínculo animal sale a la superficie. Las madres quedan desgarradas, pero están desgarradas por la idea de que no fueron capaces de entregar a los pequeños cabroncetes nada de amor. Verás, cuando hicieron inteligente al ser humano, la liaron del todo. La inteligencia conlleva la conciencia de un futuro y de que el futuro de todo hombre es la muerte. El hombre es el animal que siembra, que ahorra, que envejece y que muere.

Sí, hay demasiada gente en el mundo. A la naturaleza solo le interesa una cosa: cubrir la tierra con un capa tan gruesa como sea posible de protoplasma: plantas, peces, insectos y animales. ¿Has visto alguna vez un sembrado repleto de hormigueros? Billones de hormigas. ¿Has visto alguna vez una nube de langostas? La naturaleza no es muy inteligente. No le importa si hay comida para todos. Se limita a sacarnos a escena en un número cada vez mayor. Por eso morimos. Cuando no podemos generar más criaturas nos tenemos que marchar. «Traiga otro plato de papas, señora Casey». La naturaleza parece estar en un constante estado de pánico para evitar que se detenga su gran proceso sin sentido. Aquí llegan: pececillos y arbolitos y ardillas y pulgas y Ashleys. «Traiga otro plato de papas, señora Casey».

¿Qué? ¿Qué dices? Escúchame: no hay un sentido oculto en el universo. No hay motivo por el que la gente nazca. No hay plan. La hierba crece; los niños nacen. Esos son los hechos. Durante miles de años los hombres han estado fabricando interpretaciones: la vida es una prueba para nuestro carácter; recompensa y penaliza tras la muerte; diseño divino; el Paraíso de Alá, lleno de chicas guapas para todos; el nirvana de Buda… está claro para todos, significa: «no veas nada, no sientas nada»; evolución, formas superiores, mejoras sociales, Utopía, máquinas voladoras, mejores cordones para los zapatos… nada más que ¡POLVO

DE CARDO! ¿Te meterás esto de una vez en esa cabeza llena de aire?

Miles de millones de personas han creído que nos vemos influidos de diversos modos por el sol, la luna y los planetas. Millones de personas se han mofado de esta idea. Millones han creído que los astros han señalado a algunos hombres y mujeres como propios, a menudo de forma errática, entrecortada, incluso grotesca, pero indiscutiblemente. Los hijos del Sol reflejan las características de Apolo guiando a las musas de su séquito, curando, purificando con luz, disipando nieblas, profetizando: Thomas Garrison Speidel.

Los hijos de Saturno también vierten su influencia sobre el hombre en desarrollo:

Roger pasaba la mayor parte del día desplazándose por Chicago y su entorno. Regresaba a intervalos a su mesa en la tumultuosa redacción, donde estaba acostumbrado a recibir visitas que esperaban lograr publicidad para su obra de caridad privilegiada, un obituario para un familiar (Roger tenía una pluma excelente para los obituarios), un anuncio para tratar de recuperar una mascota perdida. Algunos llegaban hasta allí para manifestar su aprobación o indignación. Una mañana, al abandonar su mesa, se le aproximó un hombre serio de poblada barba al que reconoció como el prominente abogado Abraham Bittner.

—¿Señor Frazier?

—Sí. Sí, señor Bittner. Tome asiento, por favor. —El señor Bittner se sentó, se quitó los guantes con calma y miró a Roger en silencio—. ¿Qué puedo hacer por usted, señor Bittner?

Las manos del señor Bittner jugaban con un ágata que colgaba de la cadena de su reloj de bolsillo. Los ojos de Roger iban y venían hacia las palabras que la piedra preciosa tenía grabadas en ambas caras. Al observar su curiosidad, el señor Bittner sacó el reloj y el

ágata y los depositó en la mesa. Se mantuvo en silencio mientras Roger miraba con mayor detenimiento la piedra.

—¿Están escritas en griego esas palabras, señor Bittner?

—Es hebreo.

Roger levantó la mirada con curiosidad.

—Estas palabras son el lema de una sociedad a la que pertenezco. Mi visita hoy es como representante de esta sociedad.

—¿Qué dicen las palabras, caballero?

—¿Tienen una Biblia en la oficina?

—Tuvimos una. Alguien se la llevó.

—Las palabras, en su Biblia, la suya, son del *Libro del profeta Isaías*, el tercer versículo del cuadragésimo capítulo: «Allanad en la estepa una senda para nuestro Dios».

—¿Le importa si la cojo, señor Bittner?

—Hágalo. Represento a esta sociedad y en particular a su comité de dirección, compuesto por doce hombres. Este comité, como señal de aprecio por el servicio que usted está prestando a la ciudad de Chicago, desearía poner a su disposición un inmueble. —Se detuvo—. Usted vive en la habitación 441 de la Casa Thurston. Bajo su ventana la calle es ruidosa durante la noche y especialmente a primeras horas de la mañana. La vista desde sus dos ventanas es la de la pared de ladrillo del almacén de Cowan. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí, señor Bittner.

—Este comité desea alquilarle a usted durante tres años, por un dólar anual, un apartamento en el cuarto piso del número 16 de la calle Bowen. Cuatro de sus ventanas se asoman al lago. No existe condición alguna vinculada a esta oferta. Su objetivo es facilitar su bienestar y mantener su productividad. El apartamento está listo para su llegada desde este mismo momento. Aquí tiene las llaves. Aquí un recibo al que solamente le falta su firma.

Roger mantuvo la mirada fija en su interlocutor. Finalmente se decidió a hablar, pero el señor Bittner lo detuvo elevando las manos.

—No le haré saber los nombres de los miembros de este comité. No desean recibir agradecimientos. Todos, excepto dos, son hombres de grandes recursos; muy amplios recursos. Son

ciudadanos de Chicago. Aman esta ciudad. Están decididos a hacer cuanto esté en su mano para hacer de Chicago la mayor, la más civilizada, la más humana, la más bella ciudad del mundo. Ya han construido fuentes y ampliado parques y avenidas. Contribuyen generosamente con universidades, hospitales, orfanatos, a la rehabilitación de presos. Usted ha escrito acerca de su interés en la plantación de árboles. El comité ha plantado robledos en los parques y ha prevenido la tala de árboles. —Descendió el tono de su voz. Una sonrisa se asomó a sus labios: la sonrisa de quien comparte un secreto con alguien que comprenderá su importancia—. Están pensando en una futura Jerusalén: una Jerusalén libre. Piensan en una Atenas… Usted, señor Frazier, está realizando un trabajo que solo usted podría desempeñar. Ha escrito con empatía acerca de las comunidades extranjeras de la ciudad. Ha devuelto una cierta dignidad a los ancianos a ojos de sus propios hijos. Ha llamado la atención de sus lectores hacia algunas situaciones deplorables que tienen en su mano modificar; todo esto lo ha hecho a su modo, a su propio modo. El comité teme que usted abandone Chicago, que desempeñe su valioso trabajo en Nueva York o en alguna otra ciudad.

Devolvió con calma el reloj y el ágata a su bolsillo.

La puerta de la oficina del editor se abrió. El viejo Hickson apareció con un manojo de páginas amarillentas en sus manos. Gritó enfadado:

—¡Trent! ¡Trent! No podemos imprimir esta maldita basura. ¿Quién coño está interesado en el viejo caballo de tiro de los tranvías? ¡Ponte a trabajar! ¡Mueve el culo!

De pronto el editor vio que Roger se encontraba reunido con una visita de alto nivel. Regresó a su despacho dando un portazo.

Roger tomó las llaves.

—Muchas gracias, señor Bittner, por lo que acaba de decirme. Agradézcaselo a los miembros del comité. Pero yo… yo… me incomoda recibir regalos. Lo siento, señor Bittner, pero así soy yo. —Posó las llaves de forma silenciosa en la mitad de la mesa más cercana al señor Bittner—, Gracias, lo siento.

El señor Bittner se levantó. Sonrió y se dispuso a estrechar la mano de Roger.

—Volveré a visitarlo en noviembre.

Dos noches más tarde Roger caminó hasta el edificio de la calle Bowen. Las ventanas de la cuarta planta permanecían a oscuras. Observó cómo sería la estructura del apartamento comparándola con la de la planta baja, donde las ventanas estaban iluminadas y abiertas. Habría una habitación para Sophia; su madre podría visitarlo. Miró durante un largo tiempo el lago. Pero solo tenía diecinueve años. Esos apartamentos eran para un hombre adulto. No quería ser un hombre adulto aún. El señor Bittner volvió a realizar su oferta en noviembre. Fue de nuevo rechazada. Los Ashley no aceptan regalos. Sin embargo, una extraña sensación se apoderó de Roger, una sensación tranquilizadora: estaba siendo observado por los ciudadanos más virtuosos y sabios. Personas sin nombre habían abierto las esposas a su padre para entregarle después un caballo.

Trató de recordar las palabras grabadas en el ágata… algo de una senda… algo de estepas.

El arzobispo de Chicago había escrito al señor Frazier una carta de agradecimiento por la descripción que «Trent» había realizado de la inauguración del Hogar de ancianos San Casimiro. Había enviado una copia de «Una cofia para Florence Nightingale» a su hermana, que dirigía un hospital en Turingia. Cuando Roger publicó un «bocado» sobre la procesión a medianoche en torno a una iglesia en la víspera del día de su patrón («Mil velas, mil voces»), volvió a escribirle, invitando al autor a almorzar. Roger ya se había formado su propio juicio sobre las invitaciones de quienes gozaban de influencia y riquezas (se decía a sí mismo que no era capaz de soportar «conversaciones cara a cara»), pero el arzobispo había dejado claro que no habría otros invitados. Roger aceptó.

La puerta la abrió un joven sacerdote que lo miró con asombro. Ambos se habían encontrado con frecuencia en el hospital.

—¡Hola!

—Hola, padre Betz.

Se estrecharon la mano.

—Eh… ¿Has venido por algo del hospital?

—No. El arzobispo Krüger me invitó a comer.

—¡Oh! Pasa… ¿Estás seguro de que es hoy? El arzobispo espera a un hombre que trabaja en un periódico.

—Soy yo.

—¿Usted es el señor Frazier?

—Sí.

Roger estaba acostumbrado a esto.

El arzobispo sabía que «Trent» era joven. Esperaba encontrarse con un hombre de unos cuarenta años. Roger, por su parte, suponía que compartiría almuerzo con un imponente prelado. Ambos quedaron asombrados. El arzobispo era muy viejo y tenía la espalda combada; hablaba con lo que Roger se describió como una «voz de grillo», había sufrido una operación de garganta. Ambos tenían un comportamiento exquisito: Roger especialmente hacia los ancianos, el arzobispo especialmente hacia los jóvenes. El arzobispo se mostró encantado, divertido y conmovido; Roger estaba encantado y conmovido.

—¿Se conocían usted y el padre Betz? ¿Los oí saludándose en la puerta, señor Frazier?

—Sí, padre. Nos encontrábamos a menudo en el Hospital del Sur. Trabajé de camillero allí.

—¿Ah, sí, trabajó allí?

Los diálogos del arzobispo se veían salpicados, cuando estaba satisfecho, con un continuo murmullo de débiles interjecciones: «Bien, bien» y «¿De veras?» y «¡No me diga!».

Bisbiseando suavemente, su rostro casi por debajo de la altura de los hombros, guio a su invitado hacia el comedor. Pronunció algunas palabras en latín, se persignó e indicó con sus dos manos el asiento destinado a Roger.

—Es muy amable por su parte… eh, sí… concederme esta oportunidad haciendo un hueco en su ajetreado día a día para

mostrarle mi alegría… oh, una gran alegría… por sus amables, sus comprensivas descripciones de… mis queridas monjas del Santa Isabel estaban encantadas… ¡encantadas!… oh, sí, oh, sí… por su texto sobre los «encoñamientos» de las jóvenes enfermeras. Usted ve las cosas… usted ve, observa las cosas de un modo que otros no ven. No solo nos informa, nos amplía. Sí, esta es la forma de expresarlo.

Roger soltó una carcajada. En rara ocasión se reía, y lo hacía solo cuando no había nada de lo que reír. Soltó la carcajada debido a una cierta alegría centelleante que apareció y desapareció del rostro de su anfitrión. Se le ocurrió que debía de ser un gran placer tener algo que él nunca había conocido: un abuelo.

Era un viernes de inicio de Cuaresma. Les sirvieron un pequeño tazón de sopa de verduras, una trucha, algunas patatas, un vaso de vino y un pastel. Roger mostró otro comportamiento inusual. Se extendió en las respuestas a su anfitrión. Charló. El arzobispo le preguntó sobre su infancia.

—Mi verdadero nombre es Roger Ashley. Nací en Coaltown, en la zona sur del estado.

Esperó. El arzobispo aspiró lentamente. Miró a Roger a los ojos sin pronunciar palabra alguna.

—Padre, ¿escuchó alguna vez la historia del juicio a mi padre y de su huida?

—La conozco… ¿Le importaría refrescarme la memoria?

Roger habló durante diez minutos. El arzobispo lo interrumpió una sola vez. Hizo sonar una campanilla.

—Señora Kegan, sea tan amable de servirle al señor Frazier la otra trucha… Ustedes, los jóvenes, tienen buen apetito. Lo recuerdo. Y termínese, por favor, esas patatas en salsa.

—Gracias, señora —dijo Roger.

—Continúe, por favor, señor Frazier.

Cuando Roger concluyó su historia, su anfitrión miró un instante un cuadro situado sobre la pared a espaldas de su invitado. Las interjecciones murmuradas habían cesado mucho tiempo atrás. Finalmente dijo con suavidad:

—Estos son acontecimientos muy inusuales, señor Frazier…

¿Desconoce quiénes rescataron a su padre?

—Lo desconozco, padre.

—¿No tiene ninguna idea sobre quiénes eran?

—No, padre.

—¿A qué se dedica su amada madre ahora?

—Dirige una pensión en Coaltown.

Silencio.

—¿No ha recibido noticias de su padre… de ningún tipo… en… cerca de dos años?

—No, padre.

Silencio.

—¿Tanto su padre como su madre son protestantes?

—Sí. Mi padre nos llevaba todos los domingos a la iglesia metodista. Íbamos a catequesis también.

—¿Eran…? Discúlpeme, ¿rezaban en casa?

—No, padre. Mis padres nunca hablaban de estas cosas.

—¿Espera dedicarse a la escritura? ¿Será escritor siempre?

—No, padre. Solo escribo estas cosas para ganar dinero.

—¿A qué se dedicará entonces, señor Frazier?

—Aún no lo veo muy claro. —Lentamente Roger elevó su mirada hasta los ojos del anciano. En voz baja pronunció—: Padre, supongo que tendrá usted algo que decir sobre todo aquello que sucedió en Coaltown.

—¿Yo?… ¿Yo?… Señor Frazier, esos acontecimientos son inusuales. Su forma de narrarlos también es inusual. El comportamiento de su padre fue inusual. Permítame decirle que, desde mi punto de vista, existen ciertas cuestiones inusuales que quizá usted no ha contemplado.

Roger estaba expectante.

—Creo que podría ser capaz de aclararle lo que pretendo decir mediante una historia. Una historia. Años atrás, en una de las provincias del sur de China se produjo una oleada de odio hacia todos los extranjeros. Un número considerable de estos fueron asesinados. Todos los miembros de una de nuestras misiones fueron apresados: un obispo, cuatro sacerdotes, seis monjas y dos sirvientes

chinos. Todos excepto los sirvientes eran alemanes. Cada uno fue encerrado en una pequeña celda de un edificio largo pero de escasa altura hecho de arcilla y guijarros. No se les permitía ninguna comunicación entre ellos. De cuando en cuando uno era sacado de la celda para ser torturado. Esperaban ser decapitados en cualquier momento. No obstante, su ejecución fue postergada y al cabo de algunos años recuperaron la libertad. ¿Puede oírme o hablo demasiado bajo?

—Lo escucho, padre.

—De las trece celdas, la del obispo ocupaba el espacio central. ¿Qué cree que hizo, señor Frazier?

Roger pensó un momento.

—El… comenzó a repiquetear en las paredes. Contaba las letras del alfabeto.

El arzobispo quedó maravillado. Se levantó y se dirigió a una pared. Rápidamente golpeó cinco veces, luego otras cinco, más tarde dos.

Roger volvió a pensar un momento.

—L —dijo.

En alemán consideramos la *I* y la *J* una sola letra.

—M —se corrigió Roger.

El arzobispo regresó a su asiento.

—Esto podía hacerse únicamente de madrugada y el repiqueteo era perceptible solo en la celda contigua. De este modo, en la profundidad de la noche, los mensajes de amor, coraje y fe pasaban de un lado a otro. Resultó que los carceleros habían situado a los dos sirvientes chinos en las dos celdas del fondo. Les habían vendado los ojos para que no trataran de escapar de esas celdas exteriores. Eran cristianos y sabían alemán, pero no sabían leer ni escribir. Las lenguas chinas no pueden ser reducidas a ningún patrón de golpeo. ¿Cómo se comunicaba el obispo con ellos?

—No veo cómo pudo hacerlo, padre.

—Los chinos son muy musicales. Pidió a sus vecinos que repiquetearan los ritmos de los himnos que conocían y los ritmos de las oraciones; de lo que ustedes llaman el «Padre Nuestro».

Devolvieron los repiqueteos en feliz respuesta. Habían sido rescatados de su abandono. Con el paso del tiempo varios de estos prisioneros fallecieron. Las celdas se vaciaron y la cadena de comunicación quedó cortada, ¿cierto? Pero los chinos pusieron a otros prisioneros en esas celdas: un comerciante de sedas inglés, un empresario estadounidense y la esposa de este último. No sabían alemán. El obispo sabía algo de francés y de inglés. Envió mensajes de celda a celda en esas lenguas y finalmente recibió una respuesta en inglés. Les pidió a estos prisioneros que tuvieran la amabilidad de transmitir algunos mensajes en alemán a las celdas situadas más allá de las suyas, explicándoles que se trataban de palabras religiosas de consuelo. Un cierto tiempo era dedicado a los recién llegados. Los estadounidenses dejaron claro que no tenían intención de formar parte de ningún mensaje religioso, pero a ocho celdas de distancia el marido consolaba a la mujer y la mujer al marido. ¿Cuántos presos estaban en ese momento transmitiendo mensajes ininteligibles para ellos?

—Todos menos el obispo.

—Durante los primeros meses, a causa del hambre, los desmayos y otras cuestiones, los prisioneros alemanes habían perdido la cuenta de los días. Fue el mercader inglés el que los puso de nuevo sobre el calendario. Recuperaron sus domingos, su Pascua y sus días festivos; ese otro calendario que fortalece nuestros pasos y confirma nuestra alegría. Con el tiempo otra celda quedó vacía. Fue ocupada por un portugués, el dueño de un comercio de Macao. Solo hablaba portugués, español y cantonés. Aparentemente se trataba de un hombre inteligente y de buena disposición. A lo largo de la noche reproducía mensajes desde la pared derecha a la izquierda y desde la izquierda a la derecha. Quizá pensó que sus compañeros de encarcelamiento planeaban una huida; algún intento de asesinar a un guarda y prender fuego a la torre de vigilancia. ¿Qué le parece a usted?

Roger reflexionó.

—Creo que si este hombre hubiera pensado eso, se habría cansado algunas semanas más tarde.

—¿Por qué le estoy contando esta historia, señor Frazier?

—Me está tratando de decir que mi padre y mi madre eran ambos como el portugués.

—Todos lo somos. Usted lo es, señor Frazier. Yo espero serlo. La vida está rodeada de misterios más allá de la capacidad de comprensión de nuestras limitadas mentes. Sus queridos padres los han visto; usted y yo los hemos visto. Transmitimos (o eso esperamos) cuestiones mejores de las que podemos comprender completamente.

Silencio.

—¿Es cierta esta historia, Padre?

—Oh, sí. Me la contó una de las monjas.

—¿Cómo era, Padre?

—¿Cómo era?… Pues… Las mayores alegrías son aquellas que nos llegan a través de alguna confirmación de nuestra fe; incluso en pequeños fragmentos de fe, la fe en el Hogar de ancianos San Casimiro, en una amistad, en la supervivencia de una familia. Sor Benedikta era alegre.

Roger se dijo a sí mismo: «Espero que Papá esté alegre».

En la puerta, mientras salía de la casa, Roger pidió y obtuvo permiso para narrarles la historia a sus lectores. Apareció a las cuatro semanas con el título «Un repiqueteo en tu pared». Al final del texto había un patrón de trazos verticales con un aspecto similar a una valla de listones de madera mellada. Miles de chicaguenses se esforzaron en comprenderlo. Encontraron: «FLICS PSCUAS A TDS». El texto fue reimpreso una y otra vez. Cruzó el océano.

Las capas de hielo del corazón de Roger comenzaban a fundirse o —¿quizá deberíamos decir?— las láminas de su armadura comenzaban a caer al suelo. La liberación de su aislamiento se vio acelerada por sus encuentros con varias mujeres.

Los hijos de los Ashley fueron ampliamente considerados «precoces». Tres de ellos habían alcanzado alguna notoriedad antes de cumplir los veinticuatro años. Lo cierto es que eran lentos en su

maduración tanto mental como física; no obstante, asistieron con seguridad a su cita con la madurez, si bien con retraso.

El trabajo de Roger lo obligaba a cruzar y recruzar Chicago a diario («como un mosquito en una laguna», decía T.G.). En los banquetes, celebraciones y acontecimientos deportivos comenzaba a reconocer y ser presentado a un gran número de mujeres jóvenes. Seleccionó especialmente a aquellas de otras naciones, colores y antecedentes. Todas eran ligeramente mayores que él, autónomas en términos económicos y daban trabajo a terceros. No había muchas de este tipo a inicios de siglo. Eran pioneras y contempladas con recelo por las mujeres respetables. Roger prolongaba sus conversaciones con ellas. Eran estas quienes asumían la mayor parte de los diálogos, pero él era tan buen y absorto oyente que se quedaban con la sensación de haberlo escuchado largo tiempo. No eran como otras mujeres jóvenes: él no era como otros hombres jóvenes. Pasarían algunos años hasta que Roger fue consciente de todo lo que había aprendido de Demetria, Ruby y el resto. Solo más tarde, también, comprendió que estas relaciones lo habían liberado de una peligrosa cohibición. Misteriosos son los caminos de la selección sexual. Todas estas muchachas eran vivaces, emprendedoras y, sobre todo, independientes; solo una era alta, solo una era rubia. Roger estaba expulsando de su imaginación —por necesidad urgente— la irresistible presencia de la mujer a la que había amado con tanto fervor, cuya incapacidad para responder a este amor lo había situado cerca del convencimiento de que nunca sería amado, de que nunca amaría. Ninguna de estas mujeres se parecía a su madre.

Demetria era griega pero de sangre turca y libanesa, de veintiséis años, con grandes caderas, alegre, nerviosa y despiadada en los negocios. Al igual que Roger, estaba abriéndose camino en Chicago a toda prisa. Había comenzado su escalada a los catorce años, cosiendo flores sobre sombreros durante doce horas al día en un mísero taller (fue nombrada capataz a los dieciséis, a los veinte era responsable de la compra de materiales y oteadora de oportunidades de mercado). A los veintiuno había abierto un taller propio. Existía

un creciente mercado para vestidos feos de andar por casa. Cada domingo visitaba a su hijo en una granja cercana a Joliet. Roger la conoció en la granja. (De ahí el artículo de Trent «Perreras para niños»).

Madame Anne-Marie Blanc, de la provincia de Quebec, rosada y rubia, achaparrada, de veintinueve años según ella misma, servía comidas en bodas y velatorios, en sociedades patrióticas y convenciones. Tras una cena, Roger —ese experimentado camarero — se dirigió a la cocina y ayudó a recoger, llenando los grandes cestos de vajilla y cubertería. Observó a *madame* Blanc pagar a su regimiento de cocineros y camareros. Roger reconocía a un genio de la organización nada más verlo; ella sabía que él sabía. *Madame* Blanc le pidió que se quedara a tomar una taza de café; ella se quitaría los zapatos y descansaría. Sufría insomnio y la aterrorizaba el regreso a su hogar. Roger se atrevió a decirle que la comida que servía era poco apetecible. Estalló una carcajada.

—Sí, sí… pero a ellos, a ellos les gusta. Lo único que yo quiero, señor Frazier, es dinero. Si se detiene a pensar cinco minutos; solo cinco minutos, señor Frazier; acerca de la vida de una mujer, entenderá que lo primero que quiere es dinero. Soltera, esposa o viuda. Por supuesto. Me refiero a una mujer sensata.

Ella sabía que Roger era el «escritor Trent»; coleccionaba sus artículos. Sufría insomnio y una desesperada necesidad de contar su historia, pero nadie en este mundo escucha. Primero con calma, luego con alarmante velocidad, Roger percibió que había dos Anne-Maries: la mordaz empresaria genial, rosada y rubia, propensa a rápidas y cortas risitas; y la asustada chica de apenas diecisiete años, aterrorizada por la muerte y el infierno, perseguida por recuerdos de su infancia, sedienta de una palabra humana, un oído humano, una caricia humana. Roger descubrió que ella se fortalecía por las noches con la *crème de menthe* que bebía vaciando la copa de un trago. Pronto ella se arrojó a sus brazos en una tormenta de miedo, dependencia y gratitud. Roger no tenía experiencia suficiente para acobardarse; por otra parte, venimos a este mundo a aprender y ser útiles.

Lauradel, negra, tenía veintisiete años, era cantante y socia del «Salón Viejo Dixie, una sala de baile refinada para damas y caballeros». De cuando en cuando Roger visitaba el local hacia las dos de la madrugada para escuchar a Lauradel entonar «Pajarillo, no me cantes esa canción» y «Camino sobre las aguas y no tengo miedo».

Ruby Morris era japonesa y hawaiana, de veintiséis años. Había sido adoptada por unos misioneros en las islas y llevada al continente, donde tanto se benefició del sistema público de educación que pronto superó a sus padres adoptivos, a sus profesores y a todos esos tiernos benefactores sensibleros que —tratándola en todo momento como una delicada muñeca— la habían rondado siempre. Renunció al cristianismo, volvió a aprender japonés, se hizo budista y se marchó por su cuenta. Con la ayuda de la pequeña comunidad japonesa de Chicago, abrió una tienda de curiosidades, kimonos y regalos. Prosperó.

Roger se lanzaba a cada relación con una intensidad que se aproximaba a la violencia. Mantenía varias de forma simultánea, hasta el punto de poner en riesgo incluso la temible acumulación de salud que a los Ashley les había tocado en gracia. Esta fase de disipación, no obstante, se dio por concluida de forma casi tan abrupta como comenzó. Y sin rencor. Todo se condujo bajo el dominio de la independencia. No hizo promesas ni reclamaciones. Demetria y Ruby querían hacerle la colada, Anne-Marie y Laura querían comprarle camisas y zapatos; Ruby y Anne-Marie le ofrecieron una habitación en la que vivir; pero él evitó cualquier sombra de dependencia.

Estas jóvenes mujeres adivinaron que algo pasaba, que Roger perseguía algún fin más allá de la sensualidad y la vanidad. También sabían que era honrado y que de alguna forma estaba «en peligro». Sin saberlo, Roger reclamó su comprensión; sin saberlo, les permitió una oportunidad para ser útiles. Y él, a cambio, les entregó un regalo excepcional: su pasión conservaba una gran cantidad de asombro, curiosidad y descubrimiento. Estaban acostumbradas a ser deseadas; fue algo nuevo ser escuchadas.

Lauradel:

—Solía verte llegar y sentarte en ese rincón oscuro. No te estabas escondiendo de mí, chavalín. Sabía que estabas escuchando. Y luego te acercabas y decías algo caballeroso y ponías veinte centavos en el platillo. Yo no olvido nada. Y entonces publicaste ese texto en el periódico sobre nuestro «salón» y sobre mi voz, y los blancos comenzaron a venir hasta aquí y tuvimos que instalar ocho mesas más… ¿Te has quedado otra vez dormido, orejitas?

—No, escucho todo lo que dices, Lauradel.

—Duérmete si quieres… ¡Hombres!… Pero eso que escribiste en el periódico de que yo era tan buena cantante, de que no tenía que cantar nada con mal gusto… ¡Me volví loca! No estaba segura de saber lo que significaba. Le pregunté a la gente: ¡algunos decían que quería decir vulgar y común y sucio! Oh, estaba loca. Tú y tu gusto de caca de gato. La siguiente noche que viniste quise acercarme hasta tu mesa y decirte: VETE A CASA y llévate tu gusto contigo. No te queríamos a ti ni a tu estúpido gusto remilgado aquí. ¡Tú!… ¡Tú!…

—¡Deja de pegarme, Lauradel!

—Porque solo hay dos cosas de las que me guste cantar: mi religión y hacer el amor. Y no tengo que pedirte permiso a ti, señor Gusto. Siento haberte pegado, chico de los periódicos. No te he roto ningún hueso. ¿No te da vergüenza estar aquí tumbado como si fueras un rábano a medio pelar?… ¡Oh, cómo sois los que vivís en mitad de Estados Unidos y no sabéis nada del océano! ¿Sabes de dónde vengo yo?

—Sí.

—Bueno, te lo diré. Vengo de las islas del estado de Georgia, donde solo las gambas cocidas son de tu color. El sol llega a calentar en Chicago también, pero no es el sol de verdad, no el sol real. No tiene nada de sal. ¡Sal! Eres un pobre don nadiede agua dulce.

—No puedo respirar, Lauradel…

—¡Gusto!… Piensa en esto un minuto. ¡Si nadie hiciera el amor durante cien días! ¿Lo estás pensando; solo por agradar a tu gran Lauradel? La gente se arrastraría por las calles como si sus huesos se

hubieran convertido en gelatina. Incluso los niños dejarían de saltar a la comba. Entrarías en una tienda para comprar un par de zapatos y el tendero diría: «¿Zapatos, señora? Oh, sí, zapatos, déjeme ver, ¿tenemos algún zapato?». Imagina solamente cómo serían los ojos de la gente: como agujeros quemados en el papel de las paredes. Los pájaros se caerían de los árboles; sus alas no tendrían sangre. Los árboles se combarían como viejas viudas con problemas propios de mujeres. Y Dios se levantaría. Miraría hacia abajo. Diría: ¿QUÉ ESTÁ PASANDO AQUÍ? ¡ESTO TIENE QUE TERMINARSE! NO QUIERO MÁS GUSTO DE CACA DE GATO DEL SEÑOR TRENT POR AQUÍ.

Roger salió de la cama y, de rodillas, colocó sus brazos en torno a ella. Lauradel lo empujó, riendo a carcajadas, regia.

—PONEOS A AMAR, HIJOS DE PERRA, O EL MUNDO SE QUEDARÁ FRÍO. ¡Sobre eso es sobre lo que yo canto! ¿Lo entiendes ahora?

—Lauradel, ¡eres tan grande como una casa!

—Bueno, no empieces a confundirme la cabeza con lo que es vulgar y lo que no lo es, porque ¡tú no lo sabes y yo sí lo sé!

Aún riendo, empujó la cabeza de Roger hasta el suelo con un pie.

—¡Aléjate de mí, pequeño niño de los periódicos! No sé por qué me paseo con una verruga rosa como tú.

—Puedes pegarme tanto como quieras, Lauradel.

—Vuelve a la cama y deja de hacer el tonto sobre mi alfombra. Se te van a clavar astillas en los pies… Te he contado todos los malos momentos que he pasado, ¿no?

—Sí, me los has contado.

—Cuando una persona ha pasado por todo esto y sale viva… esa persona sabe de qué va esto.

—Cuéntame más sobre tu abuelo Demus.

—Bueno, primero tengo otra espina que sacarme.

—¿Qué más he hecho mal, Lauradel?

—Señor Trent, quiero decir, señor Frazier, hirió usted tanto mis sentimientos que no creo que lo supere. ¡Y usted sabe cómo lo hizo! —Roger permanecía en silencio—. Devolvió ese abrigo que le envié.

Eso no fue honrado ni decente.

—¡Lauradel!

—Sigues diciendo «Lauradel», pero no me quieres.

—Lauradel, así soy yo.

—Cuando la gente se ama, el dinero no importa. El amor mata al dinero. Me gusta dar, señor Trent. Ojalá tuviera un millón de dólares. Te daría un… cordón de zapatos. Devolviste el abrigo que te regalé. Te vistes mal. No te vistes mejor que un viejo cuervo.

—No llores, Lauradel. No llores.

—Tú me hiciste un regalo: una invitación auténtica al funeral de Abraham Lincoln.

—Pero no la compré. Me la dio una mujer. Una anciana me la dio por un texto que publiqué en el periódico.

—Pero tú me la diste a mí… en tu corazón me la diste a mí.

—No llores, Lauradel. Todos tenemos que ser como somos.

—Bueno…

—Lauradel, tengo que dormir un rato. Tengo que estar en el ayuntamiento por la mañana temprano. Cántame una nana, ¿vale?

—¿Qué quieres que te cante, pequeño? ¿Te canto *A veces me siento como un hijo sin madre*[67]?

—No, esa no.

—Te cantaré una que nunca te he cantado antes. Utiliza la lengua que mi gente hablaba en Sea Island, en Georgia. Es sobre por qué Dios hizo las conchas marinas.

Y Ruby:

—¿Qué es lo que te susurras, Ruby?

—Vete a dormir, Trent. Estoy recitando el Sutra del Loto[68].

—No quiero dormirme. Quiero tomar tu mano y escucharte hablar.

—¡Ssss… sss.!

—¿Qué es ese nuevo cartel que están poniendo sobre la puerta de entrada, Ruby?

—Me estoy cambiando el nombre y también el de la tienda. He

querido hacerlo desde hace dos años, pero he tenido que esperar hasta que el negocio funcionara bien. Mañana es un día importante para mí, Trent. Por favor, ¿me prometes, por favor, que nunca más me llamarás Ruby? Mi nombre es IZUMI.

Roger le besó las puntas de los dedos y dijo:

—Izumi, Izumi.

Ingrávida, arrastrando su suave camisón, ella salió de la cama y se arrodilló. Hizo descender su frente, como admitiendo una cortesía.

—Eres la primera persona que me llama por mi nombre.

—¿Qué significa tu nombre, Izumi?

—Trent, ¿has oído alguna vez que hay gente que cree que los hombres y las mujeres renacen muchas veces?

—Tantas veces como granos de arena en el Ganges.

—¡Trent!

—Y que o bien subimos una gran escalera hasta la frontera de la felicidad o nos hundimos hacia abajo arrastrando a otros con nosotros.

—¡Trent!

—Nos convertimos en casi Budas. Olvidé cómo nos llamamos entonces.

Ella le puso dos dedos sobre los labios.

—La dama Izumi fue poeta. Porque su poesía era bella y porque amaba el Sutra del Loto, se convirtió en Bodhisattva.

—¿Tú crees en eso, Izumi, que la gente nace una y otra vez?

De nuevo ella situó un dedo sobre los labios de Roger.

—Llamamos al mundo «la casa en llamas».

—¿Cómo?

—Nacemos una y otra vez en la esperanza de que algún día, algún día, escaparemos de esta casa en llamas.

—Tú estás muy arriba en la escalera, Izumi.

Ella se incorporó como si hubiera sido ofendida. Luego posó la cabeza en la almohada y se giró.

—¿Cómo puedes saber cuándo una persona está arriba o abajo en la escalera? ¿Es cuando una persona es buena?

—No utilices la palabra «bueno». Di «libre». Yo estoy muy abajo en la escalera, Trent.

—¡¿Tú?!

—Sí, tengo muchas cargas que me mantienen abajo.

—¡No! Nombra solo una, Izumi.

Ella colocó los nudillos de su mano izquierda entre sus pechos.

—¡Aquí! ¡Aquí! Tengo una gran úlcera aquí.

—¡Ruby! ¡Ruby! ¡Izumi!

—Cargas. Cargas. De ira. De rencor. No puedo perdonar a la gente que trató de ser bondadosa conmigo. Posaron sus cargas sobre mí. ¿Por qué debería odiarlos? Eran ignorantes. Eran cristianos, ¡cristianos! ¡Oh, la suya, la suya es una casa en llamas! Para agradarles me convertí en una detestable, antinatural, falsa niña pequeña. Me robaron mi infancia y mi adolescencia. ¡Mira lo enfadada que estoy! Duérmete, Trent. Tengo que recitar el Sutra del Loto.

—Nombra otra carga, Izumi, De nuevo ella giró su cabeza sobre la almohada. Susurró:

—Tú.

—¡No! —La tomó de la mano—. Di que no es cierto.

Ella se incorporó sobre un codo.

—Tú estás muy arriba en esa escalera, Trent.

—¡Yo! ¡No sabes lo que estás diciendo!

—No estás atado a las cosas. No quieres fama ni riquezas. No quieres aplastar al resto con tu poder. No envidias a los demás. No eres orgulloso. No tienes odios. Te estás liberando de todo lo que es negativo en tu karma. Cuando nos presentaron pensé que quizás eras un Bodhisattva. Pero cuando te conocí algo más pude ver que quedaba algo de violencia, un resto, algo de violencia en tu karma.

—¿Qué es el karma, Izumi?

—Es la carga de destino que nos hemos creado en nuestras miles de vidas anteriores.

Roger se dirigió al otro lado de la cama y se arrodilló ante el rostro de Izumi.

—Soy una carga en tu vida. No te estoy ayudando a ascender la

gran escalera.

—Trent, no seas impaciente. La impaciencia nunca ha liberado a un hombre de la casa en llamas. Creo que tú me estás ayudando a perdonar a esa gente que fue tan bondadosa conmigo. ¿Te dormirás ahora?

—Sí.

Ella volvió a susurrar su texto sagrado.

—Tradúceme las palabras que estabas rezando, Izumi.

—Acababa de llegar al momento en el que se habla de las plantas que renacen.

—¡¿Las plantas van al cielo también?! ¡¿Las plantas también?!

—¡Trent! ¡Trent! Todo ser vivo es parte de la naturaleza del Uno. Lo sabes. Por eso escribes tan bien sobre los animales. Y sobre las plantaciones de robles. Todos estamos en el Uno.

Las turbulencias de estas relaciones amainaron. Cuando tenía algo más de dinero en el bolsillo, invitaba a una u otra cenar. ¡Cómo hablaban para él y sus grandes orejas! Se reía más a menudo, con ellas, de ellas y de sí mismo.

El interés de Roger por la ópera había disminuido. La lectura —su nuevo descubrimiento— pasó a alimentar su hambre de nobleza y heroicidad. De forma ocasional regresaba al patio de butacas, no obstante, cuando representaban sus piezas favoritas.

En 1905 la temporada de primavera se prolongó algo más de lo habitual. Al concluir una representación Roger permaneció junto a la entrada principal contemplando a la audiencia dispersarse. Su atención se vio atraída por una joven muy bella que también retrasaba su salida esperando junto a una columna de mármol. La había visto en otras ocasiones, siempre sentada en un palco con una agradable pareja ya entrada en años; asumió que se trataba de su hija. Aquella noche la madre estaba ausente. El padre se había detenido a charlar con unos amigos. La joven acababa de colocarse

un sombrero enorme en la cabeza. Era elegante, llamativa, su cuerpo era modelado por un fuerte corsé, estaba acostumbrada a las miradas y parecía no importarle su temporal soledad. Había adquirido el arte de penetrar los rostros de admiración que se giraban hacia ella. Con una mano enguantada acariciaba meditabunda el velo que caía sobre su barbilla, con la otra jugueteaba con la boa de plumas que descansaba sobre sus hombros. No era la clase de mujer que Roger encontraba atractiva. Lo que a Roger le había llamado la atención de ella, no obstante, era su aire de encontrarse sobre una ola de suprema seguridad.

De pronto fue consciente de que era su hermana Lily.

Su acompañante la alcanzó y salieron del teatro, Roger decidió seguirlos. Aparentemente tenían solo una corta distancia que recorrer. Hablaban en italiano. Oyó la risa de su hermana; de un tipo que nunca antes le había oído: se elevaba una octava y media, retumbaba en las calles. Llegaron hasta una gran vivienda de arenisca gris que portaba una placa de latón: «Club Josepha Carrington Jones para jóvenes damas». Lily, llave en mano, se giró y agradeció con cariño que el hombre mayor la hubiera acompañado. Este continuó calle abajo, canturreando. Cuando ella abría la puerta, Roger pronunció su nombre suavemente.

—¿Disculpe?

—Lily, soy Roger.

Lily bajó al vuelo los escalones, alada con su gran mantón, y lanzó los brazos hacia su hermano.

—¡Roger, Roger! ¡Querido Roger! ¡Oh! ¡Qué alto eres! ¡Oh! ¡Cuánto te pareces a Papá!… Quiero presentarte al maestro Lauri, mi profesor de canto. Acaba de dejarme en la puerta.

¿Cuánto tiempo había estado su hermano en Chicago? ¿A qué se dedicaba? ¡Oh, cuánto se parecía a Papá, su querido y maravilloso Papá!

—¿Podemos ir a tomar un café a alguna parte? Los hombres no pueden entrar en el edificio, ningún hombre, después de las seis. Espérame aquí, voy a cambiarme de ropa… Tengo que besarte de nuevo. Roger, ¿qué significa todo, todo lo que nos pasó? —

Comenzó a ascender la escalera y se giró de nuevo—, Roger, tengo un hijo pequeño… ¡es maravilloso! ¡Maravilloso! Roger, ¿cómo se sintió Mamá cuando me escapé? Tenía que hacerlo, Roger. Tenía que huir de Coaltown. Nunca voy a volver… nunca, nunca. Mando dinero a Mamá cada mes.

—Sé que lo haces.

—Pronto podré enviarle montones, ¡montones!

Veinte minutos más tarde se sentaron en un restaurante alemán. Lily se parecía a su madre y a Constance, Roger se parecía a su padre y a Sophia. Durante un tiempo lo que tenían ante sí era más absorbente que lo que decían. Las cascadas de risa.

—Tengo el bebé más bonito del mundo y no estoy siquiera casada —Risas. Elevó una mano y le mostró el anillo dorado—. ¡Lo compré en una casa de empeños! Soy la señora Helena Temple. El niño se llama John Temple. Vive con una familia italiana que lo quiere a morir. No sé cuándo aprenderá a hablar inglés.

No era nuevo para Roger comprobar que quienes no plantean preguntas reciben las respuestas más elaboradas.

—Me crucé con su padre por la calle ayer. Me odia. —Risas—. Me odia porque me pegó.

—¿Cómo?

—Dos veces, de hecho, Me pegó porque me reí de él. Los hombres odian que se rían de ellos. Seguía tratando de enseñarme esa música tan estúpida. Quería que me dedicara al vodevil con él. Quería que aprendiera a quitarle el sombrero de la cabeza de una patada. ¡Imagínate! —Risas—. ¡Pero, a su modo, es un hombre perfectamente bueno! Siempre le estaré agradecida por llevarme hasta el maestro Lauri. Le canté dos de las canciones que solía cantar en Coaltown y el maestro dijo que yo era la alumna que había buscado toda su vida. Cada mes le entrego un recibo por las lecciones que me ha dado y cuando gane suficiente comenzaré a pagárselas. Canto en funerales y en bodas y canto en la iglesia episcopal la mañana de los domingos, y en una iglesia presbiteriana por las tardes. Las salas funerarias me piden que cante cinco y seis veces por semana: el *Ave María* de Schubert. Quince dólares: ¡lo

tomas o lo dejas! No cantaré *Conozco un jardín donde duermen las rosas*. ¡Soy formidable, Roger! Bodas: *Where'er you walk*[69], de Händel; quince dólares. No cantaré *Oh, promise me*[70]. Mucha gente se enfurece, pero consigo trabajos… Roger, ¿a qué te dedicas tú?

—Te lo contaré más tarde. ¿Cómo se terminó todo con el padre de tu hijo?

—Bueno, me pegó por segunda vez. Ahí estábamos en esa habitación de hotel tan calurosa y él había tratado de enseñarme una canción y un baile que se llama *La forma en la que hacemos el cancán en Kentucky*. ¡Imagínate! Le dije que no lo haría ¡ni una vez más! Y me reí de él. Me golpeó con fuerza. Y lloró. Realmente me amaba, de alguna forma. Cuando salió de la habitación le robé su anillo de amatista y me vine a este club para chicas trabajadoras. Durante una temporada lavé platos y ayudé en la cocina. ¡Les mostré que lo sabía todo sobre pensiones! Quisieron que me convirtiera en ama de llaves. Luego tuve mi maravilloso bebé en un hospital católico. Me encantaba todo. Les cantaba a las otras chicas. Cantaba incluso cuando estaba dando a luz. El médico y las monjas se reían. Giovannino nació con risas y alaridos y el *Aleluya* de Mozart. Era sietemesino, pero tan fuerte como yo. Voy a tener cientos de niños y niñas: todos tan bellos y fuertes como Gianni.

Roger no podía despegar los ojos del rostro de su hermana. Su madre, que tenía una sonrisa tan bella, en rara ocasión —nunca— reía.

—¡Pero ya está bien de hablar de mí! Cuéntame, ¿cuál es tu trabajo?

—Escribo en los periódicos.

—Oh, ¡haz eso! ¡Haz eso! Algún día serás tan genial como «Trent». ¿Has leído los artículos de «Trent»?

—Sí.

—Yo los guardo. Le envié algunos a Mamá. El maestro piensa que son muy buenos y la *signara* Lauri los colecciona todos.

—Lily, yo soy Trent.

—¡Tú eres «Trent»! ¡Tú eres «Trent»! ¡Oh, Roger, qué orgulloso estaría Papá!

El maestro había invitado a un grupo de amigos a una velada musical en su estudio la noche siguiente. Se trataba de la presentación de tres de sus estudiantes, entre ellas Lily. Roger siempre había sabido que Lily, la soñadora de aire ausente, cantaba a las mil maravillas. Lo que lo sorprendió aquella noche fue su noble expresión. Su saber estar. Hacía temblar las ventanas con sus apasionadas declaraciones de alegría y pesar. Roger pensó: «¡Qué orgullosa estaría Mamá!».

Roger se convirtió en un habitual de las veladas del maestro. La *signora* Lauri lo incorporó a su descendencia: tres hijos vivos y dos muertos. Su silla estaba junto a la de ella en las impresionantes cenas milanesas de nueve platos (los aniversarios de la familia y sus invitados, los cumpleaños de Garibaldi, Verdi y Manzoni).

El maestro superaba los sesenta años. Mucho tiempo atrás había quedado varado en Nueva York por la bancarrota de una compañía de ópera en la que había ejercido de asistente del director, líder del coro y barítono ocasional. Desde allí fue invitado a Chicago para enseñar en un conservatorio que también había acabado hundido por las deudas. Se había asentado en la ciudad y había logrado prosperar. Cada cinco años la familia al completo regresaba a Milán para visitar a sus parientes. Era alto, delgado y erguido como un capitán de instrucción. Se vestía con el mayor de los cuidados. Llevaba *toupet*; su imponente bigote estaba teñido y perfumado. Su expresión era la de un domador de leones cuyos animales están en continua rebelión; su mirada relampagueaba. La vida de la *signora* Lauri no era sencilla. Tenía que soportar el resentimiento del maestro ante todo cuanto funcionaba mal en su existencia. Ella era los alumnos con los que él estaba insatisfecho, su dispepsia; ella provocaba los tres días ininterrumpidos de nevadas y hacía escalar el termómetro hasta los cuarenta grados. Y sin embargo, él era completamente dependiente de ella. Si ella muriera, él se vería reducido a una posición de anciano avinagrado, viejo y vacío. En ocasiones su impotente rabia contra las circunstancias estallaba. La convertía en objeto de su sarcasmo; la acusaba de haberle arruinado la vida, ella y su cargamento de irrespetuosos hijos. Ella mantenía el

rostro firme; su mirada sería capaz de marchitar una parra. Las disputas eran necesarias y operísticas; las reconciliaciones eran lacrimosas y magnificentes. La *signora* Lauri lo comprendía todo. Eso era el matrimonio. Tenía el anillo y un hogar, y él le había engendrado diez hijos. Sus mayores pesares eran las infidelidades de su marido y el inmenso volumen de su propio cuerpo. Una vez le mostró a su hijo Roger la fotografía de un lienzo de un maestro moderno. El original permanecía en una galería en Roma, aseguraba. Mostraba a una encantadora chica de dieciséis años situada bajo un parapeto sobre el lago de Como. Roger la miró con curiosidad; ella se sonrojó y asintió ligeramente. «*La vita, la vita*».

El maestro hablaba varias lenguas con la precisión cantarina de un profesor y con el entusiasmo de aquel para quien los idiomas son creaciones artísticas en sí mismos. Convirtió en costumbre dirigir a Roger hacia su estudio tras la cena. Estaba de buen humor para la conversación. Lily y sus hermanas suplicaban sumarse a ellos, pero recibían como severa respuesta que había llegado la hora de la «charla entre hombres».

Roger había encontrado otro Saturno.

¿Qué es el arte?

Roger tenía una opinión muy poco elevada del arte. Chicago estaba lleno de arte. En las viviendas de los ricos (bodas y suicidios) y los burdeles más escogidos (violencia y destrucción) a los que había accedido como periodista abundaba el arte: chicas de bronce que sostenían lámparas, cuadros de señoras que se preparaban para darse un baño. Había montones de vacas en el arte y de monjes que sostenían vasos de vino hacia la luz. Las iglesias católicas estaban repletas de arte. La mayor parte del arte, no obstante, era sobre jóvenes bellezas.

—Señor Frazier, las obras de arte son los únicos productos satisfactorios de la civilización. La historia, en sí misma, no tiene nada que mostrar. La historia es el registro de los repetidos fracasos del ser humano en su intento por liberarse de su incorregible naturaleza. Aquellos que observan progreso en ella se engañan tanto como quienes aprecian una degeneración gradual. Unos cuantos

pasos adelante, unos cuantos pasos atrás. La naturaleza humana es como el océano, inmutable, inmodificable. La calma de hoy, la tempestad de mañana; pero se trata del mismo océano. El hombre es como es, como fue, como siempre será. Pero ¿qué son las obras de arte?

Déjeme que le cuente una historia: mi familia ha vivido desde hace siglos en Monza, una población cercana a Milán. Un día mi madre decidió llevarnos siendo niños a la ciudad para ver los lienzos de la gran Galería Brera. Dondequiera que fuera, mi madre lo hacía acompañada por una vieja sirvienta de la familia a la que nosotros, los niños, llamábamos Tía Nanina. *Zia* Nanina nunca había estado en una galería de arte y nunca hubiera pensado que visitaría una. Esos sitios eran para los ricos, para gente que sabía leer y escribir, que pasaba las horas hablando de *Varte*. ¡Pero atención! Maravilla de maravillas, de pronto, en la Brera, entre todas esas madonas y Sagradas Familias, *Zia* Nanina se encontró como en casa. Estaba más ocupada que nunca, santiguándose y moviéndose de un lado para otro rezando sus oraciones. ¿Consideraba *Zia* Nanina que esas pinturas eran bellas? ¿Bellas? Oh, sí… pero nosotros, los italianos, utilizamos la palabra *bello* cuatrocientas veces al día. Para ella esas pinturas estaban llenas de algo mucho más importante que la belleza. Estaban llenas de poder. Poder.

—¿A qué se refiere, maestro?

—Allí, en una de las paredes, estaba la Virgen. Un día nuestra familia, su familia, estaba cruzando el lago de Como en un pequeño bote. Se desató una terrible tempestad. Nos ahogaríamos sin remedio. ¿Quién rezó como la dinamo de un gran transatlántico? *Zia* Nanina. Y la Santa Madre despejó las nubes y empujó nuestro bote a salvo hasta la orilla con sus propias manos sagradas. ¡Menudo poder! En la pared había también un San José. Un día, cuando yo tenía siete años, una espina de pescado quedó atravesada en mi garganta. Me estaba asfixiando. Estaba amoratado. Pero San José sacó esa espina de mi garganta. *Zia* Nanina estuvo convencida toda su vida del poder de esas eminentes personas; como lo estuvieron mi madre y mi tío, como lo están mi mujer y mis hijas hasta el día de

hoy.

Yo no creo en Dios. Creo que esos hombres y mujeres tan celebrados, María de Nazaret y su familia, son ahora una pizca de polvo, como los miles de millones de hombres y mujeres que han muerto. Pero las representaciones de estos seres son el mayor logro del ser humano. Usted ha estado en esta sala con antelación. Mire a su alrededor. ¿Qué ve?

—Su colección, maestro. Estatuas y lienzos…

—Yo no creo en Dios, pero me encantan los dioses. Cada una de estas figuras y cuadros se hicieron para representar ese poder, aún más: para transmitir ese poder. Cada obra de esta habitación ha sido en algún momento objeto de temor, amor o urgente súplica; en la mayoría de los casos, los tres sentimientos a la vez. Nada tenía como única intención la decoración, la ornamentación. Esta es de México… Estas son las Grandes Gemelas. Han permanecido sumergidas en agua salada unos tres mil años, tras un naufragio. Los marinos les ofrecían sus últimas oraciones… Esta es una máscara africana que era portada en danzas de la victoria o de la lluvia… Aquí, una gema grabada. Acérquela a la luz. Muestra a Mercurio, Hermes el Psicopompo, guiando el alma de una mujer muerta a tierra sagrada. ¿Belleza?

—Sí.

—¿Poder?

Roger la observó un instante.

—Sí.

—Y esta… una cabeza jemer de Angkor Wat: los ojos entrecerrados, la sonrisa que nunca descansa.

—Es Buda —dijo Roger de forma abrupta.

—¿Quién podría contar las oraciones elevadas a dioses que no existen? La humanidad ha creado fuentes de auxilio donde no existe auxilio y fuentes de consuelo donde no existe consuelo. Sin embargo, obras como estas son los únicos productos satisfactorios de la cultura.

Menos la sagrada música

y el arte sacro,
nada pervive
tiempo largo.

Llamaron a la puerta. El maestro era requerido al teléfono. Roger dio la espalda a las piezas de arte y se dirigió a la ventana: las luces de la ciudad. Se dijo: «Le falta algo. Ha olvidado algo. Lo encontraré. Tengo que encontrarlo».

Los domingos Roger iba a buscar a su hermana a la iglesia donde ella hubiera cantado. Comían juntos en el restaurante Alt-Heidelberg y pasaban las tardes en el campo con el pequeño Giovannino, quien en julio, a los nueve meses, estaba a punto de comenzar a caminar y a hablar italiano. Vivía en una casa con adorables mujeres y se encariñó con su tío con clamoroso regocijo. Parecía pensar que solo un hombre podría enseñar a caminar a otro hombre. Gateaba quince kilómetros al día y se mostraba cada vez más impaciente por despegar las manos del suelo.

Comidas los domingos en el Alt-Heidelberg (junio de 1905):

—¿Mis vestidos? Lo mío es la copia. Una chica del club los vende en los almacenes Towne and Carruther. Voy a su sección y me pruebo montones de vestidos. Ella finge no conocerme y dice: «Sí, señora» o «No, señora». Robo las ideas y luego los hacemos en casa. Los materiales son escandalosamente caros, pero sabemos dónde encontrar retales de los telares. Nos lo pasamos muy bien. Ayudamos a todas las chicas del club con sus vestidos y ellas nos ayudan a nosotras. Roger, una chica sola tiene que ser listísima solo para sobrevivir. (Roger escribió un «bocado» titulado: «Una carta para usted, señorita Spencer»), Roger, a veces pienso que me volveré loca porque no sé nada. Quiero aprender todas las lenguas del mundo. Quiero saber cómo pensaban las mujeres hace mil años; y lo que es la electricidad y cómo funciona el teléfono; y sobre dinero y bancos. No entiendo por qué Papá nunca pensó en mandarnos a escuelas mejores. Todo tipo de personas me invitan al té y a cenar,

pero les tengo que decir que tengo dolor de garganta. Me quedo en casa y leo. Cuando estamos haciendo los trajes, una de las chicas nos lee en voz alta. La última noche estuvimos ocho de nosotras trabajando ¡hasta medianoche! Estábamos todas apiñadas en mi pequeña habitación y leíamos por turnos las *Cartas desde Estambul* de una dama inglesa[71]. ¿Tú qué lees?

Otro domingo (Julio):

—Oh, sí, cantaré ópera, aunque realmente no me gusta. La mayor parte de las heroínas de la ópera son muy pavas. Yo lo que en verdad soy es cantante de conciertos y oratorios. Pero cantaré ópera para ganar dinero.

—Podrías ganar suficiente dinero cantando lo que te plazca. ¿Por qué quieres ganar más?

Lily lo miró sorprendida.

—Pues por mis hijos.

—Tu marido mantendrá a tus hijos, ¿no?

—¡Roger! ¡Roger! ¡No me hables de maridos! Voy a tener una decena de hijos y voy a querer a todos sus padres, pero nunca me voy a casar con nadie, nunca. El matrimonio es una vieja costumbre agotada como la propiedad de esclavos o la adoración de las familias reales. Creo que en cien años no habrá más matrimonios. Además, me apena el hombre que se casara conmigo. Amo mi música y a mis bebés y aprender cosas y mis planes… Ahora tengo un rubito polaco. Voy a tener dos estadounidenses; gemelos. Y una niña francesa. Y un chico español… ¡y voy a adoptar a tantos!

—¿A eso te refieres cuando hablas de «tus planes»?

Ella permaneció en silencio y lo miró con severidad. Cargaba un gran bolso cuadrado de terciopelo para las partituras. Se inclinó y sacó un manojo de lo que parecían ser diseños arquitectónicos. Colocó en silencio varios delante de su hermano.

—¿Qué es esto? —preguntó Lily con suavidad.

Él se detuvo a analizarlos.

—¿Un hospital? ¿Colegios?

Lily sacó un cuaderno de recortes. En la portada había pegado la cabeza del Cristo niño de la *Madona Sixtina*[72]. Las primeras páginas las ocupaban retratos de Friedrich Froebel[73] y Jean-Frédéric Oberlin[74]. A estas las seguían recortes de revistas y libros: planos y detalles para la construcción de hospitales, orfanatos, hoteles, viviendas y espacios deportivos. Lily soltó una carcajada al contemplar el rostro confuso de su hermano. El resto de comensales del restaurante se unieron a las risas.

—Esta es mi ciudad de los niños. Voy a recorrer todo el mundo cantando esas estúpidas Isoldas y Normas para conseguir dinero para ella. —Risas—. Isolda tiene un marido y un amante, y en lo único en lo que puede pensar es en el amor, pero no hay palabra alguna para los niños. Norma tiene algunos hijos y da vueltas por la casa con una daga para matarlos: solo para dañar al padre. Creo que mi ciudad estará en Suiza junto a un lago, rodeada de montañas. Y voy a plantar un robledo. Como el de Papá. Voy a elegir a todos los profesores yo misma… ¿No crees que será maravilloso? ¿No oyes a los niños desde aquí? ¿Puedes ver ahora por qué estoy siempre contenta?

—Por tus planes.

En ocasiones estas conversaciones se crispaban. Lily se sentía impelida a volver la vista hacia su infancia, a tantear «todo eso» que sucedió en Los Olmos. No mostraba la menor indulgencia en sus valoraciones. Roger no estaba preparado.

—Lily, no quiero hablar de estas cosas.

—De acuerdo, no hablaré, pero tengo que comprenderlas. No sé cómo sois vosotros, los hombres, pero nosotras, las chicas, no comenzamos a vivir hasta que no tenemos bien claro en nuestras cabezas todo sobre nuestros padres.

—Por favor, cambia de tema, Lily.

Lily detuvo una mirada pensativa en su hermano. Se dijo: «Esto es culpa de Mamá».

Otro domingo (Agosto):

Roger le pidió que el encuentro de la siguiente semana fuera tras la misa de la tarde, en lugar de al mediodía.

—Roger, tengo cosas que hacer después de la misa. Cuando acaba me voy con un amigo mío en su barco. Debido a mi trabajo, no puedo salir los fines de semana. Regresamos la mañana del martes. El sencillamente no se presenta en la oficina el lunes. Es un buen amigo y un hombre muy amable y me enseña cosas. Tiene una famosa colección de pintura y escultura y cada domingo lleva al barco algunas muestras y montones de libros pesados.

—¡El maestro, no!

—¡No, Roger! ¡No! ¡No, claro que no! Alguien más joven. Y más sano. Y estadounidense. Y muy rico.

Otros domingos (septiembre):

—Roger, voy a tener que marcharme a Nueva York.

—¿A vivir?

—Sí, voy a tener que encontrar otro profesor de canto. —Risas —. Verás, voy a tener otro bebé… gemelos, creo. No puedo explicarlo en el club ni a mis congregaciones, así que mejor me marcho.

Roger esperó.

—Él estará verdaderamente encantado de librarse de mí, creo. Los hombres se cansan de mí; no porque sea desagradable, sino porque no me pueden entender. Los hago sentir incómodos. No me impresionan las cosas de las que presumen la mayoría de los hombres. Está muy confundido, ¡avergonzado!, porque no acepto que me regale ni un pequeño alfiler perlado. Durante un año y medio le dejaré que me entregue algo de dinero para los bebés, después de todo, los bebés serán suyos, ¡parcialmente! —Risas—, Además, ya me ha enseñado casi todo lo que sabe… Roger, escucha: Tener hijos es muy bueno para la voz. Estos días estoy cantando mejor de lo que he cantado en toda mi vida. Me doy miedo.

—Lily, tengo una idea. Papá está en Alaska o en América del

Sur o en Australia. No puede escribir a Coaltown; no nos puede escribir porque no sabe dónde estamos. Tú vas a convertirte en una persona muy conocida. Quizá yo también. Tomemos de nuevo nuestros nombres verdaderos.

—¡Sí!

—Y para asegurarnos del todo, vamos a utilizar esos segundos nombres nuestros tan alocados: la famosa cantante Scolastica Ashley, el prometedor periodista Berwyn Ashley.

—¡Eres un genio! ¡Eres un genio! —Lo besó. Dio dos vueltas en torno a la mesa—. Siempre he odiado todo ese lío de nombres inventados. Yo soy Scolastica Ashley, la hija del convicto, y si quieren echarme de sus iglesias, que lo hagan. ¡Mañana! ¡Mañana! Comenzaré mañana… ¡Y pronto recibiré una carta de Papá!

—Creo que deberías esperar hasta después del concierto. En tu primera actuación no querrás que un montón de gente se quede pasmada precisamente por eso. Hagámoslo el día siguiente a tu concierto.

El concierto de la señora Temple fue repetido diez días más tarde por la señorita Scolastica Ashley, que también actuó en Milwaukee, Madison y Galena. Los lectores de Trent fueron informados de que en adelante sus artículos aparecerían firmados con su verdadero nombre. El sorprendente anuncio llegó demasiado tarde para modificar la portada del libro *El Chicago de Trent*, de Berwyn Ashley. Lily invitó a su madre a Chicago para asistir al concierto. Recibió una emocionada respuesta en la que le deseaba el mayor de los éxitos. Su madre lamentaba que le sería imposible dejar la pensión en esas fechas.

—Roger, ¿podemos hablar de Coaltown?

—Sí.

—Papá no mató al señor Lansing. Ni siquiera le disparó por accidente. Fue otro el que lo hizo. Quién y cómo, no lo sé, pero estoy segura. Fui a la biblioteca pública y leí los periódicos: miles y miles de palabras. Estaba buscando una idea, una idea, pero no pude encontrar nada. Pero tú sí que puedes. Algún día podrás aclarar todo esto. Me di cuenta de una cosa en esos periódicos. Estaban llenos de

elogios hacia el señor Lansing: dirigía la mina, lideraba todos los clubes y asociaciones. Tú sabes que eso no es cierto. Era una espantosa criatura fanfarrona. Era rastrero y juraría que era perezoso. Todos fingíamos no darnos cuenta porque apreciábamos mucho a la señora Lansing. Roger, debía de tener enemigos. Quizá era muy duro con los mineros, quizá era cruel con ellos.

Roger seguía las palabras de su hermana con seriedad. Dijo lentamente:

—Porky sabía todo lo que sucedía en Coaltown. Me lo habría contado.

—Bueno, te voy a contar algo que solo le he contado a una persona: la señorita Doubkov.

Le contó la llegada de las cartas anónimas.

—Era todo un malvado sinsentido. Papá no iba a Fort Barry más de una vez al año y volvía en el tren de la tarde. Pero ahora pienso que muchas personas realmente lo creían. Así se explica por qué fueron tan pocos los que defendieron a Papá y por qué tan pocos visitaron a Mamá. Creo que la señora Lansing debió de recibir algunas de esas cartas también; estaban tan llenas de odio hacia ella… ¿Quién fue el asesino?

—¿Y quiénes los rescatadores?

El primer domingo de noviembre:

—Lily, puedes decir cuanto quieras sobre los viejos tiempos en Coaltown.

—No quiero, sé que te incomoda.

—Te escucharé. No tengo por qué estar de acuerdo contigo, pero te escucharé. ¡Desembucha!… ¿Qué fue lo que dijiste, con desprecio, sobre la adoración de Mamá por Papá? Es una expresión estúpida.

—Lo es. No lo dije con desprecio. Es demasiado serio. Roger, estoy tratando de tener una educación. No creo que nadie sea libre para aprender nada hasta que ha comenzado a comprenderse a sí mismo. Y, como te conté antes, eso incluye comprender a tus

padres. Mamá veneraba a Papá y por eso no era una persona que se fijara en los detalles. Mamá tiene muchas cualidades destacables, pero es una mujer muy extraña.

—¡Y tú! ¡Tú también lo eres!

La risa de Lily recorrió una octava y media completa.

—Sí, todos en esta mesa somos extraños.

—Continúa con lo que estabas diciendo.

—Un día, hace meses, el maestro obligó a su hija más joven, Adriana, a levantarse de la mesa. Lo único que ella había dicho era que «adoraba» sus nuevos zapatos; pensaba que eran «divinos». El maestro aseguraba que esos eran términos religiosos y que nada tenían que ver con el calzado. Se giró hacia mí y me dijo que no tenían nada que ver con los seres humanos tampoco. Me alertó de los maridos y mujeres que se adoran. Esas personas no han crecido, sentenció. Ningún ser humano es adorable. Los antiguos hebreos acertaron de pleno al condenar la idolatría. Las mujeres que adoran a sus maridos tejen miles de pequeños cordeles alrededor de ellos. Los despojan de su libertad. Los arrullan para que se duerman. Es maravilloso «poseer un dios» que meter en un bolsillo. Ese día mi educación dio un ligero salto adelante.

Lily miró el rostro de su hermano. Permanecía serio y decidido. Su ojos estaban encolerizados y huraños, pero se mantuvo en silencio.

—¿Eras consciente de que Mamá no tenía amigas? No le disgustaba la señora Lansing. No le disgustaban la señora Gillies o la señorita Doubkov. Pasó cientos de horas, quizá miles, con ellas. Sencillamente no le importaba si existían o no. Mamá solo tenía ojos para una persona en el mundo. Adoraba a Papá… Un día le dije al maestro que yo pensaba que la mayor parte de las heroínas de la ópera eran pavas y estúpidas. Él respondió: «Sí, por supuesto. La ópera gira en torno a la pasión codiciosa, posesiva. Las chicas cometen un error detrás de otro. Son pequeños remolinos de destrucción. Primero causan la muerte de los barítonos y los bajos: sus padres, guardianes o hermanos; luego le llega el turno a los tenores. Entonces, a las once y media, se vuelven locas o se clavan

un cuchillo o se lanzan al fuego o acaban siendo estranguladas. O sencillamente mueren. Amor egoísta y posesivo. Las mujeres de la audiencia lloran un poco, ¡pero en su camino a casa ya están planificando la cena del día siguiente!». Papá quería a Mamá, pero no la adoraba. Papá era feliz, pero le faltaba algo. Después de que te marcharas y Mamá abriera la pensión…

—¡Sophie abrió la pensión!

—Sí, lo hizo Sophie. Debería haberlo hecho yo, pero era demasiado estúpida. Bueno, Sophie contrató a la señora Swenson para que regresara y nos ayudara con el trabajo en la casa. Yo solía pasar horas sentada en la cocina, pelando patatas y judías y haciendo cosas así. La señora Swenson me contaba. Aprendí ciertas cosas sobre Papá. En los primeros años, antes del «disparo», ¿recuerdas a qué hora cenábamos en Los Olmos? Eramos los últimos en cenar de todo Coaltown… a las seis y media. Todos pensábamos que Papá tenía que terminar su trabajo en la mina. Pues no, Papá acababa en la mina a las cinco y montaba ese viejo caballo. Visitaba a las familias de los mineros; luego bajaba la colina y visitaba otras casas. Hablaba. Reparaba cosas. Reparaba tuberías y chimeneas. Escuchaba los problemas de la gente. Prestaba dinero. Llegaba a la cuadra a las seis y media en punto. Pero la cuestión es esta: nunca le habló a Mamá de todos estos amigos. ¿Por qué? No había nada secreto en lo relativo a Papá. Sencillamente, no se lo contaba porque ella no se mostraría interesada. No era una mujer que se diera cuenta de las cosas y no era una… una mujer comprensiva.

Roger no contestó. Pagó la cuenta. Se subieron al tranvía para el largo trayecto hacia el sur y el este. Los vagones estaban abarrotados. Familias checas, húngaras y polacas que visitaban a sus parientes en las inmediaciones de las acerías, familias italianas que visitaban a sus parientes en la zona de huertos de Codington. Familias que se marchaban a pasar su último domingo de otoño en las Dunas de Indiana. Roger se quedó en la plataforma exterior, con un gran peso en su corazón. Un kilómetro de casas de arenisca: hogares. Kilómetros de casas de madera: hogares. Posteriormente los caseríos —manzanos en los jardines, columpios para los niños—: hogares,

familias. Se bajaron del tranvía en un poblado italiano. Desde allí aún tenían que caminar cerca de un kilómetro. Giraron en la esquina entre la *Farmacia* Garibaldi y el *Campo Sportivo* Vittorio Emanuele. La depresión de Roger se había suavizado. Miraba a su alrededor con una débil sonrisa en el rostro. Buenos o malos, él estaba junto a los hogares. Se apoderó de él la firme decisión de tener uno propio. Y bien pronto.

En esta ocasión Gianni tenía poca atención que conceder a los visitantes. Estaba absorto. Había dominado bastante bien sus pasos y había comenzado a construir. Siendo un Ashley, no quería ayuda alguna. Su madre y su tío se sentaron en el cenador emparrado con una copa de vino, en silencio, disfrutando del regalo del veranillo de San Martín, con la mirada perdida en la prolongada llanura parda. La cosecha había sido almacenada. El suelo, arado. El día había comenzado con escarcha, más tarde, en el somnoliento calor, un vaho difícilmente perceptible se elevaba de la tierra; una promesa de renovación tan convincente como la de los primeros días de abril. En un determinado momento Gianni se subió al regazo de su madre y se quedó dormido.

Roger comenzó, con calma:

—Lily, lo importante es ser justos. Incluso en el día a día, Mamá era una destacable madre de familia. Papá tenía muy poco dinero. Nunca supimos que éramos pobres. Ella trabajaba todo el día, todos los días de su vida. Jamás se mostró irritable. Jamás fue injusta. Aunque fuera cierto que no sentía especial amistad hacia esas mujeres, jamás pronunció una palabra malintencionada sobre ellas. Nos leía los mejores libros; nos tocaba la mejor de las músicas. Pero eso es solo una pequeña parte. No hace mucho el maestro charlaba conmigo tras la cena en su estudio. Dijo algo como esto: «Siento interés por sus padres, suyos y de Lily, y por sus antepasados. Me interesa su infancia. He enseñado a más de un centenar de hombres y mujeres jóvenes estadounidenses de voces excelentes. Cantaban bien. Algunos de ellos son ahora famosos. Pero en rara ocasión comprenden lo que están cantando. Su hermana vino a mí. Le enseño cosas sobre la respiración y la posición y demás, pero en

cuestiones de estilo, sentimiento y gusto apenas le he tenido que dirigir algunas palabras. Fue en algún otro lugar donde aprendió a cantar con nobleza. Puede mostrar pena sin ser sentimental. Puede estar enfadada sin resultar burda». Siguió hablando de este modo… oh, sí, dijo: «Puede ser coqueta sin resultar vulgar». Se planteaba de dónde lo habrías sacado. No había nada insignificante en Mamá. Piensa en su caminar cada día hasta el tribunal. Piensa en ella esa mañana en la que la policía entró a patadas en el vestíbulo preguntando quién rescató a Papá. Mamá es grande. Tienes una deuda con ella tan grande como las Rocosas. Obtuviste muchas otras cosas de Papá, también, pero hablaremos de ellas en otro momento…

Todos tenemos que ser como fuimos hechos… como el dado cae del cubilete. No sabemos cómo fue la adolescencia de Mamá. Creo que Papá la rescató de alguna situación difícil. Creo que lo que tú llamas «adoración» es algún tipo de gratitud sin límites, quizá.

—*Mammi!*

—*Si, caro. Che vuoi?*

—*Mammi, canta!*

—*Si, tesoro.*

Lily cantó con suavidad la melodía con la que el pequeño nació. Volvió a quedarse dormido.

Roger siguió:

—En cierto modo, Papá era como un animal. ¿No te parece?

—Oh, sí.

—Los animales no saben que van a morir. Tú no lo viste en el tribunal cada día. ¿Cuántas veces lo visitaste en prisión?

—Tres veces.

—No solo estaba siendo valiente, por Mamá y por nosotros. Sencillamente se comportaba de forma calmada y simple ante la muerte; ante la vida y la muerte.

—Así intento cantar yo.

—¡Mira! ¡Mira los patos camino del sur!

—Cientos. —Pausa—. ¡Miles!

—Hace mucho tiempo escuché al doctor Gillies pronunciar un

discurso, algo parecido a un discurso. Fue en la Taberna Illinois, la Nochevieja de 1899. Dijo que la evolución avanza y avanza. Pasado un tiempo, quizá millones de años, un nuevo tipo de ser humano habrá evolucionado. Lo que vemos ahora es solo una etapa que atraviesa la humanidad: propiedad, miedo y crueldad. La gente crecerá por encima de todo esto, decía.

—¿Crees que es verdad?

Roger miró los campos. Bella es la tierra. Murmuró algo. Sacó una mano y agarró el pie de Gianni, lleno de polvo.

—No te he oído, Roger.

—Oh, uno tendría que haber vivido diez mil años para percibir algún cambio. Hay que sentirlo dentro; es decir: hay que creer en ello.

Gianni se despertó y quiso jugar con su tío. Roger lo lanzó hacia la techumbre de hojas del cenador; lo balanceó entre sus piernas; lo levantó cabeza abajo. Gianni gritaba a medio camino entre el terror y el éxtasis. Las mujeres no juegan de este modo. Regresó, escarmentado, al regazo de su madre. No estaba seguro —hasta el próximo encuentro— de si quería o no a su tío Roshi.

Roger, aún en pie, continuaba mirando los campos.

—He estado leyendo… Hace cincuenta años, cien mil campesinos sobrevivían en Bengala a duras penas tejiendo algodón. Poco después el gobierno británico les prohibió seguir tejiendo; Manchester había comenzado a obtener su algodón de Norteamérica. Así que los indios quedaron a cuatro patas buscando a tientas raíces y bulbos que comer. Prolongada hambruna, malformaciones y muerte. Estalla la Guerra de Secesión. No hay algodón para Manchester. Tiempos terribles en Manchester: prolongada hambruna, malformaciones y muerte. Tras la guerra se reabren las rutas comerciales, pero las mejoras en los procesos mecanizados han eliminado a veinte trabajadores por cada uno que mantiene el puesto. Los negros acaban a cuatro patas buscando a tientas raíces y bulbos que comer. Prolongada hambruna, malnutrición y muerte… El mundo se hace cada vez más pequeño. Demasiada gente. Nadie es capaz de gestionarlo.

—¡*Mammi, canta!*

Lily lo miró angustiada.

—¿Y cuál es la solución, Roger? ¿No puedo tener mis diez hijos?

Roger regresó a su banco. Sus ojos encontraron los de su hermana sin una sonrisa. Dijo con tristeza:

—Yo dejaré vivir a todos los Ashley.

Lily puso a su hijo en el suelo. Se arrodilló a los pies de Roger y abrazó sus rodillas.

—¡Tienes que pensar una solución para nosotros, Roger! Encuentra respuestas a todo esto para nosotros. Te lo pido, en nombre de Papá, en nombre de Gianni…

Sucedió algo extraño. Roger —¡Roger Ashley!— rompió a llorar. Se levantó y paseó de un lado a otro del camino.

—*Mammi, canta!*

Lily cantó. En muchas ocasiones posteriores cantó la emoción que se había apoderado de ella esa tarde: en Milán, en Río, en Barcelona… en Manchester.

Roger regresó hacia ella con una sonrisa.

—Voy a Coaltown por Navidad —anunció.

Roger abandonó Chicago a mediodía el 23 de diciembre. No sentía entusiasmo, pensó incluso que estaba enfermo. Había tenido poco descanso y ningunas vacaciones en dos años y medio. Viajaba cargado de equipaje, en el que se incluían sus regalos de Navidad y los enviados por Lily. Los puso en el portaequipajes sobre su cabeza y se sentó al final del vagón. Siempre llevaba un libro consigo. Abrió *Lombard Street*, de Bagehot, y comenzó a subrayar frases, a establecer vínculos en la estructura de la exposición, leyendo cada párrafo dos veces. Se durmió. Varias horas más tarde despertó a causa del ruido y los movimientos que se apoderaron del vagón. El tren aceptaba y descargaba pasajeros en Fort Barry. Al cabo de unos minutos se desplazó hacia el sur, medio kilómetro, hasta la estación de repostaje, y se detuvo un largo tiempo. En ese lugar había sido rescatado su padre dos años y cinco meses antes. La mayor parte de

los pasajeros descendieron de los vagones y recorrieron con paso enérgico el sendero de carbonilla junto al depósito de agua y los almacenes de carbón. El tren trasladaba a muchos estudiantes que regresaban a casa por vacaciones. Cantaban. La luz comenzaba a desvanecerse. Un puñado de copos de nieve planeaba en el aire. Roger recuperó el ánimo. Analizó los rostros de quienes se paseaban a su lado. Atrajo su atención una chica alta de una edad similar a la suya que se había separado de sus compañeras y caminaba rápidamente de un lado a otro. Sus ojos y su tez eran oscuros. Vestía un sombrero de piel de foca y un collar de la misma piel se elevaba sobre las orejas. Sus manos se unían bajo un manguito también de piel de foca. Una indefinible elegancia y distinción la revestía. Roger se detuvo al otro lado de la cuneta, orientado hacia los árboles en los que —según decían— los rescatadores de su padre le habían entregado un caballo. Continuó su paseo. La chica del sombrero de piel de foca lo adelantó dos veces, luego se detuvo.

—Roger, me gustaría comentar algo contigo.

—¿Disculpe?

—No aquí… cuando estemos en Coaltown.

—Disculpe, pero no creo conocerla.

—Soy Félicité Lansing.

—¡Félicité! ¡Lo que has crecido!

—Sí.

—Me alegro mucho de verte. ¿Cómo está tu madre?

—Está bien.

—¿Cómo estáis todos? ¿Cómo están George y Anne?

—Están bien. Roger, quiero hablar contigo de una cosa.

Su comportamiento era serio e insistente. De pronto Roger recordó que Sophia le había contado en una carta que Félicité Lansing estaba «estudiando para monja». Había un aire monjil en la joven que tenía ante sí: esa ausencia de intención alguna de llamar la atención.

—¿Qué es lo que quieres decirme, Félicité?

—Es algo muy importante sobre… tu padre y mi padre.

Ella miró por encima del hombro de él, como hacia alguna

terrible experiencia que tuviera que afrontar y superar.

—De acuerdo, Félicité. Creo que ahora podremos encontrar dos asientos contiguos en el tren.

—No te lo puedo contar ahora. No estoy preparada. Quizá lo que tengo que contarte es demasiado horrible. No sabía que te encontraría de esta forma: en el tren.

—Iré a tu casa mañana, o puedes venir tú a la mía.

Félicité continuó con la mirada perdida, reflexionando, más allá de él, si bien no evitando su mirada; cuando lo miraba a la cara, lo hacía sin reservas. El corazón de Roger dio un vuelco de reconocimiento: sus ojos, como los de su madre, eran de colores ligeramente distintos; como su madre, también tenía un lunar en la mejilla derecha.

—Hasta que esté segura de lo que tengo que decirte, muy segura, mi madre no debe saberlo; ni tu madre. George regresó tres noches atrás. Huyó de Coaltown la noche anterior a que Padre fuera asesinado. Viajó en trenes de mercancías, como hacen los vagabundos. Se marchó a California y se hizo actor. Ha estado muy enfermo. Han pasado muchas cosas. Tengo que contarte. No he sido capaz de contárselas a nadie.

De nuevo miró sobre el hombro de él en silencio. Roger se dijo: «Pero la conozco, la conozco. Nos habremos dicho miles de palabras el uno al otro».

—He leído algunos de los ensayos que escribiste en el periódico. La señorita Doubkov me los prestó. Creo que comprenderás. Quiero decir: creo que me ayudarás a comprender. —Sacó una mano del manguito—. Quizá tendremos todos que ser muy fuertes y muy valientes.

El tren dio una sacudida. Sonó el silbato. Algunas chicas se acercaron a Félicité chillando.

—¡Filly! ¡Filly! El tren se marcha. Te van a dejar aquí.

—Por eso no puedo contarte nada, con todas estas chicas alrededor. Es secreto, muy secreto… ¡Escucha! La señorita Doubkov tiene una tienda en la calle principal. Yo la ayudo a veces. Tengo la llave. Dice que no va a trabajar allí en Nochebuena.

¿Puedes ir allí mañana a las diez y media de la mañana?

—¡Filly! ¡Filly! ¡Te vas a quedar en tierra!

—Sí, iré, claro.

El color avellana y azul de los ojos de Félicité pareció oscurecer.

—Quizá no sea cierto. Quizá sea cierto y terrible. Pero si es así, tenemos que saberlo. Lo más importante es demostrar, demostrar a todo el mundo, que tu padre era inocente.

Ella puso rápidamente una mano sobre la de él, murmuró:

—Mañana a las diez y media.

Entraron al vagón. Roger se dirigió a su asiento. Volvió a tomar el libro, pero sus ojos regresaban una y otra vez al sombrero de piel de foca situado en el otro extremo del vagón. «¡Menuda chica!». Félicité se sentó inmóvil en un asiento de pasillo; sus compañeras parloteaban y revoloteaban a su alrededor como palomas. Sus voces se tornaban más agudas por la emoción ante la llegada de las vacaciones. Roger oía sus insistentes «Filly» esto y «Filly» lo otro.

Se dijo: «Tengo que casarme con esta chica».

IV. Hoboken (Nueva Jersey) *1883*

Hoboken (Nueva Jersey) es una localidad de nombre holandés que fue habitada fundamentalmente por personas de origen alemán. La mayoría de las casas eran de ladrillo rojo, placenteramente situadas bajo la sombra de acacias y tilos. Con la llegada del buen tiempo, los ciudadanos de Hoboken disfrutaban (y aún disfrutan) sentados en los bancos a lo largo del río Hudson, contemplando el ir y venir de barcos en el puerto de Nueva York. Una gran cantidad de cerveza era elaborada y consumida en Hoboken, pero la ingesta en las distintas cervecerías tenía efectos sedativos y reflexivos en lugar de tumultuosos. La ciudad contaba con una facultad de Ingeniería. La mayor parte de sus estudiantes provenían de lugares lejanos y se burlaban de la población y sus cerveceros; cuando querían pasar un buen rato tomaban el transbordador a Nueva York, donde se aseguraba que abundaba la «vida».

Una mañana de domingo en la primavera de 1883, John Ashley, de veintiún años de edad, estaba sentado en un banco frente al río con Beata Kellerman, de diecinueve, hija de uno de los cerveceros más prósperos. John vestía el traje nuevo que había comprado para Pascua. Era verde, prácticamente «verde botella». Su sombrero ovalado era marrón. Sus nuevos zapatos, amarillos y relucientes. El cuello de su camisa, alto y almidonado. Las solapas del abrigo color canela claro eran de terciopelo en tonos ciruela. Se trataba de prendas propias del hijo de un hombre rico, pero habían sido mal

elegidas y señalaban como pueblerino a su portador. En ningún momento de su vida hubo algo destacable que observar en John Ashley excepto su prominente nariz, sus atentos ojos azules y su taciturnidad. No era moreno ni rubio, alto ni bajo, gordo ni flaco, guapo ni feo. Su taciturnidad no era fruto de la timidez. No mostraba inseguridad alguna. Brotaba de su intención de no perderse nada. Estaba continuamente maravillado: las matemáticas y las leyes de la física eran maravillosas; un día como aquella mañana de domingo era maravilloso, maravillosos eran los barcos del otro lado del río, las gaviotas, las nubes en el cielo y las leyes de la evaporación que las gobiernan; era maravilloso ser joven y tener una larga vida plena de acontecimientos por delante. Superaba a todo lo anterior la chica sentada a su lado, era excepcional. Ella sería su esposa y tendrían muchos hijos maravillosos. Las prendas de Beata también evidenciaban un padre rico: desde las botas de caña abotonada que cubrían sus grandes pies hasta el parasol con flecos que sostenía con una mano resguardada por un mitón. Beata, no obstante, llamaba la atención. Era la versión alemana de una diosa griega —«junesca», aseguraba su maestro de dibujo— con grandes y prominentes ojos azules, una espléndida nariz y una barbilla robusta y acolchada. Beata, también ella, era taciturna, pero sus motivos diferían. Acababa de emerger de una vida en la que nada era maravilloso. Había aprendido a comprender a John Ashley. Para ella esa era suficiente maravilla.

Aquella mañana Hoboken aparecía en completa calma. Ni siquiera las campanas de las iglesias sonaban. Una epidemia se encontraba en su punto álgido y las iglesias habían sido clausuradas. La enfermedad había aparecido en repetidas ocasiones a lo largo de los años, con síntomas variables y bautizada con distintos nombres. En 1883 la llamaron la «neumonía de Maryland». Una puerta tras otra mostraba el indicativo púrpura de la infección, y algunas otras un crespón de duelo. Muchos estudiantes habían sido llamados a regresar a casa por sus padres. John Ashley era uno de ellos, pero había hecho oídos sordos. Era el único hijo de unos padres que lo adoraban y residían en las áreas rurales del estado de Nueva York.

Los hijos idolatrados no destacan por su gratitud u obediencia. Tenía, además, una relación limitada con el miedo. Creía que las enfermedades y los accidentes le sucedían a quien se lo merecía. Vivía esos días en una casa vacía. La familia que lo alojaba había abandonado la ciudad para instalarse con unos familiares en una granja de Pensilvania. La familia de Beata se había desplazado a Nueva York para asistir a misa y no regresaría hasta bien entrada la tarde. Beata y los sirvientes habían prometido solemnemente a sus padres que no abandonarían la casa durante el día. Se suponía que ella se encontraba en el salón practicando una sonata de Beethoven con un brasero de azufre a su lado. Era una hija excepcionalmente obediente. Beata había pasado la vida en la cárcel de su hogar acosada por numerosos temores; su amor por John Ashley la había liberado de ellos recientemente. Ya no temía a su madre, las burlas de sus hermanos ni la opinión de las amigas de su madre. Sobre todo había sido liberada del temor a la propia vida —un confuso pavor hacia los «hombres» y los «bebés»— y de una eternidad de días pasados en Hoboken. En seis semanas John Ashley había dispersado todos estos nubarrones. La corona de su amor por él era la gratitud.

John y Beata se sentaron en un banco de la ciudad golpeada por la peste. Miraban el reflejo del sol en el agua. Hablaban poco. Cualquier palabra fuera de las más tópicas interrumpiría la creciente música que los llenaba.

—*… maravillosa mañana!*

—*Sí. Sí que lo es.*

Moldeamos nuestras vidas mediante la acción de nuestra imaginación, o —como dijo Goethe— «Ojo con lo que deseas en tu juventud, pues lo obtendrás en la madurez»[75], con lo que suponemos que el autor quería expresar que conseguiremos lo esperado o una deshilvanada caricatura de ello. La imaginación de John Ashley era limitada en determinadas áreas, pero no en esto: quería casarse y ser padre de muchos hijos; quería vivir en matrimonio a los veintidós años, de modo que sus hijos mayores llegaran a la adolescencia antes de que él alcanzara los cuarenta;

quería vivir alejado de la costa atlántica, en una gran casa rodeada de galerías (una casa en cierto modo desordenada, debido quizá al tumulto de la vida en su interior, todos esos niños); quería un taller cercano a la casa, repleto de las herramientas y el equipamiento adecuado, en el que pudiera realizar sus experimentos y desarrollar sus útiles e inútiles invenciones. Nunca se le ocurrió desear riqueza (los medios necesarios para sostener a una familia le eran dados, por sí mismos, a todo joven de mente seria y diligente), fama (ser conocido debe de hacer perder mucho tiempo a cualquiera), conocimientos (nunca había encontrado gran cosa que lo interesara en los libros), sabiduría, «filosofía», inteligencia espiritual (supuestamente, cosas como estas también llegarían, por sí mismas, con la edad). Tenía una imagen bastante clara de su futura esposa: sería bella y prácticamente perfecta (es decir: sin vanidad, envidia, malicia o deferencia hacia la opinión de otros). Sería un ama de casa ejemplar. Sería, como él mismo, de parlamento lento pero dotada de una bella voz (la de su adoradora madre resultaba ser nasal y desafinada).

Existían otros elementos en la imagen que Ashley se hacía de su futuro que estaban menos claros, pero no tenía duda alguna de los primeros pasos. Sería el estudiante más destacado, lo que le permitiría elegir tras la graduación el puesto de trabajo que más le conviniera. Se casaría al día siguiente de su graduación. Puesto que residiría en Hoboken durante cuatro años, decidió buscar esposa entre las residentes. En sus viajes a Nueva York mantenía los ojos bien abiertos. Le parecía que las chicas de la ciudad estaban dotadas de una agotadora vivacidad; nunca paraban de hablar; reían de forma excesivamente escandalosa en público y saludaban efusivamente con sus manos en el aire. Siendo él un chico de provincias, deseaba casarse con una chica de provincias.

—*… tanta paz!*

—*Sí, sí que la hay.*

John Ashley era el mejor estudiante en todas sus asignaturas y

ejercía de presidente de su hermandad, pero mostraba escaso interés por sus compañeros de estudios. (En su último año abandonó la residencia y se trasladó a un alojamiento externo). Estaba bien dotado para los deportes, pero no los practicaba. Carecía de sentido competitivo y parecía no contar con ambición. Sin embargo, jamás perdía el tiempo; exploraba las leyes de la mecánica y la electricidad, buscaba pareja.

Intimidaba a sus profesores. Algunos se habían topado en su carrera con estudiantes brillantes, pero ninguno había visto con antelación un estudiante que se aproximara a la mecánica desde la perspectiva del juego. Le ofrecieron un espacio mayor que al resto en el laboratorio y le entregaron costoso equipamiento. La energía que generaba hacía sonar campanas (tocaban «Nita, Juanita») e imprimía números y letras en una cuadrícula desde un teclado. Cerca estuvo de perder la vida en varias ocasiones; provocó el estallido de ventanas, cubrió techos de hollín y por poco no acabó con el laboratorio reducido a cenizas; pero los jóvenes Ashley no sufren graves accidentes. Sus especiales privilegios para el uso del laboratorio le fueron retirados con pesar. Al aproximarse la graduación, el decano y varios de sus asesores debatieron la posibilidad de ofrecer al joven un puesto en la facultad. Se encontraron con voces opuestas al nombramiento. Los «inventores» eran personas sospechosas y estaba claro que Ashley era uno de estos. No obstante, expusieron sus diseños mecánicos en los pasillos de la facultad —eran de una claridad y belleza sin precedentes, permanecieron colgados mucho años— y le escribieron elaboradas cartas de recomendación. Ashley también jugaba con la mecánica en su alojamiento. Su habitación parecía la cueva de algún científico excéntrico de las novelas de Julio Verne. Cuando al amanecer las manecillas de su reloj alcanzaban las cinco y media, una almohada caía desde el techo a su rostro; durante los meses de invierno, un prolongado brazo de acero abría las cortinas, otro encendía un hornillo bajo la tetera. Jugaba con las matemáticas. En el salón de su hermandad se desarrollaban siempre entre seis y diez partidas de cartas. Creó diagramas que analizaban la probabilidad que domina

los diferentes juegos. Puesto que no tenía sentido de la competitividad, malicia ni necesidad de dinero, su interés por las partidas se limitaba a prevenir que otro miembro del grupo lograra un premio excesivo.

Si estas actividades reflejaban su espíritu juguetón, su búsqueda de esposa era, eso sí, una tarea de gran seriedad. Estaba interesado únicamente en chicas de estricta educación. Un verdadero cazador analiza el terreno, observa los hábitos, desplazamientos y comederos de su presa; se procura el equipamiento adecuado y se arma de paciencia. Poco tiempo después de llegar a Hoboken comenzó a desarrollar sus planes. Se matriculó en las asignaturas de alemán. Asistió a la iglesia luterana. Las prósperas familias alemanas defendían la regla general de que sus hijas no tuvieran nada que ver con los estudiantes, y era por todos sabido en la facultad que las chicas de Hoboken eran «holandesitas» de pies grandes que no merecían la atención de un vivaz joven. Pero John Ashley nunca aceptó formar sus propias opiniones a partir de las de sus contemporáneos; sus objetivos estaban muy por encima de la visión del resto y sus métodos más allá de la paciencia habitual. Seguía a las chicas por la calle y aprendía sus nombres y direcciones. Era bienvenido en la iglesia. Una presentación llevaba a otra presentación. Era invitado a cenas familiares los domingos. Él, a cambio, invitaba a las chicas (y a sus madres) a lecturas con linterna mágica —«Nuestro cielo de diciembre», «*Goethe und die Tiere*»[76]— y a espectáculos de *minstrel*. Tras la conclusión de estas actividades se producían numerosos apretones de manos y nuevas presentaciones. Hubo bailes en Hoboken mucho antes de que estos fueran aceptados en otras comunidades similares. John tejió una amplia red. Una chica llevaba a otra. Perseguía un gran premio antes de saber que este existía. Se mantenía al acecho con fe. La caza requería tiempo, pero todos tenemos horas para gastar en lo esencial para nuestra naturaleza. Finalmente —tarde, cuando ya casi había abandonado toda esperanza, en el segundo semestre de su último año— vio a Beata Kellerman. Se la presentaron un mes más tarde. Pasados tres meses se fugó con ella.

Misteriosas son las leyes de la selección sexual. Ashley eligió a Beata para que fuera su mujer de forma muy similar al modo en el que Roger eligió su futuro profesional: por eliminación. Adorado por las madres y las hijas más jóvenes; los padres y hermanos encontraban a Ashley poco interesante. Evidentemente, tenía un sistema de puntuación. Trude Gruber y Lisl Grau lo apreciaban mucho, pero no podían evitar reírse de él. A todas luces era la otra gemela Grau, Heidi, quien estaba ligeramente enamorada de él, pero solía comentar que odiaba cocinar y coser y «todas esas estúpidas cosas de *hausfrau*[77]». Gretchen Hofer (conoció a cuatro Gretchens) no se podía imaginar por qué una chica querría abandonar Hoboken para vivir en el Oeste, donde no había más que indios y serpientes de cascabel. En su tercer año John tuvo la sensación de que había encontrado lo que andaba buscando: Marianne Schmidt. Las tardes de domingo se sentaban en un banco y miraban el ir y venir de barcos en el puerto de Nueva York. Marianne tenía diecisiete años, era bella, calmada al expresarse y pensativa. Poseía la insólita habilidad de hacer que Ashley hablara. Quería saber qué aprendía él en sus clases. Finalmente confesó que deseaba ir a la Universidad Mt. Holyoke de Massachusetts para estudiar Química. Pretendía ser una «señora doctora» y curar a los niños. Había leído que en Alemania y en Francia una mujer podía ser médica, una verdadera médica, como un hombre. Ashley la escuchó, posteriormente se atrevió a ofrecer una réplica. Marianne fue incapaz inicialmente de comprender lo que Ashley decía. No podía creerlo. Parecía que él pensara que no era saludable trabajar rodeada permanentemente de enfermos.

—¿Entonces quién lo hará?

—Bueno… Hay suficientes médicos que reciben su sueldo por ello. Alguien tiene que hacerlo, pero no tú, tú no, Marianne.

Marianne comenzó a dibujar círculos en el suelo con la punta de su parasol. Se levantó.

—Vámonos a casa, John… John, a veces me parece que eres un completo ignorante… o quizá que te falta algo. No tienes ninguna… ¡imaginación! ¡Ninguna!

Esto eliminó a Marianne Schmidt.

Lottchen Bauer tenía una bella voz y era una reputada cocinera. Un día la llevó a patinar a la pista de hielo del *Turnverein*. Se deslizaban juntos con tal elegancia que los presentes salieron de la pista para contemplarlos. Cuando al finalizar la tarde John le retiraba a Lottchen los patines, levantó la mirada y descubrió que ella estaba llorando.

—¡Pero Lottchen! ¿Qué pasa?

—Nada.

—¡Cuéntamelo!

—¡La vida es terrible! Tuve una horrorosa pelea con Padre y Madre esta mañana y ¡voy a tener otra esta noche!… John, dijiste que canto muy bien.

—Cantas muy bien. Eres la mejor voz que he escuchado en una reunión familiar.

—¡Pues quiero ser cantante de ópera y seré cantante de ópera y no hay nada en el mundo que me pueda detener!

—¡Pero Lottchen!

—¿Qué?

—No creo que puedas tener una buena vida familiar si te conviertes en cantante de ópera. Quiero decir: tendrías que pasar muchas noches fuera de casa. Y supongo que tendrás que practicar por las tardes antes de las actuaciones.

Lottchen derramó algunas lágrimas más, pero a causa de una prolongada carcajada. Esto eliminó a Lottchen Bauer.

Ashley fue invitado al concierto anual ofrecido por las estudiantes de la más destacada profesora de piano de Hoboken, la señora Kessel. La música, la dedicación y el control de los nervios eran algo natural para aquellas chicas. Una estudiante siguió a otra. La noche llegó a su fin con las actuaciones de las estudiantes más avanzadas, entre ellas tres señoritas Kellerman. Ashley había visto a estas jóvenes damas, pero nunca se las habían presentado. Su madre, Clotilde Kellerman, *geborene* Von Diehlen, se consideraba superior al resto de matronas de la ciudad y sostenía con mayor firmeza las riendas de sus hijas. Beata fue la última en tocar. Ashley no tenía

forma de percibir que su actuación fue la más brillante pero la menos musicalmente innata de la noche. Su paso por el escenario no reveló la belleza de la joven, sino su empedernida práctica y su timidez en el saludo a la audiencia. En pleno recital ¡le falló la memoria! El público estaba electrizado. Se trataba de un escándalo y una desgracia que sería comentada durante años. Ashley quedó más electrizado por lo que siguió. Beata no volvió a iniciar la pieza; no tanteó las teclas en busca de una salida. Mantuvo la mirada tranquila al frente, con las manos elevadas. Entonces se levantó y ofreció una reverencia al público, impertérrita. Salió del escenario con la pose de una artista internacional que ha superado todas las expectativas. La ovación fue generosa, pero no cubrió los indignados comentarios de los amigos de Ashley.

—¡Lo hizo aposta!

—¡Se va a morir! ¡Su madre se va a morir!

—¡Es una niña terriblemente engreída y todo el mundo lo sabe! No tiene ninguna amiga, ¡ni las quiere!

—Lo ha hecho para molestar a su madre. ¡Es una niña imposible!

—No, no lo hizo adrede. En el recital por el cumpleaños de Schiller también se le olvidaron los versos.

¿Qué había en Beata que con tanta fuerza atrajo a Ashley desde estos primeros momentos? ¿Era su fortaleza e imperturbabilidad? ¿Tenía él suficiente imaginación para aprehender en el aire un grito de naufragio y asfixia? ¿Se incrementó su atención hacia ella por el malicioso regocijo de la audiencia? (Solía pensar que la opinión de la comunidad es siempre errónea, siempre). ¿Se consideraba un Perseo o un San Jorge, cuya misión era rescatar a una hermosa doncella en peligro? ¿O acaso formaba parte de su esencia buscar a una chica que —por su naturaleza— lo amara con total devoción, con total exclusividad?

Se mantuvo al acecho. La familia normalmente acudía a misa a Nueva York y pasaba todo el domingo allí. En rara ocasión asistían a las actividades lúdicas de Hoboken. Ashley supo que en el colegio había sido una estudiante de formidable inteligencia; conocía de

memoria «océanos» de poesía alemana; tanto ella como sus hermanas hablaban un francés impecable (su madre ordenaba que los viernes únicamente se conversara en francés en la casa, lo que dejaba a su padre, de humildes orígenes, marginado). Beata despertaba una amplia antipatía. Sus hermanos la atormentaban con crueldad (por su actitud distante, por su desdén hacia los chicos, por sus grandes pies). Las matronas bajaban la voz con falsa empatía para afirmar que era «incasable».

Una vez al año —pese a ser enérgicos protestantes— los cerveceros de Hoboken celebraban un gran baile precuaresmal (su *Fasching*, su Carnaval) en honor del rey Gambrinus, inventor de la cerveza. John Ashley, el cazador, asistió con la familia Gruber. Nunca cejó en las atenciones hacia las madres, y fue a través de la señora Gruber como conoció a Beata, que había estado bailando con sus hermanos. Rechazó la invitación de Ashley a bailar. Una hora más tarde este se sentó junto a la gran señora Kellerman. Comentó la meteorología y la actuación de la orquesta. Por suerte, mencionó que había cruzado recientemente el río para asistir a una representación de *Der Freischütz*[78] en la Academia de la Música. Los Kellerman habían mantenido un abono para las representaciones operísticas de la tarde de los sábados durante veinte años. La señora Kellerman se relajó. Lo invitó a cenar el siguiente jueves. Quería que conociera a sus hijos, uno de los cuales estaba pensando en matricularse en la facultad de Ingeniería. Ashley invitó de nuevo a Beata a bailar y fue rechazado. (Ella acabaría confesándole que había sido consciente de su persecución y que lo había «odiado»). La noche del jueves Beata estaba indispuesta y no se unió al resto de la familia en la cena. Su padre y sus hermanos encontraron a Ashley poco interesante; sus hermanas pensaron que era ridículo. A la señora Kellerman le encantó. Tenía una educación exquisita. A él le gustó ella. Escuchó con interés la narración de su infancia en Hamburgo, los grandes bailes a los que había asistido, los miembros de la realeza a los que había conocido. Dos días más tarde Ashley fue a Nueva York y

compró una edición de lujo del *Buch der Liede*[79] de Heine, encuadernado en terciopelo coralino y estampado con nomeolvides. Había consultado a su profesor de alemán acerca de una cuestión tan relevante. Lo dejó en la puerta de Beata. Los cazadores dejan terrones de sal en el bosque. En tres semanas no recibió respuesta alguna. La desesperanza es capaz de defenderse a sí misma. Finalmente fue invitado a tomar café. Esos matorrales de espino a través de los que Beata tanteaba la vida se disiparon, se hicieron humo.

¿Por qué? ¿Cómo?

Ashley no bromeó. No aludió a nada en tono de burla. Habló de su actuación en el recital, de su pérdida de memoria. Dijo entenderla a la perfección: que una cosa era una bella partitura, pero que una multitud sentada en pequeñas sillas doradas y rechinantes escuchando a sus familiares era otra bien distinta. Se mostró seguro de que tocaba a la perfección cuando estaba sola o únicamente con una o dos personas de confianza. Ashley, que en rara ocasión hablaba, habló. Le contó que pensaba dejar la Costa Este y trabajar en el Oeste, donde no conocía a nadie. Bajó la voz para confesar que amaba a sus padres, pero que realmente no compartía con ellos las mismas ideas.

Cambió al alemán.

—Me va bastante bien aquí. Me va bastante bien en cualquier lugar donde esté. Pero tengo la sensación de que quiero escapar de todo cuanto conozco. Quiero empezar una vida completamente nueva. ¿Se siente usted así alguna vez?

Beata era incapaz de hablar.

—La Constitución de los Estados Unidos dice que tenemos derecho a ser felices. He sido feliz; siempre que pasaba tiempo en la granja de mi abuela, en las zonas rurales del estado de Nueva York. Pero ella murió. Podría ser feliz con usted. Usted podría hacerme feliz. Yo podría intentar hacerla feliz.

Ella lo miró sin pestañear (ojos azules a azules ojos). Una cierta ronquera apareció en su hermosa voz.

—No podría hacer feliz a nadie.

Ashley sonrió. Lentamente una sonrisa llenó su rostro, que en tan raras ocasiones sonreía.

—Bueno —dijo—, podríamos pensar en ello.

Aquí comienza la historia de los abuelos maternos de los notorios hijos de los Ashley.

Existe la teoría —la sabiduría popular de muchos países ha condensado esta observación en un refrán— de que los niños heredan los dones de sus abuelos, el talento salta una generación. Algunos defienden que nada de esto tiene sentido: la energía mental (para bien o para mal) de las personas y las naciones es ante todo el resultado de una mezcolanza de rasgos heredados con fuertes contrastes; un choque turbulento. Los hijos de los Ashley y los hijos de los Lansing sin duda tenían fortaleza mental, pero los hijos de los Ashley tenían algo más: capacidad de abstracción, una pasión impersonal. ¿De dónde nacía esta liberación de actuar desde su propia perspectiva?

Friederich Kellerman y su esposa Clotilde, *geborene* Von Diehlen, llegaron a Estados Unidos desde Hamburgo veinticinco años antes de esta bella y silenciosa mañana en Hoboken. Kellerman había ascendido desde el puesto de aprendiz, primero a oficial y más tarde a maestro en el arte y ciencia de la producción de cerveza. Era robusto, amistoso, pusilánime y musical.

Su mujer estaba hecha de otra pasta. Tenía la espalda perpetuamente erguida, el porte de un oficial de la guardia real. Sus intimidados vecinos decían que parecía una veleta o un mascarón de proa (alusiones a su tez, sus rojas mejillas, sus copetudas cejas y trenzas naranjas, sus ojos de zafiro cabujón). Entraba en las reuniones públicas como un pertiguero dirigiendo un funeral de estado. Había sido criada en una casa en la que tanto padres como hijos (y sus abuelos anteriormente) estaban angustiosamente obsesionados con la mejora de su posición social. Su padre había

logrado un puesto en la plantilla administrativa del Instituto de Marina de Hamburgo sin ser *Professor* o siquiera *Doktor*, era sencillamente pagador y superintendente de edificios y solares. En algún momento del siglo XVIII —a la vez que lo hicieron muchos otros— su familia tomó un *Von* al que no tenía derecho. Los Von Diehlen recibían de forma ocasional invitaciones para bailes académicos y municipales a los que asistían «eminentes personalidades». La joven Clotilde había visto con sus propios ojosa miembros de la realeza y había realizado su «knix». Ella y sus hermanas habían sido adoctrinadas por su madre con una cierta ferocidad para imitar a esas eminentes personalidades. Las obligaba a subir y bajar escaleras con las sonatas de Beethoven o con un atlas sobre la cabeza, a levantarse tras una reverencia sin un crujido audible de las rodillas y a bailar vals noches enteras sin dar un solo giro en la dirección equivocada. El esnobismo es una pasión. Es una pasión noble que ha tomado el camino equivocado ante las apariencias. Nace de un deseo de escapar de lo trivial y de ser incluido entre aquellos que no tienen inquietudes nimias, momentos de tedio, entre aquellos para quienes incluso las desgracias son nobles. En noches estrelladas los gansos que merodean los estanques junto a nuestros graneros oyen en las alturas la canción de sus primos salvajes. Se imaginan que todas las diversiones de estos son mágicas; que nunca experimentan aburrimiento o aversión hacia sí mismos. El matrimonio de Clotilde con Friederich Kellerman había resultado una desilusión para su familia y pronto lo sería también para ella misma. Era incapaz de perdonarse haberse casado con un cervecero, haberlo seguido a un continente remoto donde sus cualidades eran escasamente apreciadas, haberse dejado traicionar por el amor para unir su vida con la de un joven trabajador dueño de una resonante voz de barítono y la fácil garantía de que alcanzaría el éxito (alguien que hablaba un alemán deplorable y que nunca, jamás, lograría tener buen porte a caballo). Clotilde Kellerman, no obstante, tenía la frente alta y miraba siempre hacia delante. Guardaba un fingido respeto hacia el cabeza de familia. A sus hijos no podía engañarlos. Quizá el principal motivo en la rebelión de

Beata contra su madre fue el tácito pero evidente menosprecio del hombre con quien se había casado.

Clotilde Kellerman tenía otras pasiones también, atendía otros altares. Amaba a su familia como colectivo, mientras que mantenía un continuo estado de exasperación con cada uno de sus integrantes. Eran suyos, le pertenecían. Se habría adentrado en una habitación en llamas por cualquiera de ellos. Las tareas domésticas estaban para ella —como la aspiración a un nivel social superior— investidas de valores morales. Su objetivo era la perfección y esta tenía un precio para quienes la rodeaban. Beata recordaría toda su vida la ocasión en la que su madre miró por un momento el asado que la criada había situado ante ella en la cena del domingo, lo cogió con las dos manos y lo arrojó al suelo. Su gesto fue contundente, su voz, contenida: «Dígale a Käthe que tomaremos huevos revueltos».

Los Von Diehlen transmitieron una tercera pasión de generación a generación, si bien alcanzó a Clotilde Kellerman de forma atenuada. La música era para ellos, por la noche en casa y dos veces a la semana en conciertos, esencial para la existencia. Ni Clotilde ni su hija Beata tenían sentido musical, pero no eran conscientes de ello. Creían tenerlo. Muchos daltónicos desconocen que el mundo que ellos ven difiere del que observan sus vecinos. Clotilde y Beata soltaban una lágrima en los movimientos lentos; reconocían los temas bien definidos y disfrutaban su recurrencia. El padre de Beata, sin embargo, tenía oído. En Hoboken fue durante mucho tiempo el presidente del mejor (de cuatro) *Sangervereine*, hasta que no pudo soportar más la banalidad de sus programas. Se cansó de escuchar a cuarenta hombres obesos proclamar el placer de la vida del cazador y pedir a las aves migratorias que transmitieran sus cuitas a sus amadas. Llevaba a su familia a la ópera en Nueva York y lloraba sin avergonzarse con las obras de Wagner. Su mujer estaba encantada de estar allí, si bien prestaba poca atención a la representación. Era bella y lo sabía, y de muy buena cuna; era su obligación estar presente y suponía un privilegio (de cinco horas) para quienes la contemplaban.

Friederich Kellerman estaba estrechamente vinculado con sus

hijos y con Beata en particular, pero su mujer defendía un estricto parecer sobre las relaciones parentales. Rápidamente interceptaba cualquier demostración de ternura. Restaban hombría a los chicos y hacían vulgares a las chicas. A la hora de la comida los niños permanecían tras sus sillas hasta que los padres tomaban asiento; al dirigirse a la cama besaban la mano de sus padres. En su interior Clotilde Kellerman tenía una pobre opinión de las chicas. Dios las enviaba al mundo para la perpetuación de la especie, pero lo máximo que se podía hacer por ellas era dotarlas de un espinazo de acero, un porte regio, un profundo conocimiento de la cocina, la ropa de cama y la limpieza, y encontrarles un marido de una familia digna de respeto. No debemos olvidar, no obstante, que Clotilde había adquirido asimismo las virtudes, reales o imaginarias, de la aristocracia: jamás, en presencia de sus hijos, hizo un comentario malicioso de sus vecinos. (Contaba con otros medios para transmitir su desaprobación). Aunque podía arrojar un plato al suelo, nunca levantó la voz ni permitió a sus hijos que lo hicieran. Hizo patente que se orientaba por sus propios pareceres en lugar de los de sus vecinos. No permitía debate alguno sobre la relativa riqueza o pobreza de sus amigos. Si su marido hubiera entrado en la casa un día y le hubiera dicho que estaba arruinado, ella no habría pronunciado una sola queja. Se habría trasladado a un tugurio y habría mejorado el aspecto del vecindario.

Beata era una estudiante ejemplar, si bien no estaba interesada en el conocimiento por sí mismo (Von Diehlen y Kellerman), era una lograda pianista y una magnífica cocinera (Von Diehlen). Se entregaba por completo a cualquier cometido que se le presentara (Kellerman). No le importaba lo más mínimo su belleza, posiblemente porque pensaba que sus hermanas mayores eran más bellas. Los jóvenes no le prestaban atención. No tenía a quién mostrar afecto; su perro fue atropellado, su gata tuvo descendencia. Había tanteado de puntillas la posibilidad de manifestar su amor por su padre y recibir algo, algún reconocimiento a cambio. Trató de enviarle algún tipo de mensaje (el ondear de una bufanda sobre arenas movedizas) pero Friederich Kellerman no era dueño de su

voluntad. Le sugirió a su esposa la posibilidad de enviar a Beata a una de esas universidades para mujeres. «¡Estupideces! ¡No sé de dónde sacas esas ideas, Fritz! ¿Sabes lo que visten esas chicas? ¡Llevan pololos! ¡Pololos!». Beata no se convirtió en una persona huraña sino pétrea.

Sería imprudente decir que John Ashley apareció para rescatarla justo a tiempo. Beata podría haber soportado un año o dos más sin convertirse en piedra. Quizá había llegado un año o dos tarde. No podemos engañarnos con estas cuestiones. La misma hambruna que doblega a uno, fortalece a otro.

¿Por qué era Beata una inadaptada infeliz en su propia familia? Porque había sido formada con los mejores principios y percepciones de sus padres, y estos eran incapaces de reconocerlos cuando los veían. Los padres envejecen. Lo que llamaremos su creatividad (existe una creatividad en la construcción de un hogar, en la educación de los hijos) pierde entusiasmo. Están «desplumados» en el negocio de la vida. La vida de familia es como una sala bendecida con las mayores propiedades acústicas. Los niños no solo escuchan las palabras de sus padres (y en la mayoría de los casos las ignoran de forma gradual), perciben sus intenciones, las actitudes que se esconden tras las palabras. Sobre todo aprenden lo que sus padres verdaderamente admiran, verdaderamente desprecian. John Ashley tenía bastante razón al desear tener menos de cuarenta años cuando sus hijos alcanzaran la adolescencia. Sus padres tenían cuarenta años cuando él cumplió los diez, es decir: comenzaban a resignarse a aceptar que la vida es decepcionante y en el fondo carece de sentido; estaban ocupados en atrapar sus compensaciones secundarias: el aprecio y (con suerte) la envidia de la comunidad en tanto que pudieran ser comprados con dinero y adquiridos mediante un comportamiento circunspecto, un incasable aire de perfecta satisfacción, y ese tono de superioridad moral que aburre tanto a ellos mismos como al resto pero que es tan importante como evitar la desnudez.

Como tendremos ocasión de señalar cuando analicemos los primeros años de Eustacia Lansing, todos los jóvenes segregan idealismo de forma tan continua como el *Bombyx mori*[80] produce seda. Es tan necesario para ellos como el alimento que la vida esté repleta de asombro, mirar a los ojos de los héroes. Necesitan admirar. Tienen que admirar. El chico del reformatorio (tercera pena por robo con violencia) segrega idealismo como el *Bombyx mori* segrega seda. La chica de quince años forzada a prostituirse, segrega idealismo —por un tiempo— como el *Bombyx mori* segrega seda. La vida para los recién llegados se presenta como un escenario fuertemente iluminado en el que les reclamarán que representen papeles en los que muestren coraje, sentido de la justicia, magnanimidad, sabiduría y capacidad para ser útiles. Esperanzados y con un ligero temblor, sienten que están casi preparados para afrontar estas grandes obligaciones.

En la magnífica acústica de la vida familiar, Beata había absorbido de sus padres una serie de llamamientos a la perfección: la responsabilidad y el decoro de la aristocracia, y la probidad y la prontitud para ofenderse por la opresión de las clases trabajadoras. Todas las virtudes (incluso la humildad) recurren a la independencia. La madre de Beata, al envejecer, fue dejándose caer en los vicios de la concepción aristocrática de la vida. El padre de Beata, siendo joven, había transmitido a su hija favorita las virtudes que habían revestido a su familia durante generaciones; al envejecer (a los cuarenta y cuatro años) se había convertido en un ser desorientado y sumiso. El rechazo de Beata a participar en intentos de impresionar a los vecinos exasperaba a su madre; su negativa ante la coacción decepcionaba a su padre. Estaba aislada. Era infeliz.

John y Beata, en aquel momento, estaban sentados en un banco observando el reflejo del sol en las aguas del puerto de Nueva York. Se elevó una brisa. Los rizos de la trenza de Beata se agitaron en el aire.

—*¿Tienes frío, Beata?*

—No. No, John.

La miró. Con una sonrisa, ella clavó sus ojos en John, luego los hizo descender. Lentamente volvió a alzar la vista y la fijó de nuevo en John. Recordamos el aviso de la abuela Ashley acerca de mirar mucho tiempo a los ojos a un niño o a un animal. Hasta entonces estos jóvenes se habían lanzado breves miradas el uno al otro —ojos azules en azules ojos— de una dulzura y confusión casi dolorosas. En la vida diaria los ojos se cruzan brevemente; una cierta prolongación del contacto es la confirmación de la confianza madura o la marca de un decidido antagonismo. Los niños juegan a mirarse a los ojos sin pestañear; abandonan pronto con risas semihistéricas y la liberación de traviesa energía. Nos cuentan que los actores experimentan un creciente pánico cuando se les pide que prolonguen la pose sobre el escenario o ante la cámara. Se trata —como dicen los fotógrafos— de una «exposición». En el amor supone la disolución del orgullo y la individualidad; es la rendición.

John y Beata se miraron a los ojos. Una fuerza que no habían previsto se apropió de ellos. Elevó sus manos, unió sus labios; los arrastró a lo largo del bulevar hacia la ciudad.

Él no lo había previsto. Ella no desconfió. Sin palabras encontraron su camino hasta la casa vacía donde se alojaba John. Dos meses más tarde abandonaron Hoboken juntos; en adelante, durante diecinueve años, en rara ocasión estuvieron separados más de veinticuatro horas. Hasta que él fue encarcelado.

La tarde siguiente a la graduación de Ashley, Beata abandonó su casa mientras sus padres entretenían a las amistades en el salón delantero. Al atardecer había escondido un abrigo, un sombrero y un pequeño bolso bajo la escalera de la cocina.

John y Beata nunca se casaron. No tuvieron tiempo en su momento y nunca se presentó una ocasión adecuada. Resultó que John había encontrado una mujer tan independiente de actitudes tribales como él mismo.

Los ritos se establecen para ayudar y sostener a los bienintencionados. Beata había lucido desde tiempo atrás un delgado anillo de oro incrustado con un granate. John retiró la

piedra y rellenó el hueco.

—¿Deberíamos buscar a alguien que nos case, Beata?

—Yo ya estoy casada.

Llegaron al cabo de unos días a Toledo (Ohio). Se habían detenido en el camino para ver las Cataratas del Niágara. La empresa que había contratado a John no había sido informada de que estaba casado, pero la pareja fue recibida con una cordial bienvenida y, cuando Lily nació, seis meses más tarde, recibió numerosos regalos en forma de mantas, cucharas, tazas de plata y un carrito.

Durante la epidemia de Hoboken, quienes permanecían encerrados desarrollaron un fortalecido interés por todo cuanto se pudiera ver desde sus ventanas. Las visitas de Beata a la casa en la que vivía John fueron observadas y divulgadas. Sin embargo, durante mucho tiempo nadie se atrevió a mencionarlas a la temible Clotilde Kellerman. Ella fue la última en conocerlas. En adelante no permitió que se mencionara el nombre de Beata en su presencia.

Sería difícil defender el comportamiento de John con sus padres. La mañana siguiente a su graduación los acompañó a Nueva York y los despidió en el tren. Escribiría. En Navidad les envió una postal sin una dirección a la que responder. No les dijo que se había casado y había tenido una hija.

John Ashley quería que todo fuera nuevo. Él tenía que ser como el primer hombre en ganarse el pan, en casarse, en engendrar un hijo. Todo está lleno de asombro: una mujer, el primer sueldo, el recién nacido en brazos. Anunciar estos hechos a personas que piensan que se trata de cuestiones cotidianas conlleva el riesgo de deslustrarlos.

Por otra parte, había tenido suficientes consejos y advertencias, elogios por hacer lo que cualquier imbécil sería capaz de hacer y ridiculizaciones por lo que logró con gran esfuerzo, presiones para que admirara lo que despreciaba (la prudencia fruto de la ansiedad de su padre) y para deplorar lo que admiraba (la idiosincrásica independencia de su abuela). Estaba harto de ser tratado como un hijo. Sus primeros años de matrimonio fueron como el

descubrimiento de un nuevo continente. Su voz descendió media octava. Caminaba el kilómetro y medio hasta su puesto de trabajo como Adán en su obligación diaria de dar nombre a plantas y animales. Durante la primera mitad del recorrido lo embargaba una profunda ternura hacia lo que acababa de dejar atrás; en la segunda, la seriedad de quien ha fundado la raza humana y debe cuidarla y defenderla. Lo incomodaba la idea de que su felicidad pudiera hacerlo llamativo. Tenía la sensación de «brillar». («Buenos días, Jack. ¿Qué tal?». «Bien, Bill, ¿tú qué tal?»). Su habitual taciturnidad se incrementó. Ese temor se disipó. Nadie se dio cuenta.

La única desilusión de su nueva vida fue la naturaleza de su trabajo. Las máquinas herramienta que le encargaban diseñar terminaron siendo pequeñas modificaciones de patrones establecidos. Describía su trabajo como «hacer moldes para galletas». No tenía oportunidad para diseñar algo nuevo o explorar sus propias habilidades. Por una casualidad (pero las vidas de hombres como este están repletas de casualidades) supo del puesto ofertado en Coaltown. El sueldo era escaso, pero la descripción de lo que se le requería era tentadora. Reemplazaría a un «ingeniero de mantenimiento» que acababa de morir a los ochenta y dos años. La carta mostraba la firma «Breckenridge Lansing». Así pues, tras dos años y dos meses en Ohio, los Ashley se dirigieron al sur de Illinois, hacia una vida que acabó estando repleta de asombro, placer y muchas casualidades. Cuando bajaron del tren en la estación de Coaltown, en septiembre de 1885, John Ashley tenía veintitrés años, Lily casi dos y Roger nueve meses.

Todos los hijos de los Ashley eran —debido a los peculiares componentes de un Ashley— lo que Lily denominó «agotadoramente famosos»; pero sus reconocimientos por separado eran «agotadoramente» realzados por el hecho de ser hermanos. La admiración o el antagonismo que despertaban se triplicaba; la curiosidad era centuplicada. Por un lado, los suplementos dominicales de los periódicos publicaban morbosos reportajes («¿Guardan un secreto los Ashley?», «Los planes de los Ashley para 1911»); los humoristas extremaban sus esfuerzos. Por otro lado, se

escribieron biografías populares sobre ellos. Aún por otro, genealogistas aficionados y profesionales se esmeraban cuanto podían para ubicar a sus antepasados. Aparecieron artículos y folletos en varias lenguas. Los sujetos de estos trabajos, que habían rechazado aportar información alguna relativa a sus vidas, recibían copias dedicadas por los autores. Inicialmente Constance las arrojaba a la basura sin leer; Lily y Roger pidieron a sus secretarias que agradecieran a los autores el interés mostrado.

Los antepasados más cercanos de John Barrington Ashley eran agricultores y pequeños comerciantes de la orilla oeste del río Hudson. Con los apellidos Ashley, Ashleigh, Coghill, Barrington, Barrow y demás, dejaron el valle del Támesis en torno a 1660 huyendo de la persecución religiosa y cruzaron el Atlántico. Por cada cabeza de familia con esas creencias y condiciones que cobró ánimo para este propósito, hubo diez que vacilaron, anhelaron hacerlo y se echaron atrás. («Hermano Wilkins, ¿habrá usted de venir con nosotros?»). Una vez que alcanzaron las orillas de Nueva Inglaterra, avanzaron hacia el oeste, talando árboles y construyendo el templo y la escuela; después siguieron avanzando. (En el siglo XVII afirmaban: «Si puedes ver el humo de la chimenea de tu vecino, estás demasiado cerca». En el XVIII se adaptaron, no sin dificultades, a vivir en comunidad). Obtenían fortaleza el día del Señor con sermones de cuatro horas centrados fundamentalmente en el pecado. («Oh, queridos hermanos, ¡considerad qué cosa tan terrible es caer en manos de un airado Dios!»[81]). La mayor parte de las familias tuvieron una decena de hijos, sin incluir los que fallecieron a temprana edad. (El patriarca duerme en la colina con sus distintas mujeres alrededor). Algunos miembros del clan de los Ashley se casaron con familias escocesas y holandesas del otro lado del río. Las familias holandesas provenían de Amsterdam. Un genealogista encontró un Espinosa en la línea hereditaria y defendió su conexión con el filósofo, pero había muchos Espinosa-Spinoza entre los sefardíes que escaparon de la persecución religiosa en España. Los padres de la abuela paterna de Ashley —Marie-Scolastique Anne Dubois— llegaron a Montreal desde una población cercana a Tours,

a orillas del Loira. («*Dis, cousin Jacques! Est-ce que tu viens avec nous à Québec, oui ou non?*»). Los antepasados de Beata eran agricultores, artesanos y burgueses del norte de Alemania. La madre de su abuela pertenecía a una familia de hugonotes tejedores que habían escapado de la persecución religiosa en Francia tras la revocación del Edicto de Nantes[82]. Habían encontrado refugio en varios de los orgullosos e independientes puertos de la Liga Hanseática[83].

Nombres, cientos de nombres, en archivos locales, registros eclesiásticos, testamentos, lápidas.

Lily envió uno de estos folletos a Roger: «Espero que se den prisa y encuentren a mis antepasados italianos. Sé que soy italiana, lo sé. Y sé que soy irlandesa, lo sé. ¿Pero para qué sirve toda esta tinta?». Roger respondió: «Ojalá pudiera leer los anales de tus descendientes y los de Connie y los míos». Estos anales contienen en repetidas ocasiones apellidos Gael y Wop[84]. (El término «wop» deriva del español napolitano *guapo*).

Esta variada documentación podía encontrarse en cualquier biblioteca de cierto tamaño y estaba a disposición de quien la solicitara. Pronto un nuevo tipo de atención fue concedida a los documentos:

Se había descubierto muy escasa herencia intelectual de los Ashley. Hubo algunos maestros y religiosos en los Coghill, McPhaill y Van Dyke-Huysum. Una tatarabuela de John Ashley era la hija de Loris Vanderloo, el marino holandés cuyos *Viajes a China y Japón* (1770) lograron una considerable recepción. No había pruebas de origen gentil. Las presunciones de Clotilde von Diehlen no se sostenían. Se condujo una diligente investigación destinada a hallar herencia de talento musical. La presidencia de Friederich Kellerman de la sociedad coral de Hoboken apareció destacada. La tradición de la familia Von Diehlen afirmaba que un antepasado llamado Kautz había sido violonchelista en la orquesta de Federico el Grande en Potsdam. Se confirmó. El infeliz Kautz había padecido depresión y acabó quitándose la vida.

Se descubrió que los Ashley habían heredado una destacable fortaleza física de sus antepasados. Existía una notable tendencia a la

longevidad, especialmente entre los hombres. Este hecho contrastaba, no obstante, con una alta mortalidad infantil en los siglos XVIII y XIX, si bien esto era cierto para cualquier otra familia. Serios agricultores de todas partes, mezclados con la imponente estabilidad de los holandeses del río Hudson —los Van Tuyl y Vanderloo (caballerizas y posadas)—, por no mencionar la sobriedad propia de las familias Hannover y Schleswig-Holstein.

Roger escribió a Constance: «Trabajaban desde antes de que saliera el sol hasta tiempo después de que se ocultara. Difícilmente uno de ellos se sentaba, descansaba a plena luz.

Ningún abogado, pocos comerciantes, ningún banquero (uno en realidad: tu abuelo Ashley), ningún trabajador de una fábrica. Todos eran lo que ahora llamaríamos "empleados por cuenta propia"». Constance respondió: «Sí, trabajadores autónomos, egocéntricos y egoístas. Todos tan orgullosos de su independencia mental. Independientes con fines propios. Los odio a todos. Esto explica por qué Papá tenía tan poca imaginación y Mamá ninguna».

Pero la moneda tenía otra cara. Existían elementos malsanos tanto en la familia Ashley como en la Kellerman. No solo los decididos e incoercibles patriarcas fueron atraídos por la «libertad» del Nuevo Mundo. El canalla, el fanático, el libérrimo, el aventurero —de una independencia encarnizada todos ellos, dotados de una inquieta imaginación—, amarrados a las promesas de un futuro dorado, «escaparon» a América. Los genealogistas encontraron enfermedad y locura. Ese mismo *bourgade* a las afueras de Tours desde donde emigraron los Boisgelin y los Dubois fue objeto de un estudio sociológico pionero, la versión francesa de «Juke y Kallikak»[85]. Lo que es más, se descubrió que el propio abuelo de John Ashley, que había huido de su esposa Dubois, fue ahorcado en la fiebre del oro de Alaska por una comunidad escandalizada. Afortunadamente, esta documentación morbosa no alcanzó un amplio círculo de lectores. Suficientemente problemático era que la sombra del Caso Ashley pendiera sobre los hijos de John Ashley. No obstante, no es posible negar que muchos observadores sostenían la opinión de que los Ashley eran, todos y cada uno de

ellos —hablando con franqueza— «inmorales». «No tienen ni un ápice de comportamiento ético cristiano».

85 Se trata de estudios realizado a finales del siglo XIX e inicios del XX destinados a demostrar la importancia genética en la predisposición al comportamiento antisocial y la carencia de inteligencia.

«Han dejado claro a todas luces que no les importa un bledo lo que las personas honradas que se precien piensen de ellos». Siempre hubo bastante de esto.

¡Pero ya es suficiente! La salud y la cordura son precarias y conllevan un precio. El bienestar y el sentido común no inventan nada, no descubren nada; caen de regreso al humus. Como dijo el doctor Gillies durante la primera hora del siglo XX (y no creyó en absoluto): «La naturaleza nunca duerme ni descansa. Los hombres sufren una continua desazón ante infinitos sufrimientos. Lo que superan les causa tanto sufrimiento como lo que adquieren».

Pocos de estos genealogistas y biógrafos observaron —o, al menos, trataron de describir— lo que hemos llamado la «abstracción» o «indiferencia» de los Ashley. Quizá fueron sus enemigos quienes más claro las vieron. Hay un capítulo en concreto sobre ellos —llamado «Graco[86]»— en el libro autoeditado *Estados Unidos a través de un telescopio*, de un escritor que se hacía llamar «Atico[87]». Este «Atico» se declaraba feliz de haber abandonado Estados Unidos para dirigirse a las orillas del Támesis y el Sena. Desde esta distancia de seguridad, habiendo adquirido la nacionalidad británica, repasaba los horrores y absurdos de su tierra natal. Atacaba a los Ashley con sorprendente virulencia. Parecía haberlos conocido íntimamente (especialmente a Constance Ashley-Nishimura) y enriquecía sus descripciones con numerosas historias desconocidas hasta entonces. Atico subrayaba la propensión de los Ashley a cometer errores de tipo social. Parecía ofenderlo especialmente que quedaran impertérritos ante estas meteduras de pata carentes de elegancia. Así es: los Ashley carecían de cierto discernimiento. Eran incapaces de distinguir matices de rango, riqueza, nacimiento, color o servidumbre. Asimismo, Atico sentía

que carecían de amor propio. Difícilmente encolerizaban. Se mantenían serenos ante desaires e insultos. El autor fue incapaz de negar su inteligencia, pero la caracterizó como falta de «flexibilidad» y carisma. Reservó su desprecio más hiriente para el final del capítulo. El último párrafo desarrollaba la idea de que los Ashley eran sin duda alguna (odiaba tener que decirlo, pero la verdad había de ser dicha; eran sin duda alguna) estadounidenses.

V. San Cristóbal
1880-1905

«¿Por qué se casó Stacey con Breck?».

Como muchos otros en Coaltown, el doctor Gillies se preguntaba a menudo cómo era posible que Eustacia Sims hubiera perdido el sentido hasta tal punto como para casarse con Breckenridge Lansing. Veremos más adelante cómo se lo explicaba a sí mismo el doctor Gillies; una explicación basada en una idea inverosímil y condensada en una expresión que siempre lograba exasperar a su mujer, la cual afirmaba que era gramaticalmente incorrecta:

«Decimos sin parar que “vivimos nuestras vidas”. ¡Repámpanos! Es la vida la que nos vive a nosotros».

Breckenridge Lansing nació en Crystal Lake (Iowa). De niño soñaba con entrar en el Ejército de los Estados Unidos y convertirse en un general famoso. Con su hermano Fisher practicó mucho la caza. Los buenos baptistas no pueden matar o hacer nada divertido los domingos, pero Breckenridge mataba y mataba los sábados y otros días festivos. Su puntería era tan certera que aspiraba a ingresar en West Point. Lo sorprendió e indignó saber que los futuros oficiales del Ejército han de tener un conocimiento considerable de matemáticas. En repetidas ocasiones suspendió los exámenes de acceso. Durante sus años en la Universidad Baptista

Brockett comenzó a prepararse para el sacerdocio, posteriormente para la medicina, más tarde para la abogacía. Acabó de mancebo en la farmacia familiar.

Su padre era un hombre de sonora risa, líder de clubes y asociaciones, buen empresario, marido y padre duro y despreciativo. La mayor parte de estas cualidades las había heredado de su padre y las transmitió a sus hijos. Ocupó varios puestos —desde organizador de banquetes hasta vicepresidente— en la Asociación Farmacéutica de los Estados Centrales, y disfrutaba enormemente asistiendo a las convenciones de la agrupación. En ellas había instituido como hábito permanecer hasta tarde, noche tras noche, jugando a las cartas con sus compañeros. En aquellos días todo farmacéutico emprendedor trataba de incorporarse al negocio del aceite de serpiente[88] (o «*nostrum remedium*»). El señor Lansing despreciaba y temía a su hijo mayor, Fisher («Llámame Fish»)[89], que se había convertido en abogado; a Breckenridge sencillamente lo despreciaba, no paraba de dar la lata en la tienda y en la calle. Breckenridge había estudiado algo de química en su curso de preparación para la carrera de Medicina. Su padre lo puso a mezclar brebajes en el cobertizo situado tras la farmacia. Soñaba con un «Linimento Lansing» o un «Elixir de miel silvestre de la señora Lansing». El joven Lansing no fue más allá de fijar una fuerte base de alcohol y escribir las promesas que serían impresas en el etiquetado. Su laboratorio se convirtió en un centro social y sus experimentos lo mantenían habitualmente ocupado hasta el amanecer.

Una noche, durante una partida de cartas en San Luis, un compañero le ofreció a Lansing padre la oportunidad de invertir en una nueva empresa centrada en la fabricación de ciertos productos derivados de una esencia de malagueta. Esta esencia, mezclada con ron, aceite de naranja y otros ingredientes, ofrecía un abanico de usos medicinales y cosméticos. Se comentaba que era consumido en grandes cantidades por desdichadas damas que habían jurado «no volver a beber ni una gota». Lansing vendió dos prados y un pequeño solar; invirtió una considerable suma en la empresa. Como siempre, no obstante, tenía más de un objetivo en mente. Quería

ganar dinero y quería sacar al joven Breckenridge de Crystal Lake. Viajó a Nueva York acompañado por su hijo y visitó la oficina de la nueva empresa. Llegó hasta a celebrar una cena en el Solomillo de Halloran y la Casa de la Langosta. El chico logró dar una buena primera impresión. Siempre sucedía así. Fue contratado como agente de compras de materia prima. Los aceites y el ron provenían de las Islas de Barlovento[90]. Breckenridge se marchó al Caribe y fue allí, en la isla de San Cristóbal, donde conoció a Eustacia Sims.

La joven provenía de una familia inglesa que había vivido en las islas desde inicios del siglo XVIII. Generación tras generación, los Sims se habían casado con las familias criollas de las Antillas. Para cuando Lansing llegó, era ya muy pequeña la porción de sangre inglesa en sus venas, pero el padre de Eustacia, Alexander Sims, era inglés de pies a cabeza. No solo festejaba los cumpleaños de la familia real, sino que el 21 de octubre izaba la bandera al amanecer para conmemorar la gloriosa victoria en Trafalgar, más tarde la arriaba a media asta en recuerdo de la muerte de Lord Nelson. Las mujeres de la familia —había muchas: tanto sus abuelas como varias de las hermanas de estas alcanzaron los cien años— mostraban otras lealtades. Eran indisolublemente francesas, únicamente británicas por su nacionalidad. Tenían primas en todas las islas, desde Carlota Amalia a Santa Lucía. Guadalupe era su edén ancestral. Como toda criolla que se preciara, aseguraban ser primas de Josefina, emperatriz de Francia. Estas mujeres pasaban los días sentadas en las galerías de la vivienda de Alexander Sims, abanicándose, comentando la vida de los vecinos y esperando que la siguiente comida fuera servida. Marie-Madeleine Dutellier Sims era enorme, locuaz y desdichada. Parecía ser una mujer sin sentido de la moderación y falta de inteligencia. Había adquirido esta apariencia a fuerza de inactividad, humillación y aburrimiento. En gran medida era ella la responsable de su ociosidad. Era una gestora tan hábil, que su familia —entre once y dieciséis miembros, entre ellos los familiares dependientes— era admirablemente atendida por cinco sirvientes; otros cuatro eran empleados por mera ostentación. Estos sirvientes recibían supuestamente tres chelines al mes, pero tenían poca necesidad de

sueldo. Su alimentación, vestimenta, atención médica, azotainas y diversiones eran ofrecidas por los señores. «*Madame* Seems[91]» había procurado no tener otra cosa más que hacer que dictar órdenes. Las humillaciones eran compartidas con otras matronas de la comunidad. Alexander Sims tenía otra familia en Basseterre. Vivía en un poblado de tejados de paja, escasamente protegido de las lluvias torrenciales y a menudo devastado por fuertes vientos. Una segunda familia como esta era necesaria —o al menos esperable— para todo propietario distinguido. Era tan numerosa que para contar el número de niños medio desnudos habría sido necesario el improbable hecho de que permanecieran quietos un momento. Alexander Sims habitualmente no reconocía a su progenie cuando se encontraba con uno u otro de ellos en el muelle Príncipe Alberto o en el paseo Reina Victoria. Cuando su padre —blanco, rico, importante, irascible— visitaba su casa, los pequeños desaparecían entre los matorrales adyacentes. El aburrimiento —especialmente en el caso de la señora Sims— no debería ser confundido con letargo. El aburrimiento es energía carente de vías de escape. Había sido una mujer de enérgico carácter; poco de este quedaba ya excepto en sus terribles ataques de rabia. Sus antepasados, antes de haberse establecido para cultivar caña de azúcar, habían sido marinos, aventureros y bucaneros. Ella creía provenir de un linaje aún más romántico.

Estas islas habían sido con frecuencia el primer puerto de los barcos de esclavos provenientes de África. Aquí desembarcaban los enfermos y los moribundos; se deshacían de los problemáticos: aquellos a los que ni el hambre ni los golpes lograban amansar. Estos tercos eran a menudo los más fuertes de entre los jóvenes; alcanzarían un buen precio en el continente aunque presentaran un aspecto demacrado. Los capitanes, no obstante, deseaban venderlos a los hacendados de las islas por un precio menor. Los barcos todavía tenían semanas de viaje por delante. Incluso encadenados, estos hombres eran peligrosos; alimentaban el malestar. Uno de los más famosos de entre estos fue Bel-Amadé, príncipe de los ashanti[92], inmortalizado tiempo atrás en canciones populares y

leyendas. Fue subastado en Guadalupe en torno a 1759. Allí esperó su momento propicio; se convirtió en un capataz ejemplar, casi digno de confianza. Contaba con una poderosa voz; era alegre. Le encantaban los niños, y a ellos también les gustaba él. Su amo a menudo le pedía que cantara para sus invitados; mientras, las damas sorbían *chocoli-miel* de tazas de Sèvres. Una tonada nos cuenta: «Su espalda era como el más alto cedro; sus ojos, como el relámpago». La canción asegura que tuvo cien hijos: familia real todos ellos.

Llegó la Noche de San José, el 19 de marzo, la noche de la ira, la noche de las largas hoces. El humo que se elevaba desde trece grandes plantaciones era visible desde Martinica. Tal era la fuerza del empeño de Bel-Amadé, que incluso los sirvientes más fieles —el mayordomo de confianza, el cocinero, la doncella, la dama de cría— poco hicieron para evitar la masacre. ¡La Noche de San José! Es recordada, por supuesto, con terror. Pero la majestuosidad en la revuelta contra la opresión es una forma de lograr adhesiones (como saben los lectores del poema de Milton). La esclavitud esclaviza al amo y con el paso del tiempo el hombre orgulloso es considerado estúpido. Bel-Amadé fue detenido, castrado y colgado de un árbol para sufrir una prolongada agonía. Se convirtió en un ser con el que amenazar a los niños, pero la imaginación del ser humano no se esfuerza por mantener una lógica. De todo hombre alto y recio, de toda joven inteligente y resplandeciente se decía —en susurros—: «*Y a la une goutte du sang du beau diable!*». Una noche, tras haber debatido las mujeres de la galería la Noche de San José y el papel de su instigador, Eustacia, de ocho años de edad entonces, se aproximó a su madre.

—*Maman, est-ce que nous… est-ce que nous…?*

—*Quoi? Quoi, nous?*

—*Est-ce que nous sommes descendues… de Lui?*

—*Tais-tai, petite sotte. Nous sommes parentes de l'Imperatrice. C'est assez, je crois.*

—*Mais, Maman, réponds.*

Su madre se giró con el oscuro rostro cargado de maquillaje. Sus ojos eran orgullosos y severos. Le mantuvo la mirada a Eustacia un

instante. Su expresión decía: «Por supuesto, ¡claro que lo somos!». Pronunció:

—*Tais-toi, petite idiote!*

—*Et mouche-toi!*

Eustacia Sims Lansing y sus hijos habían heredado de alguna parte sus violentos ataques de cólera, su pasión por la independencia y —con la excepción de Anne, que se parecía a su padre— el atractivo tono de piel.

Alexander Sims poseía y gestionaba un almacén de productos básicos en primera línea de playa en Basseterre. Todas sus hijas eran bellas; una era inteligente. En cuanto fue capaz, Eustacia dejó la sociedad de la galería y se convirtió en asistente de su padre en el comercio. Tenía diecisiete años. Pronto fue ella quien dirigía la tienda, con gran éxito, por cierto, si bien con dificultades. Su belleza suponía una carga y una prueba constante. Los jóvenes de la isla y los marinos de todas las naciones practicaban un continuo asedio; cada compra se prolongaba con dudas, invitaciones susurradas y declaraciones de amor. Eustacia vestía con seriedad; ponía freno a su ingenio. Ni expresaba ni mostraba menosprecio; sencillamente se hizo distante. Adquirió el apodo de «*La Cangueneuse*», un término derivado del cuello que los oficiales franceses vestían en el siglo XVIII, tan duro y alto que quien lo portaba era incapaz de hacer descender la barbilla. Su habilidad causó inicialmente sorpresa, más tarde regocijo, a su padre. Su hija le permitió consumar una ambición; logró un puesto en la aduana, donde vestía uniforme desde el amanecer. Pudo servir a su patria.

Dos veces al día los ojos de Eustacia perdían su dureza; primero —cuando pocos podían verlos— en la misa más temprana de la mañana, y después —bien entrada la noche, en su preciada soledad— cuando abría el blanquísimo milagro de su ajuar.

Conocía su vocación. Sabía para qué había venido al mundo. Para amar; para ser esposa y madre. No había visto ejemplos del tipo de matrimonio al que aspiraba. Se inventó el matrimonio. Edificó un hogar. Un pájaro que abandona el cascarón en una habitación oscura es capaz de construir un nido sin haberlo visto. Eustacia

reunía fragmentos de los consejos que los sacerdotes ofrecían en las bodas, de algunos pasajes de las escasas *romans roses* que circulaban en la isla, de los propios matrimonios que veía a su alrededor —agotados, apocados, injuriados, con suerte resignados—, de los frescos de los altares. Hay quien nace con la capacidad de «idealizar» sin descanso y con firmeza, tal y como el *Bombyx morí* segrega seda. Eustacia Sims pretendía entregar y recibir toda la plenitud de la tierra a través del amor; alcanzar los dos metros de altura a través del amor; tener diez hijos —caballeros Bayardos[93], Josefinas— a través del amor; merecer su belleza a través del amor; vivir cien años encorvada bajo las coronas del amor. Se mantendría sencilla y humilde; sí, dejando a su medio centenar de hijos y nietos en el exterior de la iglesia, se arrodillaría en la capilla lateral (como ya hacía) pidiendo únicamente la aprobación de la vida de una mujer en el amor. Había alcanzado los diecinueve años sin haber contemplado hombre alguno, joven o viejo, con quien pudiera imaginar una vida compartida. Eustacia poseía fortaleza en su mente y en su cuerpo. No se permitía despreciar a nadie, pero conocía a todos los jóvenes casaderos de la región (eran todos, más o menos, sus primos); conocía el paisaje de sus mentes, para lo bueno y para lo malo. Estaba segura de que su marido no provendría de las islas. Su interés se fortalecía cuando oía lenguas extranjeras. Dudaba que existieran tierras más bellas que la suya, pero aceptaba con facilidad que hubiera países menos impregnados de vanidad, maldad, pereza y desdén hacia las mujeres. Posaba interrogadoras miradas sobre los oficiales alemanes, italianos, rusos y escandinavos que visitaban el puerto; pero se mantenía distante ante las insinuaciones de estos. Su marido no sería un marino ausente, en prolongados viajes, del hogar que construirían juntos.

Esperó. Su madre, desde su gigantesca silla de caña, observaba los avances de Eustacia y comprendía su problema. Aunque también se preocupaba por sí misma: tenía tres hijas mayores que casar, pero los jóvenes casaderos de la isla solo tenían ojos para la menor. Era continuamente abordada por los ciudadanos más destacados de la isla y por los sacerdotes: «*Chère madame…* Antoine, el hijo de Jean-

Baptiste, es un joven excelente… con una buena herencia… buenos hábitos… muy enamorado de su hija Eustacia. ¿Podría usted hablar con su hija, *madame* Marie-Madeleine?».

Una noche reclamó a Eustacia en su dormitorio.

—Bueno, hija mía, durante dos años has estado rechazando toda oferta que nos ha llegado. Rehúsas casarte y obstaculizas el camino hacia el matrimonio de tus hermanas. ¿Qué es lo que quieres?

—*Maman*, ¿estás enfadada conmigo por trabajar en la tienda?

—No.

—¿Por qué estás enfadada conmigo? ¿Es mi culpa que Antoine y Mémé y *le petit á Beaurepaire* quieran casarse conmigo? Son buenos chicos. Me gustan. Pero no los amo. *Maman*, me hacen perder el tiempo cuando tengo trabajo que hacer.

—¡Basta! Ahora me vas a escuchar, Eustachie.

Parece ser que en Francia cuando una chica hermosa tiene que ir sola de viaje, en autobús público o en uno de esos trenes, a menudo es importunada. La empujan y la pellizcan y la siguen jóvenes y viejos que no muestran temor de Dios.

¿Qué hacen estas recatadas chicas? Se frotan la frente y las mejillas con *le vert de houx*. No daña la piel. Se puede lavar en un momento. Sencillamente elimina el brillo de la juventud. Otorga una palidez gris —incluso un tinte verdoso— a la piel. ¡Los desvergonzados dejan tranquilas a las chicas!

—¿Qué te parece, *ma fille*?

—*Maman*, querida. *Maman*, ¿tienes algo de este *vert de houx*?

—Aquí en la isla no tenemos acebo, pero tenemos otra cosa. Tenemos la raíz llamada *borqui*, algunos la llaman *boraqui*. ¡Mira!

—¡Venga! ¡Venga! *¡Maman!* Rápido, déjame probarla.

Empezó a comentarse que Eustacia trabajaba demasiado en el almacén. Empezaba a parecer envejecida. Acabaría siendo una solterona. Sus hermanas comenzaron a ser objeto de serenatas. Marjolaine se comprometió y se casaría la siguiente Navidad.

Breckenridge Lansing no llevaba aún tres días en la isla de San Cristóbal cuando, de pronto, Eustacia Sims recuperó de la noche a la mañana toda la belleza perdida.

Breckenridge era efectivo al inicio de todo cuanto comenzaba. Fue de isla en isla organizando el suministro de aceite de malagueta y ron. En todas partes lograba éxito. De los almacenes de las plantaciones rodaban barriles, garrafones y barriletes, que eran estampados con la dirección del laboratorio de su empresa en Jelinek (Nueva Jersey). Se improvisaban espectáculos en su honor. Había danzas a la luz de las velas en los patios de las grandes haciendas. Lo invitaban a cazar. Las madres engalanaban a sus hijas para él. Los hombres pronto se cansaron de su compañía. Tenía varios de los rasgos tan adorables en un niño, pero estos hombres no estaban acostumbrados a la conversación de un crío. Entre las mujeres, se hizo con todos los corazones, incluido el de Eustacia Sims.

Desde entonces, durante años, Eustacia se preguntaría, atormentada: ¿cómo?, ¿por qué?

Una mañana de inicios de diciembre, años antes de la llegada de Lansing, los ciudadanos de Basseterre levantaron la vista para contemplar una gran goleta de cuatro mástiles deslizándose hacia el puerto. En cada verga se alineaban doce jóvenes, vestidos de blanco, con los brazos abiertos. Se trató de una extraña aparición, pero los acontecimientos que la siguieron no fueron menos espectaculares. El buque escuela *Gdynia* de la Armada polaca se encontraba realizando la vuelta al mundo. Portaba doscientos alféreces de fragata con edades comprendidas entre los trece y los dieciséis años. Un pueblo de pelo y ojos oscuros, como eran estos isleños, asume que su coloración —junto con todas las características que la acompañan— es la propia naturaleza humana, es el Hombre. Sin secretos. Se habían resignado a ello: seres pérfidos, en continua vanagloria, reincidentes. Pero he aquí que los doscientos alféreces y sus mandos pisaron tierra llevando con ellos el milagro de otro Hombre: el vulnerable candor de los ojos azules, la promesa de inocencia investida en un cabello color de miel. Cuando Gregorio Magno vio por primera vez esclavos británicos en el mercado de Roma, exclamó: «No anglos, sino ángeles». La *Gdynia* y sus cuatro mástiles continuaron el viaje alrededor del globo, pero otra *Gdynia* flotaba, blancas velas recogidas, en la imaginación de las mujeres de la isla,

una embarcación dirigida por incorruptibles caballeros rosados y rubios, de ojos cerúleos.

El doctor Gillies, que roía las ideas como un perro hace con un viejo hueso, solía decir:

—La naturaleza trata de librarse de los extremos. Hubo demasiada dispersión en el último billón de años. Leo en los periódicos ahora que no quedan tantas rubias en Francia; tienen que irse a Suecia e Inglaterra para poblar esos espectáculos de chicas picaras. Pronto todos tendremos el pelo castaño. Las iglesias de Rusia cada vez tienen más dificultades para encontrar bajos capaces de hacer temblar los candelabros, y en Berlín hay una terrible carencia de tenores. Todos seremos barítonos en adelante. Nadie será alto ni bajo, ni rubio ni moreno. La naturaleza no puede soportar los extremos. Se lanza a combinar los extremos para acelerar todos los procesos. La Biblia dice que en última instancia —cuando llegue la edad dorada— el león se tumbará junto al cordero. Puedo verlo llegar.

—¡Charles, déjalo ya!

—El hombre violento se verá atraído por la chica dulce y cautelosa. La lechuza se tumbará junto al petrel. La sabiduría infructuosa y somnolienta se mezclará con la tormentosa vitalidad. Huevos, huevos, interesantes huevos. ¡Míranos a nosotros, Cora!

—Oh, vete a freír monas.

—Darwin nunca se cansó de mostrarnos cómo selecciona la naturaleza variedades para la adaptación y la supervivencia.

—¡No consentiré que se mencione a ese hombre en mi casa, Charles!

—Bueno, quizá la naturaleza tras cientos de millones de años ha comenzado a elegir la inteligencia, la mente y el espíritu. Quizá la naturaleza avanza hacia una nueva era. Aborta a los estúpidos, alumbra a los sabios. Quizá por eso Stacey se casó con Breck. Fue la naturaleza la que lo ordenó. Quería algunos bebés interesantes para su nueva idea… Decimos sin parar que «vivimos nuestras vidas». ¡Repámpanos! Es la vida la que nos vive a nosotros.

—Eso no es correcto gramaticalmente.

Breckenridge Lansing tenía el rostro común y corriente de un mancebo de Iowa, pero sus ojos eran de un suave azul aciano y su pelo de oro plateado. Para los empresarios de las Antillas representaba el juego limpio; para Eustacia Sims portaba la promesa de hijos como aquellos que flotan sobre las nubes en los frescos de los altares.

La oficina de Nueva York se mostró satisfecha con el trabajo de Lansing. Regresó a Estados Unidos rebosante de proyectos e ideas. Rechazó hábilmente cualquier sugerencia de que regresara al Caribe. Era ya consciente de que formaba parte de ese grupo de hombres incapaz de repetir un éxito. Fue enviado a los laboratorios de Nueva Jersey. Se inclinaba sobre cubetas en ebullición con los ojos entrecerrados y murmurando «hum» juiciosamente. Aprendió algunas nociones relativas a los procesos que realizaban los hombres que lo rodeaban. Presentó algunas propuestas de mejora, pero su recepción inicial comenzó pronto a desvanecerse. Ciertos productos derivados del carbón permiten usos similares a través de procesos químicos semejantes. La empresa lo envió a Pittsburgh para explorar la posibilidad de realizar investigaciones conjuntas que condujeran a patentes compartidas. La empresa de Pittsburgh quedó admirada ante su inteligencia y energía («El mejor chaval que hemos visto en mucho tiempo…». «Listo como un lince»), y le ofreció trabajo. Lo aceptó inmediatamente. Le gustaban los cambios. Había buenos compañeros para las partidas de cartas en todas partes; había animales que cazar en todas partes; las mujeres que a él le gustaban, y a quienes gustaba, podían ser encontradas en todas partes. Antes de marcharse a Pittsburgh, regresó a Basseterre y se casó con Eustacia Sims. La joven y encantadora pareja pasó solo un año en Pittsburgh. Lansing fue enviado, con un fuerte apretón de manos y numerosas felicitaciones, a las minas «del pobre John» de Coaltown (Illinois).

Eustacia Sims pasó en la isla algunas horas de agonía en su iglesia. Contraería matrimonio fuera de su fe. Pero varios acontecimientos que tuvieron lugar en la ciudad durante esos últimos meses parecieron confirmar su decisión. Ampliaron sus

conocimientos sobre lo que se puede esperar de una mujer casada con un varón de pelo y ojos oscuros. Vendió la mayor parte de su ajuar; metió la mano en la caja de caudales de la tienda y sacó lo que consideró que le pertenecía. Lansing nunca supo que ella tenía más de mil dólares escondidos en la parte trasera del espejo de su abuela y en las costuras de sus prendas. Podrían albergarse ciertas dudas acerca de si Eustacia Sims llegó a estar casada, debidamente casada. Se comprometió en tres ceremonias: una en el registro civil imperial, otra en una iglesia baptista y una tercera en una iglesia de su propia fe. Todas se sucedieron en tres días porque Lansing había de regresar a su puesto de trabajo en Pittsburgh. La única ceremonia con significado para ella tuvo lugar en una pequeña iglesia del otro extremo de la isla. La casó un tío que la tenía en gran estima. Estiró la ceremonia todo cuanto pudo. (Lansing se había comprometido a recibir «instrucción» en cuanto fuera posible). Eustacia no percibió —o, quizá, decidió no percibir— determinadas lagunas en la ceremonia. Oyó sin duda una bendición nupcial. Lansing colocó en dos ocasiones el anillo de compromiso en su dedo. Lo había comprado en Nueva York pero, por desgracia, en la víspera de su partida había perdido cuarenta dólares en una partida de cartas con desconocidos. Eustacia —como vendedora de ojos vivos que era— supo desde el primer momento que el anillo era de latón dorado. Con sus propios ahorros compró uno del oro más puro.

Se hicieron muy famosos en el barco que los llevó a Nueva York, él por su ingenio, ella por su belleza. (El ingenio de Eustacia era tan destacable como su belleza, pero lo perdió en tres días; regresó como un perro hambriento ocho años más tarde). En la séptima y última noche, el capitán elevó su copa para brindar por la pareja más atractiva que había tenido el privilegio de trasladar. Los pasajeros se levantaron de sus asientos y los ovacionaron.

Eustacia tenía la sensación de estar precipitándose por un valle tras otro de desesperación. Quizá sería capaz de acostumbrarse al descubrimiento de que su marido era servil ante el dinero y el poder (un rasgo de su padre del que ella había huido), de que amenazaba a los sirvientes (un rasgo de su madre del que ella había huido), de que

era tacaño en los gastos menores y derrochador en los de entidad. Quizá lo que más la ofendía era su constante simulación de estar perpetrando asesinatos. En cubierta, en el comedor, Lansing apuntaba armas imaginarias hacia el resto de pasajeros.

—¡Pam! ¡Justo donde la aguja atravesó al camello!… Tengo que apuntar más alto. ¡Ahí! ¡Lo siento, señora! ¡Buenas noches!… Espera a que la vieja jirafa vuelva a ponerse a tiro.

—Pero, Breckenridge, déjalos vivir en paz.

—De acuerdo, Stacey, si tú lo dices, cariño. Solo uno más para los tiburones.

Solo se callaba cuando dormía. Es un honor para un novio iniciar a una chica, que siempre estuvo protegida, en el repertorio de anécdotas ingeniosas que hasta entonces le han sido negadas. Existe una pequeña proporción de bromas sobre las relaciones sexuales que no encubren —como una cachiporra en un ramo de flores— un desprecio agresivo hacia las mujeres. Breckenridge Lansing podría haber oído algunas, pero su memoria era incapaz de retenerlas.

La atractiva y joven pareja desembarcó en Nueva York el día de San Valentín de 1878. Eustacia nunca había visto la nieve, nunca había sentido frío. Tan pronto como fue capaz se dirigió a trompicones entre los montones de nieve hasta una iglesia de su religión. Cuando llevaba cerca de una hora arrodillada aceptó su carga como castigo por su desobediencia. Había cometido un error, pero confiaba en que el sacramento del matrimonio lograría, de algún modo imprevisible, servirle de apoyo.

Fueron a Pittsburgh y desde allí a Coaltown. Ni en una ni en otra podían presumir de tener un clima saludable, menos aún para una hija del sol y del mar. Perdieron tres hijos. Hemos visto cómo Lansing cedió de buena gana el mando de la administración a la señorita Thoms en primer lugar y a Ashley más tarde. Pero todo hombre debe establecer un área de su vida en la que tenga éxito. Lo lograba en los clubes y las asociaciones; era una persona muy destacada en esas tabernas de la carretera del río, donde su risa, sus anécdotas y sus payasadas reanimaban a una tripulación no siempre alegre. Varias veces a la semana regresaba a casa con las primeras

luces del día. Tambaleándose, soltaba los caballos en la cancha de *croquet*. No necesitaba subir la escalera; podía meterse en la cama en un abandonado cuarto de juegos de la planta baja. Dejaba a sus caballos en la cancha de *croquet* toda la noche —una inimaginable forma de tratar a los animales— no porque estuviera borracho, sino porque se encontraba cansado. Estaba agotado por esa multiplicación de la fatiga que sigue a los esfuerzos excesivos en busca del placer —una melodía sobre un bajo continuo de falta de confianza en uno mismo y desesperación—. Eustacia supo pronto que se había librado de un mal: su marido no era bebedor. El alcohol no le sentaba bien. Esto suponía para Breckenridge Lansing una profunda humillación: el consumo de grandes cantidades de alcohol era parte esencial de la imagen que se había forjado en la infancia sobre las características de un verdadero hombre. No obstante, bebía y comentaba con exageración las capacidades de su hígado. Había aprendido todas las estrategias del disimulo. Vaciaba su vaso en macetas y escupideras; cambiaba su vaso lleno por otro medio vacío que estuviera en la misma mesa. Incluso llevaba consigo una pluma de ganso con la que, ocultándose, podía vaciar su estómago.

Lansing estaba orgulloso de su esposa; era más que eso, estaba confusamente enamorado de ella; pero la temía. Ella gestionaba la casa y sus ingresos de modo ejemplar. Se las apañaba sin una «chica contratada» y contaba solo en ocasiones con una mujer para la limpieza. Esta actitud generaba una gran indignación en su marido; un cabeza de familia que se precie ha de proporcionar «ayuda» a su mujer. Los motivos del comportamiento de Eustacia radicaban en su negativa a que las frecuentes escenas virulentas de San Cristóbal se conocieran en Coaltown. Era ella quien invertía el sueldo de Breckenridge; lo aconsejaba sobre numerosas cuestiones; le escribía los discursos para las reuniones de la logia y las celebraciones del Día de la Independencia. Lansing era el hombre más destacado de Coaltown. Suficientemente difícil era para él soportar que Eustacia siempre tuviera razón; aún lo era más que ella nunca aludiera a su propio talento; jamás se pavoneaba. La amaba pero evitaba verse

reflejado en sus ojos. En lo que a ella respecta, aprendió a soportar todas las faltas de su marido excepto las que replicaban las que ya había conocido en su propio padre. Pocos elementos más vinculados a la desesperación existen que asistir a la repetición de debilidades en los seres más próximos; permiten prever el futuro. Alexander Sims había sido perezoso. Eustacia le rogó a Breckenridge que regresara a la oficina de Nueva York; le ofreció el almacén de Basseterre. Nunca se rebajó al vituperio.

Las disputas violentas no llegaron hasta que ella no fue consciente del modo en que Breckenridge había decidido educar a su hijo George.

La familia Ashley llegó a Coaltown en 1885. Compraron la casa que se consideraba embrujada por la prolongada tragedia de los MacGregor.

Los Lansing vivían, sin pagar alquiler, en la casa destinada al director general de las minas. Construida con ladrillo rojo ya ennegrecido, sin galerías exteriores, descansaba entre tristes tejos y cedros. Tras ella, un amplio césped, bordeado por grandes nogales, conducía hacia el estanque. Hasta que Lansing la bautizó «San Cristóbal», era conocida en Coaltown por el nombre de su predecesor: la casa de Cayley Debevoise. Los Debevoise, aniñados y de rápida multiplicación, vivían en el feliz tumulto de sus once hijos (seis propios y cinco sobrinos adoptados). Las alfombras estaban hechas trizas, las sillas, cojas; algunas ventanas estaban selladas con papel de estraza a causa de los juegos de pelota a cubierto en días de lluvia. No había comedor. Puesto que comían en la cocina, la mesa del comedor estorbaba sus perpetuos juegos y había sido desplazada al exterior, bajo la parra. Los relojes estaban rotos. Las barandas de los porches delantero y posterior no habían sido reparadas. ¿Para qué molestarse cuando siempre había al menos tres niños de entre nueve y doce años? El pequeño Nicholas y la pequeña Philippina vestían prendas que habían pasado por al menos tres hermanos o primos. Felices Debevoise, ¿dónde estaréis ahora?

Desde el primer día Lansing admiró a John Ashley y lo imitó, si bien de forma dubitativa. Llegó al punto incluso de fingir que él

también era un hombre felizmente casado. La sociedad no habría avanzado de no ser por esas imitaciones del orden y el decoro denominadas esnobismo e hipocresía.

Ashley convirtió su casa de los días de lluvia en un laboratorio para sus experimentos e invenciones. Lansing construyó una casa de los días de lluvia detrás de San Cristóbal y recuperó su interés por el «aceite de serpiente». Quizá fuera la influencia de los Debevoise, quizá el ejemplo de los Ashley, lo que permitió a Eustacia gestar un bebé que lograra sobrevivir, después otro, un tercero más tarde. Los Lansing eran mayores que los Ashley, pero sus hijos tenían edades similares: Félicité Marjolaine Dupuy Lansing (nació el día de San Félix; los nombres vinculados a los Lansing de Iowa habían subido al cielo con los niños fallecidos) y Lily Scolastica Ashley; George Sims Lansing y Roger Berwyn Ashley; luego Sophia, sin par; finalmente Anne Lansing y Constance Ashley. Eustacia Lansing portaba con esmero su antorcha de la hipocresía o lo que fuera que fuese. En público —en la merienda del alcalde, en el banco delantero de las conmemoraciones del Día de los Caídos— ejercía el papel de esposa orgullosa y abnegada. La belleza criolla se marchita rápidamente. Para cuando los Ashley llegaron a Coaltown la piel color de té de Eustacia se había transformado en una sombra menos delicada; sus rasgos habían perdido gran parte de su antigua suavidad; su cuerpo era indudablemente rollizo. No obstante, Coaltown al completo, desde el doctor Gillies hasta el chico que abrillantaba zapatos en la Taberna, sabía que la población contaba con dos mujeres bellas e inusuales. La señora Ashley era alta y blanquecina; la señora Lansing era baja y oscura. La señora Ashley —como buena alemana, formada en la escucha— no tenía talento a la hora de vestir, pero sí una preciosa voz y el porte de una reina; la señora Lansing —como buena latina, formada en la vista— era maestra del color y el diseño, pero su voz hería como la de un loro y su porte carecía de gracia. La señora Ashley era serena y de cauteloso discurso; la señora Lansing era abrupta y locuaz. La señora Ashley tenía poco sentido del humor y menos ingenio; la señora Lansing desvalijaba dos lenguas y un dialecto a la caza de brillantes

y mordaces *mots*, y era una fantástica imitadora. Durante cerca de veinte años estas dos mujeres marchaban de una casa a la otra sin descanso, como si fueran niñas. Se llevaban bien la una con la otra, sin un ápice de compasión. Beata Ashley carecía de la imaginación o la libertad para aproximarse y percibir la desdicha de Eustacia Lansing. (John Ashley era plenamente consciente de ella, pero no lo comentaba). Compartían un arte: ambas eran incomparables cocineras; y una circunstancia: ambas se encontraban a gran distancia del entorno que había modelado sus infancias.

Para estas dos familias los primeros diez años pasaron sin acontecimientos destacables: embarazos, pañales y difterias; sarampiones y caídas de los árboles; cumpleaños, muñecas, colecciones de sellos y toses. George fue sorprendido robando el sello de tres yenes de su amigo; a Roger le lavaron la boca con jabón por decir «mierda». Felicité, que aspiraba a ser monja, fue descubierta durmiendo en el suelo, tratando de emular a algún santo; Constance se negó a hablar con su mejor amiga, Anne, durante una semana. Ya saben cómo sucede todo esto.

En Coaltown la comida principal, en días de diario, era al mediodía. La cena tenía lugar a las seis y consistía en «sobras». Nadie invitaba a sus amigos a comer, con una excepción: los miembros de las iglesias, por turnos, invitaban al pastor y su familia a cenar los domingos. Los familiares llegados de otros lugares en rara ocasión eran tratados como invitados; las mujeres se ayudaban para cocinar y lavar los platos. Beata Ashley sorprendió a todos invitando a amigos a una cena tardía a la luz de las velas sin presencia de menores. Los Lansing asistían siempre, ocasionalmente el doctor Gillies y su mujer, un juez jubilado que había vivido en la ciudad y algunos otros. La señora Lansing devolvía las invitaciones. Dos veces al año la dirección de las minas llegaba desde Pittsburgh en una visita de inspección. Se alojaban en la Taberna Illinois, pero eran invitados a cenar en San Cristóbal y Los Olmos. Recibían la sorpresa de sus vidas (una sorpresa que no se veía reducida en siguientes visitas): la distinción tranquila de Beata Ashley; el ingenio y la belleza de Eustacia, junto con la extravagancia de sus prendas y

ese *grain de beauté* que la naturaleza había situado con la más calculada precisión en su mejilla derecha; la variedad de las temáticas comentadas y la calidad y originalidad de los manjares. (Sus mujeres tenían que soportar las consecuencias: «¿Es que no hay nada más que comer en este mundo que ternera asada y guisos de pollo?». «¿Tienes que hablar de las sirvientas todo el tiempo?»). En estas cenas John Ashley hablaba poco, si bien todos los ojos se dirigían siempre hacia él. Era su presencia la que hacía brotar la sensatez y relajación de los hombres; el encanto de las mujeres; la discreción de Lansing. Los invitados le expresaban su agradecimiento por el incremento en los beneficios de la mina. De manera informal, con toda modestia, Ashley desviaba los halagos hacia Breckenridge Lansing.

Sucedió algo destacable en esos primeros diez años. Eustacia Lansing se enamoró perdidamente de John Ashley.

Como ya sabemos, John Ashley no ahorraba. Se había casado con un ama de casa consumada y había comprado un huerto y un gallinero. Cada cierto tiempo reprimía su preocupación acerca del modo de ofrecer una educación mejor a sus hijos. Tenía una vaga noción de que sería capaz de lograr algunos ingresos de los «inventos» que desarrollaba en la casa de los días de lluvia. Había quedado absorto por los cerrojos. Compraba viejas cajas fuertes recuperadas de entre las cenizas de edificios que habían sido pasto de las llamas. Estudiaba los relojes y las armas. Lansing, imitándolo diligentemente en su casa de los días de lluvia, abandonó su interés por las lociones y los cosméticos y se puso a prueba con la mecánica. Ashley lo alentaba efusivamente. Asistía con creciente preocupación a la disipación de Lansing en la carretera del río, a su pereza y su abandono de Eustacia. Iniciaron proyectos conjuntos; Ashley mantuvo la ficción de que Lansing era un compañero inigualable. Lansing dotó a estos proyectos de su visión del éxito, las ingentes sumas que lograrían. Pero año tras año Ashley retrasaba el envío de los diseños a la oficina de patentes; le parecía encontrarse siempre a punto de lograr una mejora. Para mantener el entusiasmo de Lansing, plasmaba ambos nombres, con suma delicadeza, en las

carpetas en las que guardaban los diseños. Pero juguetear con bobinas y muelles y pedazos de acero no era suficiente para distraer a Breckenridge Lansing de las ocupaciones en las que nadie lograba superarlo.

El padre de Breckenridge Lansing trataba a su mujer y a sus hijos con desdén; su vástago lo intentó. Este comportamiento no era universal en Illinois, si bien frecuente. A finales del siglo XIX la edad patriarcal se acercaba a su fin; su reino se resquebrajaba. Podemos asumir que cuando un orden patriarcal está en su cénit —o un orden matriarcal, de igual modo— muestra una cierta grandeza. Contribuye al suave avance de la sociedad y a la armonía en el hogar. Todos conocen su lugar. El cabeza de familia siempre tiene razón. La paternidad lo inviste de una sabiduría que va más allá de la personal. Su posición se asemeja a la del rey, que durante miles de años de incontestable e incluso divina aprobación, recibe en la cuna las habilidades necesarias para el liderazgo. Esta doctrina estaba tan profundamente inculcada que los errores, vicios y estupideces de los monarcas eran asumidos como expresiones de la voluntad divina: los reyes infames eran enviados para castigar e instruir a los hombres. Tanto las mujeres como los súbditos asumían estas excepciones. Es en los procesos de transición del orden patriarcal —el péndulo oscila eternamente entre los polos masculino y femenino— cuando el caos se apodera de la sociedad y la familia. Los padres sienten que el suelo se abre a sus pies. Durante un tiempo gritan, discuten, alardean y ridiculizan a sus mujeres por su cariño y sus promesas románticas. Abraham no elevaba la voz. Las mujeres se blindan como mejor pueden durante la transición. La astucia es el escudo y la lanza de los oprimidos. Los esclavos no pueden lograr la revolución sin líderes, pero la esclavitud es pobre universidad para el liderazgo. La madre de Breckenridge Lansing era un ejemplo de mujer en una época de declive del patriarcado. Sus hijos no conocían más ejemplo que el de un padre amedrentador y una madre acobardada.

Eustacia Lansing había crecido en un matriarcado. Era incapaz de comprender las asunciones tácitas que daban forma a la vida

familiar en Coaltown. La salvó su don para el humor. Un patriarcado en ruinas es trágico y muy divertido.

Son los hijos en proceso maduración los que más sufren en las etapas de transición.

Hasta en el mejor de los hogares, en el mejor de los tiempos, un chico siempre se equivoca. Los chavales están llenos de agotadora energía; disfrutan con el ruido; son (¿dónde estaríamos en caso contrario?) aventureros y curiosos. Trepan a las cornisas y caen en pozos, doscientos hombres pasarán noches buscándolos. Tienen que lanzar objetos. Aprecian especialmente a los animales más pequeños y deben tenerlos cerca. El respeto por la limpieza se adquiere de modo tan lento y dificultoso como el dominio del violín. Están perpetuamente hambrientos y apenas pueden aprender a comer con decoro (el tenedor tardó en ser utilizado por el ser humano). Son incapaces de permanecer quietos más de diez minutos, a no ser que estén escuchando una historia sobre caos, destrucción y repentina muerte (¿dónde estaríamos en caso contrario?). Reciben varios cientos de reprimendas cada día. Enfurecen por la humillación de pertenecer al sexo masculino y no ser aún hombres. Se esfuerzan en hacer correr el calendario. Deben fumar y maldecir. Reciben oscuras advertencias sobre la «impureza» y la «obscenidad»; interesantes ocupaciones que parecen reservadas a los adultos. Se miran en el espejo buscando la primera promesa de una barba. ¿Cómo va a extrañar que sean únicamente felices entre sus coetáneos? Regresan de sus interminables juegos (que se asemejan a la guerra) envanecidos, quizá, por el triunfo; regresan tarde, sucios o ensangrentados. Pocos datos nos han llegado de la juventud de Ricardo Corazón de León; la historia de George Washington y el cerezo no es considerada real por todos[94]. Aquiles y Jasón fueron criados por un tutor que era mitad hombre, mitad caballo. Su educación tuvo lugar por completo al aire libre; debió de incluir un considerable número de carreras y muy poco misterio en torno a las funciones naturales.

Breckenridge Lansing educó a su hijo en consonancia con un método ampliamente recomendado en su tiempo. El objetivo era

«hacerlo un hombre». Suponía ridiculizar al niño en público y en privado siempre que fuera posible por su incapacidad para comportarse como un hombre. A los cinco años lo arrojaron al agua y le pidieron que nadara. A los seis su padre lo invitó a jugar al béisbol («el mejor padre del mundo», pero todos los padres son maravillosos) en el jardín trasero. La coordinación mano-ojo no está completamente desarrollada a los seis años y se ve incluso más debilitada por los apasionados y desesperados intentos de cumplir con lo esperado. Los supuestamente cordiales juegos acababan entre lágrimas. A los siete años le regalaron un poni; cuando se hubo caldo por tercera vez, su padre lo vendió. A los nueve tomó su primer rifle. En cada nueva prueba se veía abrumado por las mofas y sus fracasos eran relatados a vecinos, carteros y recaderos. Eustacia trató de intervenir, pero solo logró verse agredida por un sarcasmo similar. La pequeña Anne trataba de ganarse la simpatía de su padre gritando a su hermano: «¡Mariquita! ¡Mariquita!». Se produjeron escenas deplorables. Félicité empalidecía, pero no intervenía. Cuando George fue elegido segundo capitán del equipo de béisbol de su colegio —solo segundo capitán; Roger Ashley era capitán de todo— su padre dejó de hablarle durante tres días. La naturaleza salió en auxilio de George demasiado tarde. A los dieciséis años era tan alto como su padre y considerablemente más fuerte. Lo asaltaban cóleras asesinas. Llegó el día en que se lanzó hacia su torturador, armado con una silla que rompió lentamente a medio camino. Desde ese momento su padre se lavó las manos abiertamente en lo relativo a su educación. George era el producto de la sobreprotección de su madre. Nunca sería un Lansing.

Su padre tenía razón. George era un Sims, un Dutellier y un Creusot. Tenía el oscuro tono de piel de su madre. Sus compañeros de clase lo llamaron «Negro» hasta que los calló a golpes. La señorita Dobrey, profesora del instituto, decía que tenía «el rostro de un lince furioso». Agrupó a su alrededor una banda de amigotes y los llamó «los mohicanos». Se convirtieron en el terror de Coaltown. Modificaban la señalización de las carreteras. Hacían sonar las campanas dela iglesia. Hasta se atrevieron a escalar la colina

Herkomer y trataron de espiar las misas vespertinas del domingo de la Iglesia de la Alianza. Aprovechaban en exceso la permisividad concedida en Halloween. El jefe de policía Leyendecker visitó San Cristóbal en numerosas ocasiones. George nunca terminó la secundaria. Fue internado, por cortos espacios de tiempo, en diversas academias militares y varios colegios privados.

Anne era la favorita de su padre y se paseaba con la seguridad que tal predilección confiere. La vida presentaba escasos obstáculos que no pudieran ser salvados mediante la obstinación, los chillidos o la falta de educación. Era completamente Lansing: un ángel de ojos azul cerúleo, de sedoso cabello color maíz, de innatas certezas. A los diez años era ya una pequeña dama, una formidable mujer a los trece. Su mejor amiga era Constance Ashley (Constance, que provenía de un hogar en el que jamás se elevaba la voz y nunca se demandaban privilegios especiales). Los niños alcanzan amnistías que los diplomáticos debieran envidiar. Constance dejó claros los límites de su tolerancia a las intimidaciones, pero su amistad estaba habitualmente en riesgo.

La madre de Félicité había disfrutado dos medias horas de felicidad al día en la isla de San Cristóbal: frente al altar al amanecer, ante su níveo ajuar a medianoche. El sueño de Félicité era combinarlas: aspiraba a dedicar su vida a la religión. Vivió en un colegio de monjas de Fort Barry hasta que fue consciente de la necesidad de su presencia en el hogar familiar. Renunció a la felicidad que sentía viviendo en San José y se matriculó en el instituto de Coaltown. Se parecía a su madre físicamente, si bien era más alta; no tenía una pizca de la vivacidad de su madre. Era una estudiante ejemplar y lo habría sido incluso si lo aprendido hubiera sido mucho más complejo. A la edad en la que muchas chicas escriben diarios y los guardan bajo llave, ella escribía el suyo en latín. Era una consumada costurera y se vestía con tal gusto y distinción que logró sorprender hasta a su madre. Se dio por hecho en la familia que nadie podía entrar en la habitación de Félicité, si bien la puerta permanecía abierta todo el día. Ella hubiera deseado que las paredes fueran blancas, pero blanquear era perder el tiempo en

Coaltown. La habitación era azul, con toques de rojo oscuro y púrpura; era a la vez sencilla y cálida. Su habilidad para los bordados se manifestaba en todas partes, en cortinas, colchas, mantelitos y antimacasares. Los iconos de la señorita Doubkov la habían cautivado y los había imitado a su modo. Imágenes religiosas —sobre fondos de terciopelo y rodeadas con encaje dorado y coloridos rosarios— resplandecían en las paredes. La seda que cubría su reclinatorio cambiaba con las festividades y las estaciones. La habitación no era una celda ni una capilla: era un lugar donde esperar y preparar la futura felicidad. En ocasiones, a lo largo del día de trabajo, en ausencia de Félicité, su madre se apoyaba contra el marco de la puerta y miraba la habitación. «¡Qué hijos hemos traído al mundo!».

Al igual que su hermana, Félicité había sido una niña tormentosa. Había logrado su contenida disposición con una lucha diaria, año tras año, obteniendo al mismo tiempo un cierto desapego «del mundo». Se aproximaba hacia la abstracción. Amaba a su madre. Amaba con fervor a su hermano. Pero estos amores estaban ya empapados del amor hacia el ser humano que se había impuesto. Con esta misma disciplina había encontrado la forma de amar a su padre y a su hermana. No tenía amigas. Félicité era respetada pero no apreciada. Durante las terribles escenas que se producían en San Cristóbal nunca abandonó la habitación: no lo hizo cuando Anne chillaba rodando por la alfombra («¡No me voy a la cama!». «¡No me pongo el vestido azul!»); tampoco cuando su padre dirigía una expresión hiriente tras otra a su mujer y a su hijo. En rara ocasión hablaba; se aproximaba a su madre y a su hermano y escuchaba a su padre con el rostro inalterable. Los más severos jueces de un hombre son sus hijos, y este lo sabe (especialmente severos cuando guardan silencio). Félicité permanecía junto a su madre, pero una muralla se elevaba entre ellas. Cosían juntas; leían juntas los clásicos de la literatura francesa; recibían el sacramento hombro con hombro. Eran madre e hija en la profunda admiración y el sufrimiento compartido, pero no había risas. Eustacia comprendía desde niña las incongruencias cómicas de la vida y, pese a lo sufrido, encontraba

diversión en todo. Era un elemento de su naturaleza que no podía compartir con su hija mayor. (George entendía —y era capaz de responder— cada inflexión del ingenio de su madre, si bien estos destellos eran escasos). Año tras año, antes y después de la muerte de su padre, Félicité posponía su gran decisión para ser útil a su familia en San Cristóbal.

Madre e hija tenían más en común, no obstante, de lo que eran plenamente conscientes. Ambas estaban de viaje; ambas estaban esperando; ambas luchaban por comprender. Asistían a un drama deplorable, pero nunca dudaron de que con sus oraciones, su paciencia y su amor lograrían obtener alguna iluminación. Para todos. Venimos a este mundo a aprender. Ellas habían vivido entre prodigios toda su vida. (¿No habían, por ejemplo, logrado contener sus violentos temperamentos sin sentido?). Siempre supieron que algún milagro acabaría por producirse.

Afortunadamente, George tenía dos amigos: John Ashley y Olga Doubkov. Ashley «tapaba» la incompetencia de Lansing en la mina asumiendo de forma gradual la mayoría de las funciones de su superior, y se esforzaba en facilitarle un entretenimiento saludable vinculándolo a sus experimentos e invenciones. (En el juicio estas buenas intenciones fueron interpretadas de otro modo: se argumentó que había tratado de hacerse con el puesto de Lansing y que en los experimentos se apropiaba de forma sistemática de las brillantes ideas de quien era su jefe). Poco podía hacer Ashley, sin embargo, para corregir el método de «hacer un hombre» a George que empleaba su padre. Hizo lo que pudo. Logró que el chico le describiera una sucesión de planes de vida: a los doce años quería inventar máquinas voladoras; a los trece, marcharse a África para evitar el exterminio de los leones; a los catorce, unirse a un circo. Fue a inicios del decimoquinto año de George cuando se presentó la ocasión que hizo profundizar rápidamente su amistad.

Los hijos de los Lansing eran propensos a sufrir enfermedades y accidentes. A principios del otoño de 1900 George sufrió una sucesión de resfriados y anginas. Decidieron extirparle las amígdalas. Lansing indicó a su mujer que llevara al chico al doctor Hunter en

Fort Barry y pasaran la noche anterior y posterior a la operación en el Hotel de los Agricultores. Sus hijas la acompañaron, si bien Félicité pasó las noches en el colegio de monjas.

John Ashley en rara ocasión salía de Coaltown, pero aquel viernes —así sucedió— tenía asuntos que resolver en Fort Barry. Las negociaciones se prolongaron y tuvo que pasar allí la noche. Se acercó hasta la estación y le solicitó a Jerry Bilham, el conductor, que le pidiera al jefe de estación de Coaltown que informara a la señora Ashley de que no regresaría a casa hasta el día siguiente. El Hotel de los Agricultores estaba lleno, pero el amable señor Corrigan dispuso que se le habilitara un catre en la despensa. Ashley no vio a la señora Lansing ni a su hijo durante el día, pero se encontró con Anne en el porche del hotel y escuchó una prolongada explicación prepotente sobre su presencia en Fort Barry. Ashley no había previsto dinero suficiente para pagarse la cena en el hotel; en el comedor pidió un cuenco de sopa. A las diez de la noche todos dormían profundamente excepto Eustacia Lansing y su hijo. George no paraba de dar vueltas y balbucear en duermevela. Su madre se levantó, encendió la luz de gas y lo espabiló.

—¡George! ¡George, cariño! No pasa nada. A cientos de personas les extirpan las amígdalas cada mes. Se te habrá olvidado en una semana. No volverás a tener anginas.

—¿Es ya de día? ¿Qué hora es, Mamá?

Eustacia se dijo que lo que lo incomodaba era el cambio de rutina. George no había dormido fuera de su cama más de ocho veces en toda su vida: había dormido en Los Olmos invitado por Roger; había salido a cazar alguna vez con su padre. Ella misma no había dormido más de diez veces fuera de San Cristóbal desde que llegaron a Coaltown. Le habló del helado que el médico le había prescrito, de la mejora que conseguiría en su rendimiento deportivo.

Tenían un secreto. Ella le contaba todo sobre la isla más bella del mundo, sobre el cielo y las aguas azules, sobre cómo dirigía una tienda cuando era apenas algunos años mayor que él, sobre su risueña, bella y gorda madre, abanicándose en la galería exterior, sobre su padre y su maravilloso uniforme blanco, sobre los jóvenes

de la isla que siempre andaban cantando y dando serenatas. No hablaba con nadie más de estas cosas. Acordaron que algún día lo llevaría hasta allí; sería él, de hecho, quien la llevaría. George era devoto. Quería ir a la iglesia; quería arrodillarse en cada lugar donde ella lo había hecho antes. En ocasiones ella hablaba de la visita de su padre a la isla de San Cristóbal, pero George no hacía ningún comentario. Nunca mencionaba a su padre. Ella le cantó una canción en su *patois* y George se quedó dormido. Eustacia desplazó una gran silla de mimbre hasta la ventana y miró la plaza central de Fort Barry. La oscuridad lo envolvía todo.

«Oscura como mi vida», pensó, pero se contuvo. «¡No! ¡No! Mi vida es dura, pero no oscura. Algo está llegando. Algo comienza a desplegarse. Mi error será expiado». ¿Cómo podía desear que su vida hubiera sido diferente si esa diferencia eliminaría —aniquilaría— a sus hijos? «Nosotros, nosotros somos nuestras vidas. Todo está estrechamente ligado. Ninguna acción, por pequeña que sea, puede analizarse fuera del conjunto». Tanteó los conceptos de necesidad y libre albedrío. Todo contiene misterio, pero la vida sería insoportable sin este. Se arrodilló y encerró su rostro entre los brazos, apoyada en el asiento de la silla.

La luna se elevó.

En torno a la medianoche George soltó un grito y saltó de la cama como un pez volador.

—¡No! ¡No!

—Ssss, George, Mamá está aquí.

—¿Dónde estoy?

—Estamos en Fort Barry. Todo está bien, cariño.

George comenzó a sollozar. Giraba la cabeza a un lado y a otro; se golpeó contra el cabecero. Anne se despertó y canturreó: «¡Llorona! ¡Mariquita!». George rechazó el vaso de agua que le ofrecieron. Retiró con violencia la mano de su madre de su frente. Media hora más tarde continuaba lloriqueando como ante una desesperación infinita. Su madre caminaba de un lado para otro, afligida. Pensó en mandar a buscar al padre Dillon. De pronto percibió voces en el pasillo: algunos huéspedes regresaban a sus

habitaciones, pastoreados por el amable señor Corrigan.

—No levanten la voz, caballeros. Mucha gente duerme en la casa… ¡Joe! ¡Joe!… ¡Herb!… Esa no es tu habitación. Ven aquí, ahora… Levanta los pies, Joe: ¡Así es!

Eustacia Lansing se vistió y despertó a Anne. Le dijo que se vistiera y fuera a la planta baja.

—Dile al señor Corrigan que tu hermano tiene un ataque de nervios. Dile que despierte al señor Ashley y que le pida que venga aquí a hablar con tu hermano.

Anne disfrutó su encargo y lo cumplió a la perfección. Ashley llegó hasta la habitación.

—Son pesadillas, John. No puedo hacer nada. El doctor Hunt le va a extirpar las amígdalas mañana… Anne, cállate y métete en la cama.

Anne estaba arrodillada sobre la cama de su madre, susurraba:

—¡Mariquita! ¡Mariquita!

Ashley atravesó la habitación y se sentó a su lado. En tono confidente le preguntó:

—¿Por qué dices eso, Anne?

—Los chicos no lloran.

—Lo sé. Eso es lo que piensa Coaltown.

—Todo el mundo sabe eso.

—Coaltown es un sitio muy pequeño, Anne. Hay millones de personas que nunca oyeron hablar de Coaltown. Hay montones de cosas que la gente de Coaltown no sabe. No me gustaría pensar que Constance y tú sois solo chiquillas de Coaltown que no saben mucho… solo niñas de campo que piensan lo que Coaltown piensa.

—¿Qué quiere decir, señor Ashley?

—¿No has oído nunca que incluso los hombres más altos y más fuertes lloran a veces?

—No… Papá no llora nunca. Papá dice…

—Abraham Lincoln lloró. Y el rey David lloró. Eso lo sabes. Y estuvimos la otra noche leyendo cómo lloró Aquiles… no puedes encontrar un hombre más valiente que Aquiles. El libro dice que cayeron grandes lágrimas en sus manos. Tu hermano va a ser un

hombre muy fuerte y a veces va a llorar.

Anne permaneció en silencio. George contuvo la respiración. Ashley tomó la silla junto a George y le hizo un gesto a su madre, indicándole que se alejara cuanto fuera posible. Habló en voz baja.

—Conozco las pesadillas, George. Lo sé todo sobre ellas… ¿No quieres que te quiten las amígdalas mañana?

—No. No me importa eso. No… no es eso.

—Todo el mundo se ríe de los sueños, pero pueden ser realmente terribles. Y muy reales. Yo solía tenerlos antes de que me hiciera esta herida en la mandíbula. ¿La ves? Me la hice con una horquilla cuando estaba aventando el heno. Tenía más o menos tu edad… ¿Recuerdas tu sueño?

—No… no todo.

—Nadie nos está oyendo.

—Me perseguía.

—¿Quién?

—Era como un gigante. Tenía un cuchillo redondeado como con el que cortan la hierba.

—¿Una hoz o una guadaña?

—Era como una hoz.

—¿Sabes quién te perseguía?

—No, era como un gigante. Se reía como si todo fuera un juego, pero…

—Lograste escapar.

—No quiero dormirme otra vez. Me giré y le hice algo. Y él… explotó. Era horroroso, señor Ashley. Estaba todo como embarrado a mis pies, como si quizá lo hubiera matado o algo. Solo quería que parara.

En ese momento George giró la cabeza hacia la pared y comenzó a temblar.

—Ya veo. Ya veo. Sí, es una pesadilla. No me extraña que estés alterado. De alguna forma es un buen sueño también. Un hombre tiene que defenderse. Es un sueño de adultos, George.

—¿Estará aquí otra vez si me duermo?

—Acércate a la ventana y mira hacia fuera. Mira, la luna acaba

de salir. ¿Ves el Monumento al Soldado? ¿Lo ves con la barbilla levantada? Los hombres tuvieron que luchar. No querían luchar y no querían matar. ¿Conoces a alguien que luchara en la Guerra de Secesión?

—Sí, conozco a muchos, señor Ashley: el señor Killigrew de la estación y el abuelo de Dan May, y creo que el señor Corcoran.

—Sí, fue tamborilero. Piensa en todo lo que pasaron, George; y aun así mira lo tranquilo que está todo ahí abajo. ¡Escúchame!… Respira profundamente varias veces antes de meterte en la cama. El aire es mejor aquí que en Coaltown, te lo puedo asegurar… Una de las razones por las que tuviste la pesadilla es porque tu garganta está atascada. Es bueno que el doctor Hunter te vaya a librar de eso mañana… George, ¿por qué no trabajas nunca en una granja, en verano, como hace mi hijo? Ya eres fuerte, pero ese tipo de trabajos hace a un hombre verdaderamente fuerte. Sabes que es duro, trabajando con la azada y el heno todo el día y ordeñando y cargando desperdicios para los cerdos. Mejor te metes en la cama.

—Papá no quiere que lo haga. Dice que somos lo suficientemente ricos como para que yo no tenga que trabajar.

—Tu padre está solo bromeando. El dinero no tiene nada que ver con esto. Yo soy el mejor amigo de tu padre. Puedo hacer que lo vea como algo bueno. El señor Bell dice que en verano necesita cuantos brazos sean posibles. Tú no eres un flojo, George. Tendrá suerte el granjero que te contrate.

—Gracias, señor Ashley.

—¿Es el sol el que gira alrededor de la Tierra, George, o es la Tierra la que gira en torno al sol?

—La Tierra gira alrededor del sol, señor Ashley.

—¿Y algo más?

—La luna y… los planetas, creo.

—¿Y qué hace el sol todo ese tiempo?

—Se mueve muy rápidamente.

—¿Y nosotros nos movemos con él?

—Sí.

—Es como si estuviéramos en un gran barco que avanza por el

cielo. —Pausa—. Yo tengo a menudo esa sensación justo antes de quedarme dormido. Vamos a gran velocidad y aun así puedes ver lo tranquilo que está todo en la plaza. Es algo maravilloso, ¿a que sí?

—Sí, señor.

—¡Maravilloso!

Ashley se acercó a la ventana y miró hacia la calle; luego regresó a la silla junto a la cama.

—¿Qué quieres ser de mayor, George? —George permanecía en silencio—. ¿Aún quieres ir a África para salvar a los leones?

—No. Yo…

—¿Tienes alguna idea?

—Yo… Si pudiera agacharse, señor Ashley. No quiero que nadie lo oiga… ¿Ha visto alguna vez un espectáculo en un teatro?

—Sí. Sí que lo he hecho. He visto a Edwin Booth[95] representar a Hamlet.

—¿De verdad?… Mamá, Félicité y yo leímos *Hamlet* juntos.

—¡No me digas!

—El hermano de Edwin Booth mató al presidente Lincoln, ¿no?

—Una familia muy alterada, supongo, George. Nerviosa.

—En uno de los colegios a los que fui nos llevaron a ver *La cabaña del Tío Tom*… Quiero dedicarme a eso, señor Ashley.

Cuando hablamos con seriedad con los jóvenes nos movemos en paisajes efímeros, en pasillos de ensueño, con abismos a ambos lados. Ashley no podía saber cómo era el chico con el que hablaba; cómo era en todo momento.

—Si tienes talento, George, y voluntad, puedes ser lo que quieras. Te contaré algo sobre Edwin Booth otro día. Pero si eso es lo que quieres ser, mejor que te quiten esas amígdalas lo antes posible. No hay gigantes en el Hotel de los Agricultores esta noche, George. Dame la mano. Dile ahora a tu madre que te vas a dormir para que ella pueda descansar también.

Eustacia lo acompañó hasta la puerta. Apenas podía encontrar aliento para pronunciar una palabra de agradecimiento. Permaneció una hora sentada junto a la ventana, plenamente consciente del

barco que la portaba, a ella y a su familia. Apoyó la mejilla en una mano, con una sonrisa espontánea en el rostro. Durante aquella hora se liberó —lanzó por la borda— los últimos remanentes de una infelicidad que la había atormentado durante mucho tiempo; dejó de envidiar el matrimonio de Beata Ashley.

Casi veinte años antes —en su luna de miel entre el hielo y la nieve de Nueva York— Eustacia había visto en un escaparate una copia hecha a mano de *El Angelus* de Millet[96]. Le había parecido el lienzo más bello que un espíritu humano pudiera realizar, poseerlo supondría una constante bendición en su vida. En un escaparate adyacente se encontraba un modelo a escala del Taj Mahal en alabastro. No sabía nada del edificio, pero una tarjeta describía su historia. Era un homenaje al amor conyugal. Los juegos de luces tenían tal efecto que parecían mostrarlo en un momento al amanecer, después a mediodía, luego bajo la luz de la luna. Pensó en la gente rica que pudiera permitirse comprar tal tesoro. Poco a poco comprendió que los objetos bellos no son para poseerlos sino para contemplarlos. En San Cristóbal había logrado subyugar la ira. En Fort Barry se liberó de las últimas punzadas de la envidia.

La otra amiga de George era Olga Sergeievna Doubkov. La costurera había visitado con asiduidad su casa cuando él era niño, hasta el día en que salió indignada de ella, acusando a Breckenridge Lansing de maltratar a su hijo. Había pasado largas horas con Eustacia y Félicité, girando en torno a un maniquí de sastre, parloteando alegre sobre costuras y escudetes y *feuilletés* y *entrelacements*. Ciertas tardes, cuando era evidente que el señor de la casa no regresaría, podía dejarse convencer y quedarse a cenar. Al principio a los hijos menores los ofendía la presencia de la «señora que cose», pero gradualmente llegaron a desearla. Su conversación era absorbente. En su casa de Rusia, las condesas Olga e Irena habían sido criadas por institutrices francesas, alemanas e inglesas. Sus padres, antes de vestirse para la cena, las visitaban en sus habitaciones. Dos veces al mes, no obstante, las chicas eran invitadas, con toda formalidad, a cenar con sus padres. Las chicas sabían bien que cuando sus padres organizaban un baile, cuando los

vecinos los visitaban para la cena, cuando había invitados alojados en la casa, la conversación se producía habitualmente en francés. Cuando cenaban con sus hijas, la conversación tenía lugar en ruso. Nunca hablaban de las institutrices, los vecinos, la vida cotidiana. Su madre charlaba sobre países extranjeros y sobre famosos pintores y músicos. Su padre comentaba los logros de los grandes hombres: el señor Watt y su máquina de vapor, el doctor Jenner y sus inoculaciones[97], los vuelos en globo. Comentaba las maravillas de la naturaleza: cometas, volcanes y colmenas. Fundamentalmente charlaban sobre Rusia, su historia, su grandeza, su santidad, su futuro: ese futuro que sorprendería al mundo. Nada se mencionaba de las cuestiones que podrían mejorarse en Rusia. Su padre hablaría de ello más tarde, cuando hubieron cruzado la frontera.

Así era como la señorita Doubkov, sentada a la mesa en San Cristóbal, charlaba sobre países extranjeros y grandes artistas, sobre la bombilla del señor Edison y las máquinas habladoras, sobre lo que habían desenterrado bajo las cenizas en Pompeya. Asimismo, la señorita Doubkov encontraba formas delicadas de expresar su admiración por la anfitriona. Enorgullecía enormemente a George escuchar elogios dirigidos a su madre. Giraba los ojos hacia ella para asegurarse de que hubiera oído esas alabanzas. La señorita Doubkov hablaba incluso de la popularidad del señor Lansing y de su importancia en Coaltown. Finalmente llegó el día en que les habló de Rusia, su historia, su grandeza, su santidad y su futuro: ese futuro que asombraría al mundo. Les describió al gran zar que había construido su capital en una marisma, a aquel que liberó a los siervos, las glorias de Pushkin, la inmensidad y la belleza del país.

George preguntó:

—Señorita Doubkov, ¿qué lengua hablan en Rusia?

—Hablan ruso.

—¿Me podría hablar un poco en ruso?… ¡Por favor!

La señorita Doubkov se detuvo, lo miró con seriedad a los ojos y se dirigió a él en ruso. George escuchaba boquiabierto.

—¿Qué ha dicho, señorita Doubkov?

—Dije: «George, hijo de Breckenridge». Así es como los adultos

se dirigen los unos a los otros. Dije: «Eres joven. No eres feliz ahora porque aún no has descubierto el trabajo al que dedicarás tu vida. En algún lugar del mundo hay un trabajo para ti, que revestirás de coraje, honor y lealtad. Para cada hombre existe una gran tarea que Dios le ha encomendado. Creo que la tuya requerirá un corazón valiente y cierto sufrimiento; pero triunfarás».

Se produjo un silencio. George parecía haberse convertido en piedra. Anne miraba a su hermano como si nunca antes lo hubiera visto.

—¿Cómo sabe eso, señorita Doubkov? —preguntó Anne.

—Porque George se parece a mi padre.

Así comenzó la extraña amistad entre un chico que todavía no había cumplido los dieciséis, el «diablillo» de Coaltown, y una solterona rusa de cerca de cincuenta años. La relación se fortaleció con rapidez; a la mesa en la cena y tras la cena en el salón. Creció a empellones; los chicos, como los cachorros, se aburren de forma intermitente incluso de aquello que más los atrae; a esto se sumaba que George era enviado a un colegio distinto tras otro. Quizá se las apañaba para ser expulsado y poder regresar a estas conversaciones.

—Mi padre huyó de Rusia en las mismas narices de la policía que lo buscaba. Se afeitó la barba, el bigote y las cejas. Se disfrazó de anciana que atravesaba el país en una peregrinación religiosa. Cantábamos himnos y mendigábamos íbamos cubiertos de medallas religiosas. Le he enseñado algunas a Félicité.

—Sí.

—Mi madre estaba enferma. Compramos una carretilla y la llevamos con nosotros. Teníamos dinero escondido en la ropa, pero para evitar sospechas mendigábamos y dormíamos en monasterios.

—¿Qué hizo su padre que era tan malo? —preguntó Anne.

—Tenía una imprenta secreta en casa. Imprimía panfletos.

—¿Qué son panfletos?

—¡Cállate! —la cortó George.

—Creía que la única esperanza para Rusia era derrocar al Gobierno. Esperaba preparar a la gente para una revolución sin violencia. Ya había en todas las ciudades hombres y mujeres que

trabajaban con este mismo objetivo en mente. Al final, no obstante, mi padre ya no creía en su imprenta y sus panfletos. La gente los leía y no hacía nada. Mi padre solía decir que los rusos hablan para evitar tomar decisiones. Hizo otros planes.

Su audiencia aguardaba. De pronto la señorita Doubkov hizo el gesto de arrojar un objeto con violencia al otro lado de la habitación.

—¿Por qué ha hecho eso, señorita Doubkov? —preguntó Anne.

—¡Que te calles! —exclamó George.

Eustacia dijo débilmente:

—¡Pero seguramente existen mejores formas de lograr un buen gobierno que esas!

—¿Que cuáles, Mamá?

—Silencio, querida.

—Anne, te contaré una historia. ¿Has visto alguna vez un perro con bozal?

—No. ¿Qué es un bozal?

—Es una tira de cuero atada en torno al hocico de un perro. A veces es una pequeña cesta de paja que envuelve el morro.

—Para que no muerda a nadie, claro. ¿Pero cómo puede comer, señorita Doubkov?

—El león es el señor de todos los animales, Anne. Es el rey de la selva. No hay límites a lo que puede hacer cuando quiere. Una vez hubo en África un gran rey león que puso bozales a todos los demás leones… y a los tigres y a las panteras también. Puso bozales a todos excepto a su familia y a sus veinte primos. El resto de animales solo podía abrir un poco la boca. Cuando tenían hambre solo podían comer animales muy pequeños. Pero el gran rey y su familia y sus veinte primos podían comer todos los ciervos que quisieran… y todos los antílopes y gacelas. Y comían y comían. Pero algunos de los jóvenes leones encontraron formas de aflojar los bozales de sus hocicos, por lo que el rey pensó algo distinto. Les ató las garras delanteras con correas y cintas para que no pudieran correr. Celebraban un banquete cada noche en el palacio del rey, pero todos los demás leones iban de un lado para otro cojeando, cojeando, con esas vergonzosas cestas en el hocico. Había felicidad en el palacio

cada noche. ¿Había felicidad en algún otro lugar?

—¡No! —gritaron los niños.

—¿Había alguna felicidad cuando nacía un nuevo cachorro?

—¡No! ¡No!

—¡Niños! ¡Niños! ¡No os podéis alterar tanto!

—Así que un día el resto de leones se reunieron en un rincón alejado de la jungla para hablar de su desdichada vida. ¿Qué podían hacer? Les parecía que solo había una opción posible.

—¡Yo la sé! —gritó George golpeando los laterales de su silla. Estaba lívido. La señorita Doubkov prosiguió como si no lo hubiera oído.

—Lo peor de toda la situación, Anne, ¡recuerda!, era que el león es el animal más noble de la selva. La nación rusa es la nación más destacada que jamás haya existido sobre la faz de la tierra. Ninguna nación ama con tanto fervor el suelo que pisa. Ninguna nación es tan valiente en su defensa… como descubrió Napoleón perdiendo un poderoso ejército. Ninguna nación es tan concienzuda y tan capaz de resistir. Los países de Europa están en continuo desmoronamiento. Yo los he visto. Están en plena carrera por la riqueza y el placer. Se han olvidado de Dios. Pero el pueblo de Rusia mantiene a Dios en su corazón, como un hombre que porta una linterna bajo el abrigo en una noche de tormenta. —Se detuvo y bajó la voz—. Rusia es el país que porta a Cristo. Es el Arca que salvará a la especie humana cuando llegue el gran diluvio. Aquí, en Estados Unidos, no tenéis siquiera una nación. Todo hombre piensa en sí mismo antes de pensar en su país. Por eso era tan vergonzoso que un león y unos cuantos de sus primos, un puñado de leones indignos, pudieran reducir a todo el resto de leones al nivel de perros hambrientos. Y mi padre vio que solo había una posibilidad.

—¡Matarlo! ¡Matarlo! —gritó George levantándose. Se dirigió a la pared y la golpeó con los puños.

—¡George! —gritó su madre.

—¡Matarlo! ¡Matarlo! —gritó George cayendo de rodillas y golpeando el suelo.

—George —dijo su madre—. Ven, acábate la cena y contrólate.

George se levantó, simuló arrojar algunas bombas por las ventanas y salió a la carrera de la casa. Félicité se lanzó tras él.

—Mis hijos son tan nerviosos, Olga. Es su sangre criolla. —Se acercó hasta la puerta principal, miró hacia el exterior y regresó con una expresión ansiosa en el rostro—. Mi madre tenía un temperamento terrible… ¡Y su padre! Nadie podía controlarlo.

—*Maman*, ¿por qué se ha alterado tanto George?

—Ssss, cariño. Todos nos alteramos un poco cuando oímos hablar de la injusticia.

Félicité encontró a su hermano tumbado boca abajo en la cancha de *croquet*. Jadeaba exhausto. Tuvieron una larga conversación susurrada. Finalmente regresaron al comedor. George se quedó junto a la puerta.

—Señorita Doubkov, ¿me enseñará a hablar ruso?

La señorita Doubkov miró a Eustacia, que los miró a ambos a su vez. No podía encontrar nada que decir.

—George —dijo Anne—, estás loco. Tú no puedes aprender nada. Eras el peor estudiante de todo el colegio y ya te han enviado a casa de otros tres colegios.

—Puedo aprender cualquier cosa si quiero aprender.

—Pero, George —intervino su madre—, no tendrás ninguna oportunidad de practicarlo, excepto con la señorita Doubkov.

—Lo necesitaré cuando me vaya Rusia.

—Termínate la cena y lo pensaremos.

—Yo ya lo he pensado.

A Breckenridge Lansing no lo informaron de estas clases. Tenían lugar en la lavandería bajo la Taberna Illinois o en la casa de los días de lluvia. Eustacia insistió en pagadas y la señorita Doubkov aceptó la mitad de lo ofrecido. La señorita Doubkov no tenía experiencia en la enseñanza de lenguas, pero sospechaba que los avances de su estudiante eran destacables. Él mismo les daba forma: entraba en un hotel de San Petersburgo y reservaba una habitación; pedía comida en un restaurante y, convertido en camarero, la servía. En Moscú se compró un sombrero de piel, un perro, un caballo. Fue al teatro. Regresó a este por la «entrada de los artistas». Interrogaba

a los actores principales. Fue a misa e incluso aprendió una parte de la liturgia en eslavo antiguo. Fue a las tabernas y entabló conversación con jóvenes hombres de su edad (¡veintitrés y veinticuatro años!). Comentaba el quehacer de los buenos y los malos gobiernos con ellos. Les recordaba que Rusia era el mayor país que el mundo había visto jamás. Sus avances entre lecciones sorprendieron a su profesora. (En ruso: «*Lo cierto, Olga Sergeievna, es que salgo de paseo y charlo y finjo estar en Rusia*»), La señorita Doubkov le entregó el diccionario que su padre había comprado en Constantinopla treinta y cinco años atrás. Le prestó su Nuevo Testamento, que George leía cotejándolo con la versión en francés de su madre. «Mamá, es como un libro diferente en ruso. Es como si fuera un libro más de hombre». Llegó el día en que le pidió a su profesora, a media voz, que repitiera aquellas palabras que le había dicho en ruso…

—¿Qué palabras, George, hijo de Breckenridge?

—Las primeras palabras que oí en ruso.

Ella las repitió despacio, como mejor pudo recordarlas. George no necesitó traducción. Para el apasionado nada es imposible. Estaba encontrando su camino. Su voz se hizo más grave. Prestaba ayuda en su casa. Limpió los aleros del tejado, colgó cuerdas para tender la ropa, ahumó avisperos, secó los platos. No solo era puntual en las comidas, en las frecuentes ausencias de su padre se dispuso a reemplazarlo. Alababa la comida que le servían. Animaba las conversaciones. Había heredado el don de su madre para la mímica y contaba prolongadas historias sobre los colegios de los que había sido expulsado. Particularmente detallada fue su descripción del doctor Kopping, un clérigo protestante, director del «Campamento recreativo y educativo para jóvenes Pines Point». El doctor Kopping, «no más que un chaval en su corazón», cerraba el día con una pequeña charla en torno a la hoguera comunitaria, inculcando las virtudes masculinas. Anne rodeaba la mesa a toda velocidad y se tiraba a sus brazos. «¡George! ¡George! ¡Imita a la supervisora del San Régis! ¡Haz otra vez del doctor Kopping!». La virulencia de estas parodias incomodaba a su madre. Tenía razones para ello.

George no imitaba a su padre en su presencia, tampoco ante Felicité. Cuando salían de la habitación, no obstante, divertía a Anne con algunos retratos sorprendentes: su padre matando pájaros y conejos, su padre exhausto tras un largo día de trabajo en las minas, su padre «lavándose las manos» en lo relativo a George, su padre ganándose exageradamente la complicidad de Anne, el «angelito de Papá». En muy poco tiempo Anne comenzó a adorar a su hermano; en muy poco tiempo descubrió que su padre era ridículo. Anne aceptaba las correcciones de George. Este parecía saber que las pequeñas princesas rusas no gritan ni patalean cuando es hora de irse a la cama. Cuando proceden a acostarse hacen una reverencia a su madre y pronuncian: «Gracias, querida madre, por todo lo que has hecho por mí». También se inclinan ante sus hermanas mayores. Y si se han portado realmente bien, uno u otro de los príncipes, sus hermanos, las llevan escalera arriba hasta la cama en brazos y les rezan una plegaria en eslavo antiguo. Si George pretendía ser actor, no esperó a ver brillar las candilejas; representaba el papel de cabeza de una noble familia en San Cristóbal.

Todos los Lansing eran apasionados conversadores; las intervenciones de Félicité, si bien escasas, eran muy meditadas. Leían en voz alta; cualquier escena de Moliere o Shakespeare daba pie a un largo debate. Noche tras noche Eustacia perdía la esperanza de meterlos en la cama a las diez y media. Era Anne quien más se beneficiaba de estas horas de conversación sobre muy diversas temáticas. Apareció entonces una nueva Anne, madurando a toda prisa. Lideraba sus clases en el colegio. Terminaba las tareas en apenas quince minutos para poder formar parte del simposio nocturno. De forma ocasional Breckenridge Lansing regresaba a las diez de alguna reunión de la logia. Al abrir la puerta de su casa era consciente durante unos segundos del calor y la energía intelectual que la impregnaban, así como del repentino silencio que provocaba su presencia. Una noche entró sin hacer un ruido y permaneció en el vestíbulo a la escucha:

«*Maman*, la señorita Doubkov dice que los escritores rusos son

los mejores escritores de la historia. Y que el más destacado entre ellos era negro[98]. Papá dice que los negros no son siquiera personas y que no tiene ningún sentido enseñarles a leer y escribir». («*Chéri*, cada cual puede tener sus opiniones»), «Bueno, las opiniones de Papá son bastante estúpidas casi siempre». («George, no quiero que hables de tu padre de ese modo. Tu padre es…»). «¡Sus opiniones! No me importa lo que diga sobre mí, pero cuando habla sobre ti…». («¡George! ¡Cambia de tema!»). «Cuando dice de ti que tienes menos cerebro que el que Dios le dio a una ardilla…». («Eso es solo una broma suya»), «Es una BROMA SIN GRACIA. Y cuando rompió esa concha de la repisa de la chimenea que tu madre te envió…». («¡George, era solo una concha!»). «¡La pisoteó! ¡Era del sitio donde tú NACISTE!». («Cuanto más crecemos, menos atados a las cosas estamos, George»). «Pues yo estoy atado a mi orgullo, *Maman*… y a TU orgullo».

Lansing no volvió a escuchar una conversación a escondidas.

Uno de los motivos por los que Eustacia hacía todo lo posible por hacer atractivas estas noches (presentaba recortes de los periódicos; pedía libros y reproducciones de cuadros a Chicago) era para mantener a George alejado de la calle. George era un ser humano nuevo dentro de los confines de San Cristóbal; fuera de la casa continuaba enfureciendo a Coaltown. Era el «diablillo» y el gran jefe de los mohicanos. Ninguna súplica de su madre podía cambiar esto. La escuchaba con el rostro atribulado, los brazos cruzados, la mirada fija en la pared, por encima del hombro de Eustacia.

—*Maman*, necesito un poco de diversión. Lo siento, pero necesito un poco de diversión.

Eustacia sabía que todas las trastadas estaban concebidas y ejecutadas con un único objetivo: volver loco a su padre. Se regodeaba ante el desprecio de su padre. También él parecía estar esperando algo: ¿que su padre lo golpeara?, ¿que lo expulsara de la casa para siempre? Ante la avalancha de mofas y acusaciones de su padre, George se quedaba con la mirada gacha, inmóvil y sin sombra de insolencia en su comportamiento.

—¿Te das cuenta de que nos has avergonzado a tu madre y a mí?

—Sí, señor.

—¿Te das cuenta de que no hay ni una sola persona que se precie en todo Coaltown, ni una sola, que tenga una buena palabra que decir sobre ti?

—Sí, señor.

—¿Por qué haces todo esto?

—No lo sé, señor.

—¡No lo sé, señor! Muy bien, en septiembre te enviaré a una nueva escuela donde me han dicho que no consienten todo este sinsentido.

Los mohicanos pronto fueron más allá de girar las señales de tráfico y juguetear con el reloj del ayuntamiento. Causaban escasos daños en la salud o las propiedades de sus conciudadanos; sencillamente se enfrentaban al decoro y la corrección. Representaban bromas complejas y bien ensayadas que ridiculizaban a los bancos, las ceremonias públicas, los encuentros evangelistas. Solo una de las actuaciones de los mohicanos provocó la visita del jefe de policía y aterrorizó a Eustacia. Los chicos disfrutaban «haciendo la zarigüeya». Los mendigos, por cientos y miles, viajaban por todo el país en trenes de mercancías. Cuando un gran tren se detenía en una estación, a menudo soltaba una veintena de estos pasajeros, como bayas que caen de las ramas. Cuando encontraban un modo de meterse en vagones vacíos, de subirse al techo o de encogerse sobre los enganches, se decía que hacían «el gallo»; cuando se situaban en la sección inferior, aferrados o atados a los «aparejos», se decía que hacían «la zarigüeya». Era emocionante y peligroso. George y sus amigos viajaban con frecuencia a Fort Barry o a Summerville y regresaban en la misma noche.

—¡George! Prométeme que nunca volverás a montarte en esos trenes de mercancías.

—*Maman*, sabes que juré que nunca volvería a hacer ninguna promesa.

—¡Por mi bien! George, ¡hazlo por mi bien!

—*Maman*, ¿por qué no me dejas darte una sola, solo una hora de

clase de ruso a la semana?

—Oh, *chéri*, no podría aprender ruso. ¿Cuándo iba a utilizarlo?

—Pues es que cuando esté en Rusia y me haya establecido, tú y las chicas os vendréis a vivir conmigo.

—¡¡George!!… ¿Y quién iba a cuidar de tu padre?

Le pidió que permaneciera en uno de esos institutos; ¡seis meses al menos!

—Quiero que tengas una educación, George.

—Tengo una educación mejor que los tipos de esas escuelas. Sé álgebra y química e historia. Son los exámenes, sencillamente no me gustan los exámenes. Y no me gusta dormir en una habitación con otros tres, ocho o cien. Apestan. Y son tan infantiles… Tú eres mi educación, *Maman*.

—¡Oh, no digas esas cosas!

—Papá fue a la universidad y no tiene más educación que una pulga.

—¡Ya está bien, George! No te permitiré que digas esas cosas. No te lo permito.

Eustacia tenía una preocupación mayor: ¿sufría George «ataques»? ¿Estaba, quizá, «loco»? No tenía una idea clara sobre lo que eran los «ataques», tampoco conocía rasgos por los que distinguir la locura. A inicios del siglo XX tales males y temores eran demasiado vergonzosos para discutirlos con alguien que no fuera el médico de la familia, y aun así, siempre en voz baja. Pero el médico familiar de los Lansing era terriblemente duro de oído. Incluso si Eustacia hubiera respetado las habilidades del doctor Gridley, no habría sido capaz de gritarle los detalles del comportamiento de George. Años atrás Breckenridge Lansing había reñido con el doctor Gillies. El doctor Gillies lo había corregido, del modo terminante tan habitual en él, en una cuestión médica. Lansing no admitía fácilmente las correcciones. Había estudiado un curso de preparación para la carrera de Medicina en su juventud. Su padre era el mejor farmacéutico del estado de Iowa y Breckenridge lo había ayudado durante más de dos años en la farmacia familiar. Era más médico «con el meñique» que ese viejo curapupas tras toda una vida

dedicada a la profesión. Se negaba a saludar al doctor Gillies por la calle. Le comunicó a Eustacia que en adelante visitarían al doctor Jabez Gridley, el médico encargado de la enfermería de la mina. El doctor Gridley era un anticuado «pobre John», como tantos otros. Además de estar «sordo como una tapia», había perdido visión. Si se le describía la herida, la quemadura, el forúnculo o el sarpullido, podía en algunos casos ser de utilidad. Eustacia consultó sus diversos manuales domésticos (*Primeros auxilios para la familia* y *Mientras esperas al médico*) y supo que el chico no mostraba los síntomas clásicos de la epilepsia. Asimismo, sabía que era un actor tan concienzudo que era difícil distinguir si se abandonaba a fantasías imaginarias o si estaba en su sano juicio. Golpeaba el suelo con los puños y aullaba como un lobo hambriento; se lanzaba a dar vueltas a toda velocidad en una habitación y a subir y bajar la escalera gritando «caoba» o «begonia». En su fascinación por el riesgo, se balanceaba en el tejado de San Cristóbal bajo la luna llena o escalaba los nogales más altos y saltaba de rama en rama a las tres de la madrugada. Cruzaba la laguna de la vieja cantera atado con cuerdas cuando el hielo comenzaba ya a fracturarse, acompañado del más musical de los crujidos. Todo Coaltown e incluso sus subyugados mohicanos daban por seguro que estaba «loco como un jerbo». Eustacia guardaba gran respeto por las opiniones del doctor Gillies (cuya esposa era plenamente consciente de que él admiraba «servilmente» a la señora Lansing) y lo había consultado habitualmente a espaldas de su marido. Eustacia pagaba estas visitas —la anemia de Félicité y los dolores de oído de Anne— de su propio bolsillo. Se decidió a visitarlo. El doctor Gillies aceptó mantener una larga conversación con George. Este dio un recital de inteligencia, equilibrio, ingenio y educación. El doctor Gillies no se dejó engañar.

—Señora Lansing, saque a este chico de Coaltown o tendrá problemas.

—Pero ¿cómo, doctor?, ¿cómo?

—Dele cuarenta dólares y dígale que se marche a San Francisco a ganarse la vida. Será capaz de cuidar de sí mismo sin problemas.

No está loco, señora Lansing; solamente está enjaulado, atrapado. Se asume un gran riesgo cuando se encierra a un ser humano con vida. No le cobraré nada por esta visita, señora Lansing. He disfrutado mucho de la conversación —tras pronunciar esto último, el doctor Gillies soltó una larga carcajada sosegada.

Eustacia no se atrevió a seguir la recomendación del médico, pero mantuvo un monedero preparado con cuarenta dólares.

El nivel de infelicidad de Breckenridge Lansing se podía calibrar por el alcance de sus alardes. Era el hombre más feliz de Estados Unidos. Había necesitado veinte años de trabajo duro y gestión meticulosa pero —¡gracias a Dios!— esas minas estaban produciendo como nunca antes. Un hogar bien gestionado, estadounidense, amoroso: ¡ahí está todo! No hay nada como regresar al final del día a la familia. Su audiencia bajaba la vista.

No era solo infeliz, sino que estaba también asustado. Le encantaban sus asociaciones y logias, pero a pesar de ser el ciudadano más importante de Coaltown, ya no era elegido para presidirlas. Los hombres de Coaltown estaban divididos en dos tipos: los que vestían cuellos altos almidonados cuando más apretaba el sol y aquellos que no lo hacían. El primer grupo no frecuentaba las tabernas de la carretera del río. No los saludaban por su nombre de pila en el Abrevadero de Hattie. No regresaban al amanecer de la choza de Jemmy, donde, entre partidas de cartas, pasaban noches enteras tratando de azuzar sangrientas peleas de gallos, perros, gatos, zorros, serpientes y jornaleros borrachos. Si un respetable padre de familia sentía necesidad de algo de diversión y disolución, organizaba un viaje de negocios a San Luis, Springfield o Chicago. Lansing no comprendió inicialmente ciertas advertencias hechas por los patrones de sus logias. Nadie recordaba que un miembro hubiera sido expulsado de tan augustas asambleas, pero podía preverse el límite de su paciencia.

Lansing se había lanzado a fundar la mayor de las instituciones: un hogar estadounidense temeroso de Dios. Defendía que un marido y padre debía ser amado, temido, honrado y obedecido. ¿Qué había sucedido? Su comportamiento no había sido

inmaculado, de eso era consciente; pero el de ningún hombre con sangre en las venas lo es. El de su padre no lo había sido. A la hora de gestionar los asuntos cotidianos se sabía inteligente, concienzudo y diligente. Reconocía no tener talento para los detalles. Sus puntos fuertes eran la planificación y la previsión; siempre se pueden dejar los detalles para los apocados zánganos. Lansing era desdichado, tenía miedo y estaba desconcertado.

Durante el juicio, la personalidad de Breckenridge Lansing emergió sin mácula. Los seres humanos protegen a aquellos cuyas flaquezas no suponen una amenaza para su propiedad y cuyas virtudes no devalúan las propias. Ashley era ese ser extranjero proveniente de otras latitudes —del futuro, quizá— que, siempre y en todas partes, había sido excluido.

En el mundo habitado por los Lansing de Iowa y Coaltown, se daba por supuesto que un hombre jamás enferma. La enfermedad entre los varones se acaba a los quince años y vuelve a comenzar, entre los menos resistentes, a los setenta. Esto confería una tenue ironía a los saludos cotidianos: «Hombre, Joe, ¿qué tal?». «Aguantando, Herb; sobreviviendo». Así pues, cuando en febrero de 1902 Breckenridge Lansing confesó a su mujer que no se encontraba bien, que «la comida no le sentaba bien» y que sentía «algo como una quemazón y unos pinchazos» en el estómago, Eustacia fue consciente inmediatamente del alcance de su sufrimiento. Rechazó inicialmente ver al doctor Gillies y pidió ser tratado por el doctor Gridley. Cuando Eustacia señaló que se vería obligado a gritar los detalles de su malestar para que medio Coaltown pudiera oírlo, aceptó recibir a Gillies, «ese viejo curapupas». Eustacia esperaba en los escalones del porche a que concluyera la visita del doctor Gillies.

—Señora Lansing, su marido no quiere contarme nada. ¿Cree que siente verdadero dolor?

—Sí, sí que lo creo.

—No me deja siquiera palparlo más de un minuto. Dice que hago el tonto en el sitio equivocado. Me ha ordenado con todo detalle dónde tenía que palparlo. Le he dicho que existía una

posibilidad de que se encontrara realmente enfermo. Le he recomendado que vea al doctor Hunter en Fort Barry, incluso que vaya a Chicago. Dice que no pondrá un pie fuera de su casa. ¿Dónde tiene un escritorio? Quiero redactarle unas instrucciones.

El doctor Gillies se sentó y pensó. Girándose, miró a Eustacia a los ojos.

—Estoy escribiendo un listado de preguntas sobre sus síntomas. Envíe a uno de los niños a mi casa cada mañana con un informe… Señora Lansing, todo Coaltown sabe que su marido rechazó hablar conmigo en la calle durante seis años. Esto me impide actuar o ser de gran utilidad. Debería usted pedirle al doctor Hunter que viniera a visitarlo. Cuanto antes mejor. ¿Se lleva bien con el doctor Hunter?

Eustacia enarcó las cejas.

—Vienen tiempos difíciles para usted, señora Lansing. Haré cuanto pueda.

Lansing insistió en que su cama fuera preparada en la planta baja, en el «invernadero» del comedor. La palabra «dolor» nunca fue mencionada en la casa; se comentó mucho si se encontraba cómodo. Subsistía alimentado de gachas y caldo de ternera, aunque ocasionalmente pedía a gritos un filete. Cuando estaba incómodo le daban algunas gotas de láudano. A veces parecía recuperarse durante varios días. Al primer síntoma de mejora se vestía y paseaba todo lo largo de la calle principal. John Ashley lo visitaba cada día y le entregaba un gran fajo de documentos para que los firmara, lo que le permitía desempeñar sus obligaciones laborales de forma digna de admiración.

Coaltown asistía a la enfermedad de Lansing con gran interés. Durante el juicio, sobre el juez y los miembros del jurado planeó la convicción de que Ashley y Eustacia Lansing habían estado durante meses envenenando al finalmente difunto.

Noche tras noche, noche tras noche, Eustacia se sentaba junto a él o se recostaba en un sofá. Su marido insistía en que la lámpara de queroseno, con su tranquilizadora pantalla verde traslúcido, permaneciera encendida hasta el amanecer. Abandonó toda intención de dormir; lo hacía durante el día. Quería hablar. El

silencio lo oprimía. Siempre mantuvo la esperanza de que hablando, hablando, hablando, pudiera alterar el pasado, conjurar el futuro e imponer una imagen apreciativa de sí mismo sobre el presente. Durante los primeros días hubo algunos intentos de jugar a las damas o al parchís, o de leer en voz alta *Ben-Hur*, pero el paciente estaba demasiado ocupado con sus pensamientos para atender otros intereses. Más allá de la puerta de cristal que comunicaba con el jardín, los búhos ululaban, heraldos de la primavera; en una noche calma podían oír las ranas jóvenes croando en el estanque. Iluminada por la sombra de la lámpara, Eustacia cosía o, tumbada en el sofá, miraba el techo. A menudo sus dedos avanzaban sobre las cuentas de un rosario bajo su largo chal.

Incluso un hombre sano, despertado por accidente a las tres de la madrugada, es repentinamente consciente de los latidos de su corazón, que se apagan hacia el agotamiento final, de sus pulmones empujando al cuerpo como una locomotora que, en un paisaje solitario, porta con firmeza su carga hacia el Pacífico, a alguna última estación de descarga. Pero Breckenridge Lansing, ya de por sí aterrorizado, debía distraer su mente de esos «pinchazos y quemazones» mediante las palabras. Finalmente el cielo se iluminaba. Existen pocos males del ser humano para los que la llegada del día no parezca ofrecer un alivio.

Noche tras noche conversaban. A ratos él se dejaba caer en sensiblerías, pero Eustacia no estaba dispuesta a aceptarlas. Ella era capaz de manejar la autoestima de su marido bruscamente. Alternaba el rigor y los bálsamos. Existe un cierto consuelo en ser reprendido con justicia; pero solo a intervalos y dentro de unos límites. Breckenridge parecía deseoso de confesar cualquier defecto que no afectara a lo esencial.

Tres de la madrugada (Pascua, 30 de marzo de 1902):

—¡Stacey!

—Dime, querido.

—¿Tienes que estar con la maldita aguja todo el tiempo?

—Oh, ya sabes cómo somos las mujeres. Coser no consume toda nuestra atención. Podemos escuchar y ver cuanto nos rodea. ¿Qué me querías decir?

Silencio.

—Stacey, a veces te he dicho cosas que realmente no quería decir. No era eso lo que pensaba de ti en realidad.

Silencio.

—Bueno, di algo. No te quedes ahí como un pasmarote.

—Sí, Breckenridge, a veces eres muy estúpido.

—¿Estúpido? ¿Qué quieres decir con estúpido?

—Bueno, no hace falta que te ponga muchos ejemplos. Te pondré uno. Recordarás que dos noches atrás me dijiste: «No sabes cómo me siento, Stacey. Tú nunca has estado enferma». ¿Te acuerdas?

—Sí. Es cierto. ¿Por qué es eso estúpido?

—Olvidas, Breckenridge, que perdí tres hijos. Me sentía, como tú dices, «incómoda», muy «incómoda», durante veinte e incluso cuarenta horas.

Silencio.

—Ya veo a lo que te refieres… Lo siento, Stacey. ¿Me perdonas?

—Sí, te perdono.

—No lo digas, no te limites a decir que me perdonas. Perdóname de veras. Perdóname.

—Te perdono, Breckenridge. Te perdono.

—Stacey, ¿no podrías llamarme Breck una sola vez?

—Sabes que no me gustan los diminutivos.

—Bueno, pero es que estoy enfermo. Hazme el favor. Llámame Breck. Cuando vuelva a estar bien, me puedes llamar como quieras.

Eustacia estaba apostando fuerte. A su parecer, con los medios de los que disponía (*faute de mieux*, como se decía irónica), estaba preparando a su marido para la muerte. Trataba de ayudar a nacer a su alma; nacer al conocimiento de sí mismo, al arrepentimiento y a la esperanza. Este proyecto se desarrollaba ante dificultades peculiares. Cualquier palabra que sonara ligeramente edificadora provocaba en Lansing un estallido de rabia, una rabia blasfema.

Durante un corto tiempo se había preparado para ser clérigo; era capaz de oler los comentarios edificadores a distancia y poseía un amplio vocabulario para despreciarlos. Por otra parte, una tercera persona escuchaba a menudo estas conversaciones. Durante varios años, en rara ocasión había George accedido o abandonado la casa por las puertas de la planta baja. Entraba y salía por la ventana de su habitación: desde las ramas de los árboles, por los maderos que sobresalían de la pared, escalando el porche trasero y avanzando por los aleros del tejado. Con la enfermedad de su padre, convirtió en costumbre merodear en torno a la casa. Su madre oía los pasos en el suelo mullido del deshielo tardío de primavera. Alguien había descrito el rostro de George como el de «un lince furioso»; también tenía sus almohadilladas garras. Eustacia tenía oído de felino y sabía cuándo mantenía su hijo las orejas pegadas a la ventana semiabierta. La voz de Lansing se elevaba a menudo enrabietada; arrojaba los objetos que encontraba a mano. George estaba ahí para proteger a su madre.

El proyecto de Eustacia no solo era difícil, era quizá imposible.

Tres de la madrugada (martes, 8 de abril):

Lansing se despertó repentinamente de una cabezada.

—¡Stacey!

—¿Sí, querido?

—¿Qué haces?

—Estoy rezando por ti, Breck.

Silencio.

—¿Por qué rezas… para que mejore?

—Sí. Y hay una frase en tu Biblia que me gusta: rezo para que seas «sano»[99].

Silencio.

—Seguro que piensas que me voy a morir.

—Sabes muy bien que yo no sé nada de esas cosas. Pero, Breck, creo que estás realmente enfermo. Creo que deberías ir a algún sitio donde puedan cuidarte mejor.

—No voy a ir, Stacey. No. No hay enfermeras mejores que tú. Me volvería loco en cualquier otro sitio.

—Pero yo estaré allí también.

—Tendrán alguna vieja bruja vestida a rayas grises y blancas. No dejarán que te sientes a mi lado como ahora.

—Ojalá yo fuera una vieja bruja vestida a rayas grises y blancas. Tengo todo el tiempo este miedo a no saber suficiente.

—Stacey, te quiero. ¿No puedes meterte eso en tu cabezota, que te quiero? No estoy dispuesto a marcharme a ningún maldito hospital donde solo te permitan entrar media hora al día. Stacey, ¿quieres escuchar, por una vez, lo que te estoy diciendo? Prefiero morir teniéndote cerca que vivir para siempre sin ti.

Eustacia clavó las uñas en los brazos del sillón. Venimos al mundo a aprender.

Lansing prohibió a sus hijos entrar en la habitación. Ni siquiera se les permitía saludarlo desde la puerta. Estaba temporalmente indispuesto; los vería cuando se recuperara. Prohibió a Eustacia informar de su enfermedad a su padre, a su hermana, a su hermano Fisher. Su madre había muerto. Hizo saber a Ashley que una visita en días alternos sería suficiente. Un día, ya entrada la tarde, Eustacia fue requerida en la puerta de su casa. Beata había llevado un plato de su famoso pollo alemán con tallarines. Lansing estaba furioso. Solo los hogares en los que había un inválido recibían comida como regalo.

Día tras día, noche tras noche. Eustacia apenas salía de la habitación. Se dio cuenta de que los sueños de su paciente durante el día eran distintos a los que ocupaban su intermitente descanso por la noche. De día soñaba con cazar. Disparaba a los animales. Incluso se imaginaba liderando tropas en la guerra contra los españoles, con gran éxito. Disparaba a los españoles. El asesinato del presidente McKinley[100] el año anterior había espoleado su imaginación: era alternativamente asesino y víctima. Por la noche caminaba perdido, en lugares extraños, subiendo y bajando escaleras, en los

interminables corredores de las minas. Llamaba a su madre.

Nadie dormía tranquilamente en San Cristóbal. George merodeaba. Eustacia encontraba a sus hijas dormidas en la habitación de invitados, en la sala de costura, en sofás, en sillones. Grandes cantidades de cacao se preparaban al despuntar el día.

Dos de la madrugada (miércoles, 16 de abril):

—Chicas, traed vuestras tazas al salón. Quiero comentaros una cosa. He buscado a George por todas partes. No sé dónde puede estar.

Félicité y Anne se sentaron en el suelo, a los pies de su madre. George apareció de repente en la puerta y allí se quedó escuchando.

—*Mes très chers*, es posible que pase un tiempo hasta que vuestro padre se recupere completamente. Vamos a hacer todo lo posible para que esté cómodo, pero tenemos que pensar en nosotros también. ¿Conocéis esa tienda vacía en la calle principal donde el señor Hicks solía vender quincalla? Voy a alquilarla. Vamos a abrir una tienda. Haremos turnos para atender a los clientes.

—*Maman!* —El escaparate será organizado por Félicité, que tiene el mejor gusto del mundo. Lo cambiaremos con frecuencia. No habéis olvidado que dirigí una tienda yo sola cuando tenía diecisiete años, ¿verdad? Anne ha heredado eso. Tiene muy buena cabeza para la gestión y los detalles. Será nuestra mejor dependienta y cajera.

—*Maman!… Ange!*

—George también tendrá cosas que hacer. Llegaré a eso en un minuto… ¿Qué hace la gente joven después de la cena? Recorren una y otra vez la calle principal solo para pasar el rato. Pero los escaparates están todos a oscuras. Además, todo el mundo sabe lo que hay en ellos. El precioso escaparate de Félicité estará iluminado hasta las nueve. Una semana mostrará cosas para chicas y mujeres. Ya veo a Félicité colocando terciopelo en la base, quizá ondulado. Habrá diarios encuadernados en piel, en rojo, con pequeños candados, y cuadernos de notas y sedas y lanas. Y regalos de boda y

de cumpleaños: tarjeteros, tijeras y un millón de cosas. Y libros como los que pido a Chicago: *Conoce a tu gato* y *Los viajes de Daisy a París* y *El tesoro de la poesía*.

—*Maman!*

—Pero cuando la gente piense que nuestra tienda es solo para chicas, se llevarán la sorpresa de sus vidas. Habrá una semana para chicos y hombres. Ahí es donde George nos puede ayudar. Cañas de pescar y cebo; un martillo de geólogo y el mapa de explorador de los condados de Grimble y Kangaheela. George nos prestará su colección de minerales y Félicité los dispondrá para que se pueda pasar una hora mirándolos. Habrá libros: *Serpientes de los Estados Centrales, Las tribus indias del valle del Misisipi, Setas y hongos venenosos*, el libro sobre cómo cuidar a tu perro y *Con Clive en India* y todos los libros de Henty[101]. Y Roger Ashley nos prestará su colección de puntas de flecha indias. ¿No creéis que la gente joven mirará ese escaparate… y comprará cosas?

Anne se abrazó a las rodillas de su madre.

—Oh, *Maman*, ¿cuándo podemos empezar?

—Tendremos una biblioteca, por supuesto, y montones de cosas relacionadas con el arte: ceras de colores, acuarelas y libros para aprender a pintar. Y cuando hayamos ganado algo de dinero, creo que abriremos otra tienda y, ¡adivinad!, ¡contrataremos a la señorita Doubkov! Así habrá otro escaparate iluminado por la noche. Y ella podrá pedirle a Lily Ashley o a Sophia que la ayuden. Pero eso no es todo…

—Oh, *Maman*, ¡me estás dejando sin aliento!

—Mucha gente de Coaltown piensa que bailar es horrible. ¡Estupideces! Coaltown está treinta años atrasada. Alquilaré el salón de los Odd Fellows[102] y tendremos clases de baile dos veces al mes.

—¡*Maman!* ¡No vendrá nadie!

—La señora Ashley será la profesora. Dejaremos las cortinas abiertas para que todo el mundo pueda verlo. Tendremos a cuatro Ashleys y tres Lansings para empezar. Le pediré a la señora Bergstrom y a la señora Coxe que vigilen el local y sus hijos podrán tener clases gratuitas. Luego tendremos charlas para la gente joven.

La señorita Doubkov podría hablar de Rusia y de sus viajes. Yo hablaré de las seis reglas de la cocina francesa. Lily Ashley podría cantar. Quizá representemos una obra o escenas de Shakespeare. George podría hacer sus monólogos de *Hamlet* y *El mercader de Venecia*. Lily recita muy bien también. No hay necesidad de que Coaltown sea tan estrecha de mente, seria y aburrida.

Desde el otro lado del comedor llegó la voz de Lansing:

—¡STACEY! ¡STACEY!

—Sí, querido. Voy.

—¿Qué hacéis ahí con tanto cacareo?

—Ya voy, querido. Un minuto. Bueno, chicos, quiero que os vayáis a dormir. Mañana me diréis lo que pensáis de nuestros planes.

Las chicas, exhaustas ante tantos proyectos, apenas podían alcanzar sus camas. George se quedó en la puerta, mirando a su madre con ojos absortos y rabiosos.

—George, ¿qué pasa?… ¡Respóndeme! ¿Por qué me miras así?

—¡Te pegó!

—¿Pero qué dices? ¿Pegarme? ¿Que tu padre me pegó? No, no me ha pegado.

—¡TE PEGÓ!

—George, ¿cuándo crees que me pegó?

—Ayer. ¡A esta hora!

—¿Ayer?… Estás siempre imaginándote cosas. Anoche tu padre no se sentía bien. Estaba un tanto enojado. Estaba moviendo los brazos de un lado para otro y tiró la botella de agua de la mesa.

—¡STACEY! ¡STACEY!

—Ya voy, Breck… *Mon cher petit*, no puedes empezar a exagerar las cosas precisamente cuando necesitamos tener la mente fría y toda la paciencia del mundo. Y, George, te voy a decir otra cosa. —Lo cogió de la mano—. No está bien escuchar las conversaciones de los demás. Los adultos no hacen eso, no es honrado. No quiero que vuelvas a hacerlo.

George liberó la mano de las de su madre y salió corriendo de la casa por la puerta de la cocina. Eustacia nunca estuvo

completamente segura, después de esto, de si alguien escuchaba las conversaciones de la habitación del enfermo. Sabía que los mohicanos se enorgullecían de su capacidad para desplazarse sin hacer un ruido por los bosques más oscuros, sobre las hojas secas.

—¡Stacey! ¿Qué andabas haciendo?

—Solo estaba riñendo a los niños, Breck. Nadie parece dormir en esta casa. Sería de gran ayuda si recordaras no gritar. E intenta no tirar cosas al suelo.

—He oído la voz de George también.

—Sí, le he dado también una buena reprimenda.

—Eso no te ha llevado toda una hora. Tanto cuchicheo… Supongo que sé de lo que estabais hablando.

Noche tras noche, excepto ante la peor meteorología, Eustacia se envolvía en el chal, salía por las puertas de cristal, avanzaba sobre el camino de gravilla y permanecía inmóvil un momento en la calle principal.

La conversación de su marido se tornaba cada vez más quejumbrosa. Su necesidad de atención comenzaba a transformarse en un afán de herir a su mujer.

—La vida no es más que una maldita coz. Métase eso en la cabeza, señorita Sims. Y eso incluye a los propios hijos… No puedes decir que sea responsable en modo alguno de haberlos consentido. Filly es tan engreída como la reina de Saba. A George lo detendrán un día de estos y pasará el resto de su vida en prisión. Anne solía, antes, solía respetar a su padre, pero algo pasó… ¡Tú y tus palabrerías católicas, apostólicas y romanas! Menudo montón de estupideces te trajiste de esas islas de negros tuyas.

—Sigue, Breck. ¡Me gusta escucharte decir cosas así! Sabes que no son verdad. Te estás liberando de algún rancio veneno de tu interior. ¡Venga! Tenemos un dicho: «El diablo escupe con más fuerza justo antes de marcharse». Estás mejorando.

—¡Jack Ashley! ¡Dios! Es como un cachorro que no tiene los ojos abiertos aún. No es más que un marica. ¡Y esos inventos suyos!

No tiene cerebro ni para inventar un abrelatas… ¿DÓNDE VAS?

Lo aterraba estar solo. Lo aterraba el silencio.

—Me voy a dar un paseo.

Regresó.

—¿Qué has hecho?

—Oh, nada, Breck. Mirar las estrellas. Pensar.

Silencio.

—Para eso no necesitabas toda una hora.

Silencio.

—¿Qué piensas cuando piensas?

—Todos estos años que he pasado en este país he echado de menos el mar. Es como un suave dolor de muelas que nunca cesa. El mar es como las estrellas. Las estrellas son como el mar. No tengo pensamientos originales, Breck. Solo los pensamientos que millones de personas tienen cuando miran el mar o las estrellas.

Breckenridge deseaba preguntar cuáles eran esos pensamientos. Temblaba. Quería traerse esos pensamientos de ella desde todas esas estrellas; y, como era habitual, se enfadó. Comenzó a sacudir los brazos y, como era habitual, golpeó los objetos que descansaban sobre la mesita de noche. Su campanilla cayó al suelo con un gran estruendo. Eustacia cruzó la habitación hacia la ventana y miró al exterior.

Había una gran mesa en la sala de costura. George y Félicité jugaban a las cartas, pero George era incapaz de concentrarse en el juego; no le importaba ganar o perder. Insistió en que la puerta permaneciera abierta. Podían oír a lo lejos la charla, palabras, palabras y más palabras, en la habitación del enfermo, la antigua sala de juegos de la planta baja. («Felices Debevoise, ¿dónde estaréis ahora?»). Cuando lo alcanzaba la voz de su padre, en iracundos gritos, o los sonidos de los objetos al golpear el suelo, Félicité ponía una mano sobre el brazo de su hermano para calmarlo. (Tenía «ataques». Quizá estaba loco). Pero su hermano salía de la habitación, se encaramaba a las paredes de la casa y merodeaba.

A menudo se sentaban en silencio durante horas.

—Si le pega a *Maman*, lo mataré.

—¡Jordi! *Père* nunca pegaría a *Maman*. Está enfermo. Quizá sufre dolor. Está molesto. Pero sabe lo necesaria que le es ella. Nunca la golpearía.

—No sabes lo que dices.

—Sí que lo sé. Incluso si… si perdiera los estribos, *Maman* lo comprendería. Ella lo perdonaría. Jordi, exageras todo demasiado.

Media hora de silencio.

—Si pensara que *Maman* está a salvo, me marcharía una temporada.

—Yo te echaría de menos, pero creo que sería bueno si te marcharas una temporada, corta, una corta temporada.

—No tengo dinero.

—Yo tengo dieciséis dólares ahorrados. Te los daré ahora mismo.

—No te los voy a coger… Intenté vender mi escopeta hoy. El señor Callihan solo me da doce dólares.

—*Maman* te dará algo. Se lo pediré.

Conocemos la idea de John Ashley en el hemisferio sur acerca de «sostener las paredes» de su hogar. Hemos visto a Sophia y a Eustacia apuntalar paredes y tejados. Año tras año Félicité retrasaba su preparación para dedicarse a la vida religiosa con el objetivo de hacer cuanto pudiera por San Cristóbal. George, quizá, estaba un poco loco. Ante cualquier circunstancia sufría tormentas cerebrales. Félicité sabía de tres formas para distraerlo, si bien brevemente, de estos pensamientos oscuros. Sabía que podía recurrir a estas solo de forma aislada; no podía viciarlas a causa de la repetición. Podía dirigir la conversación hacia Rusia; podía debatir las gloriosas, deslumbrantes perspectivas que tenían ambos ante sí; podía convencerlo para que declamara poemas y representara escenas teatrales. George solo había hablado con una persona de su ambición de ser actor. No le había contado a nadie su ambición de ser actor en Rusia: esa ambición era demasiado secreta, demasiado íntima, demasiado ridícula, demasiado cargada de asombro,

esperanza y desilusión. Dejó que su hermana creyera que aún pensaba dedicarse a salvar del exterminio a los leones, los tigres y las panteras de África, y a vivir entre ellos en un circo, exhibiendo su belleza y poder a la audiencia. Félicité nunca había visto una obra de teatro; ni siquiera *La cabaña del tío Tom*. Pero la señorita Doubkov, que había enseñado a Lily Ashley a comportarse en un auditorio, también había entrenado a Félicité y a George en la lectura formal de las fábulas de La Fontaine. Les había abierto los ojos a la dificultad de declamar un verso correctamente, solo uno. Al pasar por París durante la huida de su familia hacia el Nuevo Mundo había escuchado a la mejor de las *diseuses*—, había logrado contemplar un instante de simplicidad: la estrella polar y el tormento del gran arte. Años más tarde, en la sala de costura, una noche de cada cuatro, Félicité lograba convencer a George para trabajar algunas «obras». Representaban escenas de *Athalia* y de *Británic*[103] (George era todo un Nerón), de *Hamlet* y de *El mercader de Venecia*. George podía ser muy divertido también representando al avaro de Moliere y su cofre, o a Falstaff y su honor. Se olvidaba de sí mismo y elevaba la voz. Esto despertaba a Anne; público cautivo y cariñoso («Haz ese en ruso, George… ¡por favor!»), que era incapaz, no obstante, de permanecer despierta mucho tiempo. Su madre aparecía en la puerta y escuchaba hasta que el pasaje llegaba a su final.

—¡Oh, queridos! ¿No vais a dormir nunca? Venga, escuchad: cada uno de vosotros me recita algo hermoso a mí y luego me prometéis que os marcháis a la cama.

Esto era un error. Eustacia, a quien las dificultades nunca le provocaban una lágrima, se convertía en lo que ella definía como «una perfecta estúpida» en presencia de la belleza.

Su hijo malinterpretó el origen de estas lágrimas.

Noche tras noche:

Durante la última semana de abril la atmósfera de la habitación del enfermo transmitía un cambio. Lansing parecía mejorar de su

enfermedad. La utilización del láudano se vio reducida. Eso sí, el paciente no tenía voluntad de abandonar su cama. Las conversaciones a lo largo de la madrugada se habían convertido en un hábito y en un juego cruel. Se convirtió en una persona autoritaria, peor que autoritaria, maliciosa.

Lloriqueante: Él la amaba. ¿Lo amaba ella? ¿Lo amaba verdaderamente? ¿Cuándo fue el momento en el que menos lo quiso? ¿Cuándo fue el momento en el que más? Cuando encontró a esa jovencita en la isla de San Cristóbal previo que sería la mejor mujercita del mundo. Oh, sí, sí que lo previo. No era ningún tonto.

Agresivo: ¿Había ella amado a algún otro hombre desde que salió de la isla? No se refería a si se había comportado mal, ¿había sencillamente amado a alguien? Exigía una respuesta honesta. ¿Lo juraría? La voz de su mujer no parecía indicar lo que sus palabras decían. Apostaría a que había alguien. Ella le ocultaba algo. Ese tipo de Pittsburgh, ¿cómo se llamaba? Leonard algo. Dijo que ella era bastante atractiva. El tipo ese con el gran bigote de sauce llorón. ¿Era él?

Malicioso (digresiones relajadas de las que rápidamente armaba un ataque por sorpresa): ¡La forma en la que gestionaba esa tienda en Basseterre! ¡Insuperable! La cabecita más lista del Caribe. ¡La pequeña Shylock[104]!… Todos los oficiales de esos barcos extranjeros. Las chicas se vuelven locas por los uniformes… No lo sorprendería… Montones de habitaciones traseras… Había estado tan ciego como un murciélago. Seguro que ella le había mentido toda la vida. Iba a Fort Barry a la iglesia. ¿A quién veía allí?

—Basta, Breckenridge, no puedo soportar que sigas así eternamente, estoy agotada. Apenas he disfrutado de lo que sería el sueño de una noche en cinco semanas. Le voy a pedir al doctor Gillies que envíe a la señora Hauserman para estar contigo. Solo estás tratando de atormentarme. Es malo para ti, te perjudica. No me atormentes, Breckenridge. Solo te haces daño a ti mismo.

—Pues dame una respuesta sincera y dejaremos el tema.

—Si no crees lo que te digo, no soy de ninguna utilidad para ti. Si no respetas veinticuatro años de vida matrimonial, échame de la

habitación.

—¿DÓNDE VAS?

—Breckenridge, voy a tumbarme en el salón. Si me necesitas realmente, toca la campanilla. Pero no me llames para seguir diciendo estupideces. Te traeré las gachas a las cuatro.

Pero eran precisamente esos veinticuatro años de vida matrimonial los que no permitían un gesto tal de independencia. Salir de la habitación era la única represalia que se podía permitir, el único castigo; pero ella no estaba allí para castigarlo. Breckenridge tocó la campanilla con furia. Eustacia capituló. Regresó a la silla iluminada por la traslúcida pantalla verde. La cuestión más dolorosa de esta fase fue la ausencia de cualquier ligera insinuación de un plano espiritual; aunque en ello, también, se encontraba lo más interesante. Eustacia nunca dudó de que el espíritu de su marido luchaba tras ese comportamiento. La crueldad y la hipocresía son interesantes. Sentía —sabía— que los incesantes ataques de Breckenridge eran una máscara tras la que se ocultaba su arrepentimiento por haberla abandonado, por sus numerosas y sombrías infidelidades. Él la provocaba para que ella lo atacara y lo recriminara; pero eso era demasiado sencillo. Breckenridge debía enfrentarse al juez de su interior. «El diablo escupe con más fuerza justo antes de marcharse». Cuando la justificación de los propios actos es tan apasionada, ¿viene seguida del arrepentimiento?

El doctor Hunter había ordenado que fuera alimentado cada cuatro horas.

Ella le entregó las gachas a las cuatro. En fases anteriores se habían producido momentos agradables a la hora de las gachas. Era un juego. Ella las espolvoreaba ligeramente con canela o ralladura de cáscara de limón. Escondía dos o tres pasas. Tres lágrimas de jerez. Las atenciones que acompañan a la alimentación fortalecen tanto los afectos como la repulsión. El juego se había acabado.

—¿Cómo puedo saber que ibas a la iglesia en Fort Barry? ¿Cómo sé que no eres la comidilla del condado… tú y el doctor Hunter?

Eustacia miraba una y otra vez las puertas de cristal que

comunicaban con el jardín. Se levantó y se dirigió rápidamente al vestíbulo. Félicité estaba sentada en la escalera.

—Vete a la cama, Félicité. No quiero que escuches nunca, jamás, lo que dice tu padre cuando está incómodo.

—No estaba escuchando, *Maman*. Estaba sentada aquí para evitar que George lo haga. A veces pasa horas aquí sentado.

Eustacia soltó una sonora carcajada. Sus ojos barrieron el techo, angustiados.

—*Vate coucher, chérie.*

Regresó a la habitación del enfermo y se recostó en el sofá, cubriéndose los ojos con una mano. Su marido charlaba en una continua monotonía. Ella le proporcionaba las mínimas interjecciones que tan necesarias le eran. «¡Vaya!», «¡No!», «¡Habla de otra cosa!».

Sí. Había amado a otro hombre. No le remordía la conciencia. Había superado la nostalgia y la angustia. Ese amor era una corona en su cabeza, una medalla en su pecho. No podía pensar en ello sin esbozar una sonrisa. La ayudaba a menudo, como sucedía en ese momento. Anteriormente se había atormentado preguntándose a sí misma y al mismo cielo de la noche si su amor era correspondido. Eso ya no importaba. Sus miradas se habían encontrado miles de veces. El amor nos rodea de muchas formas: él la amaba.

Medianoche (sábado a domingo, 3 y 4 de mayo):

—Aquí tienes las gachas.

—No las quiero.

—Te las calentaré cuando tengas hambre.

Silencio. Prolongado silencio. Eustacia había aprendido que cuando él guardaba silencio era para conseguir «un efecto». Estaba preparando una escena. Breckenridge tenía mucho de actor. Durante el año que pasaron en Pittsburgh, Eustacia había asistido con regularidad a las sesiones de tarde de los miércoles en el teatro. Por quince centavos podía conseguir un asiento en el anfiteatro superior, y tal había hecho durante muchos meses hasta que su

embarazo hizo su presencia en la calle «indecorosa». Le encantaba y despreciaba el teatro. Los efectos eran calculados, tal y como hacía Breckenridge en ese momento. Esta visión de su marido tratando de superarla en inteligencia, en perspicacia, lo hacía aún más penoso.

Ella lo amaba. Sí, eso era a lo que la había llevado el matrimonio. Lo amaba como *créature*. Como la mayor parte de las personas completamente bilingües, pensaba en dos lenguas. Acerca de la maquinaria más superficial de la vida, pensaba en inglés. Su vida interior se le presentaba en francés. En ambas lenguas el término «criatura» ofrece dos significados; en francés el contraste entre ellos es mayor. Sus autores franceses favoritos, Pascal y Bossuet[105], evocaban continuamente el doble sentido: una *créature* es un ser vivo deplorable; también es un ser vivo —generalmente un ser humano— moldeado por Dios. Su amado tío, al casarlos, había predicho que se convertirían en una única carne. Tenía razón. Amaba a esta *créature*. No podía imaginarse sin él. Del mismo modo que se encogía aterrorizada ante todo deseo de haber aspirado a una vida distinta. Eran estos hijos —y no otros hijos imaginables— los que constituían su ilimitado e inefable agradecimiento a Dios. En esto consiste el destino. Nuestras vidas son una túnica sin costuras. Todo fue decretado. Eustacia alcanzó una posición muy similar a la del doctor Gillies. No vivimos nuestras vidas. Dios nos vive.

Aquella semana el amor por su marido se le clavaba como un puñal al mirarlo: sin afeitar, atormentado, urdiendo formas de herirla, penosamente dependiente de ella, amándola desesperadamente.

—¡Stacey!

—Sí, Breck.

—¿Te has dado cuenta de que estoy más callado?

—Sí, querido. ¿En qué has estado pensando?

—En esas gachas.

El aire estaba cargado de teatro. Quince centavos de teatro.

De pronto se incorporó y la señaló con un dedo acusador.

—¡Lo tengo!

—¿Qué es lo que tienes?

—Al hombre.

—Sí, querido, ¿qué hombre?

—El hombre con el que te has estado encontrado en Fort Barry… ¡EsJack Ashley!

Ella lo miró fijamente un instante. Rompió a reír: una breve y dolorosa carcajada. De nada se iba a librar.

—Y pensar que no era capaz de verlo… ¡todos estos años! Tan claro como el blanco de tus ojos. Os he visto lanzaros miraditas el uno al otro. ¡Y os escondíais en el Hotel de los Agricultores de Fort Barry! ¡Oh, Stacey! Te he visto sentada junto a él en una comida cientos de veces, con los tobillos enmarañados el uno en el otro… ¿Qué haces?

—Estoy cerrando las puertas. Sigue, Breck, sigue. Sigue.

—¿Por qué cierras las puertas? Hace calor.

Eustacia temblaba.

—Me temo que alguien pueda estar escuchando. Temo que alguno de los miembros de tu club pueda venir a tumbarse en la hierba solo para escucharte hablar; el señor Bostwick de los Odd Fellows o el señor Dobbs de los masones. O alguna de las chicas de los salones de la carretera del río: del Hattie o el Beryl. No me sorprendería que el hijo de Leyendecker…

—Bueno, tampoco escucharían nada que no supieran ya. ¡Abre esas puertas, Stacey!

Ella las cerró con firmeza, luego cruzó el comedor y miró en el vestíbulo y el salón. Lansing tomó un objeto tras otro y los estrelló contra los vidrios de las puertas. Eustacia oyó el estrépito. Pareciera que medio Coaltown hubiera podido oírlo. Permaneció en el vestíbulo y miró hacia la cima de la escalera. Una sensación parecida a la alegría se apoderó de ella. Sí, las situaciones deben alcanzar un punto crítico. Tienen que empeorar antes de que puedan mejorar. Regresó a la habitación del enfermo y lo miró prolongada y severamente.

—Jack y tú me habéis estado engañando durante años… ¿Qué haces ahora?

—Me voy a tumbar en el sofá a leer. Me voy a poner algodón en

los oídos. Continúa hablando, Breck. Detesto oírte decir algo repugnante.

Él la miró fijamente. Lentamente ella se introdujo los tapones de algodón en las orejas, encendió la luz de gas sobre el sofá, se recostó y abrió un libro.

Nada más tumbarse supo que sería incapaz. Era demasiado cruel. No le era posible establecer esa distancia. Por otra parte, se trataba de una represalia. Lo miró. Breckenridge seguía clavando en ella los ojos furiosos, inyectados en sangre.

Parecía un perro rabioso. Con la mirada aún fija en su marido, se retiró lentamente el algodón de las orejas.

—Jack y tú me habéis estado engañando durante años.

—¡Espera! Espera solo un minuto, Breck. Hace una semanas dijiste que me querías.

—¡Sí! ¡Lo dije! Pero entonces no sabía lo que sé ahora. Estaba ciego. Seguro que Batey lo sabe también. Seguro que te odia.

—¡Oh, Breck! Dijiste que me querías.

—¡Él! Él es el que te quiere. Consuélate con eso: Jack te quiere.

Eustacia miraba una y otra vez las puertas. De nuevo Breckenridge guardó silencio. El gran actor estaba preparando otra espléndida escena.

Pronunció silenciosamente:

—¡Lo mataré!

—¿Qué? ¿Qué dices?

—Mataré a Jack Ashley, aunque sea la última cosa que haga.

—Breck, querido, ¡no digas eso!

—Cualquier jurado del país me absolvería. ¿Y sabes por qué? ¿Lo sabes?… ¿Lo sabes?… ¿Lo sabes?… Porque tú y él me habéis estado envenenando. No estoy enfermo. ¡Estoy envenenado!

—¡Oh, Breck!

—¡Canela! ¡Nuez moscada y pasas!… ¿Dónde vas ahora?

—Voy a llamar a George.

—¿Por qué vas a llamar a George?

—Lo voy a mandar a buscar a la señora Hauserman. Ella se sentará contigo toda la noche después de esto. Cuéntale todo. Ella

te cocinará y así no tendrás miedo a ser envenenado. Ya no te sirvo para nada, Breck.

Salió de la habitación. Al ascender la escalera lo oyó llamarla. Llamó a la puerta de George. No hubo respuesta. La abrió. La habitación estaba vacía. Recorrió el rellano y entró en el baño, donde se remojó la frente y las muñecas con agua fría mientras murmuraba: «Se acabó. Necesito descansar». Se acurrucó en el suelo, con la frente apoyada en el linóleo. «*Dieu! Dieu! Nous sommes de pauvres créatures. Aide-nous!*».

Descendió la escalera. George estaba en el vestíbulo.

—¡George! ¿Escuchaste lo que dijo tu padre?

George no contestó. Mantuvo la mirada más allá de los hombros de su madre.

—¡Respóndeme!

—Rompió la ventana. ¿Qué es lo que te tiró?

—¡Stacey! ¿Con quién estás hablando?

—No me tiró nada. Yo ni siquiera estaba en la habitación. Es un hombre muy enfermo. No hagas caso de lo que dice.

—¡Stacey! ¡Respóndeme!

—Estoy hablando con George, Breck.

—No lo mandes a buscar a la señora Hauserman.

Eustacia habló suavemente y con velocidad.

—George, Félicité me dice que te gustaría marcharte una temporada. Creo que deberías hacerlo. —Sacó un pequeño monedero brocado del bolsillo y lo puso en manos de su hijo—. Aquí tienes cuarenta dólares. Márchate mañana. Escríbeme, George, cariño, escríbeme. Cuéntame todo lo que te pase. —Lo besó—. ¡Mi querido tesoro! ¡Mi pequeño!

La campanilla sonaba iracunda.

—¡Stacey! Me comeré esto. Vuelve aquí. Me lo comeré. ¡George! —Silencio—. ¡George!

—Sí, Papá.

—Ven a la habitación.

George y Eustacia entraron.

—No vayas a buscar a la señora Hauserman. ¿Me oyes?

—Sí, Papá.

—Pero necesito que hagas algo por mí. Por la mañana acércate temprano a Los Olmos y dile al señor Ashley que venga a practicar con el rifle el domingo por la tarde… esta tarde. Dile que me encuentro mejor. Dile que me apetece especialmente que venga y traiga a toda la familia.

—Los niños no podrán venir, Papá. La merienda de la Liga Epworth[106] es el domingo a las cinco en el parque.

—Bueno, pues dile que traiga a la señora Ashley.

—Sí, Papá.

—¿Vais las niñas y tú a la merienda también?

—Sí.

—Vosotros sois católicos.

—Roger es el presidente. Nos invitaron él y Lily. Mamá y Félicité han preparado un montón de bocadillos y pasteles.

—Bueno, venga, vete.

George no se movió.

—¿A ti qué te pasa? Te he dicho que te vayas.

George había estado mirando a su padre con una expresión cerrada y distante en el rostro. Se acercó lentamente hasta la mesita situada junto a la cama, tomó el cuenco de peltre con las gachas y se las tragó de un golpe. Salió de la habitación sin levantar de nuevo la vista. Lansing lo miró consternado. Eustacia contuvo un impulso repentino de reír; de reír durante horas. Sesión de tarde de miércoles: quince centavos para cada uno.

—¿Por qué ha hecho eso? ¡Contéstame, Stacey! ¿Qué quería decir con eso?

—Has dicho muchas cosas estúpidas y crueles esta noche, Breck. No quiero oír ni una más. Quiero que me des permiso para ponerme algodón en los oídos. Me voy a sentar aquí a leer.

—¿Pero por qué hizo el chico eso?

—Cuando uno tiene hijos inteligentes, es mejor comportarse con inteligencia, Breckenridge Lansing.

—¿Qué quieres decir?

Ella esperó un momento y señaló los cristales rotos.

—¿Quieres decir que escuchó lo que decíamos?

—Creo que te escuchó acusarme: adúltera y asesina. ¿No crees? ¿No crees que eso es lo que él quería decir?

Breckenridge la miró con resentimiento.

—Te escuchó amenazando con matar a John Ashley. John Ashley se comportó como un buen amigo de George cuando él necesitaba uno. Breck, ¿por qué no puedes guardar silencio siquiera un rato? Es esta palabrería continua la que te mete en problemas. Quiero que me des permiso para ponerme algodón en los oídos durante quince minutos. ¿Puedo?

Él murmuraba:

—… espiando tras las puertas… menuda insolencia… tendrían que darle de latigazos…

—¿Puedo, Breck?

Breckenridge gruñó exasperado:

—Sí… Sí, haz lo que quieras.

Eustacia se introdujo el algodón en las orejas y se tumbó en el sofá con su libro. ¡Oh, bendito silencio! ¡Oh, olas lamiendo la arena! ¡Oh, sol en la bahía Lord Nelson!

Pasaron diez minutos. No lo oyó repetir su nombre en voz baja. Lansing salió de la cama, cruzó la habitación y tocó ligeramente el hombro de su mujer. Ella se giró y lo miró. Él cayó de rodillas y presionó la frente contra su mano. Ella se quitó el algodón de los oídos.

—¡Tengo hambre! —exclamó Breckenridge.

¡Eustacia había olvidado sus gachas de medianoche! Se incorporó, pero él la detuvo.

—Llamaré a Félicité —reaccionó Eustacia. Su marido estaba sollozando.

—Lo siento, Stacey. Estoy enfermo. No me trates así, Stacey. Sé amable conmigo… Realmente no significa nada todo esto que digo. Tú eres lo mejor que me ha sucedido nunca… Odio estar enfermo y eso me hace enfadarme con todo. —Ella trató de nuevo de levantarse, pero la frente de su marido le clavaba la mano al borde del sofá—. Creo que me educaron mal. Todo lo que hago es un

desastre. Dime algo agradable, Stacey.

Eustacia miró ese cabello que aún conservaba su color de miel. No podía ver los ojos azules como la flor del maíz, entonces inyectados en sangre. Le tomó una mano y la besó.

—Venga, vuelve a la cama. Te sentirás mejor cuando te tomes las gachas.

—Quédate un minuto. No te vayas todavía. Acerca la cabeza, Stacey. Quizá es lo mejor que todo esto alcance su final. No me sentiría mal por ello. Es como dormirse. Pero quiero que reces por mí, Stacey. Seguro que la mayoría de tus oraciones son atendidas. ¿Rezarás para que muera sin un terrible y prolongado malestar? («¡Me estás haciendo daño en la mano, Breck!»). ¿Y rezarás, ¡Stacey, escucha!, para que las cosas que no he hecho bien sean olvidadas gradualmente? ¿Para que los niños me recuerden… mejor? («¡Breck, querido, me estás haciendo daño en la mano!»). Y, Stacey, Stacey, ¿me recordarás… de un buen modo?

Finalmente le soltó la mano. Ella le acarició el pelo. En voz baja le dijo:

—Todo esto es innecesario, Breck. Por supuesto que rezo por ti. Por supuesto que siempre pienso en ti con amor. Ahora vuelve a la cama. El médico ordenó que comieras cada cuatro horas y son cerca de las dos. Te has encontrado mejor estos días y quiero que estés especialmente bien mañana para que toda la familia pueda disfrutar en la casa antes de que los niños se marchen a la merienda.

El corazón de Eustacia latía con fuerza. Alzó la manta sobre el cuerpo de su marido y lo besó en la frente. En la cocina removió lentamente la cuchara en la cebada. Regresó a la habitación del enfermo con el cuenco de peltre.

—Gracias, Stacey —dijo él por primera vez. Ella había llevado un pequeño plato de gachas para sí.

—¿Tú también comes de esto?

—Oh, a menudo te robo un poco. Es bueno para todos.

Comieron despacio y en silencio.

—¿Eres feliz a veces, Stacey?

—Sí, a menudo.

—¿Qué cosas te hacen feliz?

—Ser esposa y madre, sencillamente.

Se cruzaron la mirada y ella soltó una carcajada. Le mantuvo la mirada fija hasta que él respondió con una suave risa.

—Stacey, Stacey, eres…

Ella lo interrumpió colocando una mano sobre las suyas.

—Oh, Breck tienes algo por lo que estar muy orgulloso y ni siquiera lo sabes.

—¿Qué?

—¡Los niños!

El rostro de Breckenridge se oscureció. Sus ojos regresaron a las gachas.

—Los niños. ¿Sabes que Anne ha sido la mejor de su clase dos años seguidos? ¿Y que sor Verónica dice que Félicité es la mejor estudiante innata que ha conocido? Sus composiciones en latín ganaron el premio en Chicago del «Concurso de los cuatro estados».

—Tú eres inteligente, Stacey. Tú, eres tú…

—¿Sabes lo que son los hijos, Breck? Son la continuación de nosotros mismos. Llevan adelante lo que nosotros quisimos ser. —Silencio—, Tú estás en ellos como la semilla está en la madera. Tienen toda una serie de cualidades admirables que no provienen de mi gente de la isla. Vienen de tus antepasados de Iowa. A veces me echo a reír, son tan ajenos a mí. Por ejemplo, nosotros, la gente de las islas, no tenemos perseverancia. No podemos concentrarnos en algo más de veinte minutos. A veces soy brillante, pero solo en acelerones y ataques. En cambio, cuando Félicité se propone conseguir algo, ni un caballo salvaje podría detenerla. ¡Eso es Iowa! ¡Eso es tu gente! Hace un tiempo dijiste que Félicité era vanidosa. No podrías estar más equivocado… Solo le falta una cosa. Le falta un punto de confianza en sí misma y la alegría que el amor de un padre podría darle. Yo no le soy útil a Félicité. No puedo ayudarla. ¡Es a ti, a quien necesita es a ti!

Lansing estaba pasmado. Eustacia había sacado un pañuelo de la manga. ¡Eustacia estaba sollozando! Dejó la cuchara. Casi con vergüenza colocó una mano sobre las de su mujer.

—Oh, te equivocas, Stacey. Te equivocas de pleno. Tú eres la mejor madre del mundo… Seré mejor. Te lo prometo.

De pronto Eustacia rompió a reír.

—Mira en qué desastre he convertido mis gachas. Esto es lo que les dan a los presos para comer: ¡gachas y agua!… Y George… tienes razón. Nos ha causado un buen montón de ansiedad y vergüenza, ¿verdad? No es extraño que hayas estado enfadado con él. Pero, Breck, recuerdo algo que dijiste una vez. Dijiste que vosotros, los masones, «os apoyáis los unos a los otros».

—Lo hacemos.

—¿No crees que un padre debería hacer esto con su hijo? Cuando un masón comete un error, se le hace saber que se ha equivocado, pero no se comenta por las esquinas. No se lo atosiga. Se continúa a su lado, hombro con hombro, para que el mundo vea que se confía en él… En diecisiete años apenas sí le has dicho unas palabras de ánimo a George. George es muy emotivo. —Se inclinó hacia delante, bajó la voz y pronunció con toda claridad—: Si comenzaras a apoyarlo, te querría como si fueras su mejor amigo, su mejor amigo.

Lansing contenía la respiración.

—¡Y Anne! Puedo entender que no sientas su afecto como solías. ¿Sabes por qué es esto? Porque continúas tratándola como una pequeña muñeca. No te has dado cuenta de que está creciendo muy rápido. Va a ser una jovencita muy inteligente y así espera ser tratada, desde este mismo momento. Mi padre cometió el mismo error conmigo. Yo era la más joven también. Me llamaba su pajarito y me hacía arrullos todo el tiempo. Yo me enfadaba mucho y lo evitaba. Cambió justo a tiempo; cuando vio que era capaz de gestionar la tienda. Ahora somos grandes amigos. Has leído sus cartas. Me echa de menos y yo a él.

—¡Stacey!

—Me preguntas si soy feliz en alguna ocasión. Oh, soy feliz a menudo, porque tengo marido y estos tres hijos. Y quiero que tú seas feliz de la misma forma.

Lansing miró a su alrededor perplejo. Bajó la vista hacia sus

rodillas elevadas.

—Oh, Stacey, ¡quiero mejorar! ¡No quiero estar enfermo!

Ella se levantó y lo besó en la frente.

—Ya lo estás, estás mejor. Ahora déjame que ponga la lámpara en el aparador. Un signo de estar verdaderamente mejorando es que puedas dormir por la noche. A ver si eres capaz de dormir una o dos horas ahora. Yo seguiré aquí a tu lado.

Durmió hasta las cinco, momento en que se despertó y se comió las gachas de las cuatro, luego durmió hasta las siete y media. Despertó con una confianza renovada.

—¿Ha ido George a casa de los Ashley?

—Breck, encontré una nota en mi tocador esta mañana. George se ha marchado para hacer algún tipo de viaje durante unos días.

—No hay trenes hasta las ocho y cuarto.

—Me temo que se ha subido a uno de esos trenes de mercancías.

—¿Dónde están las chicas?

—Se están preparando para ir a Fort Barry a misa en el expreso de las ocho y cuarto.

—Pídeles que vengan un minuto a la puerta antes de marcharse.

Unos minutos antes de las ocho aparecieron Félicité y Anne en la puerta, jóvenes damas ataviadas para la iglesia. Él las miró como si nunca antes las hubiera visto. No podía encontrar palabras. Ellas tampoco. Se quedaron, con los ojos abiertos de par en par, esperando. Parecían el venado que en tantas ocasiones había derribado de un disparo.

Finalmente, él dijo:

—Bueno, que lo paséis bien.

—Sí, Papá.

—Hay un billete de dólar en ese cajón. Ponedlo en la cesta de la colecta por mí.

—Sí, Papá.

—¿Tendréis tiempo para pasar por la casa de los Ashley de camino a la estación? —Las chicas asintieron—. Pedidle a Jack y a la señora Ashley que vengan sobre las cuatro y media esta tarde.

—Sí, Papá.

—Sois buenas chicas. Papá está orgulloso de vosotras.

La fiscalía concedió gran relevancia a la declaración de las chicas. Habían transmitido la invitación a John Ashley, pero no habían mencionado los rifles. El acusado se defendió con calma: había asumido que la invitación incluía la habitual práctica de tiro de la tarde de los domingos. Hubiese sido su intención original o no, Breckenridge Lansing, al ver el arma en manos de su invitado, pidió a su mujer que sacara también su escopeta. Lanzaron una moneda al aire y fue a Ashley a quien le tocó comenzar. Incluso en mayo, el crepúsculo desciende con celeridad en la profunda garganta de Coaltown. Lansing había comenzado a cansarse y la luz a debilitarse cuando fue asesinado en la tercera ronda.

La tarde siguiente, más o menos a la misma hora, el hermano de Breckenridge, Fisher, el mejor abogado del norte de Iowa, llegó para hacerse cargo de los «trámites». Y bien sutiles fueron. Las organizaciones fraternales avanzaron en procesión hasta la iglesia baptista con toda su parafernalia. La banda de los Odd Fellows permaneció en el exterior del templo tocando la «Marcha Fúnebre» del *Saul*[107]. John Ashley la oyó desde su celda. Representantes de la directiva de las minas llegaron desde Pittsburgh y asistieron a la ceremonia con sombreros de copa. Reservaron dos bancos para los capataces de Bluebell y Henrietta B. MacGregor. Los encomios habrían fundido un corazón de piedra, pero no impresionaron a Wilhelmina Thoms. Coaltown nunca había visto un funeral como aquel.

Fisher Lansing estaba inmerso en varios juicios de relevancia en Iowa, pero regresaba a Coaltown en semanas alternas para ocuparse del Caso Ashley. Durante las primeras semanas del juicio la mayoría de los ciudadanos asumió que se acabaría demostrando que la muerte de Lansing había sido fruto de un accidente provocado por un mecanismo defectuoso del arma de John Ashley. La profunda hostilidad contra el acusado emergió de forma gradual. Fisher visitó a los ciudadanos más ilustres de Coaltown. Peroraba por las noches

en la cantina de la Taberna Illinois. «Me ocuparé de que ese hijo de perra tenga lo suyo, aunque sea lo último que haga… Ha estado quince años tratando de echar a mi hermano de su trabajo, al final tuvo que pegarle un tiro, el maldito canalla… Jess Wilbraham y el médico ese como se llame siguen hablando de un defecto mecánico… Bah, ¡tonterías! En Iowa no decimos estas estupideces. ¡No, señor! Nada de eso».

Durante el proceso de selección del jurado Eustacia encontró en el umbral de su puerta la primera de una serie de misivas anónimas. Agradeció su llegada. La preparaban para los interrogatorios en el tribunal. Con claridad pero sin rastro de empatía, declaró que su marido nunca había expresado la sensación de que John Ashley le guardara rencor. («Gracias, señora Lansing»). Narró cómo la tarde del accidente el señor Ashley, al ver que Breckenridge Lansing se estaba recuperando de su indisposición, planteó posponer la práctica de tiro. Fue su marido quien insistió en que disputaran algunas rondas. («Gracias, Señora Lansing»). Como albacea de la última voluntad de su hermano, Fisher Lansing inspeccionó San Cristóbal con ojo de tasador. La dirección de las minas había ampliado el derecho de Eustacia a vivir en la casa, Ubre de alquiler, cinco años. Gran parte de los muebles eran propiedad de los Lansing. En la casa de los días de lluvia Fisher encontró algunos diseños: el «Candado de triple vuelta Ashley-Lansing», la «Batería de cámara de mercurio Ashley-Lansing», la «Tienda hexagonal Ashley-Lansing».

—¿Qué es esto, Stacey?

—Trabajaban juntos en esos inventos.

—¿Algo de interés?

—No lo sé, Fisher. Si lo hay, será fundamentalmente el trabajo de John Ashley.

—Son diseños condenadamente buenos. Breck no era capaz de algo así… ¿Están patentados?

—No. Seguían posponiendo su envío a la oficina de patentes.

—Me los llevaré para enseñárselos a un amigo.

—Pero, Fisher, son el trabajo de John Ashley.

—Mira, cuñada, no tienes ni que decírmelo. Breck no tenía

cerebro suficiente para inventar un abrelatas. Estos diseños parecen brillantes. Me los llevaré. Quizá tengan valor… ¿me explico?

—Fisher, son del señor Ashley.

—¡Stacey! Cuando acabemos con él, John Ashley estará muerto. Los convictos pierden su condición de ciudadanos. Vivos o muertos no tienen derechos, no los tienen.

Fisher mencionaba una y otra vez las «propiedades» de Eustacia. Eran considerables. A lo largo de los años ella había persuadido a su marido para que comprara un solar aquí, un prado allá, en las tierras altas. Requería una inteligencia aguda para los negocios, habida cuenta de que Coaltown era una comunidad en declive, y Eustacia lo sabía. Asimismo, había convencido a Breckenridge de que abriera una segunda cuenta en un banco de Fort Barry, alejada de la devoradora curiosidad de Coaltown. Este proceder, junto con sus prendas elegantes y variadas, alimentaba la asunción de que era una mujer verdaderamente rica. Tras la muerte de su marido contaba además con seguro y pensión.

—Bueno, Stacey, tienes suficiente dinero para que las chicas y tú viváis muy bien. Algo más proveniente de estos inventos tampoco vendrá mal. ¿Por qué no te marchas de Coaltown a disfrutar la vida lo antes posible?

—No me iré de Coaltown.

—¿Te vas a quedar aquí? ¡¿Aquí?! ¿En este pueblo dejado de la mano de Dios?

—No me iré de Coaltown, Fisher, y no quiero oír ni una palabra más al respecto.

—¿Dónde está George?

—No sé dónde está George. Siempre ha hecho esto de desaparecer una semana o dos de cuando en cuando.

—George siempre ha estado un poco loco, me parece a mí.

Eustacia lo miró: una mirada penetrante y prolongada. Una ligera sonrisa en los labios.

Eustacia asistió al juicio únicamente en una ocasión, cuando fue

llamada a declarar. Olga Sergeievna la visitaba varias veces a la semana para informarla de su desarrollo. La tarde en que la condena fue dictada llegó a San Cristóbal con una rosa. Eustacia la recibió en la puerta. No intercambiaron palabras. Olga Sergeievna se persignó, dejó la rosa en la mesa del vestíbulo y salió de la casa. La mañana del martes 22 de julio, Eustacia y sus hijas llegaron a la estación para tomar el tren a Fort Barry y acudir a su iglesia. El señor Killigrew le indicó que entrara en su oficina de telégrafos.

—Señora Lansing, no sé si habrá oído la noticia —le dijo.

—¿Resultó alguien herido, señor Killigrew?

—No, señora. Están buscando en los bosques. Supuse que querría saberlo.

—Gracias, señor Killigrew.

Partieron hacia Fort Barry.

Eustacia también recibió visitas de la policía. Sabía por las cartas anónimas que era sospechosa de haber pagado miles de dólares a los rescatadores de su amante. Estos intrusos uniformados se mostraron respetuosos de inicio, pero poco a poco endurecieron su discurso. Ella estaba a su altura. Agradecía las visitas. Estas suponían que el perseguido estaba aún con vida. Habría de suceder todavía más. Se produciría alguna revelación. Esto es la vida: una revelación.

Ella continuó saliendo a la calle a diario, se la podía ver vestida con el cerrado luto que habría de definirla. Cuidaba la tumba de su marido, que prefería visitar a horas en las que era menos posible ser observada. Olga Sergeievna le contó que Sophia vendía limonada en la estación, que las Ashley habían abierto su pensión. Les envió los regalos por intermediación de Porky. Esperaba encontrarse con Beata en cualquier momento, hasta que comprendió que esta había decidido no salir a la calle. Se encontraba con Sophia casi a diario y la saludaba con cariño. La invitó a cenar a San Cristóbal. Sophia agradeció el gesto, pero alegó que tenía que quedarse en casa y ayudar a su madre. Eustacia no abrió la tienda de regalos y biblioteca, pero compró la ferretería abandonada del señor Hicks e

instaló a la señorita Doubkov: «Corte y confección de calidad». Posteriormente se le sugirió a la señorita Doubkov que contratara a Lily Ashley como asistente, pero la señora Ashley respondió que necesitaba a Lily en la pensión.

Veinte meses después de la desaparición de George —en enero de 1904— Eustacia recibió una postal suya. Había sido enviada desde San Francisco y mostraba una imagen del sol, en mica, ocultándose tras el Océano Pacífico. «Querida Madre, estuve enfermo. Mejor ahora. Escribiré pronto. Buen trabajo. La comida china es buena y barata. Besos para ti y las chicas. Jordi (Leónidas). P.S. Todo lo que nos contaste del océano es cierto. Es maravilloso. *Je t'embrasse mille fois*». Aquella noche la señorita Doubkov llegó jadeando a San Cristóbal. Ella también había recibido una postal. Estaba escrita en ruso: «Estimada dama, estuve enfermo. Me encuentro mejor ahora. He conocido a una familia rusa aquí y hablamos ruso todo el tiempo; el ruso de los trabajadores. Le agradezco toda su generosa amabilidad. Con mis más profundos respetos, Leónidas». No constaba la dirección del remitente. En Pascua Eustacia recibió un rosario tallado en colmillo de morsa, Félicité un colorido cartel: «La Compañía Florella Thompson-Culloden Barnes presenta *La joven sheriff de las cataratas del salmón*, con Leónidas Tellier como Jack Beverly». La señorita Doubkov y Anne recibieron un broche de jade.

Finalmente Eustacia recibió una carta. George se encontraba bien. Todo estaba bien. Había recitado sus versos en inglés, francés y ruso ante un productor teatral y lo habían contratado inmediatamente. Las obras eran terribles. Tenían títulos como *El rey del cártel del opio* y *Margaret del Klondike*. Era muy buen actor. Había escrito una obra y el productor la había subido a escena. Se llamaba *El joven convicto de Guyena*. Era una obra malísima, pero las mejores escenas las había robado de *Los miserables*. Le facilitaría una dirección de contacto cuando se hubiera establecido. Le pidió a su madre que mantuviera la ventana de su dormitorio ligeramente

abierta por si regresaba alguna noche para sorprenderlas. Le enviaba su amor, tan grande como el Océano Pacífico. La firma rezaba: «Jordi (Leónidas Tellier)». «P.S. Por favor, traslada mi saludo al señor Ashley y a toda su familia». Eustacia encontró más inquietud que regocijo en la carta, pero no mostró señal alguna de ello. Somos como la Providencia nos ha hecho.

Hacia el fin de noviembre de 1904 Félicité se encontró con Joel Miller, amigo de George y su asistente en la jefatura de la noble tribu de los mohicanos. Las palabras que intercambiaron se pronunciaron en forma de susurro, con un gran secretismo.

—Filly, tengo una carta para ti. Actúa como si estuviéramos hablando de cosas normales.

—¿Qué tipo de carta, Joel?

—Es de George. Dice que te la dé a ti, así tu madre no se enterará.

—Gracias, Joel. Gracias.

—No le digas a nadie, ¡a nadie!, que te la he dado.

—No lo haré, Joel.

Puso la carta en su manguito. No aceleró el paso entre la nieve. Caminó con gesto adusto y entristecido. Presagiaba las dificultades que se avecinaban.

GEORGE a Félicité (San Francisco, noviembre de 1904 —febrero de 1905):

> «*Chére* Zozo, te voy a escribir un montón de cartas. Te las enviaré a través de Joel. Le he enviado algo de dinero para que alquile un apartado de correos. Él les dirá que es para recibir cartas sobre su colección de sellos. No le digas a *Maman* que te estoy escribiendo. Si se lo dices a ella o a la señorita Doubkov o a quien sea, te lo advierto, no volveré a escribirte ni una palabra más. ¡Te borraré de mi memoria!
>
> He pasado una racha difícil pero estaré bien de aquí en adelante, te lo aseguro. Necesito hablar con alguien y

necesito que alguien me hable a mí; y esa eres tú. Voy a contarte casi todo: bueno, malo y peor. *Maman* ya tiene suficientes problemas. Eso lo tenemos claro. En cuanto recibas estas líneas, siéntate y escríbeme todo. ¿Cómo está *Maman*? ¿En qué piensa? Descríbeme absolutamente todo lo que hacéis por las noches. ¿Os lo pasáis bien a veces? No tienes que contarme la muerte de *Père*. Lo leí en el periódico. *Père* estaba siempre hablando de su seguro. ¿Lo pagaron rápidamente? ¿Cómo está el señor Ashley? Escríbeme ya porque la compañía con la que actúo quizá se marche a Sacramento o a Portland (Oregón) pronto. *Je t'embrasse fort*. Leónidas Tellier, Hotel Gibbs, San Francisco. P.S. Les cuento a todos que mi madre es rusa y mi padre francés».

(Más tarde):

«Esto es lo que me sucedió. Me marché de Coaltown haciendo la zarigüeya. En los almacenes de las afueras de San Luis el tren se paró con un frenazo repentino. Debía de estar medio dormido, porque me caí y me golpeé la cabeza. Me detuvieron, pero no supe nada hasta que desperté en un manicomio. No estaba mal. Había jardines y flores. No le dije a nadie quién era yo porque no lo sabía. Un día vino una señora para entretenernos a los locos y cantó eso que solía cantar Lily: *Home, Sweeí Home*. De pronto lo recordé todo. Un cura solía visitarnos. Le pedí que me ayudara a salir de allí. Quería que me devolvieran mi ropa y el dinero que había en los bolsillos. Muchos médicos hablaron conmigo. Les mostré que no estaba loco sino que solo era un poco estúpido. Les conté que era un huérfano ruso de Chicago. Tras unas cuantas semanas me dejaron salir y me devolvieron mi dinero. Eso fue en septiembre. En San Luis fui a todos los teatros y conocí a los actores. Intenté conseguir trabajo de actor. Me dijeron que no tenían ningún papel que se

adaptara a mi tipo. Para no gastar todo el dinero que tenía, conseguí trabajo de camarero en tabernas. Desde las tres de la tarde hasta las tres de la madrugada (sin sueldo, solo propinas. Las propinas eran míseras). Como le voy a contar a *Maman*, no bebo ni fumo ni digo tacos. No tienes que preocuparte por mí en ese sentido. Tengo una debilidad peor. ¿Recuerdas cómo soñaba *Maman* con ir a San Francisco para ver el océano? Siempre tuve la idea de ir a San Francisco. Además, los actores decían que es una ciudad buena para el teatro. Lo es. Quizá reciba una carta tuya mañana. Quizá nunca sea feliz, ni un solo día de mi vida, pero no me importa. Otra gente será feliz».

(Las semanas siguientes):

«Escribiste la mejor carta que nadie haya recibido nunca […] Me sorprendió mucho lo que me contaste sobre el señor Ashley. No lo entiendo. Incluso un bebé sabría que no lo hizo él. ¿Dónde piensa la gente que está? Quizá esté aquí, en San Francisco.

[…] Te diré cuál es mi debilidad. Me meto en peleas. No puedo evitarlo. Es mi forma de ser. Si un hombre me dice algo sarcástico, como que no soy más que basura, rompo a hervir. Lo insulto. Le pregunto: "¿Le oí decir que su madre es una gorrina (o peor)?", y le piso un pie. Luego se produce una terrible pelea. No lo puedo evitar. Nunca gano una pelea porque cuando empiezo a luchar me viene uno de mis mareos. Me dan una paliza y me tiran a la calle. Me han metido en la cárcel tres veces. Una vez me desperté en un hospital. Debía de estar delirando en ruso, porque una enfermera conocía a algunos rusos y una familia rusa me llevó a su casa. La señorita Doubkov tiene razón. Los rusos son el mejor pueblo del mundo.

[…] El motivo por el que te escribo cartas tan largas es

porque no puedo dormir por la noche hasta que no veo el sol entrar por la ventana. Cuando me duermo por la noche sufro pesadillas, casi nunca durante el día… Hombres con mascarillas blancas entran por el agujero de la cerradura. Yo salto por la ventana y me persiguen por unas montañas cubiertas de nieve. Eso es Siberia. Hago cruces con tiza por las paredes y en la puerta. Supongo que no hay otra posibilidad para mí. Tendré que acostumbrarme. Mientras otros sean felices, a quién le importa.

Sé que nací para ser una persona muy feliz, pero sucedieron cosas. A veces estoy tan feliz que podría estrujar el universo entero entre mis brazos de tanto amor. No dura. *Maman* y Anne y tú: sed felices por mí. Uno mismo nunca cuenta.

Odio al productor de nuestra compañía, Culloden Barnes, y él me odia a mí. Es un viejo, pero hasta que yo llegué él hacía todos los papeles de jóvenes héroes y ahora solo hace la mitad. Se tinta el pelo y lleva colorete incluso en la calle. Es un pésimo actor. Yo digo todas mis frases bien y hacen que él parezca estúpido, gritando sin parar y moviendo los brazos todo el tiempo. Mis personajes jóvenes son todos imbéciles, pero me los estudio en la habitación del hotel hasta que los hago sonar naturales. Me encanta trabajar. Florella Thompson es su mujer. La quiero mucho. Es una mala actriz, pero lo intenta. En alguna de nuestras escenas lo hacemos muy bien y la audiencia se da cuenta. A ella también le gusta trabajar. Nunca está demasiado cansada para ir al teatro a mediodía y practicar. Luego nos traen col y ternera en conserva. Siempre tiene hambre. Me gusta ver comer a las mujeres, a los hombres no. Me cuenta mucho de su vida. Escucha: algunos actores que viven en la habitación contigua a la del matrimonio en el hotel dicen que la trata fatal. Como siempre digo: hay montones de delitos para los que no hay ley […].

Tengo mucho éxito ahora, pero no me pagan mucho

porque falto a las representaciones una y otra vez y alguien tiene que hacer mi papel[…].

Me despidieron el pasado sábado. Ya sabes por qué. Me odia. Me puse a trabajar de camarero otra vez. Pero volvió y me contrató de nuevo. No podría seguir sin mí. Soy demasiado popular […].

No, no voy a ser actor. Actúo solo para conseguir dinero. El teatro no es serio. Quizá me haga detective o cuentacuentos errante o fugador. ¿Puedes creerte que soy capaz de curar a la gente? Cuando estaba en ese manicomio de San Luis curaba a tantos pacientes que estuvieron encantados de que me marchara. Llegué hasta a curar a una niña. El jardín, o el pasto o como lo llamen, para los hombres estaba separado del de las mujeres por una valla metálica alta. Una chica se sentaba bajo un árbol junto a la valla cada mañana. Una joven celadora decía que no hablaba porque pensaba que era una piedra. Yo hablaba con ella en voz baja sin mirarla a la cara. Le dije que no era una piedra, era un árbol. Tres días más tarde me contó que era un árbol y mecía los dedos al viento. Yo fingí no oírla. Le dije que era un animal bello, quizá un ciervo, una liebre. Y en unos días me contó que era un ciervo y correteaba por todo el campo. Finalmente se convirtió en una niña. Los pacientes, los hombres, venían y me decían: "¿Cuándo vamos a hacer 'gloria, aleluya'?". Esa es la forma de curar a la gente, con canciones y bailes. Pero no voy a ser curandero. Me provoca terribles dolores de cabeza. La de fugador es una profesión que me he inventado. Es un hombre que genera tanta confusión en las cárceles que todos los presos se escapan. He pensado montones de formas de hacerlo.

Por cada persona que tiene suficiente comida hay diez que se mueren de hambre (quizá cien). Por cada chica o mujer que se pasea por la calle y le dicen cosas bonitas, hay una decena que no tiene ni una oportunidad. Por cada buena hora que una familia disfruta en su hogar por las tardes,

alguien está pagando. Alguien a quien ni siquiera conocen. No quiero decir solamente que hay un montón de gente pobre en el mundo. Es mucho más profundo que eso. Mira a todos los enfermos y tullidos y feos y todas esas almas en pena. Es la forma en la que Dios hizo el mundo. No puede pararlo ahora o cambiarlo. Algunas personas están malditas antes de nacer. A ti no te gusta esto, pero yo sé que es así. Dios no odia a los malditos. Los necesita. Ellos pagan por el resto. Los parias sostienen las paredes de los hogares. Suficiente».

FÉLICITÉ a George (enero de 1905):

«Oh, Jordi, déjame rogarte una vez más que me permitas enseñarle tus cartas a *Maman*. Has olvidado cómo es *Maman* —, es fuerte. Dices que quieres que sea feliz. Jordi, eres estúpido. Nadie quiere ser feliz a costa de vivir en la ignorancia. Cuanto más sabe *Maman* sobre cualquier cosa real, seria y verdadera, más feliz es. Te ruego que me des permiso[…].

¿Qué quieres decir con eso de ser un chivo expiatorio y un paria? ¿Te confiesas? ¿Vas a misa? Oh, Jordi, ¿me eres sincero? ¿De veras? ¿Qué quieres decir con eso de que nunca podrás ser feliz? ¿Cómo lo sabes? ¿¿¡¡Estás intentando dar una imagen de ti mismo como la de una interesante persona digna de compasión!!?? Es difícil escribirte sin tener claro si estás siendo sincero. ¿Recuerdas los sermones que solías darme sobre el hábito de la sinceridad? Decías que los motivos por los que Shakespeare y Pushkin eran grandes escritores radicaban en que “desde niños custodiaron sus pensamientos como policías y no permitieron que se colara una sola insinceridad”. Solías hablar de cierta persona que estaba en una permanente pose. ¿Recuerdas cuánto odiabas esa palabra? Ve a la iglesia. Los cristianos no posan».

GEORGE a su madre (Portland, Oregón, febrero):

«Muchas gracias por tu carta. Leí en el periódico lo que le sucedió a *Père*, pero no sabía lo del señor Ashley. Es maravilloso que alguien lo salvara […]. Todo va bien por aquí. Sí, me alimento bien y duermo bien. Chére *Maman*, ¿sigue el señor Wills yendo a Coaltown una vez al mes a hacer fotografías? Lo que más querría en este mundo es tener una fotografía tuya y de las niñas. Y una grande solo contigo y una de la señorita Doubkov. Pongo un billete de cinco dólares en el sobre […]. No te escribí la semana pasada porque no había nada nuevo que decir. Todo marcha bien. Quizá actúe en los papeles de Shylock y Ricardo III. Nuestra compañía nunca ha hecho Shakespeare, pero una compañía que hacía sus obras quebró en Portland hace diez años. Los trajes y el decorado están en un almacén y nuestro productor puede conseguirlos por poco dinero. Posiblemente estén comidos de agujeros. Me he estudiado los papeles y sé lo que tendría que hacer cada instante».

EUSTACIA a George (4 de marzo):

«Tu hermana y yo estamos cosiendo trajes para tus Shylock y Ricardo. Hemos estudiado todas las ilustraciones que hemos podido encontrar. La señorita Doubkov nos está ayudando mucho también. Danos una idea de las medidas de la señora Thompson y su complexión […]. Sí, querido hijo, deberías oírnos reír […]. Confírmame que cumples con tus obligaciones como cristiano».

FLORELLA THOMPSON a Eustacia (Seattle, Washington, 1 de mayo):

«Querida señora Lansing: Los vestidos son los más

bonitos que jamás he tenido. He ganado algo de peso esta primavera. Con mucho acierto dejó esos escudetes y esos dobladillos para posibles alteraciones. Ahora me sientan a la perfección. El negocio no ha funcionado bien en el norte y mi querido marido ha tenido que posponer las representaciones de Shakespeare hasta el otoño […]. Su hijo Leo es un actor destacado. Puede estar segura de que llegará lejos. Además es una persona muy sincera. Puedo imaginar el consuelo que para usted debe significar. Sumamente agradecida desde lo más profundo de mi corazón por los magníficos vestidos y por tener un hijo tan dotado y comprensivo, Florella Thompson. P.S. Le incluyo una fotografía de mí misma con uno de los vestidos de Porcia[108] representando *El secreto de Beryl*. ¿Reconoce a su hijo? El de la izquierda es mi marido».

GEORGE a Félicité (Seattle, 4 de mayo):

«Hoy hace tres años que sucedió. Como dijo otro actor. "*Sic semper tyrannis*"[109] […] Tengo una habitación a gran distancia del teatro. Está sobre unas rocas junto al océano. Cuando duermo junto al mar no tengo pesadillas. Ojalá pudiera contarle eso a *Maman*. Tras la representación tengo que andar dos horas para llegar a mi habitación. Canto y grito […]. Odio el arte. Odio la pintura y la música, pero me gustaría ser capaz de pintar y escribir mi arte y mi música. Porque el mundo es mil veces más maravilloso e inmenso de lo que la mayoría de la gente es capaz de ver. Lo que ellos llaman arte no vale un comino a no ser que se refiera a lo que yo canto cuando camino hacia el océano. Lo sé porque estoy fuera. Soy alguien a quien han expulsado. Y el señor Ashley lo sabe también… dondequiera que esté».

EUSTACIA a George (4 de mayo):

«Acabo de regresar de la tumba de tu padre. Nos es dado, al hacernos mayores, el don de una comprensión más completa y un amor menos nublado.

Mi querido Jordi, me di cuenta hace tiempo de que la gente que habla a sus allegados únicamente de lo que comen, lo que visten, el dinero que logran ganar, el viaje que harán o no harán la próxima semana; esa gente es de dos tipos. O bien no tiene vida interior o su vida interior es dolorosa, se ve asaltada por remordimientos o temores. Bossuet creía que no hay dos variantes entre esta gente, sino una solo: las personas se ocupan en este mundo de cuestiones externas para poder escapar de la idea de la muerte, la enfermedad, la soledad y los remordimientos.

Guardo con todo mi cariño tus cartas, pero echo de menos en ellas alguna reflexión sobre esa vida interior que siempre ha sido en tu caso tan intensa, agitada y rica. ¡Solías debatir —con toda tu alma en los ojos y en la voz— sobre Dios y la creación, la bondad y la maldad, la justicia y la misericordia, el destino y el azar! Lo recordarás bien. A las once de la noche yo gritaba: "Niños, niños, ¡a la cama! ¡No podemos solucionar estas cuestiones hoy!".

Ahora solo puedo asumir que cargas con algún pesar que "te cierra la boca". Y asumo que esa carga tiene que ver con los acontecimientos que tuvieron lugar tres primaveras atrás.

Tu padre fue a menudo injusto contigo. Su padre fue injusto con él y con su madre. Creo que es bastante probable que su abuelo fuera injusto con su propio hijo. Y cada uno de estos hijos con sus padres. Oh, no añadamos nuevos eslabones a esa infeliz cadena. Algún día tendrás hijos. Nadie puede ser un buen padre sin haber comprendido antes a sus progenitores.

Intenta, querido hijo, ser justo con tu padre.

La justicia está basada en la compresión de todos los hechos, todos. Dios, que todo lo ve, es Justicia; Justicia y Amor.

Cuando llegue ese día feliz en que vuelva a verte (todas las noches me aseguro de que la ventana de tu habitación esté ligeramente abierta) te contaré muchas cosas de tu padre. Lo que me gustaría que supieras ahora es que durante esas últimas semanas de su vida —durante aquellas noches que tanto malinterpretaste, cuando pensabas que deseaba hacerme daño— vio su vida con ojos renovados. Reconoció lo injusto de su comportamiento hacia ti y hacia todas nosotras. Con profunda sinceridad y emoción miró hacia el futuro, hacia una vida nueva y diferente.

Entonces aconteció el fatal accidente.

Las últimas palabras de tu padre —y sobre todo su última mirada— podrían parecerle carentes de importancia a un extraño, pero mostraban claramente el cambio que estaba teniendo lugar en él.

Tú te habías marchado de Coaltown la noche anterior. Aquella tarde de domingo, de la que hoy se cumplen tres años, el señor y la señora Ashley vinieron a casa, tal y como te he contado. Habrás olvidado posiblemente que la Liga Juvenil Epworth de la iglesia metodista estaba celebrando una merienda en Memorial Park, al otro lado del seto. Los hijos de los Ashley os habían invitado a ti y a tus hermanas. Justo antes de que la bala que mató a tu padre fuera disparada, los chicos comenzaron a cantar en torno a la hoguera. Todos levantamos la vista y escuchamos un momento.

Tu padre dijo: "Jack, agradece a tus hijos que invitaran a los nuestros a la merienda. Los Ashley habéis sido siempre incomparables amigos nuestros".

La señora Ashley me miró fugazmente. El señor Ashley parecía sorprendido. No era habitual en tu padre reconocer la bondad de nadie.

El señor Ashley respondió: "Bueno, Breck, cuando alguien tiene hijos como los tuyos, no tiene ningún sentido agradecer a nadie una invitación".

Mientras el señor Ashley apuntaba —recordarás lo seria y lentamente que lo hacía— tu padre miró al otro lado del jardín, donde estaba yo. Tenía lágrimas en los ojos: lágrimas de orgullo hacia ti.

Perdona, George. Perdona y comprende.

Pronto representarás a Shylock. Piensa en tu padre cuando escuches a Porcia decirte:

“Si clemencia
pedimos con fervor a todas horas,
el mismo ruego nos enseña a todos
a practicar el bien que apetecemos”.

Tu padre murió en el momento en que su verdadero yo comenzaba a encontrar expresión. Pero el verdadero yo está en nosotros desde la cuna. Era ese yo verdadero el que percibí en tu padre a lo largo de nuestra larga vida juntos; el que amé y seguiré amando en la eternidad.

Como te amo a ti. Como te amaré».

GEORGE a Félicité (Seattle, 10 de mayo):

«No esperes cartas mías durante un tiempo. Mañana tomaré un barco a Alaska, quizá. ¡Pero tú tienes que escribirme! Lo he dispuesto todo de tal modo que tus cartas me sean reenviadas. ¿Recuerdas los fuegos artificiales del Día de la Independencia? Bueno, pues aquí todo ha saltado por los aires en una llamarada de fuego y chispas. Me despidieron. Me detuvieron. Me ordenaron abandonar Seattle. Lo único que me preocupa es Florella Thompson. Estará muy disgustada, supongo. Me enzarcé en una pelea en el escenario, frente a los espectadores. La pelea formaba parte de la obra. El señor Culloden Barnes está en el hospital, pero no es nada grave. Descubrí una cosa: cuando

me peleo en una obra, no me mareo. Y venzo. El alcalde y su mujer venían a ver las representaciones con frecuencia. Yo les gustaba. Me va a sacar de la cárcel mañana. Si no tomo mañana el barco a Alaska, puedo tomar uno a San Francisco dos días más tarde. Así tenía que ser. No me arrepiento de nada excepto de la infelicidad de Florella. Sí, me arrepiento, porque lo que le hice a su marido no cambió nada».

FÉLICITÉ a George (18 de mayo):

«Te ruego, Jordi, por todo cuanto te es de valor, por *Maman*, por todo lo que Dios ha facilitado en San Cristóbal, por Shakespeare y Pushkin: escribe una vez a la semana sin falta. Colócate las manos sobre los ojos e imagínate mi tristeza si no sé de ti con regularidad. Jordi, hermano, le pediré a *Maman* cien dólares e iré a verte a California si no lo haces. Iré a todos los lugares donde has estado. Te buscaré en todas partes. No me obligues a hacerlo si no es necesario. Tendría que contarle a *Maman* que estoy angustiada por ti. Ella insistirá en venir conmigo. Una sola carta a la semana evitará esta desesperación. Dios y tú sois todo lo que tenemos».

GEORGE a su madre (San Francisco, 4, 11, 18 y 25 de junio, continuando en julio y agosto):

«Todo está bien […]. Estoy trabajando […]. Tengo una habitación alejada de la ciudad, en lo que llaman las Rocas de las focas. Las focas pasan toda la noche gritando […]. Me compré un traje nuevo […]. He ido dos veces al teatro chino. Voy con un amigo chino y me lo explica. Aprendo cosas […]. Estoy haciendo algo muy interesante que te contaré pronto […]. Sí, duermo bien[…]».

GEORGE a Félicité (San Francisco, 10 de septiembre):

«Voy a contarte lo que he estado haciendo últimamente. Volví a ser camarero de nuevo en un bar. Hay unos cuarenta a lo largo de la línea de la costa. El nuestro es de quinta categoría. Otros tienen espectáculos con chicas o camareros-cantantes o cómicos irlandeses o judíos. Nosotros solo tenemos viejos marinos y mineros que se duermen sobre las mesas y no dejan propina. Bueno, tenemos también un viejo cómico llamado Lew. Es griego y es muy bueno. Es también algo parecido a un santo. Su salud pende de un alfiler. Le he estado pagando los tragos. Bueno, comenzamos a hacer una especie de representación. En una casa de empeños encontré uno de esos sombreros altos de copa y un andrajoso abrigo con collar de pieles. Entra como si fuera un cliente rico y yo soy su camarero. Tenemos peleas terribles. Al principio los clientes (¡y el jefe!) pensaban que era real; más tarde nos empezamos a hacer famosos. El habla en griego y yo en ruso. Pronto hubo cerca de cincuenta personas a la una y a las dos, y luego más y más, de pie junto a las paredes. A veces soy un camarero triste que le cuenta sus problemas, a veces soy un camarero soñador o un camarero furioso. Practicamos por las mañanas en un almacén. Nos encanta ensayar. ¡Somos geniales! ¡Somos maravillosos! El dueño de un bar más grande nos ofreció diez dólares cada noche por cuatro funciones. El cartel dice: LEO Y LEW, LOS MEJORES PAYASOS DE LA CIUDAD. La alta sociedad viene a vernos. El motivo por el que es gracioso es porque hemos practicado todos los movimientos ¡y los silencios!, y porque la gente no entiende lo que decimos. Lew es genial. Ya sé a qué me quiero dedicar. Quiero ser cómico. [29 de octubre]: Lew ha muerto. Sostuve su mano hasta el último momento. Todo lo que hago se viene abajo por mi culpa, pero no me importa. No vivo. No estoy realmente vivo. Nunca lo estaré. No me importa mientras otros vivan. Lew me aseguró que yo le

había regalado tres meses de felicidad. Oí que en India los barrenderos tiene que llevar insignias. Yo estoy orgulloso de la mía. No te preocupes por mí».

FÉLICITÉ a George (10 de noviembre):

«Me has dicho muchas veces que no me preocupe por ti, pero cada vez está más claro que tú sí que quieres que me preocupe por ti. Por eso me escribes: quieres que me una a ti en algún pesar profundo. No te estoy acusando de mentirme; lo que digo es que eres infeliz por algo, algo que no pensaste con claridad. Anoche me senté en mi habitación a las diez y leí todas tus cartas con calma. Eran casi las tres cuando terminé.

En todas esas cartas mencionas a *Père* solo cinco veces (su seguro, sus fanfarronadas, sus cacerías —dos veces— y su "mala educación"). Nuestro padre fue asesinado. No lo mencionas ni una sola vez: Como solías decir, este es un "silencio muy ruidoso".

Jordi, llevas una carga muy pesada en tu corazón. Creo que son remordimientos; algún tipo de arrepentimiento. Es un secreto. Quieres contármelo pero no lo haces. Estás a punto de decírmelo y luego te echas a correr. Sé que no te confiesas ni vas a misa, porque me lo habrías dicho. Si soy la única persona en la que has pensado para revelar tu secreto, estoy preparada para escucharlo. Aunque hay muchos más sabios que yo, solo una que te quiere tanto. Déjame que te envíe cincuenta dólares. ¡Déjame! ¿Recuerdas cómo solías hacerme leer de *Macbeth*? No has olvidado los versos:

"Limpia ese pecho asfixiado por tan peligrosa
sustancia
que oprime su corazón".

Tu pesar está en algún modo vinculado a *Père*. Por algún motivo te sientes responsable de su muerte. Eso es imposible. Cuando sufriste aquella contusión en la cabeza en San Luis, alguna fantasía se enredó en tu mente. Oh, ¡escríbeme! Mejor que todo eso, ven y cuéntamelo todo.

Hace casi seis años regresaste de la fiesta de Nochevieja en la Taberna Illinois. Esperaste hasta que *Maman* apagó su luz y me despertaste. Me contaste entonces lo que el doctor Gillies había dicho sobre la historia del universo. Decía que un nuevo tipo de ser humano iba a nacer: los hijos del octavo día. Dijiste que tú eras un hijo del octavo día. Lo entendí. Mucha gente de Coaltown pensaba algo muy distinto, pero *Maman* y la señorita Doubkov y yo lo sabíamos. Sabíamos cuál había sido tu camino.

Lo que me atemoriza ahora es que puedas haber permitido que alguna fantasía equivocada TE ROBE CUATRO AÑOS DE TU VIDA, te pervierta, te empequeñezca. Regresarás al SEXTO DÍA, o antes.

Jordi, cree lo que dice Nuestro Señor: “La verdad os hará libres”[110]. Pero tienes que contarlo.

Renace a la libertad.

No me puedo imaginar con qué delito te atormentas, pero Dios nos perdona a todos si reconocemos nuestras flaquezas. El observa a miles de millones de personas. Conoce el camino de todos.

Tú sabes cuál es el deseo más profundo de mi vida. No puedo tomar mis votos hasta que mi querido hermano sea —como dice la Biblia— “sano”. Ven a Coaltown».

GEORGE a Félicité (11 de noviembre):

«No tendrás noticias mías en una temporada. Creo que me marcharé a China pronto, y de China a Rusia. Así que no seas idiota y no intentes encontrarme en California

porque no estaré allí».

A principios de noviembre de 1905 Eustacia contestó la llamada del cartero. Era una carta de su cuñado. No la abrió inmediatamente; todo lo referido a Fisher Lansing la incomodaba. Una hora más tarde Félicité, que barría el rellano de la primera planta, oyó un grito angustiado de su madre. Bajó la escalera a toda prisa.

—*Maman! Qu'est-ce que tu as?*

Su madre la miró con ojos imploradores y le señaló una carta y un cheque que habían caído al suelo desde su regazo. Félicité los tomó y los leyó. Fisher había enviado uno de los inventos Ashley-Lansing a un experto. Había obtenido una patente. El diseño había sido cedido a un fabricante de relojes. Incluía un cheque por valor de dos mil dólares: un primer pago; las regalías llegarían posteriormente. Estaba avanzando lentamente en lo relativo al resto de los inventos. Estaba protegiendo los intereses de su cuñada, podía estar segura de ello. «Puede haber mucho en esto, Stacey. Comienza a pensar en un automóvil».

Intercambiaron una larga mirada. Félicité le entregó el cheque a su madre, que giró el rostro.

—Quédatelo. Escóndelo. No quiero verlo.

Tras la cena Anne subió la escalera hacia su habitación para hacer los deberes. Bajaría a las ocho para la lectura de la noche. Félicité nunca había visto a su madre tan inquieta; ni durante la enfermedad de su padre ni tras recibir una carta de George. Eustacia caminaba de un lado para otro.

—*Maman!*.

—No es mío. No es nuestro.

—*Maman*, ya pensaremos alguna forma de hacérselo llegar.

—Beata Ashley nunca lo cogerá; nunca, nunca.

Entró Anne.

—Chicas, coged los sombreros y los abrigos. Nos vamos de paseo.

Las luces comenzaban a apagarse en las casas. Había una temprana advertencia del invierno en el aire. De cuando en cuando los dedos de Eustacia se cerraban con fuerza en torno a la muñeca de Félicité. Por un momento se detuvo pensativa ante la casa del doctor Gillies, luego siguió avanzando con calma. Alcanzaron Los Olmos. El cartel brillaba levemente bajo las estrellas. Eustacia permaneció un largo tiempo con la mano sobre la puerta batiente del vallado.

—Entraré contigo —susurró Félicité.

—¡Vamos, *Maman*! —dijo Anne.

Su madre giró el rostro hacia ellas, angustiada pero con los ojos resecos.

—Pero ¿cómo? ¿Cómo? —pronunció ásperamente.

Eustacia abrió la verja. Subieron los escalones suavemente. Avanzaron por la galería y contemplaron absortas la habitación. Beata leía en voz alta. Constance remendaba algunas sábanas. Sophia sumaba columnas de su libro de cuentas recostada en el suelo. Un anciano estaba sentado contra la pared, dormido. Otros dos jugaban a las damas. Una anciana mecía un gato en su regazo. Repentinamente Eustacia tomó a sus hijas del codo y las empujó hasta la calle. Regresaron a San Cristóbal en silencio.

VI. Coaltown (Illinois)
Navidad de 1905

Esto es una historia.

Pero historia no hay más que una. Comenzó con la creación del hombre y acabará cuando la última conciencia humana se extinga. El resto de inicios y finales son convenciones arbitrarias: improvisaciones disfrazadas de entidad autosuficiente, generadoras de nimio consuelo o insignificante desesperanza. La compleja podadera del historiador siega un puñado de cifras y un corto espacio de tiempo de ese enorme tapiz. Sobre el corte y bajo este, a su izquierda y derecha, las hebras deshilachadas protestan contra la injusticia, contra la impostura.

Solo en apariencia es el tiempo un río. Se trata más bien de un amplio paisaje, el ojo del observador es el que se mueve.

Miren a su alrededor, en todas las direcciones —más alto, ¡más alto!—, y verán montañas más allá de las montañas, llanuras y ríos.

Esta historia finge tener un principio: «*A comienzos del verano de 1902, John Barrington Ashley, residente en Coaltown, un pequeño núcleo minero en el sur de Illinois, fue juzgado por el asesinato de Breckenridge Lansing vecino de la misma localidad*». El lector es consciente desde tiempo atrás de lo equívocas que estas palabras son, al considerarlas el comienzo, el principio de algo.

Montañas más allá de montañas: allá una familia mentalmente inestable junto al Loira; allá una masacre en las Indias Occidentales; allá una secta religiosa de Kentucky que se desplaza hacia el oeste…

¿Ven a un hombre que se ahoga en un naufragio en aguas de Costa Rica? ¿A un gran actor ruso asesinado en una refriega en la que nadie concede gran importancia a quién es el caído? ¿Un funeral en Washington en 1930, con bandas militares y estadistas con sombreros de copa? Tras la viuda y sus hijos, ¿pueden ver a dos mujeres de mediana edad: una famosa cantante de ópera y una reformista social problemática? (Pero los funerales solo en apariencia son el final de algo). ¿A dos ancianas sentadas para almorzar en Los Angeles, disfrutando un plato de sesenta y cinco centavos en La tetera de cobre («Pide la ternera, Beata. Sabes que te gusta». «¡No me insistas, Eustacia!»)? ¿A los hijos, los innumerables hijos…?

La historia es un solo tapiz. No hay ojo capaz de abarcar un palmo de este. Babilonia tuvo una vez un millón de habitantes.

Vuelvan entonces de nuevo la vista hacia un error judicial en un caso sin importancia en una pequeña localidad del Medio Oeste.

23 de diciembre.

El tren llegaba tarde. El sol había terminado de caer. Entre los riscos de Coaltown los copos de nieve descendían sin prisa en el aire sin viento.

Una gran multitud se arremolinaba en la estación. Algunos habían llegado para recoger a sus familiares. Otros estaban allí porque esa era su costumbre todas las tardes del año. La mayor parte de la muchedumbre acudió porque se rumoreaba que Lily y Roger Ashley regresaban a pasar las vacaciones con su madre y sus hermanas. Se produjeron numerosos codazos e indicaciones. Constance y Sophia se encontraban en el extremo opuesto del andén. Rumores apasionantes y contradictorios llevaban meses circulando. Algunos decían que Lily Ashley había huido con un viajante y que había sido abandonada en la gran ciudad (¡la gente es capaz de creer cualquier cosa!), y que —vestida con faldas muy cortas— bailaba y cantaba en antros; otros aseguraban que Roger frecuentaba boxeadores y jinetes profesionales, italianos y griegos y

gente por el estilo; que participaba en peleas a puñetazos en los bares y escribía artículos en los periódicos sobre temas que la gente decente no llega siquiera a concebir. Otros, sin embargo, aseguraban que Lily —primero como la señora Temple y luego como la señorita Scolastica Ashley— cantaba en las bodas y funerales de las familias más destacadas de Chicago y que Roger había recibido honores y homenajes de importantes personas y organizaciones. Roger no era periodista por casualidad; no era ajeno a la manipulación de los rumores. Había enviado sus artículos a la señorita Doubkov y al doctor Gillies, entusiastas partidarios. Habían recibido también las pruebas de imprenta de su inminente libro. Roger era muy consciente de ser cabeza de familia y defensor del maltratado honor de esta. En tales condiciones se sacrifica incluso la modestia. Los rumores más enérgicos son los contradictorios. Los desdichados ciudadanos de Coaltown no sabían qué creer ni a quién condenar.

Roger apareció vestido como un hombre de fortuna. Lily lo había llevado de compras. El almidonado cuello le arañaba la barbilla; el abrigo era soberbio; el bolso de mano, nuevo; los zapatos relucían. Portaba numerosos paquetes envueltos en papel brillante. Al bajar del tren su rostro mostraba una expresión severa. Se esforzaba por controlar una cierta opresión en la garganta y un inusual martilleo del corazón. No estaba aún preparado para entrar en Los Olmos.

Coaltown.

Miró a su alrededor en la tumultuosa muchedumbre. Sus hermanas no lo reconocieron inicialmente. Roger no alcanzó a ver a Porky, que permanecía bajo los árboles, más allá del extremo final del andén. Controló su nerviosismo y se lanzó de lleno a representar su papel. Caminó con decisión hacia el jefe de estación y —posando en el suelo los paquetes— extendió una mano.

—¿Qué tal está, señor Killigrew? Me alegro de verlo.

—¡Hombre, Roger! ¡Qué bueno verte! ¡Bienvenido a casa! Tus hermanas están aquí… las he visto hace un minuto.

Cordilleras más allá de cordilleras, montañas, llanuras y

ríos…

Tres años y medio antes, su padre —esposado— había obtenido permiso de sus custodios para hablar con el señor Killigrew: «Horace, ¿le entregarás este reloj a mi hijo?». «Si, señor Ashley, así lo haré». Cuatro semanas más tarde Sophia había dispuesto su mostrador para vender limonada, tres centavos un vaso. Ahí se había inclinado en silencio la señora Gillies ante su marido, de regreso con el ataúd de su hijo, muerto en un accidente de trineo en Massachusetts. Aquí el joven John Ashley había descendido del tren y había mirado a su alrededor en feliz expectación. ¡Los andenes de las estaciones! Desde aquí Olga Sergeievna abandonaría Coaltown para siempre; la cabeza alta, orgullosamente vestida para su regreso a la madre patria; Beata tomaría un tren por primera vez en veintiocho años para pasar unas cortas vacaciones con su hijo y sus nietos en Nueva York. El andén de la estación no pudo presenciar, por un centenar de metros, la marcha de George Lansing para iniciar esa sorprendente carrera profesional a ocho mil kilómetros de distancia (su salida fue subrepticia; saltó al tren en marcha desde las montoneras de carbón del depósito de la estación). De aquí partieron jóvenes hombres camino de la Primera Guerra Mundial y regresaron de ella. Con antelación a la segunda contienda internacional, se construyó una nueva carretera y se tendieron nuevas vías dieciocho kilómetros al oeste de Coaltown. La estación cayó en el abandono. Se desmoronó —que es una de las formas que adopta el Juego— y finalmente las llamas acabaron con ella una gélida noche de noviembre. Ardió, como todo en la historia.

Roger se giró. Vio a la señora Lansing que se acercaba hasta él.

—¡Roger! ¡Querido Roger! —dijo, y lo besó como había hecho varios cientos de veces al año durante su infancia.

El relato de este saludo inapropiado corrió de casa en casa durante días. Roger estrechó las manos de las jóvenes Lansing.

—Feliz Navidad para todos vosotros —siguió Eustacia—.

Espero que vengas a vernos mientras estés aquí.

—Lo haré, señora Lansing. Iré a verlas mañana por la noche.

Antes de marcharse intercambió una mirada de inteligencia y complicidad con Félicité. Significaba: «Mañana, a las diez y media, en la tienda de la señorita Doubkov».

Tímidamente, Sophia y Constance se acercaron a él.

Varios ciudadanos destacados se aproximaron y estrecharon su mano. «¡Hombre, Roger! ¿Qué tal? Tienes buen aspecto. Sí, señor, buen aspecto tienes». «¡Hombre, Roger! Bienvenido a casa. ¿Qué tal te ha ido todo?». Varios de ellos se habían comportado como comadrejas, como canallas, durante el juicio, pero, ¡caray!, muchos como estos pueblan el mundo. Nada por lo que sofocarse.

Estrechó sus manos y contempló sus rostros incómodos. Buscaba con la mirada a sus hermanas; quizá su madre estuviera allí.

—Roger —lo llamó Sophia suavemente.

¡Qué altas eran! Las besó por primera vez en su vida.

—¡Sophie! ¡Connie! ¡Dios, qué guapas estáis!

—¿Lo estamos? —preguntó Constance con entusiasmo—. Algunos de los huéspedes dicen que lo somos.

—¿Ha venido Mamá?

—No —respondió Constance—. Está en casa. Nunca sale a la calle y yo tampoco lo hago casi nunca. —Fueron incapaces de encontrar algo que decir hasta que Constance gritó de pronto—: ¡Eres igualito a Papá! Sophie, ¿a que es igualito a Papá? —Se arrojó a los brazos de su hermano en el éxtasis de abrazar a los dos varones de la familia en un único gesto.

El antiguo alcalde, el señor Wilkins (rata y comadreja), se aproximó a Roger y estrechó su mano.

—Un gusto verte, Roger. ¡Bienvenido a casa!

—Gracias, señor Wilkins.

Roger le susurró a Sophia:

—¿Dónde vendías la limonada y los libros?

Ella señaló un lugar, con una sonrisa en el rostro.

—Eres genial, Sophie. No puedo decir otra cosa de ti… ¿Dónde está Porky?

—Aquí estoy.

Se saludaron.

—Porky, quiero tener una larga conversación contigo. Tras la cena voy a charlar con mi madre y luego me voy a dar un paseo con Sophie. ¿Subes esta noche la colina para ir a casa de tu abuelo?

—No, estaré trabajando en mi taller.

Solo una porción de la multitud se había marchado a casa. Varios permanecían rodeando a los Ashley, inmóviles y silentes, mirándolos («como si fuéramos pollos con dos cabezas», pensó Constance). Roger los dispersó sin dificultad: «Buenas noches, señora Folsom. ¿Cómo están Bert y Della?… Buenas noches, señora Stubbs… Hola, Frank».

Alcanzaron el extremo de la calle principal. Roger podía ver una luz en la esquina de la casa, en el comedor. No estaba preparado para entrar en Los Olmos.

—Porky, ¿podrías coger estas cosas y ponerlas junto a la puerta principal? Te veré sobre las nueve y cuarto… Chicas, vamos a dar un paseo.

Frente a la oficina de correos Constance dijo:

—Quitaron la fotografía de Papá de la pared.

—Yo tengo una. Un amigo mío la robó de una comisaría en Chicago. Corté la imagen y la enmarqué como regalo de Navidad para Mamá.

—¡Oh, Roger! ¡Podemos tener una en casa para nosotras!

Había nevado las últimas semanas en Chicago; lluvia, cellisca y nieve habían azotado la ciudad desde el lago. Era la primera verdadera nevada que Roger había visto ese año. Las nevadas de su infancia. Recordaba que Beatrice, la hija del maestro, había planteado una vez a su padre una pregunta que a menudo se le había ocurrido al propio Roger:

—*Papà Benè* (Benedetto), ¿por qué es la primera nieve del invierno tan bella… como la música?

—¡Ah! ¡Bueno! *Bice*, escucha a tu padre: los primeros meses de nuestra vida estamos envueltos en blanco, nos tranquilizan y nos ponen a dormir sumidos en tonos blancos. Más tarde nos dicen que

el cielo, que es el recuerdo de la infancia, es blanco. Nos toman en brazos y nos llevan de un lado a otro; flotamos. Por eso nos dicen que los ángeles vuelan. La primera nieve nos recuerda la única etapa de nuestra vida en la que no sentimos miedo. Un cementerio bajo la lluvia es la imagen más triste del mundo, porque la lluvia recuerda a las lágrimas; pero un cementerio bajo la nieve es acogedor. Recordamos ese mundo. En invierno los muertos descansan en una cuna.

—*Si, Papà. Grazie, Papà Benè.*

Pasaron frente a la taberna y la tienda de ultramarinos del señor Bostwick.

—Esta es la tienda de la señorita Doubkov. Es propiedad de la señora Lansing, y Felicity trabaja aquí a veces. Aquí está el taller de Porky. Mira, lo está ampliando. Y esta era la casa de la señora Cavanaugh, que se la llevaron a Goshen.

Antes de que alcanzaran San Cristóbal, Roger se giró.

—Supongo que Mamá nos estará esperando —dijo.

Constance era ya una jovencita de casi trece años y alta para su edad, pero ante la impresión por el regreso de su hermano (y de su padre) —en este breve paseo, durante escasos minutos—, mostró una sorprendente regresión. Tiraba una y otra vez de la manga de su hermano, del bolsillo, del codo. Se hizo evidente que deseaba ser alzada y paseada sobre los hombros, como su padre la había cargado cada noche cuando regresaba del trabajo.

Roger se detuvo y la miró sonriente.

—Pero, Connie, eres demasiado grande para que te coja en brazos.

Una mirada de confusión surcó el rostro de Constance.

—Bueno, déjame cogerte la mano.

Montañas más allá de montañas…

A lo largo de toda su vida, amigos y enemigos solían decir de ella: «Hay algo "infantil" en Constance Ashley-Nishimura», o «Hay una parte de Constance que realmente nunca llegó a crecer, una parte ridícula». En todas sus campañas se apoyó en hombres

mayores, como si fueran padres o hermanos, tenía un instinto certero a la hora de seleccionarlos: dos gobernadores generales de India, el último jedive, presidentes y primeros ministros («Códigos de conducta para los propietarios», «Voto para la mujer», «Derechos de la mujer casada», «Supervisión de la prostitución» —defendía algo parecido a un sindicato—, «Clínicas oculares para los niños» —fue pionera de la medicina preventiva—), millonarios (a pesar de las grandes sumas que reunía, siempre tenía dificultades para pagar las facturas de los hoteles). Fue ese aspecto infantil suyo el que le permitió superar momentos difíciles: la brutalidad de la policía, los insultos y la basura que le arrojaban. Tenía la audacia de una niña, no la de una mujer madura. Toda su franqueza y confianza eran un regalo de su padre y de su hermano. Los mayores presentes —y los más funestos— son aquellos que quien los entrega desconoce; son aportados a lo largo de los años en los innumerables gestos de la vida diaria: en una mirada, un silencio, una broma, una pausa, una sonrisa, en expresiones de admiración o desaprobación. Constance encontró otros padres y hermanos. En ocasiones se exasperaban, a veces encolerizaban; pero en rara ocasión la traicionaron…

Finalmente, llegaron a la casa. Roger se detuvo largo tiempo a contemplar el cartel LOS OLMOS, ALOJAMIENTO Y COMIDA. Recordaba las cartas de Sophia, en su primer año en Chicago, el día en que pagaron los impuestos. Apretó el codo de Sophia contra su costado.

Entraron en la casa.

—¡Mamá! ¡Ha venido Roger!

Beata salió al vestíbulo desde la cocina. Lo miró: ¡un extraño! De pronto recordó que llevaba puesto un delantal —algo que no estaba previsto— y comenzó a desatarlo velozmente, confusamente. La reserva de Roger, su incomodidad y el temor se evaporaron. Pareció crecer. No había nada frágil en Beata Ashley, pero a ojos de su hijo era, por primera vez, vulnerable, dependiente, necesitada de

él. Mientras su padre estuvo presente en Coaltown, Beata no le había ofrecido oportunidad alguna a su hijo para serle de utilidad. Llevaba —como siempre en invierno— un vestido de lana azul oscuro de escasa belleza o gracia; pero no había duda al respecto, era la mujer más hermosa del mundo. Se acercó hasta ella, la abrazó y la besó; tenía una altura algunos centímetros superior a la de su madre, aunque él sintió que fuera medio metro. Estaba allí para protegerla y mantenerla. Había madurado.

—Bienvenido a casa, Roger.

—Tienes buen aspecto, Mamá.

—Mamá —intervino Constance—, la señora Lansing besó a Roger en la estación. Todo el mundo estaba allí.

—Tu vieja habitación está lista para ti —dijo Beata.

—Déjame echar un vistazo a la casa primero.

El salón con los muebles que Sophia había recopilado uno a uno, todos ligeramente desgastados y arañados pero brillantes; el comedor con su gran mesa y dos aparadores colmados de vinagreras, bandejas y soperas: muy propias de una pensión. Encendieron un candil y visitaron los gallineros con su incubadora, la vaca Violeta, el pequeño cobertizo que Porky había construido para los patos. Visitaron la casa de los días de lluvia y estudiaron las marcas que su padre había hecho para grabar sus alturas cada año: Lily, desde los dos años en 1886 hasta los dieciocho en 1902; Roger, un año en 1886 y diecisiete en 1902; de igual modo sucedía con sus hermanas. Visitaron los robles que su padre había plantado en 1888; los miraron con callado asombro. Todos los Ashley, excepto uno, estaban interesados en la planificación, el progreso y el desarrollo.

Beata, como otras tantas veces había sucedido, rogó a Porky que se uniera a ellos en la cena. Ni una sola vez se había sentado con la familia en las habitaciones principales. Era su costumbre comer en la cocina. Aquella noche se marchó de la casa. La conversación durante la cena evitó abordar cuestiones de importancia. Todos parecían estar esperando la inevitable charla que Roger tendría con su madre —los dos solos— en el salón, más tarde, sobre esa cuestión que nunca se mencionaba: el futuro. ¿Continuarían las chicas alguna

vez con su educación? ¿Saldría alguna vez su madre por la puerta de Los Olmos? ¿Tendrían amigos alguna vez? Roger les mostró algunas fotografías recientes de Lily y el maravilloso bebé. Les transmitió el pesar de su hermana por no poder estar con ellas. Partiría rumbo a Nueva York el día 28, tras haber cantado en cuatro ocasiones *El Mesías*, dos veces en Chicago y dos en Milwaukee. Les comentó su trabajo. Solo las preguntas de Constance evitaban que la conversación se estancara. Sophia no pronunció palabra. Cuando se levantaron de la mesa, las chicas se dirigieron a la cocina.

Roger dijo:

—Mamá, ¿pueden esperar los platos media hora?

—Sí, cariño. ¿Qué quieres?

—Me sentaré contigo en el salón, pero me gustaría dar un paseo con Sophia antes de que se haga más tarde y arrecie el frío. Mañana daré un paseo contigo, Connie. Los mayores primero.

—Sí, claro, Roger. Sophia, abrígate bien.

Caminaron de la mano, algo que no era práctica habitual de los Ashley. Evitando la calle principal, siguieron el viejo camino de sirga. El Kangaheela fluía junto a ellos en silencio, bajo el hielo cada vez más grueso.

—Sophie, tengo que decirte algo. Te lo iba a contar la mañana de Navidad, pero quiero decírtelo ahora mismo. Porky y tú vendréis a visitarme a Chicago en Pascua. Voy a llevar a Porky a un sitio donde puede encontrar un corrector ortopédico para su tobillo, pero a ti te voy a llevar a un sitio aún más interesante. Conozco a una señora que dirige una escuela de enfermeras. Le gustó el artículo que escribí en el periódico sobre ti. Me pidió que fuera a visitarla y le conté todo de ti. Le mostré algunas secciones de tus cartas en las que describías lo que Mamá os había estado enseñando a Connie y a ti en casa. Me dijo que te admitiría a mitad de trimestre, cuando tengas diecisiete años y medio; eso es dentro de un año y tres semanas. Te enviará algunos libros para que estudies de cuando en cuando, para que te prepares.

Sophia guardaba silencio.

—¿No te gusta la idea?

—Roger.
—¿Qué?
—No podría ir.
—¿Por qué no?
—La… la pensión.
—Fuiste tú quien la empezaste. Es lo mejor que ha hecho jamás una chica de catorce años. Pero me contaste en tus cartas que todo marchaba bien ahora. Mamá y la señora Swenson pueden gestionarla y contratar a otra chica cuando Connie y tú vayáis al colegio en otoño.
Sophia guardaba silencio y no levantó la vista.
—¿Lo dices por todas esas compras y sacos de harina y cosas? ¿Y por llevar las cuentas?… Bueno, ¿sabes uno de los motivos por los que vine a Coaltown? Para convencer a Mamá de que salga a la calle. Puedes mostrarle cómo hacer todas esas cosas. Mamá es lista y es muy buena ama de casa… Además, te diré otra cosa: la pensión solo estará abierta un año más. Lily y yo vamos a ganar suficiente dinero como para que Mamá y tú no tengáis que trabajar. Mira, Sophia, escucha lo que te digo: vas a estudiar en la escuela de enfermeras de las señorita Wills en enero de 1906, que me maten si no es así. Y probablemente la pensión cerrará sus puertas unos seis meses más tarde.
Sophia murmuró:
—Las gallinas y los patos y la vaca.
—Le pediré a Porky que me dé el nombre de algún chico de fiar. Le pagaré para que cuide de las gallinas y los patos.
Le habló de la cuestión más importante. Después de Lily, ella era la primera con la que compartió su convicción de que, en algún lugar de la tierra, su padre oiría hablar de Scolastica y Berwyn Ashley. Recibirían una carta en términos ambiguos que solo ellos podrían descifrar. Diría: «Por favor háganme saber de mi querida amiga que cuida a todos los animales enfermos», o «Si conocen a alguien cuyo nombre significa sabiduría en griego, transmítanle mi amor». Les ofrecería una dirección a la que pudieran escribirle. Todos irían a hacerse una fotografía para Papá.

Roger fue consciente de que su hermana apenas lo escuchaba. No podía saber que la facultad de la esperanza de Sophia —como un reloj que ha superado su tiempo de servicio— se había detenido. Era incapaz de creer que la pensión pudiera cerrarse algún día, que ella pudiera volver a ver a su padre, que atendiera alguna vez a los enfermos o que viviera cerca —día a día— de alguien a quien amara.

Al poco de iniciar el paseo, Sophia había liberado su mano de la de su hermano. Él percibió entonces que estaba temblando.

—Roger —dijo suavemente.

—Dime, Sophie.

—Creo… tengo que volver a casa.

—¿Estás cansada?

—Un poco.

De pronto recordó que había estado enferma seis meses antes: había pasado dos semanas en la Granja Bell, donde el doctor Gillies había prohibido toda visita excepto las de Porky. Roger se reprochó no haber prestado suficiente atención a la situación. Los jóvenes tienden a asumir que sus coetáneos siempre están bien; un resfriado de cuando en cuando, un tobillo torcido. Un temor indefinido despertó en su interior.

—¿Comes bien, Sophie?

—Sí.

—¿Duermes bien?

—Oh, sí… Pero comeré mejor… y dormiré mejor, ahora que has vuelto… a tu habitación.

—Entraremos por la puerta de atrás. La cocina es siempre más cálida.

Los temores de Roger se vieron acrecentados por las palabras que le había dicho el maestro varias semanas antes.

De los seis talentosos hijos del maestro, todos excepto su hija favorita, Bice, eran ruidosos, exigentes y de carácter dominante. Ella ayudaba a su madre en la gestión de la casa; trabajaba como secretaria de su padre; no pedía nada para sí. Era incansable, atenta, protectora. La vida familiar de los italianos —como

sucede con los irlandeses, aunque con menor virulencia— se ve salpicada de grandes disputas liberadoras, duchas retóricas capaces de hacer hervir la sangre, complementadas con acusaciones, portazos y últimas palabras en tono fortissimo. Estas, a su vez, son seguidas de reconciliaciones de belleza operística: lágrimas, abrazos, arrodillamientos, afirmaciones de penitencia, humildad y amor ilimitado. Todos disfrutaban en gran medida con estas tormentas excepto Bice, quien, en todos los casos, las consideraba reales. Sufría. Era la única de la familia de rostro blanquecino y sujeta a migrañas. Durante el verano de 1905 no fue capaz de seguir ocultando a sus padres que tosía sangre. Su padre la llevó a un sanatorio de Minnesota. Al maestro le cambió el carácter.

Una noche, tras la cena, se sentó a solas con Roger en su estudio, rodeado de esas obras de arte (esto es: poder limitado a belleza) que no podían ofrecerle consuelo alguno, y dijo:

—Señor Frazier, la vida familiar es como la relación entre naciones: cada miembro pelea por su ración de aire y luz, de alimento y territorio, y particularmente por esa medida de admiración y atención que es denominada «gloria». Es como un bosque; cada árbol debe pelear por su ración de luz; bajo tierra las raíces se enzarzan en una lucha a muerte por la humedad. Nos cuentan que algunos incluso llegan a exudar un ácido que es nocivo para todos excepto para ellos mismos. Señor Frazier, en toda familia sana y enérgica alguien tiene que pagar con su vida.

Sophia los sobrevivió a todos. Cuando, pasados los años, Rogery sus hermanas la visitaban, era incapaz de reconocerlos. Lily le cantaba sus canciones favoritas en voz baja. «Tenía una hermana que cantaba esa canción». Sophia tenía la impresión de estar en Goshen. Cuando Roger la visitaba, ella le explicaba que muchas personas contemplaban el hospicio con temor y hasta vergüenza, pero que él podía ver con sus propios ojos que era un lugar maravilloso en todos los sentidos: había árboles y jardines y pájaros y ardillas. Recibía a sus visitas con una afectada cortesía, pero al transcurrir media hora los informaba de que estaba ocupada, los pacientes requerían su atención. Señalaba a una

decena de muñecas, todas postradas en la cama, convalecientes. Sus cuidadores les decían que se vestía cada mañana con gran cuidado a la espera de la visita de su padre y que cada noche conseguía que le prometieran que la levantarían temprano a la mañana siguiente por uno u otro motivo. Una de las personas que la visitó le provocó un estallido de histeria y, por tanto, se la animó a que no regresara. Sophia detestaba el olor a lavanda.

Roger regresó con Sophia a la cocina y le recomendó que se tomara un vaso de leche caliente. Se reunió con su madre en el salón.

—Mamá, voy a permanecer en Chicago un año más y me voy a marchar a Nueva York. ¿Podrías gestionar la pensión un año más, o un año y medio más, y luego venirte a Nueva York?

—¡Oh, Roger! Nunca dejaré Los Olmos. Oh, no. Oh, no, Roger.

—Pero la pensión…

—A mí me gusta la pensión.

—El próximo otoño Sophia tiene que ir al colegio.

—Oh, no dejaré Coaltown.

—Creo que por entonces Lily o yo habremos recibido una carta de Papá.

Beata guardó silencio un momento, luego dijo en voz baja:

—Si así sucede, por supuesto que haré lo que tu padre considere más adecuado… Me gusta la pensión. Da algo de dinero. Me gusta pensar que ese dinero le será útil a tu padre algún día.

Roger se inclinó hacia delante, apoyó los codos sobre las rodillas.

—Mamá, ¿vendrás conmigo a visitar a la señora Lansing el día de Navidad?

Ella levanto la vista de su costura y lo miró a los ojos.

—Roger, mientras no regrese tu padre, no puedo salir de Los Olmos.

—¿Odias Coaltown?

—Oh, no.

—Entonces, ¿qué sucede?

—No tengo nada que decirle a esa gente. Ellos no tienen nada que decirme que me interese. Lo mejor de mi vida ha pasado entre estas paredes.

—Y lo peor de tu vida, Mamá.

—No recuerdo nada de eso… Una felicidad como la que yo he tenido es duradera. Me acompaña cada día. No quiero que nada se interponga, que la corrompa.

Siete años más tarde, en su terraza de Manantiales, la señora Wickersham leyó —o más bien le leyeron, comenzaba a fallarle la vista— que la diva estadounidense madame Scolastica Ashley, que actuaba esos días en Covent Carden, era hija de John Ashley, condenado injustamente por asesinato en Coaltown (Illinois). El texto del periódico de San Francisco recordaba a los lectores que el verdadero asesino había confesado su crimen, aunque nunca se había descubierto ningún dato sobre el paradero del fugitivo. Tras cierta deliberación, la señora Wickersham dictó una larga carta —la tarea consumió gran parte de cuatro mañanas— para que le fuera enviada a madame Ashley a Londres. Concluía: «Estoy segura de que si su querido padre hubiera continuado con vida tras el verano de 1905, me habría escrito». La carta fue firmada con mano temblorosa: «Ada Wickersham».

Poco después de leer esta carta, Beata cerró Los Olmos y se mudó a Los Ángeles. Compró y reparó una mansión en ruinas ubicada cerca del centro de la ciudad, sobre una colina de escasa altitud pero con una fuerte inclinación. Colgó un cartel: alojamiento r comidas buena vista. El suelo en el que se encontraba la casa se desmoronaba en pequeños corrimientos de tierras; el vecindario comenzaba a deteriorarse. Los huéspedes que se presentaban eran de lo más variopinto: algunas oficinistas, viudas reumáticas, viudos asmáticos, indigentes. La mesa de su comedor adquirió una reputación; ciertos empresarios formaron una asociación y escalaban los dos largos tramos irregulares de la escalinata de cemento que daba acceso a la pensión cinco veces a la semana. Beata no quería dirigir un restaurante y solo los

huéspedes permanentes disfrutaban de la cena. Tres de sus hijos se sumaron para ofrecerle una cantidad mensual fija y una vivienda en Posadería, pero Beata era determinada en su independencia, no aceptó nada. Durante seis meses, en 1913, Constance y su marido —de gira por el continente en una de sus campañas— dejaron a su pequeño hijo de sangre medio japonesa a su cargo. Su felicidad era indescriptible. Cuando el chico tuvo que marcharse, la separación fue doloroso por ambas partes. Cada cierto tiempo uno u otro de sus huéspedes se fugaba, a veces cargado de sábanas y cubertería. Una pareja desapareció dejando atrás una maleta desvencijada y a un niño de tres años de edad. Beata escolarizó al pequeño en una institución para sordomudos, ella misma aprendió la lengua de signos, y lo adoptó. Parece ser que Beata vino al mundo para ser abuela. Jamie la ayudó con la casa y permaneció con ella hasta el día de su muerte. Sus hijos y él heredaron los pocos ahorros de Beata.

Varias veces al año un periodista se internaba hasta el vestíbulo del Buena Vista.

—¿Es cierto, señora Ashley, que es usted la madre de madame Scolastica Ashley y Berwyn Ashley?

—Muchas gracias por su visita pero estoy muy ocupada hoy.

—¿Y de Constance Ashley-Mshimura?

—Buenos días. Gracias por su visita.

—¿Ha recibido algún mensaje de su marido, señora Ashley?

—Estamos limpiado las habitaciones de la planta baja esta mañana. Lo siento. Tendré que pedirle que se marche.

—Pero, señora Ashley, tengo que conseguir una noticia o me despedirán.

—Lo siento… Buenos días, buenos días.

Era abuela, si bien con el carácter de una patricia alemana y no de tipo estadounidense. Todos sus huéspedes eran conscientes de la preocupación que hacia ellos mostraba. La vivienda estaba inmaculada y su dueña obligaba a un considerable decoro a sus inquilinos. Mantenía largas conversaciones con los adictos al tabaco y al alcohol, con los desesperados y las casquivanos. Tras

una apariencia de severidad, realmente «adoptaba» a sus huéspedes: prestaba dinero, regalaba prendas de vestir y relojes de un dólar. Sus días eran agotadores. Su pelo dorado se tornó de un color paja apagado; mantuvo durante muchos años su enhiesto porte. No vestía prendas de color. Como muchas mujeres alemanas, llegó a sus últimos años vestida con notable distinción. Por la calle los viandantes se detenían a admirar los delicados puños blancos de sus prendas y el níveo pañuelo sobre la seda negra o el velarte, la larga cadena de oro con un colgante de cristal que custodiaba un cabello de su nieto. Cuando Lily llegaba a la ciudad para ofrecer un recital o Rogery Constance para participar en una conferencia, les hacía saber su deseo de asistir a los actos desde el fondo de la sala. Rechazaba compartir una comida con ellos en un hotel; los invitaba a tomar café en el salón del Buena Vista. Estas visitas habrían sido difíciles de no ser porque conocía en profundidad las cuestiones en las que ellos estaban interesados. Pero había algo más:

—Mamá —preguntó Constance un día—, eres feliz, ¿verdad?

—¿Recuerdas la descripción que hizo la señora Wickersham de la vida de tu padre en Chile?

—Sí, Mamá.

—Todos los Ashley somos felices porque trabajamos. Me avergonzaría si no lo fuéramos.

Avanzada ya su vida, había adquirido algo de sentido del humor. Un día Roger ascendió la precaria escalinata para compartir un café con su madre. Ella le contó que nunca se había casado con su padre.

Ambos se rieron.

—¡Mamá! —dijo él.

—Estoy orgullosa de ello.

Beata nunca mencionó a sus hijos que se había unido a una iglesia, una de esas congregaciones independientes que abundan en el sur de California y que combinan espiritualismo, filosofía india y sanaciones: le parecía que reflejaba muchas ideas, muchas

afirmaciones, que había adquirido en toda una vida de lecturas de Goethe.

A las nueve y media Roger dio la señal —el ulular de un búho— ante el taller de Porky, y entró en ella. Porky retomó su trabajo junto a la estufa caliente.

—Sophie no está bien, Porky.

Porky no gastaba palabras cuando una mirada podía transmitir mejor el significado.

—Vais a venir los dos a visitarme a Chicago en Pascua. —Roger dejó sobre la mesa algunos panfletos que mostraban piezas ortopédicas para pies y tibias—. Tú te quedarás cuatro días, ella estará una semana. Si Connie regresa al colegio, ¿se portarán mal con ella los niños?

—Algunos. Pero estará bien.

—¿Todo este trabajo tienes en Navidad?

—Hago la mayor parte de mi trabajo por correo ahora.

Los viajantes me envían los zapatos de sus familias. Sophie debería volver a la Granja Bell, inmediatamente, el día después de Navidad.

—Si tú lo dices, así lo haremos. La llevaré yo mismo.

¡Clan! ¡Clan!

—Me encontré con Felicity Lansing en el tren. Creo que tiene alguna idea sobre quién mató a su padre. ¿Es posible?

Clan.

—Puede ser.

—¿Sabes algo de esto, Porky? —La mirada del zapatero no transmitía nada—. Preferiría saber quién rescató a mi padre.

Era relajante estar con Porky y su martillo y su silencio.

—Creo que debería marcharme a casa y charlar con Sophie. ¿Qué es ese dibujo de la pared?

—Mi primo me está construyendo dos habitaciones más en el taller. —*Clan. Clan*—. Me caso en marzo.

—¡Claro! —Roger recordó de pronto haber oído a Porky decir en tono confidencial que los hombres de la Iglesia de la Alianza de

la colina Herkomer se casan a los veinticinco años. ¿Conozco a tu mujer?

—Cristiana Rawley.

El rostro de Roger se iluminó. Recordaba a Cristiana del colegio.

—¡Muy bien! —dijo.

Se estrecharon la mano con solemnidad.

—Estoy enseñando a su hermano Standfast[111]; me ayudará aquí. Dile a tu madre que cuando me marche de Los Olmos, él puede quedarse con mi habitación y asumir mi trabajo.

—Se lo diré.

Intercambiaron una mirada. La amistad es maravillosa. Piensa en todo. Imagina.

—Mi abuelo quiere verte.

—De acuerdo. ¿Dónde?

—En su casa.

Ningún habitante de Coaltown era invitado jamás a visitar la colina Herkomer.

Algo importante flotaba en el aire.

—Sí, claro, Porky. ¿Cuándo?

—¿Podrías venir aquí mañana a las cuatro? Yo traeré los caballos. —La cojera de Porky. Un hombre sin problemas podría ascender la colina en cuarenta minutos.

—Aquí estaré. ¿Cómo se llama tu abuelo?

—O'Hara. Llámalo «diácono». Y si dice algo sobre mí, ¿sabes cómo me llamo?

—Harry O'Hara.

—Me llamo Aristides.

—¡Aparece en las *Vidas Paralelas* de Plutarco!

—En el colegio los profesores me llamaban Harry. Pensaban que los niños se reirían del nombre Aristides.

—Mañana a las cuatro… Debería regresar a la casa y ver a Sophie.

No se despidieron. Solo esa mirada, como una flecha, intensificada por los tres años y medio transcurridos.

Roger traspasó el vallado de Los Olmos y bordeó la casa. A través de una ventana de la sección trasera vio a su madre sentada en la mesa de la cocina, con su taza de *Milchkaffe* ante ella, perdida en sus pensamientos. Regresó a la parte delantera de la casa y subió de puntillas la escalera. La puerta de Sophia estaba abierta unos centímetros. Se quedó inmóvil y escuchó.

—¡Sophie! —Susurró.

—¡Sí! Dime, Roger.

—¿Quieres venir conmigo a la iglesia la mañana de Navidad?

—Sí.

—¿Cómo solíamos hacer cuando Papá estaba aquí? Connie y tú. Te contaré un secreto: Lily os ha enviado a las dos vestidos preciosos. Mamá le envió tus medidas. Al día siguiente iremos a la Granja Bell para saludarlos a todos… ¿Dormirás esta noche nueve horas?, ¿lo harás por mí?

—Sí, lo haré.

—Voy a dejar la puerta de mi habitación ligeramente abierta, como solía hacer Papá. ¿Te acuerdas?

—Sí.

Por la mañana descansaba frente a su puerta un bidón de cobre con agua caliente. Cuando Roger terminaba de afeitarse miró insistentemente el espejo que tan a menudo había reflejado el rostro de su padre. Los espejos no «retienen» nada. No saben que estamos frente a ellos. T.G. solía decir que el universo es como un espejo. Ausente. Los olores del café y la panceta en la sartén llenaban el aire. Oyó a sus hermanas moverse por la casa. Salió al rellano y gritó: «¡El baño está libre! ¡El último que llegue al desayuno es un búfalo!».

Constance llegó hasta él corriendo y gritando:

—Papá está casa… Quiero decir, Roger está en casa.

Sophia se escondió tras la puerta de su habitación.

Su madre había desayunado. Llevó una taza de café a la mesa y se sentó al lado de su hijo. Dudaba si comenzar a hablar. Sabía que

su ronquera había regresado. Por otra parte, no encontraba nada que decir. Estaba henchida de orgullo hacia el visitante, ese extraño joven.

—Quiero ver a ciertas personas hoy —dijo Roger—. Lilyha enviado algunos regalos para la señorita Doubkov y los Gillies.

—Los he invitado a cenar con nosotros.

—Perfecto. Quizá llegue un poco tarde. Voy a subir a la colina Herkomer. El abuelo de Porky quería verme… Tras la cena voy a visitar a la señora Lansing. ¿Tienes algo que les pueda llevar de regalo?

—Sí, claro. Te envolveré algo de mazapán y galletas de jengibre.

Las chicas lo acompañaron en su desayuno. Gonstance tenía mucho que contar.

A las diez y media Félicité ya había prendido la estufa en la tienda de la señorita Doubkov. Roger llamó a la puerta y entró. Ella estaba sentada tras el mostrador, erguida, seria, contenida, como una profesora; no, como una monja. Anne la acompañó. (No es necesario explicar que nada escapaba a los ojos de Coaltown excepto la verdad). Tal y como habían acordado antes, Anne se introdujo algodón en los oídos y se sentó junto a la estufa con un libro.

Roger y Félicité se miraron a los ojos un instante, conscientes de la importancia de su conversación; fuera el que fuera a ser su contenido, estaban en ello juntos. Ella comenzó a hablar en voz baja:

—Tengo dos cosas que decirte.

Le habló del dinero que su madre había recibido por los inventos de John Ashley.

—La entristeció mucho. No quiere quedárselo ni un día más. Ni siquiera lo ha depositado en el banco. Cobró el cheque y guarda el dinero en su habitación. Quería ir a tu casa y dárselo a tu madre, pero estaba segura de que tu madre no lo tomaría. Estaba segura de que tu madre se enfadaría mucho. —Hizo una pausa y lo miró con un leve gesto de interrogación.

—Sí. Supongo que tiene razón.

—Cuando se enteró de que venías a Coaltown sintió un gran alivio. Se transformó en un día. Va a entregártelo todo cuando vayas a verla esta noche. Pensé que debía comentártelo primero para que estés advertido. ¿Lo cogerás? ¿Lo harás?

—Seguro que tu padre participó en esos inventos.

—Madre dice que sabe que no fue gran cosa. —Félicité sonrió débilmente—. Dice que se quedará con el diez por ciento para entregarlo a los huérfanos.

Roger era incapaz de permanecer inmóvil en su silla. Se levantó y dio algunos pasos a lo largo de la habitación.

—¡Los inventos de Papá! ¡Han conseguido dinero!… Siempre supo que tenían valor, pero no hacía nada al respecto.

—¿Se lo aceptarás esta noche a *Maman*?

—Lo meteré en el banco. Tú y yo seremos los tesoreros. Lo utilizaremos para la educación de nuestras hermanas. Si Papá estuviera aquí, querría que lo dividiéramos en partes iguales. Eso es lo que le diré a tu madre… ¿De qué otra cosa querías hablarme?

La expresión de Félicité cambió. Apretó los labios. Lo miró imploradora. Unió sus manos con fuerza sobre el mostrador.

—Roger, tengo algo terrible que contarte. No estaba segura cuando te vi en el tren. Ahora lo estoy… Roger, ¿qué hacía tu padre siempre que disparaba su rifle?

—¿Cómo? ¿A qué te refieres, Felicity?

—¡Intenta recordarlo! ¿Qué te enseñó a hacer para que te concentraras mejor?

—Contaba.

—Y golpeaba con la punta del zapato izquierdo en el suelo. Siempre a la misma velocidad. —Roger esperó—. Decía cuatro palabras: «Uno, dos, tres, ¡pan!».

—¿Sí?

Félicité guardó silencio. La sangre había abandonado su rostro. Lo miró con una urgente súplica.

—Ayúdame —susurró.

De pronto Roger fue consciente de lo que ella quería explicar.

—¡Alguien pudo disparar exactamente en el mismo segundo!

—Desde la casa. Desde una ventana en la primera planta.

—¿Pero quién? ¿Quién, Felicity?

—Alguien que supiera que él contaba.

—¿¡Yo!? ¿¡Tú!? Estábamos en la merienda en el parque. George se había marchado la noche anterior.

Félicité comenzó a hablar muy rápido, aunque sus palabras eran comprensibles.

—Padre había estado muy enfermo semanas y semanas. Madre se sentaba junto a su cama cada noche. A veces se sentía dolorido y gritaba y tiraba las cosas de la mesa. George pensó que estaba golpeando a Madre. George merodeaba por la casa toda la noche como un animal, como un animal enloquecido. Mi padre nunca habría hecho daño a *Maman*. Pero sufría. A veces la insultaba. *Maman* lo comprendía, pero George no. Entonces mi padre dijo eso de que mataría a tu padre. George me lo dijo. Me contó que lo escuchó. Mi padre no lo decía de veras. Solo estaba sufriendo. ¿Lo ves? George disparó a mi padre para proteger a *Maman* y para salvarle la vida a tu padre.

Roger se levantó lentamente.

—Así debió de suceder —asintió.

—¡Espera! ¡Espera! George nunca habría permitido que tu padre fuera juzgado. No sabía nada del juicio. Se montó esa noche en uno de esos trenes de mercancías. Se cayó y se golpeó la cabeza. Estuvo en un manicomio durante meses. Oh, Roger, ¡Roger! ¡Ayúdame!

Roger se dirigió hacia la estufa rápidamente y tocó el hombro de Anne. Ella se retiró el algodón de las orejas.

—Trae un vaso de agua.

Roger y Anne guardaron silencio mientras Félicité bebía. Anne nunca había visto las manos de su hermana temblar. Finalmente Roger susurró:

—Anne, ponte el algodón otra vez en los oídos. —Esperó a que lo hiciera y dijo—: ¿Dónde está George ahora?

—Regresó hace cuatro noches. Entró en su habitación por la ventana. No supimos que había llegado hasta la mañana. Nadie ha

visto a una persona más infeliz. Ni siquiera mi padre lo era tanto. Siempre nos hemos temido que George enloqueciera. Y ahora… puedo ver ahora que está tratando de decirnos algo, pero es incapaz.

—¿Y tu madre…?

Félicité no había soltado ni una lágrima. Se llevó una mano a la boca y un gran sollozo estalló tras la cortina de dedos.

—Anoche… George no quiere irse a la cama. Quiere que pasemos toda la noche con él. Leemos escenas de Shakespeare y obras francesas. Y hablamos. George habla. Dice cosas extrañas, un sinsentido. Y yo vi que *Maman* trataba de ayudarlo a contar eso, fuera lo que fuera. Porque si él se lo contara a ella, a ella… ¿te das cuenta?

Félicité volvió a guardar silencio, a la espera.

—No, no lo entiendo, Felicity.

—George iría a ver a un sacerdote. Ella lo podría convencer para que visitara a un sacerdote.

—Sí.

—¡No creo que nunca sea capaz, nunca, de contárselo a *Maman*! Quiere decírmelo a mí, pero hasta ahora siempre se las ha ingeniado para que no estemos solos nunca. Ahora que te lo he contado, Roger, ya veo lo que puedo hacer: puedo decirle que lo sé, que lo comprendo. Sí, Sí. —Y en un susurro—: *Maman* lo sabe también. Estoy segura.

—Felicity, esto es lo que puedes hacer. Coge ese dinero de los inventos de Papá. Dáselo a George y dile que se marche del país: a China, a África. Pero primero haz que escriba una confesión. Cuando pasen varios meses de su marcha, la enviará a la Fiscalía del Estado.

Félicité tomó las manos de Roger.

—Sí, Roger. ¡Sí! Entonces podrá regresar tu padre. —Comenzó a sollozar—. Pero debo volver rápidamente a casa. Temo que pueda desaparecer de forma tan repentina como llegó. Ayúdame a apagar la estufa. ¡Anne! ¡Anne! Nos vamos. Gracias, Roger.

Al mismo tiempo, a la misma hora, George Lansing permanecía tumbado boca abajo en el suelo del salón de la señorita Doubkov, con el rostro girado hacia los iconos. La señorita Doubkov leía junto a él en eslavo antiguo la Oración de la Contrición.

Él le había contado su historia. Cuando sus jadeos en busca de una pizca de aire lo impidieron continuar, la señorita Doubkov le enrolló una toalla húmeda en la frente. Su agotamiento era tal que apenas podía repetir las palabras de la oración. Cuando hubieron terminado, ella se agachó y le acercó un crucifijo. Él lo besó.

George se levantó. Ella lo acompañó hasta el escritorio junto a la ventana y situó frente a él pluma, tinta y papel.

—Escribe lo que te voy a dictar: *Yo, George Sims Lansing, la tarde del 4 de mayo de 1902, asesiné a mi padre, Breckenridge Lansing, de un disparo en el jardín trasero de nuestra casa. Me había marchado la noche anterior, pero regresé a la mañana siguiente en los bajos de un tren de mercancías. Me escondí en el bosque…*

Mientras dictaba la carta, la señorita Doubkov entraba y salía de sus cuatro pequeñas habitaciones, recopilando pequeñas sumas de dinero de diversos escondites.

—Ahora pon la dirección: *Fiscalía del Estado, estado de Illinois…* Entra al baño y lávate la cara. Siéntate en mi dormitorio hasta que te llame.

Escribió ella también una carta y lo llamó.

—Vas a tomar el tren de las doce y veinte a Chicago. Sal por la escalera trasera de la casa. Toma el camino que pasa detrás del juzgado. No te subas al tren en la estación; salta sobre él cuando comience a cruzar el río junto al depósito de agua. Vete directamente a Canadá: a Halifax. Coge un barco a San Petersburgo. Cuando mi padre llegó a América desde París, desembarcamos en Halifax. Había algo parecido a un club ruso para dar la bienvenida a los compatriotas y ayudarlos a planificar su estancia. Compra ropa de obrero lo antes posible y revuélcate en el barro con ella. Eres de una pequeña ciudad de Alberta donde mi padre trabajó una temporada. Hasta que llegues a Rusia tienes que meterte en el papel de un chico ignorante y estúpido de esa

comunidad aislada rusa de Alberta. Apenas sabes inglés y tu ruso es malo porque eres estúpido… No te enfades con nadie. No te pelees con nadie. Tienes que ser un idiota. He escrito una declaración. Dice que eres huérfano… honesto y trabajador… buen cristiano. Sufriste una fiebre de niño que te ha dejado un tanto lento. La carta está escrita en inglés pero está firmada por el pope de esa pequeña ciudad de Alberta. Cuando llegues a Halifax, busca a los rusos. Dile a todo el mundo que tienes que ir a Rusia a buscar a tu abuela. Ella está ahora en Moscú. No sabes su dirección. Aquí tienes su nombre… No sé cómo te las apañarás con todo esto. No sé si conseguirás documentación, pero tenemos que dejar algunas cuestiones en manos de Dios. Aquí tienes doscientos dólares… Ya solo te queda tiempo para escribir una o dos líneas a tu madre y tus hermanas. Veré a tu madre esta tarde. Le contaré todo. ¿Puedo prometerle que entregarás tu confesión pronto?

—Sí, Olga Sergeievna.

—Cuando llegues a Rusia, escríbeme. Escribe en ruso. No escribas a tu madre hasta que hayan pasado varios años. —En ese momento pasó a hablar en ruso—. Dios te bendiga, querido Ghyorghy. Dios llenará tu corazón y tu alma con verdadera contrición y te liberará de esa enorme carga que es el pecado mortal. Has acabado con una vida, por lo que debes tu vida por partida doble a Dios y su creación. La Madre de Dios es fuente de consuelo para todos; especialmente para los que como nosotros somos caminantes y exiliados. Ojalá Ella se te dé a conocer… ¡Márchate! Vete, querido…

George se inclinó para besar su mano. Sin pronunciar palabra salió de la casa.

A las cuatro de la tarde Olga Sergeievna visitó San Cristóbal. Eustacia supo, nada más ver la expresión de su rostro, que cuestiones de gravedad flotaban en el aire. Llamó a Félicité, que permaneció junto a su silla durante la siguiente media hora.

Olga Sergeievna les contó todo. Posó la corta nota de George en la mesa. Les transmitió su solemne promesa.

—*Chère Eustachie*, cuando George me mande noticias suyas

desde allí, enviaré su historia a Springfield.

Eustacia apretó la mano de Félicité. En voz muy baja pronunció:

—¿No deberías contárselo a Beata ahora?

—Eso tendrás que decidirlo tú. Yo esperaré.

De pronto el rostro triste pero no sorprendido de Eustacia se encendió de alegría.

—Se lo contaré todo a Roger esta noche.

Félicité dijo con suavidad:

—*Maman*, Roger lo sabe casi todo ya. Charlé con él sobre esto hace unas horas.

Eustacia la miró sorprendida.

—Olga —preguntó—, ¿tiene dinero?

—Tiene dinero. Tiene esperanza. Tiene valor. Tiene una religión. Tiene inteligencia. Vete a descansar, Eustachie.

Eustacia la besó murmurando:

—Ya rezar.

Horizonte tras horizonte… cordillera tras cordillera.

El mejor actor ruso de los primeros años del siglo XX *logró llamar la atención comportándose como un payaso en las diversas tabernas donde lo contrataron de camarero. Descubrió a un viejo actor en la ruina con el que trabajar; George hablaba en francés; su socio, en alemán. George hacía de camarero soñador, entusiasta, de camarero resentido ante su cliente. Era especialmente destacable su papel de camarero rabioso, puesto que decían que tenía el semblante de un felino furioso. George derramaba la sopa sobre su cliente, lo pisaba, encontraba cuchillos y tenedores en sus bolsillos. El alboroto era fantástico, la sala se llenaba de público. Fueron invitados a causar consternación y caos en restaurantes más caros. Fueron contratados como payasos en un parque de atracciones a las afueras de la ciudad. Aparecieron carteles con el rótulo: «*GUYORGHY*». *El salto a las tablas fue rápido. Fue contratado como comediante de segundo nivel y sus papeles de anciano fueron especialmente alabados. Poco tiempo después alcanzó una posición en la que podía elegir sus*

propios papeles. Rechazó todas las invitaciones para salir de Rusia. Los visitantes extranjeros señalaban que era —con las traducciones que él mismo hacía— el más delicado Hamlet, Lear, Macbeth, Falstaff Enfermo imaginario[112]*, Tartufo, que habían visto jamás. Olga Sergeievna, en una carta enviada a Eustacia desde Moscú en 1911, k contó que había disfrutado de la compañía de un amigo, un destacable joven «cantante de ópera». Habían hablado largo y tendido de sus vidas anteriores en Francia —en Charbonville*[113]*—, recordando los tiempos pasados con risas, lágrimas y mucho amor. Finalmente el propio George escribió a su madre. Le envió fotografías de sus hijos. Las últimas cartas que ambos enviaron fueron fechadas en 1917. Parecían haber desaparecido en esa época turbulenta.*

Cuando Roger llegó a la tienda de Porky a las cuatro en punto, encontró al primo de Porky, Stan (Standfast Rawley), en la calle, sosteniendo las bridas de dos caballos ensillados. Stan era un viejo amigo, incluso más taciturno que su primo. Trabajaba en las caballerizas de Bilbow. Los jóvenes se saludaron. Stan desapareció. Porky y Roger montaron en sus caballos y comenzaron el ascenso.

Los miembros de la Iglesia de la Alianza de la colina Herkomer vivían en casas idénticas de madera en torno a su templo. Esta es una de las muchas comunidades que sobrevivió, como vestigios concentrados, de los días de la Gran Tierra Virgen: avanzando hacia el oeste desde Virginia a Kentucky, Tennessee y más allá. Su aislamiento no era resultado únicamente de sus creencias religiosas, sino de la fuerte presencia de sangre india en sus venas. Puesto que en las fronteras primitivas eran los hombres blancos quienes se casaban o vivían con mujeres indias —jamás un hombre de sangre completamente india se casó con una chica blanca—, eran los apellidos de los varones los que se transmitían a la siguiente generación, escritos tal y como los oían. La mayor parte de las familias de la colina llevaba los apellidos Gorum, Rawley, Cobb, O’Hara y Ratliff. Durante generaciones se dedicaron a la caza, con y sin trampas, pero cuando las presas comenzaron a escasear, los más

jóvenes bajaron a Coaltown, en primer lugar para trabajar en el almacén ferroviario o en las caballerizas. Eran sobrios por naturaleza y educación, y destacaban por ser extremadamente dignos de confianza y laboriosos. Trabajaban de conserjes en el banco, la cárcel, el tribunal y el hotel. Hombres del espacio natural y de libres movimientos, no eran capaces de acostumbrarse a trabajar en tiendas, tampoco aceptaban descender a las minas. En el colegio, los más pequeños —con la única excepción de Porky— no trababan amistad más que con los miembros de su comunidad. Eran huraños, carentes de alegría, obstinados. Los ancianos nunca bajaban a Coaltown, excepto para pagar los impuestos, monedas en mano. Era por todos conocido que la comunidad era pobre. Como uno de los destacados economistas de la cantina de la Taberna Illinois los describía, eran «pobres como ratas». Las mujeres cosían prendas a mano y tejían colchas. Los hombres elaboraban objetos con cuero de caballo y ciervo. No vendían los productos en Coaltown (algunos habían acabado por asumir que detestaban Coaltown), sino que los transportaban hasta otros mercados situados a distancias considerables. Algunas de las mujeres de mediana edad descendían la colina para trabajar de sirvientas en las casas, pero siempre con la condición de que regresaran a sus hogares antes de las siete de la tarde. Había numerosas colmenas en la colina Herkomer y muchos tréboles. La miel era vendida en otros lugares; los Ashley y los Gillies la recibían como regalo. Los más jóvenes acudían al colegio de Coaltown hasta el octavo curso; su comportamiento era el propio de hombrecitos y mujercitas. Sus prendas tejidas a mano estaban siempre inmaculadas y olían a lejía. Sus nombres propios eran motivo de gran diversión. Algunos provenían de la Biblia, pero la mayoría se originaban en las dos obras que siempre acompañaron a los primeros aventureros desde Virginia hasta las tierras salvajes: *El progreso del peregrino*[114] y las *Vidas paralelas* de Plutarco. En la comunidad abundaban los Cristiano y Buenas Obras, y muchos Licurgo, Epaminondas, Solón y Aristides. Los dueños de plantaciones de la Costa Este habían tomado de Plutarco los tiranicidas y guerreros: Casio, Cincinato, Horacio y Bruto; los

miembros de la Iglesia de la Alianza prefirieron a los sagaces. Todos los chicos eran deportistas excepcionales, pero sus mayores les prohibían participar en los encuentros deportivos organizados por el instituto los sábados por la tarde, que se desarrollaban bajo imágenes de revancha, odio y exterminación.

A lo largo de los años setenta y ochenta los miembros de la comunidad fueron profundamente ridiculizados como «gritones», «saltimbanquis» y «santurrones», pero gradualmente su honestidad y la austeridad de sus vidas comenzaron a generar un pasmado respeto. Durante años los jóvenes de la comunidad se habían casado con chicas de la propia congregación y pronto todos los residentes de la colina Herkomer fueron primos entre sí por varias vías. Les recordaron los peligros propios de esta práctica a mediados de los sesenta. El predecesor del doctor Gillies —elegido, como lo sería posteriormente este, para ejercer de médico de la comunidad— les explicó las perniciosas consecuencias del matrimonio consanguíneo. Los mayores lo escucharon, impasibles pero sorprendidos. Afortunadamente, el doctor Winsted era un admirable orador. En adelante se convirtió en costumbre que algunos ancianos viajaran hacia el este visitando iglesias aliadas. De estos viajes regresaban con novios y novias para sus jóvenes, sin renunciar a ninguno de los suyos. El doctor Gillies asumió, sin saberlo a ciencia cierta, que se producía algún intercambio de capital durante estas negociaciones.

Persistían rumores, no obstante, que señalaban que la sobriedad de la congregación de la colina Herkomer no era lo que aparentaba ser. Se decía que los servicios religiosos de las tardes de los domingos culminaban con grandes brincos y gritos y «frases en lenguas extrañas»; «verdaderas orgías», afirmaban los eminentes filósofos morales de la cantina de la Taberna Illinois. Puesto que ningún visitante había permanecido a cincuenta metros del templo durante más de tres minutos, esta descripción no podía ser confirmada.

Porky dejó a Roger ante la vivienda de su abuelo y se marchó con los caballos.

El diácono estaba sentado en una mecedora en su estrecho

porche delantero. Una manta le cubría las rodillas. Su piel era muy oscura, los ojos, como los de su nieto, de un negro sin brillo. Los rostros de los indios muestran escasos cambios entre los treinta y los setenta años.

—Disculpe que no me levante, señor Ashley —dijo indicando con un gesto a Roger la silla de respaldo duro situada junto a él.

Se giró y detuvo los ojos largo tiempo sobre su invitado. Roger sintió un repentino respeto, seguido de un sentimiento de afecto. Nunca había conocido a sus abuelos. Finalmente habló el diácono:

—¿Sabía usted que su padre acudió en ayuda de nuestra Iglesia de la Alianza cuando la necesitamos?

—No, diácono —respondió Roger sorprendido.

Se produjo una de esas largas pausas de los indios a las que George estaba acostumbrado. Eran como un saludable respiro.

—Usted debía de tener unos once años. Nuestra iglesia estaba entonces allá, en aquella pronunciada inclinación. Llegó la primavera con una semana de fuertes lluvias. Se produjeron avalanchas de barro en toda la montaña. Una noche, en plena madrugada, la iglesia rodó hacia el valle. Dio una vuelta tras otra y acabó hecha astillas. —Una nueva pausa prolongada—. La semana siguiente, en cuanto las carreteras estuvieron adecentadas para utilizarlas, su padre llegó hasta aquí. Entregó a los ancianos ciento cincuenta dólares. —Pausa—. Era bastante más de lo que se podía permitir. ¿Sabía usted que su padre no era un hombre rico?

—Solo he sido consciente en los últimos años, diácono. En casa Padre nunca hablaba de dinero.

—Le devolvimos el dinero despacio, un poco ahora, un poco más tarde; pero cada centavo del dinero que le entregamos lo utilizó para ayudar a nuestros hijos. Su padre tenía los ojos bien abiertos, señor Ashley. ¿Sabe usted que fue su padre quien envió a Aristides a Springfield a aprender la profesión de zapatero?

—No, diácono.

—Su padre aunque apenas abría la boca, jamas cerraba los ojos.

Larga pausa.

—Hasta el día que nos trajo ese dinero, ninguno de nosotros, los

ancianos, habíamos intercambiado una palabra con él. Pero él conocía a todos nuestros jóvenes. Su padre tenía una especial sensibilidad con los jóvenes. Estos aprecian que se trate de alguien que no es de su propia familia. Lo habíamos estado observando y, cuando nos trajo ese dinero, supimos que él nos había estado observando a nosotros. —Pausa—. ¿Podría decirme cuáles eran las ideas religiosas de su padre?

Roger dudó.

—Nos llevaba a la iglesia metodista todos los domingos. No hablaba de estas cosas en casa. Hacíamos turnos para leer en voz alta por las noches y había algunas partes de la Biblia que le gustaban, pero nunca les añadía ninguna apreciación propia. No sé qué sentía en su interior. Cuando estuvo en la cárcel le pidió al doctor Benson que no volviera a visitarlo. Supongo que usted se enteró de aquello. Me gustaría poder ofrecerle una respuesta, diácono. Ojalá la tuviera.

El diácono se incorporó asiendo su bastón.

—Sentimos que ese deseo suyo de darnos dinero para nuestra iglesia tenía un significado especial. Sentimos que no solo era un hombre amable, sino que salía a nuestro encuentro como hombre de religión… y teníamos razón.

Dijo esto último con tal solemnidad que Roger preguntó en voz baja:

—¿Cómo sabían esto, diácono?

El anciano comenzó, lenta y dolorosamente, a levantarse de la silla.

—En unos minutos se lo contaré. Antes quiero enseñarle la iglesia que su padre nos ayudó a construir.

Apoyado en su bastón, el diácono guio a Roger a lo largo de un camino nivelado que seguía el contorno de la cumbre. Estaba rodeado en ambas laderas por viviendas idénticas. No había señales de ruedas en el camino. Las cuadras podían verse bajo las casas. Se cruzaron con algunos hombres, mujeres y niños. Inclinaron ligeramente sus cabezas a modo de saludo, pero no pronunciaron palabra y ninguno miró a Roger. La iglesia había sido pintada en alguna ocasión de marrón. Sobre la entrada principal se elevaba un

campanario como los que se encuentran en los colegios rurales. Se asentaba sobre suelo llano; pero ante ella, junto a ella y sobre ella, un jardín delimitado por una valla de listones de madera se extendía sobre la arcillosa pendiente. El diácono se detuvo con una mano sobre la valla y miró el jardín.

—Este es nuestro cementerio.

No había lápidas o marcas de ningún tipo. Roger no puso palabras a sus preguntas.

—Los muertos reciben un nuevo nombre en el cielo, señor Ashley. Aquí nuestros nombres y cuerpos se descomponen rápidamente y son olvidados. Mi nombre es Samuel O'Hara; hay al menos diez Samueles O'Hara en este jardín. —Su voz adquirió un tono seco—. ¿Para qué iba a querer yo un anuncio sobre mí mismo aquí cuando estoy ante el rostro de Dios?

Silencio.

—¿Cuantos millones de millones han muerto? No hay hombre capaz de contarlos. Solo un nombre de entre una multitud es recordado cien años. Todos son el humus sobre el que se elevarán los cedros del Líbano.

Entraron en la iglesia. No había decoraciones navideñas. Una mesa y muchos bancos. Parecía un aula. El suelo estaba rayado y desgastado, como si se hubieran jugado sobre él embravecidos juegos. Hacía mucho frío. Roger tembló por el frío y un vago temor. El diácono elevó una mano y señaló una tabla en la pared en la que se encontraba la puerta de acceso. Decía: «Este edificio es obsequio de John Barrington Ashley, a 12 de abril de 1896». Roger sintió una punzada de añoranza: mirar a su padre, como uno miraría a un desconocido de quien ha escuchado muy apreciativos elogios.

—¿Estuvo mi padre aquí alguna vez, diácono?

—No… usted es la primera persona ajena a nuestra comunidad que entra en la iglesia.

Una puerta en el extremo opuesto se abrió y entraron tres hombres con candiles de queroseno. Al ver al diácono se giraron para salir de nuevo. El anciano elevó su voz y dijo:

—Podéis proseguir con vuestro trabajo.

Los hombres comenzaron a colocar los quinqués en anillas que colgaban del techo. Las lámparas habían sido abrillantadas; los conductos de salida del humo brillaban como el cristal.

El diácono y Roger regresaron a la casa y entraron en la habitación principal. Una hoguera ardía en la pequeña chimenea. Había un fuerte olor a lejía.

—Le mostraré los motivos por los que creo que su padre se comportó con nosotros como un hombre de religión. —Sacó un sobre envejecido del bolsillo—. Recibimos esta carta suya cuatro días antes de que comenzara ese viaje que pensó que lo llevaría a la muerte. ¿Sabía su madre algo de esto?

—No lo creo, diácono. Creo que puedo decir que no sin miedo a equivocarme.

—Quizá quiera usted leer esto a solas. Supongo que querrá salir al porche para leer la carta. Tráigamela después.

Roger no se había sentido tan aturdido desde los días en que había llegado a Chicago hambriento. Una sensación de estar ante algo portentoso y extraño en cuanto a experiencia humana se había apropiado de su interior. Se sentía como si hubiera caminado toda su vida en completa ignorancia de abismos y maravillas, de emboscadas, de ojos que lo vigilaban, de palabras en las nubes. Se le ocurrió que seguramente la vida es más inmensa, profunda y peligrosa de lo que pensamos. Se le cayó el sobre al suelo y se agachó para cogerlo. De pronto se vio asaltado por el miedo a vivir en la ignorancia —la más completa ignorancia— del poder de la luz y el poder de la oscuridad, que estaban anudadas en algún inmenso conflicto tras la pantalla de las apariencias; miedo, miedo a vivir como un esclavo, o como un ser a cuatro patas y con la cabeza gacha.

Salió al porche. Colocó sus dedos sobre la carta. Los ojos se le llenaron de punzantes lágrimas. Llenó los pulmones como si se dispusiera a iniciar una carrera y leyó:

«A los ancianos de la Iglesia de la Alianza.

Respetados amigos:

Junto con los miembros de mi familia, ustedes son las únicas personas a las que quiero dirigir unas palabras en estos momentos.

La tarde del 4 de mayo disparé con mi rifle a una diana. Un hombre situado varios metros a la izquierda de mi objetivo cayó muerto. No puedo encontrar explicación para este suceso. Soy inocente, tanto de obra como de intención.

Recordarán que sentí un profundo interés por la iglesia y la comunidad de la colina Herkomer. Siendo niño asistí con mi abuela a una iglesia que considero similar a la suya. Aquellas horas de silencio, humildad y confianza se han convertido en parte de mi vida. Aquellas características las he visto reflejadas en los miembros de su comunidad. Cada mañana de domingo, en Coaltown, presente en un servicio religioso muy diferente, mis pensamientos se elevaban hacia la colina Herkomer.

Dejo un hijo varón tras de mí. No conozco adultos que puedan aconsejarlo, darle ánimos o reprenderlo. A los veintiún años ningún hombre desea consejos. Si con antelación a esa edad mi hijo Roger parece en su opinión haber caído en el desánimo, la irreflexión o una actitud indecente, desearía que le enseñaran esta carta.

Parto hacia Joliet con la oración de mi abuela en mente. Ella pedía en sus plegarias que nuestras vidas fueran de utilidad en el desarrollo de la planificación divina del mundo. Confío en no haber fracasado por completo.

Con profundo respeto.

John Ashley».

Roger dejó la carta caer sobre su regazo. Miró las colinas heladas del horizonte. El diácono quería hacerle saber que fueron hombres de la Iglesia de la Alianza los que rescataron a su padre. Trabajaban

en la prisión y en los ferrocarriles. Estaban familiarizados con candados, esposas y horarios de trenes. Estaban desarmados; eran silenciosos, ágiles y muy fuertes. Al enfrentarse a la ley habían arriesgado sus vidas y —lo que era posiblemente más importante para ellos— el honor y la dignidad de su congregación. Obedecían leyes más antiguas. A él le había sido concedida la custodia de un secreto de gran importancia. La deuda era demasiado solemne para la gratitud.

Regresó a la casa, dejó la carta en la mesa situada junto al diácono y se sentó. El diácono miraba atentamente la alfombra tejida a mano situada a sus pies y los ojos de Roger hicieron lo propio. Había sido tejida mucho tiempo atrás, pero un complejo diseño laberíntico en tonos marrones y negros aún podía distinguirse.

—Señor Ashley, sea tan amable de levantar la alfombra y girarla.

Roger lo hizo. En el reverso no se podía ver ninguna figura. Presentaba una masa de nudos y de hebras deshilachadas colgantes. Con un gesto de su mano el diácono indicó a Roger que volviera a situarla en su lugar.

—Usted es periodista en Chicago. Su hermana es cantante allí. Su madre dirige una pensión en Coaltown. Su padre está en algún país lejano. Esos son los hilos y los nudos de la vida humana. No es posible ver el diseño de conjunto.

Silencio.

—¿Ha oído hablar de la familia de Jesé, señor Ashley?

—Pues… creo que Jesé era el padre del rey David.

El diácono abrió una Biblia enorme sobre la mesa que tenía frente a sí. La página presentaba un grabado en madera de un árbol alto y estrecho de cuyas ramas, como manzanas, colgaban discos con nombres en su interior.

—Este es el árbol de la familia de Jesé. Ahí aparecen los descendientes de Jesé, desde David a Cristo. Es bueno que un hombre piense en la familia de la que forma parte. ¿Le contó Aristides que nosotros descendemos de la familia a la que pertenecía Abraham Lincoln?

—No, diácono.

—Así es. Nuestros ancestros vinieron desde aquella región de Kentucky.

Silencio.

—Usted viene de una familia como esta. Está marcado. Tiene una marca en la frente. Se producen miles de millones de nacimientos. Uno de ellos, uno de entre muchos, supone el nacimiento de un mesías. Judíos y cristianos se equivocaron al creer que solo existe un mesías. Todo hombre y mujer porta un mesías, pero algunos están más cerca en el árbol de un mesías que otros. ¿Ha visto el océano alguna vez?

—No, diácono.

—Se dice que en el océano la novena ola es mayor que el resto. Desconozco si esto es cierto. De igual modo, en el mar de las vidas humanas, una ola de entre cientos de miles se eleva, reúne la fuerza, el poder, de muchas almas para generar un mesías. En tales momentos la tierra gime; se acerca su hora. Durante siglos una familia prepara este nacimiento. Mire esta imagen. Cristo desciende, tras más de treinta generaciones, del rey David. Piense en ellos: los hombres y mujeres, los abuelos y abuelas de Cristo. Oí decir a un pastor muy docto que es probable que la madre de Cristo no supiera leer ni escribir, tampoco su madre antes que ella. Pero a ellas les había sido dictado: «Allanad en la estepa una senda para nuestro Dios».

Posó un dedo sobre la página e hizo descender la voz.

—Algunos de los nombres que aparecen aquí son acusados de vergonzosos actos en la Biblia. ¿No le parece extraño? Usted y yo diríamos en nuestra ignorancia que los hombres y mujeres que se encuentran tan cerca de engendrar un mesías serían puros y sin falta, ¡pero no! Dios establece su propio camino. Puede utilizar la piedra que los arquitectos rechazaron. Existe un viejo dicho: «Dios avanza de forma misteriosa el acontecer de sus milagros»[115]. ¿Lo conoce?

—Sí, diácono.

—El carácter de la forma de proceder divina es en sí extraño. Dios es extraño. No hay nada más infantil que pensar en Dios como

un hombre. —Hizo un gesto con la mano en dirección a Coaltown —. Como creen ellos. Su proceder a nuestros ojos es a menudo cruel y risible. —Giró una página de la Biblia—. Aquí está el árbol de los antepasados de Cristo desde Adán hasta Jesé. Cuando a Sara, ¡aquí!, le comunicaron que engendraría un hijo, estalló en carcajadas. Era una anciana. Engendró a Isaac, cuyo nombre significa «risa». La Biblia es la historia de la familia en cuyo seno nacerá un mesías. Pero esta es solo una Biblia, solo una. Hay muchas otras familias así cuyas biblias no han sido escritas.

Silencio. El diácono bajó la vista al suelo. Con el bastón giró lentamente por un momento una esquina de la alfombra, dejando ver la maraña de nudos y hebras sueltas.

—¿Es posible que su familia haya sido elegida? ¿Es posible que su descendencia engendre un mesías, mañana o en cien años? ¿Se está preparando ese algo? Su padre disparó un rifle; un hombre cayó muerto a su lado, pero su padre no mató a este hombre. Es extraño. Su padre no levantó un dedo para salvarse, pero fue salvado. Es extraño. Su padre no tenía amigos, decía él mismo; pero los amigos lo salvaron. Su madre nunca salió de casa; no tenía dinero; estaba aturdida. Pero una niña que nunca había tenido un dólar en su mano sostuvo a la familia. ¿No es extraño? Su bisabuela se ha elevado de la tumba para hablarle. Su padre tenía razón en la carta: no hay felicidad comparable a la de ser consciente de que uno forma parte de un designio. —De nuevo señaló a Coaltown—. Ellos caminan desesperados. Si fuera posible describir qué es el infierno, sería el lugar en el que no hay esperanza ni posibilidad de cambio: nacimiento, alimentación, excreción, propagación y muerte; todo ello sobre cierta rueda magnífica de la repetición. Existe una mosca que vive, pone sus huevos y muere. Todo ello en un solo día. Y desaparece para siempre.

Levantó los ojos y miró a Roger con seriedad.

—¿Es posible que este país haya sido el elegido para un destino tan elevado, este país que de forma tan terriblemente injusta acabó con mis antepasados? Misteriosos son los caminos del Señor. No puedo responder a estas preguntas.

Tomó de nuevo la carta de John Ashley y la colocó entre las páginas de la Biblia.

—Quizá me engaño en estas cuestiones. Quizá soy culpable del pecado de la impaciencia. He leído que los hombres, agonizando de hambre y sed en el desierto, tienen visiones de fuentes y frutales. ¿Conoce este fenómeno?

—Sí, diácono.

—¿Conoce el nombre de estas falsas esperanzas?

—Espejismos, diácono.

—Quizá esta familia y este país son espejismos de mis viejos ojos. De mi impaciencia. Hay otras tierras y otros «árboles» que desconozco. Cuatro o cinco años de entre cinco mil son suficientes para alimentar la esperanza… No le mostré la carta de su padre, señor Ashley, para aconsejarlo, animarlo o reprenderlo. Sino para compartir con usted, en tan solemnes días, una respetuosa felicidad. Le agradezco su visita.

Se había hecho de noche. Tras superar la última casa, Roger comenzó a correr ladera abajo. Tropezó en muchas ocasiones; cayó al suelo; cantó. En la cena analizó los rostros de su familia y de los invitados. Había leído a Lucrecio recientemente; ¿quién más era consciente de las «flamantes murallas del mundo»[116]? La señorita Doubkov, pensó. Sophia las había contemplado para luego perderlas de vista. Quizá el doctor Gillies también.

Terminó la cena. Le recordó a su madre que saldría de paseo con Constance y que se había comprometido a visitar San Cristóbal.

—Espera —dijo su madre. Regresó de la cocina con un paquete repleto de sus famosas galletas de jengibre y de mazapán.

—¿Dónde quieres ir, Gonnie?

—Oh, a mí lo que más me gusta es la calle principal.

La recorrieron cuatro veces de cabo a rabo. Ella le contó que le permitían salir a coger bayas, pero había prometido no pasar por la calle principal. Le describió a toda la gente que había llegado a conocer en las granjas y en las pequeñas chozas colina arriba.

—No le digo a Mamá que los conozco. Muchos de ellos son viejos y están enfermos. Muchos de ellos no son muy felices. No se

portan muy bien con sus hijos.

—Los Bell son felices.

—No voy allí. No hay bayas allí. Y supongo que estoy más interesada en los que no son tan felices… ni amables.

Sus ojos se dirigieron hacia el rostro de su hermano, había un poso de culpa, si bien divertida, en su sonrisa.

—¿Eres feliz, Connie?

—Soy suficientemente feliz.

—¿Cuáles son las tres cosas que más deseas en este mundo?

Ella reflexionó.

—¿Puedo pedir cuatro?

—Sí.

—Que vuelva Papá. Vivir cerca de donde tú estás. Ir al colegio. Y conocer… conocer a cientos y miles de personas en todas partes.

—Bueno, te contaré un secreto. —Roger recordó que las muñecas y los secretos desempeñan un papel importante en la vida de las chicas. Le contó todo sobre el dinero de los inventos de su padre. Ese dinero sería utilizado para enviarla a ella y a Anne Lansing a la universidad. Se aseguraría de que esta estuviera cerca de donde él viviera. Le contó que esos famosos nombres, Scolastica y Berwyn Ashley, seguramente les harían llegar noticias de su padre —. ¿Por qué quieres conocer a tanta gente?

—Guardo una lista de la gente que conozco. Conozco a ciento cuatro personas. Eso no incluye a todos los huéspedes. Tengo otra lista para ellos, a los que solo les digo «buenos días» cuando atiendo la mesa y limpio sus habitaciones. Pienso en la gente, ¿tú no?, y cuanto más conoces, mejor piensas. Roger, ¿puedo hacerte algunas preguntas?

—Sí, Connie. Dispara.

¡Menudas preguntas! ¿Es más feliz la gente en una ciudad como Chicago que en Coaltown? ¿Son más felices los hombres que las mujeres? ¿Son felices alguna vez las chicas que no se casan? ¿Duele mucho, mucho, cuando muere una persona? ¿Está mal; no, es algo malo nacer niña?

—Escucha, Connie. Escríbeme todos los jueves y pon cinco

preguntas en tu carta. Te contestaré el domingo.

—¿Puedo hacerte otra?

—Sí.

—¿Cambia algo la gente cuando crece?

—¡Sí! Yo he cambiado, ¿no te parece? Y Lily ha cambiado; recuerda que decía que no le importaba nada. Hoy me han dicho que tu mejor amiga, Anne Lansing, ha cambiado.

—¿Ha cambiado?

—Voy a visitar a las Lansing. ¿Te gustaría venir conmigo?

—¡Oh, Roger, sí!

—¡Bien! Escóndete en algún sitio para hablar con Anne. Yo tengo que hablar con su madre. Y te diré un secreto: creo que ellas tienen malas noticias hoy, casi tan malas como las tuvimos nosotros cuando lo de Papá, ya sabes.

Caminaron hasta la puerta de San Cristóbal. De pronto Constance lanzó sus brazos hacia Roger y gritó:

—¡Te quiero! ¡Te quiero! ¡Te quiero!

Roger la levantó y dijo:

—Nos vamos a querer mucho tiempo.

Félicité se les aproximó desde las sombras de los tejos. Besó a Constance. A Roger le susurró:

—George se ha marchado. Le contó todo a la señorita Doubkov. Ha escrito toda la historia.

—¿Y tu madre?

—Ahora sé que lo supo hace mucho tiempo.

Entraron en la casa.

—Connie —dijo Roger—, dale a la señora Lansing las galletas.

Eustacia se aproximó a ellos como impulsada por alguna extraordinaria felicidad.

—¡Querido Roger! ¡Querida Constance!

Constance anunció:

—Mamá les envía esto y espera que pasen una muy feliz Navidad.

Pronto Roger estuvo sentado junto a Eustacia. Ella le explicó todo acerca del dinero de los inventos de su padre. Le explicó que su

hijo George nunca habría huido del juicio de John Ashley…

Montañas más allá de montañas, llanuras y ríos.

Eustacia se marchó a Los Ángeles. Consiguió trabajo de ama de llaves en un correccional para chicas delincuentes. No disfrutaba completamente de su trabajo y no tenía el mar a la vista. En San Pedro había un «rancho para jóvenes» privado, junto con un pequeño puerto de pesca del atún. Se hizo gobernanta.

Colinas y nubes. Más alto, más alto.

El pequeño Johnny de Roger y Félicité había huido de su casa de Washington por tercera vez. Estamos a inicios de 1917; la guerra es inminente y su padre está sobrecargado de trabajo. Félicité está en el hospital para un parto que puede resultar difícil. La policía de cinco estados ha sido alertada para la búsqueda del pequeño. La mejor amiga del chico, su abuela Lansing, ha sido trasladada a Washington. Transcurre una semana. Finalmente el chico que encontrado en Baltimore, dormido en una cama con otros dos niños de su edad. La familia que lo acogió no leía los periódicos; asumieron que era un vagabundo huérfano de la zona. Ala una de la madrugada Eustacia llamó a su puerta y pidió una taza de té. Johnny oyó la voz de su abuela y se subió a su regazo. Él era en ese momento el bien más preciado para ella. Apenas lo tocó. Se dijo: «Solo tenemos lo que entregamos». La historia posterior de Johnny es la de una larga y lamentable autodestrucción.

La historia es un único tapiz. No hay ojo capaz de abarcar más allá de un palmo…

Constance sufrió una serie de apoplejías pasados los cuarenta años. Se sentaba en la terraza de su casa mirando el muelle de Nagasaki. Los miembros de su familia hacían turnos para leerle en voz alta. La visitaban delegaciones llegadas desde lugares

remotos. Las visitas de adulación fueron limitadas a cinco minutos; fingía estar cansada. Pero a quienes podían contarle cómo marchaba «el trabajo» se les pedía que se quedaran una hora. Por su cumpleaños el Emperador le enviaba una flor y un poema.

Mucho se ha comentado sobre el diseño de este tapiz. Hay quien asegura verlo. Hay quien ve lo que le es ordenado ver. Hay quien recuerda que una vez lo vio pero nunca más volvió a lograrlo. Hay quien se ve fortalecido al ver un patrón en el que los oprimidos y los explotados de la tierra emergen gradualmente de su esclavitud. Hay quien encuentra consuelo en la convicción de que no hay nada que ver. Hay quien…



THORNTON NIVEN WILDER (17 de abril de 1897, Madison, Estados Unidos-7 de diciembre de 1975, Hamden, Estados Unidos) fue un dramaturgo, escritor, novelista y guionista estadounidense, ganador de tres Premios Pulitzer, uno de ellos otorgado por su novela *El puente de San Luis Rey* y los otros dos por las obras de teatro *Nuestro pueblo* y *La piel de nuestros dientes* respectivamente, además de un Premio Nacional del Libro de los Estados Unidos por la novela *El octavo día*.

Notas

[1] Su nombre significa «ciudad del carbón». <<

[2] Depósitos de caparazones y conchas realizados por la población nativa del continente americano. <<

[3] Construcciones en forma de espiral elaboradas por los nativos americanos. <<

[4] Conocida canción fraternal escocesa basada en un poema de Robert Burns (1759-1796) y especialmente ligada al Año Nuevo. En español la letra ha sido libremente adaptada de diversas formas, entre ellas la conocida como «El vals de las velas» o la denominada «Canción de la despedida» de los grupos *scout* que, aunque con múltiples variaciones, suele iniciarse: «Llegado ya el momento / de nuestra separación…». <<

[5] Himno creado por Isaac Watts (1674-1748) que parafrasea el Salmo 90. Una versión en español se puede encontrar en diversos himnarios traducida como «Nuestra esperanza y protección». <<

[6] Referencia a la tradición castellana recogida por Vélez de Guevara en *El diablo cojudo*, si bien la edición de *El octavo día* publicada por Library of America la adjudica a *Le diable boiteux*, de Alain-René Lesage, inspirada en aquella. <<

[7] El nombre significa «Los riscos del arce». <<

[8] Juego de niños en el que una persona que tiene un dedal en las manos lo pasa inadvertidamente a las manos de otro jugador. El objetivo es averiguar quién esconde el dedal. <<

[9] *Hogar, dulce hogar* es una canción compuesta por John Howard Paync y Henry Bishop para la ópera *Clari, Maidof Milán* (Clari, sirvienta en Milán) en 1821 Ha sido utilizada en numerosas obras musicales. <<

[10] Canción de amor compuesta a mediados del siglo XIX por Caroline Norton y T.G. May. <<

[11] Se trataría del estribillo de alguna canción popular en la que se deforma la pronunciación para acercarla a la de los inmigrantes chinos, habitualmente empleados en lavanderías. La expresión «*no tickee, no shirtee*» (sin resguardo no hay camisa), aunque poco frecuente en la actualidad, sirvió durante varias décadas para definir, con cierto tono peyorativo, a la inmigración china. <<

[12] John Milton (1608-1674), *El paraíso perdido*. <<

[13] Localidad natal de Juana de Arco, en el noreste de Francia <<

[14] El destacado predicador inglés conocido como Robertson de Brighton (Frederick William Robertson, 1816-1853) publicó sus sermones en cinco volúmenes. <<

[15] «*Mid pleasures and palaces*» verso de la canción *Home, sweet home*.
<<

[16] «*Rags, bottles and sacks*» era el grito habitual con el que anunciaban su llegada los traperos. <<

[17] La cantante de ópera australiana Nellie Melba (Helen Porter Mitchell, 1861-1831) desarrolló su carrera internacional a finales del siglo XIX e inicios del XX. Su fama la llevó a todos los rincones del planeta, convirtiéndose en la primera artista de música clásica de su país en alcanzar la gloria internacional. <<

[18] Marie Caroline Miolan-Carvalho (1827-1895), afamada soprano francesa dotada de gran pureza y precisión vocal. <<

[19] Marietta Piccolomini (1834-1899), reconocida soprano italiana especialmente conocida por su papel de Violetta en *La Traviata*. <<

[20] La primera mujer en recibir la Orden del Mérito del Reino Unido, Florence Nightingale (1820-1910), sentó las bases de la enfermería moderna. Fundó la primera escuela laica de enfermería en el Hospital Saint Thomas de Londres. <<

[21] El «joven Lochinvar» es uno de los personajes más recordados del poema épico *Marmion*, de Walter Scott. <<

[22] Personajes centrales respectivamente de *Cumbres Borrascosas* y *Jane Eyre*, de las hermanas Emily y Charlotte Brontë. <<

[23] *Watermelon on the Vine* es una conocida canción de la tradición de folk sureño. <<

[24] Referencia a la conocida como «Aria de las Joyas» de la ópera *Fausto* de Charles Gounod. <<

[25] La comedia *The Boys of Company B*, de la dramaturga Rida Johnson Young, fue adaptada para la versión musical a cuyas canciones se refiere el autor. <<

[26] Referencia a la conocida como «Aria de la sombra» (Ombre légère) de la ópera cómica *El perdón de Ploërmel* (conocida también como *Dinorah*), de Giacomo Meyerbeer. <<

[27] La expresión proviene de una referencia bíblica (Samuel 7:12) «Entonces Samuel tomó una piedra y la colocó entre Mizpa y Sen, y la llamó Ebenezer, diciendo: Hasta aquí nos ha ayudado el Señor». <<

[28] William Shakespeare, *Como gustéis*, Acto 1. Tanto en esta cita como en las posteriores de Shakespeare, el texto refleja la traducción de Jaime Clark (1873). <<

[29] *El molino del Floss* (o *sobre el Floss*), de George Eliot (seudónimo de la escritora Mary Ann Evans, 1819-1880) narra las vicisitudes de Maggie, una mujer de gran inteligencia y sensibilidad encerrada en un entorno provinciano. <<

[30] Novela de Balzac incluida en la serie *La comedia humana*. Gira en torno a la vida de la familia Grandet y los pretendientes de su hija Eugenia. <<

[31] La Benevolente y Protectora Fraternidad de los Wapiti (Benevolent and Protective Order of Elks) es una organización fundada en 1868. Toma su nombre de la especie conocida también como ciervo canadiense. Cinco ex presidentes estadounidenses fueron miembros de la fraternidad. En la actualidad cuenta con más de un millón de socios. <<

[32] La actriz polaca Helena Modjeska (1840-1909) representó en diversas ocasiones *María Estuardo*, de Friedrich Schiller. <<

[33] En esta ciudad vivió y comenzó su carrera de abogado Abraham Lincoln. <<

[34] Espectáculo teatral musical muy en boga en Norteamérica a finales del siglo XIX. Ejecutado por cómicos blancos con el rostro pintado de negro, era fundamentalmente una mofa racista. <<

[35] Personaje principal del poema narrativo de Alfred Tennyson (1809-1892) al que da título. La historia narra el regreso de un marino tras diez años varado en una isla desierta; encontrará a su esposa casada con su enemigo, pero nunca desvelará su identidad real para permitirle que siga disfrutando de su felicidad. <<

[36] Conocido barrio de prostitutas de Nueva Orleans que inició su declive en la Primera Guerra Mundial y terminó por desaparecer en la Gran Depresión. <<

[37] En español en el original. <<

[38] En español en el original. <<

[39] Miembro del movimiento presbiteriano escocés de gran relevancia en la historia del Reino Unido durante el siglo XVII. <<

[40] En español en el original. <<

[41] En español en el original. <<

[42] *Anna Karenina*, el texto refleja la traducción de L. Sureda y A. Santiago, Cátedra, 1986. <<

[43] En español en el original. <<

[44] En español en el original. <<

[45] Pronunciado por Abraham Lincoln en 1863, el Discurso de Gettysburg es uno de los más famosos de la historia moderna. Breve, con una decena de oraciones, sus palabras aluden repetidamente a los muertos en el campo de batalla durante la Guerra de Secesión y los caídos cuatro meses antes en la Batalla de Gettysburg. <<

[46] «Under the spreading chestnut tree / The village smithy stands». Versos iniciales del poema *The Village Blacksmith*, del poeta estadounidense Henry Wadsworth Longfellow (1807-1882). <<

[47] «The quality of mercy is not strained», discurso de Porcia en *El mercader de Venecia*, acto 4, escena 1. <<

[48] En español en el original. <<

[49] Isaías 40:3. «Allanad en la estepa (una senda para nuestro Dios)». <<

[50] El diseñador inglés Charles Frederick Worth (1825-1895) es considerado el padre de la alta costura. <<

[51] La expresión («Vale of soulmaking») es utilizada por el poeta inglés John Keats (1795-1821) en la correspondencia con su hermano George. <<

[52] Personaje bíblico del *Libro de Ester*. Se trata de un rey al mando de un gran imperio, identificado en ocasiones con Jerjes I. Ester contrae matrimonio con él por consejo de Mardoqueo. <<

[53] Iniciada en Pullman (Illinois), la conocida como Huelga de Pullman fue un movimiento que en el verano de 1894 detuvo la mayor parte del tráfico de pasajeros y mercancías en Estados Unidos. <<

[54] *Macbeth*. No se trata de una cita textual del texto de Shakespeare, en el que «la falaz lumbre del ayer» es la que «ilumina al necio». <<

[55] Líder sindical estadounidense (1855-1926), candidato a la presidencia por el Partido Socialista en cinco ocasiones, fue frecuentemente encarcelado por sus planteamientos políticos. <<

[56] El autor se refiere a la destacada teósofa y feminista británica Annie Besant (1847-1933), conocida también por su defensa de la independencia de Irlanda e India. <<

[57] Thomas Paine (1737-1809) fue el autor de dos panfletos de gran influencia para la Guerra de Independencia estadounidense, reflejo de sus ideas sobre la internacionalidad de los derechos humanos, que lo llevaron a participar también en la Revolución francesa. <<

[58] Apodado «el gran agnóstico», Robert Green Ingersoll (1833-1899) fue especialmente conocido como orador librepensador. <<

[59] *Fidelio o el amor conyugal* es la única ópera que compuso Beethoven. <<

[60] El autor alude a *La flauta mágica*, de Mozart. <<

[61] La *Hull House* es un conjunto de edificios destinado a servir como espacio de acogida para los inmigrantes europeos recién llegados a Chicago. Fundada en 1889, el gran éxito de las actividades sociales, educativas y artísticas de la institución incentivó la puesta en marcha de centros similares en todo el país. <<

[62] *The song of the shirt*, poema del humorista y poeta inglés Thomas Hood (1799-1845). <<

[63] Localidades situadas al norte de Chicago y conocidas por la riqueza de sus habitantes. <<

[64] El autor se refiere al ensayo *Acerca de las mujeres*. <<

[65] Ampliamente reconocido por su dedicación a las matemáticas y la astronomía, el persa Ornar Jayyam (1048-1131) realizó una magnífica labor poética, recogida en el *Robbaiyat*, el Corpus de sus cuartetas en farsi. <<

[66] Emma Goldman (1869-1940), anarquista de origen lituano conocida por sus manifiestos libertarios y su lucha por la emancipación de la mujer. <<

[67] *Sometimes I Feel Like a Motherless Child* es una canción religiosa tradicional de la comunidad esclava en Estados Unidos, donde era habitual vender a los niños separándolos de sus padres. Se han grabado numerosas versiones desde el último tercio del siglo XIX. <<

[68] Base del budismo nichiren, es uno de los sutras más populares en Asia Oriental. <<

[69] «Allá donde camines», aria del acto segundo del oratorio *Sémele*.
<<

[70] «Oh, prométeme», canción compuesta en 1887 por Reginald De Koven con letra de Clement Scott. Logró un gran éxito a finales del siglo XIX y continúa siendo utilizada en la celebración de bodas en el mundo anglosajón. <<

[71] Referencia a la obra de Mary Wordey Montagu (1689-1762).
<<

[72] Obra del pintor renacentista italiano Rafael. <<

[73] Pedagogo alemán (1782-1852) considerado el padre de la educación preescolar. <<

[74] Pastor alsaciano (1740-1826) reconocido por sus esfuerzos en la mejora de las condiciones de vida de la comunidad a la que atendía en los Vosgos. <<

[75] La máxima pertenece a la obra *Poesía y verdad*. <<

[76] En alemán: «Goethe y los animales». <<

[77] En alemán: ama de casa. <<

[78] Conocida en español como *El cazador Jurtivo*, se trata de una ópera en tres actos con música de Carl María von Weber, considerada la primera ópera romántica alemana de importancia. <<

[79] *Libro de las canciones*. <<

[80] Nombre científico del gusano de seda. <<

[81] Sermón del predicador estadounidense Jonathan Edwards 1703-1758. <<

[82] El Edicto de Nantes fue aprobado en 1589 por Enrique IV de Francia. Mediante este se afirmaba la libertad de culto, destinada a acabar con los sangrientos conflictos entre católicos y protestantes. Tras varias modificaciones, fue finalmente suprimido por Luis XVI en 1685. <<

[83] Federación comercial entre ciudades del norte de Alemania y comunidades de comerciantes alemanes en el norte de Europa. <<

[84] Término despectivo con el que se conoce a los inmigrantes del sur de Europa, especialmente italianos, en Estados Unidos. <<

[86] Destacada familia romana que desde finales del siglo III a.C. trató de impulsar desde la tribuna ambiciosas reformas sociales. <<

[87] Referencia al historiador romano Tito Pomponio Atico (109-32 a.C.). <<

[88] *Snake oil* o *patent medicine* son términos empleados para describir remedios médicos que no han sido comprobados o, directamente, fraudulentos. <<

[89] *Fisher* es un nombre propio o apellido anglosajón que significa «pescador». *Fish*, por su parte, significa «pez» pero es también una forma coloquial de dirigirse a un hombre: «tipo», «tío». <<

[90] Se trata de un grupo de islas caribeñas entre las que se encuentran Granada, Guadalupe, Dominica y Trinidad y Tobago. <<

[91] Prácticamente homófono del apellido verdadero de la familia, el término *seems* significa «parecer», con lo que el autor denomina burlonamente al personaje «Señora Apariencias», en línea con la descripción previa. <<

[92] Grupo étnico de la actual Ghana que da nombre asimismo a una región. <<

[93] Modelo de caballero medieval, Pierre Terrail Le Vieux (1476-1524), era conocido como «caballero Bayardo». <<

[94] Tras su muerte circuló el rumor de que siendo niño había talado el cerezo de su padre. Cuando este lo interrogó al respecto, respondió: «No puedo mentir». <<

[95] Actor estadounidense (1833-1893) conocido por sus papeles shakesperianos, especialmente el príncipe Hamlet. Hijo de una familia de artistas, quedó marcado por el crimen cometido por su hermano John, si bien regresó posteriormente a los escenarios. <<

[96] La conocida obra del realista francés Jean F. Millet (1814-1875) muestra a una pareja de campesinos que en una atmósfera neblinosa detienen su trabajo para rezar el Angelus. La obra obsesionó a Dalí, que realizó varias reinterpretaciones y publicó el ensayo *El mito trágico del* Angelus *de Millet*. Dalí aseguró que se trataba de la «obra pictórica más íntimamente turbadora, la más densa». <<

[97] Edward Jenner (1749-1823) descubrió la vacuna antivariólica, esencial en la erradicación de la viruela. <<

[98] Aleksandr Pushkin (1799-1837) era bisnieto de Abram Gannibal, príncipe etíope capturado siendo niño para servir de esclavo. <<

[99] Juan 5:6. <<

[100] William McKinley (1843-1901), vigésimo quinto presidente de Estados Unidos, fue asesinado por León Czolgosz el 6 de septiembre de 1901. <<

[101] George Alfred Henty (1832-1902), prolífico novelista inglés conocido especialmente por el éxito de sus novelas de aventuras enmarcadas en distintos acontecimientos históricos. La mencionada *Clive en India* es una de sus obras más conocidas. <<

[102] Con este nombre se conocen numerosas organizaciones fraternales creadas en el siglo XVIII en el Reino Unido y que posteriormente se extendieron a Estados Unidos. Su objetivo era proteger a sus miembros y a la comunidad ante imprevistos. <<

[103] Obras del dramaturgo francés Jean Racine (1639-1699). <<

[104] Personaje central de *El mercader de Venecia*, arquetipo del prestamista judío. <<

[105] Referencia a los escritores franceses Blaise Pascal (1623-1662), matemático y filósofo; y Jacques-Bénigne Bossuet (1627-1704), teólogo. <<

[106] Asociación de jóvenes metodistas. <<

[107] La conocida *Marcha funebre* de Händel pertenece al oratorio *Saúl*. <<

[108] Heroína de *El mercader de Venecia*. <<

[109] En latín: «Siempre así con los tiranos». Atribuida, probablemente de forma errónea, a Marco Junio Bruto al asesinar a julio César, ha sido protagonista de varios asesinatos a lo largo de la historia. Posiblemente el más conocido sea el de Abraham Lincoln, cuyo asesino, John Wilkes Booth, la gritó tras disparar al presidente estadounidense. <<

[110] Juan, 8:32 <<

[111] El nombre, completamente inusual en Estados Unidos, si bien en ocasiones se utiliza como apellido, significa literalmente «firme», «inmutable». <<

[112] Argan, protagonista de la última obra de Moliere, titulada *El enfermo imaginario*. <<

[113] Traducción al francés de Coaltown, «Villacarbón». <<

[114] Obra alegórica de John Bunyan publicada en 1678. La mayor parte de los personajes obtienen su nombre de su característica principal. <<

[115] «*God moves in a mysterious way His wonders to perform*». Se trata de otro himno religioso, el último compuesto por William Cowper (1731-1800). <<

[116] «*Flammantia moenia mundi*», verso del libro primero del poema didáctico *De rerum natura*, del filósofo romano Tito Lucrecio Caro (99 - 55 a.C.). <<